

Diseño interior y cubierta: RAG

Título original:

A History of Modern Palestine. One Land, Two Peoples

© Cambridge University Press, 2004, 2006

© Ediciones Akal, S. A., 2007
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid – España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN-10: 84-460-2255-9
ISBN-13: 978-84-460-2253-8

Depósito legal: M. 311-2007

Impreso en Lavel, S.A.
Humanes (Madrid)

Historia de la Palestina moderna

Un territorio, dos pueblos

ILAN PAPPE

Profesor de Ciencias políticas en la Universidad
de Haifa, Israel

★

Traducción de Beatriz Mariño

-akal-

A Ido y Yonatan, mis dos queridos hijos, para que vivan no sólo en una Palestina moderna, sino en una Palestina en paz

Agradecimientos

Es mucha la gente que ha hecho este libro posible, y todos han necesitado sobre todo paciencia para tratar con alguien que creía, acertada o erróneamente, escribir desde las trincheras. Vivir en Palestina durante uno de sus momentos más dramáticos y escribir sobre su pasado fue beneficioso para el libro, pero no para aquellos que necesitaban el manuscrito a tiempo, precisaban contestaciones rápidas sobre cuestiones cruciales o las cosas habituales que convierten un manuscrito en un libro. Deseo expresar mi gratitud para con todos ellos: Mari-gold Acland, Karen Hildebrandt y Amanda Pinches.

La ayuda de correctores de idioma y de estilo es igualmente importante en el caso de alguien cuya lengua materna no es el inglés, sino que en realidad tiene un alemán latente, pero su lengua nativa es el hebreo, aunque sus conversaciones se desarrollan más y más en árabe. Mi especial agradecimiento para Mary Starkey, que hizo el grueso del trabajo, Dick Bruggman, que como siempre, le prestó su mirada atenta y constructiva, y Donna Williams, que se encargó de la corrección del texto. Les agradezco a todos el excelente trabajo que han realizado.

Finalmente, como siempre, quiero dar las gracias a Revital y los chicos por pagar el precio de mi amor por el país, mi antipatía por el Estado y mi devoción por mi trabajo.

Cronología

- 1699 Fin de la guerra austro-otomana; Paz de Carlowitz.
- 1703-1730 Sultanato de Ahmed III.
- 1710-1711 Guerra ruso-otomana.
- 1725-1730 Ismail Pashá gobernador de Damasco.
- 1730-1754 Sultanato de Mahmud I.
- 1745 Primer Estado wahabita en la península Arábiga.
- 1746-1775 Dahir al-Umar gobierna Galilea.
- 1754-1757 Sultanato de Osmán III.
- 1757-1774 Sultanato de Mustafá III.
- 1767-1774 Nueva guerra ruso-otomana.
- 1770-1773 Alí Bey al-Kabir gobierna Egipto.
- 1771 Dahir al-Umar y Alí Bey ocupan Damasco.
- 1774-1789 Sultanato de Adbul Hamid I.
- 1774 Tratado de Kuchuk Kainarji entre Rusia y el Imperio otomano.
- 1775-1804 Ahmad al-Jazzar gobierna el *vilayet* de Sidón desde Acre.
- 1783 Rusia ocupa la península de Crimea.
- 1787-1792 Nueva guerra ruso-otomana.
- 1789-1807 Sultanato de Selim III.
- 1789 El ejército austriaco invade Bosnia y Serbia; el ruso Moldavia y Valaquia.
- 1789-1840 Bashir II, emir de Monte Líbano.
- 1798 Napoleón invade Egipto.
- 1799 Napoleón llega a Palestina y Siria.
- 1800 El ejército francés abandona Egipto.
- 1801 Los wahabitas ocupan Kerbala.
- 1802 Los wahabitas toman La Meca y Medina.
- 1805-1848 Mohamed Alí gobierna Egipto.

- 1806-1812 Nueva guerra ruso-otomana.
1807-1808 Sultanato de Mustafá IV.
1808-1839 Sultanato de Mahmud II.
1818-1832 Abdullah Pashá gobierna los *vilayet* de Sidón y Acre.
1820 La «Sociedad londinense para la promoción de la cristiandad entre los judíos» comienza sus actividades en Palestina.
1820-1830 Guerra de independencia griega.
1824 Se inaugura en Palestina el primer hospital moderno.
1826 Masacre de Yeneceris en Estambul.
1828-1829 Nueva guerra ruso-otomana.
1830 Francia invade Argelia.
1830 Se inaugura el consulado británico de Jerusalén.
1831-1840 Siria y Palestina bajo el gobierno de Ibrahim Alí.
1834 Sublevación palestina contra el dominio egipcio.
1834 Se abre la primera imprenta árabe en Beirut.
1838-1858 Mustafá Rashid gran visir.
1839 Gran Bretaña ocupa Adén.
1839-1861 Sultanato de Abdul Mecid I.
1839 El hatiserif de Gulhana pone fin a la discriminación contra los no musulmanes en el Imperio otomano; comienza el periodo del Tanzimat.
1840 El Tratado de Londres pone fin al dominio egipcio en Siria y Palestina.
1843 El Líbano es dividido en dos subdistritos: maronita y druso.
1850 Disturbios en Alepo contra el Tanzimat.
1853 Se inaugura en Jerusalén el Sahayun Anglican School.
1853-1856 Guerra de Crimea.
1856 El Tratado de París pone fin a la Guerra de Crimea.
1857 Ley agraria del Imperio otomano.
1858-1861 Guerra civil libanesa.
1858-1871 Alí Pashá gran visir.
1860 Masacre de los cristianos en Siria y Líbano; desembarco de tropas francesas.
1861-1869 Fuad Pashá gran visir.
1861 Ley orgánica del Líbano.
1861-1876 Sultanato de Abdul Aziz II.

- 1864 Nueva ley otomanana relativa a los *vilayet*.
- 1868 Se crea el Joven Movimiento Otomano; se funda en Haifa la primera colonia templaria.
- 1869 Apertura del canal de Suez; muere Fuad Pashá.
- 1870 Fundación de la primera escuela agrícola judía en Palestina, la Mikveh Israel.
- 1871 El *sanjak* del Jerusalén se hace autónomo; los templarios fundan una colonia en Sharona, junto a Jafa.
- 1875 Bancarrota parcial del Imperio otomano; en Egipto se crea el periódico *Al-Ahram*; primeros barrios musulmanes y judíos en las afueras de la ciudad vieja de Jerusalén; en el mundo árabe aparecen las primeras asociaciones nacionales.
- 1876 El Imperio otomano se dota de nueva Constitución y del primer parlamento.
- 1876-1908 Sultanato of Abdul Hamid II.
- 1877-1878 Nueva guerra ruso-otomana.
- 1878 Se funda la colonia sionista de Petach Tikva.
- 1878 Disolución del parlamento otomano.
- 1879 Gran Bretaña ocupa Chipre; bancarrota total del Imperio otomano.
- 1880 Revuelta de Arabi Pashá en Egipto.
- 1881 Se funda una colonia americana en Jerusalén.
- 1882 Gran Bretaña ocupa Egipto; fundación de Rishon le Ziyon, Zichron Yaacov y Rosh Pina; Pinsker publica *Autoemancipación*.
- 1882-1903 Primera oleada de inmigración sionista (primera *aliyá*).
- 1885 Se fundan en Europa los primeros periódicos en hebreo (*Ha-Shahar* y *Ha-Megid*).
- 1892 Inauguración de la línea de ferrocarril entre Jafa y Jerusalén.
- 1893 Fundación de la convención de Hibat Ziyon en Katowice.
- 1896-1904 Herzl precursor y líder del movimiento sionista.
- 1897 Primer Congreso Sionista en Basilea.
- 1898 Se inaugura en Jerusalén el St. George's School; el emperador alemán Guillermo II visita Palestina.
- 1902 Herzl propone su plan sobre El-Arish.
- 1903 Plan de Herzl sobre Uganda; la primera asociación de mujeres palestinas se reúne en Palestina.

- 1903-1904 Segunda *aliyá*.
1905 Decisión final respecto a la línea divisoria entre Egipto y Palestina.
1908 Se designa a Sharif Hussein guardián de La Meca y Medina; se encuentra petróleo en Persia; los Jóvenes Turcos alcanzan el poder.
1909 Construcción de Tel-Aviv.
1909-1920 Movimiento hashomer en Palestina.
1911 Se crea Al-Fatah.
1911-1913 Guerras balcánicas.
1913 Enver Pashá, Talat Pashá y Jamal Pashá («el Trío») se hacen con el Imperio otomano.
1915-1916 Correspondencia entre Hussein y McMahon.
1916 Acuerdos Sykes-Picot entre Gran Bretaña y Francia; sublevación de Sharif Hussein en el Hedjaz contra los otomanos.
1917 Declaración Balfour; las tropas de Allenby ocupan la mayor parte de Palestina y entran en Jerusalén y Damasco.
1918-1920 Palestina bajo control militar británico.
1918 Se crea la Asociación Musulmano-Cristiana; primera Conferencia Nacional Palestina.
1919 La Comisión King-Crane visita Palestina; Siria cede a Palestina la Alta Galilea; se crea el movimiento *Ahdut Ha-Avoda*.
1920 Palestina se convierte en entidad mandataria; enfrentamientos entre judíos y palestinos en Jerusalén; Feisal rey de la Gran Siria; Conferencia de San Remo; se crea la Universidad Hebrea de Jerusalén; se funda la Agencia Judía; Comisión Palin; fundación de Histadrut.
1921 Transjordania se separa de Palestina; enfrentamientos entre judíos y palestinos en Jafa.
1922 Gran Bretaña reconoce Transjordania como entidad política independiente y al emir Abdullah como gobernante; Amin al-Husseini es nombrado gran muftí; se crea el Supremo Consejo Musulmán; Egipto logra la independencia.

Cronología

- 1923 El Tratado de Lausana establece las fronteras de Palestina.
- 1925 Se crea Beitar.
- 1926 Gran terremoto en Palestina.
- 1927 Se introduce la moneda palestina (la libra).
- 1928 Nombramiento del residente británico en Transjordania, que deberá asesorar al emir Abdullah en política exterior y defensa.
- 1929 Violentos enfrentamientos entre judíos y palestinos.
- 1930 Comisión Shaw y Libro Blanco de lord Passfield; se crea Ha-Poel; se funda el sindicato de los trabajadores árabes.
- 1931 Conferencia panislámica en Jerusalén.
- 1932 Informe de Louis French.
- 1933 Judíos de la derecha asesinan a Chaim Arlosaroff; Izz al-Din al-Qassam opera en Palestina hasta su muerte, en 1935.
- 1936 Se crea el Alto Comité Árabe; se funda el partido al-Difa'.
- 1936-1939 Sublevación árabe.
- 1937 Comisión Real de investigación encabezada por lord Peel; el gran muftí huye de Palestina.
- 1939 El Libro Blanco restringe la inmigración judía y la adquisición de tierras.
- 1946 Proclamación del emir Abdullah como rey de Jordania; se nombra un nuevo Alto Comité Árabe; atentado terrorista judío contra el hotel Rey David de Jerusalén.
- 1947 El gobierno británico decide someter la cuestión palestina al arbitrio de Naciones Unidas; la resolución 181 de la Asamblea General de las Naciones Unidas propone la partición del territorio en un Estado judío y otro palestino.
- 1948 Proclamación del Estado de Israel; tropas árabes entran en Palestina y comienza el levantamiento de la población palestina; en Jericó, notables, partidarios de los hachemitas, se manifiestan a favor de la unión de Palestina y Transjordania bajo el gobierno hachemita; la resolución 194 impone a Israel la repatriación de los refugiados expulsados de Palestina y la internacionalización de Jerusalén; David Ben-Gurion se convierte en el primer ministro de Israel; se crea el Herat.

- 1949 Israel y los Estados árabes, a excepción de Iraq, firman el armisticio.
- 1950 Jordania se anexiona oficialmente Cisjordania; declaración tripartita de los EEUU, Gran Bretaña y Francia por la que reconocen como definitivas las fronteras de Oriente Medio.
- 1954-1955 Moshe Sharett sustituye a David Ben-Gurion como primer ministro.
- 1954 Asunto Lavon (*Ha-Parasha*); un grupo de judíos destapan en Egipto el plan de espionaje y sabotaje gestado a las órdenes del ministro de Defensa israelí, Pinchas Lavon.
- 1956 Campaña de Suez; se funda el Partido Religioso Nacional, Mafdal.
- 1957 La doctrina de Eisenhower desencadena la guerra fría entre Nasser y Occidente; se funda el Partido Religioso Nacional, el Mafdal.
- 1958 Fuerzas británicas desembarcan en Jordania, marines americanos en el Líbano; fin del gobierno hachemita en Iraq.
- 1959 Disturbios de Wadi Salib.
- 1963 Fin de la era Ben-Gurion; Levi Eshkol es elegido primer ministro.
- 1964 Primera cumbre árabe; creación de la OLP; Israel proscribe el movimiento al-Ard.
- 1965 Se crean Al-Fatah y Gahal.
- 1967 Guerra de los Seis Días; Israel ocupa Cisjordania, la franja de Gaza, la península del Sinaí y los altos del Golán; 200.000 nuevos refugiados palestinos; el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas adopta la resolución 242.
- 1968 Al-Fatah se hace con la OLP; campaña de Karameh; secuestro de un avión de El-Al, al que se obliga a aterrizar en Argelia; se fundan el Frente Popular para la Liberación de Palestina y el Frente Democrático Popular para la Liberación de Palestina.
- 1969 Golda Meir primer ministro de Israel.
- 1969-1970 Intentos estadounidenses por resolver el conflicto.

Cronología

- 1970 Guerra civil entre las fuerzas armadas jordanas y la OLP; masacre de las guerrillas palestinas en Jordania y, como resultado del acuerdo entre Arafat y el rey Hussein, subsiguiente expulsión al Líbano de numerosos palestinos; muere Nasser.
- 1972 Los asesores soviéticos abandonan Egipto; Hussein propone la creación de una federación jordano-palestina.
- 1973 Guerra de octubre entre fuerzas egipcias, sirias e israelíes; la intervención de las superpotencias pone fin al conflicto; durante la guerra, los países árabes productores de petróleo imponen el embargo a Occidente, a excepción de Gran Bretaña y Francia; resolución 338 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas confirmando la resolución 242, con una referencia adicional respecto a la necesidad de resolver el problema de los refugiados.
- 1974 Las Naciones Unidas incluyen a Palestina en su agenda e invitan a la OLP a participar en calidad de observador; la cumbre árabe de Rabat reconoce a la OLP como único representante legítimo del pueblo palestino; Jordania revoca el parlamento que representa ambas orillas del río Jordán; el informe de la Comisión Agranat conduce a la caída del gobierno de Golda Meir y a la elección de Rabin como nuevo primer ministro; la «diplomacia de ping-pong» de Kissinger en Oriente Medio busca la firma de acuerdos bilaterales entre Israel y los Estados vecinos; se crea el Gush Emunim, el movimiento de los asentamientos en los territorios ocupados.
- 1975 Arafat se dirige a la Asamblea General de Naciones Unidas; en Líbano estalla la guerra civil; primer acuerdo entre Israel y Egipto relativo a la retirada; retirada parcial israelí en Palestina.
- 1976 El ejército sirio entra en el Líbano.
- 1977 El presidente de Egipto, Anuar el-Sadat, visita Jerusalén e inicia conversaciones bilaterales de paz con Israel; el Likud y Menachem Begin alcanzan el poder; en Israel se crea el movimiento Paz Ahora.

- 1978 Tratado de paz en la Casa Blanca entre Israel y Egipto; Israel responde con la operación Litani, por la que ocupa parte del sur del Líbano, al ataque de la OLP en la entrada norte de Tel Aviv.
- 1981-1984 Israel apuesta por el libre mercado y otras medidas de liberalización.
- 1981 Nuevo liderazgo en Cisjordania, aplastado por la Fuerza de Defensa Israelí.
- 1982 Devolución del resto del Sinaí a Egipto; Israel invade el Líbano durante la operación «Paz para Galilea».
- 1983 Fin de la era Begin; Itzhak Shamir es elegido primer ministro.
- 1984 Rabbi Kahana elegido diputado de la Knesset; se crea el movimiento Shas.
- 1985 Israel se retira del Líbano, a excepción del sur; el acuerdo entre la OLP y Jordania autoriza a ésta en caso de negociaciones a representar al pueblo palestino.
- 1987 Primera intifada en los territorios ocupados.
- 1988 El rey Hussein declara que Jordania renuncia a la soberanía de Cisjordania; se funda *Hamas*; el Consejo Nacional Palestino publica en Túnez la Declaración de Independencia.
- 1989 Caída de la URSS y emigración multitudinaria de judíos y no judíos procedentes de la URSS y demás países del bloque del Este a Israel.
- 1991 Guerra del Golfo; misiles *Scud* iraquíes alcanzan Haifa y Tel Aviv
- 1991 Los Estados Unidos convocan una conferencia internacional sobre Palestina que se celebra en España.
- 1992 Conversaciones de paz tripartitas en Washington entre Israel, los representantes palestinos y Jordania; Rabin es designado primer ministro por segunda vez.
- 1993 Se firma en la Casa Blanca la Declaración de Principios de Oslo
- 1994 Israel y Jordania firman oficialmente un tratado de paz; Arafat llega a los territorios ocupados y se convierte en presidente de la Autoridad Palestina.

Cronología

- 1995 Israel y la OLP firman el Acuerdo II de Oslo, acuerdo provisional relativo al control palestino de parte de Cisjordania y la franja de Gaza; asesinato del primer ministro Rabin; elección de Benjamin Netanyahu.
- 1996 Benjamin Netanyahu es elegido primer ministro.
- 1999 Elecciones israelíes, Ehud Barak primer ministro.
- 2000 Israel se retira del sur del Líbano; segunda intifada.
- 2001 Elecciones israelíes, Ariel Sharon primer ministro.
- 2003 Reelección de Sharon.

Prólogo

La idea de escribir este libro surgió durante el curso que impartí en la Universidad de Haifa titulado «Historia del conflicto palestino». Muy atentos e interesados, los estudiantes palestinos y judíos venían reclamando reiteradamente una exposición de la historia de su país que no repitiese las conocidas versiones de las dos partes en conflicto, sino que respetase el punto de vista de la otra, incluyendo el de aquellos que no forman parte de la historia; y, sobre todo, una visión que aportase una perspectiva de futuro más esperanzadora. Empecé a escribir este libro en el ocaso de los Acuerdos de Oslo y me resultó difícil satisfacer esta última petición. Pero entonces me di cuenta de que algunos investigadores muy concienzudos ya nos habían ofrecido nuevas perspectivas sobre Palestina, y que nunca habían sido expuestas conjuntamente. Lo que estos nuevos planteamientos compartían era el intento de presentar la historia de un pueblo y una tierra, y no meramente la de la alta política, las ideologías dogmáticas o los manidos relatos nacionales.

El hecho de que los estudiantes, palestinos y judíos, quisieran escuchar la historia de boca de un humanista, y no desde una perspectiva nacionalista, étnica o religiosa, constituye ya una señal esperanzadora de futuro. Ésta es la perspectiva que dicta el tono del libro; se trata de un relato sobre aquellos que, en Palestina, sufrieron la brutalidad y fueron víctimas de la locura humana de sobra conocida en otras partes del mundo. Siendo como es fuente de muchos males y escasos remedios, el libro condena el poder abusivo de un pueblo contra otro pueblo en nombre de cualquier ideología. Estas ambiciones humanas han llevado las invasiones, ocupaciones, expulsiones, la discriminación y el racismo a Palestina. Los héroes de este libro son, así pues, las víctimas de estas calamidades: mujeres, niños, campesinos, obreros, los habitantes de a pie de las ciudades, pacifistas y activistas en pro de los derechos humanos.

Los «villanos» son, hasta cierto punto, los soberbios generales, los políticos codiciosos, los cínicos estadistas y los misóginos. Buena parte de las víctimas formaban, y forman, parte de la población indígena de Palestina, los palestinos; otros muchos pertenecen a la comunidad de los judíos recién llegados, que ahora alcanza ya la segunda generación de nativos.

Se nos advierte constantemente del peligro de acabar siendo esclavos de nuestra historia y nuestra memoria. Este libro se ha escrito bajo la perspectiva de que para llevar a cabo este acto de liberación, en Israel y Palestina se precisa primero volver a escribir, y desde luego rescatar, una historia borrada y olvidada. La violenta exclusión simbólica y real de un pueblo de la narración hegemónica del pasado conduce a la violencia del presente. Los originales y pioneros trabajos de varios historiadores procedentes de las comunidades olvidadas y marginadas de Palestina constituyen el fundamento sobre el que he podido construir el presente proyecto y rediseñar el cuadro histórico de Palestina. El intento no se justifica por la mera curiosidad intelectual, sino que surge del deseo de difundir una historia más amplia de lo que ha ocurrido en un país que, para consternación de sus habitantes, y pese a no contar con una población superior a la de Londres o Nueva York y tener un territorio más pequeño que cualquiera de los Grandes Lagos norteamericanos, nunca deja de ocupar la primera página de la prensa internacional. El libro es, simultáneamente, una introducción dirigida a aquellos que se interesan por primera vez por este país —si es que todavía existe gente tan afortunada— y una sugerencia a modo de relato alternativo para los que creen, comprensiblemente, que han leído todo lo que había que saber respecto a la desgarrada y torturada tierra de Palestina.

Introducción: Una nueva perspectiva de la Palestina y el Israel modernos

Desde el aula en la que imparto clases en la Universidad de Haifa, arriba, en el monte Carmelo, rara vez se puede disfrutar de una buena vista de la ciudad a los pies. En uno de esos raros días, cuando milagrosamente no hay ni contaminación ni polución, puedo ver los barrios judío y palestino de Haifa. La ciudad se extiende desde la costa hasta el monte Carmelo. Los palestinos viven más abajo, en las áreas adyacentes al puerto, aunque en los últimos años han ido ascendiendo hacia la ladera del monte, a partes de la ciudad en las que vivían antes de 1948. En Haifa, el nivel de vida aumenta a medida que se asciende la ladera; la pobreza disminuye con la altitud.

El bienestar socioeconómico está estrechamente ligado a la filiación y a la topografía nacional y étnica. Así se forma una pirámide que encapsula la estratificación de la sociedad israelí y, lo que es más importante, la historia del país. Dada la organización geográfica del Estado, no es de sorprender que la Universidad se encuentre en el vértice de la montaña, singularizada por una torre de treinta pisos y dominando a los palestinos, a los judíos mizrahis y a las clases menos afortunadas de la ciudad desde el punto de vista socioeconómico. Al igual que las demás instituciones de Israel, la comunidad de la Universidad de Haifa es predominantemente judía, europea y de clase media.

No obstante, tiene un amplio porcentaje de palestinos, el 20 por 100 para ser exactos, lo que supera con creces su cuota de población. En mi clase hay estudiantes palestinos y judíos, y el curso trata de la historia del país. En este país mío, tan abrumado por la política, ambos grupos conciben la historia como un prisma más bajo el que contemplar la realidad presente y no tanto la pasada. En esos inesperados días claros suelo pedir a los estudiantes que relacionen la vista que hay desde la ventana con la historia. Los estudiantes palestinos describirán una ciudad palestina floreciente hasta que los judíos la vaciaron y destruyeron en 1948;

Los estudiantes judíos verán una ciudad floreciente donde antes reinaba el vacío y la destrucción. En cualquier otro lugar del país se repiten estos dos puntos de vista antagónicos; representan narraciones históricas, dos poderosas versiones de la historia aceptadas como verdaderas, ya viniesen del responsable de un grupo de niños en un jardín de infancia o del profesor universitario en una clase de historia. La extensión de la narración varía, pero no su secuencia ni sus héroes o sus villanos.

Una historia sucinta de Israel y Palestina ha de tener en cuenta estos relatos, pero no puede aceptarlos como la «verdad histórica», aunque sólo sea porque cada uno de ellos es la imagen reflejada en el espejo del otro. Si una de las versiones es la verdad histórica, la otra habrá de ser falsa. Si ambas son ciertas, entonces es que no existe la verdad histórica sino versiones ficticias del pasado. Además se necesita algo más: una narración alternativa que reconozca las similitudes, critique las falsificaciones flagrantes y difunda la historia de la región en aquellas áreas a las que no han llegado las dos versiones nacionales.

Tender un puente entre dos narraciones contradictorias es de por sí bastante difícil, pero este libro incluye además un capítulo de historia «moderna»; por cierto, las dos narraciones se ajustan en líneas generales a una misma definición respecto a lo que consideran «moderno». Abordar el concepto de modernidad con sentido crítico es, por tanto, una vía posible para deconstruir ambas narraciones sin discriminar a ninguna de ellas. Hay así pues dos obstáculos que salvar antes de emprender nuestro viaje al pasado. El primero consiste en hacer frente, e incluso luchar, contra dos versiones muy distintas del pasado del país firmemente asentadas en la mente de la mayor parte de sus habitantes. Son dos historiografías nacionales opuestas de Israel y Palestina, que lógicamente se expondrían mejor en dos libros de texto independientes. Aquí aparecen conjuntamente, y unas veces se las rechaza por sus pretensiones y se las critica por su etnocentrismo y elitismo, mientras en otras ocasiones se respeta su lado épico al tiempo que se ridiculiza su falta de sentido.

El segundo obstáculo consiste en desafiar el principal paradigma de la historia que ratifican los historiógrafos nacionales. Se fundamenta en la teoría de la modernización, que conforma una historia con un comienzo claro, un presente inequívoco y un futuro razonablemente predecible. Los partidarios de la modernización, ya aboguen por el punto de vista palestino o el israelí, pueden indicar con precisión el punto de partida de la historia del Israel y la Palestina modernos: siempre es el primer con-

tacto con Europa. Cuestionar este paradigma puede contribuir a crear puntos de partida alternativos para nuestra historia.

Ni el término «moderno» implica ya una «realidad» ni el concepto de «modernización» se interpreta universalmente del mismo modo. Así pues, el debate sobre la cuestión de los inicios, sobre dónde y cuándo deberá comenzarse el viaje al pasado «moderno» de Palestina e Israel, no es una mera discusión de periodización. Todo intento de establecerlos suscita problemas complejos e interrelacionados que van desde la definición de modernidad hasta el papel de la ideología nacional en la historia. Esta introducción no es el lugar adecuado para un análisis minucioso de estos problemas, pero son demasiado importantes para ignorarlos. En las reconstrucciones historiográficas juega un papel determinante la definición que manejan los historiadores de los términos «modernidad», «progreso» y «nacionalismo», especialmente cuando se trata de la historia de Asia y África.

Mientras los recientes debates teóricos sobre un tema tan intrincado como el de la historia de Palestina e Israel deberán tener en cuenta en la introducción los conceptos de modernidad y nacionalismo, aquí he optado por darles un tratamiento indirecto. Se trata de presentar un sumario sobre la manera en que suelen comenzar las historias modernas de Israel y Palestina. Mi propósito no consiste en demostrar si el estudio teórico es «erróneo» o «correcto», sino indicar que muestra tan sólo una parte de la realidad histórica, aunque una parte significativa. Pese a que, debido al lugar destacado que ocupa en los medios de comunicación internacionales, abundan los libros sobre la región, el predominio de la teoría de la modernización en los estudios sobre Oriente Medio hace que las narraciones sean similares. Esta introducción intenta explicar cómo, pese a los esfuerzos realizados desde el mundo académico y desde la calle, todavía hay espacio para una interpretación de la historia moderna de la región que difiera de la versión común.

LA APARICIÓN DE LA PALESTINA MODERNA. LA VERSIÓN COMÚN

Según la versión común, la historia moderna de Palestina comienza con la incursión de las tropas napoleónicas en Palestina y Siria a finales del siglo XVIII, si bien su estancia fue en exceso corta como para poder considerarla una «influencia». El papel modernizador le correspondió

al gobernante egipcio Mohamed Alí, que ejerció su control sobre Palestina entre 1831 y 1840. Mohamed Alí, general al servicio del sultán otomano, fue escalando posiciones gracias a intrigas y coaliciones hasta llegar a gobernar Egipto, a comienzos del siglo XIX. Su ambición iba más allá del Nilo, albergando quizás incluso la intención de derrocar al sultán. Dentro de esta estrategia por ampliar su poder, se anexionó Palestina y Siria.

Ibrahim Pashá, hijo de Mohamed Alí, se convirtió en el gran modernizador de Palestina. Gobernando los territorios en nombre de su padre, introdujo reformas agrícolas, centralizó el sistema tributario, construyó carreteras más seguras y dotó al país de un sistema constitucional que otorgaba una representación equitativa a la elite local; por primera vez en la historia del Imperio otomano, los nuevos órganos representativos incluían a cristianos y judíos¹.

Se restauró el viejo sistema cuando los reformadores otomanos de Palestina derrotaron y sustituyeron a Ibrahim con ayuda de los Estados europeos. Los europeos devolvieron a Palestina el *statu quo ante*, pero permitieron que la modernización continuase a toda marcha. La modernización empezó, conforme a la mayor parte de los modelos que defienden los partidarios de la teoría de la modernización, de la mano de la tecnología y la economía. También se llevaron a cabo otras reformas estructurales, primero en la capital, Estambul, después en las principales provincias y, finalmente, en las áreas marginales. Los reformadores otomanos, activos desde la década de 1830 hasta por lo menos 1876, crearon nuevas realidades sociales y políticas en Palestina. Las reformas, conocidas como el Tanzimat, fueron fundamentalmente un esfuerzo de centralización y reorganización destinado a mantener unido un imperio que amenazaba con desintegrarse bajo la presión de los ambiciosos gobernantes locales, los movimientos nacionales en estado embrionario y la codicia del imperialismo europeo. En Palestina, las reformas empezaron a aplicarse en la década de 1840. Los agentes del cambio fueron los gobernantes reformistas de Beirut y Damasco, las dos capitales regionales, que se repartían el poder. Otros agentes de la modernización fueron los cónsules europeos, que se habían establecido allí desde la década de 1830, y los mercaderes y banqueros del Viejo Continente que habían comenzado a llegar tras la Guerra de Crimea (1853-1856). Desde el

¹ ANTONIOUS (1938), pp. 21-35.

punto de vista de la modernización, la Guerra de Crimea hizo las veces de un catalizador, facilitando y acelerando el proceso de cambio. Con el Tanzimat empezó el declive del poderío otomano en Palestina y creció el interés europeo por la región. El resultado fue la integración económica con Europa y una mayor injerencia de los cónsules europeos en los asuntos locales y en la política central.

Desde el punto de vista de los teóricos de la modernización, la consecuencia más importante de la integración con Europa fue el surgimiento de una sociedad nacional y secular en Palestina. Sólo fue posible tras producirse un cambio fundamental en la relación entre la mayoría musulmana y la minoría cristiana. Los sultanes prometieron mejorar el estatus de sus súbditos cristianos como resultado de la presión europea, exacerbada por la dependencia otomana de la ayuda británica y francesa durante la Guerra de Crimea y, posteriormente, debido a la continua amenaza rusa. Cumplieron su promesa hasta cierto punto al crear el fundamento para la secularización de la sociedad y, casualmente, una base común para el futuro nacionalismo árabe.

En el punto en el que surge el nacionalismo, la versión común está muy en línea con las teorías de la modernización, según las cuales el nacionalismo es el penúltimo estadio en el proceso de «modernización», y viene a continuación de la importación de tecnología occidental, del *know-how* militar y de la emulación de las estructuras administrativas y de las instituciones occidentales. Al parecer, este estadio sólo se alcanza cuando una sociedad está lo bastante «madura» como para ser transformada con ayuda de la ideología y la filosofía político-moral occidental². Un grupo muy particular de personas facilitaron la entrada de Palestina en esta fase de transformación: los misioneros americanos que enseñaban en los colegios fundados en la segunda mitad del siglo XIX. Los futuros líderes del nacionalismo palestino entraron en contacto con el nacionalismo, la democracia y el liberalismo a través de los colegios. Al principio esta educación secular sólo interesaba a los cristianos, pero con la admisión de musulmanes, los colegios se convirtieron por excelencia en las escuelas privadas de la elite.

Mientras los gobernantes egipcios, los reformadores otomanos y los cónsules, asesores y banqueros europeos transmitían el mensaje europeo a la elite local de Palestina y Siria, los guardianes del viejo orden decidieron

² PATATI (1957), pp. 173-200.

reaccionar. Estas fuerzas «reaccionarias» impidieron la culminación del proceso. Al igual que en el resto de Oriente Medio, Palestina se paralizó en lo que los especialistas de la modernización denominan el periodo «de transición», esto es: entre la tradición y la modernidad. De este modo, sólo se modernizaron partes de la elite, mientras la mayor parte del país siguió en su estadio «primitivo». Y así se habría quedado si no fuese por la llegada, en 1882, de nuevos agentes de la modernización, los primeros sionistas. El sionismo era un fenómeno europeo y, por tanto, desde el punto de vista de la teoría de la modernización, su influencia en Palestina fue parte de la occidentalización del país. El sionismo adquirió el poder y la motivación necesaria que previamente tenía el colonialismo.

Según la versión común relativa a la Palestina anterior a 1948, el Mandato británico que se estableció en Palestina tras la Primera Guerra Mundial consolidó la influencia europea y fue el último factor de la modernización. La presencia y la política británicas, por un lado, y los planes y ambiciones sionistas por el otro hicieron que la comunidad palestina árabe se reagrupase bajo sus líderes tradicionales, encabezados por Amin al-Husseini, surgiendo un movimiento nacional palestino de nuevo cuño. De hecho, al llegar al momento crítico de 1918, la mayor parte de los libros de historia divergen y dividen la historia de la región en dos partes diferenciadas, la palestina y la sionista. Por lo que se refiere al periodo posterior a 1948, dudo que haya un puñado de libros que traten las dos historias nacionales conjuntamente, salvo en el contexto específico del conflicto árabe-israelí.

Por tanto, la versión tradicional presenta una historia lineal de la modernización de Palestina desde una era primitiva hasta la moderna. En la versión sionista, el sionismo forma parte del progreso, mientras en la versión palestina el nacionalismo palestino es el mensaje y fruto de la modernidad. Ambas ven el conflicto casi como inevitable, aunque temporal e innecesario, producto de estas dos consecuencias contradictorias de la modernización, y sólo finalizará cuando el proceso de modernización se complete.

DECONSTRUIR LA APARICIÓN DE LA PALESTINA MODERNA

La teoría de la modernización presupone que en la historia se puede detectar un momento, en este caso 1799, en que las sociedades

cesan de ser tradicionales y de vivir en el pasado. Bajo este punto de vista, Palestina dejó atrás el pasado gracias a la ayuda de Occidente. Gracias al toque mágico europeo, descubrió la luz y el progreso. Al igual que en otros casos de occidentalización, lo que todavía está por determinar es si debemos interpretarlo como la historia de un éxito o de un fracaso.

Desde la perspectiva de la teoría de la modernización, los palestinos nativos, la sociedad subalterna, no son un sujeto válido de estudio si no fueron, o hasta que sean, modernizados. En cambio, las elites palestinas sí lograron occidentalizarse, por lo que esta versión de la historia de la modernización del país es más la historia de las elites que la de un «pueblo». La elite dejó testimonio escrito de su mundo, lo que contribuyó a que los historiadores reconstruyesen la historia de las elites como si fuese la historia de Palestina. Dicho en otras palabras, la historia convencional de Palestina e Israel se extrapola del archivo político.

Sin embargo, las elites locales no son los héroes del drama de la modernización, su papel es secundario. El papel principal corresponde a los extranjeros que facilitaron la fusión entre Occidente y Palestina. A estos intermediarios externos se refiere la bibliografía de la modernización como «agentes». Como hemos visto, tras la breve invasión napoleónica de 1799, en Palestina intervinieron varios agentes de la modernización. A ojos de los historiadores convencionales, tenían algo en común: lograron transformar Palestina hasta hacerla irreconocible. Por tanto, en su opinión, la historia de la Palestina moderna es simultáneamente eurocéntrica y muy espectacular.

En el presente estadio, lo natural sería asumir que la historiografía israelí suscribirá la versión de los teóricos de la modernización mientras la historiografía palestina la cuestionará. La versión israelí del pasado —y antes la sionista— adopta y se hace eco de lo que denomino la «versión común». La imagen que Israel tiene de sí mismo como una entidad occidental en medio de una jungla árabe y su percepción de los palestinos como «los otros» alimentan esta visión. Sin embargo, la presente situación no es tan simple.

A primera vista, la versión nacionalista palestina podría interpretarse como una alternativa a la perspectiva eurocéntrica o colonialista. Sin embargo, bien al contrario, la aparición del nacionalismo en Palestina es parte integral de la historia de la occidentalización. Un efecto colateral de la modernización es el despertar al nacionalismo de las

sociedades locales tradicionales. En la historia de la modernización se da por sentado que una sociedad se nacionalizará bajo la influencia modernizadora de Occidente, sólo para rebelarse contra la fuerza modernizadora en nombre de ideales occidentales como el derecho a la independencia y a la libertad.

Por tanto podemos decir que la mano oculta de la versión nacional ha escrito la historia de Palestina/Israel o, para ser más precisos, ha creado dos versiones contradictorias que, de forma bastante conveniente, caen en el paradigma de la teoría de la modernización. Afortunadamente para los israelíes, debido a su estrecha identificación con Occidente, hasta hace poco se respetaba más su historiografía nacional considerándola fruto de la investigación académica y más fiel a la «verdad» que a la ideología. Los investigadores palestinos fueron menos afortunados. Sin un Estado propio, carecían de la infraestructura académica adecuada y, pese a que sus trabajos se adherían a las mismas normas de la investigación que los de Occidente, por lo general se los tildó de meros propagandistas. Esta evaluación académica se ha invertido recientemente; una oscilación del péndulo que debe tanto a la política como a la transformación que se está produciendo en el ámbito de las humanidades. Con todo, los estudios históricos sobre la región han optado hasta hace muy poco por una perspectiva pro israelí o pro palestina. Los historiadores seguramente han querido ser neutrales y objetivos, pero pertenecen, o se identifican mucho, con una de las partes del conflicto.

La historiografía nacional de ambos lados ha asumido que la historia del país es sinónimo de la historia del nacionalismo. El nacionalismo, como concepto, se concibe como consustancial a la vida de cada individuo de un determinado país; en realidad, es la historia de unos pocos hombres ricos, no la de la mayoría de la población, ni la de las mujeres, ni la de los pobres. En este sentido ha supuesto mucho más que meramente tomar partido. La historia del movimiento nacional palestino o del sionismo ha sido equivalente a la historia del territorio de Palestina e Israel. Los historiógrafos nacionalistas no diferencian entre país y nación; son una misma cosa y constituyen una misma esencia a partir del mismo momento histórico. La nación, como la patria, se representa como una entidad esencialista. A los historiadores nacionalistas no les interesan las fechas de nacimiento sino de los descubrimientos. La cuestión no es cuándo nace una nación sino más

bien cuándo renace. Como señaló certeramente Homi Bhabha: «Los orígenes de las naciones, como su historia, se pierden en el mito del tiempo y su horizonte sólo se alcanza con los ojos de la mente»³. De este modo los orígenes de las naciones y sus territorios sólo pueden localizarse en un pasado distante o antiguo: una conveniencia nacionalista que apunta y ridiculiza Benedict Anderson⁴.

ESCRIBIR LA HISTORIA DE UN TERRITORIO, DOS PUEBLOS

En el caso de Palestina e Israel, la historia del conflicto intranacional, que se ha convertido en la esencia de la historia de la región, en la historia de ambos, está aún más imbricada ¿Sería posible reconstruir esta historia de modo diferente? En este libro intento plantear un nuevo enfoque. Espero hacerlo sin infravalorar la importancia de Occidente, de las elites políticas, el nacionalismo y el conflicto intranacional, o sin ignorar la importancia de algunos de los principales cambios que reseñan los teóricos de la modernización. Estos procesos de desarrollo incluyen la industrialización, la urbanización, el progreso en materia de higiene, la secularización, la centralización y la politización de lo que denomino las sociedades «no occidentales» que establecieron contacto con Occidente⁵.

Se incluyen todos estos factores, pero se los contempla con mayor escepticismo que en el pasado. De modo que este nuevo enfoque no cuestiona la verdadera existencia de los procesos antes mencionados, pero rechaza la lógica por la que los teóricos de la modernización establecen conexiones entre ellos. Una visión alternativa al modelo estructural y teleológico de cambio y desarrollo que supuso el contacto con Occidente encuentra un proceso de transformación fragmentado y con fracturas en el que las sociedades locales se mueven con el mismo fervor hacia «atrás» (hacia el pasado) que hacia «delante» (hacia Europa) a lo largo de la línea trazada por la teoría de la modernización. El contacto con un «otro» poderoso es un factor tanto positivo como negativo. Desestabiliza y polariza a la sociedad local antes

³ BHABHA (ed.) (1970), p. 1.

⁴ ANDERSON (1991), pp. 204-206.

⁵ LEVI (1966):

de que el nacionalismo intente cimentarla. La sociedad se transforma y el impacto externo produce casos de continuidad y reforma modulares y caleidoscópicas que la teoría no prevé y que no encajan en ningún ejemplo histórico europeo.

El enfoque que propongo debe mucho a la lección aprendida tras el estudio de algunos casos asiáticos y africanos de las décadas de 1960 y 1970. Así, tanto inductiva como deductivamente, la visión *a priori* del pasado reciente de Palestina será necesariamente más postestructuralista que antes. Pero antes de desalentar al lector con la perspectiva de una jerga posmoderna, desearía añadir que no es ésta la razón por la que me he vuelto más crítico respecto a la modernización y al nacionalismo. Me interesaba más comprobar cómo un nuevo enfoque introduce en la escena histórica a actores que en la teoría de la modernización estaban ausentes o eran totalmente marginales. Bajo este prisma, el libro sostiene que la historia de estos actores no es menos relevante para la historia del lugar que la historia del nacionalismo, del conflicto, de las elites o de la occidentalización.

En esta historia «des-modernizada», uno de los actores principales es la sociedad subalterna, esto es, los grupos que viven como norma al margen de la esfera política y del poder, y que están dispuestos a confiar algunos aspectos de su vida, no todos, al Estado y a las elites. La narración es clara: comienza con una sociedad palestina tan lejos como quepa imaginar de la política del último periodo otomano y finaliza con su situación en la realidad de la década de 1990, tras los Acuerdos de Oslo. En el ínterin, Palestina es invadida, seducida y moldeada por las elites, la política, la ideología, el nacionalismo, el colonialismo y el sionismo. A su debido tiempo aparecen nuevos factores, como los medios de comunicación y la educación a cargo del Estado, que complican la interacción aún más.

Los libros que suscriben la teoría de la modernización suelen referirse brevemente a esta sociedad tildándola de «masas»: peones, sujetos pasivos que hay que juzgar según su obediencia a alguna política o decisión elitista. En este libro se les otorga una identidad y un modelo de comportamiento muy diferente. No son una masa de gente. Se agrupan conforme a pequeñas unidades sociales, por lo general, hogares. Sin embargo, con el tiempo, prefieren definirse según etnias, géneros, ocupación, clase o cultura. Cambian a voluntad, aunque en algunos momentos se ven forzados al cambio y no siempre en beneficio suyo. Su mundo es una mezcla de

necesidad material y consuelo espiritual. Muchos de ellos tienen un estrecho vínculo con la tierra en la que viven o en la que deciden establecerse. Se aferran a la tierra o a su propiedad no por un imperativo nacional de proteger la patria, la entidad, sino por razones mucho más mundanas y al tiempo más humanas.

Entre los actores locales están los líderes al igual que los miembros ordinarios de la comunidad; son las mujeres y niños, agricultores, obreros, habitantes de las ciudades y agricultores de Palestina. Según sus orígenes religiosos y étnicos, se los define como armenios, drusos, circasianos o judíos mizrahis y asquenazíes; y, según su concepción de la religión, como secularizados, ortodoxos o fundamentalistas. Al escribir sobre ellos, las definiciones requieren buscar un equilibrio entre lo que reivindicán y lo que el autor entiende como su fuerza aglutinante. Alimentar a una familia, permanecer en la tierra de sus antepasados o emprender una nueva vida en tierra extraña puede presentarse como patriotismo o nacionalismo, para la mayor parte de la gente es un acto existencialista y de supervivencia.

El segundo actor es el pasado revestido con el ropaje de la tradición y la religión. Desde el punto de vista de la historia moderna convencional, el pasado es un obstáculo para el progreso que Occidente llevó a Palestina. La pervivencia del pasado explica con claridad el motivo por el que parte de Palestina e Israel no han completado el proceso de modernización. La intrusión de este pasado negativo está muy presente en Palestina o entre los palestinos, menos en Israel. En Israel es un rasgo característico de la vida de los judíos procedentes de los países árabes, no de los occidentales. Es un factor con más peso entre las mujeres que entre los hombres, entre los campesinos que entre los propietarios de tierras, entre los obreros que entre los empresarios. Según el punto de vista convencional, la historia de la Palestina y el Israel modernos es la historia de la desaparición de este pasado entre los grupos desfavorecidos que esperan gozar de un futuro mejor. Pesimistas como el fallecido Elie Kedourie creían que para muchos este futuro sería inalcanzable; optimistas como el también fallecido Albert Hourani aseguraban que era sólo una cuestión de tiempo. Pero toda una generación de historiadores de Palestina e Israel creyeron que el pasado, representado por la tradición, la religión y las costumbres, tendría que desaparecer para dar paso a la emergencia de una Palestina y un Israel modernos y desarrollados.

En este trabajo me propongo reintroducir el pasado y mostrar que fue y sigue siendo un factor vital en las vidas de las gentes de Israel y Palestina. El pasado no es siempre regresivo, como el presente no es siempre progresivo. En Palestina, como en cualquier otro lugar de Oriente Medio, el pasado contiene modelos de comportamiento igualitarios que se han perdido en el presente. De modo similar, el encuentro con Occidente no siempre mejoró el estatus de las mujeres o redujo invariablemente el poder del clan. El pasado ha demostrado capacidad de adaptación y flexibilidad manteniendo las relaciones básicas existentes en el seno de una sociedad tal como eran, pese a los grandes cambios políticos que llevaron aparejados el colonialismo, el sionismo y, después, el nacionalismo palestino.

Ésta es la razón por la que en esta historia de Palestina e Israel no se describe la secularización como una consecuencia inevitable del encuentro con Occidente. La religión se presenta aquí como un factor elástico, se adapta bien a un mundo tecnológica e incluso políticamente cambiante. La tradición aparece no como el último obstáculo para la «modernización», sino como un mecanismo de defensa y adaptación para aquellos que se encontraron atrapados en el torbellino de una realidad cambiante. La religión y la tradición fueron —siguen siendo— fuerzas formidables cuya influencia alcanzó a la política, la sociedad y la cultura.

Cuando el pasado ocupa semejante lugar, también influye en lo que entendemos por cambio. En este libro, el cambio no se presenta como lineal y desde luego no es armonioso. A veces, el encuentro con Occidente reforzó los modelos tradicionales de comportamiento, en otros casos los quebró. Para algunos, el cambio fue rápido; para otros, moderado; para el resto, casi inexistente. Quizá deberíamos revisar términos como «cambio» y, sin duda, «continuidad». La crítica poscolonialista y los estudios subalternos, que intentan encontrar vías alternativas para reconstruir el pasado de los colonizados y de los nativos, han sugerido ya la necesidad de una revisión. Detestan la descripción de «los peones del pasado» y no creen que la occidentalización sea inevitable o positiva. Buscan una nueva vía para describir a los actores locales de la historia de Asia o África como seres humanos que, cautelosa y dolorosamente, crearon un camino en un mundo que había sido suyo antes de que otros lo invadiesen.

En las historiografías nacionales el pasado suele tener visos románticos. El pasado que el nacionalismo intenta evocar es distante y mag-

nífico, reinventado por los movimientos nacionales como la cuna o la aurora de su existencia para hacer valer su influencia en el presente. He intentado mantenerme al margen de esta clase de reconstrucción histórica, en primer lugar, utilizando para el área un nombre binacional; en segundo lugar, al no hacer referencia a un pasado oscuro y espléndido. El pasado «antiguo», tan importante para los movimientos nacionales, me parece que es para la mayor parte de la gente irrelevante. Prefiero comenzar con el pasado reciente, relevante y «ordinariamente» humano, y no con la versión que han primado las historias palestinas e israelíes. La nación que se describe aquí tampoco es la que presentaría una crónica nacionalista, como algo eterno. Es una invención humana, relativamente reciente, cuyo objetivo era servir a intereses particulares y que benefició a algunos pero destruyó a otros. Por encima de todo, nunca fue, como pretendía y sigue pretendiendo ser, la esencia de la vida. La vida está determinada por factores físicos, como el clima, la langosta, la economía y la tradición, tanto como por el nacionalismo.

La mayor parte de las historias de Palestina e Israel son historias sobre el conflicto. Pero la vida en Palestina e Israel no está sólo marcada por el conflicto. En este libro, al tratar a Israel y a Palestina como un único sujeto, he tenido que incluir un análisis del conflicto, pero al optar por una historia única, también rechazo la visión del conflicto como la esencia de la vida en el territorio de Palestina. Comprendo que el subtítulo del libro hará que más de uno se sorprenda, pero los lectores que estén familiarizados con la región estarán de acuerdo conmigo en que las gentes que viven aquí utilizan ambos nombres con la misma convicción y emoción. La historia que presento es la de una tierra que acabó dando lugar a Israel y a Palestina, y mi tarea es examinar las implicaciones que este territorio de dos nombres tiene sobre sus gentes.

Poner nombre al territorio fue un acto político de la Palestina otomana de finales del siglo XIX. Antes, la denominación no suscitaba disputas, y como quiera que lo denominasen sus gobernantes, habitantes o visitantes, aparentemente dicha denominación se aceptaba como una opción entre las muchas utilizadas con fines religiosos o administrativos. El nombre del país no desempeñaba un papel importante en las vidas de sus habitantes⁶. Sólo cobró importancia y signifi-

⁶ GERBER (1998), pp. 563-572.

cado con la llegada del sionismo y del colonialismo europeo, por un lado, y la emergencia del nacionalismo palestino, por el otro. En vez de limitarse a describir un área, el nombre vino a traducir la reclamación que se tenía sobre ella. De este modo, desde finales del siglo XIX, diferentes grupos en distintas coyunturas históricas pusieron nombre al territorio cuando tenían el poder y la voluntad para hacerlo mediante un acto contundente destinado a crear una nueva realidad. Tal es el poder del nacionalismo. Al «binacionalizar» e incluso «desnacionalizar» la historia en este libro espero librar a la historiografía de la firme garra del nacionalismo.

Por lo demás, los títulos y los nombres de lugares no son los únicos componentes de una historiografía nacionalista. Como autor que reside en la región, soy plenamente consciente de la dificultad de reconstruir la historia al margen del propio sentido ético nacional y de los mitos nacionales. Al tiempo que uno desearía escribir una historia imparcial y neutral, perviven las propias simpatías y filias. El lector encontrará en este libro ejemplos y descripciones que coinciden con muchas de las aseveraciones de una de las versiones nacionales, la palestina, menos con la israelí. Ello no se debe a que el autor sea palestino, no lo soy. Mi inclinación es evidente, pese al deseo de mis pares de que al reconstruir las realidades del pasado me ajuste a los hechos y a la «verdad». En mi opinión, tal intento sería vano y presuntuoso. El libro es obra de alguien que admite sentir compasión por el colonizado, no por el colonizador; que simpatiza con los que sufren bajo la ocupación, no con los ocupantes; y que se pone de parte de los obreros, no de sus patrones. Se solidariza con la angustia de las mujeres, y siente escasa admiración por los hombres que las dominan. No puede permanecer indiferente ante los malos tratos en los niños o renunciar a condenar a sus mayores. En una palabra, mi enfoque es subjetivo y a menudo, aunque no siempre, estoy de parte de los vencidos frente a los victoriosos. En la mayor parte de las coyunturas históricas, los palestinos estaban en la posición más débil, y el sionismo, y después los israelíes, en posición ventajosa. Este libro no es una historia nacional palestina, pero intenta mostrar cómo emplearon en la mayor parte de las situaciones los palestinos contra los palestinos, los israelíes contra los israelíes o, conjuntamente, los palestinos e israelíes contra otros palestinos e israelíes, la fuerza, la destrucción, la coerción, el abuso y otras herramientas del poder. Como ya se ha mencionado, se parte aquí de la idea de que la

identidad nacional fue y es sólo uno de los muchos factores que determinan la interrelación entre los pueblos y su territorio. Concibo la identidad nacional como reduccionista, ignorante ante factores como el estatus social, el género, la situación política y la distribución de los medios económicos y tecnológicos que han influido en la vida humana de Palestina e Israel. Así pues, el pasado aparece en esta historia también como un arma coercitiva empleada por los movimientos nacionales para manipular a la gente. Como tal, está en manos de unos pocos que quieren que sus acciones egoístas parezcan haber sido hechas en beneficio del reprimido⁷.

Para resumir, sugiero que la historia de la Palestina/Israel modernos debería ser tanto una historia de la sociedad subalterna como de los grupos de la elite, de los que desean cambiar y de los que están satisfechos con su situación, y una historia de la dinámica externa e interna de cambio. Esta historia intenta conjugar el relato de los explotadores con el de los explotados, de los invasores con los invadidos, de los opresores con los oprimidos. El tema de estudio son las gentes de Palestina e Israel y su punto de partida desde modelos de vida conocidos; puntos de partida a los que se hace referencia colectivamente como el comienzo de la historia moderna de Palestina e Israel. Esto implica que no puedo elegir un punto de partida específico. De hecho, el segundo capítulo de este libro propone varios comienzos que representan cambios significativos en las vidas de la gente desencadenados por procesos formidables como la desintegración de los imperios, el nacionalismo, el colonialismo, el capitalismo. Más que eclipsarse entre sí, estos distintos comienzos iluminan las posibilidades que se abren a la investigación histórica, así como la arbitrariedad de la que puede hacer uso el historiador como intérprete de la historia de un país. Como cada uno de estos principios representa a un grupo de gente, el libro intenta ser fiel a sus crónicas manteniéndose al margen de una historia que se convierte en un caso para el estudio de la modernización o del nacionalismo.

No obstante, al acercarnos al periodo del Mandato británico y a la era posterior a 1948, encontramos que la política y el nacionalismo pueden convertirse en lo que no deberían ser, la esencia de la vida. Esto es especialmente válido para el periodo 1948-1967. La política invadió la vida de todos los estratos sociales, persiguiendo a aquellos

⁷ FOUCAULT (1972), en C. Gordon (ed.).

que deseaban ignorarla y atrayendo incluso a los poetas y novelistas, ahora reclutados por el nacionalismo, la ideología de moda.

A partir de 1948, el libro se centra en cómo reaccionaron los diferentes grupos que constituían la sociedad israelí y la palestina ante la alta política. Cada suceso iniciado o gestado por las elites, ya fuese una guerra o un acuerdo de paz, se describe y se analiza frente a la reivindicación que suele hacerse de él como un acontecimiento humano importante. Como veremos, las guerras no afectaban a todo el mundo ni su impacto era igual. Lo mismo cabría decir de los acuerdos de paz. Las políticas cruciales para las vidas de los habitantes del país eran a menudo las económicas y sociales. La marea ideológica sólo fluye hacia el final, con la aparición por todo el país de «minisociedades» que desafían el nacionalismo en nombre de la etnicidad, el género y los derechos humanos, para ser cruelmente barridas de nuevo a fines del año 2000 por la política y la ideología nacionalista.

Fin de siglo (1856-1900). Tranquilidad social y drama político

EL PAISAJE RURAL Y SUS GENTES

En vísperas de la Guerra de Crimea habitaban en territorio palestino alrededor de medio millón de personas¹. Su lengua era el árabe. La mayoría eran musulmanes, pero también había unos 60.000 cristianos de varias denominaciones y alrededor de 20.000 judíos. Además debían tolerar la presencia de 50.000 soldados y oficiales públicos otomanos, así como 10.000 europeos. La vida administrativa giraba alrededor del *sanjak*, la subprovincia otomana, y la Palestina otomana tenía tres: Nablús, Acre y Jerusalén. Hasta cierto punto estas divisiones administrativas se ajustaban a la topografía. Palestina tenía cuatro regiones accidentadas: los montes de Jerusalén, los de Nablús y otras dos áreas, Hebrón, en el distrito de Jerusalén, y Galilea, en la subprovincia de Acre. Cada área geográfica y administrativa tenía una ciudad principal como capital, de modo que algunas de las ciudades más famosas de Palestina fueron focos de la vida social y cultural. Era el caso de Acre, Jerusalén, Hebrón y Nablús, así como de las ciudades costeras más pequeñas de Haifa, Jafá y Gaza.

Al margen de las actividades oficiales del *sanjak*, la gente tenía una vida autónoma, pastoral, con relativa homogeneidad de estilo y objetivos. Unas 400.000 personas habitaban en el medio rural, en pequeñas aldeas diseminadas sobre todo por las laderas de las montañas o a la entrada de los pequeños valles emplazados entre ellas². Los visitantes eran raros, aunque no inauditos. Los intrusos y ladrones también eran poco frecuentes, pero las autoridades reconocían que formaban parte integral de la vida y permitían a los hombres de las aldeas poseer armas. No sorprende que las armas se utilizasen también alguna vez contra los codiciosos recaudadores de impuestos e inesperados soldados otomanos.

¹ McCARTHY (1988), p. 6.

² FARSOUN y ZACHARIA (1997), pp. 24-25; DOUMANI (1995), pp. 1-20.

La vida giraba alrededor de la familia, y el clan (*hamula*) gobernaba los asuntos de cada una de ellas. Los clanes podían ser más o menos numerosos y algunos se dividían en subclanes. Un clan podía extenderse a una o dos aldehuelas, mientras una simple aldea podía albergar varios clanes. Salvo intervención de fuerzas externas, el clan determinaba el tipo de vida. El rasgo más llamativo de la vida comunal era el sistema *musha*, un método voluntario de cultivo basado en la rotación de tierras de propiedad colectiva, de modo que todos se beneficiaban de las parcelas más fértiles cuando les tocaba su turno³.

Cada subunidad administrativa otomana (*nahiya*) abarcaba varias aldeas. Estaba bajo el control de un jeque, cabeza del clan más fuerte. Pese a ser una especie de barón semifeudal, el jeque pertenecía al estrato socioeconómico más pobre del país. *Primus inter pares*, representaba a su propio clan y a otros ante las autoridades, y difundía entre su gente la política que le dictaban desde arriba⁴. A diferencia de los notables urbanos, estos líderes destituidos se encontraban a menudo en una situación precaria. Se los juzgaba de acuerdo con su capacidad como recaudadores de impuestos, pero no era menos importante su habilidad para reconciliar a los clanes en conflicto y poner freno a las disputas familiares. El problema residía en que, aunque les convenía evitar conflictos locales, los conflictos servían a los intereses de los notables urbanos y de los funcionarios, que o bien eran propietarios de las aldeas o estaban a cargo de su administración. Con todo, muchos de los jeques cumplieron su tarea con éxito. Uno de los más conocidos, incluso célebre, fue Mustafá Abu Gosh. Vivía en una aldea de la ruta entre Jafa y Jerusalén, y logró mantener su poder pese a las intrigas urbanas y a la antipatía que le profesaban las autoridades. No obstante, a fines del siglo XIX, la mayor parte de los líderes rurales habían desaparecido víctimas de los esfuerzos centralizadores dirigidos por los reformistas de Estambul.

En la Palestina rural, la felicidad consistía en buenas cosechas y el progreso en las faenas agrícolas. En las llanuras occidentales y las elevaciones más altas crecía el algodón, pero en la mayor parte de las colinas en terraza de la Palestina central se cultivaba el olivo, que se adaptaba muy bien al clima y al suelo. En los valles crecían el trigo, el maíz, la cebada y el sésamo.

³ FIRESTONE (1990), pp. 91-130.

⁴ Respecto a la naturaleza de este sistema feudal, véase SCHOLCH (1986), pp. 123-129.

El capítulo más duro de la vida consistía en la enfermedad, con frecuencia resultado de unas condiciones de vivienda inadecuadas⁵. Pese a ser apropiadas para el clima, las viviendas tradicionales no ofrecían siempre protección. La pobreza de los materiales las hacía frías en invierno. En verano, la gente pasaba las noches más cálidas sobre las azoteas de las casas, pero las habitaciones atraían a los insectos. Las costumbres y prácticas tradicionales también favorecían las enfermedades. La celebración de matrimonios endogámicos, dentro de la misma familia o clan, era una costumbre tradicional muy extendida entre musulmanes y cristianos. Con ello aumentaban las enfermedades hereditarias, que todavía eran frecuentes en las áreas rurales de Palestina avanzada la década de 1970.

La salud y la naturaleza determinaban la vida y la muerte en mayor grado que la economía y la política. La mala salud conllevaba una alta tasa de mortalidad entre niños y adultos por igual. Para hacerle frente, los principales mecanismos de defensa eran la religión y la tradición. En este caso los términos «religión» y «tradición» son engañosos. Algunos de estos «mecanismos de defensa» eran antiguas prácticas espirituales que guardaban escasa relación con las tradiciones religiosas que aceptaban los clérigos islámicos, cristianos o judíos. De este modo, el mundo espiritual, la red religiosa y los hábitos de vivienda proporcionaban la base del ciclo de la vida en Palestina⁶. La firme creencia en lo sobrenatural hizo las veces de amortiguador frente a las enfermedades y plagas que se desencadenaban periódicamente, e incluso frente a la locura de los vecinos; pues echar el «mal de ojo» era una práctica común.

La fecha aceptada como la de la aparición de una Palestina moderna tiene poca importancia en algunos aspectos de la historia de la sociedad y la cultura. El mundo metafísico estaba firmemente ligado a lo que Clifford Geertz denominó la «interpretación popular» de la religión, una interpretación que generalmente difiere de la que ofrecen las autoridades religiosas⁷. En la Palestina del periodo otomano tardío, como en toda la historia de la región, pervivieron las interpretaciones populares de las tres religiones monoteístas, que se siguen manteniendo hoy en día pese al denodado esfuerzo de sus custodios por acabar con ellas. Mientras los campesinos de la Palestina del último periodo otomano

⁵ MASTERMAN (1918), pp. 56-71.

⁶ CANNAN (1920), p. 4.

⁷ GEERTZ (1986) explora esta teoría.

mantenían un culto basado en las costumbres religiosas tradicionales, en las que el espiritualismo desempeñaba un papel importante, los grupos más influyentes llevaban a cabo ejercicios intelectuales con los que trataban de adaptar la religión a una realidad cambiante. A su vez, algunos clérigos de alto rango se orientaban en dirección opuesta, adaptando la realidad a una interpretación fundamental e inflexible de los textos religiosos⁸.

Si bien es cierto que no debería infravalorarse el papel de la religión oficial como consuelo y guía, lo cierto es que fue más una fuerza reguladora que una entidad de interpretación. Pero la sociedad no se mantuvo en esta interacción como un jugador pasivo. Trabajos de investigación recientes sobre la Palestina del periodo en que el país se hizo «moderno» han revelado que los ámbitos en los que la elite religiosa se comunicaba con la población, como en el caso del tribunal de la *shari'a* (la ley religiosa), eran interactivos y dinámicos. La población no sólo recibía mandatos religiosos (fetuas) de los muftíes, las autoridades religiosas sobre la ley, sino que establecía con ellos un diálogo sobre cómo debían interpretarse los textos religiosos⁹.

La interacción arroja también luz respecto a la situación de los que no eran musulmanes y de las mujeres. Por ejemplo, en caso de que sus propias estructuras fuesen inadecuadas, los judíos y los cristianos preferían recurrir a las normas de los tribunales musulmanes en querrelas relativas a la tierra y los bienes raíces¹⁰. Pero es sobre todo en relación con las mujeres cuando comprobamos cuán erróneas pueden ser las historias convencionales, especialmente al definir sus vidas como pasivas. Algunas monografías recientes han mostrado casos en los que las mujeres adoptaron valientes posturas ante los tribunales exigiendo el derecho a que se les consultase la elección de esposo o respecto a su participación en litigios en materia de sucesión¹¹.

Si tomamos a las mujeres como objeto de investigación podremos constatar hasta qué punto no resultan fáciles de manejar los términos «continuidad» y «cambio». Es sumamente difícil ver cambios radicales en la vida de las mujeres de la Palestina rural, aunque, para ser justos,

⁸ Una de las mejores fuentes es KAHLE (1912), pp. 139-178.

⁹ Para una investigación en profundidad sobre la situación de las mujeres ante los tribunales, véase AGMON (1994), pp. 36-59.

¹⁰ COHEN *et al.* (1993) (en hebreo).

¹¹ Un buen ejemplo en YAZBAC (1998), pp. 163-188.

es muy poco lo que sabemos de ellas antes del siglo XVII. Las mujeres no formaron parte del censo de población hasta las reformas del Tanzimat, hacia la década de 1870. De ahí en adelante, el censo es lo suficientemente preciso como para que los historiadores de la demografía puedan determinar el número de hombres, mujeres y niños que había en Palestina en un determinado periodo¹².

Con todo, los resultados en términos cuantitativos no alteran de modo radical lo que se deduce de las representaciones gráficas y de los relatos de viajeros. En el ámbito rural, las mujeres estaban sujetas a un régimen patriarcal que intervenía en su vida, por lo general desfavorablemente, a la hora de contraer matrimonio, así como en caso de divorcio o de sucesión. Los pintores europeos, aunque no fuesen siempre fieles traductores de la realidad, representaron a las campesinas palestinas siguiendo a cierta distancia a sus maridos y con un gran fardo sobre la cabeza camino del mercado, cuando no cargando también con los niños a la espalda.

La distribución de las tareas según el género que se seguía en la Palestina rural era la usual en el Oriente Medio de la época: los hombres se ocupaban de las faenas agrícolas y las mujeres de la casa. En buena medida dependía del tipo de agricultura. Si se cultivaba trigo, las mujeres se ocupaban de las malas hierbas y de recoger las gavillas. Si se cultivaba maíz, el trabajo de los hombres no finalizaba hasta que se almacenase en casa. Por lo general, había diferencias de ingresos en las propias aldeas, lo que afectaba al estatus de las mujeres. Los etnógrafos señalan que las mujeres muy pobres iban a los campos para recoger la cosecha. Una vez terminada, volvían a casa con unas pobres gavillas en la cabeza. En familias más afortunadas, mujeres y hombres trabajaban conjuntamente en el cultivo del trigo o de la cebada. Los hombres trillaban en la era, mientras las mujeres seleccionaban haces de paja. La paja se tejía en grandes recipientes, llamados *tabaka*, que permitían transportar brazadas más pesadas. Se teñía de varios colores, un trabajo pesado que mantenía a las mujeres ocupadas hasta que caía el sol.

En las aldeas, y hasta cierto punto entre las clases bajas de las ciudades, las mujeres musulmanas no llevaron velo hasta que las aldeas empezaron a ser objetivo común de visitantes extranjeros. En cambio, entre

¹² Véase la descripción de la década de 1930, en referencia a un periodo anterior, en MOGANNAM (1937), pp. 35-49.

las clases más pudientes el velo era la norma, aunque las excepciones empezaron a ser más frecuentes como consecuencia de la incorporación de Palestina a la economía mundial. Según algunos observadores de la época, en cuestión de velo, que era una vieja costumbre pero no una ley, Palestina iba a la zaga de Siria y Egipto.

La investigación académica rara vez menciona a las mujeres de los caciques rurales, por lo que sólo podemos especular que, al menos oficialmente, su posición no sería muy diferente de la que tenían las demás mujeres en el mundo rural. No obstante, teniendo en cuenta los relatos de mujeres europeas que tuvieron acceso a estos santuarios femeninos, es posible que, entre bastidores, ejercieran una influencia mayor sobre las actividades de sus maridos¹³.

LA PALESTINA URBANA Y SU SOCIEDAD

Durante todo el Imperio otomano, la vida rural palestina estuvo íntimamente vinculada a la de los centros urbanos. El principal medio de sustento era el trueque de los excedentes de la producción agrícola en la ciudad. Como resultado de la integración de Palestina en la economía mundial, esta interconexión primero se interrumpió y finalmente desapareció.

Las ciudades también mantenían relación con los nómadas, los beduinos, que recorrían las áreas occidentales y meridionales. Eran el núcleo de la infraestructura comercial, el punto de conexión de las ciudades con las aldeas y el mundo exterior. Los beduinos suministraban materias primas y, aparte de los habitantes de las aldeas, eran los principales consumidores de los productos manufacturados de las ciudades¹⁴. Este sistema se mantuvo intacto hasta que el celo modernizador obligó a los beduinos a optar por un asentamiento permanente. Un caso muestra esta reciprocidad con todo detalle. Durante un largo periodo de tiempo, la tribu beduina Bani Shagr abasteció de materias primas, a cambio de otras mercancías, a la industria de jabón de Nablús. El estudio sobre Nablús muestra asimismo que, hacia 1700, se

¹³ Véase introducción y recopilación en MABRO (ed.) (1991). Para un informe detallado, véase ARCHER y FLEMING (1986).

¹⁴ DOUMANI (1999), pp. 27-28.

intensificó la economía de trueque e incluso asumió un cariz nuevo, cuando las mercancías, al igual que la tierra, fueron consideradas propiedad privada, creando un modelo económico que podría calificarse fácilmente de moderno mucho antes de la llegada de los europeos. La influencia europea sólo aceleró estos procesos, no los inventó.

El cambio económico también influyó en la vida de las mujeres de Palestina. Al tiempo que la integración con Europa obligaba a los beduinos a asentarse y ponía punto final a las relaciones de trueque que mantenían con las ciudades, éstas se vieron sometidas a las fuerzas del mercado de la oferta y la demanda. La apertura al mercado debilitó radicalmente la autoridad de los funcionarios públicos responsables de regular la economía urbana, lo que a su vez influyó en el estatus y bienestar de las mujeres. Un ejemplo ilustrativo fue el declive de la autoridad del juez local (*qadi*). Eran los únicos funcionarios urbanos que los otomanos designaban desde el exterior. En la segunda mitad del siglo XIX se les impidió intervenir, como habían venido haciéndolo durante siglos, los precios urbanos, incluidas las dotes. En ausencia de regulación, los padres exigieron dotes más elevadas. Pero al ser los precios superiores, se pospusieron los matrimonios, lo que muchos verían como una mejora en el estatus de la mujer.

En la vida de la Palestina urbana, y no sólo en la economía, se notaba la influencia de la historia. Algunas ciudades palestinas, como Jerusalén y Hebrón, tenían una historia larga y antigua, otras, como Haifa, eran más recientes. La historia desempeñó un papel porque era un factor relevante en la vida de la *a'ayan*, la nobleza urbana palestina. La genealogía de las familias de la elite se remontaba a los inicios del islam, y, con semejante árbol genealógico, solían residir en las viejas ciudades. La elite musulmana estaba compuesta por familias que debían su posición tanto a los antiguos lazos familiares, como a la buena relación que mantenían con el poder reinante¹⁵. Antes de las reformas otomanas, la elite desarrollaba un tipo de actividad política a la que el difunto Albert Hourani denominó la «política de los notables»¹⁶. El término hace referencia a la capacidad de algunas familias del mundo árabe para mantener su posición como parte de la elite social urbana. La nobleza derivaba de la doble legitimidad que conferían a estas fami-

¹⁵ Véase un ejemplo en MAOZ y PAPPE (eds.) (1997), pp. 163-208.

¹⁶ HOURANI (1981), pp. 36-66.

lias su propia sociedad y la autoridad central de Estambul. Su destacada posición dio lugar a que los otomanos, que evitaban en la medida de lo posible el control directo, les confiaran importantes puestos en las provincias. El desempeño de estas tareas requería capacidad de negociación y habilidad para mantener el equilibrio, cualidades esenciales de la «política de los notables». Durante el periodo otomano, su táctica constituyó el código ético y político de la sociedad urbana en el mundo árabe, y así seguiría siendo durante los años que precedieron a la emergencia del nacionalismo y finalmente a la independencia. La clave del éxito de los notables era la moderación, una virtud que protegió su posición durante los dramas políticos de los siglos XVIII y XIX, época en la que el área se convirtió en marco del enfrentamiento colonial y cuando los insurgentes gobernantes locales intentaron hacer realidad sus sueños de independencia y soberanía.

Al igual que en las áreas rurales, en la sociedad urbana también primaban la religión y la historia. La diferencia residía en que las grandes ciudades y las ciudades de tamaño medio estaban bajo la influencia de la religión estatal, que, en el Imperio otomano, era un instrumento burocrático para garantizar la lealtad al Estado más que el culto a la divinidad. Así pues, tenía menos preceptos en las cuestiones fundamentales de la fe, pero más obligaciones religiosas respecto al reino otomano¹⁷. Esto quizá contribuya también a explicar el cambio de estatus que experimentaron las mujeres del ámbito urbano ya a finales del siglo XIX. Las anécdotas que contaban los viajeros europeos muestran la erosión de la estructura patriarcal en la Palestina urbana. Los viajeros contaban que a las muchachas se les consultaban sus preferencias para concertar un matrimonio y que el cortejo era bastante común¹⁸. Esta práctica persistió durante el periodo final del dominio otomano y el Mandato británico. Las negociaciones entre las familias de los novios eran lentas y complicadas, pues incluían la cuestión de la dote y otros acuerdos legales, y se tenía sin duda en cuenta la opinión de la novia. Al parecer, en las ciudades, había un grupo privilegiado de mujeres pertenecientes a las familias notables. Se movían con más libertad y se tenía en cuenta su opinión en caso de matrimonio o en la educación de los hijos. Los matrimonios eran un medio importante para reforzar

¹⁷ MARDIN (1993), pp. 347-374.

¹⁸ DARWAZEH (1936), p. 06 (en árabe).

los vínculos políticos entre las familias notables, por lo que el hecho de que las mujeres influyesen en los matrimonios indica también un estatus político.

Así pues, el bienestar de las mujeres dependía más del estatus social, de la costumbre y la tradición, de la unidad ecológica y, cabe sospechar, de la personalidad de cada patriarca, que de la religión judía, musulmana o cristiana. Lo mismo cabría decir respecto a la vida de la elite en los centros urbanos en general, pues la cultura de los cristianos y los judíos no difería de la de los musulmanes: no dependía sólo de la filiación religiosa, sino de la situación geográfica y social. Las elites de los tres grupos religiosos seguían formando parte de una sociedad árabe otomana, y la proximidad a los centros de poder dependía de lo «otomano» que cada uno demostrase ser. Cada unidad ecológica —la tribu, el pueblo y la ciudad— revelaba individualmente una mezcla de rasgos árabes y otomanos en la lengua, las costumbres y la forma de vida. Por ejemplo, hasta donde sabemos, el árabe era la lengua en la que se conversaba, pero para la correspondencia oficial se empleaba el turco otomano.

UNA SOCIEDAD SIN POLÍTICA

Durante este periodo, la política rara vez influyó en la vida de la inmensa mayoría. Aparte del terreno económico, las poblaciones locales deseaban claramente evitar trastornos en sus vidas. De vez en cuando, durante los siglos XVIII y XIX hubo revueltas y sublevaciones populares espontáneas que parecen contradecir la idea de una Palestina pastoral y estable. Pero estas revueltas no eran tanto una llamada de atención a favor del cambio como una protesta en contra.

Algunas sublevaciones han pasado a formar parte de la historia nacional. Una de ellas fue la célebre revuelta de 1834 contra el dominio egipcio de Palestina, ocupación que comenzó en 1831 y finalizó en 1840. Como en los casos precedentes, mediante esta revuelta, los campesinos protestaban contra una imposición abusiva, el servicio militar obligatorio y la excesiva injerencia del gobierno central en sus asuntos al exigir que entregasen las armas a las autoridades. Los campesinos ya se habían resistido antes y creyeron que podían vencer al poder abusivo y coercitivo de los gobernadores otomanos y su corte,

particularmente crueles e inhumanos. En una secuencia de acontecimientos poco usual, primero se castigó a los rebeldes y después se destituyó a los despiadados gobernadores o a los recaudadores de impuestos. Como ha demostrado una publicación reciente sobre la Siria otomana, la torpeza de los otomanos durante los siglos XVIII y XIX para administrar sus vastos y complejos territorios adecuadamente dio lugar a una política coercitiva¹⁹. En particular en Siria y Líbano, algo menos en Palestina, el poder otomano se cimentaba sobre las dinastías de clanes que empleaban su poder en oprimir a los campesinos locales. En 1834, pese a que los gobernantes egipcios habían reemplazado a estos clanes por otros, se reaccionó del mismo modo ante la opresión y el abuso, y la aspiración de una mejora siguió siendo la fuerza motriz de las revueltas.

Para los palestinos, a los que los otomanos habían dejado prácticamente a su libre albedrío, la nueva política egipcia supuso un cambio negativo. La elite urbana y rural de Palestina había sido especialmente autónoma, y los gobernantes egipcios los acosaron exigiéndoles dinero, armas y, lo que es peor, intentando reclutar a sus hijos para el ejército egipcio. La revuelta de 1834 fue uno de esos raros momentos de solidaridad entre la elite y el pueblo, lo que ha dado lugar a que los autores de una publicación la identifiquen no sólo como una rebelión nacional, sino incluso como el comienzo del nacionalismo palestino. En mi opinión, más que la aspiración a la independencia, la revuelta expresaba en realidad el deseo de volver a ser otomano²⁰. No se volvería a producir un impulso colectivo en favor de un cambio fundamental, si realmente hay que interpretar este episodio como tal, hasta el periodo del Mandato británico.

LA GLOBALIZACIÓN DE LA ECONOMÍA LOCAL

Durante este periodo no apareció en las áreas rurales ninguna fuerza política que incitase a los campesinos a cambiar de modo de vida. No obstante, lentamente se produjo un cambio, en primer lugar

¹⁹ DOUWES (1999).

²⁰ La primera mención al respecto corresponde a ABU IZZ AL-DIN (1929) (en árabe). Lo investigan más detenidamente KIMMERLING y MIGDAL (1993), pp. 3-35.

debido a la transformación de las economías locales en modos de producción y de comercio más privados; y en segundo lugar, por la titubeante integración de Palestina en la economía europea, un proceso que deseaban ardientemente tanto los capitalistas europeos como los reformistas otomanos. Este proceso ensombreció los claros cielos de la Palestina rural. «Proceso» es un término enigmático, se puede representar fácilmente en un diagrama, pero es más difícil de traducir a la vida diaria. Aunque el «proceso» lo llevaron adelante extranjeros, también participaron algunas personalidades más conocidas entre la población de Palestina, como los gobernantes otomanos.

La oscura naturaleza del término «proceso» explica por qué, a diferencia de la versión convencional de «la aparición de la Palestina moderna», carecemos de una fecha clara que sitúe el comienzo de la vida moderna en la región. El cambio se produjo donde se deseaba ardientemente transformar el modo de vida. Cuando y dondequiera que se produjese este fenómeno, se lo podría identificar como el comienzo de una nueva fase en la vida de Palestina en la era moderna. El primer grupo que persiguió el cambio vino de fuera; el segundo formaba parte de la elite local.

El deseo de las fuerzas europeas de penetrar en Palestina o de que el país entrase a formar parte de la economía europea empezó a ser imperioso al finalizar la Guerra de Crimea, en 1856. El Tratado de París que puso fin a la guerra abrió las provincias del Imperio otomano en Oriente Medio a la inversión y la especulación europeas. A partir de entonces se autorizó a los extranjeros a comprar tierras y hacerse con otras propiedades, y las sociedades de peregrinación se convirtieron en prósperos negocios bancarios y de bienes raíces. Los banqueros, los comerciantes y otros agentes extranjeros de la transformación económica siguieron los pasos del flujo de capitales hacia Palestina en busca de una rentabilidad fácil. El nuevo orden económico que empezó a esbozarse tuvo un doble efecto en la estructura social de Palestina: redefinió el país como una unidad geopolítica y cambió sus modos y medios de producción²¹.

La presión externa tenía su contrapunto en el deseo natural de mejorar su nivel de vida de las familias relativamente ricas, miembros afortunados de la elite urbana que ya participaban del negocio banca-

²¹ SCHÖLCH (1993), pp. 77-118.

rio. Los comerciantes, los propietarios de tierras y los notables de varios lugares de Palestina trataron de enriquecerse más, con la consiguiente alteración ocasional del equilibrio entre la ciudad y el campo, ricos y pobres, consumidores y productores. Sin embargo, hasta 1856, estos flujos se produjeron al amparo de un sistema social conocido, con códigos reconocibles y en el que se mantenía el equilibrio de poder subyacente. Los primeros en hacer caso omiso de estos códigos y darse cuenta del desafío europeo fueron los mercaderes de Palestina, sobre todo los cristianos y unos pocos judíos. El despertar de este sector de la población, hasta entonces aletargado, no sólo no creó dificultades económicas a los ricos sino que su número aumentó. Entre ellos, la primera en adoptar el estilo de vida europeo fue la comunidad ortodoxa griega de Jerusalén, por lo que en los centros urbanos se produjo un descenso de la tasa de mortalidad y aumentó la de natalidad²².

Los griegos ortodoxos no sólo adoptaron un nuevo estilo de vida, desarrollaron una concepción del mundo diferente conforme a la comercialización de la economía local. Desde su punto de vista, el dinero y las finanzas estaban en el vértice de la pirámide. Aunque la nobleza musulmana intentó seguir sus pasos, le faltó resolución. La sociedad necesitaba banqueros, pero no podían ser musulmanes porque la *shari'a* condenaba los beneficios derivados de los intereses de un préstamo. El comercio exterior incrementó las necesidades de financiación y crédito, de modo que tanto los campesinos como los comerciantes hubieron de recurrir a aquellos a los que la tradición les permitía dirigir el sistema bancario local y en los que los europeos confiaban. Uno tras otro, los bancos extranjeros abrieron sucursales, por lo general dirigidos por cristianos locales, en su mayor parte de la comunidad ortodoxa griega o por extranjeros. La comunidad ortodoxa griega se convirtió en poco tiempo en uno de los pilares de la elite económica de Palestina, una posición que le permitió intervenir en política con relativa facilidad una vez que las modalidades religiosas perdieron peso frente a las modalidades étnicas del nacionalismo secular. Desde entonces y hasta el día de hoy, la comunidad ortodoxa griega ocupa un lugar preeminente en la política palestina, no sólo en Israel y Palestina, sino también en la diáspora palestina²³.

²² AL-TAMIMI y AL-BAHJAT (1987), vol. 2, pp. 104-122.

²³ TSIMCHONI, en G. Ben-Dor (ed.) (1979), pp. 73-100.

Para los comerciantes cristianos, los empresarios judíos y los pequeños industriales de Grecia y Líbano comenzó un periodo de prosperidad económica, que llevaba aparejada una sensación mayor de seguridad y, en ocasiones, una seguridad en sí mismos teñida de cierta condescendencia hacia el «otro» musulmán. En otros lugares del Imperio, la nueva confianza en sí mismos de los cristianos y los judíos despertó las iras de algunos líderes musulmanes insatisfechos y de un sector importante de la población urbana menos afortunada. En Damasco, la cólera se tradujo en una oleada de violencia que, en 1860, se extendió a los barrios cristianos de la ciudad. Con todo, ni en Jerusalén ni en el resto de Palestina sobrepasó el nivel de los ataques ocasionales a individuos.

En Palestina, la revolución de la vida se notó más en las ciudades que en el campo. La población creció a ritmo constante tanto en los nuevos como en los antiguos centros urbanos, y durante estos años es posible verificar un proceso de urbanización a pequeña escala. Sin embargo, en el momento resultaba difícil percibir algunos cambios; sólo podemos detectar su capacidad para amenazar o perjudicar la vida social de Palestina retrospectivamente. La mayor parte de la población tenía que integrarse en un sistema económico más amplio, ajustándose a las diferentes leyes de propiedad de la tierra, imposición fiscal y subsistencia que el proceso había instigado. La cronología del cambio y la gestación de una nueva realidad difieren notablemente de la versión convencional que se ha señalado en la introducción de este libro.

El deseo de cambio existía ya antes de la integración de la economía local en la global, y de ahí lo difícil que resulta evaluar o analizar la presión externa. Antes de la Guerra de Crimea, el equilibrio de poder entre los notables urbanos, los mercaderes, los caciques rurales, los campesinos y los beduinos se alteró varias veces. Desde principios del siglo XVIII, los mercaderes habían conseguido mayor rentabilidad de la producción agrícola y no se conformaban sólo con comercializarla. Los notables hicieron lo mismo, mientras los caciques rurales perdieron parte del control que tenían sobre la economía agrícola. La oportunidad de hacer dinero vino propiciada por los cambios en la política fiscal, que condujeron a una redistribución del excedente agrícola en la Palestina del período previo a la globalización. Lo que distinguía esta transformación de la que después apadrinó Europa era que no llevaba aparejada la inmigración, el desarraigo de los campesinos

nos o la disolución de los vínculos comerciales con los beduinos. A la larga, la aparición de intereses económicos y financieros europeos tuvo consecuencias mucho más dañinas, como la migración interior, la pérdida de tierras y la desarticulación de las estructuras sociales tradicionales. Evidentemente algunos, aunque no la mayoría, obtuvieron también beneficios, sobre todo los comerciantes y los notables.

ECONOMÍA POLÍTICA DE LA «PALESTINA MODERNA» DURANTE LA DÉCADA DE 1880

Antes de que hubiesen transcurrido treinta años de la Guerra de Crimea ya se podían percibir los primeros resultados de la interacción de fuerzas exteriores. En la década de 1880, la economía de Palestina se vinculó y se hizo irreversiblemente dependiente de la economía mundial. Las exportaciones e importaciones europeas aumentaron radicalmente, al tiempo que los grandes barcos, aún a vapor, llegaban con productos manufacturados de las industrializadas Gran Bretaña y Francia, y partían de nuevo con materias primas, que en su mayor parte no procedían de Palestina pero habían de pasar por allí. Palestina se convirtió en un punto claramente definido en el mapa económico mundial, independiente de Beirut o de El Cairo. Y lo que es más importante, Palestina facilitaba un acceso conveniente a los mercados del Líbano, Siria y Egipto. Ya no era pues la simple Palestina bíblica.

La Palestina moderna comenzó en las áreas rurales, cuando el mercado se convirtió en una fuente en sí mismo y no en mero mecanismo de intercambio transitorio. El cambio fue evidente en el capítulo más importante para la mayor parte de los palestinos: los campos cultivados. La agricultura palestina comenzó agachando la cabeza ante las poderosas fuerzas del mercado externo. La agricultura local se hizo prisionera de los criterios de mercado conforme a los cuales el cultivo de subsistencia debía dar paso al cultivo del dinero contante y sonante. No obstante, una agricultura que se concentraba en un único cultivo orientado al mercado socavaba la autarquía de los campesinos, que se garantizaba mediante la diversificación de los cultivos. Los campesinos de Palestina pagaron cara la globalización económica.

Las reformas otomanas y los procesos económicos globales también contribuyeron a transformar los medios de producción. La ley agraria

otomana de 1858 proscribió, entre otras cosas, el sistema *musha*. Sin embargo, pese a los otomanos, esta forma de cultivo pervivió para ser finalmente abolida durante el Mandato británico, que vio en ella tan sólo una forma de agricultura primitiva. Como consecuencia, la vida se hizo insostenible para los campesinos más pobres que dependían totalmente de la tierra.

Las reformas agrícolas otomanas ejercieron un efecto dramático y perjudicial en el sistema *musha*. Dieron lugar a la aparición de las primeras bolsas de trabajo contratado en Palestina. En tanto que, en el pasado, las tierras se arrendaban al Estado a cambio de ciertos servicios al sultán, como los impuestos; las reformas permitieron que cualquiera que pagase los elevados impuestos se convirtiese en pequeño propietario no sólo en el campo, sino también en las ciudades. La propiedad privada se convirtió en un privilegio nuevo y costoso, obligando a los pequeños propietarios agrícolas y a los pequeños comerciantes de la ciudad a vender sus derechos de propiedad a los grandes terratenientes y a las ricas familias de la ciudad. Los campesinos no podían pagar más impuestos y cedieron las tierras a los que sí podían.

La Palestina rural se hizo más accesible a la propiedad privada y a los que se beneficiaron de esta oportunidad no les interesaba una agricultura de subsistencia. En cambio, querían cosechas que diesen rápidos dividendos y se pudiesen traducir en riqueza en forma de materias primas para el mercado europeo. Los campesinos tampoco eran antes propietarios de la tierra, de modo que en este sentido no se produjo cambio alguno. Sin embargo, en épocas normales, habían tenido acceso a terrenos que durante la mayor parte del año les proporcionaban los medios mínimos de subsistencia, sobre todo cuando el sistema *musha* todavía estaba vigente.

De modo constante, aunque sin grandes sobresaltos, el crecimiento de población se convirtió también en un factor de presión desde las aldeas. La economía, el comercio, los matrimonios tardíos y la mejora de las condiciones sanitarias contribuyeron al crecimiento demográfico de la Palestina otomana, que desde la década de 1870 casi duplicó su población, pasando de los 350.000 a los 660.000 habitantes de 1914²⁴. Hoy en día estas cifras nos podrán parecer poco impresionantes. En 1947, la población de Palestina no era mayor que la de cualquier ciu-

²⁴ Para una estimación aproximada, véase McCarthy, pp. 10-24.

dad media estadounidense de hoy en día; esto es, de casi dos millones. Pero si tenemos en cuenta que la explosión demográfica mundial no se inició hasta después de la Primera Guerra Mundial (de hecho, tras 1920), la transformación demográfica palestina es digna de ser tenida en cuenta.

Los campesinos no sólo estaban distanciándose de los modos de producción que les eran familiares o perdiendo sus tradicionales medios de producción, estaban perdiendo su estilo de vida, un conjunto de creencias que habían contribuido a dar sentido a sus vidas; en cambio, carecían de un proyecto de futuro. En estas circunstancias, el nacionalismo pareció una opción atractiva, especialmente la rama que tenía sus raíces en una interpretación espiritual o religiosa de la realidad. El vacío que dejó el fin del viejo sistema social todavía se percibe en el Israel y la Palestina actuales; lo mismo sucede respecto a la atracción por lo espiritual.

LA INVASIÓN DE LA SOCIEDAD CIVIL: LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO OTOMANO MODERNO (1876-1900)

Para no dar la impresión de que en Palestina la vida rural estaba cambiando en su totalidad, debería decir aquí que el proceso, además de ser lento, no parece haber afectado a todos los campesinos. En términos de rapidez y ritmo vital, la Palestina rural anterior a la década de 1930 cambió poco. La vida rural siguió estando marcada por la muerte, los ritos de paso y las fiestas religiosas.

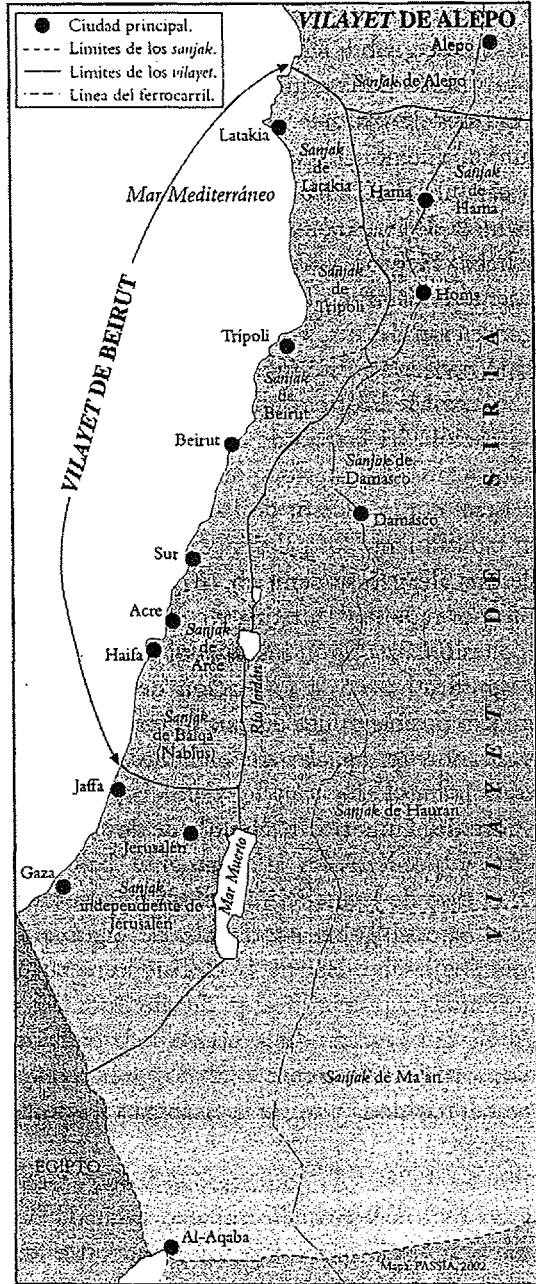
La primera interrupción del ritmo tuvo lugar cuando los otomanos intentaron construir un Estado centralizado siguiendo el modelo francés. No satisfechos con la transformación económica, querían gobernar a la manera «moderna»; esto es, a la manera europea y francesa. El modelo francés implicaba al menos la aspiración, si no la habilidad, de infiltrarse en las zonas rurales autónomas de Palestina y restringir el campo de operaciones de los notables urbanos. Desde que volvieron a Palestina como gobernantes, en 1840, los otomanos intentaron reorganizar la región, quizá no tanto por la urgencia de la necesidad de cambio como por el deseo de controlar los dos poderosos centros administrativos de Beirut y Damasco, que gobernaban conjuntamente Palestina. La nueva política se formuló definitivamente a

finales de la década de 1860 y supuso la limitación del incuestionable dominio de Damasco sobre Palestina al permitir a Beirut compartir el control administrativo de la región. Las subprovincias de Nablús (que incluía las ciudades de Nazaret y Safad) y Acre (que incluía la ciudad de Haifa) fueron anexionadas a una provincia de reciente creación, Sidón, cuya capital sería Beirut. Damasco siguió teniendo influencia en la subprovincia de Jerusalén (de la que formaban parte las ciudades de Jafa, Bersheba, Hebrón y Gaza), pero se vio obligada a aceptar el poder ascendente de Beirut.

La reorganización del mapa geopolítico es un acto previo a la creación del Estado moderno. Éste fue el caso de cualquiera de los Estados creados en Oriente Medio, pero no el de Palestina, a menos que interpretemos la creación del Estado de Israel como una evolución natural de la política otomana. Por cierto, que la historiografía sionista concibe el Estado de Israel como sucesor de Palestina, tesis que, por el contrario, rechazan radicalmente los palestinos. La tendencia reformista otomana en Palestina alcanzó su cenit en 1872, cuando Estambul hizo un último intento por redefinir Palestina y convertirla en una unidad geográfica más cohesionada. Algún historiador ha sugerido que esto tuvo un impacto significativo en la formación de la Palestina moderna y proponía aun otro posible punto de partida en la historia de la Palestina moderna: la creación del *sanjak* independiente de Jerusalén²⁵. Este *sanjak* fue fruto de la ley de los *vilayet* (provincias) de 1864, que reorganizó la división del Imperio, haciendo de los subdistritos distritos independientes y poniéndolos directamente bajo la autoridad de Estambul. En el caso de Jerusalén suponía, al menos oficialmente, que dejaba de estar bajo el gobierno directo de algún poderoso centro regional, como Damasco o Beirut. La decisión era parte de la tendencia general orientada a restringir el poder de estos dos centros administrativos. Al elevar el estatus de Jerusalén se la convertía también en una zona de amortiguación frente a los dos gobernantes secesionistas del sur: los wahabitas de la península Arábiga y la dinastía de Mohamed Alí en Egipto.

Esta política regional tuvo un impacto limitado en la población local. En esencia suponía que todos los asuntos que se tuviesen que

²⁵ B. ABU MĀNEH (1972)



Mapa 1. Fronteras administrativas bajo los otomanos.

resolver con las autoridades se llevarían ahora dentro de los límites económicos y administrativos de la subprovincia de Jerusalén. Los residentes de Jerusalén pasaron gradualmente de ser shami (damascenos) a convertirse en qudsi, súbditos del *sanjak* de al-Quds (Jerusalén).

El nuevo *sanjak* de Jerusalén incluía los subdistritos de Jafa, Hebrón, Gaza y Bersheba, junto con treinta y siete aldeas y las áreas que habitaban cinco tribus beduinas. Los notables y los dirigentes de las comunidades religiosas y étnicas estaban representados en el consejo que supervisaba los asuntos financieros del *sanjak*. Aunque no era más que una minucia en las decisiones del gobernador, al menos el nuevo municipio de Jerusalén era un órgano con mucha más energía y más eficaz. Por último, el municipio contribuía de modo significativo a la transformación social, arquitectónica y sanitaria de la ciudad. Por cierto que el municipio de Jerusalén fue el segundo que se creó dentro del Imperio después de Estambul.

Durante un breve espacio de tiempo, los reformadores de Estambul barajaron la posibilidad de incluir a las subprovincias de Nablús y Acre dentro de Jerusalén. Con ello habrían creado una unidad geográfica en la que, como en Egipto, podría haber surgido un nacionalismo particular. Con todo, aun con la división administrativa entre el norte —gobernado por Beirut— y el sur —bajo el control de Jerusalén—, Palestina mejoró en su conjunto frente al carácter periférico que tenía previamente. En 1918, al comenzar su mandato el gobierno británico, el norte y el sur se convirtieron en una unidad. De modo similar y en la misma fecha, los británicos pusieron las bases del Iraq moderno al fusionar a las tres provincias otomanas de Mosul, Bagdad y Basora en el Estado de Iraq. En Palestina, a diferencia de Iraq, las conexiones familiares y los límites geográficos (el río Litani en el norte, el Jordán en el este y el Mediterráneo en el oeste) contribuyeron a mantener unidas en una unidad social y cultural las tres subprovincias de Beirut del Sur, Nablús y Jerusalén. Este espacio geopolítico tenía su propio dialecto principal, sus costumbres, su folclore y sus tradiciones.

El pueblo reconocía desde tiempo atrás estos rasgos comunes, motivo por el que las gentes de Nablús hicieron cuanto pudieron para seguir vinculados a Jerusalén. Cuando Nablús fue anexionada oficialmente a la provincia de Beirut, en 1858, estalló un movimiento de protesta tan multitudinario que se convirtió en un baño de sangre en el que, según el cónsul británico en Jerusalén, murieron

3.000 personas. Sin embargo, el cónsul era conocido por sus exageraciones, de modo que es posible que el número fuese considerablemente menor.

De esta manera, el celo reformista de los otomanos influyó directamente en la vida de algunas gentes que reaccionaron en contra, como en el caso del municipio de Jerusalén y en la exclusión de Nablús del *sanjak* de Jerusalén. En los libros de historia palestinos se interpretan ambos hechos como los primeros balbuceos del nacionalismo. Pero no fue una crisis que afectase profundamente a la vida de la mayoría, y los habitantes de las aldeas siguieron viviendo al margen, aun cuando las reformas implicaban un nuevo sistema de imposición directa, registros más estrictos y más visitas de los administradores.

El nuevo modelo de intervención del Estado en la vida rural también suponía algunos beneficios para la población en general. Los otomanos, y después los sionistas con más resultados, contribuyeron a combatir algunas epidemias gracias al drenaje de los pantanos en los que se refugiaban los mosquitos. De este modo consiguieron un éxito notable en la lucha contra la malaria, una enfermedad temida en toda Palestina y a la que los viajeros europeos denominaban la «fiebre de Jerusalén». No obstante, las mejoras fueron lentas; la población creció a mayor velocidad que el acceso de la misma a la medicina moderna importada de Europa y Estambul.

FIN DE UNA ERA: LOS CACIQUES RURALES Y LA A'AYAN

En la década de 1840, los jeques, los caciques rurales que habían gobernado la vida de los pueblos durante siglos, mantenían una lucha por el poder con la elite urbana. El equilibrio de fuerzas finalmente se desplazó a favor de la elite en una división de lealtades desencadenada por las reformas otomanas. En Palestina fue sobre todo el carácter centralizador de las reformas lo que condujo a la desaparición de los jeques, que cayeron presa de las ansias del gobierno por controlar el poder político y económico. Cuando los jeques contraatacaron, el más célebre de ellos, Mustafá Abu Gosh, de las montañas de Jerusalén, invocó una antigua alianza que clasificaba al pueblo de la Gran Siria (lo que hoy es Siria, Líbano, Jordania, Palestina e Israel) conforme a una genealogía que se retrotraía a la

configuración tribal de la península Arábiga preislámica. Los descendientes de las tribus del sur de la península eran los yamani, y los de las tribus del norte los qaysi. Abu Gosh, como líder informal de la facción yamani en el área de Jerusalén, pidió ayuda a las demás familias locales, consideradas yamanis, para que se les uniesen. Tradicionalmente, el aliado más importante era la casa de los Husseini de Jerusalén. La familia rival en la ciudad, los Khalidi, formaban parte de la facción de los qaysi.

Sin embargo, los Husseini estaban cansados de la alianza y decidieron ignorar la llamada de Abu Gosh para sumarse a una coalición antiotomana. Muchas otras familias urbanas de Palestina hicieron lo mismo, pese a las reformas, permanecieron fieles a los otomanos. El resultado fue una alteración importante del equilibrio de poder. Los notables urbanos empezaron a desplazar a los caciques rurales en el liderazgo social del país.

Con todo, la *a'ayan* de Palestina se adaptó fácilmente a la nueva política. La vieja política de los notables demostró ser un instrumento sumamente útil de cara a la nueva realidad. Los notables aprendieron a participar y obtener el control de las nuevas instituciones que habían creado los otomanos, como los municipios y los consejos regionales, y mantuvieron su papel mediador, esta vez como funcionarios a sueldo del Imperio. En la segunda mitad del siglo XIX nombres palestinos tradicionalmente asociados con cargos religiosos aparecieron ahora vinculados a cargos seculares: Yusuf Diya' al-Khalidi se convirtió en el primer alcalde de Jerusalén, Musa Kazem al-Husseini obtuvo el puesto de gobernador de Yemen, Haj Tawfiq Hammad de Nablús fue el primer alcalde de la ciudad y representó a su distrito en el parlamento otomano. Antes de las reformas estos notables urbanos no habrían podido ascender más allá de los primeros peldaños de la escala burocrática; en cambio, durante el último periodo del gobierno otomano llegaron a detentar puestos aún más elevados en Jerusalén, Beirut e incluso en Estambul²⁶. Así pues, prevaleció «la política de los notables». Después de todo, los reformadores los necesitaban para poner en marcha las reformas y la población como escudos protectores frente a las excesivas levas y los abusos fiscales.

²⁶ Véase B. ABU MANEH (1990), pp. 1-44. Para una perspectiva más general sobre el caso de Palestina, véanse las respectivas entradas en MANNA (1995).

El cambio de estatus de los notables repercutió en las ciudades. La arquitectura cambió a medida que las ciudades se expandían más allá de las tradicionales murallas y adoptaban lentamente rasgos europeos. Esta transformación fue especialmente marcada en las ciudades costeras, siendo Haifa uno de los principales ejemplos. Al aumentar la importancia de Haifa como puerto del norte, disminuyó considerablemente la dependencia que tenía respecto a Beirut, aumentó su riqueza y el territorio de la pequeña ciudad original construida por Dari al-Umar, cacique procedente de Galilea que a finales del siglo XVIII se rebeló contra los otomanos. El crecimiento de la otra ciudad portuaria, Jafa, no sólo se debe a su condición de vía principal de entrada y salida hacia Europa, sino también debido a su posición como punto de empalme de la nueva red ferroviaria. La ruta de peregrinación cristiana y judía a Jerusalén comenzó en estos dos puertos y la suma de factores comerciales y objetivos «religiosos» en un solo viaje cimentó su fortuna.

La nueva realidad económica y financiera engendró nuevas realidades sociales. Algunas familias e individuos se enriquecieron y contribuyeron a impulsar la integración del país en la economía mundial transformando simultáneamente la riqueza en poder político. La integración de Palestina en el sistema monetario capitalista europeo creó nuevas pautas de movilidad social, permitiendo a muchos recién llegados ingresar en la elite local²⁷. Los nuevos ricos carecían de una genealogía respetable o de elevados principios religiosos, pero no sólo se integraron en la elite, sino que en muchos aspectos se convirtieron en una fuerza social, cuando no política, dirigente. Un ejemplo notable es el de los Nashashibis de Jerusalén, que hicieron su fortuna gracias al comercio.

Para las viejas elites enfrentarse al ascenso de los advenedizos requería capital. Para lograrlo, desmantelaron el patrimonio religioso (*awqaf*), que consistía en valiosas propiedades inmobiliarias, como tiendas y otros negocios. Los notables musulmanes habían puesto estos bienes a nombre de sus familias y usaban sus ingresos con fines benéficos, ya fuesen religiosos o sociales. La administración de tales dotaciones había sido una de las principales fuentes de ingresos de la jerarquía religiosa, los ulemas. El gobierno central se había hecho cargo de su supervisión esperando poder desviarlas en su favor a través de un ministerio especial. La res-

²⁷ SZYLIOWICZ (1973), pp. 1-22.

puesta lógica fue una amplia manipulación de las *awqaf*, y los fondos pasaron de nuevo a sus creadores²⁸.

Al igual que en Europa, la nueva regulación de la propiedad de la tierra y los cultivos dio lugar a una redistribución de los medios de producción. Sin embargo, a diferencia de Europa, una proporción mucho mayor de estos medios, como las tierras, las propiedades y la fuerza de trabajo, pasó a manos de unos pocos. La nueva élite dirigente, que consistía sobre todo en grandes terratenientes y productores agrícolas, descubrió que el modo más atractivo de incrementar su capital era a través de la especulación de tierras. El movimiento sionista, que llegó a Palestina en este preciso momento, evaluó pronto la situación y comenzó a explotarla.

NUEVOS INICIOS Y NUEVAS INFLUENCIAS

Durante el Tanzimat, para la élite urbana, ya fuesen musulmanes, cristianos o judíos, se percibía una nueva Palestina en determinados ámbitos como el derecho y la educación. Pese a que a ojos de los otomanos las reformas legal y educativa tenían una importancia secundaria frente al fisco y la administración, las llevaron adelante con celo. Un análisis más detallado del derecho en el Imperio otomano muestra que los objetivos de las reformas constitucional y judicial parecen haber sido más ambiciosos que su ejecución. En el ámbito constitucional, las reformas supusieron poco más que la codificación de la ley islámica preexistente, mientras en el ámbito judicial se hacía un verdadero esfuerzo por secularizar el código penal islámico. Lo importante en nuestro caso es que supuso la separación del derecho penal y civil del religioso. Los viejos tribunales religiosos dejaron de intervenir en los juicios, que pasaron a manos de tribunales administrativos, y la aplicación de la *shari'a* se restringió al matrimonio, el divorcio y el entierro. Así pues, con las reformas llegó a Palestina una nueva generación de jueces seculares que presidían los tribunales de reciente creación, mientras en los tribunales creados *ad hoc* para juzgar a los ciudadanos extranjeros solían intervenir jueces extranjeros. Los nuevos jueces y tribunales limitaron considerablemente el poder de las autoridades de la *shari'a*. A modo de ejemplo,

²⁸ BAER (1979), p. 114.

los cónsules europeos de Jerusalén participaban ahora en algunos casos y su intervención podía inclinar a los jueces a condenar a los nativos y absolver a los europeos. El que logró más éxitos en este terreno fue el cónsul británico de Jerusalén, James Finn, cuya reputación agravó la tensa relación que ya mantenía con los notables de la ciudad.

Por lo que se refiere a la educación, las reformas otomanas incluyeron la reestructuración del sistema escolar de modo que algunos miembros de la elite local, aunque siempre un número limitado, pudieron hacer carrera en la burocracia otomana. Se extendió la educación elemental y se escolarizaron más niños, abriéndose así una pequeña puerta para los súbditos que no habían formado parte del currículum tradicional. Aunque las reformas se aplicaron en todo el Imperio, fueron especialmente perceptibles en el Levante.

Si bien en un principio la reforma educativa contribuyó sólo en menor medida a aumentar el nivel general de alfabetización de Palestina, permitió que un número mayor de gente en situación económica desahogada pasase a formar parte de la elite social. También alteró la orientación del grupo social en el que se reclutaban las elites, el «núcleo duro»²⁹. Ello contribuyó a crear una suerte de clase media musulmana cuyos miembros se graduaban o bien en las nuevas escuelas producto de la reforma, orientadas hacia las profesiones al servicio de Estambul, o en las escuelas privadas cristianas, donde la educación era occidental e indirectamente nacionalista³⁰.

Para la elite urbana, la convivencia de musulmanes, cristianos y judíos en escuelas similares de Jerusalén, Jafa y Haifa constituía una novedad. En estos colegios, la joven generación absorbía las mismas imágenes y formulaba un punto de vista común del mundo, del que surgió un cosmopolitismo que desaparecería de nuevo con el ascenso del nacionalismo militante en Palestina³¹. Pero antes de que el nacionalismo pudiera convertirse en un rasgo dominante de la vida, el país iba a pasar a ser objeto de la ambición extranjera, un factor vital en la construcción del movimiento nacional.

La integración económica del mercado local fue uno de los motivos del nuevo interés por la región. El incremento del interés por Tierra Santa

²⁹ SMELSER y LIPSET (1966).

³⁰ KHALIDI (1997), pp. 35-63.

³¹ Samuel Gobat abrió uno de estos colegios en 1853. Véase KOBER (1968) (en alemán).

a finales de siglo también jugó un papel, aumentando el riesgo que corría Palestina de sufrir una intervención extranjera. Ésta se produjo al alcanzar los intereses políticos y estratégicos en el país su punto culminante como consecuencia de la Guerra de Crimea, la desintegración del Imperio otomano y el creciente apetito de tierras y la influencia de las cinco grandes potencias europeas que ostentaban el liderazgo mundial. Se dio de este modo una conjunción de circunstancias que indujeron a los europeos a visitar, ocupar, asentarse o transformar radicalmente el país.

Dado el proceso político descrito en la introducción por el que Palestina quedó bajo la esfera de influencia europea, aun aquellos que ocupaban posiciones humildes en sus propias sociedades pudieron colmar sus deseos en una tierra extranjera. Los recién llegados divergían en cuanto a origen, ideología y objetivos, pero todos eran colonizadores, misioneros cristianos y colonos sionistas por igual. El colonialismo no es meramente un tópico que trata de explicar una motivación, también conlleva ciertas consecuencias. Así, representar a la totalidad de los nuevos movimientos migratorios del periodo formativo de Palestina como si quisiesen convertirla en una entidad «moderna» revela también algo respecto a la manera en que percibían a la población indígena. Los europeos mostraban una actitud común e inconfundible respecto a la población local, forjada por ideas compartidas respecto al futuro papel que desempeñarían los nativos en cualquiera que fuese la Palestina que los recién llegados deseaban construir.

En el mejor de los casos, el punto de vista extranjero era ignorante, en el peor, condescendiente. La población indígena aceptaría la modernización por su propio bien o dejaría paso a los recién llegados y a sus ideas. Naturalmente algunos extranjeros no merecían un juicio tan severo, pero eran sólo unos pocos y su presencia no cambió la orientación que marcó la colonización en la historia moderna de Palestina. Los recién llegados querían cambiarse a sí mismos y cambiar el mundo. Entre los más ambiciosos y enérgicos estaban los templarios alemanes y los sionistas. En muchas publicaciones de carácter histórico, el ardiente deseo de cambio y el éxito de su puesta en práctica se convierten en sinónimos de la historia del país. A estas alturas del relato, los lectores serán conscientes de que la mayor parte de los palestinos tenían una vida distinta y otras aspiraciones.

En 1837, el reverendo Michael Russell, viajero británico, publicó una guía, una de las treinta que aparecieron en esos años. Su libro,

como los demás, presenta a los europeos como el pueblo moderno que descubre la vieja tierra de Palestina y la transforma en una nueva entidad: «El país, al que los modernos denominan Palestina, es esa porción del Imperio turco en Asia que se encuentra entre los 31° y 34° de latitud norte y se extiende desde el Mediterráneo hasta el desierto sirio, al este del río Jordán y del mar Muerto»³². Esta definición empírica y cartográfica se convirtió para los extranjeros de dentro y fuera de Palestina en la referencia oficial del área. No era la manera en la que se referían a ella los otomanos ni los egipcios durante el periodo en el que gobernaron el país. Cuando Russell publicó su guía, la región todavía estaba bajo la soberanía del Imperio otomano y se la describía como una de las muchas provincias administrativas gobernadas por los otomanos desde comienzos del siglo XVI.

Los viajeros no fueron los únicos extranjeros empeñados en redefinir Palestina. Otros heraldos de la Palestina moderna eran los misioneros, que acudieron en masa desde comienzos del siglo XIX, especialmente tras la Guerra de Crimea, cuando las mejoras en la red vial y en cuanto a seguridad hicieron el país más accesible y atractivo. Sus expansionistas gobiernos los animaban a establecerse allí para reforzar de este modo su presencia en Tierra Santa, pero aun sin este acicate muchos de ellos se habrían visto empujados por el deseo de ser testigos de los posibles sucesos de carácter escatológico que se predecían para finales de siglo.

Los jesuitas y otros católicos ya se habían afianzado en Palestina, pero a ellos se sumaron otra serie de credos religiosos. Primero llegaron los representantes de las iglesias ortodoxas, seguidos de los protestantes estadounidense y británicos. De entre estos últimos son dignos destacar los miembros de la Sociedad Londinense para la Promoción de la Cristiandad entre los Judíos, que habían comenzado su actividad en 1820. En 1824, uno de sus miembros, el doctor Dalton, abrió la primera consulta de un europeo en Palestina. Desarrolló su actividad profesional sobre todo en Jerusalén y, después de veinte años reuniendo fondos y salvando los trámites burocráticos otomanos, fundó el primer hospital moderno de la ciudad. La obra de Dalton, como la de la Sociedad, obtuvo el apoyo del primer consulado británico establecido en Jerusalén, que había recibido claras instrucciones de no limi-

³² RUSSELL (1985), pp. 17-18.

tarse a los asuntos diplomáticos, sino que debía ayudar a los misioneros en sus esfuerzos en pro de las conversiones³³.

Los esfuerzos británicos se vieron muy reforzados por la estrecha cooperación con los prusianos o, para ser más exactos, entre la Iglesia luterana prusiana y la Iglesia de Inglaterra. En 1841, el parlamento británico aprobó la ley de los obispos, que establecía que el obispo en Jerusalén (no de Jerusalén, pues el obispo estaba subordinado al arzobispo de Canterbury y su esfera de competencia abarcaba la totalidad de Siria, Egipto y Etiopía) sería elegido alternativamente por los monarcas de Inglaterra y Prusia³⁴.

El doctor Michael Solomon Alexander, de Prusia, fue el primer obispo en Jerusalén. Pese a ser un judío converso, no consiguió convertir a otros. Cayó en desgracia por sus constantes desacuerdos con el cónsul británico, James Finn. Falleció mientras visitaba Egipto, poco después de su nombramiento. Su sucesor, el suizo francés Samuel Gobat, constituye el paradigma de la «modernización». Hablaba un árabe impecable y no cabía duda en cuanto al interés que sentía por el bienestar de la comunidad. Pese a ser un misionero de corazón, su principal interés parece haber sido extender la educación en el ámbito de Jerusalén y más allá. Su importancia para nuestra historia radica en el hecho de que a él se debe la inauguración de la escuela masculina de Mount Sahayun, en 1853, y, poco después, la de una escuela femenina. El centro masculino era de carácter privado y muchos de sus estudiantes se convirtieron al anglicanismo por el carisma de Gobat y el nivel de educación que ofrecía³⁵. Fue en estos colegios, como veremos en el siguiente capítulo, donde se gestaron las primeras ideas nacionalistas. Esta evolución no se limitó a Jerusalén. En 1908, se abrió en Haifa la escuela femenina Valle de la Cruz, de la Sociedad Misionera Cristiana. Al colegio asistían cien muchachas musulmanas, incluyendo a las hijas de los notables locales.

Los visitantes extranjeros fueron prolíficos escritores. Los europeos escribieron en el siglo XIX más de tres mil libros y relatos de viaje sobre Palestina; todos pintaban una Palestina primitiva a la espera de ser redimida por los europeos. En los relatos de viaje más piadosos hay un triste

³³ HAYMSON (1918), pp. 126-164; véase también TIBAWI (1986).

³⁴ La unidad finalizó en 1886, como consecuencia de la unificación de Alemania. Véase HECHLER (1883).

³⁵ COLBI (1969), pp. 85-90 (en hebreo).

lamento por la trágica desaparición de la Tierra Santa bíblica a resultas de la inevitable europeización de Palestina. No obstante, la mayor parte de los visitantes deseaban cambiar Palestina. Con el poder que daban el dinero y la tierra se forjaron unos nuevos orígenes; pocos pensaron que estaban haciendo lo mismo con respecto a la población local. Sin embargo, un grupo de estos «bienhechores» era el Fondo de Exploración de Palestina, una organización arqueológica británica que en el siglo XIX documentaba la topografía y etnografía de Palestina. De vuelta a casa, sus miembros contaban a los lectores que lo habían pasado estupendamente en Palestina. Según sus *Quarterly Statements*, los miembros del Fondo veían la modernización casi como una operación de salvamento. Palestina necesitaba urgentemente una modernización, pues la gente a la que encontraban los exploradores europeos eran evidentemente desdichados al tener que vivir en un mundo premoderno. Como señaló uno de los exploradores, Thyrwhitt Drake: «En este país rara vez he oído la risa de un hombre, una mujer o un niño; la ardua lucha por la existencia parece haberlo aplastado todo salvo la alegría ficticia». No podemos cuantificar la pena o la alegría, pero las biografías palestinas de poco después, y la investigación antropológica subsiguiente, nos revelan que esta imagen reproduce la visión distorsionada de los colonizadores europeos. Inevitablemente, este encuentro entre los primeros representantes de la modernidad europea y el campesinado palestino fue asimismo parte de la formación de la Palestina moderna. Esto revela el grado de atrevimiento, por no decir arrogancia, por parte de los europeos que creyeron que no sólo llevaban beneficios de tipo material, sino también la clave de la felicidad humana.

EL IMPETU SIONISTA

Los primeros sionistas llegaron aproximadamente al tiempo que los misioneros. El sionismo era un fenómeno europeo y por tanto compartía la indiferencia de otros occidentales por la población local. También adoptó una actitud cauta respecto a los gobernantes otomanos, confiando en cambio en la buena voluntad de las potencias coloniales europeas. Al igual que otros colonizadores, los sionistas labraron el territorio con la finalidad de crear un paraíso para los judíos perseguidos en Europa. El sionismo comenzó como un movimiento nacio-

nal europeo, pero se convirtió en un movimiento colonial una vez que sus líderes decidieron llevar a la práctica su visión de un renacimiento nacional en la tierra de Palestina.

El sionismo había surgido en Europa a través de dos vías. Apareció primero en las regiones centrales del continente como una concepción intelectual ante la difícil situación del judaísmo europeo; en cambio, en Europa oriental se planteó como una solución práctica a esta situación. En el corazón del movimiento intelectual se encontraba Theodor Herzl, un judío vienés que a la edad de treinta años abandonó una carrera sin éxito como escritor de teatro y periodista, y dirigió el movimiento nacional judío en una dirección que finalizaría con la colonización de Palestina a finales del siglo XIX.

La visión de Herzl de la solución nacional de los judíos europeos no era original, le debía mucho a un protonacionalismo judío que había comenzado en los círculos intelectuales de la Europa oriental durante la década de 1850. Esta revolución escolástica cuasi nacional, completamente carente de contenido político, formaba parte de un periodo apasionante de resurgimiento y renacimiento cultural judío. Sus seguidores abandonaron siglos de dogmatismo religioso en favor de la razón y la ciencia, tratando de encontrar una solución al problema particular de la existencia judía en Europa. Estos intelectuales habían precedido a Herzl en su reinención del judaísmo como la ideología de una nación más que una religión; por consiguiente, buscando un modelo para el futuro, no recurrieron a las Sagradas Escrituras, sino a la antigua historia judía. Escribieron en la antigua lengua hebrea y volvieron a contar las historias del reino bíblico de Salomón y la última república judía de los asmoneos.

Herzl tenía un sentido del apremio y un don de gentes del que carecían estos eruditos. Según su propio testimonio, hoy en día cuestionado por los principales investigadores israelíes, fue el *affair* Dreyfus el que lo empujó a abandonar su carrera en favor del sionismo. Alfred Dreyfus, un oficial francés de origen judío, fue acusado de traición en 1894, acusación carente de fundamento, motivada por el antisemitismo. El *affair*, como se lo denominó en Francia, convenció a Herzl, por entonces corresponsal en París de un periódico austriaco, de la imposibilidad de la asimilación, la solución sugerida hasta entonces por los principales judíos secularizados. La condena y el agravio sufrido por un oficial francés por el mero hecho de ser judío dejó en Herzl una impre-

sión profundamente pesimista. La única solución, pensó, era abandonar Europa en busca de una nueva vida en Sión, la tierra de Israel. Su papel fue claro: advertir al pueblo judío del carácter inevitable e implacable del antisemitismo en Europa y conducirlo a su antigua patria, donde podría reconstruir una nación europea fuera de Europa. El término «sionismo» no era suyo —había sido inventado unos años antes—, pero su nombre se convirtió en sinónimo del movimiento judío que defendía el retorno a Palestina.

La intención inicial de Herzl era reclutar para la causa sionista a la elite judía occidental. Los prósperos banqueros e industriales con los que se reunió no lo tomaron en serio y, aparte de unos pocos amigos, se quedó solo en el intento. En cambio, en la Europa oriental le fue mucho mejor. En Polonia, Rusia y Rumanía encontró comunidades judías desdichadas, perseguidas y desamparadas que esperaban ansiosamente la llegada de un salvador, preferentemente, aunque no necesariamente, religioso. Herzl fue acogido como «el nuevo David» por entusiastas multitudes que acudían en tropel a escuchar sus conferencias.

Cuando regresó, frustrado por el fracaso ante estadistas y banqueros, pero lleno de optimismo por la reacción popular que había suscitado en Europa oriental, se encontró con que la causa sionista atraía al menos a un gran número de intelectuales de la Europa occidental y central. Estos pensadores y sus equivalentes de Europa oriental fueron la fuerza motriz de la locomotora sionista³⁶. El círculo de amigos creció hasta formar un movimiento político sustancial. Su contribución ayudó a dar forma y articular la nueva ideología nacional de manera que fuese accesible a una amplia audiencia en las comunidades judías³⁷. Junto a doscientos amigos y delegados de la Europa oriental, Herzl convocó el primer Congreso Sionista en 1897, en Basilea. Los ideólogos sionistas de toda Europa no sólo discutieron la creación de una Atenas judía, también manifestaron su deseo de crear una Esparta sionista. Los líderes del movimiento llegaron a la conclusión de que era preciso adquirir una vasta gama de rasgos nacionales antes de que los judíos pudiesen «reconquistar» Palestina y construir allí su propia patria. Además había que hacer frente a bastantes personalidades y organizaciones judías contrarias al sionismo. Muchos rabinos tradicionales prohibieron a sus fieles cual-

³⁶ KLAUSNER (1960), p. 11 (en hebreo).

³⁷ NORDAU (1941), p. 218.

quier participación en actividades sionistas; para ellos, el sionismo contradecía la voluntad divina de que los judíos debían permanecer en el exilio hasta la llegada del Mesías.

Los visionarios ganaron la batalla. Se hicieron eco de los sueños de Herzl que veía a un movimiento de masas llevando a agricultores, labradores, gerentes, técnicos, ingenieros y otros trabajadores especializados a Palestina. Los primeros líderes se dieron cuenta de que un movimiento de estas características dependía de la previa expansión y diferenciación de la vida laboral de los judíos europeos, un proceso que crearía la infraestructura humana necesaria para la construcción de una nación. Cuando el socialismo judío de Europa oriental buscó vías nacionales, sus principales portavoces desarrollaron una estrategia a favor de la transformación económica y social de los judíos de modo que pasasen del mundo ocupacional que tradicionalmente habían tenido a otro más productivo de cara al proyecto colonizador de Palestina.

El Programa sionista o de Basilea fue el principal resultado del primer Congreso Sionista. El manifiesto explicaba que «el movimiento sionista aspira a crear un hogar para el pueblo judío en *Eretz Israel* garantizado por el Derecho Internacional»³⁶. El segundo Congreso Sionista, en 1898, añadió a tal propósito el imperativo de colonizar *Eretz Israel* (la tierra de Israel). En el tercer Congreso, en 1899, Herzl sugirió que se sustituyese la aspiración a la legitimación internacional por un contrato de arrendamiento con el sultán otomano. Creía que el dinero y la presión europea inducirían al sultán a otorgar un contrato de esta naturaleza. Viajó entonces a Estambul, pero no logró reunirse con el sultán Abdul Hamid, en el poder entre 1876 y 1908. Los consejeros del sultán rechazaron tajantemente la propuesta de Herzl de arrendar Palestina a los judíos; incluso fracasó su oferta para hacerse cargo de la enorme suma derivada de la bancarrota del gobierno turco y de la que éste no disponía. Tampoco le fue mejor en las cortes de los monarcas europeos o en las salas de espera de los presidentes.

A los ojos de los políticos, Herzl era un charlatán cuya ideas tenían escasa relación con la realidad. Los líderes de las comunidades judías lo tomaban más en serio, pero temían su ideología. Les inquietaba su reivindicación de una soberanía judía con idéntico estatus al de otros Estados soberanos del mundo en una tierra extranjera. Para los secto-

³⁶ *Ibidem*.

res más sólidos del judaísmo de Europa occidental y central era una visión provocadora, que ponía en cuestión la lealtad de los judíos ingleses, franceses y alemanes. Desde la vigencia del código napoleónico en Francia y, posteriormente, por influencia de éste en otros países, los judíos de estas zonas de Europa se sentían más y más asimilados y confiados. El horrible destino de estas comunidades y de sus líderes, medio siglo más tarde explica el magnetismo que ejercieron los argumentos de Herzl sobre el sionismo y especialmente sobre los israelíes tras la Segunda Guerra Mundial. Herzl pasó a ser el profeta de la cólera divina, consciente de la falacia de la asimilación ciega, el salvador al que se había rechazado.

A finales del siglo XIX algunas personalidades con más sentido práctico tomaron el relevo en el liderazgo del movimiento sionista. Crearon su propio sueño sionista, bastante diferente del de Herzl y que hasta cierto punto formaba parte del programa de la Europa oriental judía aun antes de la aparición de Herzl. Mientras Herzl seguía predicando, ellos comenzaron a establecerse en Palestina. Gozaban del apoyo de las jóvenes generaciones de las comunidades de judíos rusos y contaban con un líder: Chaim Weizmann, un joven emigrado ruso que residía en Manchester. Conocidos como los «sionistas territoriales», se inspiraban en una mezcla de nacionalismo romántico e ideología revolucionaria socialista que deseaban poner en práctica en la tierra de Palestina. La necesidad más urgente era combatir la oleada de violencia antisemita que recorría Polonia y Rusia en la segunda mitad del siglo XIX. La persecución despertó en muchos el deseo de rebelarse y dar un vuelco radical a su existencia. Antes de volver la vista a Palestina, su interés se centraba en Europa oriental, donde la principal organización, Hovevi Zion (Amantes de Sión), había creado el núcleo del movimiento protonacionalista sionista pocas décadas antes de la aparición de Herzl. La sensación de perentoriedad de estos jóvenes judíos se acentuó a causa de la oleada particularmente cruel de pogromos que tuvo lugar en 1881 en el sur de Rusia. Ese mismo año murió asesinado el zar Alejandro II. Su política liberal se atribuía parcialmente a la influencia de los capitalistas judíos. Su sucesor, Alejandro III, siguió una política reaccionaria, acusando a los judíos tanto de los disparates de su predecesor como de su asesinato. Los políticos rusos y la policía secreta sospechaban que los judíos desempeñaban un papel decisivo en las organizaciones revolucionarias clandestinas.

tinias, seducidas por las ideas socialistas y comunistas, que proliferaban en la Rusia de finales del siglo XIX. Los judíos del suroeste de Rusia fueron atacados en una ola de violencia sin precedentes.

El miedo a la aniquilación incitó a los judíos a abandonar Rusia, emigrando la mayor parte a los Estados Unidos. En Europa, otros, sobre todo estudiantes judíos, se sumaron a las organizaciones nacionales recién creadas. Unos pocos fueron más allá de las palabras y optaron por experimentar el nacionalismo en primera fila. En 1882 llegaron a Palestina en forma de la primera oleada judía. En la historiografía sionista se hace referencia a los que llegaron en 1882 como la «primera *aliyá*»; *aliyá* significa ascensión y se empleó este vocablo porque se interpretó la inmigración a Palestina como un acto que elevaba a los judíos a una forma de vida y de existencia más alta. Ésta es la razón por la que a la emigración se la denominaba y aún se la denomina *yerida*, «descenso».

Estos primeros emigrantes se veían a sí mismo como *haluzim* (pioneros), emulando o al menos tomando prestado el repertorio de imágenes común entre los colonos blancos que se dirigieron al oeste de Norteamérica. El más conocido de entre los pioneros era el biluim, un movimiento de jóvenes judíos rusos que construyeron los primeros asentamientos sionistas en Palestina. Lo dirigían carismáticos líderes espirituales, como Moshé Lilienblum y León Pinsker, los grandes profetas de la inmigración ideológica a Palestina. En sus escritos explicaban por qué los judíos debían abandonar Europa y dirigirse a Palestina, aunque ninguno de ellos especificaba que Palestina fuese el único puerto aceptable. Los escasos centenares de judíos que siguieron sus consejos otorgaron a Palestina la exclusividad como refugio y se convirtieron en los líderes que harían que el resto de las organizaciones sionistas rusas y de la Europa oriental se orientasen hacia Palestina.

Los «sionistas territoriales» que alcanzaron Palestina eran sólo unos pocos y muchos no se quedaron mucho tiempo, pero pusieron las bases de la futura comunidad judía en el territorio. Se prepararon para la nueva vida en centros especiales en Europa y crearon varias organizaciones que celebraron su primera convención en 1884 en Rusia. De los diferentes grupos surgió una sociedad legalmente registrada en Rusia en 1890, que trabajaba abiertamente a favor de la colonización judía de Palestina.

En Palestina se establecieron sobre todo como agricultores, aunque algunos también se instalaron en los centros urbanos, donde abrieron sus

sedes administrativas. En la denominación que aplicaron a los primeros asentamientos se traslucían sus aspiraciones y sus sueños: Rishon le Zion (Primero a Sión), Zichron Yaacov (Monumento conmemorativo de Jacob), Rosh Pina (Piedra Angular), Petach Tikva (Rayo de Esperanza). Su principal dificultad era el dinero, de modo que decidieron recurrir al judío más rico de Europa, el barón Edmond Rothschild, que era uno de los banqueros que habían negado su asistencia a Herzl, pero al que persuadió el entusiasmo de los primeros colonos. Rothschild puso en marcha viñedos y granjas en Palestina³⁹; pero no sólo apoyó económicamente a los colonos, también envió peritos agrónomos y otros expertos para ayudarles a planificar y estructurar la colonización del territorio. No obstante, poco después de comenzar el proyecto, sus intereses chocaron con los de los colonizadores. Los asentamientos que establecieron no encajaban con sus ideas. Sus expertos se sentían desautorizados por los colonos y no les satisfacía su diligencia ni su tasa de producción. La colonización sionista tomó un rumbo diferente cuando se construyeron dos colonias —Hadera y Rehoboth— sin la ayuda de Rothschild. En 1899, Rothschild se retiró y su apoyo fue reemplazado por una nueva organización, la Organización Sionista para la Colonización de la Tierra de Palestina.

Al principio el gobierno otomano hizo cuanto pudo para frenar a los sionistas. En 1882 se aprobó una ley que prohibía la inmigración judía. Sin embargo, en 1888, debido a la presión que ejercían los británicos a través de su embajada en Estambul, se relajaron las restricciones frente a la inmigración sionista, aunque no se levantaron totalmente.

LA NUEVA CRUZADA: TEMPLARIOS, COLONOS Y ESPECULADORES

Cuando los sionistas empezaron a establecerse en Palestina, no se encontraron sólo con la población local, a la que ignoraban, sino también con la colonización cristiana, estructurada de modo muy similar al suyo. Esta colonización, que algún historiador ha denominado la «Cruzada silenciosa», procedía de una afluencia sin precedentes de peregrinos cristianos a Palestina. Volvía a poner en contacto a las antiguas Iglesias

³⁹ SCHAMA (1978).

orientales con la Iglesia occidental y cambió el concepto de la vida que tenían los cristianos que habitaban en los Santos Lugares, como Belén, Nazaret o Jerusalén. Las fiestas religiosas se celebraban ahora, al menos hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, multitudinariamente y con mucho ardor, pues miles de peregrinos iban a Tierra Santa. En Pascua, las gentes atestaban el Santo Sepulcro de Jerusalén y las calles adyacentes apenas podían contener a las masas, mientras otros seguían peligrosamente los acontecimientos desde balcones provisionales o incluso desde cajas de madera suspendidas de las casas. Los peregrinos gozaban de la protección oficial de la policía turca, aunque esto suponía que Estambul contribuía inconscientemente a reforzar el control europeo sobre la ciudad de Jerusalén y las ciudades de Belén y Nazaret.

El esfuerzo de los misioneros en Palestina aumentó en ritmo e intensidad con la llegada de los Templarios Alemanes, una orden misionera de la ciudad alemana de Wurtemberg cuyos líderes aspiraban a crear una colonia alemana en Tierra Santa, donde los cristianos cultivarían la tierra, convertirían a los habitantes locales y crearían un nuevo edén. La orden templaria estaba muy organizada. El resultado fue un sistema de colonias alemanas, cuyas casas, típicas del norte de Europa, son todavía un rasgo característico de la arquitectura local en Galilea, Haifa y Jerusalén.

Siendo en principio un refugio para protestantes alemanes, las colonias templarias se convirtieron en uno de los muchos activos alemanes en el Imperio otomano. Un aspecto aún mucho más importante y evidente, al menos en Palestina, de las nuevas aspiraciones imperialistas alemanas fue la alianza militar turco-germana de la década de 1890, por la que se autorizaba la presencia de militares alemanes en la región. En 1892, el alemán Joachim Fast abrió un hotel cerca de la estación de tren de Jerusalén, con un bar y un club de billar alemán. Allí escapaban los oficiales alemanes del mundo oriental y se encontraban, al menos por un rato, como en casa. La Palestina «moderna», como el Egipto «moderno» conllevaba una cadena de hoteles de este tipo, a modo de islas europeas que recordaban a los extranjeros su patria, pero ponían de relieve la realidad colonial de señores y nativos.

Los templarios dejaron mal sabor de boca en la población local por su actitud arrogante y racista. No obstante, no todos los visitantes extranjeros crearon tan mala impresión en la memoria local colectiva. La colonia estadounidense de Jerusalén, por ejemplo, gozaba de gran reputación. Era

una organización religiosa de carácter filantrópico dirigida por una familia de Chicago, los Spaffords. Se establecieron fuera de las murallas de Jerusalén y crearon una colonia, convertida hoy en día en hotel que lleva el mismo nombre. Las hijas colaboraban con la comunidad local supervisando la difusión de la educación entre las niñas musulmanas, una iniciativa que había iniciado un viejo amigo de la familia, Ismail al-Huseini, entonces director del departamento de educación de la ciudad⁴⁰.

La presencia extranjera en Palestina creó islotes de colonos introvertidos que contemplaban a la población local como si fuese una más de las penalidades físicas que se veían obligados a sufrir. El celo reformista de Estambul, combinado con la llegada de un número sustancial de extranjeros, ya fuese a título individual o como representantes de sus respectivos gobiernos, contribuyó indudablemente a cambiar el aspecto de Palestina. ¿Pero modernizaron los europeos Palestina? ¿Fueron agentes del cambio? No siempre y no en todos los aspectos. Al igual que los sionistas que vendrían a continuación, la mayor parte de los europeos asentados en Palestina en el siglo XIX estaban más interesados por la tierra que por sus gentes; y modernizar y cultivar la tierra podía implicar también deshacerse de la «primitiva» población nativa. En efecto, los colonos introdujeron nuevas técnicas y equipamiento, e incrementaron la producción agrícola, pero rara vez compartieron con la población local los beneficios que llevaba aparejados la modernidad. Además, mientras en términos económicos contribuían a las estadísticas positivas de producción, se impusieron a la población palestina. Algunos notables palestinos de la ciudad y el campo vieron sus esfuerzos coronados por el éxito al utilizar la nueva tecnología en beneficio propio, como en el caso de los propietarios de las plantaciones de cítricos, que se sirvieron de los nuevos medios para aumentar las cosechas y las posibilidades de *marketing*, pero eran los menos. Los industriales locales no se beneficiaron en absoluto y su nivel de vida o su producción casi no experimentó cambio alguno. Para el resto de la población la injerencia parece haber sido perjudicial, incluso teniendo en cuenta los impresionantes avances que se efectuaron en el terreno de la salud, los servicios sanitarios y las comunicaciones. Estos adelantos eran una bendición ambigua, pues al tiempo que ayudaban a luchar contra la muerte y la enfermedad, conllevaban el control europeo y la explotación.

⁴⁰ SPAFFORD-VESTER (1950), pp. 192-194.

Sería tan erróneo creer que la Palestina «moderna» surgió sólo por el redescubrimiento de Tierra Santa, como pensar que todos los europeos que llegaron eran misioneros. Entre los extranjeros que se sintieron atraídos hacia Palestina también había estraperlistas y especuladores financieros. De este modo, para los europeos la Palestina «moderna» implicaba hacer revivir el pasado o borrarlo totalmente en beneficio de un nuevo comienzo⁴¹.

No obstante, nada puede compararse a la energía colonizadora de los sionistas, evidente incluso desde este periodo inicial de la modernización. Pese a su escaso número, se trató retrospectivamente de una inmigración colonial. No se puede hablar propiamente de colonización, porque Palestina no estaba ocupada por una potencia europea, pero como en cualquier otro lugar fue un movimiento colonial europeo, con gentes que llegaban a Palestina para defender los intereses europeos, no los de la población local. Se concebía a la población local como materia prima o como un recurso a explotar en beneficio de los recién llegados, o bien como un obstáculo que había que salvar. Para los misioneros cristianos, la población local era materia prima de carácter espiritual, con lo que esperaban incrementar el número de la comunidad de creyentes. Para los primeros sionistas, los indígenas era mano de obra barata o productores de cosechas. Para los sionistas más ideologizados, los palestinos eran un enigma. Se los definió como *shela neelama*, «la cuestión oculta», simultáneamente invisible y un enigma.

⁴¹ Immanuel Wallerstein reconoce los estratos de globalización cultural. Véase WALLERSTEIN (1990), pp. 63-67.

Entre la tiranía y la guerra (1900-1918)

En las primeras décadas de la nueva centuria, los cambios antes mencionados se convirtieron en una parte integral de la vida, aceptada por casi todos los que habitaban en Palestina. Palestina ya era «moderna» o, por lo menos, se había modernizado. Sin embargo se avecinaba un nuevo cataclismo. Palestina estaba a punto de entrar en la Gran Guerra, en la que constituiría un escenario secundario, pero aun así un escenario sangriento. La guerra fue un acontecimiento universal, mientras el impacto de la actividad política anterior y posterior a ella se sentiría sólo después.

El periodo comenzó con los últimos años del reinado de Abdul Hamid, que finalizó en 1908. Hamid era un tirano reaccionario, que rechazaba muchas de las reformas introducidas por sus predecesores después de 1839. Algunas de ellas casi desaparecieron cuando decidió expulsar, ejecutar o simplemente marginar a los reformadores. Pero no era un reaccionario convencional, transformó el Imperio, aunque a su manera. Amplió la infraestructura ferroviaria, introdujo los impuestos directos y el servicio militar obligatorio, y promovió la idea de la ciudadanía otomana¹. A diferencia de sus predecesores, le preocupaba la lealtad de los ciudadanos árabes. Por entonces estaba perdiendo el apoyo de muchos grupos del Imperio, los griegos, los búlgaros y los armenios, por nombrar sólo unos pocos, y contaba con que si se presentaba como la reencarnación del califa musulmán, lograría mantener a los árabes bajo su control. El Imperio estaba retrocediendo a una velocidad alarmante; se había convertido simultáneamente en presa de la codicia colonial europea y de las aspiraciones nacionalistas de los grupos étnicos y religiosos. El propio Abdul Hamid contribuyó al surgimiento del nacionalismo como una fuerza disgregadora al intentar promover entre los muchos pueblos que comprendía el Imperio otomano la noción de «nacionalismo otomano». La estrategia no sólo no despertó las simpatías de sus súbditos, sino que la idea de una identidad oficial impuesta desde fuera agudizó las ya fragmentadas identidades contrarias. Al fallarle el

¹ DERINGIL (1999).



Figura 1. Palestinos y judíos en el mercado de Jerusalén, cerca de la puerta de Jafa, ca. 1900.

recurso al panislamismo y al pantomanismo, Abdul Hamid decidió utilizar métodos más expeditivos. Creó una policía estatal dispuesta a recurrir a la violencia para centralizar el Imperio y a enfrentarse y destruir cualquier cosa que amenazase su disolución².

Con la policía de Estado, la integración de la economía local palestina en la mundial se desarrolló sin obstáculo alguno. Esto implica que los campesinos de Palestina siguieron luchando contra la inevitable pérdida de su capacidad autárquica, ya fuese en sus propias tierras o en las que tenían arrendadas a otros, hasta que la guerra llamó a las puertas de sus casas. En los primeros catorce años del siglo XX un número cada vez mayor empezó a trabajar por cuenta ajena, mientras otros muchos, en la periferia de los centros urbanos, se convertían en una fuerza de trabajo carente de especialización.

El régimen de Abdul Hamid se hizo más intervencionista y su influencia se dejó notar en las vidas de sus súbditos, campesinos y habitantes de las ciudades por igual. Esto suponía más contacto, y un contacto muy

² PALMER (1993), pp. 164-174.

poco grato, con los recaudadores de impuestos y con los encargados de reclutar mano de obra para las obras públicas. También aumentó el contacto con los extranjeros, lo que, a juzgar por las pinturas y los relatos de viajeros, en el caso de las mujeres dio lugar a una tendencia más modesta que antes en el vestir. No obstante, del contacto con un ambiente extranjero surgió una tímida politización por parte de las mujeres cristianas y, en 1903, la primera asociación de mujeres de Palestina y su salida del restringido ámbito doméstico³.

El Estado exigía también reconocimiento y gratitud. Los informes de testigos presenciales cuentan que la población estaba descontenta con el estilo megalomaniaco de Abdul Hamid. Uno de los caprichos más detestados era la celebración anual del 19 de agosto, aniversario de su ascensión al trono tras la sospechosa muerte de su hermano, Abdul Aziz II. Se esperaba que Palestina celebrase el recuerdo de este vergonzoso incidente con manifestaciones llenas de color, bailes y la poderosa música de las marchas militares. Los que excusaban su presencia se convertían en sospechosos de ser enemigos del Estado y podían sufrir arresto y aun ser ejecutados por la policía secreta⁴.

Pero Abdul Hamid también trató en más de un aspecto de alentar la cooperación con la población local, lo que abrió las puertas a la politización de la elite urbana de Palestina. En los últimos años de su sultanato, las ciudades palestinas experimentaron una transformación radical y surgió una nueva Palestina de los notables urbanos y dignatarios. El gobernante los animaba para que aspirasen a posiciones administrativas de mayor rango, aumentasen su categoría y mejorasen su posición económica. Bajo la influencia del gran reformador islámico Jamal al-Din al-Afghani, Hamid se veía a sí mismo como el campeón del pensamiento islámico moderno. Esto dio lugar a que los sectores más cultivados y eruditos de la elite de Palestina como de cualquier otra parte del mundo árabe y musulmán abrazasen una nueva identidad panislámica. Aunque no salvó al sultanato de Abdul Hamid, marcó el comienzo de una nueva fase en la historia de Oriente Medio.

Con las primeras décadas del nuevo siglo, la vida de la nobleza urbana experimentó un cambio más radical o, en justicia, quizá debe-

³ «The Women's Movement», en *Palestinian Encyclopedia*, vol. 2, Damasco, publicación de la OLP (1984), pp. 212-213.

⁴ FRUMKIN (1954) (en hebreo).

ríamos decir que en estas fechas contamos con testimonios más detallados, lo que posiblemente contribuya a una descripción más completa de su forma de vida. Como grupo que incluía a las familias de la *a'ayan*, las familias prósperas del medio urbano y los grandes terratenientes, de 1914 en adelante parece haber seguido un proceso de politización. Los señores rurales constituían ahora una nueva raza. Ya no cabe concebirlos como jeques semif feudales, sino como propietarios de grandes haciendas rurales, residiendo muchos de ellos fuera de Palestina, en las ciudades de Levante. En vísperas de la guerra tenían una fortuna consolidada y, aunque con muy poco éxito, intentaban traducirla en influencia política.

De entre las elites, el grupo más aventurero lo conformaban los jóvenes de las familias urbanas, que por entonces empezaron a jugar con el concepto de nacionalismo. La construcción de una conciencia nacional es casi un proceso místico. Es particularmente difícil discernir sus inicios y mecanismos. Su historia en Palestina, o mejor, su gestación en Palestina, no difiere gran cosa del nacionalismo árabe en general. Conforme a varios datos, en la década de 1870 un creciente número de intelectuales árabes de varias ciudades de Siria, Líbano y Palestina desafiaron en sus países al régimen otomano (estos datos se han puesto recientemente en duda: se ha sugerido que su número no era tan elevado y que para muchos intelectuales la *pax otomana* constituía una realidad aceptable). Los que atacaron la idea de la identificación con lo otomano comenzaron a reinterpretar el mundo que los circundaba en términos árabes, no otomanos. Esta reidentificación de Palestina como un país árabe no derivó en principio en una franca rebelión contra los otomanos, pero, al articularla abiertamente, fue motivo suficiente como para crear fricciones. Cuando aparecieron las nuevas ideas en panfletos y peticiones, expresaban el deseo ambivalente de abandonar el Imperio y, sin embargo, de quedarse dentro de su esfera de influencia. Era el tipo de ambigüedad que reconocen muchos teóricos del nacionalismo: la necesidad simultánea y contradictoria de un movimiento nacionalista de apoyarse y disociarse de la historia. Homi Bhabha ha descrito este fenómeno elocuentemente en referencia al mecanismo que se encuentra en la versión nacionalista, incluso tras el periodo de maduración: «La historia puede estar a medias porque está haciéndose».

Pero se trataba de algo más que una simple forma de percibir la realidad. Como en el caso de los primeros sionistas europeos, era una

sensación que compartían sólo unos pocos y se debatía en las asociaciones nacionales secretas creadas probablemente alrededor de 1875 en el Líbano, Egipto y Siria. Al principio sólo participó en estos mítines un número muy pequeño de palestinos, pero gradualmente se le fueron sumando más. Era un grupo lo suficientemente numeroso como para predicar sus ideas y difundirlas entre los demás palestinos. Además, ahora era un país abierto y los que podían viajar ejercieron una gran influencia, pues tenían fácil acceso a Estambul, Beirut y Damasco.

Con la conciencia nacional llegaron también las primeras aspiraciones en pos de una autonomía en el seno del Imperio, y la imaginación se inflamó con visiones de independencia y de reconstrucción de un glorioso pasado panárabe. Pasó algún tiempo antes de que estas ideas se convirtiesen en una plataforma política con la que las gentes del mundo árabe pudiesen identificarse. A finales de la centuria previa, estas ideas sólo habían germinado en Egipto, donde el nacionalismo se convirtió tanto en un discurso como en un motivo para la acción política.

PALESTINA EN LOS ÚLTIMOS AÑOS DE ABDUL HAMID (1900-1908)

En Palestina la situación era muy diferente. Por muy odiado que fuese Abdul Hamid, la dinastía y la causa otomana formaban parte integral de la vida y eran conocidas y aceptadas. Frente a un gobernante otomano excepcionalmente malo había que resistirse, reformarlo o deponerlo, pero de ello no se derivaba la total desaparición en Palestina del dominio otomano. Además, Abdul Hamid no era antiárabe, como lo serían los Jóvenes Turcos; y así pudo contar siempre con el apoyo, si no la simpatía, de la elite urbana árabe, que no quería perder su posición en la *pax otomana*. Así pues, si intentamos encontrar síntomas de algún tipo de nacionalismo en la Palestina anterior a 1908, lo encontraremos sólo marginalmente. El campo de operaciones más importante para el nacionalismo lo proporcionó el sistema de educación privada de los misioneros. Se lo ha descrito a menudo como secular, pero este término induce a confusión. Era secular en tanto en cuanto no impartía una educación musulmana; pero se trataba de educación religiosa pues los misioneros dirigían una parte importante de la misma. Es difícil verificar los resultados de los misio-

neros a la hora de atraer a los conversos, pero probablemente fueron muy limitados en comparación con las aspiraciones de cualquiera de las religiones allí representadas. Con todo, lograron difundir el modo de vida europeo entre los estudiantes musulmanes, una enseñanza que abrió camino a una visión secularizada del islam, tan característica de muchos de los palestinos musulmanes de hoy en día, pese a la reacción contraria visible en el incremento del fundamentalismo islámico. Términos contradictorios como «musulmanes seculares» o «judíos seculares» pueden añadirse a la larga lista de paradojas que introdujeron las realidades nacionalistas en el mundo moderno.

En Palestina, la enseñanza privada fue una consecuencia de la protesta de los cleros local, católico y anglicano, que exigían mayor independencia de Roma y Canterbury, respectivamente. A los árabes anglicanos les fue mejor que a sus homólogos católicos u ortodoxos, y fue en su seno donde tuvo lugar una pequeña rebelión. Probablemente porque no pusieron objeciones al control local de la infraestructura eclesiástica en Palestina, los representantes británicos cedieron ante los docentes que deseaban arabizar a sus colegas anglicanos. Los colegios anglicanos se habían concebido como instituciones estrictamente misioneras, pero cambiaron de orientación al comienzo de esta iniciativa y pasaron a manos del Consejo de la Iglesia Nativa de Palestina, una organización de sacerdotes palestinos que respondía ante el obispo en cuestiones espirituales, pero no respecto a asuntos sociales o educativos⁵.

A finales de la era de Abdul Hamid, la Iglesia anglicana tenía treinta escuelas en Palestina, fundamentalmente en Jerusalén, Nablús y Nazaret. Desde una perspectiva individual, los docentes de los colegios privados ortodoxos y católicos desempeñaron el papel de precursores del nacionalismo al introducir materiales que iban más allá de los requisitos de una escuela misionera, contribuyendo, como en los colegios anglicanos, a la difusión de una educación europea que secularizó y politizó a la elite local. Estoy pensando sobre todo en Jerusalén, como núcleo en el que se gestó el embrión del nacionalismo palestino. Más específicamente, el St. George College de Jerusalén merece mención especial en el panteón de las instituciones palestinas de formación nacionalista. Buena parte de los hijos de la elite musulmana asistieron a estos colegios. Como en el caso de los Husseini y los Khalidi, los dos clanes que

⁵ BLYTH (1927), p. 158.

se repartían entre sí los puestos social, política y económicamente más poderosos que los otomanos otorgaban a la elite local. El St. George y sus equivalentes en Jafa, Haifa, Nablús y Nazaret conformaron la *Wêltanschauung* de la que iba a ser la elite social del movimiento nacional palestino. Durante unos años fue el colegio de Amin al-Husseini, el gran muftí de los años del Mandato británico e indiscutido líder del movimiento nacional palestino hasta 1948.

Estos colegios formaron a la futura generación de líderes nacionales; también infundieron en las mentes de sus alumnos otros valores más universales, lo que hizo que los futuros ingenieros, médicos, escritores y profesores de universidad adoptasen una actitud moderada respecto a la tradición y a la modernidad. Con todo, después de la revolución de 1908, los graduados más politizados empezaron a participar activamente en la vida pública. En esta época de confusión política y cambio, la habitual inercia y la indecisión eran inviables para cualquiera que perteneciese a la elite.

La vieja generación estaba ocupada explotando las nuevas vías que le había abierto el régimen de Hamid. La *pax otomana* implicaba que ciertas salidas profesionales quedaban exclusivamente en manos de los notables. De este grupo lo que merece la pena destacar es su capacidad para reaccionar rápidamente al decisivo drama político que estaba en marcha. Tuvieron que modificar viejos modelos de conducta, primero frente a la revolución de los Jóvenes Turcos, después bajo la ocupación británica. Los notables asumieron ahora un papel político distinto de sus funciones sociales y religiosas previas, y lo asumieron en nombre del nacionalismo árabe. En una palabra, los notables más importantes de la era de Abdul Hamid se convertirían en los agentes del nacionalismo durante el Mandato británico. Al mismo tiempo supervisarían la conversión al nacionalismo de su sociedad y contribuirían a su destrucción, razón por la que tienen una imagen tan ambivalente en la ética y en la versión nacionalista de la historia palestina contemporánea.

Cada familia notable merecería una historia individualizada, pero la transformación de todas ellas tiene tanto en común que es posible identificar una serie de tendencias comunes. Dos individuos de estas familias ejemplifican el común denominador que compartían en cuanto a modelos de continuidad y progreso. Haj Tawfiq Hammad, de Nablús, logró convertirse en poco tiempo en miembro del parlamento otomano, alcalde de su ciudad y, después, en líder de tres parti-

dos de orientación ideológica contraria (pro sirio, pro Husseini y anti Husseini). El periodo que le tocó vivir era inestable, pero había una apertura que animaba a los individuos a decantarse a favor de más de una orientación política y a cambiar de postura ideológica con relativa facilidad. El segundo ejemplo, Musa al-Husseini, de Jerusalén, consiguió ocupar uno de los principales cargos del Ministerio de Sanidad de Estambul, posteriormente se convirtió en gobernador de Jafa, Safad, Alepo, Acre y El Aiún, todo entre 1881 y 1892. Aun alcanzó puestos más altos en la jerarquía otomana, sirviendo en Iraq, la península Arábiga, Anatolía y Hurán. En 1918 se convirtió en alcalde de Jerusalén hasta que fue depuesto por los británicos. Después, presidió varias conferencias nacionales palestinas, encabezando las correspondientes delegaciones que negociaban en Londres con el gobierno británico, hasta su fallecimiento en la década de 1930.

La lealtad de los notables al orden impuesto en la era Hamid era general y sólo se vio contestada por los que podrían denominarse intelectuales nacionalistas, no los «notables nacionalistas», como en el caso de Egipto. Los notables sólo se sumaron inequívocamente al movimiento nacional y asumieron su liderazgo con la desaparición del Imperio otomano. Esta actitud no es específica de Palestina, los notables de las urbes de bastantes lugares del mundo árabe aceptaron a Abdul Hamid como el gobernante legítimo, posponiendo así de alguna manera la emergencia del nacionalismo árabe.

En Palestina, Abdul Hamid contaba con el apoyo de los *a'ayan* locales, pues comprendía la importancia de su papel tradicional. Además, no les afectaba su celo centralizador, que se dirigía contra los jeques de la Palestina rural y las tribus beduinas de las áreas más áridas. Durante la mayor parte del periodo Tanzimat se ignoró a los beduinos, situación que cambió con Abdul Hamid. Se los obligó a convertir su *dira*, como se denominaba el espacio en el que habitaban, en tierras registradas en el *tapu* (el registro de tierras y de la propiedad que todavía se utiliza en la Palestina y el Israel de hoy en día), un proceso que redujo el área que podían considerar suya⁶. Se convenció a algunos para que abandonasen la vida nómada y comenzó el periodo de sedentarización, abandonándolos en un limbo insatisfactorio e inquieto-

⁶ Sobre el nuevo régimen de la tierra en el contexto de las reformas, véase QUATAERT, en H. Inalcik y D. Quataert (eds.) (1994), pp. 843-893.

tante entre la antigua y la nueva forma de vida, una situación difícil que todavía padecen los beduinos que viven en Israel.

La elite urbana se benefició del declive de los jeques y los beduinos. Así, sin distanciarse de la *a'ayan*, Abdul Hamid apaciguó a un grupo potencialmente protonacionalista. Su única fuente de preocupación parece haber sido la relativa libertad que otorgaba Estambul a los cónsules extranjeros en Palestina, pero no era motivo suficiente como para despertar el tipo de sentimiento nacionalista que acaba en una rebelión contra la autoridad. El movimiento necesitó tiempo para materializarse porque los notables urbanos nunca habían aceptado el gobierno egipcio de la década de 1830 y no estaban dispuestos a abandonar el mundo árabe-otomano que habían conocido en la década de 1890.

LA LLEGADA DEL SIONISMO

Aunque no se manifestó activamente en contra, la *a'ayan* era consciente del desafío que representaba el sionismo en la era Hamid. Inicialmente lo interpretó como otra oleada más de colonos europeos, no muy diferente de los misioneros, cónsules o empresarios europeos que lo habían precedido, y que la nobleza y la elite percibían también como un peligro potencial para su estatus económico y social. Cada vez que intentaban ocupar nuevas tierras, como construir un colegio anglicano en Nablús o reclamar tierras en los valles, como hicieron los sionistas, el resentimiento local se traducía en manifestaciones o peticiones al gobierno y, en casos extremos, ataques violentos contra los recién llegados⁷.

En conjunto, la nobleza palestina, quizá más que el campesinado o los habitantes de las ciudades, fue la primera en verse confrontada simultáneamente con los esfuerzos diplomáticos que llevaban a cabo los sionistas y con las actividades más pragmáticas que emprendían sobre el terreno. Se enteraron de sus contactos diplomáticos a través de la prensa egipcia, libanesa y turca. Fueron conscientes del segundo tipo de actividades con las ofertas que les hacían los sionistas para comprar tierras, o cuando se pidió a los líderes religiosos, como el muftí de Jerusalén, Taher al-Husseini II, que dictasen fetuas (sentencias de carácter reli-

⁷ Scholch (1993), pp. 267-283.

gioso) en su contra. Otro escenario para los primeros contactos de los notables con el sionismo fueron los municipios locales, donde se adoptaban las resoluciones que exigían a las autoridades detener la adquisición de tierras por parte de los judíos. Sin embargo, frente a una buena oferta, algunos siguieron vendiendo tierras a los judíos. Si el sionismo aceleró la cristalización del nacionalismo palestino, por el momento no creó la necesaria atmósfera nacional coercitiva para obligar a los individuos a poner en peligro sus intereses particulares frente a la voluntad colectiva.

El decisivo cambio de orientación que experimentó el sionismo sólo se puede apreciar retrospectivamente, hasta el punto de que cabe preguntarse si los líderes urbanos de la comunidad palestina estaban al tanto de esta evolución. El movimiento adquirió mayor peso en los asuntos palestinos una vez que Herzl obtuvo un éxito sin parangón, como era el apoyo de Gran Bretaña, y fracasó a la hora de persuadir a los sionistas para que se estableciesen en Uganda.

Al final de sus días, Herzl creía que el sionismo no podía salir victorioso sin la bendición de alguna potencia europea. Ahora podemos constatar que estaba en lo cierto y que optó por el aliado correcto, Gran Bretaña. Era una elección lógica dado el reciente interés británico por Oriente Medio, un interés colonialista que comenzó con la ocupación de Egipto en 1882, pero que no finalizó aquí. Los residentes británicos en El Cairo y la escuela de pensamiento expansionista que había en la Oficina de Asuntos Coloniales de la metrópoli tenían la mente puesta en Palestina como futura adquisición británica caso de que el Imperio otomano se derrumbase. El desmoronamiento del Imperio otomano era ahora un escenario factible, al que los políticos ingleses habían temido como una situación que favorecería una guerra europea, pero a la que había contribuido la propia Gran Bretaña en la década de 1880 con la ocupación del Egipto otomano. Si los judíos, como los misioneros anglicanos, podían facilitar la expansión británica en Palestina serían bienvenidos. La tendencia prosionista de la política británica de Oriente Medio de finales del siglo XIX era consecuencia simultáneamente de una nueva percepción colonial frente a la realidad global y de viejos conceptos teológicos relacionados con el retorno de los judíos a Palestina y la segunda venida del Mesías. Herzl consiguió inflamar la imaginación colonial y evangelizadora británica al ofrecer al gobierno de Gran Bretaña la oportunidad de convertir el área árida

de El-Arish, cerca de Gaza, en un oasis sionista. Lo único que faltaba, decía, era un canal que llevase el agua fresca del Nilo. No obstante, el gobernador británico en Egipto, lord Cromer, un ardiente utilitarista, no se dejaba impresionar por estas visiones y sus objeciones hicieron que el plan cayese en el olvido*.

Herzl estaba desesperado. Intentó otra salida, la última antes de su muerte en 1904. Trató de conseguir el apoyo británico para establecer temporalmente un Estado judío (que finalmente se trasladaría a Palestina) en la Uganda británica, propuesta que fue considerada con toda seriedad por algunos miembros de Whitehall. La elección de Uganda se debía a razones tácticas, pero muchos miembros del movimiento consideraron la propuesta como una traición al sionismo. Chaim Weizmann, líder de los «sionistas territoriales», hizo fracasar el plan de Uganda. Después de todo, el propio Herzl había santificado Palestina al definir el nacionalismo judío como sionismo, conectándolo irrevocablemente con el establecimiento judío en Palestina (Sión). Había creado una norma por la que podía medirse el patriotismo o la lealtad al nacionalismo judío. Y a todo acto contra la patria se le dio un trato idéntico al que le daría cualquier otro movimiento nacional, el desprecio y la hostilidad⁹.

Algún rasgo de la vitalidad y la energía del nuevo sionismo debió de hacer mella en la elite urbana interesada en la política. Ésta es probablemente la razón por la que las protestas palestinas contra el sionismo se hicieron más conspicuas después de 1904 y estaban bastante bien organizadas por los pocos representantes que tenía Palestina en el parlamento turco, cuyas actividades habían sido suspendidas por Abdul Hamid y comenzaron de nuevo en 1908. Los parlamentarios intentaron, a veces con éxito, que se aprobara una legislación para frenar el expansionismo judío en Palestina. Sin embargo, los colonos continuaron llegando y crearon los fundamentos de la comunidad sionista. El sionismo no tendría que enfrentarse a una oposición seria hasta después de la Primera Guerra Mundial.

A comienzos del siglo XX, Palestina contaba con doce asentamientos sionistas. La tierra procedía de los ricos terratenientes de dentro y fuera de Palestina. En 1903, bajo la presidencia de Menachem Usishqin, se celebró la primera asamblea de Benei Israel en *Eretz Israel*, en la

* Public Record Office, FO 78/5353, tres cartas con fecha de julio de 1904.

⁹ Citado en *Korot* 3 (21), marzo 1972, p. 17 (en hebreo).

colonia Zichron Yaacov, un territorio comprado cerca de la aldea de Zamarin. Usishqin era la máxima autoridad del sionismo, un judío ruso de poco más de cuarenta años que había formado parte de Hovevi Zion desde sus inicios, la primera sociedad judía que concibió el establecimiento como un grupo nacionalista en el territorio de Palestina. Usishqin sentó las bases de la infraestructura organizativa de la comunidad judía. Bajo su orientación, las organizaciones profesionales se equipararon a las políticas, preparando el camino para una presencia permanente del sionismo en Palestina.

Tras el fallecimiento de Herzl destacaron en el movimiento sionista varias personalidades, algunos eran judíos alemanes, ya que la sede del movimiento sionista estuvo en Berlín hasta la Primera Guerra Mundial. Uno de ellos era Arthur Rupin, cuya llegada y subsiguiente actividad en Palestina aceleró el camino para el asentamiento judío¹⁰. Rupin era economista, sociólogo y líder del esfuerzo colonizador sionista en Alemania. Emigró a Palestina en 1908 y fundó algunos de los principales grupos sionistas que se ocuparon de la colonización. Empleó estas nuevas estructuras en una decidida adquisición de tierras. La joya de la corona del proyecto era la adquisición de gran parte del Monte Scopus, en Jerusalén. En 1913, Rupin compró varias parcelas a lord Grey-Hill, un inglés que simpatizaba con el sionismo y había llegado en 1875 a Palestina, donde se había construido una villa para pasar los veranos. La Universidad Hebrea de Jerusalén se construyó en 1920 sobre los terrenos de esta mansión.

Rupin era un claro representante de la segunda *aliyá*. La primera oleada (1882-1903) no había alterado de modo significativo la vida de los judíos o de los palestinos de la Palestina otomana. En cambio, la segunda coincidió con la desintegración del Imperio otomano y su sustitución por un sistema político turco moderno. Así pues, se produjo en el momento histórico más oportuno, en el intervalo entre el viejo y el nuevo mundo, y pudo intervenir en la situación de Palestina. Los colonos se adherían simultáneamente a los principios del nacionalismo judío y del socialismo, y disputaban sobre cuál de las dos ideologías debía tener prioridad, debate que dio lugar a la creación de los dos principales partidos sionistas de Palestina¹¹. El debate produjo tam-

¹⁰ RUPIN (1968), pp. 164-165 (en hebreo).

¹¹ STERNHELL (1998).

bien diferentes modos y tipos de asentamiento colectivo, siendo el más célebre el kibutz. Con todo, habría que señalar que la mayor parte de los sionistas no sentían especial atracción por la agricultura o la vida rural, y preferían establecerse en las ciudades, donde el colectivismo no se practicaba tanto como una forma de vida sino a través de la afiliación a poderosas organizaciones sindicales.

En vísperas de la Primera Guerra Mundial, el sionismo seguía siendo un proyecto colonialista alentado por sentimientos nacionales. La receta de las ideologías variaba conforme al interés económico que tenían los recién llegados en la tierra. Los asentamientos colectivos agudizaron el carácter nacional. Los propietarios de tierras querían una versión muda de nacionalismo; deseaban que hubiese grandes extensiones de territorios judíos, pero se conformaban con un flujo moderado de inmigrantes. Esta postura derivaba de su intención de emplear a trabajadores palestinos, y no tanto judíos, más conscientes de sus derechos sindicales. Los trabajadores palestinos no exigían grandes salarios y estaban más cualificados para el trabajo en una plantación¹².

Debido a sus objetivos nacionales, los líderes de la empresa sionista incorporaron al viejo *millet* judío de Palestina dentro de la comunidad, que se denominó *yishuv* (comunidad). Retrospectivamente, dado el modo en el que se desarrolló el conflicto intranacional palestino, esta estrategia parece justificada. Sin embargo, en aquel momento eran dos comunidades diferentes. Los judíos veteranos del *millet* constituían una población urbana indígena y de una religiosidad estricta. Rechazaban a los recién llegados y, en concreto, no podían aceptar el estilo de vida secular de los inmigrantes que habían llegado a Palestina después de 1905, muchos de ellos rusos que habían escapado tras la fallida revolución de ese mismo año. No debemos olvidar que los líderes e ideólogos sionistas querían reformar tanto a los judíos veteranos como deseaban reinventar al nuevo judío europeo en suelo palestino.

Que no había una única comunidad judía lo demuestran los constantes enfrentamientos y las pequeñas guerras entre los recién llegados y los veteranos. Las complejas relaciones que mantenían los sionistas y las autoridades dificultaban también la vida de la comunidad judía que se había establecido en Palestina tiempo atrás. Este grupo, con una mentalidad que era todo menos revolucionaria, se había sentido mucho

¹² SHAFIR (1989), pp. 54-61.

más seguro desde la introducción del Tanzimat, y todavía le fue mejor con Adbul Hamid II y los Jóvenes Turcos¹³. Los judíos veteranos veían el sionismo como una herejía, una amenaza para el código ético del judaísmo pues albergaba la esperanza de que la secularización sería un medio de salvación. En cambio, para la vieja comunidad judía de Palestina, la secularización era inmoral. Por ello buscaban cualquier signo de degradación moral en la conducta de los recién llegados. La situación no debió de ser fácil; hasta donde sabemos, los primeros sionistas eran bastante puritanos. Con todo, los judíos ortodoxos decidieron que la aparición de prostitutas judías —según ellos, por primera vez en la historia—, sólo cabía atribuirla al sionismo.

En Jafá, los constantes enfrentamientos entre judíos asquenazíes (recién llegados procedentes de Europa oriental) y los sefarditas (los veteranos, miembros del *millet* judío del período otomano) eran difíciles de calmar. Los asquenazíes hicieron sentir su presencia en Jafá haciendo crecer la ciudad con dos barrios nuevos y abriendo algún pequeño negocio y taller. Sin embargo, tanto en Jafá como en otras comunidades judías, las principales disputas nacían de las rivalidades políticas que mantenían los rabinos y se expresaban en forma de debates religiosos legales, por ejemplo, sobre los métodos que se debían emplear para practicar el sacrificio de los animales, los ritos de enterramiento, etcétera. En realidad, era un caso de rivalidad por el control de la vida y la política de la comunidad.

Los judíos ortodoxos tenían una presencia especialmente importante en Jerusalén, donde no se recibía bien a los sionistas, que también evitaban la ciudad. Por ello construyeron su propia ciudad, secular y moderna, en Tel-Aviv. Sesenta y seis sionistas entusiastas de entre los primeros que habían fundado varias colonias con ayuda del barón de Rothschild fundaron la ciudad una mañana de sábado, en julio de 1907. Comenzó como una casa solariega, Ahuzat Bayit, que después cambió su nombre por el de Tel-Aviv. El Qeren Ha-Qayemet (el Fondo Nacional), la principal entidad patrocinadora sionista, prestó los fondos necesarios. Al verano siguiente se había levantado el primer edificio. Casi un siglo después, a comienzos del siglo XXI, tras una historia de altibajos, la sociedad judía de Israel se vería de nuevo dividida entre la Jerusalén ortodoxa y la Tel-Aviv secular, como si el tiempo se hubiese detenido.

¹³ HALPERN y REINHARZ (1998), pp. 46-58.

En 1909, los sionistas consiguieron otro préstamo de un banco local, compraron tierras y empezaron a construir casas. Pronto nacieron los primeros niños y se construyó una escuela, Gimnazia Herzlia, durante mucho tiempo la mejor escuela secundaria del país. De este modo comenzaba una presencia insular sionista en Palestina muy especial. Tel-Aviv era el centro de la actividad sionista, mucho más que Jerusalén, y porque era exclusivamente judía, los enérgicos líderes sionistas pudieron llevar a la práctica todos los sueños que tenían respecto al país.

Los inmigrantes procedentes de Rusia fueron el factor determinante para la creación de la nueva ciudad. En su mayoría eran judíos que habían escapado al servicio militar obligatorio en el ejército del zar o, como Aharon Eitin, el creador de la primera imprenta de Tel-Aviv, habían estado durante años en el ejército antes de llegar a Palestina¹⁴. Su capacidad de subsistencia se fundamentaba en su habilidad como artesanos. Habían aprendido su oficio en Rusia o bien lo aprendieron en Palestina, lo que creó la base para mantener una economía independiente que, al tiempo que necesitaba de la colaboración con la población indígena, convertía a los sionistas en productores y no sólo en consumidores. Se trataba de un proceso de integración en el territorio de Palestina al que no podían oponerse políticas hostiles, como las que empleaban los turcos respecto a la adquisición de tierras o a la inmigración.

Las actas de las reuniones de los primeros ayuntamientos de Tel-Aviv revelan un mundo burocrático, en el que las gentes solicitaban afanosamente información respecto a la correcta utilización de los contratos de arrendamiento, la devolución de préstamos y los permisos para crear nuevas empresas. Se observaba el sabbat, pero no de manera fanática. Se prohibía tener pollos dentro de casa, tampoco se podía jugar al dominó en los nuevos cafés ni en el hotel del paseo. Entre los primeros residentes de Tel-Aviv había muchos músicos, y se les pedía que dejaran de tocar después de las diez de la noche. No se permitía a los pordioseros vagar por la ciudad. En 1914 se abrió el primer cine. En algunas zonas, la ciudad se parecía a las de Europa central. Incluso en 1948, algunas zonas bohemias y hedonistas de Tel-Aviv lograron escapar a la guerra de supervivencia¹⁵.

¹⁴ NAOR y LEVINSON (1984), pp. 5-31 (en hebreo); KATZ (1994), pp. 287-291.

¹⁵ Véase IDAN (1999), *The Sacred Scrolls of Tel-Aviv*, pp. 32-42.

Tel-Aviv era la antítesis de la vida en las comunas socialistas de los asentamientos. Su importancia se debió también al hecho de que muchos de los inmigrantes anteriores a 1905 prefirieron buscar un empleo a comprar tierras. Era comprensible si tenemos en cuenta la pobre existencia que habían llevado en las ciudades judías de la Europa del Este, donde sólo se les permitía desempeñar determinadas profesiones, como corredores y agentes de bolsa, banqueros, prestamistas, etcétera. El propio abanico profesional, tanto como la religión cristiana o la xenofobia, puede explicar el antisemitismo de la Europa de entonces.

Los que llegaron después de 1905 querían hacer de la colonización de la tierra la idea clave del sionismo en Palestina. Eran veteranos del movimiento socialista de la Europa oriental y querían poner en práctica no sólo un sueño nacional, sino también comunal. En la práctica, la situación obligaba a tomar en consideración el equilibrio de fuerzas existente entre los recién llegados y la población indígena. Ya no quedaba espacio para el tipo de plantaciones del periodo anterior a 1905, y las esperanzas de supervivencia eran escasas si se hacía demasiado hincapié en la intimidad y en la satisfacción individual. La solución eran las colonias estrictamente comunales y de orientación judía. A resultas de ello se puso en marcha una grave y violenta campaña contra los judíos que empleaban a trabajadores árabes. En Galilea, cerca del Monte Tabor, de entre los cuarenta trabajadores de una granja colectiva llamada Sejra se localizó a cinco árabes. El propietario recibió violentas amenazas y acabó por ceder. Murió posteriormente, quizás a manos de alguno de los palestinos a los que despidió¹⁶. Para sortear la interdicción de emplear a palestinos, se decidió emplear a árabes de otro tipo, judíos árabes. El primer grupo procedía de Yemen. Era una solución ingeniosa a la vez que racista; los trabajadores eran judíos, pero también árabes a los que se podía pagar poco. Su historia es la triste historia de un pueblo empleado temporalmente en un asentamiento y de cuyos servicios se prescindió posteriormente. Se los había engañado y finalmente se los hacinó en los barrios bajos junto a las ciudades judías que acaban de expandirse en el centro de la zona en la que se establecieron los sio-

¹⁶ Deseo agradecer a Rahel Hazanov Alexander su generosidad por permitirme acceder a su colección de cartas familiares, que incluye algunas de Yacov Hazanov, de junio de 1905, tratando de esta y otras materias.

nistas¹⁷. Los líderes políticos tenían que hacer frente tanto a las cuestiones propias de la alta política, como al desempleo. Con la ocupación británica, conjugarían la adquisición de tierras con la lucha contra el desempleo en un esfuerzo colonialista por obtener tierras y puestos de trabajo de la población local en beneficio del creciente número de inmigrantes judíos.

El sionismo entró confiadamente en el siglo XX, no sólo construyendo ciudades, creando colonias y estableciendo impuestos, sino también con un sistema monetario independiente que dirigiría en los próximos años el flujo de capital judío hacia los proyectos sionistas de la tierra de Palestina. Dada la inestabilidad de la economía fiscal y monetaria local, los inmigrantes necesitaban también su propia base financiera. La moneda de finales del periodo otomano era turca, pero los valores de algunas monedas oscilaban de una ciudad a otra de Palestina. Las inversiones eran erráticas e inseguras, así como susceptibles de manipulación bancaria. Antes de finalizar el siglo ya había bancos extranjeros, pero los sionistas fueron los primeros en abrir un banco con sede central en el país. A comienzos del siglo XX crearon también cooperativas de crédito.

Es difícil saber cómo percibió la población local el creciente proyecto sionista. Aunque por entonces no llegaban a las 50.000 personas, la población en general rechazaba a los sionistas, una antipatía que se tradujo en la resistencia física de los palestinos. Los colonos se defendían a sí mismos y, posteriormente, descubrieron que podían emplear la fuerza militar para alcanzar importantes objetivos, incluso objetivos que no tenían carácter defensivo. En cambio, en la comunidad rural palestina no se notaron los efectos del sionismo hasta después de la Primera Guerra Mundial, aunque algunos líderes de la comunidad local se dieron cuenta ya en la década de 1880 del peligro y la desestabilización que suponía la inmigración judía. Con todo, para la mayor parte de la población de Palestina, el sionismo siguió siendo una tormenta en un vaso de agua. Había pocas colonias judías y sólo un puñado de aldeas palestinas entraron en contacto con ellas. La visión pastoral del mundo debía mucho al predominio de la vida rural; hubo que esperar a la Primera Guerra Mundial y a las grandes campañas sionistas para adquirir tierras para que la población rural fuese

¹⁷ Véase NINI (2000) (en hebreo). El libro entero se dedica a este episodio.

testigo de sucesos que cambiaron su vida hasta el punto de hacerla irreconocible.

PALESTINA TRAS LA REVOLUCIÓN DE LOS JÓVENES TURCOS
(1908-1916)

En 1908, los Jóvenes Turcos, un grupo de oficiales y estudiantes contrarios al dominio otomano comenzaron a minar el régimen de Abdul Hamid. Al principio pensaron en sustituir el Imperio por una república liberal, pero pronto sucumbieron al poder embriagador del nacionalismo romántico y la admiración por las fuerzas del gobierno centralista moderno. A finales de 1908, los Jóvenes Turcos obligaron a Abdul Hamid a restaurar la Constitución y convocar al parlamento, que había disuelto al llegar al poder, en 1876. Sin embargo el éxito del nuevo régimen constitucional se vio empañado por una serie de pérdidas territoriales frente a los rivales del Imperio en los Balcanes y otros lugares. Abdul Hamid intentó, sin éxito, explotar estos desastres mediante la contrarrevolución de abril de 1909. Un mes después, el ejército de los Jóvenes Turcos marchaba sobre Estambul, destronaba al sultán y ponía fin al gobierno otomano.

Los Jóvenes Turcos proscibieron en el mundo árabe toda asociación que promoviese la autonomía o la independencia árabe; de modo que las que había pasaron a la clandestinidad, pero hasta aumentaron numéricamente al reclutar a docentes, estudiantes y oficiales del ejército. Algunos procedían de Palestina y todos se inspiraban en el sueño de una entidad árabe unida e independiente. Los Jóvenes Turcos respondieron con una política de turquificación, intentando imponer una nueva identidad nacional turca a cualquiera que viviese en aquel Imperio otomano cuyas fronteras se estaban estrechando. Esta política convivía con fuertes tendencias secularizadoras, casi hasta el punto de dictaminar la separación entre la Iglesia y el Estado.

Como consecuencia de la Revolución de los Jóvenes Turcos de 1908, los notables y los intelectuales se encontraron por igual ante una situación nueva. La vieja generación de la elite palestina local estaba, por decirlo de alguna manera, poco entusiasmada con el súbito cambio que había experimentado su mundo. La secularización socavaba su importancia religiosa, la abolición del sultanato debilitaba la influencia

de los que debían lealtad personal al sultán y el nacionalismo turco no podía ofrecer nada bueno a aquellos a los que consideraba árabes. En cierto modo, la toma de partido creó un abismo generacional en las familias urbanas dominantes de Palestina. La vieja guardia quería mantenerse al margen de la política, la joven generación aspiraba a desempeñar un papel más activo. Algunos estaban entusiasmados con el celo revolucionario de los Jóvenes Turcos, pero la mayoría deseaba ser la vanguardia del movimiento nacional árabe que estaba surgiendo. Por ello se alistaron en varias asociaciones nacionalistas que operaban en la Gran Siria. Estas organizaciones no pudieron legalizarse como partidos hasta las postrimerías de la Primera Guerra Mundial, momento que también señaló la aparición oficial de las primeras organizaciones nacionales palestinas. Hasta ese momento, los palestinos que defendían ideas nacionalistas tuvieron que mantenerlas en secreto, arriesgando su seguridad personal. En 1912, el gobierno turco decretó que el Imperio sólo tendría una identidad nacional, la turca. Los que militaban en la política nacionalista, muchos de ellos graduados en colegios otomanos y en colegios privados cristianos, rechazaron esta imposición, pero poco hicieron para expresar su descontento.

Para la elite social local los años inmediatamente posteriores a la revolución de 1908 marcaron un hito. En 1930, el líder palestino Jamal al-Husseini explicó en una conferencia de la Sociedad de Asia Central celebrada en Londres que, para gente como él, el año 1908 no sólo había supuesto el fin del gobierno otomano en Estambul, sino el fin de la era otomana en Palestina. Según sus propias palabras, en ese mismo momento había comenzado la «libertad de Palestina». Una versión más precisa señalaría el año 1912 como un punto de inflexión inequívoco para el nacionalismo palestino, cuando un golpe de Estado en las filas del régimen de los Jóvenes Turcos supuso un mayor ascendiente de la tendencia turca antiárabe¹⁸.

La energía política de los Jóvenes Turcos afectó no sólo a la elite urbana musulmana, sino también a los cristianos y a los grupos urbanos de veteranos judíos. El renacimiento de Abdul Hamid a finales de su reinado como islamista de tendencia fundamentalista había suscitado el temor a un empeoramiento radical del estatus de los notables cristianos y de los habitantes judíos de las ciudades, que hasta entonces

¹⁸ AL-HUSSEINI (1930), pp. 93-98.

había mejorado. Con su actitud a favor de una franca secularización, los Jóvenes Turcos parecían encarnar la promesa de un estilo de vida más relajado y de mayores posibilidades de participación política. En Palestina, el viejo *millet* judío se adaptó inmediatamente al Estado secular, mientras la elite musulmana, en particular los intelectuales, estaba absorbiendo lentamente e intentando articular suavemente una conciencia nacional árabe. Pronto les siguieron algunos miembros de las familias de la *a'ayan*, la elite social musulmana.

Con todo, había otra reacción antiturca, la cristiana. Procedía de gentes formadas en el sistema educativo anglicano, que había incitado a los cristianos a buscar su identidad en la nueva civilización secular árabe y musulmana, en la que, a diferencia del mundo otomano, el nacionalismo no separaría sino que uniría a los grupos religiosos. Islamistas reformistas y otros miembros de la elite intelectual musulmana siguieron un proceso similar influidos también por el flagrante nacionalismo de los Jóvenes Turcos. La guerra ofreció una oportunidad a este nacionalismo intelectual para presentarse como portavoz de un movimiento político de masas a la cabeza de una coalición antiturca. Damasco era el brillante centro intelectual de Siria y ejercía un gran magnetismo en cualquier palestino, cristiano o musulmán que quisiera redefinirse en términos seculares y nacionales, y prepararse para un futuro posotomano en el que las elites locales árabes tendrían la última palabra en los asuntos de su sociedad.

Durante la Primera Guerra Mundial, esta política de reciente cuño, todavía en su mayor parte clandestina y encubierta en forma de clubes culturales y literarios, debió de ser una experiencia excitante para las elites urbanas locales. La ciudad era el centro, de hecho el único territorio, en el que tenían lugar estas actividades. Pero la mayor parte de la población urbana no pertenecía a las elites, ni era fuerte ni estaba lo bastante organizada como para tener peso en el proceso de politización. Sus vidas no se veían alteradas por los políticos, sino por los ingenieros, los constructores y los capitalistas. Encontraron una forma de ganarse la vida en los nuevos servicios de infraestructuras que ofrecían las ciudades a comienzos del siglo XX: el ferrocarril, la sanidad y el mantenimiento de la luz y el agua. No había nada específicamente «palestino» en este modo de vida. Sólo después de la Primera Guerra Mundial se asociaría la lucha existencial de buena parte de la población local por un nivel de vida razonable con la lucha con-

tra el sionismo o los ocupantes británicos. A partir de este momento, el discurso político se hizo más comprensible y relevante para la mayor parte de la población.

No obstante, entre la gente corriente de la Palestina urbana se dio un fenómeno. La política local, a diferencia de la nacional, se convirtió en el foro en el que los habitantes de las ciudades, no necesariamente pertenecientes a la elite, podían desempeñar algún papel. Los habitantes de las ciudades parecieron descubrir la importancia de los órganos legislativos y representativos, y especialmente de los ayuntamientos, que se habían visto revitalizados tras la revolución de los Jóvenes Turcos, que prestó más interés al bienestar de la población local de lo que se le había prestado nunca antes. La prensa palestina contemporánea transmite la impresión de que la «gente» exigía mejoras en los servicios municipales.

La prensa era en sí misma un factor nuevo de la escena social y política de Palestina en el periodo de los Jóvenes Turcos y desempeñó un papel progresista en la transformación de la sociedad, a pesar de que su supervivencia era precaria y dependía de los beneficios que obtuviesen sus propietarios. En un caso, la prensa informó de las reclamaciones interpuestas por un misterioso grupo, «la gente», que acusaba al gobernador y al ayuntamiento de Jerusalén de haber intervenido en el alza de los precios de los artículos de primera necesidad, entre ellos el pan. En realidad era una reclamación para que se ampliaran los términos de referencia del ayuntamiento. Es posible que viniese de miembros del ayuntamiento que hablaban en nombre de la gente; es dudoso que indicase una actitud más sensible de parte de los notables. Conforme a la ley, el ayuntamiento estaba autorizado a supervisar el precio del pan, pero como mucha gente hacía el pan en sus hogares, no suponía una gran concesión por parte del gobierno. Lo cierto es que otros artículos carecían de supervisión y su precio subía y bajaba de manera errática. A raíz de esta queja se introdujo algún control¹⁹. A través de la prensa de Jerusalén podemos deducir que no se trataba necesariamente de una lucha de poder entre el ayuntamiento y el gobernador. En 1914, la prensa difundió la primera crítica de la calle respecto a la corrupción del gobernador y a la negligencia del ayuntamiento. Se lo acusaba de haberse aprovechado en su

¹⁹ *Al-Quds* 42, 30 de marzo de 1909.

propio beneficio del presupuesto de la ciudad. Se criticó al ayuntamiento por su incapacidad para mantener el suministro de agua y el sistema sanitario²⁰.

La prensa también daba la impresión de que los miembros del ayuntamiento o aquellos cuyo sustento dependía de los turistas no compartían siempre la actitud hostil del gobernador turco respecto a los extranjeros. El periódico *al-Quds* hacía una clara distinción entre los turistas y los visitantes más permanentes. Se acogía calurosamente a los primeros: «Los turistas son bienvenidos», declaraba, «[pues] dan trabajo a los guías turísticos, pequeños comerciantes, etcétera». Sin embargo, eran casos excepcionales; la población palestina de las ciudades estaba lejos aún de tener voz y voto en las cuestiones que afectaban a su bienestar social y económico²¹.

También las mujeres, aunque sólo las de la elite, empezaron a intentar cambiar de vida. A comienzos de siglo se organizaron por primera vez por cuestiones de género. Era un tímido comienzo, pero indicativo de que la politización de las elites había alcanzado a las mujeres y, presumiblemente, a la vida de las familias de la elite. Sólo la nueva comunidad sionista reclutaba mujeres para el trabajo, pero incluso aquí abundaba más la retórica que un cambio fundamental en las relaciones de género. Irónicamente, en los sectores menos prósperos de la sociedad, el incremento del número de arrendatarios produjo una mejora de otro tipo en la vida de las mujeres. La vida en los arrendamientos alteró la distribución del trabajo tradicional, aunque no frenó el papel dominante del marido en la vieja estructura patriarcal de la familia²². Así, mujeres y hombres realizaban idénticas faenas durante el mismo número de horas. Aunque la igualdad no liberó a las mujeres de las tareas domésticas, abrió al mundo las puertas de los hogares.

El año 1908 marcó también un nuevo comienzo para la infancia de Palestina. El cambio dependió menos de las decisiones de los padres que de las transformaciones impuestas desde arriba, como durante el periodo de los Jóvenes Turcos, al imponerse una educación más universal y secular. Aunque se mantenía la severidad (los castigos corporales siguie-

²⁰ *Al-Muandî* 23, 9 de julio de 1914. Este periódico sólo se publicó durante un año y lo cita YEHOUSHA (1974), p. 50 (en árabe).

²¹ Número 334, 7 de febrero de 1913.

²² BERNSTEIN (1987) (en hebreo).

ron siendo la norma durante la primera mitad de siglo), la educación sirvió como una preparación alternativa para el trabajo en la vida adulta. Con todo, fue un progreso temporal, pues se convirtieron en las principales víctimas de la Primera Guerra Mundial.

Durante el breve periodo de tiempo en el que los Jóvenes Turcos gobernaron Palestina se hizo un esfuerzo muy considerable en el ámbito de la infancia. Esta tendencia ya había comenzado en los últimos tiempos del periodo otomano, con las entusiastas reformas educativas de Abdul Hamid. En general, los otomanos controlaban el sistema educativo²³; mientras los palestinos locales tenían mayor influencia en lo que se refiere a la supervisión de los colegios, donde los notables y los dignatarios religiosos formaban parte de los consejos que dirigían los colegios de cada subdistrito. En Gaza, por ejemplo, el muftí local encabezaba el consejo educativo, y ya se ha mencionado como Ismail al-Husseini extendió la escolarización a las mujeres de Jerusalén.

Bajo los Jóvenes Turcos la educación era gratuita, lo que no tenía grandes consecuencias en el caso del *sanjak* de Jerusalén porque buena parte de la educación estaba en manos de misioneros extranjeros, que no recibían subsidios del gobierno. Los distritos de Acre y Nablús, como formaban parte del *vilayet* de Beirut, se beneficiaron más de esta política. Los Jóvenes Turcos crearon un impuesto especial destinado a la construcción de nuevas escuelas que debían satisfacer ciudades y aldeas. Pese a su casi fanático celo en pro de la turquificación, generalizaron el estudio de la lengua árabe en las escuelas como contrapeso a la atracción que ejercían las sociedades nacionalistas clandestinas y para apoyar su reivindicación de ser los representantes de la cultura árabe genuina²⁴. Paradójicamente, las sociedades aprovecharon el nuevo plan de estudios para incrementar la conciencia nacional. En 1913, los oficiales turcos lucharon contra el alza del nacionalismo con nuevas medidas centralizadoras que les daban el control directo sobre el sistema escolar.

A finales de 1914, Palestina contaba con noventa y cinco colegios de educación elemental y tres de educación secundaria, equivalentes al liceo francés, en Acre, Nablús y Jerusalén. Había alrededor de doscientos docentes para cerca de nueve mil estudiantes, de los que poco

²³ ABU GHAZZALAH, s.f., p. 115 (en árabe); TIBAWI (1956), p. 193.

²⁴ AL-KHALIDI (1925), p. 2 (en árabe).

más del 10 por 100 eran mujeres²⁵. Todavía se mantenía el sistema tradicional, el *kutab*, con alrededor de trescientos colegios y ocho mil estudiantes, de los que ciento treinta eran chicas.

Durante la Primera Guerra Mundial, el sistema escolar estaba sumido en el caos; aun así, el gobierno turco decidió crear por entonces un colegio *sultaniyya*, similar a un *college* americano, en el que el árabe sería la lengua de instrucción mientras el turco era tan sólo una asignatura opcional. El colegio acabó por convertirse en un colegio universitario para futuros docentes. Jamal Pasha, el gobernador de Palestina, se interesó especialmente por él y se ocupó personalmente de que estuviese dotado de material de laboratorio importado de Alemania. El colegio se construyó dentro del recinto de un monasterio de Jerusalén y fue la última contribución turca a la cultura y a la sociedad palestinas tras cuatrocientos años de dominio²⁶.

Para no crear la falsa impresión de que el periodo de los Jóvenes Turcos supuso un paso de gran alcance en pro de una Palestina diferente, es preciso hacer hincapié en que el principal protagonista de este libro, la sociedad en su conjunto, no se vio alterada por la alta política. Al margen de los extranjeros y de un pequeño número de las familias notables que habitaban en las principales ciudades, los campesinos y los propietarios de tierras de Palestina siguieron estando al margen de los asuntos de Estambul. Durante los años que transcurrieron entre la revolución y el estallido de la Primera Guerra Mundial, los habitantes de Palestina que no formaban parte de la elite política tenían otras preocupaciones. Se trataba probablemente de problemas antiguos, pero en los libros de historia se los presenta como nuevos porque por entonces Palestina se abrió más al mundo y por tanto se hizo más accesible a los historiadores. Por ejemplo, parecen haberse registrado más epidemias en Palestina después de la revolución que en el periodo anterior. De este modo, al tiempo que en la Palestina de los primeros años del siglo XX hacían acto de presencia la secularización turca, el colonialismo judío y el nacionalismo palestino, en la vida de la mayor parte de la gente eran mucho más importantes los episodios anuales de cólera y otras epidemias. Las áreas que circundan Jerusalén

²⁵ GOBIERNO DE PALESTINA, *Report of Palestine Administration*, julio 1920-diciembre 1921, p. 50.

²⁶ MAKOVER (1984), p. 26 (en hebreo).

fueron víctimas de una plaga de langosta en 1910; a la plaga le siguió un crudo invierno en las montañas de la ciudad. En 1912, Haifa y sus alrededores se vieron afectados por una grave epidemia de cólera. Un periódico judío local informaba de que en ese periodo la totalidad de la población de Haifa había tenido que alojarse en tiendas de campaña. Era tan sólo una repetición de lo ocurrido en dos años aun peores, 1915 y 1916, cuando los desastres naturales se vieron ensombrecidos por la intervención humana, que llevó aparejada una oleada sin precedentes de muerte, hambre y desempleo. En esta catástrofe humana, las aldeas se defendieron mejor que las ciudades y sobre todo mejor que las ciudades con mayor densidad de población, como Jafá y Jerusalén, que sufrieron en mayor medida que ninguna otra los horrores de una guerra entre potencias extranjeras sobre suelo palestino²⁷.

El estallido de la guerra destruyó los primeros frutos de las mejoras sociales y económicas de que disfrutaba una parte significativa de la población. Los ciudadanos otomanos de todo el Imperio exigían mayor participación en el sistema y en las medidas de asistencia social. En Palestina, algunos grupos concretos se habían vuelto más reivindicativos y críticos. Las mujeres habían intentado obtener cargos políticos y que se garantizase un mayor nivel de alfabetización infantil. La guerra, al principio un conflicto europeo que se libraba en los Balcanes y en Europa occidental, tardó medio año en alcanzar a Palestina, pero cuando llegó, trajo consigo el hambre y la muerte, y entre las víctimas, además de soldados extranjeros, estaban las gentes de las ciudades y especialmente los niños de Palestina²⁸.

PALESTINA DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

En Palestina, musulmanes, cristianos y judíos acogieron la noticia del estallido de la guerra con indiferencia. El periódico *Filastin* decía: «Dejad que los europeos laven su ropa sucia, la nuestra la lavaremos en los Balcanes» (puesto que los Balcanes era un problema turco). Sin embargo, en diciembre de 1914, el Imperio otomano abandonó la neutralidad y se sumó a las filas de Alemania y Austria-Hungría. Gran

²⁷ *Filastin*, 8 de agosto de 1914.

²⁸ *Filastin*, 14 octubre de 1914.

cantidad de soldados llegaron a Palestina, convirtiendo las ciudades en enormes campamentos militares; para la mayor parte de sus habitantes era el comienzo de un periodo terrible. Los militares, como las langostas, consumían todo lo que estaba a la vista, incluyendo la escasa riqueza y las limitadas provisiones de las que disponía la población. Se inició así la hambruna en Palestina, pero se silenció cualquier conato de protesta.

Los bancos cerraron sus puertas, de modo que los clientes no podían acceder a su dinero. La población tuvo que hacer frente a un alza de los precios sin precedentes, especialmente en los productos de subsistencia, como la harina, el queroseno y el azúcar. Las importaciones cesaron totalmente y los artículos de consumo esenciales escasearon de tal modo que nadie podía permitírselos. El desempleo aumentó. La comunidad judía de Jafa dio prueba de su fortaleza al mostrar a otros judíos cómo llevar adelante una campaña de autarquía y solidaridad. Era una iniciativa con objetivos impresionantes, pues incluía una mayor presión fiscal sobre los ricos, trabajo para los desempleados y la reorganización de la asistencia médica²⁹. Sólo las familias muy prósperas pudieron mantener un nivel de vida satisfactorio, especialmente las que disponían de divisas británicas.

Se esperaba que el pueblo palestino ocultase su desesperación. Los turcos reclutaron a líderes musulmanes, cristianos y judíos para que manifestasen su apoyo incondicional al gobierno en los frecuentes mítines que se venían celebrando desde el comienzo de la guerra³⁰. Aquellos que, independientemente de las privaciones a las que estaban sometidos, no mostraban su entusiasmo en público, corrían el riesgo de sufrir las consecuencias de la cólera de Jamal Pasha. En la memoria colectiva de judíos y árabes por igual este hombre y sus acciones están indisolublemente ligados a los desastres de la guerra. Jamal era una de las personas más poderosas de Estambul y uno de los fundadores del movimiento de los Jóvenes Turcos. Fue nombrado comandante en jefe del ejército turco en Oriente Medio justo antes de que comenzasen las hostilidades. Con sede en Damasco, Jamal Pasha visitaba con frecuencia la Gran Siria. Su mandato se recuerda como un periodo de brutalidad, de la que tampoco se libró Palestina. Siempre que visitaba

²⁹ RAM (1996), p. 273 (en hebreo).

³⁰ YEHOASHUA (1981), p. 43 (en hebreo); *Khalil al-Skakini*, 28 de septiembre de 1914.

Palestina exigía una recepción que incluía un baño de multitudes, como si se tratase del gran salvador del pueblo. Se presentaba invariablemente en compañía del comandante en jefe del ejército alemán, general von Schellendorf, una imagen que debió de acentuar la impresión de los que se le oponían en nombre del nacionalismo árabe de estar bajo dominio extranjero.

Una de las principales tareas de Jamal Pasha era reclutar a jóvenes para el ejército. Muy pocos árabes de origen palestino habían hecho el servicio militar obligatorio en las fuerzas armadas otomanas antes de la Primera Guerra Mundial³¹. Al prolongarse la guerra, la necesidad de soldados se hizo imperiosa, pero, pese a la temible presencia de Jamal, pocos jóvenes palestinos deseaban alistarse. Su implacabilidad frente a los desertores no tenía límites. En 1914, en Jerusalén, ordenó ahorcar públicamente a tres desertores, un musulmán, un cristiano y un judío; las ejecuciones masivas continuaron durante dos años más. Los judíos y los cristianos eludían el servicio militar mediante el pago de la *bada-liya* (cantidad con la que durante el periodo otomano se evitaba el reclutamiento), pero los que no la satisfacían eran considerados desertores y se veían constreñidos a vivir en la clandestinidad.

Los musulmanes fueron víctimas de otra de las cruzadas personales de Jamal. El comandante mostró una creciente paranoia respecto a las asociaciones secretas sirias y al nacionalismo árabe. A los notables que eran sospechosos —con o sin motivo— de estar vinculados a estos grupos se los ejecutaba bajo la acusación de traición. Por alguna razón, probablemente en parte porque su mujer era judía, Jamal podía ser más benevolente con los asentamientos sionistas que frente a la elite urbana de religión musulmana.

Con esto no se pretende sugerir que la postura turca respecto a la guerra fuese considerada inaceptable. En concreto hubo una medida de la política turca que se acogió muy calurosamente: la abolición de las capitulaciones europeas. Se trataba fundamentalmente de las concesiones comerciales y los privilegios jurídicos otorgados a los ciudadanos de los países europeos y a los cristianos y judíos palestinos durante los últimos días del régimen otomano. La expansión de este estatus había socavado el carácter musulmán del país y la situación de la población islámica que residía en él. Hasta los líderes sionistas, como Yizhak Ben-

³¹ McCarthy (1988), p. 5.

Zvi (que sería el segundo presidente del Estado de Israel), se manifestaron en contra de las capitulaciones. Sin embargo, la mayor parte de los sionistas, como el líder del partido probritánico clandestino y fundador de la agronomía sionista, Aharon Ahronson, vieron la abolición como una medida negativa que «permite que todo limpiabotas árabe se sienta como un igual...»³².

En cierto sentido, Jamal Pasha estaba persiguiendo al grupo equivocado. Retrospectivamente, las actividades antiturcas de Ahronson en Palestina fueron probablemente más dañinas para el esfuerzo bélico turco que las de los palestinos. Al principio Ahronson ofreció sus servicios a los turcos, poniendo así de relieve el deseo de los colonos de estar del lado del vencedor. Cuando los rechazaron, se dirigió a los británicos, mucho más receptivos a la hora de atender su propuesta de colaboración en el terreno del espionaje, lo que aun vinculó más al sionismo con los británicos. Para los sionistas era un momento perfecto, como lo sería durante todo el Mandato británico. Además, la experiencia en el ámbito de los servicios de inteligencia y en la vida militar benefició a los sionistas de modo adicional al ayudarles a conformar la fuerza militar de la comunidad judía en Palestina. Esta infraestructura en embrión crecería durante los años veinte hasta convertirse en una organización de defensa impresionante, lo que finalmente permitiría a la comunidad mantenerse en pie por sí misma, independientemente de los británicos³³.

Entre la población había naturalmente una mayoría silenciosa que no estaba implicada en la guerra. Al principio parecía que los turcos saldrían victoriosos, lo que aconsejaba una actitud pasiva e intentar sobrevivir a la dictadura de Jamal Pasha. En abril de 1915 toda Palestina celebró la victoria de Galípoli. Pero le siguieron sucesos más tristes. Los caminos estaban llenos de *tabur amliyeh*, batallones de trabajadores forzados a los que enviaban al sur para trabajar en condiciones inhumanas al servicio del ejército turco. Pavimentaron las carreteras y talaron los bosques hasta que, a fines de 1915, Palestina era un páramo. La madera se empleaba en las líneas de ferrocarril que iban al sur, donde Jamal quería transferir al grueso de su ejército para invadir Egipto a través de la península del Sinaí. No se libró nada; los robles, cedros y olivos desapa-

³² BEN ZVI (1936), pp. 156-161 (en hebreo).

³³ SLUZKI (1954), vol. I, pp. 324-344 (en hebreo).

recieron, por no mencionar toda la variedad de especies que ofrecían los bosques. Fue un acto de aniquilación que arruinó el sustento de muchos palestinos. Con todo, la destrucción sirvió de poco. Las fuerzas de Jamal fueron derrotadas y fue la Fuerza Expedicionaria Británica, que venía de Egipto al mando del general Allenby, la que utilizó las líneas ferroviarias dos años después. Sin embargo, habría que mencionar en defensa de Jamal Pasha los numerosos gestos humanitarios de este errático general. Cuando la plaga de la langosta acabó con la cosecha de trigo, Pasha creó una compañía de comestibles con fundamento comercial y destinada a luchar contra la especulación para proteger a la población. Con todo, la hambruna tuvo una magnitud sin precedentes en la historia de Palestina, y en 1917 había diezariado sobre todo a la población de las ciudades. Durante este mismo año murieron de hambre 300 personas al mes sólo en Jerusalén.

Por fin acabó la guerra y con ella las privaciones, las ejecuciones y las matanzas. El conflicto había dilatado aunque también puso término al lento proceso de cambio que comenzó Palestina en el siglo XIX, sobre todo entre 1908 y 1918. El cambio se había iniciado en los albores de la revolución, al ser reemplazado el Imperio otomano por un Estado secular, y con el desplazamiento del centro de la actividad sionista de Europa a Palestina. Culminó con la Primera Guerra Mundial, la «Gran Guerra», y la ocupación británica. Su posterior evolución dio lugar a la política británica de apoyo al movimiento sionista, en la que Gran Bretaña compartía la visión de Palestina como hogar del pueblo judío.

El futuro político de Palestina se decidió sin que la población local participase en los debates. Las intensas negociaciones coloniales sobre la estructura del país y su desarrollo se orientaron en tres direcciones. La primera fue la conexión hachemita. La política turca antiárabe y antiislámica generó reacciones antiturcas por parte de las personalidades religiosas del mundo árabe, como en el caso de Sharif Hussein de La Meca, guardián de La Meca y Medina, las dos ciudades sagradas del islam en el Hedjaz, y por parte de varios miembros de asociaciones secretas árabes.

Como descendientes del profeta Mahoma, los hachemitas formaban parte de los notables. La familia estaba muy ligada a Abdul Hamid, pero estos vínculos perdieron importancia al llegar los Jóvenes Turcos al poder. Los Jóvenes Turcos dejaron claro desde el principio que querían controlar La Meca y Medina directamente, y en 1908 amenazaron con

deponer a Sharif Hussein. Sharif envió a su segundo hijo, Abdullah, a El Cairo a pedir ayuda a los británicos contra los turcos. Su respuesta fue inicialmente negativa y rechazaron suministrarles armas para una potencial revuelta contra Estambul. Pero diez meses después, cuando Inglaterra declaró la guerra a Turquía, le ofrecieron una alianza a Sharif. A cambio de cualquier ayuda a Inglaterra, la «nación árabe», representada por Sharif, sería protegida por las fuerzas británicas contra los turcos y respaldarían, en principio, el derecho hachemita a gobernar La Meca. En la correspondencia posterior entre Hussein y Henry McMahon, el alto comisionado británico en Egipto, que tuvo lugar a finales de 1915 y principios de 1916, el británico describió vagamente las áreas de Oriente Medio que, tras la guerra, se convertirían en independientes bajo su gobierno familiar¹⁴.

Sin embargo, los británicos no habían sido francos con los hachemitas, que difícilmente podían imaginar que éstos tenían otros planes para Oriente Medio. Dichos planes se habían tramado en 1912 con la colaboración de los franceses y eran el segundo eje en torno al que se desarrollaba la política del área. Por entonces Palestina se veía como un espacio amortiguador para proteger el canal de Suez, su ocupación era complementaria a la anexión de la península del Sinaí a Egipto, que Gran Bretaña había logrado en 1906. Palestina estaba sobre el tapete como parte de la hipérbola diplomática que mantenían las potencias europeas y que se enredó en el periodo anterior a la guerra en alianzas y contraalianzas. Esta red de tratados involucraba profundamente a las potencias en los Balcanes, una parte del Imperio otomano que progresivamente, con ayuda de las potencias europeas, especialmente de Rusia, Francia y Gran Bretaña, consiguió la independencia. Frente a este trío, Alemania y el Imperio austro-húngaro siguieron apoyando la presencia otomana en el área, o al menos preferían tenerla bajo su control. Así pues, al aumentar la rivalidad y la hostilidad entre los países germánicos y los aliados (Gran Bretaña, Francia y Rusia), el Imperio otomano optó por ponerse del lado de los primeros. Los otomanos necesitaban la ayuda alemana frente a las tendencias expansionistas del zar. Rusia seguía buscando una salida que le permitiese acceder a aguas cálidas (su océano norte estaba helado durante la mayor parte del año), por cuanto que aspiraba a una posición superior en el

¹⁴ SMITH (2004), pp. 59-64.

continente. Sus planes bélicos incluían la ocupación de Anatolia, corazón del Imperio otomano. Este equilibrio de poder hacía del Oriente Medio árabe-otomano un emplazamiento potencial para una confrontación europea, lo que acabaría sucediendo en la Primera Guerra Mundial.

En 1912, los británicos y los franceses todavía no habían negociado los términos del reparto del botín en caso de ganar la guerra. Concebían distintas configuraciones políticas del Oriente Medio árabe a través del establecimiento de nuevas unidades políticas que reemplazarían a las provincias otomanas. Así Siria, Iraq y Palestina cobrarían vida como entidades políticas, a las que se sumarían posteriormente el Líbano y Transjordania. Cuando finalmente estalló la guerra, Francia y Gran Bretaña intentaron llevar a cabo su plan para hacerse con el control del Oriente Medio árabe. En una reunión en mayo de 1916, sir Mark Sykes, del British Foreign Office, y su homólogo en el Ministerio de Asuntos Exteriores francés, Georges Picot, dividieron el Oriente Medio árabe en dos zonas de influencia y en nuevas entidades políticas.

Con la división, el gobierno británico rompió las promesas hechas a Sharif Hussein. En sus cartas, Hussein hacía constar que quería un gran reino que debía extenderse sobre todas las provincias árabes del Imperio otomano para sí y para sus cuatro hijos, y posiblemente para los representantes del movimiento nacional árabe embrionario. En principio, los británicos aceptaron, aunque advirtieron a Hussein de que en determinadas áreas, que definían vagamente, tendrían que tener en cuenta otros intereses, como los de los franceses y los de las minorías no árabes. Estas consideraciones se convirtieron en los principales criterios del Acuerdo Sykes-Picot.

Bajo la presión de los acontecimientos políticos, Hussein prestó poca atención a estas consideraciones. Más tarde descubriría que el Acuerdo Sykes-Picot le arrebatava una parte considerable del área que a su entender había sido designada como futuro reino hachemita. Bastantes historiadores aceptan que Hussein fue engañado. T. E. Lawrence compartía la humillación de los hachemitas e intentó en vano hasta las últimas fases de la guerra ampliar el área hachemita a costa de la zona de influencia francesa. A Lawrence se debe el intento de entronizar a uno de los hijos de Hussein, Feisal, como rey de la Gran Siria (que incluía, además de Siria, Transjordania, Palestina y Líbano). El Foreign Office británico, que daba prioridad a la alianza franco-británica frente al

acuerdo con las fuerzas árabes locales, frustró la tentativa. De este modo, Gran Bretaña autorizó a las tropas francesas, conforme al Acuerdo Sykes-Picot, a desembarcar en el Líbano en 1918, invadir Siria desde allí, en 1920, expulsar al pequeño ejército de Feisal y poner fin al efímero reino.

Los hachemitas se dieron cuenta de que los habían engañado aun antes de que concluyese la guerra. Los bolcheviques, que pusieron fin al Imperio ruso en noviembre de 1917, publicaron los acuerdos secretos en los que había participado Rusia. Uno de los documentos era el Acuerdo Sykes-Picot, que otorgaba a los rusos, salvo objeción en contra, algunas zonas de Armenia y el norte de Anatolia. Las contradicciones entre el acuerdo y la correspondencia Hussein-McMahon salieron a la luz pública.

Al principio, parecía que estos sucesos no atañían al destino de Palestina, pero con la Declaración Balfour, tercer aspecto de la estrategia colonial frente a Palestina, la relación resultó demasiado obvia. Pasó algún tiempo antes de que los hachemitas y los palestinos se enterasen de la promesa del gobierno británico de construir un hogar nacional judío en Palestina, pero cuando llegó a sus oídos se apresuraron a indagar si suponía una limitación adicional a las promesas hechas a Hussein.

La Declaración Balfour era parte del intento británico para que se revisase una proposición anterior por la que habría de gobernar Palestina conjuntamente con los franceses. En noviembre de 1917, las fuerzas británicas ocupaban ya Palestina; mientras no había un solo soldado francés en la región. Los británicos se hicieron así gobernantes *de facto*, y no tenían intención de compartir el poder con nadie. El Acuerdo Sykes-Picot no se aplicó en Palestina y los británicos se quedaron allí hasta 1948.

Al estallar la guerra, los líderes sionistas habían intentado rápidamente persuadir al gobierno británico de que el establecimiento de una colonia judía en Palestina era un interés primordial para el país ocupante. En Londres, políticos como Herbert Samuel y el Secretario de Asuntos Exteriores, David Balfour, decidieron contribuir personalmente a que el nuevo presidente del movimiento, Chaim Weizmann, llevase a cabo su campaña propagandística. Finalmente consiguieron que se produjese un cambio en la política británica. Su principal éxito fue la creación de un grupo de influencia estable que contaba con

figuras públicas judías y no judías, y en cuyo centro estaba la familia Rothschild. En 1916, el gobierno abrió un periodo de negociaciones oficiales con los dirigentes del movimiento sionista. El 2 de noviembre de 1917, lord Balfour declaró el compromiso británico de contribuir al establecimiento de un hogar nacional judío en Palestina.

¿Qué fue lo que dio lugar a que el gobierno británico apoyase la causa sionista? La documentación contemporánea revela que un factor central en la decisión fue el importante papel que sus ministros atribuyeron a los judíos de Rusia en la formación del nuevo gobierno reformnista ruso. Sin la participación de Rusia eran pocas las esperanzas de cercar a Alemania mediante un anillo de Estados enemigos, estrategia que, según se esperaba, obligaría a Alemania a rendirse. El gobierno británico esperaba que los judíos rusos se convertirían en agentes de la propaganda británica y persuadirían al gobierno zarista a declarar abiertamente su apoyo a los aliados para subyugar a Alemania. Era una evaluación exagerada del papel que desempeñaba la comunidad judía en el Imperio; no hay pruebas que demuestren la influencia judía en la corte zarista de la época. El Foreign Office británico también era consciente de la importancia de los judíos en el movimiento bolchevique, y esperaba que el apoyo al nacionalismo judío creara en dicha organización un ambiente favorable a los británicos. Retrospectivamente, los judíos bolcheviques carecían de perspectivas nacionalistas; ciertamente no eran sionistas. Los británicos depositaron sus esperanzas en lugar equivocado.

Otros factores alentaron los esfuerzos británicos. Tanto sus aliados como sus enemigos insinuaron su interés por ligar al movimiento sionista con sus propios intereses coloniales, acelerando así en Londres el proceso por el que se publicaría la Declaración Balfour. Por otro lado, contribuyó a la orientación prosionista británica una visión poco realista sobre la influencia de los judíos en la política americana. El gobierno británico esperaba impacientemente la ayuda financiera americana para hacer frente al esfuerzo bélico. La ayuda, en forma de préstamos, se pospuso debido a las objeciones de muchos miembros del Congreso. Por último, no deberíamos excluir la posibilidad de que piadosos cristianos como el primer ministro, David Lloyd George, desearan facilitar la vuelta de los judíos para precipitar la segunda venida del Mesías.

En noviembre de 1917, el movimiento sionista se vio recompensado con la Declaración Balfour. El documento prometía una actitud

británica benevolente de cara al establecimiento de un hogar nacional judío en Palestina, siempre que no entrase en colisión con los intereses de la población local. La luna de miel que habían mantenido el nacionalismo árabe y los británicos durante la Gran Guerra no llevó aparejada la soberanía árabe en Palestina, que pasó a formar parte del Imperio británico en Oriente Medio y siguió siendo, como siempre había sido, el hogar de la población indígena de Palestina. Aunque a la población indígena no le interesaban ni el imperialismo británico, ni el colonialismo sionista, ni siquiera el protonacionalismo local, no por ello dejó de ser víctima de los tres fenómenos.

En suma, de las negociaciones sobre el futuro de Palestina nacieron tres documentos: la correspondencia Hussein-McMahon, el Acuerdo Sykes-Picot y la Declaración Balfour. Cada uno de ellos hacía una promesa a la población local. En un lenguaje ambiguo, cada promesa contradecía a las otras dos. La primera ligaba el futuro de Palestina a un reino árabe hachemita dentro del mundo árabe; el segundo proponía situar a Palestina bajo el gobierno colonial anglo-francés; y la última la veía como un futuro Estado judío. El único grupo representado en este juego de alta política fue la comunidad extranjera de Palestina, que ahora consistía en tres grupos distintos: el más importante eran los colonos sionistas; el segundo, los templarios; el tercero, los cónsules europeos y su medio social, que incluía a visitantes a largo plazo procedentes de los países que representaban.

Para el movimiento sionista, la Primera Guerra Mundial fue un punto de involución. La Declaración Balfour y declaraciones similares de los aliados reforzaron la convicción de los líderes del movimiento de que la historia estaba de su parte. Por un momento, durante la guerra, el proyecto parecía haber estado en peligro. Poco después de la derrota de los turcos en El-Arish y de la evacuación de Gaza a principios de 1917, Jamal Pasha ordenó la evacuación de la población de Jafá previendo el desembarco inminente de los británicos. La orden al parecer se impuso fundamentalmente a la población judía, así como a la pequeña comunidad judía de Tel-Aviv. Nueve mil judíos pobres y hambrientos hubieron de abandonar durante dieciocho meses sus hogares y sus trabajos antes de que los nuevos ocupantes de Palestina, los británicos, los autorizasen a volver.

La situación no disuadió a los sionistas, que en cambio concentraron sus energías en la alta política. Para ellos, los pronósticos retóricos y

visionarios no eran menos importantes que su ejecución. En 1918, Leo Mozkin, intelectual, ideólogo y uno de los líderes del movimiento, resumió la posición sionista sobre la cuestión palestina de un modo que aceptaron casi todos sus compañeros de liderazgo. Se basaba en la asunción hecha por un experto alemán de que Palestina podía absorber a seis millones de judíos sin necesidad de expulsar a la población local. El mismo experto declaraba que ello dependía en buena medida del consentimiento de los árabes del lugar para vivir bajo soberanía judía y con una futura mayoría judía. Así pues, la expulsión no se consideraba un capítulo necesario del plan de creación de un hogar judío, salvo que la población local opusiese resistencia al proyecto sionista.

Sin embargo, en Palestina, la realidad sionista sobre el terreno estaba lejos de ser satisfactoria. La comunidad que los historiadores denominan ahora el *yishuv* (la comunidad), término que se emplearía durante el Mandato, había sufrido gravemente la guerra y la opresión turca. Era una comunidad pobre, como consecuencia de la guerra, al borde de la inanición. Tanto los judíos veteranos como los recién llegados habían sobrevivido a duras penas a la privación de alimentos y a la carencia de artículos de primera necesidad. Al final de la guerra su número se había reducido a 60.000.

No era el último acto en el teatro de lo absurdo que se desarrolló al comienzo de la desintegración del Imperio otomano. Dos actores adicionales se hicieron oír. Uno de ellos era Feisal, el hijo de Sharif Hussein, de la familia hachemita, con sede en Damasco y que por ello desafiaba el Acuerdo Sykes-Picot. Aun antes del final de las hostilidades en Oriente Medio, en la primavera de 1918, Hussein y su familia tuvieron que hacer frente a la cruda realidad de las promesas rotas de la era del imperialismo moderno. Los hijos de Hussein y sus tribus se habían unido a las fuerzas británicas, contribuyendo al esfuerzo militar aliado mediante una especie de guerra de guerrillas que seguía a las fuerzas convencionales. No alteraron el equilibrio militar, pero el hecho de que Hussein, que ocupaba uno de los cargos más destacados del mundo musulmán, se pusiese de parte de los británicos fue un gesto importante a la hora de contrarrestar el intento turco para desatar una guerra santa con ayuda de los musulmanes de la India. Al principio Hussein pensó en repartir el botín entre sus hijos. Bagdad y los territorios ligados a ella irían a parar al primogénito, Abdullah; Damasco y sus alrededores corresponderían a Feisal, el segundo. A los otros dos hijos



Figura 2. Familia rural del área de Ramala al final de la era otomana.

se les otorgarían cargos importantes en el reino de Hussein en el Hedjaz. En 1916, esta parte de la península Arábiga se convirtió en un Estado independiente, reconocido por la conferencia de paz celebrada en Versalles, en 1918.

El segundo actor eran los Estados Unidos, en especial el presidente Woodrow Wilson, que en 1914 había estipulado las condiciones por las que América estaría dispuesta a participar en la política mundial, ya se tratase de la paz o de la guerra. Wilson, del partido demócrata, era contrario a los imperios coloniales y prometió a los pueblos oprimidos de estos países el derecho a la autodeterminación. Como veremos, también reclamaba idéntico trato respecto a los pueblos del área dividida entre Gran Bretaña y Francia como sus nuevas posesiones coloniales.

Cuando resonaron los tambores de guerra en Damasco y en El Cairo, la Palestina rural vivía, como lo había hecho durante siglos, en colinas cortadas en terraza y en la falda de las montañas, así como en los nuevos emplazamientos que iban bordeando lentamente la costa.

Las aldeas, como suele suceder aún hoy en día en las islas del Mediterráneo, estaban pintadas de blanco, decoradas con motivos de un azul fuerte que debía proteger a sus moradores contra el mal de ojo, y rodeadas de frutales y buganvillas. En el centro de una aldea típica, la plaza y la mezquita servían como punto de encuentro para el debate y otros modos de interacción pública. El clan seguía siendo el punto de referencia dominante, mucho más que una secta o una religión. Todavía era una sociedad patriarcal y con una actitud igualitaria respecto a la posesión, bastante abusiva respecto a las mujeres y los niños, pero que incluía mecanismos de mejora y cambio. El principal medio de sustento de las aldeas seguía siendo el cultivo de los campos. Era una existencia pobre, pero segura. Los abusos de poder, ya procediesen de los recaudadores de impuestos turcos o de las levadas militares, eran lo bastante inusuales como para permitir que la rutina fuese el rasgo predominante de la vida.

Las ciudades de Palestina también crecían regularmente, permitiendo que varios grupos mejorasen su estatus y su nivel de vida. A las mujeres pertenecientes a las familias ricas les iba mejor que antes, y sus hijos disfrutaban de un nivel de educación razonable. Tanto las ciudades como las aldeas mantenían el mismo nivel de autonomía del que gozaban cuando los otomanos ocuparon el territorio, a principios del siglo XVI. Esta autonomía reforzó la posición dominante de los notables de las grandes ciudades en su propio medio y frente a Estambul. La elite, de diferentes categorías conforme a su genealogía religiosa, su riqueza y su historia, logró abrirse camino entre Estambul, las capitales regionales de Beirut y Damasco, la intrusión de los cónsules extranjeros y las reivindicaciones de la sociedad dentro y fuera de los muros de la ciudad. Había además una Palestina perdida en manos de los jeques rurales y de los líderes de las tribus beduinas que pronto se dio cuenta, ya en el siglo XIX, de que cualquiera que fuese el significado de una Palestina moderna, poco podía ganar con ello. No obstante, quizá de modo sorprendente, tendría algún protagonismo político, por lo menos, como veremos en los siguientes capítulos, en el caso de los jeques.

El Mandato británico: Colonialismo, nacionalismo y cohabitación

LA PALESTINA DE ALLENBY

El nueve de diciembre de 1917, el general Allenby, comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica en Egipto, ocupó Jerusalén y estableció un marco político de carácter temporal para administrar Palestina, el territorio enemigo ocupado. En septiembre de 1918 se invadió discretamente el norte de Palestina y, una vez que la Siria francesa cedió la Galilea septentrional, en 1919, Palestina e Israel, como las conocemos hoy en día, pasaron a formar una única unidad geopolítica y se convirtieron en parte integral del Imperio británico en Oriente Medio.

Allenby se veía a sí mismo como un nuevo cruzado, casi un monarca, que gobernaba su «reino» de modo muy similar al de otras posesiones británicas del área, con ayuda de los arabistas de la British Arab Office de El Cairo. Siguiendo sus consejos, Allenby puso los cimientos de una nueva administración en Palestina. Pocos meses después de su llegada, el pequeño entorno de expertos se vio incrementado por funcionarios de las colonias que habían adquirido experiencia en la India, África o Egipto. Compartían una misma idea respecto a la nueva posesión británica como país árabe.

El general Allenby y los dos gobernadores militares que vinieron a continuación, entre 1918 y 1920, tenían las manos atadas por el compromiso contraído a través de la Declaración Balfour respecto al establecimiento de un hogar nacional judío en lo que para ellos era un país árabe. Aunque es posible que algunos funcionarios más veteranos o más jóvenes de la administración tuviesen sus reservas, su opinión personal no se tuvo en cuenta. Eran funcionarios al servicio de una política formulada en los pasillos del centro de poder de Londres. En la administración británica local había también un grupo de funcionarios que simpatizaban con el sionismo y que contribuyeron a promover su causa. Ya fuesen gobernadores militares o funcionarios colonia-

les, proárabes o projudíos, en cualquiera de los casos, los británicos estaban al servicio de los intereses británicos en Palestina. Esto no sólo se interpretó conforme a los acontecimientos de Oriente Medio, sino que respondía a una estrategia británica global.

La Palestina de Allenby estaba maltrecha, su paisaje lleno de cicatrices a causa de la guerra, especialmente en las zonas costeras. Casi una tercera parte del territorio seguía estando densamente cultivada, otro tercio era espacio urbano y lo demás una mezcla de desierto, pequeñas reservas naturales y lo que en un tiempo, antes de que fuesen devastadas por la maquinaria bélica turca, habían sido florecientes áreas de bosque. Los nuevos gobernantes clasificaron a los 800.000 habitantes conforme a su filiación religiosa: 650.000 musulmanes, 80.000 cristianos y 60.000 judíos, incluyendo a los veteranos del *millet* judío y a los colonos sionistas.

La consecuencia inmediata de la guerra fue la desaparición de la burocracia y la lengua turcas, como si los otomanos jamás hubiesen dominado el territorio. Para los nuevos ocupantes, la elite urbana musulmana ostentaba el liderazgo del país. La población de Palestina había pagado un precio muy elevado por la decisión europea de utilizar su territorio como escenario de guerra. Casi 40.000 musulmanes, más de 10.000 cristianos y más de 10.000 judíos habían muerto a manos de la tiranía, las armas, el hambre y las enfermedades. Las frías estadísticas hablan de «una caída demográfica del 6 por 100»¹.

Como bajo los otomanos, en esta Palestina la mayor parte de la población eran campesinos que vivían en, aproximadamente, unas mil aldeas, donde las casas seguían construyéndose, al igual que en los siglos precedentes, con los materiales de que disponían: piedra de las colinas, barro, arcilla y paja de las llanuras. Había un cierto carácter simbólico en los materiales elegidos para la construcción; las casas de piedra de las colinas resistieron a la ola destructiva de la guerra, mientras las de arcilla de la costa fueron arrasadas. No todo el mundo se dedicaba al cultivo de las tierras en la Palestina rural. Un 15 por 100 de la comunidad vivía indirectamente de la producción agrícola (mercaderes, muleros, intermediarios, etcétera). Todos competían entre sí, y con los colonos sionistas, por el agua. Pocos agricultores utilizaban la irrigación; el 90 por 100 de ellos dependían de la lluvia o, con dis-

¹ McCarthy (1988), p. 26.

tintos grados de eficacia, de los ríos y manantiales, por entonces contaminados. Los que efectivamente recurrían a ella, empleaban técnicas modernas de irrigación, gracias a las cuales cultivaban cítricos o producían vegetales y frutas para su posterior venta².

La capacidad humana para recomenzar la vida una vez que los vientos de la guerra hubieron amainado fue visible por doquier. Durante el Mandato británico se siguieron las mismas pautas que habían determinado la economía rural en el último periodo de dominio otomano. La inyección de capital en el mercado agrícola se intensificó. Ahora se cultivaban en todas partes trigo, sésamo y sorgo, empobreciéndose la variedad y la paleta de colores de los campos.

Las aldeas siguieron siendo para sus habitantes lugares seguros. También gozaban de autonomía porque la intervención británica tardó en ponerse en marcha y se limitó a ciertos aspectos de la vida. En Gran Bretaña había dos escuelas de pensamiento que se ocupaban de definir cuánto y cómo debía gobernar Londres a las colonias: una más generosa, que prevaleció en los primeros años del gobierno británico, y otra más austera, que dominaría la política posterior. La primera estrategia suponía que los británicos permanecerían durante mucho tiempo en Palestina y se cita eufemísticamente en la documentación como el «enfoque del *commonwealth*». Partía de la idea de que era preciso invertir en la creación de infraestructuras locales de modo que la autonomía económica resultase beneficiosa para colonizadores y colonizados.

Sobre el terreno, la alternativa entre inversiones, esto es, intervención y autonomía, no era tan clara. En las primeras fases, el gobierno quería seguir el ejemplo de la India, permitiendo la autonomía de las aldeas conforme a su jerarquía y costumbres tradicionales. Pero una mezcla de influencias adicionales, especialmente por parte de los funcionarios procedentes de Egipto, donde el colonialismo británico se había embarcado mucho más en el desarrollo de infraestructuras, hizo al gobierno del Mandato más intervencionista de lo que éste había pretendido o declarado en un principio.

Pese a la autonomía teórica, a finales de la primera década de gobierno británico había un nivel mayor de intervención colonial. Los británicos intentaron influir en la política agrícola local, en la infraes-

² ASAF (1970), p. 201 (en hebreo).

estructura educativa, los servicios médicos y la orientación política. El objetivo claro era una modernización limitada: mejoras en la vida rural con ayuda de la tradición local existente para evitar el peligroso salto hacia adelante que había dado lugar al nacionalismo antibritánico en Egipto y la India. De modo parecido, se promovió la difusión de colegios de enseñanza primaria, aunque no se consideraba necesario fomentar la secundaria y desde luego no la universitaria. Los funcionarios coloniales permitieron así pues tan sólo un lento proceso de cambio, lo que dio lugar a una economía rural incapaz de enfrentarse a la competencia económica del mercado judío.

Por encima de todo, los funcionarios deseaban que los aldeanos se quedasen en el ámbito rural y esperaban que la agricultura tradicional haría que así fuese. Se estimaba que un gran proceso de urbanización del territorio desataría un peligroso proceso incontrolable. Se dejó a la elite social local intacta, aunque subordinada a los funcionarios británicos, que mediarían entre las aldeas y el gobierno.

La política educativa británica ilustra lo dicho. Bajo supervisión gubernamental, proporcionó un sistema educativo al medio rural. Se hizo especial hincapié en la preparación de los docentes. En Jerusalén abrieron sus puertas dos centros universitarios nuevos para docentes. Se cerró el colegio *sultaniyya* y se transfirió a las dos universidades nuevas el equipamiento alemán, orgullo de Jamal Pasha. También se emprendió la educación femenina y a mayor escala que en época de Isma'íl al-Husseini³. En un año pudieron verse los resultados. Cada aldea y cada ciudad disponían de una escuela elemental, y cada aldea recibía 30 libras siempre que pusiera una suma parecida para la apertura de nuevas escuelas. Sólo en 1919 se inauguraron cincuenta y dos escuelas en la Palestina rural⁴.

Cuando llegó la administración civil, el sistema educativo quedó a cargo de Humphry Bowman, la quintaesencia del educador del periodo colonial. Como en la India y en Egipto, donde había desempeñado anteriormente idéntica función, veía a los palestinos como un pueblo primitivo, iletrado y, sobre todo, demasiado pobre para poder

³ GOBIERNO DE PALESTINA, Departamento de Educación, *Note on Education in Palestine, 1920-1929*, p. 4 (informe en microfilm en la biblioteca de la Universidad de Haifa).

⁴ Tibawi (1956), pp. 24-25.



Figura 3. El colegio universitario femenino de Jerusalén, 1920.

costear su educación. Con todo, su punto de vista transmitía algo más que menosprecio y desdén. Deseaba sinceramente lograr avances y de hecho mejoró el sistema educativo local. En 1920 abrió un colegio universitario adicional para docentes en Ramala y, en 1931, en Tul-Karem, uno agrícola, el Kedourie College (que no se debe confundir con el Colegio Kedourie judío, sobre la ladera del monte Tabor, una especie de escuela preparatoria para la siguiente generación de líderes sionistas, como Yigal Alon y Yitzhak Rabin). La idea de Bowman era difundir la enseñanza primaria, ampliar un poco el sistema de enseñanza superior y ofrecer oportunidades limitadas para una educación más general y no nacionalista. En una palabra, Bowman quería que las

aldeas mantuviesen su estilo de vida y de producción tradicionales, sin incentivos para el cambio o la urbanización, que a sus ojos eran un medio de politización y convertían a una sociedad al nacionalismo⁵.

Cierto tipo de británicos recién llegados fueron muy bien acogidos, los médicos y el personal sanitario. A finales de la Primera Guerra Mundial, Palestina seguía siendo caldo de cultivo de muchas enfermedades, sobre todo debido a la total falta de higiene. Toda historia de Palestina está obligada a mencionar a los muchos médicos europeos que prestaron sus servicios a la población local. Muchos llegaron después de la guerra como parte del cuerpo sanitario del ejército británico e hicieron un gran esfuerzo para mejorar la salud y las medidas de higiene, de modo que Palestina se convirtió en una de las sociedades con mayor nivel sanitario del Mediterráneo oriental⁶.

Los motivos eran menos altruistas de lo que podría parecer a primera vista. Miles de los soldados de Allenby padecían lo que el general llamaba «condiciones poco saludables» y las medidas estaban destinadas sobre todo a salvar vidas británicas⁷. Las peores condiciones sanitarias eran las de los beduinos, pues las tiendas de pelo de cabra y su vestimenta no eran suficiente protección contra la crudeza de la propia naturaleza y carecían de defensa frente a los piojos y los mosquitos. Aun en los sectores más favorecidos de la sociedad, el dinero y la abundancia de alimentos no salvaguardaban a la población de la malaria y la tuberculosis. Si no fuese por un estilo de vida volcado al exterior, las epidemias de viruela, tifus y sarampión habrían sido más frecuentes. Cuando los británicos introdujeron su sistema médico y de salud pública en Palestina, la tasa de mortalidad descendió. Algunos médicos británicos creyeron incluso que la Palestina rural podía enseñarles algo. En sus informes manifestaban su asombro por la facilidad y naturalidad con que tenían lugar los partos. Además, en contra de sus prejuicios, constataron que las hierbas medicinales contribuían a que la recuperación de una herida fuese más rápida, siempre que no el paciente no se viese afectado por una enfermedad grave.

Aunque la colonización implicaba control y explotación, la infraestructura puesta en marcha para lograrlo supuso la introducción de otros

⁵ BOWMAN (1947).

⁶ GURNEY (1920), pp. 1-20.

⁷ PIRIE-GORDON (1919), p. 79.

medios de gran utilidad que contribuyeron a romper el aislamiento de la Palestina rural. Los trenes y los camiones llevaron el telégrafo y el servicio de correos a casi todas partes. Durante el periodo otomano tardío, el correo procedente del extranjero debía ser transportado a Jafa para enviarlo por barco a Europa; ahora se abrieron nuevas oficinas de correos por doquier. Pronto se instaló una red de telefonía pública, se asfaltaron los viejos caminos y las líneas ferroviaria llegaron hasta muchos destinos nuevos⁸.

Con todo, los mayores esfuerzos del gobierno se orientaron hacia la alta política. Tenía un claro objetivo; se trataba de construir un mandato árabe-judío siguiendo el modelo impuesto por los británicos en Egipto e Iraq, con un alto comisionado británico, a cuya autoridad estarían sometidos el ejecutivo y las autoridades legislativas árabe-judías. El desarrollo y el bienestar vendrían a continuación. El asunto más urgente de la agenda política era el conflicto creciente entre los colonos sionistas y la población local, donde los palestinos del ámbito rural se veían más amenazados que la elite urbana. El problema había empezado en 1919, con las primeras incursiones de los funcionarios sionistas encargados de la compra de tierras. Los funcionarios llegaban para inspeccionar las tierras que pertenecían a los notables de las urbes. A continuación, aparecían nuevos asentamientos judíos, sobre todo en la costa, que empleaban técnicas modernas de irrigación, y vallaban y ponían bajo vigilancia las nuevas viviendas.

Sin embargo, para la población rural de Palestina, los gobernantes coloniales estaban en gran parte al alcance de la mano, aunque tuviesen que ver el rostro del lejano soberano británico sólo en las monedas y en los billetes una vez que se impuso la libra anglo-egipcia como tipo de cambio oficial. En 1927 esta moneda fue reemplazada por la libra palestina, del mismo valor respecto a la esterlina pero parecida a la libra egipcia⁹.

En el periodo otomano, los gobernantes también eran accesibles en los días de recaudación de impuestos, pero ahora recaudaban los impuestos los líderes locales de las aldeas, y durante bastante tiempo los británicos mantuvieron intactos los principales impuestos turcos. La mayor carga para los campesinos era el diezmo, que los británicos exigían con el mismo empeño que los turcos.

⁸ BIGER (1994), pp. 118-131.

⁹ Asaf (1970), p. 276.

Cuando Allenby partió para Inglaterra y lo reemplazó un gobierno civil, el periodo de inmovilismo ya había terminado. En 1920, se revitalizó el comercio en las ciudades y con él se erosionó la autonomía de las aldeas. De un modo muy comedido, durante más de quince años, las fuerzas del mercado, o mejor los seres humanos que estaban tras él, invadieron el medio apolítico de las aldeas. Los que se ocupaban de la producción agrícola ya no limitaban las ventas a la ciudad más próxima; ahora exportaban sus productos fuera del mundo que conocían con destino a la creciente población judía de Palestina, que tenía un nivel de consumo sin precedentes. La proporción de productos agrícolas con los que se comerciaba al margen de la economía palestina pasó del 50 por 100 en 1921 al 65 por 100 en 1935¹⁰.

Los nuevos clientes, británicos y judíos, necesitaban, aparte de frutas y vegetales, fuerza de trabajo. Entre 1921 y 1935 se triplicó el número de palestinos que empleaba la economía judía, de 4.000 a 12.000. Estos datos son tanto más impresionantes si se tiene en cuenta que, según las interpretaciones nacionalistas, la decisión sionista de excluir a los trabajadores palestinos se reforzó, formuló y se convirtió en una verdadera ideología precisamente durante aquellos años, cuando se castigaba toda desviación. Sin embargo, pese a los esfuerzos de los líderes sionistas para que se impusiese una política laboral exclusivamente judía, es evidente que los mercados palestino y judío siguieron siendo interdependientes, y la propia gente actuó en contra de las demandas de segregación que hacían las elites políticas de ambos lados.

Ésta es en muchos aspectos la historia no contada del Mandato británico en Palestina. El relato habitual presenta una historia dramática en la que el colonialismo británico se enfrentaba a los nacionalismos locales; un espectáculo de relaciones de intriga y poder que afectaron a la población en su conjunto. Aunque no contradigo esta versión, sugiero que, antes de que el proceso se hubiese completado, los que no formaban parte de las elites locales ni de los líderes, ni la clase gobernante británica, intentaron llevar un estilo de vida diferente.

La mayor parte de los libros sobre el Mandato en Palestina suele comenzar con los primeros días del conflicto que culminó en la primera oleada de violencia en abril de 1920. No obstante, debemos

¹⁰ MEZER y KAPLAN (1990), pp. 165-166 (en hebreo). Véase también MEZER (1998), pp. 26-29.

tener en cuenta el carácter reduccionista de esta versión. En los espacios relativamente autónomos en los que vivía la mayor parte de la población, la religión y la espiritualidad ejercían una influencia mucho más directa en la vida de la población que los funcionarios británicos o el colonialismo sionista. De hecho, algunos de los recién llegados, etnógrafos de corazón o profesión, comentan varios aspectos de la vida de una aldea palestina. Parece que el mundo metafísico aún ocupaba una posición determinante en la vida rural, como continuó ocupándola después del Mandato.

En la Palestina rural, los aldeanos todavía confiaban más en sus santos que en los nuevos gobernantes o en los potenciales líderes nacionales. Las peregrinaciones a los lugares en los que habían sido enterradas personas santas (*maqam*) eran tan frecuentes durante el periodo del Mandato como después, con la salvedad de que, durante el periodo otomano, muchos de estos lugares habían sido visitados conjuntamente por los seguidores de las tres religiones monoteístas. Como solían estar en lugares difíciles, se visitaban colectivamente, montados en burros y mulas que llevaban provisiones para una larga estancia. Casi toda aldea palestina contaba con uno de estos *maqam*, algunas con más de uno. Guerreros heroicos, míticos o reales, de tiempos de la conquista árabe, figuras coránicas y bíblicas, e incluso personas que habían combatido a Mohamed Alí durante la década de 1840, todos formaban parte de esta santa comunidad sepultada en lugares sagrados. Algunas familias notables del medio urbano reivindicaban su parentesco con estos santos y fueron reconocidas como tales, como la familia Dajani, responsable de muchos de los lugares de culto de Jerusalén asociados al rey David. También había santas. Los beduinos del sur de Palestina rendían culto a heroínas como Fátima, la hija de Ahmad Abu Shabib, célebre ya en vida y después de muerto por sus poderes taumatúrgicos. Sin embargo, durante el Mandato, los lugares de culto se politizaron y, como consecuencia, se segregaron.

Vivir en la Palestina de hoy en día implica pertenecer a una unidad geopolítica más cohesionada que nunca. Esto fue consecuencia del esfuerzo colonizador, que corrió de algún modo parejo a la armoniosa fábrica étnica y religiosa que existía sobre el terreno. Suponía una ruptura con el pasado, pues antes Palestina no había tenido una entidad bien definida. En 1918, Palestina estaba más unificada administrativamente que en el periodo otomano, pues la guerra fusionó a

las tres subprovincias en una única entidad administrativa. Mientras se aguardaba la aprobación internacional definitiva del estatus de Palestina, el gobierno británico negoció en 1923 las fronteras definitivas del territorio, creando un espacio mejor definido por el que pudiesen luchar los movimientos nacionales y, entre la población que lo habitaba, un sentimiento más claro de pertenencia. La delimitación definitiva de las fronteras contribuyó a que el movimiento sionista crease el concepto geográficamente coherente de *Eretz Israel*, la tierra de Israel.

LA CONVERSIÓN AL NACIONALISMO DE LAS GRANDES CIUDADES (1918-1920)

La elite urbana siguió de cerca dos capítulos del drama político: la inclusión de la Declaración Balfour en el Mandato y la lucha de los franceses en contra de las reclamaciones de Feisal como rey de la Gran Siria tras su entrada en Damasco a finales de 1918. Mientras la política invadía lentamente la Palestina rural, entraba a raudales en el mundo de la elite urbana palestina. En las ciudades emergía una nueva fuerza: el nacionalismo. Lo difundían los notables de condición religiosa, que pronto se convirtieron en notables nacionalistas.

Como en cualquier otro lugar del mundo, el nacionalismo constituía un lazo poderoso entre gentes que compartían una interpretación del pasado, del presente y una misma visión de futuro. Gentes de condición muy distinta imaginaban y se inventaban a sí mismos y a la realidad que los circundaba de modo similar. Como tales podían constituir un colectivo político. Es difícil saber cuánto había aquí de novedoso. Los que se implicaron en este proceso continuaron manteniendo el estilo de vida previo, como la nobleza otomana, y tenían una noción poco clara de lo que exigía el nacionalismo en términos de solidaridad y compromiso.

La nueva interpretación de la vida como experiencia nacional se formuló en los círculos de los clanes familiares de las principales ciudades de Palestina. Cuando llegaron los británicos, se encontraron con que las familias notables seguían detentando el mismo control que antes sobre la vida social, cultural y religiosa, a lo que había que sumar el poder económico que habían alcanzado durante la Guerra de Crimea. Los británicos conocían los nombres de los líderes locales gracias a los informes enviados por sus cónsules durante el periodo otomano:

estaban todos recogidos como la *a'ayan*, los notables de las urbes de la Palestina del último periodo otomano¹¹. Había, no obstante, una clara diferencia. El fin de la era otomana cerró un capítulo en la vida política de una generación palestina, pero abrió el camino a jóvenes en la veintena, pertenecientes a las familias *a'ayan* de Jerusalén, Jafa, Nablús, Hebrón y Haifa. Dada su educación secular y, hasta cierto punto, europeizada, estaban mucho más preparados para tratar con los nuevos gobernantes. Atraídos por el nacionalismo árabe desde finales del periodo otomano, estos jóvenes se podían apuntar con mucha más facilidad en las filas del nacionalismo. Muy pocos habían materializado su apoyo haciéndose militantes de una de las sociedades árabes secretas de Damasco, Beirut o El Cairo, en parte por miedo, pero sobre todo porque sus mayores deseaban que el mundo otomano siguiese siendo como había sido hasta entonces. Pero ahora ya no había Estado turco y, lo que es más importante, contaban con un Estado genuino, aunque virtual, árabe, en forma de la Gran Siria de Feisal. Cabía entonces jugar con un discurso nacionalista, articularlo y propagarlo. El impacto británico sobre el sistema educativo urbano estuvo en un principio acorde con los sueños de los jóvenes nacionalistas. Los británicos hicieron del árabe la lengua oficial, contribuyendo así al avance de la formulación de una identidad nacional. Permitieron que la secularización sustituyese a la educación religiosa, y la elite nacional apreció su colaboración a la hora de fomentar la fuerza nacional y combatir las afiliaciones sectarias.

La reclamaciones de Feisal respecto a Palestina, como parte integral de un reino árabe independiente, cogieron desprevenidos a los aspirantes a nacionalistas. El país estaba siendo gobernado por los británicos, los sionistas aspiraban a controlarlo y, hasta 1920, lo reclamaban los hachemitas. Con ello no quiero decir que permaneciesen con los brazos cruzados. Compartían la sensación de estar viviendo un momento histórico en el que podía influir cualquiera que entrase en la arena política del nacionalismo árabe en Palestina. Los más despiertos se dieron cuenta del poder que tenía la palabra impresa y, aunque desempeñaba un papel secundario en la política del país, lograron utilizarla creando periódicos que difundían su visión de futuro entre sus pares¹².

¹¹ PORATH (1974). El primer volumen ofrece crónicas de este grupo de políticos.

¹² Khalidi (1997), pp. 94-126.

Los nuevos activistas utilizaron la prensa, primero en Jafá y Haifa, luego en Jerusalén, para movilizar a las multitudes con motivo del primer aniversario de la Declaración Balfour. La movilización venía determinada por el hecho de que en este primer momento casi todos los periodistas eran cristianos que promovían el nacionalismo como un movimiento casi religioso. Los debates en la prensa acabaron convirtiéndose en acción política real cuando jóvenes entusiastas palestinos de las familias notables crearon en 1918 la Asociación Cristiano-Musulmana, el primer partido político de Palestina. La Asociación abrió filiales en todo el país intentando organizar una demostración nacional de poder contra el sionismo y a favor de Feisal.

Este primer aniversario se declaró día nacional de protesta y obtuvo un fuerte apoyo, incluso de los miembros relativamente marginales de las familias dirigentes. El éxito arrastró a un número mayor de notables musulmanes a sumarse entusiasmados al movimiento. Pese a que durante los años en los que se decidía el futuro político de Palestina las elites eran capaces de movilizar a cientos, a veces incluso a miles de personas en las protestas, carecían de la voluntad para organizar una base más consistente sobre la que erigir la infraestructura de un futuro Estado. Mientras tanto, el sionismo pasaba de las pequeñas comunidades familiares a convertirse en una estructura moderna, anónima e impersonal. En vez de confiárselas al Mandato, los políticos palestinos dejaron las riendas de la política en manos de Feisal.

A los británicos les tocaría ahora jugar un extraño papel para completar el proceso de transformar a los miembros de la *a'ayan* en líderes nacionalistas. El principal problema de los gobernantes británicos era que la comunidad a la que denominaban «los musulmanes de Palestina» disponía de una elite, pero carecía de liderazgo y no digamos de líder. Los británicos intentaron imponer a la mayoría musulmana de Palestina el concepto otomano de *millet*, una comunidad representada por una jerarquía religiosa. Sus expertos en el islam reinventaron al muftí, que ostentaba el más alto rango en la jerarquía social musulmana. El muftí era un clérigo musulmán que emitía sus veredictos teniendo como fundamento sus conocimientos religiosos y de las escrituras. Sus veredictos se aplicaban tanto a aspectos de la vida religiosa como de la mundana, y afectaban tanto al comportamiento individual como al colectivo. La eficacia de este papel central había impresionado a los británicos en Egipto, donde el muftí era la máxima

autoridad religiosa del país antes de que el movimiento secular nacional se hiciese con el poder. Paradójicamente, Palestina sería la única posesión británica de Oriente Medio regida por un muftí que acabaría por ser enemigo de la presencia británica en la región.

Palestina tenía muchos muftíes. Había uno por cada ciudad principal y por cada escuela islámica. La escuela hanafi, que había contado con el apoyo de los otomanos, era la dominante. Por ello los británicos nombraron al muftí hanafi de Jerusalén muftí de Palestina y líder de la mayoría musulmana. Kamil al-Husseini descendía de una de las familias dirigentes de la ciudad, sus antepasados habían ocupado este cargo, con contadas interrupciones, desde 1700. Al-Husseini era anglófilo y, al menos hasta la primavera de 1920, parecía no sentir interés por la política, lo que venía bien a Gran Bretaña. Pero otros miembros de la familia, en particular su hermano menor, Haj Amin, habían aprobado la creación de la Gran Siria y veneraban a Feisal como futuro rey de Palestina. La generación más joven, como sus homólogos entre los cristianos de los principales centros urbanos, constituía el núcleo de los cuadros de la futura política palestina¹³.

EL FIN DE LA «SIRIA DEL SUR»

Durante el proceso por el que se trataba de nombrar al líder adecuado, se pidió la opinión de la elite local respecto al futuro de Palestina. La solicitud procedía del presidente de los Estados Unidos, por entonces un actor de menor importancia en la política de Oriente Medio. El presidente Woodrow Wilson envió una comisión de encuesta a la que se notificó que los palestinos querían ser parte de la Gran Siria, se oponían vehementemente a la Declaración Balfour y, si tenían que estar bajo tutela extranjera, preferían que fuese americana. No tuvo consecuencia alguna, pues Wilson estaba perdiendo fuerza en la política interna y los Estados Unidos se estaban retrayendo hacia el aislamiento.

La iniciativa americana sirvió como catalizador de tres grupos nacionales. Diferían poco en sus respuestas a los americanos, pero lo suficiente como para estar divididos. La Asociación Cristiano-Musulmana amplió el número de filiales, mientras dos nuevos clubes nacio-

¹³ Véase PÁPPE (1991).

nales con puntos de vista opuestos revitalizaban la escena política. Eran al-Nadí al-Arabi y al-Muntada al-Adabi, un club árabe y uno literario, respectivamente. El primero estaba dominado por la familia Husseini; el otro por sus opositores, los Nashashibis, que crearon, con ayuda británica como parte de la política de divide y vencerás, un grupo oficial de oposición, al-Mu'arada. No obstante, la tensión era menos evidente pues los hijos de ambas familias, como en el caso de otros notables e intelectuales, eran miembros de más de una, a veces hasta tres, organizaciones.

En suma, cuando los norteamericanos llevaron a cabo su encuesta para conocer la voluntad del pueblo, tan sólo unas pocas docenas de notables de las urbes e intelectuales participaban del movimiento nacionalista palestino. No se trata de una ironía. No hay forma de saber si los estadounidenses llegaron a conocer realmente cuál era la voluntad popular; pero era la política de la élite llevada a la práctica, y por ello se limitaba a los intereses de los grupos que la conformaban.

La retirada de los americanos dejó solo al rey Feisal de la Gran Siria en su lucha contra el colonialismo europeo. Gran Bretaña y Francia acordaron después de largas negociaciones que los segundos estaban en su derecho al expulsar al príncipe hachemita de Siria, lo que llevaron a cabo en el verano de 1920. A cambio nadie podía desafiar el dominio británico en su nueva posesión de Oriente Medio, que proporcionaba beneficios económicos a la madre patria y servía a los intereses imperiales, como en el caso de Palestina en la ruta hacia la India y como acceso a los campos petrolíferos de Arabia.

Los notables nacionales de Palestina hicieron un último esfuerzo para salvar la Gran Siria convocando manifestaciones masivas, organizando producciones teatrales y sirviéndose de los periódicos para mostrar cuan extendido estaba en Palestina el apoyo a Feisal. Los más vociferantes eran dos jóvenes entusiastas, Arif al-Arif y Amin al-Husseini. Arif al-Arif era uno de los docentes más prestigiosos de Jerusalén y acabaría por ser uno de los principales historiadores de Palestina. Amin al-Husseini era hermano del muftí. En el crepúsculo de la Gran Siria, ambos publicaron un periódico denominado *Siria del Sur*, el nombre que había de adoptar Palestina en el futuro reino de Feisal. Los Nashashibis y sus aliados no habían sido reclutados para las filas de Feisal y, en un periódico llamado *Filastin*, fundado en 1909 por un cristiano ortodoxo de Jafa, reivindicaban una Palestina independiente.

En cambio, el sionismo era universalmente condenado como pernicioso y peligroso. Los notables designaron la festividad cristiana de pascua y la musulmana de Nabi Musa, ambas próximas a la pascua judía, como el momento adecuado para poner de manifiesto la cólera popular que despertaba la decisión del gobierno británico de reconocer las reivindicaciones sionistas respecto a Palestina. En abril de 1920 se produjo un enfrentamiento entre un grupo de gente reunida con motivo de la Nabi Musa y la organización sionista más agresiva, Beitar, cuyos miembros desfilaron provocativamente durante la festividad por las calles de la Jerusalén árabe, y en un día de violencia hubo víctimas en ambos bandos. Pese al número relativamente reducido de bajas, el gobierno británico pareció tomar en serio el incidente hasta el punto de procesar a al-Husseini y a Vladimir Jabotinsky, a los que acusó de ser los instigadores. Al-Husseini escapó a Transjordania, pero cuando volvió, obtuvo el perdón de Herbert Samuel, que quería así equilibrar una política por lo demás favorable al sionismo.

En su informe, la comisión de investigación Palin llegó a una conclusión que ya era evidente: que había un creciente malestar entre la élite palestina por la política pro sionista y antifaisal. Para evitar más incidentes, se recomendó revisar la política británica y reconsiderar la Declaración Balfour.

En abril de 1920 había pocos motivos para que los notables nacionalistas palestinos continuaran luchando a favor de Feisal. Desde el comienzo de su reinado en Damasco, Feisal había buscado apoyos desesperadamente, aun a expensas de la causa palestina. Desesperado, se dirigió al movimiento sionista. En enero de 1919 se entrevistó con Chaim Weizmann y firmaron un acuerdo. A cambio de su reconocimiento para establecer un hogar judío en Palestina, el movimiento sionista persuadiría a Gran Bretaña para que respetase la promesa hecha a los hachemitas. Sin embargo, los sionistas no pudieron mantener su compromiso y Feisal no podía permitirse durante mucho tiempo el lujo de aparecer como antipalestino. El acuerdo se convirtió en un documento histórico carente de todo significado político. En el verano de 1920, el futuro de Feisal en Siria estaba sentenciado. En julio, las tropas francesas encontraron a su llegada un pequeño ejército improvisado de seguidores de Feisal en la meseta de Maysalun, en la frontera actual entre Siria y Líbano. Los franceses obtuvieron una victoria fácil y Feisal huyó, encontrando asilo en Haifa hasta que los británicos lo compensaron con el trono de Iraq.

Palestina también experimentó cambios. En 1920, los británicos sustituyeron al gobierno militar por una administración civil. Enviaron a un alto comisionado en vez de a un gobernador militar, y esperaron hasta 1922, cuando la Liga de Naciones confirmó su mandato sobre Palestina. Entonces otorgaron a Palestina una carta, una suerte de constitución, que articulaba las aspiraciones y los planes británicos respecto al territorio y a su población.

Con Abdullah de Transjordania a salvo en el trono de Amman (por entonces una aldea circasiana de unos cinco mil habitantes aproximadamente), Damasco bajo control de los franceses y los norteamericanos fuera de juego, nada podía detener a los británicos a la hora de llevar a cabo sus aspiraciones coloniales en Palestina. El movimiento sionista logró una victoria en forma de un Mandato británico comprometido con la Declaración Balfour. Con todo, no se logró sin esfuerzo. La campaña sionista para convertir la vaga promesa de 1917 en un hecho consumado comenzó en abril de 1920, cuando se iniciaron las conversaciones de San Remo, en Italia, que iban a definir el mapa final de Oriente Medio. Desde entonces hasta la conclusión de las deliberaciones, la diplomacia sionista alcanzó su cenit. Reclutó a lord Balfour para que encabezase el comité anglosionista que debía actuar como un grupo de presión para que la declaración de 1917 se pusiese en práctica. Con este apoyo era posible convencer a los norteamericanos para que no se opusiesen a la inclusión de la Declaración Balfour en la carta del Mandato de Palestina. En septiembre de 1922 se incorporó una cláusula a la carta por la que Transjordania quedaba desgajada de Palestina y se definían los límites del Mandato desde el río Jordán hasta el mar Mediterráneo. La revisión de la carta creó el primer cisma ideológico importante en el movimiento sionista. Las organizaciones de la derecha, lideradas por Jabotinsky, abandonaron el movimiento en protesta por la renuncia de los líderes a Transjordania, que concebían como una parte vital del hogar judío.

La inclusión de la Declaración Balfour creó una contradicción fundamental en la carta, pues se expresaba en un lenguaje ambivalente que permitía a los británicos maniobrar entre la promesa del hogar judío y el compromiso de independencia palestina.

En la práctica, las elites políticas de ambos lados intentaban imponer su interpretación de la carta a los demás. El mayor impulso de esta diplomacia palestina en estado embrionario se orientaba hacia la rene-

gociación con el gobierno británico del estatus excepcional garantizado a Palestina en comparación con otras provincias árabes que se convirtieron en Estados después de la guerra. Sin embargo, tuvieron que contentarse con una existencia autónoma dentro del Mandato británico y un futuro Estado judío. Frente a este trasfondo anómalo podemos entender mejor la falta de disposición de los líderes palestinos para llegar durante los primeros años del Mandato a un compromiso. Representaban al 90 por 100 de los habitantes y fueron tratados como si fuesen el 50 por 100. Si el Mandato hubiese impulsado la celebración de elecciones democráticas al gobierno y al parlamento, como en Egipto e Iraq, el carácter árabe-palestino del país jamás habría sido puesto en duda.

El generoso término de «liderazgo palestino» debería emplearse con cautela al referirse a los primeros años de gobierno británico. Algún tiempo antes, con ayuda británica, apareció un liderazgo dotado de mayor cohesión. La creación de la élite nacional se centró en la figura de un hombre, Amin al-Husseini. Su ascenso al poder se vio respaldado, entre otras cosas, por los cambios que se produjeron en Palestina al otorgarle los británicos en 1920 un gobierno civil, lo que dio paso a un nuevo capítulo de la historia del país.

PRIMEROS AÑOS DEL MANDATO (1920-1929)

El primer alto comisionado, sir Herbert Samuel, había otorgado el perdón a Amin al-Husseini en julio de 1920 como parte del evidente intento británico por equilibrar su política prisionista. Samuel había desembarcado un mes antes, sin ceremonias, en Tierra Santa. Para evitar manifestaciones antibritánicas, desembarcó en un pequeño bote en Jafa, y se dirigió apresuradamente a la residencia del gobernador en Jerusalén.

En marzo de 1921, unos meses después de que al-Husseini volviese a su patria, falleció su hermano, el muftí Kamil al-Husseini, convirtiéndose Amin en el candidato de los Husseini para reemplazarlo. Su pertenencia a una familia influyente, así como una astuta campaña de peticiones, intrigas y la intervención a su favor de funcionarios británicos en el país, sentaron las bases para su llegada al poder. Pese a ser sólo el cuarto en las elecciones llevadas a cabo entre los mandatarios religiosos musulmanes del país fue nombrado muftí.

Samuel colocó a al-Husseini en el centro de la política palestina, pero las intervenciones del alto comisionado estaban lejos de satisfacer a la elite local. Tratándose de un gobernante pro sionista en más de un sentido, permitió al movimiento sionista llevar a cabo un examen sistemático del territorio, base de su futura expansión durante los años del Mandato. Facilitó a una proporción mayor de judíos que de árabes (el número de judíos igualaba al de los cristianos) el acceso a los cargos en el nuevo gobierno civil. Sin embargo, Samuel parece haber mantenido buenas relaciones con al-Husseini y le prestó su apoyo para que encabezase el nuevo órgano de dignatarios religiosos musulmanes, el Supremo Consejo Musulmán, creado en 1922 para supervisar y controlar a los tribunales religiosos, los legados y las obras de caridad. El Consejo era una poderosa plataforma económica y política que dio a al-Husseini no sólo autoridad religiosa, sino también el liderazgo de todos los organismos nacionales que nacían al amparo del fervor antisionista.

Junto con al-Husseini, ocupaban el vértice de la pirámide política miembros de su familia y representantes de otras familias de Jerusalén, como los Nashashibis y los Khalidis, así como los notables de otras ciudades. Sin embargo, mantenían sus antiguas disputas y comenzaron a crearse facciones. Los que apoyaban al muftí y al Consejo crearon la Majlisiyyun (la coalición), y los que se le oponían al-Mu'arada (los opositores). Esta división simplista se hizo más compleja en la década de 1930, con la aparición de partidos ideológicos que apoyaban el panarabismo, como al-Istiqlal (Independencia), el islam político (Juventud Musulmana) y otras tendencias características del mundo árabe contemporáneo. Pero el mayor punto de discordia de la política del momento se centraba en la alternativa coalición u oposición, pues, cuando estaba en juego, como solía suceder, debilitaba el movimiento en su conjunto.

Ambas tendencias deseaban liberar a Palestina de la presencia sionista y, para conseguirlo, estaban dispuestas a tolerar el control británico. En cambio diferían en cuanto a táctica y confianza en sí mismas. Los Husseini esperaban que el panarabismo les ayudaría a evitar cualquier arreglo con los líderes sionistas, mientras que los Nashashibis confiaban en que Abdullah de Transjordania contribuiría a contrarrestar el poder judío y a influir en la política británica en favor de Palestina. Cuando lo creyeron necesario, no dudaron en apoyar la pragmática postura de Abdullah, que a principios de la década de 1920 se

declaró dispuesto a repartirse Palestina de modo que una parte quedaría bajo su control y la otra se convertiría en una pequeña entidad sionista bajo el paraguas británico. Y esto cuando no albergaba proyectos mucho más grandiosos, como en 1940, cuando pensó en convertirse en el gobernante de la Gran Siria¹⁴.

Los notables implicados parecían ser en su totalidad probritánicos o, al menos, contrarios a la política prosionista de Gran Bretaña sin que necesariamente se opusiesen a la idea del Mandato. El muftí, en particular, adoptó una postura probritánica, a menudo criticada en la prensa cercana a los círculos de la oposición. Su postura ilustraba las ideas del gobierno del Mandato respecto al futuro de Palestina. Los británicos deseaban que contase con un gobierno local respaldado por un gabinete en la sombra de funcionarios británicos y supervisado por el alto comisionado británico. La estructura del Mandato era la fachada de un Estado independiente que de hecho era una colonia, con una excepción en el caso de Palestina: el gobierno local debía tener como fundamento el principio de paridad. Al principio, entre 1923 y 1928, los palestinos rechazaron la paridad. Los líderes sionistas, utilizando un eficaz servicio de inteligencia, aceptaron el principio de paridad, aunque estaba lejos de responder a su sueño de la creación de un Estado judío en Palestina. Prestaron su consentimiento mientras estuvieron seguros de que los palestinos lo rechazarían. La postura de los sionistas cambió en 1928, cuando los líderes palestinos más pragmáticos aceptaron el principio de paridad en uno de esos raros momentos en que el deseo de consenso hizo que se superasen las diferencias religiosas y de clan. Los líderes palestinos temían que sin la paridad los sionistas lograrían el control del sistema político. El inesperado acuerdo palestino sembró temporalmente la confusión entre los líderes sionistas. Cuando se recobraron, comunicaron su negativa a los británicos, pero simultáneamente ofrecieron una solución alternativa: la partición de Palestina en dos unidades políticas.

Los notables nacionalistas se enfrentaron así pues al primer desafío grave. Era preciso mantener cautela ante el cambio de rumbo político de los sionistas, prestar atención al creciente descontento de su propia comunidad y contemplar con impotencia como el número creciente de nuevos inmigrantes judíos hacía que el sionismo pasase de ser una anéc-

¹⁴ Respecto a las desavenencias en el seno de las familias, véase KHALAF (1991).

dota a constituir un capítulo amenazante en la historia de la región. Pese a que todavía eran reconocidos como líderes, los notables palestinos no lograron extender su área de influencia más allá de sus ciudades de origen. Uno de estos intentos consistió en atraer a los caciques rurales, largo tiempo olvidados, para crear una comunidad de notables que se percibiese como cohesionada a través del apropiado discurso nacionalista. Los caciques seguían la abrupta senda de declive que habían emprendido con las reformas otomanas de la década de 1840; ahora intentaban desempeñar un nuevo papel en la política nacionalista de la Palestina del Mandato. Los notables nacionalistas necesitaban mostrar su habilidad a la hora establecer alianzas duraderas y alistar a un número importante de seguidores. Esto sólo podía lograrse con la ayuda de los caciques rurales. Así encontramos muchos de sus nombres entre los miembros de la oposición y en los órganos que controlaban los Husseini, siendo el más importante el comité ejecutivo de los encuentros anuales de las diferentes organizaciones políticas palestinas (órgano que fue reemplazado por un ejecutivo con carácter más estable en 1936, el Alto Comité Árabe. Estas maniobras poco hicieron para forjar un amplio liderazgo. En cambio permitieron el enfrentamiento de varias facciones, no sólo en las salas de conferencias, sino sobre el terreno. El clan frente a los ideales y el jefe en vez del país eran las principales preocupaciones de los campesinos reclutados en la vida política de comienzos de la década de 1920.

Al aproximarse el año decisivo de 1929, el panorama político nacionalista seguía siendo muy parecido al de 1918. En contraste, los logros de la comunidad sionista en términos de solidaridad y liderazgo eran mayores. Sus miembros habían pasado con bastante facilidad de la vida comunal en las pequeñas ciudades del este de Europa a participar en una comunidad nacionalizada. Con este propósito, el sionismo utilizaba el colonialismo según su propia versión y la británica, mientras los líderes palestinos necesitaban más tiempo para hacerse cargo del designio dual del colonialismo en el país. Los líderes palestinos, de carácter semifeudal en el campo y autoritarios en las grandes ciudades, eran incapaces de trascender el mezquino mundo de la política de los notables. En una situación en que las elites políticas combatían vehementemente entre sí, esta falta de miras equivalía a la parálisis y el estancamiento.

En contraposición, los líderes sionistas se concentraron en la movilización de su comunidad en pro de un objetivo claro: la creación de

una infraestructura que permitiese erigir un Estado judío en Palestina. Formaban un grupo homogéneo, predominantemente compuesto por judíos de Europa oriental, pero incluyendo también a un número razonable de nativos y judíos de Europa occidental y central. Casi toda la Agencia Judía, al igual que la mayor parte de las instituciones políticas de la comunidad, estaba compuesta por judíos de Europa oriental¹⁵. Los judíos de esta zona, que habían llegado con la segunda oleada inmigratoria sionista y constituyeron el primer estrato de líderes, formaban el núcleo central del que surgiría la elite política de Israel hasta la década de 1970.

El judaísmo del este de Europa estaba también a la cabeza de la creación de una nueva cultura para los colonos. La elite cultural creció en una proporción relevante durante la década de 1920 y formuló el código cultural, los cánones, las aspiraciones y las pretensiones de la comunidad judía de Palestina. La comunidad aspiraba a ser parte integral de la cultura occidental y trató de encontrar la manera de eliminar cualquier rastro de Oriente Medio o cualquier huella árabe en su sociedad.

No obstante, los líderes sionistas eran más impresionantes en el terreno de la política. Su dinamismo dejaba perplejos a los gobernantes británicos y paralizaba a los notables palestinos. Los sionistas tenían un enfoque holístico de su papel que infundía fuerza y determinación en todos los aspectos de su vida comunal, del mismo modo que invadía todo espacio vacío o abandonado de tierra disponible. El movimiento estaba dirigido por un trío: David Ben-Gurion, Eliezer Kaplan y Moshe Sharett, que contaban con el consejo y la orientación de activos ideólogos, como Berl Kazanelson, y había sido promovido por brutales colonizadores, como Menachem Usishqin y Yeshosua Hankin. Su voluntad de tener un control absoluto entró en franca conflagración con la disposición de los líderes palestinos de confiar al gobierno británico la vida social y económica de su comunidad. Su mayor éxito fue sacar a la comunidad sionista del Estado colonial en esferas importantes de la vida, hasta el punto de que incluso sectores judíos no sionistas, como los judíos ultraortodoxos, estaban sometidos a los órganos ejecutivo y legislativo sionistas. Uno de los primeros ejemplos fue el de la educación¹⁶. La unidad educativa sionista, fundada en 1914, era

¹⁵ HOROWITZ y LISSAK (1978), pp. 250-272.

¹⁶ Hace especial hincapié en este logro SHEPHERD (2000).

una herramienta esencial para crear la nueva realidad. Con la ayuda del Mandato, los líderes judíos lograron ya en 1923 una segregación del sistema educativo, y, aunque siguió siendo una educación bilingüe y binacional, era totalmente privada.

El consentimiento británico para que los sionistas tuviesen una educación autónoma es comprensible si tenemos en cuenta que los funcionarios coloniales que se ocupaban de la educación durante el Mandato venían de África y de la India, donde se consideraba que la población local estaba «sin educar» y era «primitiva», por lo que debía ser modernizada mediante la educación. No cabía aplicar estas ideas a una comunidad de europeos. Humphry Bowman, el primer director de educación del Mandato, era un ardiente defensor del deseo sionista de autonomía educativa. En su opinión, el elevado nivel del que disfrutaba su educación moderna y su pasado europeo implicaba que eran lo bastante «maduros» como para gestionar su propio sistema educativo. El alto nivel de autofinanciación también contribuyó a convencer a Bowman de que las cosas debían seguir como estaban. El monto que los judíos conseguían en el exterior para educación igualaba a la cantidad destinada por el gobierno. El gesto más sorprendente por parte del gobierno fue el nombramiento de varios sionistas para que formasen parte del directorio general de educación, responsable sólo de los colegios públicos palestinos, esto es, los del gobierno¹⁷.

En la década de 1930 el sistema estaba plenamente operativo. El parlamento de la comunidad judía, el Vaad Leumi, contaba con un departamento de educación supervisado superficialmente por el gobierno. Tenía algunos colegios privados, pero la mayor parte eran lo que se podría denominar colegios públicos, divididos en tres grandes corrientes ideológicas: la corriente ortodoxa, la de formación profesional en agricultura y la nacional. Casi la mitad de los alumnos estaban en la tercera corriente, mientras el resto estaban divididos a partes iguales entre las otras dos¹⁸. El esfuerzo educativo era especialmente impresionante por la amplitud de su enfoque. La educación preescolar se convirtió en un instrumento importante de adoctrinamiento, en primer lugar para enseñar hebreo, que naturalmente no era la lengua

¹⁷ GOBIERNO DE PALESTINA, *Report of the High Commissioner on the Administration of Palestine, 1920-1925*, 22 de abril, 1925, pp. 13-14; véase también HAYMSON (1950), pp. 47-48.

¹⁸ NARIDI (1945); SEGEV (2000), pp. 317-319.

materna de los niños, y a continuación para inculcar en las mentes y corazones de los veteranos y de los recién llegados por igual la nueva versión de la historia del país. En una época en que la educación no era obligatoria o universal en ninguna parte del mundo, casi todos los niños de la comunidad sionista estaban escolarizados.

Otros ámbitos en los que la comunidad judía logró una semiindependencia fueron los sistemas sanitario y judicial. Los servicios sanitarios se gestionaron primero como un servicio voluntario, a cargo de la organización de las mujeres judías americanas, Hadassa, pero pronto recibieron financiación pública¹⁹. Se crearon tribunales independientes para ocuparse de los asuntos de la comunidad local conforme, entre otras fuentes, a la ley hebraica (bíblica y talmúdica). Se sumaban así a los tribunales religiosos, que como los musulmanes y los cristianos, se ocupaban del matrimonio y otros aspectos de la vida religiosa²⁰.

Los sionistas tardaron mucho tiempo en crear nuevas estructuras en Palestina para afrontar un capítulo crucial, la economía. Avanzada la década de 1930, la población indígena palestina y los recién llegados compartían una economía, un gobierno y un medio social. Esto cambió gradualmente desde 1936 y abruptamente desde 1948.

Los líderes políticos sionistas construyeron una nueva sociedad a través del control del flujo migratorio de los «nuevos judíos», para lo que crearon una organización eficiente y centralizada. El primer paso significativo en esta dirección fue retirar cualquier capacidad de intervención en los asuntos judíos palestinos a las organizaciones sionistas de fuera de Palestina. En 1929, el «gobierno» de la comunidad local, la Agencia Judía de Jerusalén, dirigía la política sionista. El ejecutivo de la Agencia Judía estaba compuesto por sionistas y no sionistas (en su mayoría judíos ortodoxos y representantes de las organizaciones globales no sionistas, pero no opuestas al sionismo). La presidencia era un cargo nominal, y Chaim Weizmann, que acabó por ser el primer presidente de Israel, ocupó el cargo durante la mayor parte del Mandato. La presidencia del ejecutivo correspondió a David Ben-Gurion, futuro primer ministro de Israel. La segunda jefatura la desempeñaba el responsable del departamento político, el departamento de Asuntos Exteriores de la Agencia. De él se encargó Chaim Arlosaroff hasta que fue asesinado por extremistas judíos

¹⁹ COMITÉ ANGLOAMERICANO DE INVESTIGACIÓN (1991), vol. 2, p. 611.

²⁰ R. SHAMIR (2000).

en 1933. Le sucedió Moshe Chertock (que desde 1948 adoptó el nombre de Sharett), primer ministro de Asuntos Exteriores del Estado de Israel. Muchos miembros del ejecutivo ocuparon un cargo ministerial en el primer gobierno, garantizando así una transición sin contratiempos entre la comunidad y la creación de un Estado en 1948; en términos estrictos, era un Estado dentro del Estado que logró reconocimiento oficial en 1948.

Cuatro interpretaciones ideológicas competían por el control y el liderazgo. La más poderosa era el movimiento laborista, seguido por el Hashomer Hazair, de tendencia más socialista, el movimiento nacionalista religioso mizrahi y, finalmente, los revisionistas de la derecha. Hasta 1992 buena parte de la política israelí estuvo teñida por estas cuatro ideologías. Su influencia en los distintos organismos dependió del resultado de las elecciones democráticas, las maquinaciones políticas y las manipulaciones personales.

Los notables nacionalistas y los líderes sionistas tenían algo en común: hacían y escribían su propia historia. Forjaron una versión de la historia del pueblo de Palestina que encajaba con el programa de sus respectivas elites. La influencia de estos dos puntos de vista contradictorios se hizo cada vez más perceptible entre 1882 y la Guerra de 1948, y todavía domina el enfoque historiográfico de las comunidades israelí y palestina. En el ámbito político, cada día traía consigo un nuevo drama que afectaba sobre todo a un pequeño número de personas, pero se traducían a la lengua escrita en forma de calamidades o victorias colectivas.

EL PUNTO DE CONVERGENCIA ENTRE LA POLÍTICA Y LA SOCIEDAD: EL HITO DE 1929

En 1928, los británicos se dieron cuenta de que construir un Estado moderno en Palestina era una tarea imposible dado el permanente conflicto entre las dos elites políticas. Concentraron entonces sus esfuerzos en buscar vías mediante las que gobernar indirectamente mientras intentaban poner freno al creciente enfrentamiento. El intento británico para soslayar la cuestión de la «solución» e inducir a las dos comunidades a centrarse en la construcción conjunta de un protectorado británico fracasó por diversos motivos. Uno de ellos fue el endurecimiento de la política sionista. La postura inflexible de la Agencia Judía estaba directa-

mente relacionada con la posición dominante que acababa de adquirir en los círculos sionistas. Por su parte, los líderes palestinos se encontraron frente a un electorado poco dispuesto a colaborar con los británicos. Mientras las prioridades de los sionistas eran la centralización y la consolidación, los notables palestinos se vieron obligados a prestar más atención a los sectores desfavorecidos de su comunidad. De esta manera descubrieron el potencial explosivo que tenían la privación económica y la desesperación política, que se unían para crear, por lo que a la elite se refería, un movimiento de protesta incontrolable. Amin al-Husseini se vio envuelto en este torbellino, al principio para observarlo, después para sancionarlo y, finalmente, para instigar mayores alborotos y acciones contra los colonos judíos y los asentamientos. Formó su propio movimiento de jóvenes paramilitares, que instigaba a la violencia especialmente en las ciudades densamente pobladas, donde los judíos y los árabes vivían en peligrosa proximidad, como en los viejos barrios de Jerusalén, Safad y Hebrón. A estos jóvenes se les unirían más adelante los habitantes de los suburbios más pobres, creando un clima de inquietud que culminaría en la revuelta general contra el Mandato de 1936.

La política palestina no sólo era resultado de la pobreza, sino también de la religión, especialmente en Jerusalén. La naturaleza religiosa del liderazgo del propio al-Husseini, como máximo dignatario religioso del país, cuya autoridad emanaba de una genealogía hierosolimitana, hizo que muchos palestinos volvieran la mirada hacia la actividad que desplegaban los sionistas en la ciudad. En 1929, cuando algunas acciones esporádicas de violencia en torno a los santos lugares de Jerusalén se convirtieron en días enteros de disturbios, al-Husseini se encontró desprevenido. Había notado el aumento de la tensión en Jerusalén en 1928, cuando se difundió la sospecha de que los judíos querían ampliar el área del Muro de las Lamentaciones en detrimento del lugar más sagrado para el islam en Jerusalén, Haram al-Sharif, el emplazamiento de la mezquita de al-Aqsa. Al-Husseini esperaba ejercer el control mediante la creación, en 1928, de un comité en defensa de Jerusalén que debía contrarrestar los intentos de construir allí el tercer templo.

Paradójicamente, al-Husseini perdió el control debido a que el espectro de los palestinos que confiaban en él era mayor de los que habían confiado en cualquier otro miembro de su familia. Tradicionalmente los *a'ayan* valoraban la ambigüedad y la cautela como los mejores medios para dirigir a su comunidad en tiempo de tribulación.

En 1928 implicaba llamar simultáneamente a la defensa de Jerusalén e impedir cualquier acción directa sobre el terreno. Pero a las masas palestinas les pareció que esta clase de nacionalismo era imposible. Vivían cerca de los santos lugares y veían a un número sin precedentes de judíos rezando, lo que interpretaban como parte de un gran plan para «desislamizar» Palestina. En 1929, un incidente de menor envergadura relativo a la organización de las oraciones en el Muro de las Lamentaciones, el muro occidental del *haram*, hizo estallar la violencia, que pronto se extendió a toda Palestina. En total murieron 300 judíos y un número similar de palestinos.

El desbordamiento de la violencia desde Jerusalén hasta el campo y el resto de las ciudades no respondía a un plan coordinado por parte de los líderes. Comenzó más bien con la acción de palestinos desarraigados que habían perdido su base agrícola por varias razones, que incluían la capitalización de las cosechas y la compra de tierras por parte de los judíos. Estos antiguos campesinos vivían en las zonas marginales de las ciudades, desde donde participaron en lo que era su primera acción política, y además violenta. Sus pésimas condiciones de vida no se debían al sionismo, pero fue fácil vincular la actividad sionista en Jerusalén con la compra de tierras o con la agresiva política segregacionista que reinaba en el mercado de trabajo²¹.

Los líderes judíos habían conseguido concesiones en industrias claves, como los fosfatos y la electricidad. Los palestinos con mayor formación e interesados por la política se dieron cuenta de la importancia de esta intervención. Es fácil entonces comprender cómo se hizo para presentarla ante los sectores más pobres y desafortunados como parte de un gran plan infiel, como una amenaza colonialista ante la que sólo cabía la violencia como respuesta. Retrospectivamente, no era una valoración inexacta²².

El ejército británico tardó en responder a los desórdenes. A excepción de algún estallido limitado de violencia en Jerusalén en 1920 y en Jafa en 1921, la década de 1920 había sido tranquila. En una comunidad heterogénea como la del vasto Imperio británico, sucesos de este tipo parecían inevitables y eran bastante frecuentes. Pero los acontecimientos de 1929 excedieron el nivel de violencia capaz de ser contro-

²¹ AL-BUDAIRI (1980) (en árabe).

²² AL-HUT (1981) (en árabe).

lada y, en 1930, el gobierno británico decidió nombrar una comisión de investigación, la Comisión Shaw. Tras visitar el país, la Comisión señaló el deterioro de las condiciones de vida de los campesinos e informó de la creciente frustración de un número elevado de palestinos con la política prisionista británica. Es preciso interpretar este duro informe en el contexto de la intervención británica en otros lugares de Oriente Medio. Fueron momentos difíciles para el Imperio británico. En Egipto e Iraq se elevaron voces airadas y disidentes y, en vez de contribuir a calmar el descontento, la independencia parcial que los británicos habían ofrecido a ambos países parecía calentar aún más los ánimos. La abolición del Mandato iraquí, en 1930, y el Acta de Independencia de Egipto, en 1922, se limitaron a disfrazar la permanencia del dominio británico en ambos países. Los políticos de Londres querían impedir la aparición de otro movimiento nacional antibritánico. Para ello, la Comisión Shaw recomendó suprimir la Declaración Balfour de la carta que instituía el Mandato e imponer limitaciones a la inmigración judía y a la compra de tierras. El ministro de Asuntos Coloniales de la época, Sidney Webb, lord Passfield, recogió estas recomendaciones en un Libro Blanco.

El informe señalaba que Amin al-Husseini había intentado detener la acción de la multitud, que había interpretado inicialmente como un movimiento de protesta, y que tenía escaso control sobre los acontecimientos que se desarrollaban en cualquier otro lugar de Palestina. La comisión lo exoneró de toda responsabilidad, al parecer acertadamente, pero el caso es que nunca volvió a recuperar totalmente su posición como líder. Su mayor error fue la venta masiva de tierras palestinas para los asentamientos judíos. La venta continuó hasta el fin del Mandato, pero disminuyó algo a mediados de la década de 1930. Este descenso puso temporalmente un parche a las fracturas de la sociedad palestina, pero el camino de la movilización política y la organización era lento, sobre todo en comparación con el dinámico desarrollo de los sionistas.

Los líderes sionistas respondieron a la violencia organizando una fuerza paramilitar, la Haganá («defensa»), y aumentando la expansión judía en el interior y la inmigración a Palestina. Sus líderes lograron persuadir al primer ministro británico, Ramsey MacDonald, para que desestimase el Libro Blanco de 1930. Simultáneamente, hicieron lo que parecía un último esfuerzo para llegar a un entendimiento con algunos líderes árabes en el exterior y unos pocos palestinos respecto a

la reivindicación sionista fundamental de la creación de un Estado limitado en territorio palestino. El intento fue inútil.

El auge del nazismo y el fascismo en Europa empujó a un número mayor de judíos hacia Palestina y endureció más la posición sionista respecto a árabes y británicos: Ben-Gurion señaló en su diario que el asentamiento y, cuando las circunstancias lo permitiesen, el traslado de la población indígena asegurarían la realización del sueño sionista. Con todo, la tarea más urgente de los líderes sionistas era lograr la autonomía económica y política en Palestina.

LA CREACIÓN DEL ENCLAVE SIONISTA (1929-1936)

Hasta 1929, el Mandato era una única unidad económica, el resultado *ad hoc* de la política monetaria del gobierno más que de su ideología. Palestina pertenecía al bloque de la libra esterlina y, sin un banco independiente, las directrices se emitían directamente desde Londres. Esta uniformidad se debía también al objetivo del Mandato, al menos hasta 1929, de fomentar el desarrollo integral de los servicios sociales y las actividades económicas locales. La decisión británica, adoptada en algún momento hacia 1929, de autorizar que el sistema económico unitario se dividiese respondía a razones puramente pragmáticas, como lo había sido la decisión de crear un sistema integrado en 1918. Una de las razones prácticas de este giro político era de orden financiero: el gobierno como recaudador de impuestos obtenía ingresos mucho mayores de la comunidad judía; los judíos pagaban en impuestos el doble que los palestinos²³.

La creación de un enclave judío independiente y el cambio de liderazgo que permitió a Ben-Gurion marginar al moderado Chaim Weizmann hizo que los líderes sionistas se atrincheraran en posturas inflexibles. El resultado fue una separación y una segregación que favorecían a los que formaban parte del enclave y perjudicaban a la población indígena que la circundaba. Al permitir finalmente que la economía del país se bifurcase y contribuir a la creación de un enclave judío privilegiado, los británicos aumentaron las posibilidades de éxito de los sionistas. La comunidad judía, el *yishuv*, se convirtió en una entidad económica independiente; lo que benefició a la comunidad judía, al impedir

²³ Véase OWEN, en Abed (ed.) (1988), pp. 13-35.

la explotación extranjera de los recursos humanos y naturales del país y la especulación de sus recursos financieros o de sus mercados fiscales²⁴.

Los judíos habían conseguido algunas ventajas incluso durante el periodo de la economía integrada, como que se permitiese a los sionistas aplicar una política proteccionista por la que la mano de obra, la industria y la agricultura judías crecieron a costa de la población palestina. Al otorgar estas concesiones a los judíos, los británicos no sólo se estaban desviando de sus prácticas coloniales habituales, sino que violaron los compromisos contraídos en la carta del Mandato; el gobierno británico, como cualquier otra potencia mandataria, se había comprometido a actuar en favor del progreso y el bienestar de la población de Palestina en su totalidad.

Para las autoridades británicas de Palestina, los judíos no eran el típico grupo de «nativos», sino que más bien constituían un movimiento colonial competidor. Sin embargo, a diferencia de otros movimientos similares, el sionismo no se gestó en un único país. Era un movimiento internacional, sin ánimo de lucro y, sobre todo, ideológicamente ligado al nacionalismo. Aspiraba a convertir la «colonia» en un nuevo hogar nacional. Esto significaba que no podía ser tratado con condescendencia, como la población indígena del Imperio, ni podía ser desafiado como si fuese otra potencia colonial. Los funcionarios británicos estaban divididos en su actitud respecto al sionismo. Los que simpatizaban con él contribuyeron en lo que pudieron a la defensa de su causa, mientras que los que se oponían intentaron equilibrar la situación y ayudar a los palestinos, reforzando con ello inconscientemente al sionismo como movimiento nacional.

Para el movimiento sionista el momento era muy propicio. Antes de 1929, sus líderes no perseguían la independencia económica, pues el movimiento carecía de recursos para construir los fundamentos del Estado y dependía del Mandato británico para complementar un presupuesto relativamente pequeño. Después de 1929, los fondos de las inversiones judías procedentes del exterior permitieron prosperar al *yishuv*, un proceso al que contribuyó en gran manera el capital de los judíos de clase media llegados de Europa central.

El principal motivo del ansia independentista de los sionistas era el deseo de controlar en la medida de lo posible la tierra y el mercado de trabajo. El núcleo central de su interés, casi una obsesión, era la tierra.

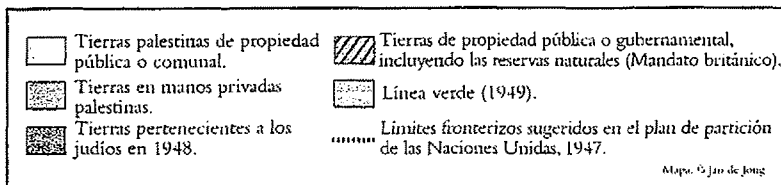
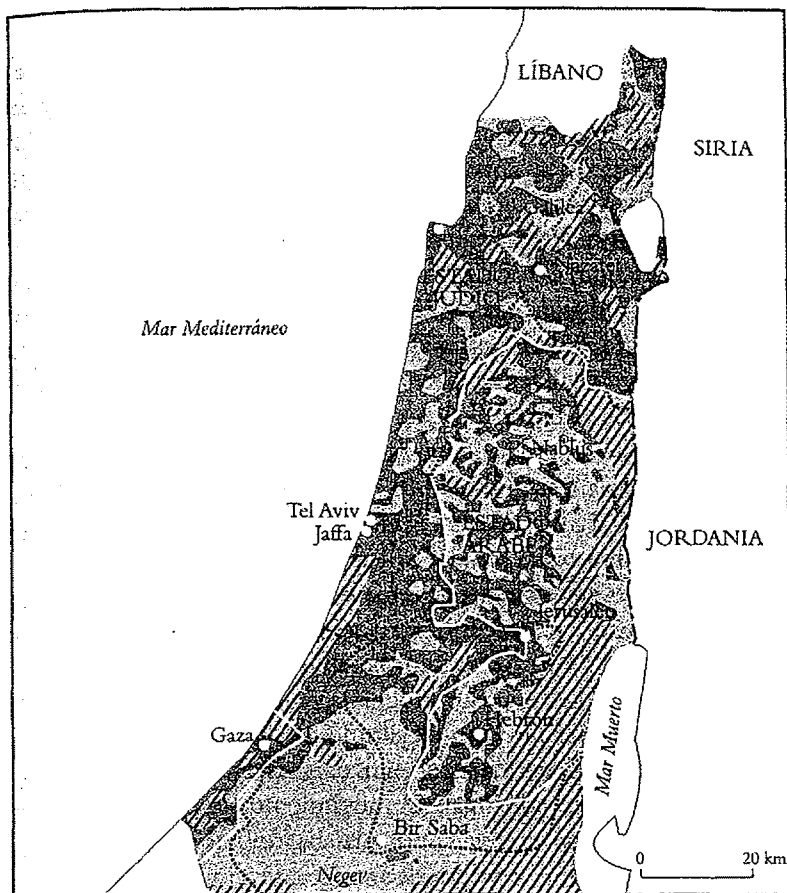
²⁴ B. SMITH (1993).

La constante preocupación por tener «suficientes tierras», que en el Estado de Israel acabó por convertirse en una histeria nacional, estaba presente desde comienzos de la década de 1920. Para Ben-Gurion la tierra lo era todo; era el medio en el que se asentarían los jóvenes judíos y donde serían entrenados como soldados, trabajadores y agricultores. En 1929 llegó a la conclusión de que se debía dar prioridad a la tierra frente a cualquier otro tipo de gasto. A finales de la década de 1930, el 40 por 100 de los gastos totales de la Agencia Judía correspondían a la compra de tierras y a la colonización agrícola, a las que se dedicaba alrededor del 75 por 100 de la totalidad de las inversiones. El proceso de capitalización se centró en arañar todo lo que Palestina pudiera ofrecer. Tal era el caso en especial del mercado inmobiliario, donde las parcelas se convirtieron en activos mercantiles, y el negocio de la construcción, con los puestos de trabajo más accesibles. También se podía hacer dinero con facilidad importando y después manufacturando tecnología moderna para el cultivo y la construcción.

Los líderes del *yishuv*, con ayuda del eslogan «trabajo hebreo», se hicieron con el mercado de trabajo de las heterogéneas ciudades, comprando tierras a los grandes terratenientes, que en buena parte residían en el exterior. La Agencia Judía se aprovechó cuanto pudo de las leyes de la propiedad, en su mayor parte otomanas, para hacerse con tierras que habían sido cultivadas durante siglos por las mismas familias, aunque éstas no tenían la propiedad.

La conciencia de la relación entre dinero y tierra ayudó a los sionistas a centrarse en la construcción de nuevos asentamientos. Entre los líderes había un grupo de colonos que se encargaron de buscar el mejor modo de invertir los recursos financieros y la creciente mano de obra del *yishuv*. Así pues, las consideraciones nacionales se impusieron desde un principio a las puramente económicas: la mano de obra judía era más cara que la árabe, pero más importante desde el punto de vista nacional; los productos importados tenían mayor calidad, pero los locales contribuían al proceso de construcción de la nación.

Una política económica basada en consideraciones nacionales suponía también que el sindicato general de la comunidad sionista, el Histadrut, se preocupase más por ampliar las fronteras políticas de la comunidad que por los derechos de los trabajadores. La ampliación tuvo lugar en la década de 1920, pese a las depresiones económicas de 1923, 1926 y 1928, y a las pésimas condiciones de los inmigrantes. El Histadrut



Mapa 2. Reparto de la propiedad de la tierra en Palestina, 1948.

estaba dominado por el Partido Laborista sionista, el Mapai, y constituía una base de poder adicional por la que Ben-Gurion tenía a la casi totalidad del sistema político judío bajo su control. El Mapai absorbió a la mayor parte de los grupos sionistas socialistas, como Ahdut Ha-Avoda y Ha-Poel Hazair, que habían estado activos en los primeros años del sionismo. Sólo mantuvieron su independencia hasta el final del Mandato los comunistas, los socialistas del núcleo duro, Hashomer Hazair, los liberales y los partidos religiosos. Esta centralización del poder político y económico facilitó la independencia del *yishuv*²⁵.

A los palestinos les faltaba una capacidad de gestión similar. Los notables nacionalistas dirigían la vida agrícola y económica de los arrendatarios en el mejor de los casos de modo específico, pero fueron incapaces de ofrecer un liderazgo económico al conjunto de la sociedad. Este desequilibrio es otro de los motivos que explican la victoria sionista en el enfrentamiento crucial de mayo de 1948, por el que los palestinos perdieron su patria. Las instituciones de beneficencia, las comunas agrícolas (los kibutz), las cooperativas, las empresas constructoras y las grandes fábricas fueron todas resultado de la iniciativa del Mapai. Además disponía de redes culturales (teatros, clubes literarios y libros para niños) y de un sistema educativo. Los historiadores israelíes posteriores afirman que aunque en el Mapai se encomiaba el socialismo, se llevó poco a la práctica como modo de vida o programa político; lo que se estableció plenamente fue el bolchevismo de partido.

La necesidad de permanecer activos y atentos económicamente sirvió a un propósito adicional. El movimiento sionista presentaba la actividad económica intensa como prueba de la capacidad del país para absorber a un gran número de inmigrantes sin que ello supusiese un perjuicio para la comunidad local, una consideración que influyó en los centros de decisión política británicos al menos hasta 1933. Al parecer, los informes oficiales sionistas exageraban el nivel de actividad para convencer a los británicos de los beneficios de la inmigración.

La Agencia Judía tenía, por así decirlo, su propio banco estatal, el Banco Anglo-Palestino, fundado en 1903. Era la principal institución de crédito para la construcción de ciudades y colonias. Otro órgano financiero que desempeñó un papel importante en el proyecto sionista durante todo el Mandato fue el Fondo Nacional Judío gracias a los

²⁵ SHAPIRO (1976).

impuestos y a las donaciones. Al Fondo de la Fundación Palestina se le había encomendado la distribución del dinero procedente del fondo nacional y prestado por el banco nacional. Durante el Mandato, el Fondo gastó alrededor de 20 millones de libras en la expansión de los asentamientos judíos en Palestina. Los británicos habían invertido más de cincuenta y cinco millones de libras en el Mandato, pero parte de esta cantidad se destinaba también a satisfacer las necesidades judías.

Los notables palestinos nacionalistas no intentaron garantizar la independencia económica de sus comunidades hasta después de la Segunda Guerra Mundial, pero por entonces el esfuerzo resultó escaso y en exceso tardío; además, incluso en estas circunstancias la tentativa puso de manifiesto las divisiones entre clanes y no ayudó a la causa nacionalista. Durante la mayor parte del tiempo, los líderes se centraron en la política más que en la economía. La creación de un enclave sionista independiente no les pasó inadvertida y fue una de las causas de la revuelta de 1936. Pero en los desórdenes de 1936, que se prolongaron hasta 1939, tuvo un peso mucho mayor el empobrecimiento de la Palestina rural bajo el régimen colonial. Era una calamidad socioeconómica que primero politizó el campo, revitalizando y dando sentido al nacionalismo palestino, pero después, cuando llegó el momento decisivo del final del Mandato, paralizó a la sociedad.

LA DEPAUPERACIÓN DE LA PALESTINA RURAL (1929-1936)

La Palestina rural estaba devastada por la política colonial. Esta política permitía que actores exógenos explotaran las aldeas hasta el límite. Era una combinación desastrosa de comercialización agrícola, ímpetu sionista por comprar tierras y codicia de los notables, que abandonaron la Palestina rural, donde el 60 por 100 de la población estaba en la ruina. Aun sin el fenómeno del sionismo, el empobrecimiento de las aldeas sólo se habría paliado llevando a cabo una reforma agraria. La interacción económica entre el movimiento sionista y los terratenientes creó la infraestructura necesaria para el despegue sionista, que condujo, exclusiva y únicamente, a la expulsión de la población indígena en 1948. Durante el Mandato, la táctica sionista consistía en comprar tierras a los terratenientes y expulsar a los arrendatarios. El gobierno esperaba poder organizar un traslado masivo de los arrendatarios de

Palestina, preferiblemente dentro del contexto de una solución general de la situación, aunque estaba preparado a corto plazo para afrontar pequeñas expulsiones aquí y allá. Cuando finalmente, en 1948, se produjo el «traslado masivo», afectó a los palestinos de todas las clases sociales. Entretanto, los arrendatarios habían estado perdiendo sus tierras sin compensación alguna y sin disponer de un puesto de trabajo²⁶. Para los sionistas, la vía más sencilla era comprar las tierras de los notables que mantenían menos vínculos con el país, los terratenientes absentistas, propietarios en época del Mandato de más del 20 por 100 de la tierra en manos de particulares²⁷. El mayor terrateniente era Abdul Rahman Pasha, que vivía en Damasco y poseía 200.000 dunams²⁸. Los notables locales más ricos, como los Husseini de Jerusalén, no tenían más de 50.000 dunams.

Aunque fue un factor crucial en la emigración campesina a la ciudad, no fue el único. Otros factores eran la demanda de la creciente población urbana para obtener más cosechas que se pudiesen comercializar, demanda lo suficientemente fuerte como para convertir a los antiguos campesinos en jornaleros que trabajaban la propia tierra en explotaciones orientadas hacia el comercio.

Las quejas contra la cruel situación económica no se dirigieron tanto contra los líderes nacionales o el movimiento sionista, como contra el gobierno colonial. Al fin y al cabo, los que llevaban las riendas eran los británicos aunque gobernasen con «control remoto». Aparte de unos pocos excéntricos, los funcionarios británicos no vivían en el medio rural, sino en enclaves urbanos, donde crearon una suerte de Raj británico, una pequeña Inglaterra con casas, residencias oficiales, clubes deportivos y campamentos militares. Desde allí, los funcionarios del Mandato intentaban aplicar una política de modernización limitada. En la práctica, con ello se ponía de relieve la indiferencia del gobierno respecto a la merma de la autonomía económica campesina. Había pocas esperanzas de mejora, pues el Estado ya no invertía en la infraestructura necesaria.

Como se señaló antes, desde el comienzo del Mandato, los británicos adoptaron respecto al desarrollo de Palestina lo que ellos deno-

²⁶ L. FRENCH (1931).

²⁷ QANU (1983), p. 16, nota 8.

²⁸ Un dunam equivale a 1.000 m². [N. del Ed.]

minaban «el enfoque del *commonwealth*». A pesar de que suponía controlar el país mediante el desarrollo, para ello era preciso diseñar una política de gran alcance destinada a mejorar las condiciones de vida de la Palestina rural. Sin embargo, lo cierto es que esto nunca constituyó una prioridad ni siquiera un objetivo firme de los gobernantes británicos, que, en cambio, parecen haber estado más interesados en la alta política.

Después de la revuelta de 1929, Londres convocó a sus funcionarios con el objetivo de mantener un debate en profundidad sobre las medidas de desarrollo que debían aplicarse en Palestina. Una vez que el desarrollo se concibió por primera vez como una política, pareció ser la solución a los problemas que habían estado en el origen de los desórdenes. Durante un breve periodo de tiempo el desarrollo fue uno de los lemas de Londres. Se lo menciona varias veces en el informe Shaw, de 1930, que requería una nueva política de «desarrollo» para la Palestina rural. El informe sugería intensificar la producción agrícola para salvar, o así lo esperaba, el medio de subsistencia de los habitantes de las aldeas.

Los expertos británicos en agricultura que se enviaron a Palestina estaban desfavorablemente sorprendidos por el modo en que el gobierno había descuidado las áreas rurales. A su vuelta, enviaron informes muy firmes en los que solicitaban la intervención del gobierno en las fuerzas de mercado de las áreas rurales, y advertían de los peligros de abandonar la situación en manos de la oferta y demanda. Indicaban también que la distancia respecto al ritmo de desarrollo económico sionista y británico era tal, que la Palestina rural sólo podía servir para suministrar materias primas, sin que ello comportase beneficio o mejora para los campesinos.

Algunos de estos expertos fueron especialmente críticos, indicando con firmeza que Palestina tenía en efecto una política de desarrollo, pero estaba destinada sólo a servir a los intereses sionistas e imperialistas; hacía a los terratenientes palestinos aún más ricos, mientras la mayor parte de la Palestina rural se empobrecía. No contentos con la retórica, cuantificaron exactamente lo que se precisaba: un presupuesto de 7 millones de libras para que el flujo principal de las inversiones se desplazase hacia las áreas rurales.

Sus recomendaciones cayeron en saco roto, aunque ello no se debió tanto a la influencia en Londres de un grupo de presión porcionista,

como al declive del denominado enfoque del *commonwealth* respecto a las colonias británicas en general, el deseo de lograr que las colonias fueran autosuficientes en beneficio del Imperio británico. El cambio se debió al creciente influjo de las ideas socialistas en la política interior británica. Al tiempo que el nuevo gobierno laborista se identificaba con la descolonización, adoptaba una política que podría ser definida como «imperialismo social», como lo denominó uno de los líderes del movimiento sionista. La nueva política traducía el claro deseo de incrementar el gasto público en la propia Gran Bretaña y, consecuentemente, recortarlo en las colonias y en los territorios mandatarios³⁸.

No era una idea nueva. A lo largo de la historia del Imperio británico hubo una escuela de pensamiento anti-*commonwealth*, conocida por los contemporáneos como la política *Greater Britain*, representada en el siglo XIX por Benjamin Disraeli y durante el periodo del Mandato por Winston Churchill. En lo esencial, planteaba que la construcción de un imperio consistía en obtener todo lo que se pudiese de las colonias invirtiendo una cantidad mínima de recursos en su desarrollo. Pero, oficialmente, un mandato no era lo mismo que una colonia, y la evidente falta de inversiones en Palestina equivalía a una violación de los compromisos contraídos a través de la carta del Mandato. Con todo, Palestina recibió el tratamiento de una colonia, quizá porque Gran Bretaña se había comprometido a promover su desarrollo con la Liga de Naciones, un organismo internacional que, tras la retirada estadounidense, tenía escaso peso en política internacional.

El enfoque *Greater Britain* unió a conservadores y socialistas. Los socialistas querían que se invirtiese más en el interior, mientras los capitalistas se oponían a la industrialización de las colonias o a la expansión de sus actividades productivas. Para Palestina suponía que el crecimiento económico, el aumento de los puestos de trabajo, la planificación agraria y la modernización no eran objetivos importantes, incluso cuando Londres abandonó temporalmente el debate sobre su futuro político y prometió ocuparse de los problemas sociales y económicos.

Es difícil saber si una política más equilibrada de subvenciones, beneficios, propiedad y comercio habría influido en la vida agraria. A título informativo cabe señalar que los políticos del Partido Laborista eran ambivalentes y se dieron cuenta de las consecuencias que se deriva-

³⁸ MEREDITH (1975), pp. 485-487.

rían de la falta de inversiones. La ambigüedad laborista se hizo patente en 1931, cuando se nombró al frugal y utilitarista Louis French responsable del proyecto de desarrollo. Con todo, cuando llegó a Palestina, ya estaba bajo las órdenes de otras autoridades en Londres. El Partido Laborista había ganado las elecciones de 1931, pero se había unido en coalición con los liberales, y la influencia de éstos en la política se tradujo en nuevos recortes del gasto en el exterior y la puesta en marcha de la política económica del *laissez faire*. Las fuerzas libres del mercado, señalaba el nuevo secretario de Estado para las colonias, Conliff Leicester, acabarán por ser «una buena noticia pa-*ra* los campesinos palestinos, que terminarán integrándose en la nueva realidad capitalista que ha construido la inmigración judía en el país»²⁹. El nuevo alto comisionado, Arthur Wauchope, indicó que la política británica intentaría ahora alentar a los capitalistas judíos a emigrar a Palestina. Sus fortunas servirían para ayudar a sus desvalidos hermanos y hermanas, que abandonaban a millares la Alemania nazi, y beneficiarían a la totalidad del país.

Como era de esperar, French y Wauchope no se tenían simpatía. Además, para consternación de French, ni los palestinos ni desde luego los sionistas veían en él a un aliado potencial. Con ello, los palestinos perdieron una auténtica oportunidad. Para ser justos hay que señalar que antes de que los propios líderes palestinos se diesen cuenta del verdadero alcance y significado de la compraventa de tierras en Palestina, French ya se había hecho cargo de que este fenómeno era la clave del conflicto y la principal causa de la tragedia palestina. Es posible que su intervención indujese a los notables nacionalistas a adoptar una postura más firme y centrar sus campañas en contra de la venta de tierras. Pero la adquisición de tierras tenía ya una base firme, por la que el movimiento sionista se haría en 1948 con la mayor parte de Palestina occidental.

La correspondencia de French respecto a la necesidad de realizar inversiones e intervenir en la economía rural se mantuvo hasta finales de 1932. Desde 1933, la Palestina rural dejó de ser mencionada como una prioridad o como un destino de inversión. Paradójicamente, en Londres se comentaba con gran satisfacción en 1933 que el gobierno de Palestina era uno de los más ricos del Imperio británico. Además,

²⁹ Public Record Office CO 733/230/17249/2, s.f., reacción del secretario de Estado para las Colonias al informe de French.

Londres se alegraba del éxito de su política de libre mercado, indicando el fracaso de los políticos palestinos para reclutar campesinos y desatar una campaña contra el gobierno en 1933; era una llamada desatendida a la huelga general y a la revuelta.

Este próspero gobierno dedicaba el 11 por 100 del presupuesto a educación y salud. Sin embargo, la educación era un instrumento coercitivo y manipulador, y la salud, aunque importante, no garantizaba la supervivencia económica. El gobierno otorgaba préstamos limitados a un pequeño número de campesinos y a veces relajaba el nivel de imposición, pero no era suficiente. La brecha entre las grandes ciudades, especialmente entre sus habitantes judíos y las aldeas, se agravó y se hizo más perceptible. No obstante, se podría haber hecho algo, como demostró un proyecto piloto de desarrollo que pusieron en marcha los británicos y que nunca tuvo continuidad. Se trataba de Tel al-Suq, cerca de Beisan (sobre cuyas ruinas se construyó, en 1948, la ciudad israelí de desarrollo Beit Shean), donde, a nivel local, se puso en marcha una infraestructura diferente y un sistema de autosuficiencia económica, seguidos por una red de *marketing* y comercialización. Este tipo de desarrollo mejoró el nivel de vida de unos pocos campesinos afortunados.

Aumentó el número de los campesinos palestinos conscientes de que la falta de capital los hacía muy vulnerables en su lucha por la supervivencia frente a las crecientes y codiciosas ciudades. Reivindicaron el derecho a establecer cooperativas de crédito en las aldeas. El gobierno y las autoridades bancarias respondieron positivamente, pues sabían que podían, como efectivamente hicieron, apropiarse de la idea y darle la vuelta en su propio beneficio. De esta manera se concedieron créditos sólo a los campesinos de los que se tenía constancia que disponían de medios para pagar intereses elevados e inmediatos. Se ignoró el consejo de Charles Strickland, uno de los expertos más positivos que mandó Londres, de desarrollar una política agraria basada en la confianza, una característica fundamental de la interacción económica de las aldeas. En cambio, se acentuó la desconfianza, que acabó por dominar la relación de los habitantes de las aldeas con el gobierno³⁰.

El «éxito» de la política financiera del gobierno de Palestina en la década de 1930 se debió a la decisión consciente de optar por las grandes

³⁰ SWEDENBURG (1995).

ciudades y las zonas costeras, donde vivían la mayor parte de los judíos, frente a Galilea y las montañas, donde vivían los palestinos. La principal consecuencia fue la emigración a los centros urbanos de Palestina. El creciente flujo de campesinos que migraban a las ciudades comenzó con la depresión económica de mediados de la década de 1920, pero alcanzó su cenit en los años que siguieron a los acontecimientos de 1929. La migración no era la primera opción, ni siquiera para aquellos que encontraban difícil vivir de la tierra. Muchos campesinos trataron de arrendar sus tierras antes de abandonar totalmente la agricultura. El sistema de arrendamientos era complejo y dependía de los acuerdos específicos a que llegasen el arrendador o el *wakil*, el agente que representaba al propietario que no vivía en sus tierras, y el arrendatario. El arrendamiento se abandonó sólo frente a la dureza de la situación económica. Los antiguos campesinos, que ya no eran arrendatarios, se convirtieron en el proletariado rural, ofreciendo su fuerza de trabajo, agrícola o no, al mejor postor. Recibieron el nombre de *harath*, y su número aumentó regularmente hacia 1936. El frecuente desempleo también influyó en su comportamiento político, errático y fácilmente manipulable para cualquiera que ofreciese una solución radical a las dificultades generales palestinas. En el censo que elaboró el gobierno en 1931 se estimaba que ascendía a un 30 por 100 de la población agraria³¹.

El trabajo agrícola no especializado tampoco ofrecía una salida a largo plazo, pues la tierra cultivada por jornaleros era la más susceptible de ponerse en venta. El *harath* emigró a las grandes ciudades y a ciudades de menor tamaño, donde encontraron trabajos poco cualificados, sirviendo a la burguesía urbana palestina y a los inmigrantes judíos. Estos llegaron en número creciente tras 1929, escapando de una Europa hostil y buscando no tanto un nuevo reino judío como un refugio frente a la persecución. Como otros destinos, incluidos los Estados Unidos, se hicieron inaccesibles, un pequeño grupo procedente de la burguesía judía encontró su nuevo hogar en las ciudades de Palestina.

En 1936, los campesinos que todavía vivían de sus tierras, o por lo menos vivían en ellas, estaban en una situación desesperada, incapaces de obtener beneficios mediante una agricultura orientada al comercio.

³¹ FIRESTONE (1975), enero, pp. 3-23, y (1975), abril, pp. 173-194; WASHITZ (1947), p. 22 (en hebreo); STEIN (1984).

Los que abandonaron sus tierras se apiñaron en ciudades inhóspitas. Esperaban encontrar orientación, sabiendo, aunque no estuviesen bien informados de la alta política, que la situación aun se deterioraría más. Además, ahora eran conscientes de que carecían de líderes en los que pudiesen confiar.

CUESTIONES DE LIDERAZGO Y NACIONALISMO (1930-1936)

A principios de la década de 1930, el movimiento sionista tenía un órgano específico dirigente, la Agencia Judía, y en 1934, los palestinos disponían de su propio gobierno embrionario, el Alto Comité Árabe. Era evidente, incluso para los británicos que, en términos políticos, Palestina no contaba con tres grupos fundamentados en distintas creencias religiosas, sino con dos movimientos nacionales con sus respectivos «gobiernos». Esto casi creó la ilusión de haber hallado una salida satisfactoria para el país, en la que cada comunidad disponía de un órgano ejecutivo responsable ante un gobierno de funcionarios británicos que presidía un alto comisionado, el verdadero gobernante de Palestina. Pero esta apariencia de control quedó pronto ensombrecida por la evolución demográfica y económica: los judíos huyendo en gran número de Europa y el *Hinterland* rural palestino hirviendo de resentimiento por la pérdida de sus tierras y su medio de vida.

A comienzos de la década de 1930, los notables nacionalistas ampliaron el ámbito de sus actividades y por tanto su política, esto es: el nacionalismo se infiltró en el mundo de los campesinos desarraigados y los desempleados que vivían cerca de los asentamientos judíos y en los barrios miserables que rodeaban ciudades como Haifa y Jafa. Los notables también hicieron un esfuerzo para obtener el apoyo de la Palestina rural. Sin embargo resultó muy difícil; o bien eran terratenientes explotadores o profesionales liberales, y su mundo tenía poco en común con el de los campesinos. Los antiguos caciques rurales habían creado un sistema semifeudal que ligaba a propietarios y arrendatarios, pero no se basaba sólo en la explotación sino en el compromiso contraído entre ambos. En la década de 1930 ya no quedaba nada de esto.

La explotación económica persistió, incluso después de que los notables urbanos sucumbieran al atractivo del nacionalismo, y adoptaran un discurso de solidaridad y preocupación por la población en su

totalidad. Pocos reconocieron que su control sobre la vida económica de la Palestina rural les había otorgado un papel en la estructura social rural que podría haber sido el fundamento para una nueva clase de solidaridad. La familia Nashashibi fue la única que en 1934 hizo un esfuerzo evidente por tomarse la Palestina rural y sus problemas con mayor interés, y fundó el Partido Campesino; pero tampoco era un intento serio o relevante para crear una nueva identidad común³².

Cuando la situación se polarizó, esta falta de identificación con el resto de la población hizo que los notables nacionalistas se convirtieran en líderes, pero no en representantes de su comunidad. Eran incapaces de aconsejar a su gente sobre la mejor manera de hacer frente a la comunidad judía y a sus ambiciosos planes expansionistas. Fracasaron a la hora de poner freno a la expansión sionista, en cambio animaron a las comunidades rurales, campesinas, sin preparación y desorganizadas, a enfrentarse con los colonos judíos. La confrontación abierta se produjo dos veces. La primera, en 1936, fue crucial, pero no un desastre, porque el movimiento sionista aún era débil. La segunda, en 1948, cuando el movimiento sionista era más fuerte y ya estaba bien preparado, fue catastrófica.

Para no caer en el anacronismo, querría apresurarme a señalar que en el momento de los dramáticos sucesos de la década de 1930, la Palestina rural estaba al margen del escenario nacional. La sociedad rural, que representaba al menos a la mitad de la población de Palestina de aquel momento, no preveía la catástrofe que le aguardaba en 1948 y continuaba viviendo de modo más o menos acorde con el inalterable ritmo habitual y la rutina.

Uno de los problemas era la falta de liderazgo en la Palestina rural y el fracaso de la mayor parte de los intentos por cubrir este vacío. Uno de ellos fue el de Izz al-Din al-Qassam, un predicador sirio que se estableció en Haifa a mediados de la década de 1920. Muchos libros de historia le atribuyen el papel de instigador de la revuelta al mezclar los dogmas islámicos con la ideología nacionalista. Pero su fórmula para lograr la revolución sólo llegó a un sector concreto de la población: los desheredados de las grandes ciudades y los desafortunados habitantes de los *harat al-tan*, los barrios de chabolas que circundaban

³² BAER, en Migdal (ed.) (1980); ZUREIK, en Nakhleh y Zureik (eds.) (1980), pp. 47-63.

ciudades como Haifa. En 1933, Izz al-Din al-Qassam inició una guerra de guerrillas en el norte reclutando hombres en los alrededores de Haifa, con los que se refugió en las colinas cercanas, desde donde atacaban a cualquier judío o soldado británico que les salía al paso. En 1935, el ejército británico mató a al-Din al-Qassam, aunque de este modo hizo de él un mártir y proporcionó el modelo a seguir para una nueva forma de resistencia.

No obstante, la mecha del nacionalismo que ideó al-Qassam no logró alcanzar a la Palestina rural en su conjunto, donde era la costumbre, y no la religión, la que determinaba la moral diaria, la conducta y la rutina. Además, pese al éxito efímero de al-Qassam con algunos de los inmigrantes de los alrededores de Haifa, la mayor parte de ellos no habían roto sus antiguos vínculos con el clan y la correspondiente aldea, lo que los hizo menos receptivos a sus prédicas. La jerarquía de la aldea era clara: primero el clan, después la aldea y, por último, todo lo demás¹³.

Hoy en día se vincula a al-Qassam con el islam políticamente militante que opone resistencia a la ocupación israelí de la franja de Gaza y Cisjordania. Unidades de terroristas suicidas que han intentado forzar la retirada israelí desde 1987 llevan su nombre. Era un héroe mucho más apreciado y popular que cualquiera de los líderes nacionales, pero cuando el campo se sumó a la revuelta, los motivos estaban mucho más relacionados con la depauperación de la tierra que con el islam político. En 1935, en las aldeas la política era local, no nacional, como seguiría siéndolo hasta 1948.

El vínculo a la localidad más que a la nacionalidad no dejó de tener consecuencias en el terreno político. Cuando las aldeas se vieron amenazadas por movimientos políticos como el sionismo o por la política gubernamental, actuaron por lo que podría denominarse «patriotismo local». Una vez que los notables nacionalistas lograron crear una asociación sólida de estos centros de patriotismo local para oponerse a la compra de tierras por parte de los sionistas o a la política del gobierno frente a la presencia judía en Palestina, el nacionalismo palestino se convirtió en una fuerza poderosa, aunque esto ocurrió rara vez. También fueron escasas las ocasiones en que las aldeas intentaron unir sus fuerzas sin intervención de los notables. En la década de

¹³ ADLER (1988), pp. 97-120; MILLER, en Migdal (ed.) (1936), p. 127. AL-SAFARI (1937), p. 174 (en árabe).

1920 se celebraron varias conferencias en las que los *mukthars*, los dirigentes de las aldeas, convocaron una acción sincronizada contra el sionismo y la política fiscal, pero no hubo una reacción real⁴⁴.

Al tiempo que la expansión de los asentamientos sionistas daba a los notables nacionalistas la oportunidad de llegar a una audiencia más amplia, con los campesinos no había una solidaridad genuina, salvo raras demostraciones de unidad y firmeza de objetivos. En Jafa, en marzo de 1933, se produjo uno de esos momentos cuando los líderes de todas las facciones políticas se unieron en una llamada conjunta para llevar a cabo una campaña de presión que obligase al gobierno británico a cambiar su política. En un raro gesto de resolución, quinientos representantes de la elite palestina declararon su intención de boicotear los productos británicos y sionistas, y por primera vez en la historia rechazaron la legitimidad del Mandato en tierra de Palestina.

Sin embargo, los vínculos que los unieron durante unos cuantos días en Jafa pronto desaparecieron, y las facciones volvieron a imponerse. Ahorraré al lector los nombres de los implicados. Baste con señalar los dos ejes que dividían la escena política: la afiliación según el clan, y la fricción ideológica entre la orientación de los *qawmi* (panarabistas) y los *watani* (nacionalistas territoriales). La primera división era la más importante y envenenó la relación de la familia Husseini y sus aliados con otras familias notables, como los Nashashibis.

LA REVUELTA DE 1936

El efímero pero impresionante fenómeno de un líder como Izz al-Din al-Qassam, que había sacrificado su vida por la causa, impresionó durante algún tiempo a los notables nacionalistas. Al principio, el muftí, Amin al-Husseini, ignoraba a la viuda de al-Qassam, pero al enterarse de que en su funeral la afluencia era masiva, le presentó sus respetos transcurridos los cuarenta días de luto.

En un terreno menos simbólico, tras la muerte de al-Qassam, hubo un intento por mostrar unidad de liderazgo y de objetivos. Al

⁴⁴ HALA (1974), pp. 540-541 (en árabe).

final, tras un intento abortado para negociar un asentamiento con la Agencia Judía, en otoño de 1936, el indeciso Alto Comité Árabe decidió tomar medidas firmes contra la explícita claridad de propósito que veía en el lado sionista.

Los notables nacionalistas intentaron persuadir a las contrariadas masas de que la mejor arma del débil era la acción industrial. En mayo de 1936, el Alto Comité Árabe declaró la huelga general y organizó manifestaciones en todo el país, celebrándose la principal en Jerusalén, donde lograron reunir a 2.000 manifestantes dentro de las murallas de la Ciudad Vieja. Las manifestaciones se tornaron más violentas tres semanas después, cuando la policía británica abrió fuego contra los manifestantes en Jafa.

Al principio, la magnitud y la naturaleza de las protestas impresionaron a los británicos. Nombraron una comisión de encuesta, encabezada por lord Peel, que, en 1937, antes de presentar sus recomendaciones, visitó Palestina. La Comisión recomendaba que Transjordania se anexionase la mayor parte de Palestina, y urgía al mantenimiento de una presencia británica directa en lugares de importancia estratégica vital, como Haifa y el recién construido aeropuerto de Lod, así como en el Negev. Se designó una pequeña parte del territorio como futuro Estado judío. El plan fue rechazado, naturalmente no por el rey Abdullah de Transjordania. En cambio, Ben-Gurion de alguna manera lo respaldó, pues tuvo la perspicacia de comprender que uno toma lo que le ofrecen cuando el equilibrio de poder aún no está a su favor. Para Ben-Gurion la propuesta era la base de las negociaciones, no el mapa final, de ahí que se conformase con una porción tan pequeña de Palestina³⁵.

El fracaso del plan Peel y de una versión revisada del mismo que elaboró otra comisión, la Comisión Woodhead, incrementaron de nuevo la oleada de protestas y la condena de la política británica. Los líderes palestinos de aquel tiempo eran dignos de compasión, incapaces de proporcionar consuelo o guía a la población. No es de sorprender que la generación más joven de los notables buscase una vía para el nacionalismo palestino más imaginativa, erigida sobre la determinación de interrumpir toda negociación con los sionistas y no sucumbir

³⁵ Según Avi Shlaim, Ben-Gurion creyó que el informe anunciaba el fin del dominio británico en Palestina. Véase SHLAIM (1999), p. 19.

ante la presión británica. Un personaje prominente en este grupo era el sobrino del muftí, Abd al-Qader al-Husseini (padre de Feisal al-Husseini, prominente político palestino de la década de 1990), que buscó vías de acción alternativas y estaba más en armonía con el conjunto de la población. Estos jóvenes notables acabaron convirtiéndose en héroes tan míticos como el propio Izz al-Din al-Qassam. Su audacia sintonizaba con la de los mukhtars rurales, que en 1937 iniciaron una guerrilla punitiva contra convoyes e instalaciones británicas. Estas actividades comenzaron tras la publicación del informe Peel y el intento abortado de una misión de paz que habían emprendido algunos líderes árabes del exterior. La presión de las áreas rurales era tan intensa como la de las urbanas, y este grupo de jóvenes más militarizados intensificaron sus ataques contra el ejército británico.

No era el momento oportuno para que un pequeño movimiento nacional se enfrentase a un poderoso imperio. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, los políticos de Londres no sentían escrúpulos a la hora de reprimir la rebelión. La interpretaron como un plan italogermano para promover actividades antibritánicas, contra las que actuaron con toda la fuerza de que disponían en el área. En Palestina, el asesinato en septiembre de aquel año de Lewis Andrews, el comisionado británico en funciones a cargo de Galilea, marcó un hito para el gobierno del Mandato. El asesinato sirvió como excusa para emprender un ataque general contra los notables nacionalistas, y los británicos arrestaron y obligaron a marchar al exilio a muchos de ellos. Amin al-Husseini escapó antes de ser arrestado y dedicó los primeros meses en el exilio a crear una red de voluntarios y organizar, junto con otros miembros de su familia, una operación a gran escala para proporcionar armas a la guerrilla. Cuanto más lejos estaba de Palestina, más cerca se encontraba de colaborar con los nuevos enemigos de Gran Bretaña en Europa, los italianos y los alemanes. Al principio, en el verano de 1941, esto le llevó a apoyar un golpe proalemán contra los británicos en Iraq, que fue abortado; más adelante, durante la guerra, ayudó a los nazis colaborando con su aparato de propaganda en las comunidades musulmanas³⁶. Mientras tanto, la comunidad de Palestina seguía sin líderes. Los británicos habían aniquilado a los notables nacionalistas. El vacío resultante lo cubrieron los políticos de los Estados árabes vecinos.

³⁶ MATTAR (1988), pp. 86-107.

Muchos de los jóvenes participantes en la rebelión, unos pocos de ellos mujeres, murieron en el alzamiento. Los que sobrevivieron a la confrontación con un ejército superior y a la fuerza aérea constituirían tras la Segunda Guerra Mundial la médula de las organizaciones paramilitares. Dieron a la causa palestina una capacidad militar limitada, pero vital en preparación del inevitable enfrentamiento con el sionismo. Sin embargo, como los políticos, estos jefes de guerrillas no eran autónomos, y, tras la Segunda Guerra Mundial, estaban subordinados a los políticos árabes de los Estados vecinos, que utilizaron la situación de Palestina en beneficio de su propio interés nacional o, en el peor de los casos, personal.

EL LIBRO BLANCO DE 1939

El Libro Blanco británico de 1939 intentó tener en cuenta la sensibilidad palestina. Repetía las promesas de 1930, renunciando a la Declaración Balfour y limitando la inmigración judía y la venta de tierras. El objetivo era mantener el *statu quo* hasta que la situación en Europa fuese clara. La limitación de la inmigración llegó en un momento en que la expansión nazi en Europa hacía la vida de los judíos insostenible e imposible. El *yishuv* emprendió ahora su propia clase de rebelión, una operación clandestina de inmigración ilegal, adquisición de tierras y formación de una organización paramilitar, a la que ayudaron algunos oficiales británicos, como el legendario Orde Wingate.

El gesto de los británicos hacia los palestinos y los árabes llegó demasiado tarde. En el lado palestino, políticos y rebeldes por igual, creían que los británicos, en su brutal aniquilación de la revuelta de 1936, habían mostrado ya su verdadera agenda política. La prensa local documentaba su conducta e incluía historias terroríficas de maltrato, ejecuciones, torturas y crueldad, sobre todo, pero no exclusivamente, entre 1936 y 1939. Aun sin estas brutalidades, los líderes nacionalistas se sentían traicionados por los británicos, que habían violado constantemente las promesas hechas a los palestinos desde 1916.

La comunidad sionista emergió de la revuelta fortalecida y más decidida que nunca. Más que cualquier otra cosa, a sus líderes les fascinaba el poderío de la fuerza militar. Eran días en que las soluciones militares al problema palestino tenían precedencia frente a las solucio-

nes negociadas, y de este modo surgió una rama especial de militarismo, primero sionista, luego israelí.

La amenaza objetiva, el miedo genuino, justificaba la consolidación de un ejército, así como de posturas más extremistas respecto a las autoridades británicas y a la población palestina. El esfuerzo militar se encaminó en dos direcciones, una respecto a la infraestructura y otra en una línea más provocativa. Se creó la infraestructura desplazando a los miembros más moderados de la elite, como Chaim Weizmann, que recomendaba prudencia y el desarrollo gradual del poder militar del *yishuv*. Lo sustituyeron personalidades más intransigentes, como David Ben-Gurion, que moldeó a la comunidad sionista conforme a pautas más espartanas y abandonó las visiones atenienses acariciadas por los primeros sionistas, como Ahad Ha'am. Después de todo, la médula del *yishuv* no sólo era el Histadrut, sino también la Haganá. La punta de lanza de esta organización era el Palmach, que en 1941 no tenía más de 700 miembros. En 1948 contaba con 7.000 soldados bien entrenados. Era el ala permanente de la fuerza militar del *yishuv*, combatió contra los británicos en 1946 y entrenó regularmente hasta 1948, una experiencia que le vino muy bien en la Guerra de 1948.

La dirección militar más provocativa estaba representada por el Grupo Stern, que aterrorizó primero a los británicos y después a la población palestina. Estos grupos se establecieron a comienzos de los años cuarenta, pero su espíritu planeaba sobre las acciones hebreas con anterioridad. El Palmach, el Grupo Stern y el Irgún de Menachem Begin aparecerían en escena al final del Mandato.

Por entonces, el Grupo Stern y el Palmach representaban dos alas diferentes del sionismo. Sin embargo, antes de la revuelta, ambas ignoraban a la población local; después hicieron cuanto estaba en su mano para expulsar de Palestina a todo el que pudieran. La corriente principal, socialista, estaba dispuesta a confinar a la población palestina en una pequeña parte del país; los revisionistas preferían ofrecerles la alternativa de la expulsión o la cooptación. En último término, ambas ramas ideológicas del sionismo concebían Palestina como la patria del pueblo judío. La mayoría socialista se afanó por realizar el sueño sionista mediante la *Realpolitik*, mientras la minoría revisionista formulaba visiones utópicas sobre la pasada grandeza empleando una retórica extremista sobre la necesidad de crear el futuro reino de Israel ampliándolo hasta la frontera oriental de Transjordania.

EL CONTRATIEMPO DEL NACIONALISMO: EL IMPULSO DE
LA COHABITACIÓN

Durante y después de la Segunda Guerra Mundial, los políticos no podían predecir el momento exacto del enfrentamiento final, pero parecían percibir que se avecinaba. En un intento por lograr un liderazgo con mayor autoridad y unir a la comunidad tras de sí, las ideologías nacionales se expusieron aun con mayor ferocidad. Esto no surgió espontáneamente, como los historiadores nacionalistas intentan hacernos creer. Con todo, el Mandato creó un espacio en el que podía pervivir un instinto humano básico a favor de la cohabitación y la cooperación. Se manifestaba en momentos que los nacionalistas consideraban mundanos e irrelevantes, como cuando ocurría un desastre natural como un terremoto (1926), o en momentos de crisis económica, cuando el comercio declinaba, o en tiempos de prosperidad, cuando florecía. Este tipo de calamidades o bendiciones engendraban una respuesta humana que trascendía las identidades nacionales. En Palestina estas respuestas colectivas se producían cuando la gente que vivía con riesgos laborales se daba cuenta de las opciones de los sindicatos, cuando compartía sentimientos antigubernamentales, cuando había que hacer frente a las malas cosechas o se enfrentaba con la hambruna y las epidemias. Éstas y muchas otras circunstancias llevaban a la gente a coexistir y cooperar a un nivel no nacional de solidaridad de clase, trabajo común o problemas comunes como los patrones o el desempleo.

Este instinto natural iba mucho más en detrimento del proyecto nacionalista que el colonialismo británico. El ansia de cohabitación venía de abajo y competía con otros dos impulsos humanos a favor de la transformación que operaban en Palestina desde arriba: el nacionalismo, tanto palestino como sionista, y la colonización. La actividad nacionalista dirigida desde arriba no se orientaba sólo a los que vivían en el país; para ellos se estaba construyendo una nueva identidad, fundamentalmente a fuerza de negar a aquellos que estaban excluidos de la nueva comunidad ideal. Los británicos toleraron este proyecto elitista hasta un punto, pero más por parte de los sionistas que de los palestinos. Las dos elites compartían el objetivo de cortar de raíz todo impulso humano que no estuviese orientado a servir a las dos grandes identidades del Mandato: la sionista o la árabe-palestina. La historia de la extinción de estos impulsos nunca se ha contado y mevecé que se le

preste más atención. El deseo existencial de construir una vida en común en pro de la seguridad laboral, la prosperidad económica, un mayor nivel de educación y una vida mejor no estaba vinculado de manera natural a la causa del nacionalismo en el Mandato.

A primera vista, la naturaleza del sionismo debería haber hecho imposible la cohabitación. La construcción de una identidad sionista en Palestina no era un mero ejercicio intelectual. Se llevaba a la práctica mediante una colonización tan extensa de la tierra que incluso los líderes nacionales palestinos, elitistas y cuasi aristócratas, pudieron inbuir en la gente la idea del peligro que ahora amenazaba la puerta de cada casa palestina. La resistencia palestina a la toma de tierras sionista convirtió a su vez los infortunios personales de los inmigrantes judíos en un problema «nacional»: ser judío en Palestina lo convertía a uno en objetivo de la hostilidad palestina; al menos así era como la elite sionista explicaba a su comunidad el desarrollo del conflicto.

A veces esta retórica contradecía la realidad práctica. El Estado colonial británico podía suscitar una interpretación diferente de la situación. Era, a diferencia del Imperio otomano, un poder extranjero, colonial y explotador. También era el principal patrón, el recaudador de impuestos, el policía, el juez y el agente de desarrollo, y de este modo atraía la atención de la sociedad en su conjunto, más allá de las demandas de las elites para que tomase partido en el conflicto intracomunal. El Estado como tal se opuso a menudo por motivos laborales y profesionales que trascendían las fronteras nacionales. Había mucha actividad de esta naturaleza en Palestina, pero no encaja con la perspectiva liberal de la historia como la historia de los vencedores. Es preciso incluir la historia de los vencidos, a veces cruel y destructiva, en la historia del éxito del nacionalismo en Palestina.

Esta historia alternativa no comienza con el Mandato. La Palestina del último periodo otomano tenía una tradición de actividad económica integrada tomando como punto de partida a los grupos étnicos o religiosos. Sin embargo, en su primera década, el Mandato hizo todavía más para dar forma a un sistema económico integrado y unitario. Aunque rara vez se lo menciona en las historiografías nacionales del conflicto, el Estado británico era un factor tan poderoso en la vida de la población, que incapacitó a las elites nacionales en uno de los aspectos más importantes de la vida: el control económico. Mientras Palestina fue administrada como una unidad económica única, los consu-

midores no se vieron forzados a obrar de acuerdo con afiliaciones nacionales. Los productores palestinos podían abastecer la creciente demanda de los inmigrantes judíos, que necesitaban vías de inversión y gasto para el capital que habían traído consigo. En cambio, el reclutamiento de las elites políticas en sus respectivas comunidades para la lucha de unos contra otros produjo la segregación. Con todo, ni los judíos ni los palestinos podían albergar la esperanza de dominar la economía del Mandato sin el consentimiento británico.

El deseo de cohabitar de la gente corriente de ambos lados pervivió incluso tras el establecimiento sionista de un enclave económico independiente en 1929. La política segregacionista no satisfacía los deseos de los trabajadores, agricultores, comerciantes y consumidores judíos o palestinos. Los líderes sionistas, que veían la segregación como un requisito previo para la creación de un Estado judío independiente en Palestina, se opusieron decididamente a los pocos que daban prioridad a las cuestiones laborales frente a las nacionales.

La historia del Mandato en su conjunto está llena de ejemplos de cooperación entre los trabajadores. Aunque no hay una cronología clara que documente esta historia, el caso es que la cooperación pervivió durante los primeros años del Mandato, posteriormente, cuando el enclave independiente judío se convirtió en un hecho consumado, y durante los sangrientos años de disensión intracomunal hacia el final del Mandato. En cada nueva escalada de violencia —1920, 1929, 1936 o 1948— se puede encontrar un caso de cooperación económica o social fuertemente contestada y destruida por los líderes nacionales, especialmente por los sionistas.

En muchos de estos casos hubo gente valiente que intentó evitar el enfrentamiento entre el proletariado judío, que se estaba convirtiendo en la clase media-baja y en la clase trabajadora, y los indígenas empobrecidos del medio rural y los habitantes no cualificados de las ciudades, que iban transformándose progresivamente en el proletariado de su propio país. Para las elites políticas de ambos lados, que no compartían las condiciones de vida miserables de sus comunidades, era fácil presentar a los pobres como «las masas nacionales», a las que explotar durante las sucesivas oleadas de violencia y derramamiento de sangre. En otros casos, las propias elites pusieron en práctica la cohabitación, pese a las reivindicaciones que planteaban en sus vehementes discursos y sermones.

Vale la pena mencionar brevemente algunos de los ejemplos más sobresalientes, aun teniendo en cuenta que esta historia todavía está por escribirse. El primer ejemplo corresponde a la ciudad de Haifa en 1920. No es sorprendente que Haifa se hubiese convertido en el lugar más activo en cuanto a solidaridad de clase, cooperación binacional e incluso cooperación al margen de toda consideración nacional. La ciudad contaba con un número parecido de judíos, cristianos y musulmanes. Era la ciudad más próspera de Palestina, pues en ella estaban ubicadas las industrias más importantes del gobierno, como las refiné-rias petrolíferas, y muchos industriales palestinos y judíos decidieron abrir empresas en los alrededores. El ejército mantenía grandes campamentos dentro y fuera de la ciudad, y una vez comenzado el proyecto de construcción del puerto, en la década de 1920, el nivel de actividad aumentó. Además, ambas comunidades tenían inmigrantes: los judíos de Europa y los palestinos del *Hinterland* rural. También era un destino atractivo para miles de trabajadores procedentes de Siria y Egipto.

Pese a que en Haifa había mucho por lo que competir, había mucho más que ganar si se fomentaba la cooperación en el ámbito laboral. En 1920, palestinos, judíos y árabes de Siria y Egipto fundaron el primer sindicato de Palestina en los depósitos y talleres del servicio ferroviario, de telégrafos y de los servicios postales. Exigieron entonces mejoras fundamentales respecto a la larga jornada laboral, los sueldos bajos, las condiciones inhumanas de vida y, sobre todo, el trato cruel de los patrones (el gobierno británico). El Histadrut les falló. Sus actas revelan declaraciones de sus líderes señalando el peligro de los sindicatos conjuntos de árabes y judíos. En Haifa, el líder del Histadrut de la ciudad, David Hacoheh, censuró a los trabajadores judíos que unían sus fuerzas a los palestinos: «Los trabajadores del ferrocarril olvidan que la misión de los trabajadores hebreos, como parte del movimiento para establecerse en Palestina, no debe verse limitada por la asistencia mutua con los trabajadores árabes, sino contribuir a reforzar el proyecto sionista en el país»¹⁷.

En 1929, el Histadrut había logrado coaccionar a la mayor parte de los trabajadores judíos del sindicato para que antepusiesen los intereses nacionales a los de solidaridad de clase. Creó un sindicato exclu-

¹⁷ Archivo del Partido Laborista, protocolos del Comité Ejecutivo del Histadrut, Jafa, 30 de diciembre de 1920. pp. 1-2.

sivamente para trabajadores judíos de estos servicios y les exigió que lo reconociesen como su único representante legítimo. Los trabajadores palestinos respondieron creando, a su vez, un sindicato propio, que pronto se convirtió en el sindicato general de los trabajadores palestinos. Se fundó formalmente en 1930, en un edificio de Wadi Nisnas, en Haifa, que hoy en día es la sede del Partido Comunista israelí³⁸.

Aparte de la conciencia de clase, la rutina diaria daba lugar a ejemplos casi inimaginables de cohabitación. Los propios políticos participaban alguna vez de esta interacción intercomunal, incluso en los momentos más tensos del conflicto. En el violento año de 1929, por ejemplo, en medio de la campaña en defensa de Jerusalén, Amin al-Husseini buscó un medio de atraer la atención regional e internacional respecto al problema palestino. La campaña alcanzó su cenit en 1931, con la conferencia panislámica por la que intentaba conquistar el apoyo musulmán y árabe contra lo que veía como la ocupación sionista de la mezquita de Haram al-Sharif. En 1929, comenzó a construir el hotel Palace para alojar en él a los dignatarios árabes. Se confió el proyecto a dos constructores judíos, uno de ellos cuñado de Chaim Weizmann. El bello edificio, junto a la puerta de Jafa, fue diseñado por un arquitecto turco en el estilo otomano tardío. El muftí estaba tan contento con el resultado que empleó a los mismos constructores para terminar una obra poco agraciada que habían hecho unos constructores palestinos en su casa³⁹.

Sin embargo, el instinto existencialista que impulsaba a la población a crear vínculos ocupacionales más que nacionales se daba sobre todo entre obreros y empleados. Uno de estos casos fue el de los camioneros palestinos y judíos, que organizaron en 1931 una huelga muy eficaz. El gobierno británico en Palestina fue muy diligente a la hora de ampliar el tráfico por carretera y las infraestructuras viarias. A finales de la década de 1920, los comerciantes y los que trabajaban lejos de sus hogares empezaron a optar por el transporte en autobuses y camiones frente a los trenes, y el gobierno, que tenía el monopolio de la red ferroviaria, empezó a sufrir pérdidas. Para solventarlo, impuso elevados impuestos a los conductores, especialmente a los camioneros. La mayor parte de

³⁸ Tres libros tratan de la cohabitación en Haifa, en particular, y mencionan también otros casos. Véase BERNSTEIN (2000); DE VRIES (1999) (en hebreo); LOCKMAN (1996).

³⁹ Lo recoge Baruch KATINKA (1961), *Then and Now*, Jerusalén (en hebreo).

ellos eran palestinos, pero también había un número sustancial de judíos. Durante ocho días de noviembre de 1931, los camioneros palestinos y judíos se unieron en una huelga que paralizó todo el país. En 1932 el gobierno redujo los impuestos.

Los camioneros palestinos solían ser propietarios del camión y formaban parte de la creciente clase media urbana deseosa de encontrar modos de cooperar con los judíos a partir de fundamentos de tipo profesional. En un principio, el Histadrut apoyó la huelga y calificó al dirigente de los camioneros, Hasan Sidqi al-Dajani, de moderado, cercano a la oposición que dirigía la familia Nashashibi. Para al-Dajani la huelga representaba la oportunidad de crear una infraestructura conjunta de la que pudiesen beneficiarse camioneros y comerciantes de ambos lados. El Histadrut lo invitó a formar parte del Po'alei Eretz Israel, una organización hermana para los trabajadores palestinos, pero al-Dajani declinó la invitación. El grupo era un instrumento de cooptación, más que de cooperación, destinado a someter a los trabajadores palestinos a la interpretación sionista de la realidad. Cuando al-Dajani intentó extender la huelga e incluir a las cámaras de comercio y a las instituciones, los líderes del Histadrut cambiaron de opinión respecto a su «moderación», y se convirtió en sospechoso de organizar lo que denominaron una «huelga política». Esto suponía extender la acción industrial binacional. En este caso, los líderes del Histadrut no se permitieron el lujo de ejercer abiertamente la coacción y siguieron un lento proceso de dilación que hizo inútil la continuación de la huelga⁴⁰.

Los notables nacionalistas recurrieron a la prensa local para condenar a los palestinos que colaboraban con sus camaradas judíos, incluso cuando se trataba de las políticas de empleo del gobierno. Dándose cuenta de la importancia de las comunicaciones por carretera, durante los años siguientes los líderes políticos de ambos lados forzaron a los conductores de sus comunidades a sumarse a las posturas nacionalistas frente a los criterios profesionales. Como consecuencia, en 1936, los camioneros estuvieron a la cabeza de los enfrentamientos entre sionistas y palestinos.

Pese a que la revuelta de 1936 dificultó cualquier pauta de cohabitación, la cooperación se mantuvo en muchas áreas significativas de la vida. Los comunistas, entre los que se encontraban árabes y judíos

⁴⁰ GREENBERG, en Pappe (ed.) (1995a), pp. 157-178 (en hebreo).

sumamente comprometidos con la coexistencia, se escindieron a resultas de la revuelta. Pero al margen de las áreas donde había verdadera guerra de guerrillas, la cohabitación continuó. Por ejemplo, funcionarios árabes y judíos gobernaban conjuntamente el municipio de Haifa. Durante toda la revuelta pervivieron islas de cohabitación en los mercados laboral e inmobiliario. Aunque la elite sionista contraatacó reforzando el proceso de adoctrinamiento nacional para impedir que el proceso se extendiera, a los empresarios judíos les resultaba difícil prescindir de la mano de obra palestina, mucho más barata. Desde el punto de vista sionista, aun había movimientos políticos más peligrosos, como el Partido Comunista palestino o el movimiento de ultraizquierda Poalei Zion Small, que defendía la cohabitación como norma. Los notables nacionalistas palestinos tampoco les iban a la zaga. Cuando gentes como Fawzi al-Husseini o Fakhri al-Nashashibi entraron a formar parte de organizaciones árabe-judías y defendieron una estructura política binacional, lo pagaron con la vida. En 1937 apareció asesinado un líder del sindicato laborista palestino. En 1947 asesinaron a otro líder sindical, Sami Taha. Ambos fueron asesinados por subordinar la solidaridad nacional a la conciencia de clase. Al igual que otros trabajadores concebían la causa nacional como una operación limitada dirigida por y para los notables nacionalistas. La mano de Amin al-Husseini era perceptible en ambos asesinatos.

Con todo, más que sus homólogos palestinos, la que hizo más esfuerzos por acabar con el instinto de cooperación fue la elite sionista. La elite palestina parecía seguir con indiferencia el desarrollo sociopolítico que no encajaba en su *Weltanschauung* o en su programa, mientras que los líderes judíos se ocupaban de socavar las organizaciones profesionales árabe-judías.

El deseo de cohabitación persistió durante los restantes años del Mandato. Es posible incluso sugerir que maduró de un modo muy diferente al nacionalismo. Se orientó más allá del mercado de trabajo, hacia los sectores público y privado. Penetró también en áreas cruciales para el triunfalismo nacionalista, como la industria. Durante el Mandato se mantuvo un elevado nivel de cooperación en la industria cítrica, fundamentalmente debido a la personalidad llena de energía del responsable palestino de la Industria Cítrica Árabe, Shuqri Taji al-Faruqi. De manera similar, los judíos y los palestinos dirigían conjuntamente la fábrica de sal de Atlit, un próspero negocio tanto entonces como hoy en día.

Mientras a los empresarios les parecía difícil cooperar, los trabajadores de la industria siguieron siendo conscientes de la conveniencia de mantenerse unidos contra los patrones. Para los empleados de oficinas también era conveniente cooperar. Un ejemplo final de dicha colaboración data de 1947. Dieciocho meses antes de que finalizara el Mandato, cuando los políticos de ambos lados, como los de Londres y las capitales árabes, parecían prepararse para una tragedia griega en suelo palestino, muchos grupos de trabajadores de ambos lados decidieron anteponer la conveniencia laboral a la solidaridad nacional. Durante dos semanas las gentes que trabajaban en las oficinas del gobierno paralizaron con una huelga toda la actividad oficial. Obtuvieron una victoria tan sonada que los dos sindicatos nacionales segregados, el Histadrut y la Unión Árabe de Trabajadores, se vieron obligados a sumarse. En abril de 1946 se paralizó el servicio postal por una huelga conjunta árabe-judía. Y aún en mayo de 1947, cuando se podían oír los tambores de guerra tras la renuncia británica a cumplir con la obligación de administrar el país, los trabajadores palestinos y judíos del servicio de telégrafos se embarcaron en una huelga conjunta¹¹.

La huelga era el *modus operandi* favorito de la acción industrial binacional tanto en los servicios públicos como en la industria. Durante el Mandato se pusieron a menudo en huelga los trabajadores árabes y judíos de las industrias oliverera y petrolífera, las empresas tabacaleras y las panaderías. Las huelgas aumentaron después de 1936. Entre 1938 y 1943 hubo una media de dos huelgas conjuntas al año, sobre todo en los servicios ferroviarios, los municipios y los campamentos militares británicos. La acción alcanzó su punto culminante en 1943, cuando se declararon en huelga los trabajadores palestinos y se les sumaron sus compañeros judíos contra el municipio de Jerusalén. El Histadrut trató de controlar la huelga presentándola como suya, pero de poco le sirvió. Un año después, en febrero de 1944, el Histadrut ni siquiera intentó intervenir en la huelga conjunta de los talleres ferroviarios, donde la mayor parte de los huelguistas eran judíos animados por el despliegue de solidaridad de sus camaradas palestinos, que se manifestaron y les dieron abrigo y comida durante las frías noches que pasaron en las instalaciones.

En las grandes ciudades, los consumidores frecuentaron las tiendas de una y otra comunidad hasta los últimos días del Mandato. Un

¹¹ Lockman (1996), pp. 332-335.

reportero judío señalaba sorprendido la continuidad de esta costumbre incluso tras la declaración del boicot oficial de marzo de 1946 por parte del Alto Comité Árabe⁴².

El deseo de cooperación también se mantuvo en la Palestina rural. A medida que se iba acercando el fin del Mandato, los asentamientos judíos prestaron una ayuda más organizada y estructurada a las aldeas palestinas, mientras que en la década de 1940, surgieron en Marg Ibn 'Amr cooperativas agrícolas entre los kibutz y las aldeas carentes de todo precedente. A su vez, en las grandes ciudades en el terreno comercial se crearon órganos de decisión conjuntos.

La cohabitación no se practicaba sólo en unos cuantos círculos aislados: era una ideología. Tenía muy poco apoyo político, pues carecía de un liderazgo institucional con relevancia, pero era un principio básico en el Partido Comunista de Palestina. El partido fue predominante judío hasta 1936, cuando, en lo que las crónicas del partido denominan el proceso de «arabización», empezaron a sumarse a sus filas más palestinos. Pese a su naturaleza marginal, su prensa mantenía un discurso no nacionalista y con ello contribuyó a crear una vía alternativa de desarrollo social. En la comunidad palestina también había un discurso socialista al margen del partido, el de las bases de los sindicatos palestinos⁴³.

La organización política más franca en su defensa del binacionalismo como una forma de vida fue el pequeño grupo judío conocido como Brit Shalom. Era obra de una persona, Yehuda Magnes, un judío americano emigrado a Palestina en 1922. Miembro del movimiento judío Reforma Americana, no le interesaba la soberanía judía en Palestina, sino mantener allí a los judíos en un Estado binacional unido. Hasta el momento de su muerte, en 1948, intentó convencer a ambas partes de la lógica y viabilidad de esta solución. Con dicho fin creó una organización política. Uno de sus mayores éxitos hacia finales del Mandato fue reclutar para el Brit Shalom a Fawzi al-Husseini, miembro clave de la familia al-Husseini. Al-Husseini fue asesinado poco después por el ala más nacionalista de la familia. Magnes fue uno de los fundadores de la Universidad Hebrea y su primer presidente, pero su prominente posición no contribuyó a sacarlo de los márgenes de la actividad sionista⁴⁴.

⁴² *Ba-Machaneh*, 8 de marzo de 1946.

⁴³ AL-BUDAIRI (1979).

⁴⁴ KAUFMAN (ed.) (1998).

El mantenimiento de la cooperación y de las actividades conjuntas no supuso una disminución de la politización o de la interacción violenta, o que la Palestina rural permaneciese inmune al nacionalismo. Por el contrario, la politización, el nacionalismo y la cohabitación coexistieron en paralelo. Las elites seguían dispuestas a emplear la fuerza y la violencia para alcanzar sus objetivos nacionales, y ahora les pisaban los talones grupos con líderes jóvenes y más extremistas que tomaban la delantera a la indecisa elite mediante acciones audaces y agresivas.

La cooperación fue incapaz de frenar el curso de la segregación nacionalista, que ganó la partida con desastrosas consecuencias para la población indígena. Pero en lo que se refiere a victorias a corto plazo, buena parte de la acción industrial tuvo éxito, especialmente tras la Segunda Guerra Mundial. A veces los beneficios se repartían de modo desigual entre los dos grupos, pues los trabajadores judíos solían obtener mayores ventajas en las negociaciones que venían a continuación. Con todo, en conjunto, los palestinos y los judíos fueron capaces de luchar conjuntamente para cambiar las condiciones laborales, incluyendo la reducción de la jornada laboral, las vacaciones pagadas y un aumento de la cobertura y de las indemnizaciones.

Desde el punto de vista historiográfico, la impresión es la de una historia alternativa. La documentación británica recoge un dato concreto que nos servirá de epílogo a este desarrollo paralelo. El gobierno británico en Palestina informaba de que, durante el Mandato, se habían creado 1.400 sociedades comerciales entre árabes y judíos en lo que definía como «base interracial»⁴⁵.

PALESTINA DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La Segunda Guerra Mundial afectó a Palestina en varios momentos y con diferente intensidad, con el rápido avance de Rommel en el norte de África generando una oleada de rumores respecto a la posibilidad de una ocupación nazi, el bombardeo italiano de las ciudades costeras y el acercamiento de las potencias del Eje a los líderes palestinos. La juventud judía se alistó en el ejército británico no sólo para

⁴⁵ A esta conclusión llega Nir YEHUDAI (1997), p. 105 (Tesis de grado, Universidad de Haifa).

luchar en Europa, sino también para derribar a los regímenes árabes filoalemanes, como el que se había creado en Bagdad en el verano de 1941 con la bendición y ayuda del antes gran muftí. Pero sobre todo, la guerra se hizo sentir por el número sin precedentes de soldados británicos y de personal militar que se estableció en el país, convirtiéndolo en un gran centro logístico. Es preciso hacer hincapié en que, a diferencia de la Primera Guerra Mundial, Palestina no era una zona de enfrentamiento bélico. Sin embargo, se convirtió en un enorme campamento militar con un número creciente de soldados extranjeros y una demanda de servicios en aumento.

En términos más mundanos, la guerra conllevó una repentina prosperidad económica y la relajación de las jerarquías y estructuras sociales tradicionales. La prosperidad no llegó de golpe; de hecho, al principio pareció que la economía iba a derrumbarse. El sistema bancario era especialmente vulnerable. Durante el primer año de guerra la economía local casi se paralizó. Las fuertes retiradas de capital desestabilizaron los bancos locales y algunos sucumbieron a la bancarrota⁴⁶.

En 1942, el gobierno mandatario decidió introducir algunos productos elementales subvencionados. Gracias al establecimiento de un buen sistema monetario se evitó la hiperinflación, generalmente vinculada a la escasez de artículos de consumo, permitiendo la recuperación de la sociedad en su conjunto tras la guerra. La Palestina de 1946 era bastante diferente de la de principios del Mandato. Había miles de coches, autobuses y camiones sobre la nueva red de carreteras asfaltadas donde los caballos y los carruajes transportaban antes lenta y penosamente a los pasajeros⁴⁷.

En la Palestina del periodo bélico había más mujeres que nunca desempeñando trabajos a los que antes no habrían accedido, o solas en un café o paseando por jardines públicos, que en el pasado no frecuentaban. Eran buenos tiempos para las mujeres palestinas independientes que vivían en las ciudades; hasta que empezó la guerra, en público se cubrían con el velo, aunque llevasen debajo indumentaria occidental. Ahora se las podía ver en la playa en traje de baño y vestidas a la última moda en los paseos de las principales ciudades, un cambio en la indumentaria que implicaba mayor independencia y reafirmación. Tel-Aviv

⁴⁶ *A Survey of Palestine*, vol. 2, p. 555.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 863.

adquirió una imagen envidiable de ciudad liberada, lo que probablemente atrajo a las mujeres de Beirut, que querían casarse con judíos para poder disfrutar de la vida en la nueva ciudad⁴⁸.

La guerra también transformó la vida de las mujeres judías. A comienzos de la «revolución sionista», los padres fundadores prometieron crear una nueva «mujer hebrea». Para unos pocos esto significó la libertad sexual tal como se predicaba y se practicaba en círculos exclusivos. Para la mayoría marcó el final de la estructura familiar tradicional, especialmente en los kibutz, pero también en las comunas urbanas.

Con todo, las nuevas posibilidades laborales y un estilo de vida más libre no socavaron seriamente la posición dominante de los hombres en la economía. Tenían los trabajos mejor remunerados y el control exclusivo de los sectores más productivos, como la construcción y la industria. La igualdad femenina era parte del discurso pseudosocialista del sionismo, pero la realidad difería bastante. Los términos «miembro femenino» y «mujer de un miembro» se utilizaban indistintamente, implicando una doble obligación en beneficio del sionismo y la revolución socialista. Al ama de casa le correspondía la carga adicional de ser un trabajador, ya fuese en la industria o en el campo⁴⁹.

Los líderes sionistas obtuvieron grandes ventajas para la población judía durante los años de guerra. Lo más relevante fue su habilidad para conseguir que la guerra diese a la juventud una experiencia militar que sería vital. Cuando la Segunda Guerra Mundial estaba en los momentos más cruciales, y pese al franco propósito de poner fin al Mandato e incluso de enfrentarse a él, los líderes judíos pusieron su capacidad militar al servicio de los británicos y de la lucha contra el nazismo. No era un acto político de hipocresía. En algunos momentos de la guerra, Palestina podría haber caído en manos nazis si no fuese por la valentía y resistencia de las fuerzas británicas que se enfrentaban a Alemania. Los líderes del *yishuv* no podían oponerse abiertamente a aquellos que tenían el poder de detener la máquina destructiva nazi en Europa. Ben-Gurion resolvió el dilema diciendo: «Combatiremos al lado del ejército británico contra los alemanes como si no existiese el Libro Blanco antisionista de 1939, y lucharemos contra el Libro Blanco como si la guerra contra Alemania no tuviese lugar».

⁴⁸ DIVISIÓN DE INTELIGENCIA NAVAL (1943), p. 162.

⁴⁹ KAZANELSON-SHAZAR (1930) (en hebreo).

Para los sionistas, el centro de su actividad durante y después de la guerra siguió siendo la inmigración. Por primera vez en la historia del asentamiento sionista, un vasto número de judíos del exterior querían entrar en Palestina. Esto sucedía en un momento en el que, como consecuencia de la revuelta de 1936, Gran Bretaña había decidido limitar la inmigración judía. Los líderes, una vez agotado el cupo de autorizaciones legales para traer más judíos al país, empezaron una campaña de inmigración ilegal que se saldó con éxito. Era selectiva, tenían prioridad y, a veces, exclusividad los que estaban en buenas condiciones físicas y tenían la tendencia ideológica adecuada. Este modelo de selección se abandonó durante un momento, hacia 1942, cuando llegaron a Palestina las horribles noticias del exterminio nazi. La noticia incluso incitó al acto simbólico, más que otra cosa, de enviar paracaidistas sionistas a la Europa nazi como un gesto de apoyo a los judíos que morían en los campos de exterminio. Los sionistas emplearon poca energía en salvar a los judíos, pues la prioridad de aquellos días difíciles seguía siendo la supervivencia de la comunidad judía en Palestina. Al finalizar la guerra se reanudó la selección, pero con ello se socavó también la aspiración sionista de demostrar el vínculo entre el holocausto y el proyecto judío en Palestina. De hecho, si todos los supervivientes del horror nazi, especialmente aquellos que los aliados metieron en los campos de personas desplazadas de toda Alemania, hubieran elegido Palestina como destino, habrían justificado los argumentos sionistas ante la comunidad internacional. Los diplomáticos del *yishuv* hacían hincapié en que sólo el futuro Estado judío podía dar cobijo a aquellas gentes y servir de freno a otro holocausto. Lo cierto es que muchos supervivientes deseaban ir a los Estados Unidos. Los enviados sionistas tuvieron que hacer una gran labor de persuasión, rayando en la intimidación, sumada a las restricciones a la inmigración de la política americana, para crear al menos la impresión de que la mayor parte de los supervivientes del holocausto deseaban establecerse en Palestina. Finalmente sólo se estableció en Palestina el 10 por 100 de los 3 millones de judíos que abandonaron Europa.

Pero se había ganado una batalla diplomática importante en gran modo gracias a la insistencia británica para controlar o minimizar la inmigración, que puso especialmente de relieve el incidente del Éxodo, un barco judío de refugiados al que no sólo se le denegó la entrada en Palestina, sino que se lo envió de vuelta a Alemania, deci-

sión que recibió la unánime condena internacional. Al tiempo que se seguía adelante con la inmigración ilegal, se compraban tierras y se erigían nuevos asentamientos.

Al igual que la inmigración, la continuación de la política de asentamientos era contraria al Libro Blanco de 1939. Los métodos sionistas eran *homa* y *migdal*, «empalizada» y «torre vigía». Estas tácticas se basaban en una ley otomana, que se mantuvo inalterada durante el Mandato y permitía que la construcción de infraestructura elemental para un asentamiento potencial se convirtiese en un hecho consumado. El gobierno británico carecía de medios para expulsar a los colonos.

Tras la guerra, la elite sionista preparó a la comunidad de cara a una eventual evacuación británica. Con ello preparó el camino para las negociaciones sionistas con Abdullah de Transjordania respecto a la división de Palestina entre hachemitas y sionistas en la era posterior al Mandato, estrechando su control sobre la comunidad en términos de imposición y reclutamiento militar, y creando la impresión de un combate a vida o muerte en una guerra inminente con la totalidad del mundo árabe.

Los líderes palestinos pasaron por diferentes experiencias durante la Segunda Guerra Mundial. Durante el exilio, Amin al-Husseini se trasladó de una capital árabe a otra, pero fue también a Berlín, donde prestó sus servicios en el aparato de propaganda nazi, y cara a los vencedores enajenó la causa de su movimiento nacional. Lo acompañaban otros miembros del Alto Comité Árabe, algunos habían cumplido condena en prisiones británicas, donde, paradójicamente, habían conocido a terroristas judíos que habían combatido a los británicos. En su ausencia, los sustituían otros. El ambiente político ya se había visto afectado por los políticos de los países árabes vecinos y sus protegidos locales. El resultado fue el establecimiento en la comunidad de dos liderazgos oficiales enfrentados: el viejo Alto Comité Árabe, sancionado por la Liga Árabe y todavía dominado por los al-Husseini (a cuya cabeza estaba Jamal al-Husseini), y la Autoridad Nacional, encabezada por Raghíb al-Nashashibi y apoyada por los hachemitas. Esta falta de unidad afectó a la estructura política de los pies a la cabeza y se manifestó en todos los aspectos de la vida. Paralizó la estructura financiera, que había sido creada poco antes para contrarrestar el poder económico sionista; debilitó a la organización paramilitar, que en cualquier caso estaba escasamente armada y cuyo número superaban claramente los sionistas; e impidió la solidaridad en el seno de los

comités nacionales que debían dirigir a las comunidades locales. Los comités eran especialmente activos en las áreas urbanas e intentaban preparar a las comunidades para una vida autónoma durante la transición, al final del Mandato. Sin embargo, eran mucho menos leales a las comunidades que al respectivo clan o a los grupos políticos, por lo que las comunidades estaban indefensas ante la determinación sionista de conquistar Palestina, caso de que así lo permitiese la solución diplomática que ofrecían los británicos o, posteriormente, las Naciones Unidas, o si viniese impuesto por una guerra. Si no hubiese sido por la intervención militar de los ejércitos árabes el 15 de mayo de 1948, Palestina habría quedado enteramente bajo control judío.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los nacionalistas palestinos se convirtieron en diplomáticos nacionalistas, aunque no muy eficaces. Algunos perdieron influencia, como al-Husseini, que viajó por los países del eje esperando lograr ayuda, o al menos ganar aliados en la guerra contra los británicos, de aquellos a los que erróneamente veía como los nuevos señores de Oriente Medio. Algunos permanecieron en Palestina o volvieron del exilio tras obtener el perdón de los británicos. Estaban inermes ante los comités que habían creado los británicos con la intención de encontrar una solución para el lugar que estaban decididos a abandonar, o, en caso de necesidad, un gobierno indirecto o por poderes. Los notables palestinos se sentían tan inseguros que, en una ocasión, reclutaron a un joven experto del Departamento Árabe de Londres, Albert Hourani, y le encargaron que expusiese su caso ante uno de los comités, el Comité Anglo-Americano de Investigación de 1946.

La delirante actividad palestina resultó inútil. Su acercamiento a los alemanes generó en los gobiernos extranjeros la impresión de que sus líderes y especialmente al-Husseini simpatizaban con el nazismo, una sospecha que hizo imposible su retorno a Palestina. Por el mismo motivo, los políticos británicos tampoco apoyaron la idea de un Estado palestino independiente, al que ahora se referían despreciativamente como un «Estado del muftí». El capítulo de las relaciones entre al-Husseini y los nazis prestó un importante servicio a la propaganda sionista de posguerra.

Simultáneamente, los británicos presentaron en rápida sucesión varios programas de paz, que rechazaron ambas partes, cuyo punto en común era que constituían un híbrido entre la partición y la continuidad del control británico. Ernest Bevin, secretario de Asuntos Exterio-

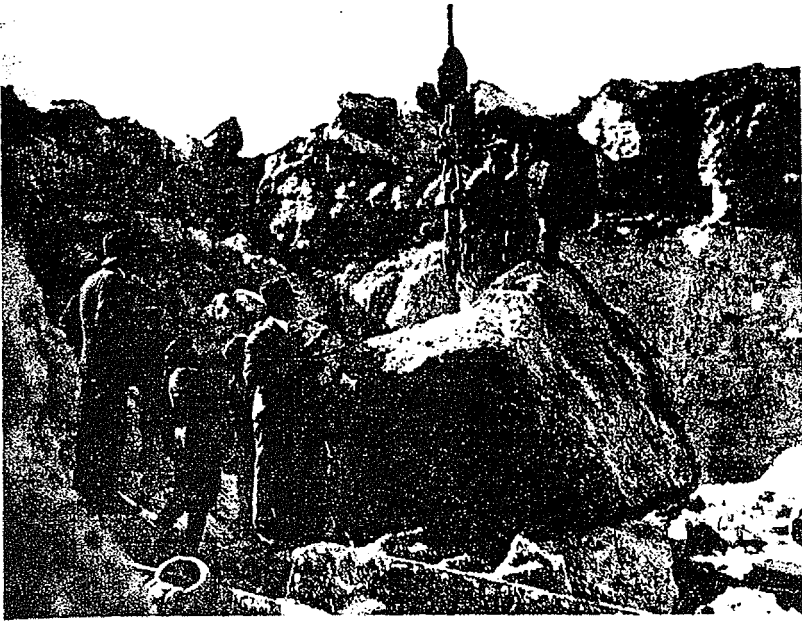


Figura 4. Canteras del Atlit, donde el gobierno del Mandato británico empleaba conjuntamente a árabes y judíos.

res, presentó el último plan de paz en enero de 1947. Retomaba el espíritu de los anteriores. Apelaba a una intervención norteamericana para su puesta marcha, permitía la entrada en el país de un número mayor de inmigrantes judíos y proponía la creación en casi toda Palestina de cantones autónomos judíos y árabes, salvo en las áreas que debían quedar bajo directo control británico. Ambas partes lo rechazaron de plano.

En febrero de 1947, Gran Bretaña había alcanzado su punto de saturación. Tenía más soldados acantonados en Palestina que en el subcontinente indio, y se había visto continuamente envuelta en los enfrentamientos directos entre los líderes políticos de ambas partes. Además, el número de bajas británicas también había ascendido sobre todo debido a la campaña de terror desencadenada por los extremistas sionistas, en especial por el Grupo Stern. La campaña de terror alcanzó su punto culminante en 1946, cuando se hizo saltar por los aires la sede de los británicos en el hotel Rey David de Jerusalén. Con todo, no fue el terrorismo lo que indujo a los británicos a abandonar

el país. El invierno particularmente crudo de 1946-1947 y la intransigencia estadounidense frente a la deuda británica crearon una crisis económica en Gran Bretaña que sirvió de incentivo para un proceso limitado de descolonización, fundamentalmente en India y Palestina.

En febrero de 1947 se confió a las Naciones Unidas la resolución del problema de Palestina. Por entonces, la Liga Árabe ya había logrado comprometer al mundo árabe con la causa de una Palestina árabe independiente. Los hachemitas de Transjordania iniciaron negociaciones secretas con la Agencia Judía en relación a la división de Palestina entre el reino hachemita y los líderes judíos, que habían declarado en una convención celebrada en los Estados Unidos en 1942 que no se conformarían con menos de la totalidad del Mandato como Estado judío. Todo estaba preparado para la confrontación final.

Entre la *Nakbah* y la independencia: la guerra de 1948

LOS DÍAS DEL UNSCOP

A finales del Mandato, Bernard Newman, un turista británico, aún pudo disfrutar de un día de tranquilidad en Jerusalén recorriendo el valle de Kedron y subiendo hacia la ciudad. Escogió una hora del día que pocas semanas después sería especialmente peligrosa para los extranjeros, la hora de la oración vespertina. Su relato es casi la última información que tenemos sobre la situación antes de que se produjese el estallido de la violencia. Está lleno de sonidos: fragmentos del muecín desde los minaretes ahogados por el tañido de las campanas de variados tonos de las iglesias ortodoxas o el más solemne de las campanas de las iglesias católicas. A la par, desde el sur se podía oír el cencerro de los rebaños de cabras y las agudas voces de los niños jugando. Aunque Newman oye también el discordante sonido de las bocinas de los coches y el traqueteo de los coches blindados¹.

Esta imagen, que otorga un trasfondo a la vida cotidiana de la Palestina de la época, iba a cambiar radicalmente. El guión del drama se había elaborado fuera de Palestina. Los intentos previos por parte del Mandato para finalizar el conflicto dieron lugar a la dependencia de una nueva policía internacional, las Naciones Unidas. Palestina fue el primer conflicto regional grave en el que intervino la organización. La política de la Guerra Fría paralizó a las Naciones Unidas desde su misma creación. No obstante, las dos grandes potencias, los Estados Unidos y Rusia coincidían en lo fundamental respecto a Palestina: el territorio debía ser dividido entre el movimiento sionista y los palestinos.

Los once miembros del órgano oficial que Naciones Unidas designó para decidir el destino de Palestina, el UNSCOP, el Comité Especial de Naciones Unidas para Palestina, llegaron a la misma conclusión.

¹ NEWMAN (1947), p. 143.

Los funcionarios del UNSCOP carecían de experiencia en Oriente Medio o de conocimiento alguno sobre la situación palestina, y habían visitado el área por un espacio de tiempo muy breve. Parecían más impresionados por la triste visita a los campos de refugiados de los supervivientes del holocausto judío en Europa que por lo que vieron en Palestina. Sin embargo, en Europa la tragedia ya había tenido lugar, y en Palestina estaba a punto de comenzar². El UNSCOP tardó nueve meses, entre febrero y noviembre de 1947, en tomar una decisión sobre el futuro del país. Los eficientes y bien preparados representantes del sionismo les habían hecho entrega de un plan de partición claro, mientras que los palestinos y los árabes fueron incapaces de ofrecer una alternativa coherente. Pese a ello, el UNSCOP estaba perfectamente al tanto del consenso palestino a la hora de rechazar el plan de partición, que era totalmente inaceptable tanto para los líderes como para el pueblo palestino; a sus ojos, equivalía a la división de Argelia entre los colonos franceses y la población indígena. La firme oposición palestina impidió que se tomase una decisión unánime respecto a la partición, pero no fue lo suficientemente fuerte como para impedir que se impusiese una mayoría apoyada, lograda hasta cierto punto mediante la presión americana y rusa³. En sus raros recorridos por Palestina, los líderes sionistas recibían con los brazos abiertos a los miembros del Comité, que los políticos palestinos boicoteaban, otro factor de desequilibrio que contribuyó a la decisión de respaldar la aspiración sionista de partición como solución lógica al conflicto. El último intento británico para limitar la inmigración ilegal judía, el retorno del Éxodo lleno de supervivientes del holocausto a Alemania, que coincidió con una de las visitas del UNSCOP, puso todavía más de relieve el nexo entre el holocausto y el establecimiento de un Estado judío en Palestina.

Durante los meses de deliberaciones del UNSCOP, la vida en Palestina siguió discurrendo de modo muy parecido a como había transcurrido después de la Segunda Guerra Mundial. Las áreas rurales eran ahora más estables, ya que había descendido el número de población que las abandonaba. También les afectaban menos los asentamientos sionistas. El esfuerzo judío se concentraba en las tierras sin

² GARCÍA-GRANADOS (1948).

³ PAPPE (1994), pp. 16-46.

cultivar del extremo norte del desierto de Palestina, el Negev, y en otras áreas a las que no afectaban las restricciones impuestas por el Libro Blanco de 1939, de modo que se notaba menos en el corazón de la región. Las ciudades continuaban siendo áreas de cohabitación binacional y la interacción económica se oponía decididamente a los líderes políticos de ambas partes. El número de personas que decidieron entrar en política no aumentó mucho y el destino de la mayoría seguía estando en manos de unos pocos.

La tranquilidad no era más que un espejismo. Los que eran más conscientes de la anómala situación que se derivaba de la decisión británica de abandonar Palestina sin tomar las medidas adecuadas para el periodo de transición o sin un gobierno alternativo estuvieron en ventaja para cubrir el vacío a su favor. Los líderes sionistas se venían preparando desde mayo de 1946 para lo que interpretaban como la confrontación final con la población local. No hubo un anteproyecto claro hasta 1948, pero sí una clara actitud desde la década de 1930, cuando los líderes sionistas empezaron a acariciar, como una de las muchas opciones, la idea de una expulsión forzada de la población palestina local⁴. La diferencia radicaba ahora en que la negativa palestina a aceptar una solución de Naciones Unidas proporcionaba un pretexto para llevar a cabo una expulsión sistemática de la población local en las áreas designadas como parte del Estado judío, áreas que ya señalaba el informe del UNSCOP. De hecho, los líderes del *yishuv* se sentían lo bastante seguros de sí mismos como para plantearse la ocupación de las áreas fértiles del territorio designado como Estado árabe. Ello sería posible en el marco de una guerra general en la que el nuevo Estado no perdiese la legitimidad internacional.

Mientras los campesinos palestinos y los colonos judíos continuaban cultivando sus tierras y, en algunos casos, manteniendo vínculos por cuestiones agrícolas o colaborando de alguna otra forma, los funcionarios sionistas comenzaron a evaluar la riqueza de las aldeas palestinas situadas dentro del territorio que el informe del UNSCOP asignaba a los judíos. Consiguieron reunir una información decisiva sobre estos lugares y elaboraron una especie de almanaque o registro secreto de los mismos. El registro incluía información sobre las aldeas catalo-

⁴ Véanse tres puntos de vista distintos al respecto: B. MORRIS (1999b); N. MASALHA (1999), pp. 211-220; e I. PAPPE (1999c).

gadas conforme a parámetros tales como la población, la producción agrícola y su historia en relación al movimiento sionista. Más adelante, durante la guerra civil antes de que finalizase el Mandato, y durante la guerra más «oficial» con los ejércitos árabes, entre mayo de 1948 y enero de 1949, se facilitó un breve informe con estos datos a los dirigentes de las unidades que atacaban las aldeas. De estos informes se desprende que, aparte de la riqueza o de la naturaleza de las relaciones que hubieran mantenido con la comunidad sionista, la localización estratégica de las aldeas desempeñaba también un papel importante en su destino. Las que estaban cerca de rutas vitales o de los asentamientos judíos tenían muy pocas posibilidades de permanecer intactas después de haber sido ocupadas por las fuerzas judías⁵.

Sin embargo, la confianza que revelaban estas medidas no implicaba que la mayoría de la comunidad judía no contemplase con aprensión el fin del Mandato británico. Muchos de sus miembros veían con preocupación la perspectiva de verse envueltos en una guerra con un gran ejército árabe. Los líderes supieron sacar ventaja de la propia inquietud y conseguir que la comunidad cerrase filas para ganar la batalla de la Palestina posterior al Mandato. El incremento del reclutamiento, los impuestos obligatorios, los impedimentos a la emigración y los renovados esfuerzos para traer a nuevos inmigrantes formaban parte de una movilización bien orquestada. En el nivel político más alto se redujeron las distancias entre los diferentes movimientos ideológicos y se centralizó el mando militar. Pese a que este frente unitario también padeció algún desajuste, en comparación con sus contrincantes, la preparación sionista era digna de destacarse⁶.

Aunque estaban más alerta que nunca respecto a la movilización sionista y querían intervenir, los notables nacionalistas palestinos asistían impotentes al desarrollo de los acontecimientos; habían dejado toda la actividad diplomática en manos de la Liga Árabe, de modo que carecían de capacidad para intervenir. Seguían boicoteando a las Naciones Unidas, apoyando en general la manera en que la Liga Árabe hacía frente a la crisis, y que consistía en una política de cuerda floja entre la retórica bélica y una serie de negociaciones secretas tendentes a posponer cualquier resolución internacional. Esta política se complicó

⁵ MORRIS (1988); PALUMBO (1987).

⁶ PAPPE (1994b), pp. 102-134.

con la postura independiente del rey Abdullah de Jordania (Transjordania se convirtió en Jordania en marzo de 1948), que, con la bendición británica, inició serias negociaciones con la Agencia Judía respecto al plan de reparto de Palestina entre su reino y el Estado judío. En principio los judíos aceptaron el plan, que se puso en marcha durante la propia guerra, permitiendo a Jordania anexionarse sin riesgos parte de la Palestina oriental a cambio de una participación limitada de la legión hachemita en el esfuerzo bélico árabe⁷.

Los notables nacionalistas no fueron conscientes ni de estas maniobras diplomáticas ni de la intensa preparación que había puesto en marcha la elite política judía. Eran conscientes de la contradicción que reinaba en el mundo árabe entre el alto nivel de retórica y la pobre preparación militar, pero siguieron creyendo que bastaría para desalentar a las Naciones Unidas y conseguir que no ejecutase la resolución relativa a la partición. Probablemente subestimaron cuán decisiva sería la falta de preparación preliminar árabe frente a la poderosa concentración militar judía en el equilibrio de poder regional. Durante los días de la UNSCOP se centraron en el reclutamiento de unos pocos miles de soldados y en reunir fondos; incluso resucitaron a los comités nacionales, aunque fueron incapaces de ponerlos bajo un mando unificado. Como se señaló en el capítulo anterior, cada comité era leal a una facción diferente del entramado político de Palestina, desgarrado entre los grupos leales a la familia de los Husseini o a sus rivales, los Nashashibi.

El 29 de noviembre de 1947, el UNSCOP presentó sus recomendaciones a la Asamblea General de Naciones Unidas. Se autorizó a tres de sus miembros a proponer una recomendación alternativa. El informe mayoritario abogaba por la partición de Palestina en dos Estados con una unión económica. Al Estado judío correspondería la mayor parte de la zona costera, Galilea occidental y el Negev, el resto sería Estado palestino. El informe de la minoría proponía un Estado unitario basado en el principio democrático. Para alcanzar en la Asamblea la necesaria mayoría de dos tercios que permitía la partición fue preciso que los grupos de influencia de la América judía llevasen a cabo una febril actividad y una notable presión diplomática estadounidense, así como un poderoso discurso por parte del embajador ruso

⁷ SHALIM (1988).

ante Naciones Unidas. Aunque casi ningún diplomático palestino o árabe hizo esfuerzo alguno para defender el planteamiento alternativo, éste consiguió tener un número igual de apoyos y detractores, demostrando que un número considerable de los Estados miembros eran conscientes de que imponer la partición suponía apoyar a un lado y oponerse al otro.

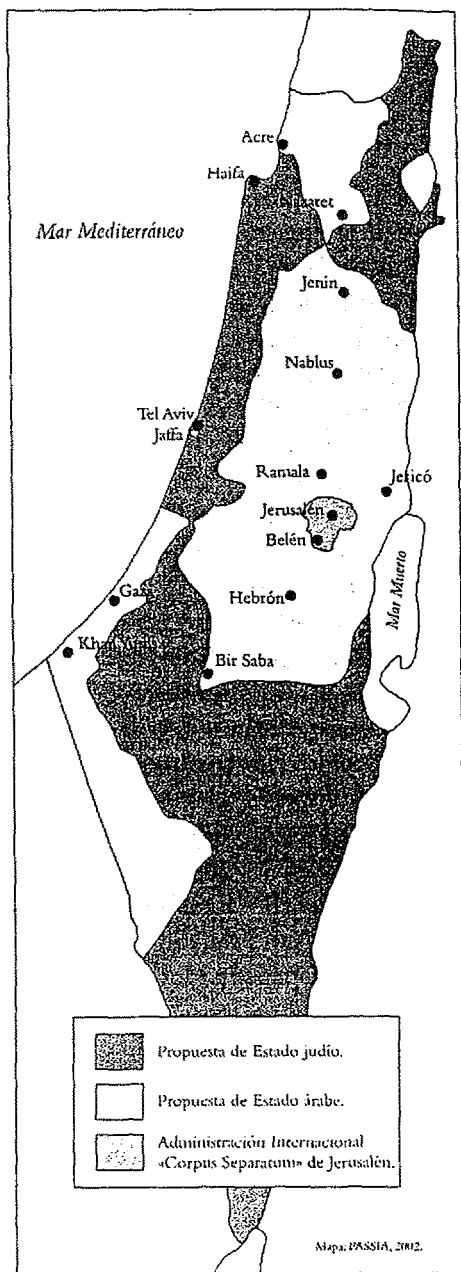
Al siguiente día se produjo el primer estallido de violencia intracomunal, que desencadenaron jóvenes exaltados de ambos lados. Era menos espontáneo de lo que podría parecer a ojos de observadores externos. Un mes antes, Israel Galilli, el responsable de la fuerza militar, había ordenado la concentración de tropas en el norte y sur de Palestina. Estas fuerzas militares estaban así pues preparadas para responder con la fuerza a manifestaciones violentas, y fueron atacadas por la *shabab*, la juventud árabe local⁸.

El lento deterioro de los próximos meses hasta la generalización de la guerra civil generó la reflexión de Naciones Unidas y Washington respecto a las ventajas y, de hecho, respecto a la viabilidad de la partición. Pero ya era demasiado tarde para un gran número de palestinos expulsados de sus casas tras perder los líderes las primeras batallas contra las fuerzas judías. La expulsión de los palestinos comenzó doce días después de que Naciones Unidas adoptase la resolución. Un mes después se destruyó la primera aldea como represalia por un ataque palestino contra convoyes y asentamientos judíos. En marzo, esta acción se convirtió en una operación de limpieza étnica, con lo que Palestina perdió a buena parte de su población indígena⁹.

La nueva evaluación de Naciones Unidas también resultó demasiado tardía para los colonos judíos y palestinos que perdieron la vida en las confrontaciones más organizadas que finalizaron en la masacre mutua. Asimismo era demasiado tarde para evitar el surgimiento de la retórica bélica en el mundo árabe, donde se iniciaron preparativos más serios para una campaña militar. En una palabra, el Mandato se desintegró antes de que Naciones Unidas pudiese llegar a una conclusión sobre la mejor manera de reemplazarlo. El gobierno británico tampoco colaboró, pues prohibió la entrada en Palestina de los funcionarios de Naciones Unidas que debían supervisar la transición conforme

⁸ GILAD (ed.) (1957), p. 15 (en hebreo).

⁹ KHALIDI (1992).



Mapa 3. Plan de partición de la Asamblea General de Naciones Unidas, 1947.

al plan de partición. Es dudoso si su presencia habría impedido la catástrofe palestina o la guerra. En el mejor de los casos habríamos tenido una fuente de información adicional sobre lo que ocurrió en los meses que condujeron a la verdadera guerra árabe-israelí. Estos sucesos se extendieron desde diciembre de 1947 al 15 de mayo de 1948, cuando abandonó Palestina el último soldado británico.

Con el deterioro de la situación, desde enero de 1948, un número creciente de palestinos se vieron arrojados a participar en el drama político y militar en el que había estado implicada Palestina desde que los británicos decidieron evacuar el país en febrero de 1947. A principios de 1948 entraron en Palestina las primeras unidades de voluntarios árabes, organizadas por el Ejército de Salvación Árabe, una organización paramilitar financiada por la Liga Árabe y liderada por Fawzi al-Qawuqji, veterano soldado sirio que había luchado en Palestina como voluntario en 1937. La misión oficial de la organización era contrarrestar la ventaja inicial obtenida por los judíos al tomar rápidamente las bases militares y los puestos civiles evacuados por los británicos. En el país operaba otra fuerza, la Legión Árabe, cuyas unidades eran parte integral de la fuerza policial del Mandato. Estas unidades no se retiraron con el resto de las fuerzas británicas y estaban estacionadas en la orilla occidental del río Jordán.

Las fuerzas de al-Qawuqji no fueron muy eficaces a la hora de defender a los civiles; introdujeron además en la vida de los palestinos locales un elemento extranjero, a veces extraño. Por las noticias que han llegado hasta nosotros, en las zonas en las que se establecieron tenían un trato condescendiente y actuaban como un gobierno militar¹⁰. Su presencia también se notó mucho debido a la rápida huida de muchos miembros de la elite palestina local, que abandonaron el país por temor al estallido del conflicto y con la esperanza de volver a una Palestina más tranquila. Entre septiembre de 1947 y marzo de 1948 unos 70.000 palestinos abandonaron el país. El éxodo produjo una sensación colectiva de inseguridad y terror en muchos sectores de la población urbana. Por otro lado, las fuerzas de la Legión Árabe eran hasta cierto punto más eficaces protegiendo a los palestinos, pero se utilizaron sobre todo para reforzar a los elementos prohachemitas de la política local a costa de personas conocidas por su lealtad al Alto

¹⁰ QASMIYA (ed.) (1975) (en árabe).

Comité Árabe. Los legionarios estaban preparando el terreno para que Transjordania se anexionase en el futuro todo el territorio de la Palestina oriental que fuesen capaces de ocupar.

LA LIMPIEZA ÉTNICA DE PALESTINA (MARZO-MAYO DE 1948)

En marzo de 1948 comenzó la verdadera campaña militar. Seguía las directrices del plan D, un anteproyecto militar preparado por la Haganá en previsión del enfrentamiento con las fuerzas árabes en Palestina y frente a los ejércitos árabes después del 14 de mayo de 1948. Hasta marzo de 1948, los enfrentamientos entre las dos comunidades, que comenzaron el día después de que la Asamblea General ratificase el plan de partición de Naciones Unidas, fueron dispersos, marginales y descontrolados. El plan D se concibió como un intento de organizar el esfuerzo bélico judío; intento que los líderes palestinos no imitaron en ningún modo. Estos hicieron algún esfuerzo poniendo a los grupos paramilitares bajo un mando único y uniendo los distintos fondos nacionales en un presupuesto. También trataron de crear un aparato general que dirigiese a los «comités nacionales» y, una vez evacuadas las fuerzas británicas, asumiese la responsabilidad de defender aldeas y barrios al tiempo que mantenía la ley y el orden. En comparación con la sistemática preparación de los judíos, eran esfuerzos ineficaces y ridículos. Había suficiente voluntad militar como para intentar tomar las encrucijadas viarias más importantes y atacar asentamientos judíos aislados, pero carecían de resistencia para defender las conquistas. Durante algún tiempo, las fuerzas militares de Abd al-Qader al-Husseini y Hasan Salameh lograron cortar la carretera entre Tel-Aviv y Jerusalén, la ciudad designada como capital del Estado judío, pero todas las acciones se hundieron una vez que se puso en marcha el plan D, en abril y mayo de 1948.

Los líderes judíos se daban cuenta de la necesidad de una mayor sistematicidad, no porque temiesen una posible victoria palestina sino porque percibían un cambio de talante y percepción de la cuestión palestina en el ámbito internacional y, en particular, en los Estados Unidos. En marzo de 1948, la administración norteamericana empezó a replantearse la viabilidad del plan de partición. Su delegación ante Naciones Unidas planteó una solución alternativa: el establecimiento durante cinco años de una administración internacional fiduciaria en

Palestina, tras la que se revisaría de nuevo el problema con el fin de encontrar una solución permanente. Los grupos de presión de la comunidad judía de los Estados Unidos desplegaron una gran actividad con el fin de impedir el cambio de política, pero revelaba cuan débil era el compromiso contraído por Naciones Unidas en relación a la creación de un Estado judío en Palestina.

En abril y mayo entró en pleno funcionamiento el plan D. Tenía dos objetivos muy claros, el primero consistía en tomar rápida y sistemáticamente todas las instalaciones, militares o civiles, evacuadas por los británicos. El éxito de la operación dependía de las simpatías de los oficiales y funcionarios británicos que estaban a cargo de ellas. Los que tenían alguna afinidad con los sionistas les facilitaron la información previa necesaria para que la Haganá ocupase las sedes de los servicios esenciales y las bases militares más importantes. Por otro lado, los británicos que simpatizaban con los palestinos no siempre podían localizar a aquellos que querían ayudarles.

El segundo objetivo del plan, y mucho más importante, era limpiar el futuro Estado judío de cuantos palestinos fuese posible. La principal fuerza militar era la Haganá, que disponía de varias brigadas. A cada brigada se le daba un listado con las aldeas que debía ocupar. Debían destruir la mayoría y sólo en casos muy excepcionales se ordenó a los soldados que dejaran una aldea intacta.

Además, algunas brigadas participarían en la toma de las ciudades árabe-judías de Palestina y sus alrededores. Esto significaba la ocupación de las ciudades y la expulsión de la población palestina, como en el caso de Jafa, Haifa, Safad y Tiberias. En algunas publicaciones israelíes, incluso en algunas con visión crítica, se señala Haifa como el lugar en que los líderes sionistas hicieron un intento genuino por persuadir a la población local para que no abandonase la ciudad. La campaña de Haifa comenzó el 20 de abril de 1948. En Haifa, pocos días antes, las fuerzas judías habían llevado a cabo la masacre de Dir Yassin, un baño de sangre bien conocido. La población local estaba aterrorizada y aún más atemorizada por las explosiones que llevaban a cabo las fuerzas israelíes en los barrios árabes y por los francotiradores que los rodeaban. Muy pocos palestinos permanecieron en la ciudad, y sus líderes consideraron el ofrecimiento judío de quedarse como un engaño hipócrita. El temor por su vida se incrementó con las masacres de Balad al-Shaykh, cuando en enero de 1948 se ejecutó a grupos de

palestinos en represalia por un ataque terrorista contra trabajadores judíos de una refinería cercana¹¹.

Se cometieron muchas masacres cerca de las ciudades mixtas, a veces en represalia por los ataques palestinos a convoyes judíos, pero con frecuencia eran actos de una brutalidad implacable. Podrían haber estado destinados, como finalmente ocurrió, a forzar a los palestinos a huir de las áreas que caían en manos judías bajo la amenaza de muerte o expulsión. Las atrocidades no tuvieron un carácter marginal, eran parte de un plan general para limpiar el futuro Estado judío de cuanto palestino fuese posible¹².

Al igual que muchos planes rectores a lo largo de la historia, el plan D era general y en algunos capítulos vago. Tan importante como el propio plan fue el ambiente que se creó, que puso las bases para una operación de limpieza étnica en Palestina. Así, mientras las acciones de la Haganá eran parte de un plan rector, no había directrices claras y específicas. El plan se ejecutó porque los soldados que luchaban en el campo de batalla conocían la actitud general de sus superiores y porque estaban motivados por los comentarios de los líderes del *yishuv* sobre la necesidad de «limpiar» el país. Estos comentarios se tradujeron en los actos de despoblación que llevaron a cabo entusiastas comandantes sobre el terreno que sabían que los líderes políticos justificarían sus acciones retrospectivamente.

Cuando se fueron los británicos, a mediados de mayo, ya se había expulsado a una tercera parte de la población palestina. El imperio de la ley y el orden siguió siendo oficialmente responsabilidad de los británicos durante las primeras fases del desplazamiento de la población indígena, despoamiento al que se sumaba la primera oleada de alrededor de 70.000 palestinos pertenecientes a la élite económica y social del país, que habían abandonado Palestina en enero de 1948. La partida de la élite urbana explica en parte por qué la política de expulsión fue tan eficaz en la primera fase de la Guerra de 1948, lo que se asemejaba a una situación de guerra civil, y duró seis meses, de diciembre de 1947 a mayo de 1948. En la segunda fase desaparecieron actores tradicionales, como el ejército británico, y llegaron otros nuevos, por primera vez, los ejércitos regulares árabes.

¹¹ Para diferentes puntos de vista sobre la situación de Haifa, véase MORRIS (1998); Masalha (1999); Palumbo (1987), pp 58-81.

¹² ABU SITA (1999), pp. 171-196.

LA GUERRA DE PALESTINA (MAYO 1948-ENERO 1949)

La segunda fase consistió en parte en una guerra de trincheras y en la ocupación de posiciones militares. Presentaba rasgos de una guerra moderna, con bombardeos aéreos marginales de objetivos civiles y fuerte bombardeo de los barrios en las ciudades con población mixta. Fue una guerra larga, alternada con considerables momentos de respiro. Durante la segunda fase se firmaron dos treguas, y desde 1949 en adelante, casi todos los ejércitos árabes alcanzaron un acuerdo de armisticio con el nuevo Estado judío.

Que los Estados árabes hubiesen sido capaces de reclutar a algún soldado ya es de por sí digno de mención. Los políticos del mundo árabe no prepararon un plan para salvar Palestina hasta finales de abril de 1948, y en la práctica consistió en un plan para que los Estados árabes que participaban en la guerra se anexionasen todo el territorio que les fuera posible. Muchos de estos ejércitos tenían poca experiencia bélica y hacia finales del Mandato contaban con escaso entrenamiento. Había poca coordinación entre ellos, y la moral y la motivación de los soldados era escasa, con la salvedad de un amplio grupo de voluntarios cuyo entusiasmo no podía compensar su falta de preparación militar. El mundo árabe, sus líderes y sus sociedades prometieron salvar a Palestina. Los políticos eran poco sinceros; el compromiso de los soldados y sus superiores era probablemente más genuino.

Los escasos resultados en el campo de batalla no fueron sólo un fenómeno árabe, lo mismo sucedió en el lado judío, que inicialmente se encontró escaso de armamento. Se solucionó durante la primera tregua, en junio de 1948, cuando los líderes sionistas consiguieron adquirir armas de los países del bloque del este, mientras Gran Bretaña, obedeciendo el decreto de Naciones Unidas, imponía un embargo sobre los tres ejércitos que usaban sólo munición británica: Egipto, Iraq y Jordania¹³. Entre las tropas judías había un número elevado de inmigrantes recién llegados, sin experiencia de combate, pero el núcleo del ejército estaba más preparado y tenía más experiencia. El

¹³ AMITZUR (1996).

número de combatientes de uno y otro lado, incluyendo los de los países árabes vecinos, fue igual a lo largo de casi toda la guerra.

Los gobiernos árabes reclutaron alrededor de 25.000 hombres y, cuando la lucha se recrudeció, alcanzaron los 100.000. La comunidad judía disponía de un número similar, incluyendo tanto a la Haganá como al Irgún.

Antes de mayo de 1948, el elemento crucial en ambos lados eran las fuerzas especiales de la Haganá, el Palmach, y las unidades paramilitares del lado palestino. En 1948, el Palmach contaba con 7.000 hombres. Eran soldados bien entrenados que debían enfrentarse a un número igual de palestinos escasamente armados, casi sin disciplina ni experiencia militar, y divididos en facciones debido a su pertenencia a uno u otro clan o, en el mejor de los casos, a un grupo ideológico.

El 14 de mayo de 1948 se proclamó el Estado de Israel. A la una de la madrugada del día siguiente, el presidente estadounidense, Harry Truman, anunció que los Estados Unidos reconocían *de facto* al nuevo Estado. Una hora antes había abandonado el país sir Alan Cunningham, el último alto comisionado británico. Dos días después la Unión Soviética se sumó al reconocimiento, pero fue más allá que la superpotencia rival y reconoció a Israel *de iure*. Durante los días siguientes fue llegando sucesivamente el reconocimiento de otros Estados. Ninguno de ellos parece haber tenido en cuenta o insistido en las implicaciones de este acto sobre el destino de la mayoría del pueblo palestino, los árabes palestinos.

Durante la medianoche del 15 de mayo, al tiempo que Cunningham abandonaba el país, un ejército egipcio con 10.000 hombres (la mitad de ellos eran soldados entrenados) cruzaba la frontera entre el Sinaí y el Negev. Ese mismo día el contingente se dirigió rápidamente a la costa, atacando los asentamientos judíos aislados que encontraba a lo largo del camino y haciendo algunos prisioneros. La fuerza aérea egipcia bombardeó Tel-Aviv. Tropas sirias y libanesas cruzaron las fronteras del antiguo Mandato que las separaba respectivamente de Palestina, pero se vieron detenidas por la feroz resistencia de los asentamientos judíos ubicados junto a las fronteras. Las fuerzas de la Legión Árabe sólo encontraron resistencia junto a cuatro asentamientos judíos aislados en el área de Gush Etzion, cerca de Jerusalén; ninguna de las principales ciudades que invadieron en Cisjordania, o lo que llamaríamos más tarde Cisjordania, opuso resistencia alguna.

La Legión se detuvo cerca de la ciudad de Jerusalén, cuyo destino siguió sin decidirse pese al acuerdo tácito alcanzado antes de la guerra entre hachemitas y judíos para repartirse la Palestina de después del Mandato.

El 19 de mayo, la Legión atacó la ciudad de Jerusalén. Sus tropas lograron ocupar el barrio judío de la Ciudad Vieja, pero, por lo demás, hicieron escasos esfuerzos para defender los barrios árabes de la parte occidental de la ciudad, lo que permitió que las fuerzas judías crearan su propio enclave en esta parte de Jerusalén. También lograron abrirse paso hacia Tel-Aviv, la ciudad designada como capital del Estado judío. Los iraquíes, principales aliados de los jordanos, alcanzaron una victoria: malograron el intento judío de ocupar la ciudad de Jenin. Por lo demás, los jordanos los utilizaron para mantener el derecho y el orden en Samaria, ahora prácticamente bajo control jordano.

Tras cinco días de combates, las Naciones Unidas hicieron lo que deberían haber hecho mucho antes: evaluaron de nuevo su política en Palestina. El 20 de mayo, el Secretario General nombró a un mediador. Se encomendó al conde Folke Bernadotte buscar una solución alternativa a la partición. El Consejo de Seguridad exigió el cese de las hostilidades, lo que no obtuvo respuesta hasta dos semanas después.

Pasó una semana desde el comienzo de los combates. Los árabes sólo habían logrado salir con éxito de los enfrentamientos con asentamientos judíos aislados, pero eran incapaces de defender las áreas ocupadas y al cabo de una semana desde el comienzo de las hostilidades, se vieron obligados a retirarse. El principal logro egipcio, pero de corta duración, fue sumar sus fuerzas a las de la Legión Árabe en torno a Belén y el sur de Jerusalén. Los dos contingentes árabes perdieron esta posición aventajada y las fuerzas judías lograron abrir una brecha entre las tropas egipcias estacionadas allí y las estacionadas en el Negev, en un área conocida como la bolsa de Faluja, donde servía incidentalmente Gamal Abd al-Nasser como joven oficial. Los sirios y los libaneses empezaron a perder terreno en cuanto comenzaron las primeras operaciones. Las fuerzas judías ocuparon Acre el 18 de mayo. Los palestinos, que a mediados de abril habían llegado como refugiados desde Haifa, fueron expulsados otra vez, encaminándose ahora al Líbano.

El 14 de mayo, la situación en el frente norte era más clara. Las fuerzas sirias, iraquíes y libanesas, que habían penetrado en el norte de Palestina, iniciaron una rápida retirada. El contraataque sirio del 6 de

junio fracasó y las fuerzas árabes se vieron reducidas a una pequeña zona de Palestina, junto al mar de Galilea. Tras la Guerra de 1948, el área se convirtió en la principal manzana de la discordia entre Siria e Israel, y la lucha por ejercer su control alimentó la tensión que culminaría en la Guerra de 1967. La situación en otros frentes era similar. La falta de munición, las largas colas de abastecimiento y la falta de experiencia militar hicieron que la coalición árabe fuese incapaz de oponerse a las fuerzas judías, que, pese a contar con un número de tropas similar, tenían más experiencia y estaban mejor equipadas.

El 10 de junio se firmó la primera tregua. Algunas partes del sur de Palestina estaban aún en manos de los egipcios, y Cisjordania y la Jerusalén oriental estaban bajo control jordano. Al menos dos lugares estaban dispuestos a aceptar la situación como base para un acuerdo postbélico: Amán, donde el rey Abdullah estaba satisfecho con haber obtenido una parte tan importante de Palestina, y Londres, pues el secretario de Asuntos Exteriores, Ernest Bevin, y los expertos en Oriente Medio veían la división de Palestina como una medida aceptable y práctica. Para los dirigentes de la política británica esta fórmula ofrecía una salida plausible al conflicto y era un arreglo que favorecía los intereses británicos en el área.

Pero en Tel-Aviv, El Cairo, Damasco y Bagdad se quería seguir adelante con el derramamiento de sangre, y en cada una de estas ciudades se esperaba obtener mayores ventajas territoriales. Para algunos políticos árabes era un caso de supervivencia política, pues paralizar las operaciones militares habría supuesto admitir la derrota frente a la creciente oposición nacionalista que tenían en el interior. Deberían haberlo pensado mejor, porque en la víspera de la tregua Israel hizo ostentación de su poder y superioridad militar bombardeando todas las capitales árabes cercanas.

Durante la tregua, los ejércitos árabes no consiguieron aprovisionarse de nuevos suministros de armas, ya que Gran Bretaña estaba decidida a respetar el embargo que Naciones Unidas había impuesto a las partes contendientes. Por su parte, las fuerzas judías continuaron burlando la sanción importando grandes cantidades de armamento pesado procedente de los países del bloque del este, que desobedecían la política de Naciones Unidas. Una vez reanudadas las hostilidades, a mediados de junio de 1948, a la paridad de la primera semana le sucedió la superioridad judía.

El flujo de armas destinadas a las fuerzas judías tendría graves consecuencias para la estabilidad política. En medio de la tregua, el lado judío se iba deslizando peligrosamente hacia la guerra civil. El intento de unir a todas las facciones clandestinas en un único mando militar había mostrado ser muy difícil. El Irgún, en particular, con su fanatismo y su nacionalismo, se negaba a aceptar a la autoridad central. El 22 de junio intentó introducir de contrabando un barco lleno de armamento para reforzar su propio poder militar. La Haganá lo descubrió y lo destruyó. Dos personas directamente implicadas en el incidente pagarían las consecuencias de este enfrentamiento en la política israelí. Uno era Menachem Begin, que estaba en el barco y que haría carrera política gracias a su intento de reivindicar a los que estaban a bordo. El otro era Yitzhak Rabin, uno de los comandantes de la Haganá, al que los viejos partidarios del Irgún veían como un traidor. Muchos años después, cuando Rabin firmó los acuerdos de Oslo, volvieron a sacar a la luz este incidente fomentando una campaña de odio que culminó en su asesinato.

El 8 de julio recomenzaron los combates, que duraron diez días, antes de que se impusiese una segunda tregua. La iniciativa correspondía ahora sin duda al lado judío. Los líderes de Israel, que habían conseguido nuevas armas, pero temían que la comunidad internacional acabase por imponer una solución que les fuese desfavorable, hicieron un esfuerzo por completar la invasión de la mayor parte de Palestina. En agosto continuaron las victoriosas campañas israelíes, que les dieron el control total de Palestina a excepción de Cisjordania y la franja de Gaza. Ambos lados sufrieron numerosas bajas en los combates, sobre todo los ejércitos árabes. El gobierno israelí no perdió tiempo capitalizando sus propios éxitos militares para transformar de modo radical la situación política en Palestina. En agosto, la moneda israelí, la lira, reemplazó a la moneda en curso. Ese mismo mes empezó a reclamar el botín que habían dejado los británicos. Se hizo con numerosas cuentas bancarias, tanto públicas como privadas. Algunas cuentas bancarias gubernamentales estaban lógicamente en Londres y fue el gobierno británico el que completó el absoluto desposeimiento de los palestinos de cualquier participación en la riqueza del antiguo Mandato al entregar las cuentas pendientes al Estado judío a comienzos de la década de 1950. Hasta el día de hoy

los palestinos no han conseguido acceder a los ingresos derivados de treinta años de recaudación británica de impuestos en Palestina¹⁴.

En agosto llegó también una oleada masiva de inmigrantes judíos. Era una carga económica para la comunidad sionista, que se encontraba combatiendo por su vida. En particular, los habitantes de Jerusalén vivían en condiciones duras, bajo mandato militar y difícilmente podían absorber a los recién llegados. Sin embargo, afortunadamente para ellos, en agosto los hachemitas empezaron a retirarse del campo de batalla y se pudo salvar una rama débil del grupo sionista.

La llegada a Tel-Aviv de representantes diplomáticos de los Estados Unidos y Rusia fue otro signo de cambio, aunque este gesto de prestigio diplomático se vio ensombrecido por el asesinato, en septiembre de 1948, del conde Bernadotte a manos de judíos extremistas, lo que suponía el primer enfrentamiento con Naciones Unidas, hasta entonces abiertamente pro sionista. Para el líder judío David Ben-Gurion la parte menos aceptable del plan de Bernadotte era la cesión del Negev a Jordania, plan que apoyaba y animaba el gobierno británico. Con el fallecimiento de Bernadotte se despejaba el camino para la invasión militar total de esta parte de Palestina. Los israelíes ocuparon Beersheba en octubre de 1948 y el ejército israelí amenazó incluso con penetrar en el Sinaí y en Cisjordania; esto es, invadir de hecho Egipto e ignorar el acuerdo tácito con Jordania. Las Naciones Unidas trataron de detener a los israelíes imponiéndoles sanciones, los Estados Unidos hicieron pública una dura amenaza y los británicos lanzaron un ultimátum señalando que Londres consideraba las operaciones israelíes un *casus belli*. Estas medidas lograron que los israelíes respetasen el alto el fuego.

Los Estados árabes involucrados en la guerra tenían poco que hacer frente a tales éxitos militares. Aceptaron entablar, bajo supervisión de Naciones Unidas, una serie de diálogos con Israel, salvo Iraq, que no tenía frontera con Israel. Las negociaciones acabaron por conseguir el armisticio, que se mantuvo en el caso de Siria, Jordania y Egipto hasta 1967, y en el caso de Libano hasta 1978. Con todo, los acuerdos no evitaron definitivamente el estallido de otra guerra y fueron fuente de frecuentes escaramuzas fronterizas. En cierto modo podría parecer que el premio Nobel que se otorgó a su artífice, Ralph Bunch, el sustituto de Bernadotte tras el asesinato de éste, fue innecesario. Al menos por entonces puso fin a los combates.

¹⁴ BIALER (1990).

LA LIMPIEZA ÉTNICA DE PALESTINA (MAYO 1948-ENERO 1949)

Mientras en muchas partes de Palestina había una guerra convencional, en otras la guerra adoptaba una forma diferente. La guerra convencional tenía lugar en los márgenes de lo que sería el Estado judío y dentro de las áreas del propuesto Estado palestino que codiciaban los judíos. En el Estado judío propiamente dicho se desarrollaba una situación extraña y estremecedora que afectaba a las cerca de tres mil aldeas palestinas. Para convencer a los lectores de lo que sucedió, me centraré brevemente en la crónica de 64 aldeas de las 370 que Israel destruyó e ilustraré así la situación que se desarrolló en el corazón de la Palestina rural y que condujo casi a su completa aniquilación.

Estas aldeas se encontraban en el área situada entre las ciudades costeras de Tel-Aviv y Haifa. Una de las brigadas de la Haganá, la Alexandroni, se encargaba de la misión de judaizar esta parte de Palestina. Desde finales de abril hasta finales de julio de 1948 en casi todas las aldeas se repitió una escena lúgubre. Soldados israelíes armados rodeaban la aldea por tres lados y obligaban a huir a la población por el otro. En muchos casos, si las gentes se negaban a abandonar la aldea, los llevaban a la fuerza en camiones hasta Cisjordania. En algunas aldeas había voluntarios árabes que se resistían por la fuerza, así que cuando tomaban la aldea, la destruían inmediatamente con explosivos.

El 14 de mayo, el día en que se declaró el Estado judío, ya habían desaparecido 58 aldeas. Quedaban seis. Tres de ellas, Jaba', Ijzim y Ein Ghazal, serían arrasadas en julio. Dos, Fureidis y Jisr al-Zarqa, a unos 35 kilómetros al sur de Haifa, siguen todavía en pie. Ambas proporcionan mano de obra barata a los viejos asentamientos judíos de Zichron Yaacov y Binyamina, y por eso se salvaron¹⁵.

Tantura, la más grande de las seis aldeas restantes, quedó en medio del territorio judío, como «una espina en la garganta», en palabras de la historia oficial de la guerra de la brigada Alexandroni¹⁶. El 23 de mayo le llegó su turno. Tantura era una antigua aldea palestina, grande conforme al tamaño habitual de entonces, con alrededor de 1.500 habitan-

¹⁵ MORRIS (1990), pp. 191-222.

¹⁶ Publicaciones de la FDI, *The Book of the Alexandroni Brigade* (Tel-Aviv, 1964), p. 96 (en hebreo).

tes que vivían de la agricultura y la pesca. Oficiales de la inteligencia judía ofrecieron a dos o tres notables, incluido el *mukhtar*, el gobernante de la aldea, ciertas condiciones para que la aldea se rindiese. Se rechazaron sospechando, al parecer con razón, que la rendición acabaría en expulsión. Al principio, el comandante judío pensó en enviar una furgoneta con un altavoz que instase a la población a rendirse, pero no se hizo. La noche del 22 de mayo atacaron el lugar por cuatro lados. Como se indicó anteriormente, no era el procedimiento corriente. La falta de coordinación hizo que se rodeara toda la aldea, lo que dejó a buena parte de la población en manos de la fuerza ocupante.

Los cautivos fueron trasladados a la playa. Allí se separó a los hombres de las mujeres y los niños, a los que se obligó a marchar hasta la cercana Fureidis; algunas familias lograron reunirse dieciocho meses después. La brigada Alexandroni y otras fuerzas judías asesinaron a doscientos hombres entre los trece y los treinta años. La venganza, así como el deseo consciente de matar a varones en edad de combatir explican los motivos de esta masacre. Hubo incidentes similares en otras localidades, pero sus detalles todavía están por esclarecer mediante nuevos trabajos de investigación¹⁷.

En Galilea y el Negev, como en la llanura costera, otras brigadas israelíes utilizaron estrategias similares para judaizar el nuevo Estado. Las operaciones israelíes en Galilea se basaron en un plan sistemático de expulsión, aunque éste dependía mucho de las circunstancias de cada localidad, lo que dio lugar a un modelo que a posteriori parece, cuando menos, ilógico. Por ejemplo, las ciudades de Nazaret y Cafarnaúm, que no tenían buenas relaciones con el asentamiento judío, permanecieron intactas, mientras que la aldea cercana al monte Tabor, que quería firmar un acuerdo de no agresión con el *yishuv*, fue destruida y sus habitantes expulsados. La sistematicidad estaba en los métodos empleados, que consistían primero en aterrorizar a la población, ejecutar a unos cuantos para inducir a otros a abandonar el lugar y pedir entonces a un comité oficial que valorase la tierra y las propiedades de las aldeas o de los barrios desiertos.

En el invierno de 1949 callaron las armas. Había terminado la segunda fase de la guerra, y con ella el segundo, pero no el último, estadio de la «limpieza étnica» de Palestina. La tercera fase se extendió más allá de la guerra, hasta 1954, y trataremos de ella en el siguiente

¹⁷ PAPPE (2001), pp. 19-39.

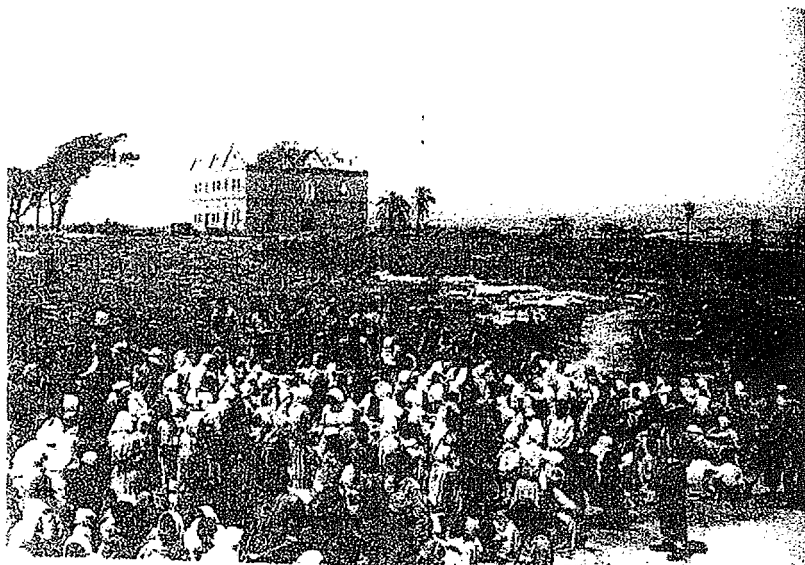


Figura 5. Mujeres y niños de Tantura poco después de la ocupación de mayo de 1948.

capítulo. Mientras el principal objeto de las expulsiones y matanzas de la primera fase fue la población urbana de Palestina, después de mayo de 1948 la víctima de esta política fue el grueso de la población que vivía en las zonas rurales. De los 850.000 palestinos que habitaban los territorios que Naciones Unidas designó como parte del Estado judío, sólo vivían en su tierra y en sus casas, o cerca de ellas, 160.000. Los que se quedaron se convirtieron en la minoría palestina de Israel. El resto fueron expulsados o huyeron bajo la amenaza de expulsión, y unos pocos miles murieron durante las matanzas.

De este modo, cuando se acabó el invierno y la primavera de 1949 calentó una zona particularmente helada de Palestina, no había quien reconociese la tierra que hemos descrito en este libro reconstruyendo un periodo de más de 250 años. El campo, el corazón rural de Palestina, con sus pintorescas aldeas llenas de color, estaba arruinado. La mitad de las aldeas habían sido destruidas, arrasadas por las máquinas excavadoras israelíes que habían comenzado a funcionar en agosto de 1948, cuando el gobierno decidió que era preciso convertirlas en tierra cultivable o construir nuevos asentamientos judíos sobre sus ruinas. Un

comité designado a tal efecto dio a los nuevos asentamientos nombres que eran una versión hebrea del árabe original: Lubyá se convirtió en Lavi, y Safuria Zipori, aunque pasó a denominarse Iteit, mantuvo su nombre original. David Ben-Gurion explicó que con ello se trataba de impedir cualquier reclamación futura de las aldeas. La medida contó también con el apoyo de los arqueólogos israelíes, que habían dado el visto bueno a la denominación convirtiendo el mapa en algo parecido a «la antigua Israel»¹⁸.

La Palestina urbana fue aplastada de modo similar. En las ciudades de población mixta se destruyeron los barrios palestinos, salvo unos pocos que se dejaron vacíos para ser poblados posteriormente por inmigrantes judíos procedentes de los países árabes. Las ciudades sin población mixta tuvieron una fortuna muy desigual. Los habitantes de Lod, Ramla y Majdal fueron expulsados a la fuerza, sufriendo masacres y humillaciones. En cambio, Cafarnaúm y Nazaret siguieron intactas, pero superpobladas por el flujo de refugiados que escapaban de las aldeas vecinas.

Tres cuartas partes del millón de palestinos se convirtieron en refugiados. Era casi el 90 por 100 de la población que vivía en el territorio designado como Estado judío. En el invierno de 1948 ya estaban alojados en las tiendas de campaña que les proporcionaban las organizaciones humanitarias internacionales, y su único consuelo era la resolución de Naciones Unidas prometiéndoles un pronto retorno a sus hogares. Los que vivían en la franja de Gaza se familiarizaron con el gobierno militar egipcio, por entonces duro, pero en su mayor parte indiferente, en un área que incluía el mayor segmento de la comunidad de refugiados. Los que todavía estaban en sus hogares en Cisjordania y habían mantenido sus contactos con los hachemíes se labraron un futuro político y económico nuevo. Los que se habían convertido allí en refugiados vivían hacinados en los campos, sobreviviendo gracias a la caridad y la solidaridad. Los que aún tenían esperanzas en una Palestina independiente pronto se encontraron con el rudo trato del servicio secreto y la policía hachemíes, aunque conseguirían crear posteriormente la infraestructura política nacional para desarrollar una acción independiente.

En la Guerra de 1948, los palestinos perdieron Palestina tanto en el campo diplomático como en el militar. El acuerdo tácito entre

¹⁸ BENVENISTI (2000).

Israel y Jordania en vísperas de la guerra respecto a la partición de la Palestina posterior al Mandato neutralizó a la Legión Árabe, el eficiente ejército jordano dirigido por los británicos, que confinó sus actividades al área que circundaba Jerusalén. Esta decisión estratégica determinaría el equilibrio de poder de la Guerra de 1948. En conjunto, aparte del corto periodo de paridad, el lado judío contó a medida que la guerra avanzaba con más, aunque no muchos más, soldados y munición.

Además, se movilizaba con mucha más facilidad y era mucho más organizado que sus oponentes árabes. La Haganá pudo surgir de una reserva de oficiales entrenados por Occidente y nacidos en territorio palestino, pero con experiencia militar. Tenía un sistema de mando eficaz y centralizado, y combatió en un área relativamente pequeña, lo que le permitió actuar con rapidez y de modo más eficiente que los ejércitos egipcio o iraquí, que luchaban lejos de casa.

La política de asentamientos de la Agencia Judía dejó a muchos de ellos en lugares aislados, de modo que en su caso no disfrutaron del equilibrio de fuerzas general. Según la mitología fundacional israelí, unos pocos judíos se enfrentaron a muchos árabes en numerosas batallas, y aunque no cabe duda de que hubo actos de heroísmo entre los judíos en los campos de batalla, no fue la norma. No obstante, la fuerte comunidad judía de 660.000 habitantes sufrió 6.000 bajas, de las que 2.000 correspondían a civiles: en conjunto, un 1 por 100 de la población.

Palestina se convirtió en una entidad geopolítica nueva, o más bien en tres entidades. Dos, Cisjordania y la franja de Gaza estaban mal definidas, la primera totalmente anexionada a Jordania, pero sin el beneplácito o el apoyo de la población; la segunda estaba en el limbo, bajo mando militar, y se impedía a sus habitantes la entrada en Egipto. La tercera entidad la constituía Israel, tendente a judaizar cualquier parte de Palestina y a construir un nuevo organismo vivo, la comunidad judía de Israel.

La catástrofe que cayó sobre los palestinos sería recordada en la memoria nacional colectiva como la *Nakbah*, la catástrofe, alumbrando el fuego que uniría a los palestinos en un movimiento nacional. La imagen que se crearon de sí mismos sería la de una población indígena liderada por un movimiento guerrillero y deseando, en vano, mover las manillas del reloj en sentido contrario. En la memoria colectiva de Israel, la guerra pasó a verse como el acto de un movimiento de libera-

ción nacional en contra del colonialismo británico y la hostilidad árabe, que había culminado, contra todo pronóstico, en la victoria. La pérdida de un 1 por 100 de la población ensombrecía la alegría de alcanzar la independencia, pero no la voluntad ni la determinación de judaizar Palestina y convertirla, en las postrimerías del Holocausto, en el futuro puerto del judaísmo internacional.

La era de la partición (1948-1967)

DESALOJO Y EXPOLIO

Dentro de las fronteras de lo que fue la Palestina del Mandato vivían ahora alrededor de dos millones y medio de personas. Entre la población del recién creado Estado de Israel estaban los recién llegados, en su mayoría inmigrantes judíos procedentes de la Europa del Este y de los países árabes, así como 160.000 palestinos que de algún modo consiguieron quedarse en el país. De la población indígena de Palestina, casi un millón se habían convertido en refugiados; muchos habían sido expulsados a Cisjordania y la franja de Gaza, y otros, a los países cercanos, Líbano, Siria y Jordania.

Los refugiados procedían de todas las clases sociales, pero los que se vieron empujados a los campos tenían un nivel socioeconómico similar. Habitasen o no en los campos, ya fuesen ricos o pobres, todos experimentaron el trauma colectivo y personal que consolidaría sus lazos futuros como comunidad nacional, su sentido de la identidad centrado en la patria perdida. Esto nos permite —de hecho nos obliga— a incluir la historia de los refugiados en la del país mismo. La mayoría eran agricultores que habían empezado a prosperar tras la Segunda Guerra Mundial, pero descubrieron que la prosperidad apenas mejoraba su nivel de vida, pues gran parte de sus beneficios tenían que invertirse en las aldeas para crear la infraestructura de asistencia social que el Mandato no había sido capaz de proporcionarles. Ahora, en 1948, expulsados de su patria por la fuerza, se habían convertido en mendigos que dependían de las limosnas de Naciones Unidas y vivían en la esperanza de que pronto retornarían a su hogar. Por expresarlo en otros términos, alrededor de un millón de palestinos seguían viviendo en Palestina, donde ahora los superaba numéricamente el millón y medio de judíos, mientras el otro millón de palestinos vivía junto a las fronteras de Palestina, sobre todo en los campos de refugiados¹.

¹ Para los datos estadísticos de este periodo, véase GILBAR (1997).

La «sociedad» de lo que había sido la Palestina del Mandato contaba con otros grupos aparte de la población indígena expulsada y de los recién llegados que se habían instalado en sus tierras. Eran los veteranos sionistas, algunos llegados ya en la década de 1880. La primera mitad de la década de 1950 fueron años en los que tanto los recién llegados como los residentes veteranos tenían que buscar la manera de adaptarse a la nueva situación geopolítica en la que se encontraban inmersos. En términos políticos, era tiempos marcados por la indecisión, las oportunidades perdidas y las resoluciones irreversibles. En Palestina, la transición resultó precaria y algunos salieron adelante mejor que otros.

Con todo, las principales víctimas fueron los refugiados de los campos. Su calidad de vida dependía de los regímenes bajo los que vivían, de modo que el tamaño de los campos, la distancia entre unas barracas y otras y la infraestructura básica de que disponían dependía de las políticas oficiales y de los recursos económicos de los países que los acogían.

Naciones Unidas desempeñó también un papel importante en la vida de los refugiados. La organización entendía por refugiado a «la persona necesitada y sus descendientes directos, que como resultado de la guerra en Palestina ha perdido su hogar y sus medios de subsistencia»². El invierno de 1948-1949 fue especialmente frío y duro, y las 750.000 personas incluidas bajo la denominación de refugiados difícilmente habrían sobrevivido si no fuese por las organizaciones humanitarias americanas y las agencias de ayuda internacional³.

En enero de 1949, una vez agotados los fondos de estas organizaciones humanitarias, Naciones Unidas creó un organismo específico encargado del problema de los refugiados palestinos, la UNRWA, la Agencia de Ayuda y Trabajo de Naciones Unidas. La idea de su creación procedía de algunos empresarios norteamericanos que no estaban directamente interesados en la dimensión política del problema de los refugiados, pero que creían poder ligar el establecimiento de los refugiados en países árabes con una especie de plan Marshall para Oriente Medio. Como en Europa, la idea era promover un aumento del nivel de vida para frenar la expansión soviética.

El hecho de que la participación norteamericana se centrara en el aspecto asistencial del problema explica el porqué la UNRWA fue

² UNRWA (1951). *Annual report, A/905*, suplemento 16, p. 67.

³ PAPPE (1988), pp. 124-161.

incapaz de cambiar el estatus o el bienestar de los refugiados de manera sustancial. Pese a que prometió apoyarlos en la transición hasta la repatriación, jamás logró hacer realidad la vuelta de los refugiados. También se comprometió a proteger a los refugiados y defender los derechos que les reconocía el Derecho Internacional, compromiso que tampoco cumplió. En cambio, su principal aportación fue conseguir que las tiendas que los albergaban fuesen sustituidas por chozas de barro construidas dentro de los muros de los campos y separadas por unas cuantas veredas angostas que atravesaban las nuevas barriadas de Oriente Medio. La imagen que ahora se hizo familiar de los campos de refugiados era un recuerdo constante para el mundo de lo que un autor denominó «el amargo fruto» de la Guerra de 1948⁴. Las primeras chozas y las nuevas se construyeron con materiales perecederos, sobre todo arcilla, en vez de la piedra tradicional, lo que encapsulaba a los refugiados en un estatuto de transición e ilustraba su anticipación de una pronta repatriación, conforme a la resolución 194 de Naciones Unidas, o en el caso de los más románticos, la liberación de Palestina que prometían las organizaciones guerrilleras comprometidas con la derrota del sionismo e Israel.

En el plazo de un año, en mayo de 1949, el problema judío había desaparecido del orden de prioridades internacional. Al principio estuvo entre los tres problemas más importantes de la cuestión palestina, los otros dos eran el futuro de Jerusalén y la partición del territorio. Esta percepción triangular del conflicto constituyó la base sobre la que se centraron los esfuerzos de paz de Naciones Unidas a lo largo de 1948-1949. Para las Naciones Unidas no había duda respecto a la solución de las tres cuestiones: repatriación incondicional de los refugiados, internacionalización de Jerusalén y partición del territorio conforme a la distribución de las dos poblaciones. Los tres puntos constituían la médula de las propuestas del conde Bernadotte, el mediador que Naciones Unidas había enviado a la región. Tras su asesinato a manos de extremistas judíos, en septiembre de 1948, el órgano que lo sustituyó, la Comisión de Conciliación de Naciones Unidas, tomó el relevo y adoptó sus propuestas.

Las propuestas de Bernadotte se convirtieron en las líneas maestras de la conferencia de paz que se celebró en Lausana, Suiza, en abril de 1949. Bajo la presión americana, Israel consintió durante un día, el 11

⁴ HADAWI (1967).

de mayo para ser exactos, negociar las tres propuestas sólo para renegar de ellas veinticuatro horas más tarde. Durante este espacio de tiempo, el Estado judío fue admitido como miembro de Naciones Unidas. Una vez aceptada su admisión, se sintió ya lo bastante confiado y seguro de sí mismo como para adoptar una posición oficial inflexible frente a una solución apoyada por Naciones Unidas que no le complacía. La administración americana presionó momentáneamente a Israel para que consintiera en negociar las tres cuestiones, pero fue en vano, y el proceso se agotó⁵.

Mientras las deliberaciones internacionales sobre el futuro de los refugiados se estancaban, algunos países árabes tuvieron que tomar decisiones rápidas y formular su propia política de cara a los refugiados que residían en su territorio pues su presencia alteraba radicalmente el delicado equilibrio religioso, como en el Líbano, o étnico, como en Jordania, donde había muchas posibilidades de que la llegada de los refugiados y la anexión de Cisjordania acabasen por palestinar el país. Abdullah de Jordania era muy consciente del riesgo y decidió poner en marcha un proceso de asimilación de los palestinos. Desde el principio, los refugiados de Jordania tuvieron libertad para ejercer cualquier tipo de actividad laboral que quisieran, y también podían abandonar los campos siempre que se mostrasen leales al régimen. En cambio, ese mismo reino que acababa de ampliar sus fronteras reprimía sin contemplaciones toda manifestación real o imaginaria de la identidad palestina.

La política jordana de la década de 1950 era sumamente ambivalente. Al tiempo que abría sus puertas a los refugiados palestinos, Jordania aún veía a los palestinos, ya fuesen refugiados o habitantes de Cisjordania, como una comunidad potencialmente subversiva que debía ser supervisada y estar bajo control. La superioridad material y financiera de Cisjordania frente al resto de Jordania fomentaba el temor a una posible secesión o una futura conquista palestina. La tensión entre los residentes de Cisjordania y sus nuevos gobernantes no se relajó con el paso del tiempo, tampoco mejoraron las relaciones bajo el reinado del nieto de Abdullah, el rey Hussein, que ascendió al trono en 1953. Lo mismo cabe decir respecto a la relación de los habitantes de los campos de refugiados de la orilla oriental del río Jordán y las

⁵ Pappé (1994b), pp. 203-243.

autoridades. Sólo los palestinos que se establecieron en la orilla oriental, fuera de los campos, lograron normalizar su existencia con el transcurso del tiempo, lo que puede explicar el motivo por el que algunos se integraron voluntariamente en la nueva sociedad.

Con todo, Jordania era un «Estado anfitrión» mucho más hospitalario que Siria o Líbano, por ejemplo. El gobierno libanés optó desde un principio por una política de represión y exclusión cara a los refugiados. Los palestinos que llegaban al Líbano eran en su mayor parte labradores y agricultores autónomos de Galilea o expulsados de Haifa y Acre. Todos ellos tuvieron que hacer frente a dificultades excepcionales y recibieron el trato que habitualmente se daba a los extranjeros, tanto respecto al acceso a la vivienda como a un puesto de trabajo. El gobierno, temeroso de que los refugiados pusiesen en peligro el delicado equilibrio étnico-religioso libanés, los confinó en campos miserables. Lo mismo cabe decir respecto a sus derechos civiles. Como mínimo, se les vedó el acceso a cuarenta categorías profesionales⁶. Los que aun así encontraron trabajo, permanecieron en los estratos sociales más bajos, lo que solía ser el destino de las comunidades inmigrantes, pero que en el caso de los palestinos fue consecuencia de una política étnica deliberada⁷.

El gobierno sirio mantuvo una actitud más abierta respecto a los refugiados y les permitió practicar la libre empresa en términos de la autorización necesaria para abrir pequeños negocios, pero era tan duro como el libanés frente al trabajo no cualificado. Había demasiados sirios pobres y desempleados que necesitaban trabajos de baja remuneración y, como es natural, mostraban su animosidad frente a posibles competidores.

Los que ofrecieron las mejores condiciones a los refugiados fueron los Estados del Golfo Pérsico, que se convirtieron en un destino codiciado, aunque muy pocos llegaron a alcanzarlos. Las aventuras de tres héroes ficticios desesperados, o mejor antihéroes, en la historia de Ghasan Kanafani, *Hombres al sol*, traduce esta situación de manera conmovedora⁸. Pero incluso en este paraíso relativo la supervivencia estaba sujeta al cumplimiento de ciertas condiciones. Si se quería per-

⁶ Farsoun y Zacharia (1997), pp. 154-155.

⁷ PERETZ (1993), p. 415.

⁸ L. LAPPE (1995b), pp. 157-174.

manecer en el país era preciso obtener un empleo o arriesgarse a ser tratado como «trabajador emigrante», privado de los derechos básicos. La manera más segura de lograr la residencia permanente era casarse con un ciudadano del país. Los refugiados que cumplían estas condiciones tenían la oportunidad de emplear sus conocimientos y desarrollar las labores para las que estaban cualificados.

Desde el punto de vista de Israel, la diferencia de condiciones significaba que los refugiados seguían siendo un «problema». El gobierno de Jerusalén estaba constantemente en alerta caso de que la comunidad internacional insistiese en llevar a la práctica el compromiso que había adquirido con los refugiados a través de la resolución 194. Para impedirlo, en agosto de 1948, el gobierno israelí comenzó a poner en marcha una política de anti-repatriación, que conllevó la destrucción o la invasión total de toda casa o morada palestina abandonada en las aldeas o en los barrios urbanos. De hecho, una vez que Naciones Unidas y la comunidad internacional perdieron interés en promover la repatriación, el gobierno israelí pudo invadir más aldeas sin impedimento alguno por parte de la opinión pública internacional. Primero creó los fundamentos legales adecuados para su política de anti-repatriación; en 1950, la Knesset aprobó una legislación que permitía al gobierno seguir confiscando propiedades palestinas y utilizarlas para objetivos públicos judíos. En 1953 se autorizó también al ejército a hacer uso de las aldeas y campos palestinos. Esta campaña legislativa proporcionó la base constitucional para la continua despoblación de las aldeas palestinas en aras de la seguridad. En aquellos primeros años tras la Guerra de 1948, el ejército ocupó docenas de aldeas árabes en el norte y en el área costera, y expulsó a la población que las habitaba. Se obligó a los beduinos a establecerse en el sur tras haber sufrido un expolio por el que se les arrebataron tanto las vastas extensiones de terreno que les pertenecían desde el periodo otomano, y en algunos casos incluso desde antes, como su cultura nómada⁷.

El continuo despoblamiento estaba estrechamente ligado a la absorción oficial de Israel y a su política de asentamientos. El gobierno quería que los inmigrantes judíos se estableciesen cuanto antes en las tierras y en las propiedades palestinas que habían quedado desiertas, y tan cerca como fuese posible de las disputadas fronteras. Pese a estos esfuerzos, la población de algunas áreas

⁷ Para un informe detallado de estas expulsiones y traslados, véase MASALHA (1997), pp. 7-14.

adyacentes a las fronteras siguió siendo palestina y los expertos en seguridad israelíes temieron que la proximidad geográfica incitaría a la cooperación transfronteriza entre palestinos. Aunque estas alianzas nunca se materializaron, la proximidad fue una de las principales justificaciones, o pretextos, para la imposición en estas áreas de un severo gobierno militar.

Muchos de los inmigrantes judíos a los que el gobierno central envió en la década de 1950 a los nuevos asentamientos cercanos a la frontera procedían de países árabes. Alojarlos en la frontera, a menudo sobre las ruinas de las desiertas aldeas palestinas, servía a varios propósitos. Era una salida fácil para los problemas de vivienda y distribución de tierras. Además extendía la judaización de Palestina alcanzando áreas geográficas a las que no se había podido llegar durante el Mandato. El ministro de Asuntos Exteriores israelí señaló que la medida era acorde con las normas del «derecho natural»: los inmigrantes judíos habían sido expulsados del mundo árabe (lo que sólo era cierto en el caso de Iraq) y ahora se les podían ofrecer los hogares que los palestinos habían dejado vacantes. Mediante esta explicación de la política de asentamientos, los funcionarios del ministerio de Asuntos Exteriores intentaban persuadir a la comunidad internacional de que se había llevado a cabo una suerte de intercambio de población y que ya no hacía falta buscar una solución para el problema de los refugiados¹¹.

La campaña de confiscación de tierras y de aldeas continuó intermitentemente desde 1949 hasta 1954. La presa estaba desamparada y los predadores eran tenaces. Mediante una curiosa vuelta de tuerca, el principal beneficiario resultó ser nada menos que el movimiento socialista kibutz Hashomer Hazair, que oficialmente tenía como uno de sus principales lemas la coexistencia binacional. Era el más izquierdista y simultáneamente demostró ser el más ávido de los tres principales movimientos kibutz del joven Estado de Israel¹².

La disonancia entre ideología y realidad dio lugar a algunas reflexiones sutiles y, según admitieron, angustiosas, por parte de sus militantes aunque ninguno frenó el proceso de limpieza étnica. Hashomer Hazair contaba con un partido, el Mapam, que quedó segundo en las primeras elecciones generales que se celebraban en Israel, las de 1949, después del Mapai, el movimiento laborista sionista dominante, dirigido por David

¹¹ SHENHAV (1999), pp. 605-630.

¹² AMITAI (1988) (en hebreo). Véase también BEININ (1990), pp. 77-99.

Ben-Gurion. El Mapam había tenido durante el Mandato su propio grupo paramilitar, el Palmach, cuyos dirigentes veían la Guerra de 1948 como una oportunidad perdida, pues creían que Israel podría haberse quedado con toda la Palestina occidental. Cada vez que se volvían a presentar circunstancias favorables, como, por ejemplo, en 1951, 1956, 1958 y, por supuesto, en 1967, presionaban para que se ocupase Cisjordania¹². Cuando se trató de obtener más tierras en el propio Israel para el movimiento kibutz, no mostraron escrúpulo alguno, incluso si se trataba de sacar por la fuerza de las aldeas en las que habían vivido durante siglos a los vecinos palestinos que les quedaban más cerca.

Entre 1949 y 1952 se despoblaron cuarenta aldeas palestinas, sus habitantes tuvieron que trasladarse en bloque a otras aldeas, cruzar la frontera o dispersarse por el país. Los que perdieron su hogar pero se quedaron en Israel pasaron a integrar la gran comunidad de refugiados del interior, que hoy alcanza las 200.000 personas y constituye el factor más politizado de la comunidad palestina de Israel¹³.

La tragedia de la pérdida de más aldeas fue aún más llamativa debido a la veloz construcción de nuevos asentamientos judíos sobre las 370 aldeas palestinas que habían sido destruidas durante la Guerra de 1948 y en las tierras de los que habían sido expulsados posteriormente. En julio de 1949, Ben-Gurion supervisó personalmente el gran proyecto de dar «nombres hebreos a todos los lugares, montañas, valles, manantiales, carreteras, etcétera» de este país. Este acto de «memoricidio» se completó en 1951¹⁴.

MODELOS DE RESPUESTA: GUERRILLEROS, AISLAMIENTO Y COOPTACIÓN

Con el tiempo, los campos de refugiados palestinos de todas partes adquirieron rasgos más duraderos y acabaron por parecerse a las pequeñas ciudades de Oriente Medio, con su plaza del mercado en el centro, sus cafés y sus tiendas. Aun así, como ciudades diminutas eran en verdad muy pequeñas y estaban superpobladas. El rasgo más llamativo era

¹² PAPPE (2003).

¹³ Sobre los refugiados del interior, véase ZUREIK (1997), pp. 61-74.

¹⁴ BENVENISTI (2001)...

la bandera o el tablón azul de la UNRWA, que aparecía en todos los edificios que tenían una función pública, como los colegios, las tiendas de comestibles y los hospitales. La UNRWA se convirtió en el principal proveedor de empleo de los campos. Los maestros, los médicos y los trabajadores sociales trabajaban para la organización. Ejercían su labor en condiciones imposibles. Los campos carecían de la infraestructura básica de agua, alcantarillado, vivienda, electricidad o carreteras, y eran las moradas más miserables del mundo árabe. A finales de la década de 1950, la violencia y la desesperación se canalizaron hacia la actividad guerrillera, que reclutaba a niños, y a algunas niñas, desde temprana edad.

El proceso era parte del resurgimiento del movimiento nacional palestino. Es preciso destacar dos aspectos: uno muy político y activo, de hecho hiperactivo; el otro social y cultural, un proceso menos visible pero más moderado de desintegración inicial y posterior cohesión. Los principales participantes del primer proceso fueron los militantes de varias organizaciones nacionales palestinas que de la noche a la mañana inventaron una nueva «tradicición»: el movimiento guerrillero palestino. Una muestra del estilo de vida que adoptaron era la serie de ceremonias, mítines, días de celebración y conmemoración, y las insignias y el atuendo que las acompañaban, condimentado todo ello con un discurso perfectamente puesto al día sobre la descolonización y el nacionalismo tercermundista.

Esta tendencia del movimiento nacional palestino se gestó en Gaza entre algunos miembros palestinos de los Hermanos Musulmanes, el movimiento panislamista fundado en Egipto por Hasan al-Banna en 1928. Activo tanto en la franja de Gaza como en Cisjordania, esta forma de islamismo político era la única que en la década de 1950 contaba con un número importante de seguidores en los campos, donde creó una red partiendo de las orientaciones tradicionales de los campesinos y de los habitantes de clase media-baja que poblaban los campos. Para estos últimos, dado el fracaso estrepitoso de los líderes nacionales en Palestina y del mundo árabe en 1948, el aspecto secular de la política tenía poco atractivo. No se convirtieron en activistas religiosos, sino más bien en luchadores nacionalistas que se servían de la organización de los Hermanos Musulmanes como modelo para su propio activismo contra Israel¹⁵.

¹⁵ SAYIGH (1997), p. 48.

La comunidad de refugiados pronto se politizó hasta un grado al que jamás habían podido llegar la ideología o la política. La actividad política tardó un tiempo en cristalizarse y al principio carecía de líderes y era individualista. Se centraba en torno a la figura mítica del combatiente palestino (*fida'i*, plural: *fida'iyyun*), dispuesto a sacrificar su vida por la causa palestina, por poco definida que ésta estuviese entonces. Si sobrevivía, su coraje le otorgaba una posición dirigente en su propia sociedad.

El área de operaciones de los fedayines era la frontera bajo vigilancia entre Israel y el resto de Palestina, y las actividades consistieron inicialmente en intentos de recuperar la propiedad perdida. Como los campos estaban cerca de la frontera, los refugiados palestinos veían cómo sus tierras y sus bienes eran ocupados por los inmigrantes judíos, ahora ciudadanos del Estado de Israel. Alentados hasta cierto punto por los egipcios y los jordanos para recuperar lo que podían de sus propiedades, los más audaces empezaron atacando asentamientos judíos aislados cercanos a la franja de Gaza y Cisjordania, a veces matando a los nuevos «propietarios» judíos, otras atacando a cualquier judío que encontrasen, aunque por lo general volvían a los campos con las manos vacías. Gradualmente, algunos palestinos con mayor visión de la política y del nacionalismo empezaron a transformar estas incursiones en una forma de combate más sistemático contra el Estado judío. El resultado fueron las unidades de fedayines, embriones de la resistencia palestina. Al principio estaban supervisadas por jordanos y egipcios que no deseaban el surgimiento de un nuevo «ejército» demasiado independiente que pudiese arrastrarlos a una guerra propiamente dicha con Israel. Los palestinos también tenían dudas respecto a esta escalada dada la tendencia israelí a tomar represalias mediante la política de tirar a matar, que, a lo largo de la década de 1950, acabó con la vida de miles de palestinos¹⁶. Los israelíes reaccionaron con dureza atacando y matando a civiles ya ante las primeras acciones limitadas de los fedayines. Las unidades especiales de elite del lado israelí que llevaban a cabo estos actos de represalia se convirtieron en la médula espinal de las unidades de comando de la Fuerza de Defensa Israelí, cuyas hazañas contribuyeron a crear, tanto en el interior como en el exterior, la mística de la irreductibilidad israelí.

¹⁶ MORRIS (1993).

De entre los cuadros de los jóvenes fedayines surgió la organización palestina más importante, Al-Fatah, en cuyo centro destacaban figuras como Yasser Arafat y Khalil al-Wazir (Abu Jihad). El primero era pariente lejano de la familia de los Husseini, sus orígenes siguen siendo borrosos debido a la manipulación que hizo el propio Arafat de su biografía o las memorias de quienes lo rodeaban; el segundo era un joven refugiado de Ramla. Junto con sus compañeros, ambos operaban en los campos de refugiados de Gaza, donde crearon un grupo nacional para la liberación de Palestina; las iniciales árabes de su nombre, «Movimiento para la Liberación de Palestina», componían la palabra *fatah*, «victoria» leída al revés. En 1954, Al-Fatah comenzó una serie de pequeños actos de sabotaje contra Israel empleando las estructuras de los Hermanos Musulmanes para reclutar a los fedayines y separarlos del ejército egipcio¹⁷. Al poco, el activismo político aumentó no sólo en los campos, sino en los centros urbanos de Cisjordania, la franja de Gaza, Amán y Damasco.

La política estaba ahora completamente divorciada del mundo de los viejos notables nacionalistas, que no fueron capaces de mantener su influencia más allá de la mitad de la década de 1950, salvo en un caso, con motivo del asesinato del rey Abdullah, en julio de 1951, a manos de alguien seguramente vinculado a Amin al-Husseini. Los notables nacionalistas centraron su cólera en Abdullah que intentaba firmar un tratado de paz con Israel además del acuerdo de armisticio que había firmado con el Estado judío en abril de 1949. En este último, Abdullah cedía aún más territorio palestino a Israel. El acuerdo encontró un obstáculo cuando se descubrió que el territorio recién adquirido, Wadi Ara', con doce aldeas y 15.000 habitantes (después denominado «El Pequeño Triángulo»), incluía a la población palestina. Sin embargo, pese a su carácter árabe, desde el punto de vista estratégico, el territorio era vital para Israel, pues conectaba la ciudad costera de Hadera con la ciudad oriental de Afula. Después de Galilea, pasó a ser, desde el punto de vista demográfico, la segunda mayor concentración de ciudadanos palestinos en el Estado de Israel¹⁸.

Aunque no fuesen directamente responsables de la *Nakbah*, los notables perdieron credibilidad y ya no se les confió la dirección de la

¹⁷ Savigh (1997), pp. 35-112.

¹⁸ SHLAIM (1988).

lucha política. El islamismo político tampoco era una alternativa, al menos para la clase media. Los palestinos de las ciudades se sentían más atraídos por las ideologías izquierdistas y marxistas. Como activistas acomodados, eran especialmente activos en Cisjordania, en las filas del Partido Comunista, o en la franja de Gaza, donde crearon un nuevo partido, el movimiento nacionalista árabe denominado al-Qawmiyyun al-Arab, precursor de los frentes izquierdistas del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP) y el Frente Democrático Popular para la Liberación de Palestina (FDPLP) de finales de la década de 1960¹⁹. Un análisis más detenido revela que estos activistas eran profesionales de clase media, profesores y estudiantes, cuya carrera o éxito económico estaba bloqueado. En Jordania se les unieron otros grupos marginados que deseaban que el movimiento fuese una entidad más árabe y radical. Estaban descubriendo la pólvora en términos de ideología árabe. Los Oficiales Libres de Egipto y el partido Baaz de Siria ya habían construido en la década de 1950 una visión conveniente, aunque vaga, de un mundo árabe liberado de sus dificultades. Era una mezcla inspirada por las ideologías del panarabismo, el socialismo y el antiimperialismo, a las que presentaba como las mejores armas para luchar contra la presencia militar extranjera, el sionismo y los males del capitalismo local.

La contribución palestina a la historia de las ideas poscoloniales fue ligar la liberación de Palestina al esfuerzo más amplio para encontrar una solución al problema panárabe. Al principio, la ideología izquierdista palestina fue compañera de viaje del movimiento general, pero con el paso tiempo en varios países árabes se convirtió en una fuerza motriz en pos de una revolución más radical. Los izquierdistas palestinos servían para forzar a los regímenes a introducir cambios y nombrar presidentes de Estado a políticos izquierdistas, como en el caso de Yemen del Sur y del Líbano, aunque los cambios fuesen efímeros. Al final, los políticos izquierdistas acababan siendo expulsados por regímenes militares más nacionalistas y autoritarios, que demostraban estar menos comprometidos con las ideologías socialista y marxista, y a los que poco les interesaba el destino de Palestina, con la excepción digna de mención de Yemen del Sur²⁰.

¹⁹ Sayigh (1997), p. 49.

²⁰ ALIBDI (1965), pp. 201-202.

Independientemente de donde viviese, la mayor parte de la clase media palestina era lo bastante pragmática como para respetar las reglas del principal juego político. La clase media urbana de lo que había sido el territorio del Mandato (Israel, Cisjordania y la franja de Gaza) se esforzó por aprovechar las oportunidades educativas que tenía a su alcance. Mientras el espacio político era limitado, la educación básica era accesible a su bolsillo ya fuese en Jordania, en la franja de Gaza o en Israel. En las tres localidades, como en la mayor parte de los demás países del mundo árabe en cuyos centros urbanos había palestinos, la educación era gratuita. Lo mismo sucedía en los colegios de la UNRWA de los campos de refugiados. Los palestinos son hoy en día uno de los grupos con mayor nivel de instrucción del mundo árabe.

Para los refugiados, deseosos de escapar a las dificultades económicas y sociales en las que vivían, la estructura educativa era esencial, pero no siempre había muchas oportunidades. En el Líbano, el empleo estaba limitado por la política gubernamental, mientras que en la franja de Gaza no había oportunidades reales de trabajar. En Israel y Jordania el problema era diferente. Como resultado de leyes y conductas discriminatorias, los palestinos de ambos países no podían soñar con acceder jamás a trabajos acordes con su cualificación o que respondiesen a sus expectativas más razonables. Esta discrepancia entre la educación y las oportunidades disponibles reavivó el fuego del radicalismo que ya había encendido el trauma de la *Nakbah*.

A finales de la década de 1950, la actividad política urbana, que convergía con los esfuerzos de organizaciones como Al-Fatah, adoptó una orientación nacional más clara. En menos de una década, los activistas palestinos de los diferentes lugares habían logrado formular a través de las plataformas y discursos de sus partidos los dos objetivos que los guiarían en la era post-*Nakbah*: la creación de un Estado palestino y el retorno de los refugiados. Como el Estado al que aspiraban reemplazaría a Israel, el segundo objetivo dependía del éxito del primero²¹. Posteriormente, en la década de 1970, cuando la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) decidió aceptar un Estado en Cisjordania y la franja de Gaza, resultó difícil hacer esto compatible con la ejecución del derecho al retorno a la Palestina histórica.

²¹ Sayigh (1997), pp. 51-54.

El núcleo central de los activistas radicales, los viejos notables nacionalistas y los activistas islamistas de los campos de refugiados parecían compartir un punto de vista: la necesidad de recurrir a la lucha armada para reconquistar Palestina. Los notables tenían muy poco que ofrecer al respecto. Fueron los refugiados menos afortunados los que se sumaron con mayor entusiasmo a la lucha armada y se convirtieron en sus héroes y líderes, revolucionando de este modo la estructura social palestina. Este enfoque radical comenzó a llamar la atención regional y mundial después de 1956.

Para la mayoría de los palestinos la cuestión prioritaria seguía siendo la supervivencia económica. Así lo demostraba la rutina diaria de muchos de los habitantes de los campos de refugiados. De los aproximadamente dos millones de refugiados palestinos, sólo unos pocos miles tomaron las armas o intentaron lograr la liberación de Palestina mediante la pluma o recurriendo a la diplomacia. Para la mayoría, la política se convirtió en un elemento constante e invasor de sus vidas. La retórica, la actividad hipernacional y el reclutamiento —por lo general voluntario, pero a veces bajo coacción— para la causa destruyeron la jerarquía y la tradición. La generación joven tuvo ahora precedencia frente a la mayor, la patriarcal; las mujeres empezaron a desempeñar un papel más activo en la escena política; y los clanes perdieron casi totalmente su influencia y se vieron gradualmente sustituidos por la familia nuclear. Al igual que en las comunidades de inmigrantes a Occidente a lo largo del siglo XX, las familias necesitaban jóvenes con estudios para comunicarse con el nuevo mundo que las circundaba, lo que dio lugar a un retroceso mayor de la posición que garantizaban la antigüedad y la edad²². En las comunidades judías que habían inmigrado a Israel procedentes de los países árabes y en la minoría palestina de Israel se produjo una revolución similar²³.

En el ámbito laboral, en el puesto de trabajo y en el mercado laboral en general se pusieron en práctica vías individuales, a diferencia de las colectivas, para adaptarse a las nuevas condiciones. Un ejemplo de ello nos lo ofrece la historia económica de Cisjordania entre 1948 y 1967. La Cisjordania anexionada carecía de liderazgo económico, por no mencionar a una elite social o política que pudiese diri-

²² Farsoun y Zacharia (1997), p. 149.

²³ P. ANN SMITH (1984), pp. 90-92.

gir la política económica. Amán era la capital de Cisjordania y de la orilla oriental por igual, y todos los aspectos de la vida se decidían allí. Con todo, la capacidad comercial de los palestinos y su éxito económico en Cisjordania afectaron a la economía jordana en su conjunto. En otras circunstancias, esta voluntad y energía podrían haberse desarrollado colectivamente favoreciendo la emergencia de un Estado palestino independiente; en cambio, se desvió en beneficio tan sólo de la prosperidad del Estado anfitrión. En Jordania, la comunidad palestina de comerciantes, industriales y productores agrícolas convirtió la inexistente economía jordana en un mercado floreciente. Después de haber gobernado un área árida y despoblada durante años, los hachemitas tenían ahora algo más parecido a un Estado moderno.

Siempre hay algunos que se benefician del crecimiento económico y otros que sufren o al menos obtienen muy poco de ello. En la Cisjordania posterior a 1948 la tierra escaseaba. Por otro lado, era una zona en la que la urbanización había crecido de un modo que carecía de precedentes. Como consecuencia, las reivindicaciones enfrentadas dificultaron el desarrollo económico. En la década de 1950, muchos propietarios de tierras de Cisjordania habían prosperado gracias a las tierras adquiridas durante el Mandato para cultivar sobre todo cítricos. Algunos se beneficiaron ahora vendiendo tierras susceptibles de ser urbanizadas. Sin embargo, por su larga tradición nómada y su economía del desierto, los políticos de Amán concebían la nueva Jordania como un país agrícola, no como una sociedad urbana. Así pues, los políticos de la capital siguieron manteniendo la exención de impuestos para todos aquellos que se dedicasen a la producción agrícola, a diferencia de las condiciones impuestas al empresariado urbano. Como consecuencia la tierra siguió en manos de unos pocos en vez de venderla para la expansión urbana, y se animó a los propietarios de tierras a intensificar la producción agrícola. Como tenían que pagar aún menos que antes a los arrendatarios y trabajadores agrícolas, tuvieron un incentivo comercial claro para mantener la mayor parte de Cisjordania como un área agrícola. El gobierno y las familias notables se beneficiaron por igual de esta política; los refugiados y los agricultores mucho menos.

También había un mercado listo para sus productos. En la década de 1950, varios países árabes, en particular el próspero reino emergente de Arabia Saudí, comenzaron a demandar alimentos y productos agrícolas

en mayor cantidad que nunca. El espacio agrícola aumentó rápidamente, casi doblando su superficie entre 1948 y 1957²⁴. Los pocos cultivos que habían sobrevivido a la comercialización de la agricultura en los 250 años previos, como el trigo y la cebada, desaparecieron en favor de cultivos más comerciales, como los cítricos, los vegetales, las aceitunas, los higos e incluso los lácteos. Cisjordania se convirtió en el productor de alimentos de gran calidad del resto de Jordania y del mundo árabe. Había, no obstante, una diferencia; de este proceso se benefició un número relativamente más elevado de propietarios de tierras que en época del Mandato. Pese a la *Nakbah*, su nivel de vida aumentó de modo fulgurante. Esta dolorosa paradoja ilustra, sin duda, la polarización de la sociedad cisjordana si tenemos en cuenta el bajo nivel de vida en los campos de refugiados.

Un pequeño grupo de refugiados se benefició también del nuevo rumbo de la economía cisjordana. Abandonaron los campos, adquirieron tierra cultivable y la cultivaron. Por ejemplo, los refugiados de al-Khalil (Hebrón) utilizaron los contactos previos con los beduinos de al-Karak en la orilla oriental, les compraron tierras y se hicieron con un medio de vida fuera de los campos. Otro ejemplo de éxito fue el de los refugiados de los campos del valle del Jordán, que emplearon fondos de la UNRWA y Jordania para crear su propio asentamiento agrícola en Karameh, un lugar que desempeña un papel totalmente diferente en el siguiente capítulo. Sin embargo, la mayor parte de los refugiados fueron incapaces de darse cuenta de su propia capacidad y se explotó a los que trabajaron en la agricultura como mano de obra barata²⁵.

El reino hachemita de Jordania utilizó la legislación y las exenciones de impuestos para favorecer a los grandes terratenientes, que conocieron bajo su gobierno un periodo de prosperidad. Estas mismas familias controlaban también las rutas y la actividad comercial. Al principio, a la manera tradicional, familias como los Nimrs de Nablús recurrieron a sus antiguos contactos con las tribus beduinas para controlar el comercio, después se abrieron paso en los escalones administrativos más altos de los ministerios jordanos relevantes. Cristianos y musulmanes obtuvieron pingües beneficios gracias al monopolio comercial que ejercían sobre la producción y la distribución. Sin embargo, la parte

²⁴ *Ibidem*, p. 92.

²⁵ BARON (1977), pp. 163-164.

más importante de la comercialización siguió en manos de las familias de la orilla oriental. Como vimos en el capítulo anterior, el desplazamiento de los intereses de estas familias notables del terreno político al económico fue una pauta que comenzó después de la Segunda Guerra Mundial, cuando la familia Nashashibi optó por dedicarse a los negocios en vez de detentar el liderazgo nacional.

Ahora, otras familias con un pasado político muy activo decidieron dedicarse con ahínco a hacer dinero. Tal era el caso de los Abd al-Hadi, que comenzaron cultivando plantas del semillero con éxito en la década de 1960. Formaban parte de los cuadros locales, como alcaldes, diputados y otros cargos que contribuían a apuntalar al gobierno hachemita en Cisjordania. Sin embargo, ya no participaban en la vida política, que se centraba en los campos de refugiados y era más activa en la orilla oriental que en la occidental del Jordán. La ocupación israelí de 1967 los empujó de nuevo a la política, pero en una votación democrática celebrada en 1976 perdieron frente a la OLP.

Los nuevos intereses económicos de los antiguos notables nacionalistas dejaron poco margen a los comerciantes de menor importancia, a los propietarios de tierras y a los industriales que no disponían de contactos equiparables en los órganos que habían creado los hachemitas para supervisar las exportaciones e importaciones de Cisjordania. En teoría le correspondía al ministro de Agricultura representar los intereses de los pequeños propietarios de tierras, un cargo que los hachemitas reservaron con buen sentido para un residente en Cisjordania. Sin embargo, lo detentaban siempre los miembros de las familias dirigentes que habían sido leales a los hachemitas durante el Mandato.

Mientras los notables tradicionales controlaban más que nunca la vida económica, la dinastía hachemita les dificultaba las cosas desde el punto de vista político. Podían acceder a la función pública y ocupar cargos de rango inferior en el gobierno, pero no se les permitía agruparse para luchar conjuntamente por un objetivo nacionalista. Esta situación creó un vacío que acabaron por cubrir los fedayines al trasladar su centro de actividad de la franja de Gaza a Cisjordania. Los miembros jóvenes de las familias dirigentes pronto se sumaron a esta nueva forma de política, debilitando aún más la autoridad de las familias dirigentes en la política palestina.

Entre la mayoría de los palestinos de Cisjordania que creían no haber obtenido ventaja alguna de la «salvación» hachemita de 1948 fue

aumentando la conciencia de que estar también bajo un régimen de ocupación. Esta conciencia colectiva aumentaría y disminuiría a lo largo de los diecinueve años de gobierno hachemita en Cisjordania. En su punto culminante fue la fuerza conductora de las grandes manifestaciones que abocaron en la sublevación de 1956, que sofocó brutalmente el ejército jordano. La tensión general con Egipto y Siria hizo que la oposición tratase de explotar la sublevación como parte de un plan general concebido para radicalizar la política jordana. En 1957, el golpe de Estado organizado por el jefe de Estado mayor jordano, el general Abu Nawar, fracasó. En 1958, el rey se salvó gracias a la intervención de las fuerzas del ejército británico²⁶.

Eran tiempos confusos para los palestinos de Cisjordania que apostaban por la política. Por un lado estaba el tirón del nacionalismo, por otro las recompensas de la cooptación. La dinastía gobernante estaba incluso dispuesta a ofrecer el cargo de gobernador militar a miembros de las familias notables que no hubiesen colaborado previamente con los líderes nacionales hachemitas. Se nombró gobernador de Jerusalén oriental al famoso historiador palestino Arif al-Arif, como sucedió con Ahmad Khalil, antiguo alcalde de Haifa. En particular, a los residentes de Jerusalén oriental se les confiaron algunos de los cargos más elevados de la administración cisjordana. La designación real presuponía la lealtad, pero también conllevaba una división mayor entre las familias de los notables. Los periodos de democratización y de elecciones libres, como el que tuvo lugar en Cisjordania a comienzos de la década de 1950, erosionaron aún más la posición de los notables.

La minoría palestina de Israel siguió un proceso de radicalismo y aislamiento paralelo. Mientras se confinaba a otros palestinos en campos o se los convertía en ciudadanos jordanos o en no ciudadanos en la franja de Gaza, en octubre de 1948 los 160.000 palestinos que habitaban dentro de las fronteras del nuevo Estado judío quedaron bajo un gobierno militar. Esta situación se mantendría durante dieciocho años y el recuerdo de aquellos tiempos oscuros ha influido en la configuración de la identidad palestina en el Israel de hoy en día y crea una tensión casi insostenible en las relaciones entre la mayoría y la minoría. Los líderes de la comunidad judía no estaban preparados para hacer frente a una situación binacional como la que se encontraron en la

²⁶ Pappé, en Nevo y Pappé (eds.) (1994a), pp.61-94.

Palestina posterior al Mandato, habían contado con que se crearía un Estado judío puro. Aunque en 1947 apoyaron la resolución de la partición, que suponía la creación de un Estado judío con un número casi paritario de judíos y palestinos, es posible que creyeran incluso entonces que la guerra y los planes de expulsión acabarían por eliminar cualquier rastro palestino²⁷. Así, mientras se debatía en profundidad cualquier otro aspecto de la vida política, en vísperas de la creación de Israel no hubo ningún debate sistemático respecto al estatus palestino en el nuevo Estado judío.

La situación legal del gobierno militar que se impuso a la minoría palestina en octubre de 1948 se fundamentó en la legislación de urgencia del periodo mandatario que los británicos habían impuesto contra el movimiento clandestino judío en 1945 y que otorgaba a los gobernadores militares amplios poderes respecto a la población bajo su mando. Esta misma legislación se convirtió ahora en una herramienta perniciosa en manos de los crueles y a veces sádicos gobernantes militares, que por lo general procedían de unidades no combatientes justo antes de su retiro. Su brutal conducta consistía fundamentalmente en hostigar a la población con una serie de malos tratos no muy diferentes de aquellos de los que eran objeto los nuevos reclutas militares. El régimen militar israelí tenía otras facetas. Bajo su amparo, se pudo seguir con la política de confiscación oficial de tierras en nombre de la «seguridad» y el «interés público». Se expulsó o encarceló a los activistas políticos de los que había vagas sospechas de que se identificaban con el nacionalismo palestino.

Tras el palo venía la zanahoria. Los asesores de asuntos árabes del primer ministro idearon una complicada red de incentivos y medidas de control. A cambio de aumentar su riqueza y su prestigio personales y de mejores condiciones de vida para su comunidad, se tentó fácilmente a los notables de la comunidad palestina para acallar su identificación con el nacionalismo. Se esperaba además que enseñasen a su sociedad los beneficios que podrían derivarse para todo aquel dispuesto a acatar la política israelí de cooptación. Era una estrategia que encajaba bien con las estructuras patriarcales y jerárquicas que todavía se mantenían en las áreas rurales y nómadas. Sin embargo, las comunidades condenaron pronto al ostracismo a los dirigentes de las villas

²⁷ FLAPAN (1987).

(*mukhtars*) y tribus (jeques) que accedieron a convertirse en agentes de la política del gobierno denominándolos *adhuab al-hukuma* («rabos del gobierno»). A largo plazo, el método de cooptación acabó siendo ineficaz y contraproducente, pues reforzó el proceso que el gobierno pretendía frenar. Cuando se abolió el régimen militar, en 1966, la mayor parte de estos notables perdieron sus cargos.

Ben-Gurion fue especialmente imaginativo a la hora de idear nuevas maneras de cooptación. Rayando en lo absurdo estaba su idea de reunir a los palestinos en un *millet* árabe en Israel. Una idea más realista fue la de abrir una brecha entre cristianos y musulmanes presentando a los cristianos como más leales al Estado judío y tratándolos como a tal.

Resulta interesante destacar cómo se mantiene hasta el día de hoy la atención que las autoridades israelíes prestan a la afiliación religiosa de los ciudadanos árabes del país y sus intentos de manipularla. Al igual que los británicos, los israelíes creían que sería más fácil controlar a las diferentes comunidades religiosas que enfrentarse a una minoría nacional. Pero contrariamente a sus planes y predicciones, la identidad religiosa nunca influyó en la actitud a favor o en contra que mantenían los palestinos respecto a los israelíes.

Había, con todo, una diferencia entre ser musulmán o cristiano. En Israel ser palestino cristiano suponía un acto de equilibrio entre varios aspectos de la identidad. Para otros, una identidad cristiana más decidida coexistía fácilmente con la cristalización de una identidad nacional; de hecho los cristianos desempeñaron a menudo un papel de liderazgo en el embrionario movimiento nacional palestino²⁸. La influencia cristiana en la política palestina en Israel también se vio favorecida por el total derrumbamiento de la estructura y la jerarquía musulmana en la guerra de 1948. El ulema más veterano abandonó el país, y pasarían muchos años antes de que el islamismo político reapareciese como una fuerza significativa. En el ínterin, el gobierno israelí sustituyó a la antigua estructura musulmana por otra más adecuada para ayudar a imponer su autoridad sobre la minoría palestina.

Con la estructura musulmana también desapareció su capacidad financiera. El patrimonio religioso que había gestionado el Supremo Consejo Musulmán hasta que el Mandato decidió expropiarlo durante la sublevación árabe, se convirtió en 1948 en «propiedad absentista», al

²⁸ CRAGG (1992), pp. 240-241.

igual que los fondos privados, cuyo supervisores eran «absentistas». En 1965, la Knesset dictaminó que los que custodiaban la propiedad absentista liberasen los fondos no absentistas a sus benefactores legales y ordenó la transferencia de los fondos públicos a un comité islámico, leal al gobierno, naturalmente. Como era de esperar, el primero aumentó mientras el segundo se estancó²⁹.

La destrucción de las estructuras e infraestructuras financieras islámicas dejó el camino libre a los cristianos que pudieron desempeñar un papel más importante en la comunidad palestina de Israel. Políticos cristianos ocuparon cargos dirigentes en el Partido Comunista, el único grupo organizado que recogía las aspiraciones nacionales de la minoría palestina, y tenían peso en los sectores árabes colaboracionistas de los partidos sionistas. La Iglesia católica griega, bajo la dirección del carismático Mutran Hakim, fue francamente activa en ambos extremos del espectro político.

El comunismo era asimismo importante para la Iglesia ortodoxa porque era ruso; para algunos ortodoxos este origen hacía más fácil sustituir la antigua lealtad al zar por la nueva alianza con la URSS. Pero sobre todo, el Partido Comunista era un foro donde la *intelligent-sia* cristiana podía reunirse con trabajadores musulmanes (el estrato socioeconómico inferior era predominantemente musulmán) y tratar de elaborar conjuntamente un calendario de acción y lucha contra las privaciones sociales y económicas comunes. Significativamente, pese a su fidelidad a una ideología al margen de lo nacional, el Partido Comunista emergió como el único partido nacional; esto es, mientras expresasen sus ideas en forma de discurso marxista, la gente podía verbalizar sus aspiraciones nacionales sin riesgo a ser detenida. La Unión Soviética seguía teniendo una enorme comunidad judía, y esto, junto con la evidente importancia de la URSS en política internacional, explica el pragmatismo y la actitud tolerante del gobierno israelí respecto al Partido Comunista de Israel.

La política de la comunidad palestina en Israel seguía siendo elitista y en lo fundamental dominada por los hombres. Incluso los debates entre colaboracionistas y comunistas tenían lugar en el marco de una política elitista, mientras la población de a pie tenía que sobrevivir en medio de la brutalidad del régimen militar y las crecientes priva-

²⁹ REITER (1989), pp. 21-45 (en hebreo).

ciones económicas. La minoría palestina tenía elevadísimos niveles de desempleo y subempleo debidos a la proletarización acelerada de una sociedad que había sido tradicionalmente agrícola. Los campesinos, que desempeñaban trabajos sin cualificación y mal pagados, tenían que retornar a casa diariamente, junto a sus familias, pues les estaba prohibido pasar la noche en áreas judías. Sólo un grupo, las mujeres, experimentó una relativa mejora. Como ahora se precisaba que también ellas trabajasen fuera del hogar, pudieron exigir a cambio más educación y mayor capacidad de intervención en los asuntos de la comunidad. Sin embargo sería erróneo describir la situación como una revolución feminista entre los palestinos de Israel³⁰.

Entre la elite cultural destaca un grupo por su unidad y su distancia respecto a la alternativa entre colaboración u oposición con el Estado judío. Eran los poetas. La poesía fue el único ámbito que salió ileso de la *Nakbah*. Lo que los activistas políticos no se atrevían a decir, lo cantaban con fuerza los poetas. La poesía era el único medio en que los acontecimientos diarios relacionados con el amor y el odio, el nacimiento y la muerte, el matrimonio y la familia, se podían vincular con cuestiones políticas, como la confiscación de tierras y la opresión del Estado, y airearlas en público en festivales especiales de poesía, como el que se celebraba periódicamente en Kafr Yassif, en Galilea. El servicio secreto israelí se veía impotente para decidir si debía clasificar este fenómeno como un acto subversivo o un acontecimiento cultural. El aparato de seguridad estaría igualmente perplejo en la década de 1980, cuando comenzó a controlar los festivales organizados por el movimiento islámico³¹.

Mientras tanto, los homólogos judíos de los poetas palestinos presionaban lo que podían para que se aboliese el régimen militar. Los apoyaban algunos de los políticos más pragmáticos, que eran conscientes de que el régimen dificultaba las relaciones de Israel en la región y en el ámbito internacional. Dada la imagen que tenían de sí mismos como liberales, algunos de estos políticos querían otorgar a los palestinos la ciudadanía plena. Pero mientras Ben-Gurion se mantuvo como primer ministro, o hasta 1967 en que manejó las riendas del poder entre bastidores, la política frente a la minoría palestina estuvo en manos de un grupo

³⁰ AL-HAJI (1987).

³¹ NAKHLEH (1975b), pp. 497-516.

de políticos centrados en la cuestión de la seguridad. Los asesores de Ben-Gurion para asuntos árabes, favorables a la expulsión del mayor número posible de palestinos y al confinamiento de los demás en enclaves sometidos a estricto control, ejecutaron esta política indefectiblemente severa. En el año 2003, en que Israel ha vuelto a ocupar la mayor parte de Cisjordania y ha confinado a la población en numerosos pequeños «bantustanes», esto suena extraordinariamente familiar.

Los partidarios de las expulsiones señalaron como el primer grupo que debía ser deportado a los «absentistas presentes», los refugiados palestinos que vagaban por el Estado de Israel sin hogar y sin patria. Activistas del Partido Comunista, apoyados por Moshe Sharett, el ministro de Asuntos Exteriores, salieron en su defensa y al final sólo se deportó a un pequeño número³². Sharett fue una figura clave en el movimiento partidario de la abolición del régimen militar; pero pasaron más de quince años antes de que los sionistas liberales (entre otros, Menachem Begin, horrorizado por la aplicación a la minoría palestina de la legislación de emergencia británica, puesto que recordaba muy bien cómo había sido utilizada contra él mismo y sus compañeros) y los socialistas (como Mapam) lo lograran.

Además, en el debate que hubo sobre esta cuestión, la «opinión pública» se puso de parte del primer ministro. La prensa hebrea local fue unánime en su apoyo a la política gubernamental. Con todo, pese al alcance de la represión y a que Ben-Gurion contempló incluso la posibilidad contraria, hubo un derecho básico que siempre se respetó: el derecho a elegir y ser elegido. Merece la pena leer los debates internos del Mapai sobre estos dos derechos. Asimismo, es imposible no reflexionar sobre la ironía del hecho de que el puro instinto por atraer votos logró eclipsar la cuestión fundamental del *apartheid* total. En particular, el Histadrut no pudo resistirse ante el tesoro que le proporcionaría el electorado árabe y luchó, como si fuese una organización genuinamente humanitaria, por el derecho de voto de los palestinos. Incluso Ben-Gurion, que había previsto erróneamente que los palestinos votarían en bloque al Partido Comunista, reconoció a regañadientes que podía ser una herramienta útil para mantener al Mapai en el poder.

La inmoralidad del régimen militar fue patente con la masacre de Kfar Qassem. El 29 de octubre de 1956, el día que la Fuerza de Defensa

³² PAPPE, en Troen y Lucas (eds.) (1995), pp. 617-658.

Israelí invadió la península del Sinaí como parte de la campaña conjunta con Gran Bretaña y Francia para derrocar a Nasser, los israelíes impusieron sin previo aviso el toque de queda en todas las aldeas palestinas. Kfar Qassem no fue la única aldea en la que la gente volvió a casa después de la puesta de sol, pero por alguna razón los soldados israelíes destacados en la frontera decidieron castigar esta violación del toque de queda matando a cuarenta y ocho civiles, mujeres, jóvenes y niños. El fracaso del Estado a la hora de proteger a sus ciudadanos casi no suscitó o no suscitó indignación pública alguna, y se agravó posteriormente por la corta duración de las penas que se impusieron a sus perpetradores.

No obstante, a largo plazo, la masacre de Kfar Qassem no dejó de tener sus repercusiones en el país y obligó al gobierno a cambiar de postura. Las críticas no se dirigían tanto contra el aparato que adoptaba las decisiones como por la indulgencia con la que se había tratado a los asesinos. Además, la «buena conducta» que tuvieron los palestinos en Israel durante la operación del Sinaí convenció a muchos de que el régimen militar carecía ya de sentido y de que incluso era pernicioso. Hasta el jefe de los servicios secretos israelíes, Isar Harel, intentó convencer a Ben-Gurion de que, desde el punto de vista de la seguridad, era mucho más aconsejable abolir el régimen militar que mantenerlo. En ello contó con el apoyo total del director general del Ministerio de Defensa, Shimon Peres. Sin embargo, hasta que Ben-Gurion perdió el cargo de primer ministro nada cambió.

Los palestinos también estaban divididos respecto al gobierno militar, pero, como era típico, el sistema político israelí no lo tuvo en cuenta. A comienzos de la década de 1950, el gobierno estaba dividido respecto a la cuestión del servicio militar obligatorio de los palestinos en las filas de la Fuerza de Defensa Israelí. El servicio secreto auguró que la minoría palestina de Israel rechazaría el servicio militar y sugirió que bastaría con elevar el periodo de reclutamiento a un año. Cuando los palestinos lo rechazaran, el gobierno podría decir que la totalidad de la comunidad palestina se negaba a servir en el ejército. Cuando se llevó a cabo el experimento, en 1954, para sorpresa y desconcierto del servicio secreto, sí que se presentaron todos los llamados a filas. Además, el Partido Comunista apoyaba a los reclutas potenciales y el día de la llamada a filas se convirtió en un acto festivo. Pero no hubo reclutamiento alguno; los políticos se limitaron a ignorar la disposición de la gente a servir. Lo que es peor, la interpretación que dio el gobierno de los hechos propor-

cionó otra herramienta a la política discriminatoria contra la minoría palestina vigente hasta en el día de hoy: sólo pueden acceder a las ventajas que ofrece el Estado, como préstamos, hipotecas y reducción de la matrícula universitaria aquellos que han hecho el servicio militar. En el Estado judío, la industria y la seguridad mantienen también un estrecho vínculo, lo que supone que, por no haber hecho el servicio militar, importantes sectores de la industria (casi el 70 por 100) son inaccesibles a los ciudadanos palestinos.

En 1966 se cerró el capítulo del régimen militar y sus horrores. Dejó un poso profundo de amargura y desconfianza, pero no arruinó totalmente las posibilidades de coexistencia. Sin embargo es innegable que las leyes fundamentales que aprobó la Knesset a principios de la década de 1950 sirvieron para reforzar la situación discriminatoria que aún pervive. Tres de estas leyes afectaron inmediatamente, y continúan afectando, a los ciudadanos palestinos de Israel: la ley del retorno, la ley de la naturalización y la ley del Keren Hakayemet (el Fondo Nacional Judío).

Las leyes de ciudadanía dieron precedencia a los inmigrantes judíos sobre la población indígena palestina en casi todos los ámbitos, incluso a los judíos que eran sólo inmigrantes potenciales. En el terreno de la propiedad, crearon un sistema de transacción de la tierra parecido al del *apartheid*. Se utilizó para legalizar retrospectivamente la expropiación de tierras y prohibir la venta a los palestinos de las tierras propiedad del Estado (que siguen siendo la mayor parte de las tierras disponibles) o incluso la tierra de propietarios ausentes. Lo que es más importante, las leyes definían la mayor parte de las tierras en venta en Israel como propiedad exclusiva y perpetua del pueblo judío. El resultado fue que prácticamente todas las tierras de propiedad palestina quedaron en manos del gobierno y se convirtieron en tierras del Estado que sólo podían ser vendidas o arrendadas a judíos. Hacia el final del frenesí expropiador y de la formulación de la política que lo legalizaba, el 92 por 100 de la tierra del país había ido a parar a manos judías. Las tierras palestinas, que en vísperas de la guerra alcanzaban los 4,6 millones de dunams del territorio que se convirtió en Israel, se habían reducido hacia 1950 a medio millón de dunams³³. En el año 2000, aunque la población palestina había crecido diez veces más, la

³³ Sobre la confiscación de tierras, véase LUSTICK (1980).

cantidad de tierras de las que podían disponer seguía siendo prácticamente idéntica.

LA CAMPAÑA DE SUEZ

A diferencia de la Guerra de 1948, la de Suez de 1956 no afectó a los grandes sectores de población que vivían entre el río Jordán y el Mediterráneo o en los campos de refugiados desperdigados en un área de 150 millas alrededor del antiguo Mandato de Palestina. Por ello lo que sigue se concentra no en la propia guerra, sino en las circunstancias que desembocaron en el estallido del conflicto en la medida que afectaron a la población en su conjunto.

Por parte israelí, la campaña de noviembre de 1956 fue resultado de una mayor politización de la sociedad, mientras el creciente grado de militarización la hacía víctima de los caprichos de líderes sedientos de poder. Consecuentemente, la marginalización de hombres de Estado moderados, palomas, como Moshe Sharett, frente a los intransigentes halcones, como Ben-Gurion, animó a una política israelí agresiva de cara a los Estados árabes vecinos⁴. En la percepción que tenía Ben-Gurion del mundo árabe, en general, y de los palestinos, en particular, destacaban dos imágenes. Una, la visión del «antiguo reino» de los israelitas resucitado a modo de bastión moderno de los intereses occidentales en Oriente Medio. Bajo distintas versiones, eran muchos los generales del ejército que compartían este punto de vista, en particular el jefe del Estado mayor, Moshe Dayan. Todos ellos soñaban con el Gran Israel, que se extendería hacia el norte, el este y el sur, lo que creían poder lograr sacando partido de la situación general de inestabilidad de la política árabe del momento: un régimen libanés débil, repetidos golpes de Estado en Siria, un rey joven e inexperto en Jordania y gobernantes revolucionarios en Egipto todavía inseguros en su política regional y árabe. Era una fase de transición en la política árabe, pero Ben-Gurion se envalentonó e insistió en una política de represalias más activa contra las actividades de los fedayines, mayor intervención en la política del Líbano, donde quería crear una nueva entidad cristiana proisraelí, y el mantenimiento de una política intran-

⁴ Shlaim (1999), pp. 143-185.

sigiente respecto a Siria. Por ejemplo, deseaba ocupar la zona desmilitarizada entre Israel y Siria, en disputa desde 1948 y causa de constantes escaramuzas transfronterizas. También persistió en su sueño de ocupar Cisjordania o de ampliar el territorio de Israel anexionándose la península del Sinaí.

La segunda visión que guiaba el pensamiento de Ben-Gurion estaba más relacionada con emociones de signo negativo. Para él, el mundo árabe había sido intrínsecamente hostil. Rechazó la aseveración de Martin Buber —que era por entonces la voz de la razón y se oponía abiertamente a los puntos de vista del primer ministro— de que parte de la intransigencia árabe era fruto evidente de la agresividad israelí. Parte de la retórica y de las acciones árabes posteriores a la Guerra de 1948 habían hecho mella en grandes sectores de la comunidad judía, convenciéndolos de que la intransigencia del primer ministro estaba justificada, de modo que muchos estaban tan lejos como él de la reconciliación o de la paz. Además, por entonces, la institucionalización del movimiento guerrillero palestino había empezado a hacerse notar al convertir las incursiones de individuos y civiles en el territorio judío en actos sistemáticos de sabotaje, contra los que el ejército israelí respondía con represalias que denotaban creciente ferocidad y brutalidad.

No obstante, los propios líderes árabes enviaban a sus homólogos israelíes mensajes ambiguos de guerra y paz, aunque Ben-Gurion había decidido tomar nota sólo de los más hostiles. Inmediatamente después de la Guerra de 1948, muchos de los líderes árabes se comprometieron mucho más que Ben-Gurion en el proceso de paz gestado e impulsado por Naciones Unidas. La intransigencia de Ben-Gurion se explica por el énfasis que Naciones Unidas seguía poniendo en la cuestión de los refugiados y, en concreto, respecto a la necesidad de repatriarlos incondicionalmente. Pero el mundo árabe tenía un frente más hostil que se difundía públicamente a través de la emisión de apasionados discursos y de artículos incendiarios en la prensa local, empleando todos ellos una retórica bélica y prometiendo venganza por la derrota de 1948. Los líderes egipcios y sirios fueron más allá de las palabras e cerraron grandes acuerdos armamentísticos con el bloque del este, modernizando sus ejércitos y preparándolos para la guerra. Cuando tradujeron en parte las palabras en hechos, al comenzar una guerra de guerrillas en las fronteras del Estado judío, la inevitable represalia israelí, con frecuencia totalmente desproporcionada, creó

inseguridad en los regímenes árabes que rodeaban a Israel y contribuyó notablemente a crear un ambiente prebélico.

Por un momento, durante el corto espacio de tiempo en que Sharrett fue primer ministro (1954-1955), pareció que la historia daría un giro distinto. Pero manejando un gabinete en la sombra desde su retiro en Sdeh Boker, un kibutz en el Negev septentrional, Ben-Gurion ideó un ataque terrorista clandestino en territorio egipcio en 1954, cuyo objetivo era conseguir que, una vez tomada la decisión de retirar sus fuerzas del Canal de Suez, Gran Bretaña endureciese su postura respecto a Nasser. Los británicos habían intervenido en la zona del Canal tras la revolución de los Oficiales Libres de Egipto, de julio de 1952. La operación había sido gestada por la inteligencia militar israelí, pero se malogró debido a la falta de experiencia que mostraron los judíos egipcios reclutados para la misión. En la memoria colectiva israelí se la recuerda sólo como el *Ha-Parasha* (el *affaire*).

Paradójicamente, el *Ha-Parasha* dejó al margen a la única persona que no podía tener nada que ver con él, Moshe Sharatt. La impresión de la opinión pública fue la de que el sistema político-militar estaba completamente desorganizado, y se rogó a Ben-Gurion que volviese a la política. Así lo hizo en febrero de 1955, primero como ministro de Defensa, luego de nuevo como primer ministro. Pocos días después de su vuelta al centro de la vida política logró mediante un único manotazo —una operación de represalia a gran escala en Gaza— destruir el delicado edificio de confianza que habían empezado a construir Sharrett y Nasser mediante una serie de negociaciones secretas en las que se buscaban alternativas para la paz entre Israel y Egipto³⁵. Pero el *Ha-Parasha* no se había terminado y haría caer a Ben-Gurion ocho años más tarde, en 1963. Con todo, hasta ese momento, siguió manejando las riendas de la política sin nadie que se opusiese a su siguiente actuación, la campaña del Sinaí.

Ben-Gurion, al igual que su jefe de Estado mayor, Moshe Dayan, necesitaba una guerra. Encontraron una haciendo participar a Israel del complot anglofrancés que pretendía derrocar a Nasser. Las antiguas potencias coloniales tenían sus propias prioridades. El presidente egipcio se había convertido en su bestia negra tras la decisión de nacionalizar el canal de Suez en julio de aquel año como respuesta a la retirada

³⁵ *Ibidem*.

del apoyo estadounidense para el proyecto de la presa de Asuán, por lo que también se negó abiertamente a sumarse al bloque occidental. Los franceses tenían sus propios motivos de litigio con Nasser ya que apoyaba al movimiento de liberación argelino. Así, junto con el deseo de ampliar las fronteras del Estado de Israel, destruir a los líderes árabes hostiles y aplastar el emergente movimiento de resistencia palestino, Ben-Gurion encontró otro incentivo para realizar su proyecto colonial, esta vez proporcionado por los franceses. Francia se ofreció a entregar armamento a la Fuerza de Defensa Israelí y proveer a Israel de los materiales que necesitaba en un principio para llegar a tener capacidad nuclear³⁶.

Sería erróneo presentar a Nasser como un alma completamente inocente o como un espectador pasivo de este juego bélico. Nasser bloqueó a Israel al cerrar el estrecho de Tirán, la única salida del país hacia el puerto meridional de Eilat, y confiscó las mercancías destinadas a Israel en el canal de Suez. Al igual que en 1967, proporcionó a los israelíes el pretexto necesario para llevar a cabo su política expansionista y agresiva. Justo en el momento en el que Nasser sopesaba cómo debía responder al plan Alfa, una propuesta de paz angloamericana presentada en febrero de 1955, Ben-Gurion envió a sus tropas en un operación de represalia a gran escala contra los palestinos de la franja de Gaza, empujando a Nasser a una confrontación general con Israel³⁷.

La victoria militar israelí fue rápida, pero las consecuencias políticas fueron menos impresionantes. En pocos días, el ejército israelí había invadido la franja de Gaza y la mayor parte de la península del Sinaí, mientras la fuerza aérea anglofrancesa lo cubría, bombardeaba Egipto y lanzaba paracaidistas en la zona del canal. Pero Israel no podía mantener sus tropas allí por un largo periodo de tiempo. En un esfuerzo conjunto, los Estados Unidos y la URSS lograron que los israelíes se retirasen de las zonas de la península del Sinaí que habían logrado ocupar, y liberaron Egipto de la presencia de soldados británicos y franceses en su territorio.

Un resultado obvio de la Guerra de 1956 fue el incremento de la implicación del ejército en la vida de Israel, que alcanzó un nivel sin precedente. En mi opinión, la militarización de la sociedad israelí, que

³⁶ GOLANI (1998).

³⁷ SHAMIR, en Louis y Owen (eds.) (1989), pp. 81-90.

había comenzado ya con la victoria de 1948, culminó con la victoria de 1956 en el Sinaí (la retirada forzosa no afectó a las ventajas territoriales obtenidas en la Guerra de 1948). Por lo que se refiere a los palestinos, dio pie a una revolución en la estrategia, la táctica y la estructura del movimiento político que estaba surgiendo en los campos de refugiados.

LA REVOLUCIÓN DE LA POLÍTICA: EL MOVIMIENTO DE RESISTENCIA INSTITUCIONALIZADO

La infraestructura de los fedayines sufrió un serio revés como consecuencia de la Guerra de Suez, cuando por un breve espacio de tiempo Israel ocupó la franja de Gaza, y detuvo y expulsó a los que estaban clasificados como fedayines en la documentación egipcia incautada. Esto puede contribuir a explicar la relativa calma que se impuso durante un tiempo en la arena política palestina después de la Guerra de Suez de 1956, aunque se reavivó con la «Guerra Fría Árabe», la enconada lucha política por la hegemonía que se desencadenó entre 1958 y 1964. Ésta adoptó la forma de una doble confrontación: por un lado, Nasser y sus aliados se oponían a las monarquías tradicionales prooccidentales; por otro, Nasser se enfrentó con otros líderes radicales, como Abd al-Karim Qasim, que derrocó a la dinastía hachemita de Iraq en 1958. La manifestación primordial de radicalismo fue un compromiso bien difundido para liberar Palestina. En esto los iraquíes llevaban la delantera. A finales de 1959, Qasim utilizaba una retórica propalestina, declarando que quería crear una entidad palestina en Cisjordania y la franja de Gaza con ayuda de un nuevo ejército palestino³⁸.

Nasser no pudo responder convenientemente, pues sus intereses y problemas estaban en Siria. En 1958 unificó Siria y Egipto creando la República Árabe Unida (RAU). Las unidades militares, incluyendo a los palestinos, adquirieron especial importancia, no para combatir a Israel sino como parte de la red que sostenía la frágil unión. El papel de Al-Fatah se formalizó en esta nueva situación geopolítica.

Al-Fatah no desempeñó un papel político relevante hasta 1958, cuando sus fundadores decidieron construir una infraestructura nacio-

³⁸ SHEMESH (1988).

nal que le permitiese no sólo emprender la lucha armada sino apoyar una vida y una política palestinas independientes. La organización logró ampliar su número de apoyos mediante la publicación de una revista, *Filastinuna* («Nuestra Palestina»), entre 1959 y 1964, y mantener su capacidad militar acercándose a Siria. En estos primeros años, lo que más llamaba la atención de Al-Fatah era la juventud de sus militantes, fundamentalmente estudiantes y trabajadores, algunos de ellos abriéndose camino rápidamente hacia la cima. Ello hizo a Al-Fatah significativamente diferente en cuanto a composición y orientación de los partidos políticos tradicionales del periodo del Mandato. Tampoco era usual la ausencia de una ideología articulada: había que liberar a Palestina y destruir a Israel, no quedaba lugar para los judíos que habían llegado después de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, por lo demás, su programa no se identificaba fácilmente en el espectro político con la izquierda o la derecha, ni incluía un diccionario de las ideologías poscoloniales.

La República Árabe Unida se derrumbó tres años después, cuando un grupo de oficiales sirios aliados con el partido Baaz tomaron el poder. Nasser pudo entonces prestar más atención a la cuestión palestina, especialmente al ser derrocado su rival, Abd al-Karim Qassim, en un golpe de Estado, en 1963. Durante ese mismo año, por un breve espacio de tiempo, Siria cayó de nuevo en el desorden cuando otro grupo de jóvenes oficiales, de nuevo en nombre del Baaz, pero con estrechos vínculos con Egipto y la Unión Soviética, expulsaron a sus predecesores. No pasó mucho tiempo sin que los nuevos gobernantes de Damasco y Bagdad, por un lado, y Nasser, por el otro, utilizaran la lucha armada de los palestinos como moneda de cambio para defender sus propios intereses políticos.

La filosofía de otra organización palestina mencionada antes brevemente tenía una orientación ideológica más clara: el nacionalismo árabe de al-Qawmiyyun al-Arab. Era un movimiento de refugiados de izquierdas fundado en 1951 en la Universidad Americana de Beirut y dirigido por un estudiante de medicina, George Habash. Se convirtió en una fuerza significativa después de 1956, al declarar abiertamente su apoyo a la política de Nasser durante el periodo de la República Árabe Unida, y, hábilmente, mantuvo una relación cordial con el gobierno sirio una vez que ésta desapareció. Dispuestos a dejarse entrenar por la inteligencia militar siria, la capacidad militar del grupo

aumentó. Sin embargo, tanto por su orientación como por los objetivos que declaraba, la organización se centró menos en la liberación de Palestina que en llevar la revolución al mundo árabe en general. Los veteranos de al-Qawmiyyun al-Arab no se convirtieron en una organización guerrillera propiamente dicha hasta mediados de la década de 1960, cuando adoptaron el nombre de Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP) y centraron sus energías exclusivamente en la lucha armada contra Israel³⁰.

No obstante, el histrionismo político aquí descrito tenía poca relevancia sobre el terreno. En particular, los palestinos que vivían dentro de las fronteras del antiguo Mandato no se sentían ligados al panarabismo. Su ubicación geopolítica afectaba mucho más a sus vidas que los gestos grandilocuentes que hacían los líderes árabes o palestinos respecto a la liberación de la patria.

Si nos detenemos en revisar la historia de una aldea palestina, Barta', podremos ver que, como resultado del acuerdo de armisticio entre Israel y Jordania de abril de 1949, la aldea estaba dividida en dos, lo que no era inusual. Israel se había anexionado Barta' occidental, mientras Barta' oriental formaba parte de la Cisjordania jordana. Desde el punto de vista económico a la parte occidental le fue mejor, pese a que sus habitantes fueron incorporados a un régimen político extraño y a veces hostil. Como los demás palestinos que habitaban en Israel, se convirtieron en no ciudadanos, privados de los derechos humanos y civiles básicos. Culturalmente estaban aislados dentro de un Estado que los consideraba primitivos y atrasados. Barta' oriental se ahorró estas dificultades sociales y culturales, pero sufrió la pérdida de tierras, pues buena parte de ellas habían sido confiscadas por Israel.

La frontera, que entre 1948 y 1967 pasaba por el medio de la aldea, se selló y no había la posibilidad de celebrar encuentros familiares, por no mencionar reuniones. La consecuencia fue el desarrollo de dos identidades colectivas palestinas bajo dos sistemas políticos muy diferentes. Se necesitaba mucha habilidad y creatividad para hacer frente, en el lado oriental, a la presión hachemita a favor de la asimilación, y al gobierno militar represivo del lado occidental. Cuando se unificaron ambas zonas, tras la Guerra de 1967, las comunidades continuaron viviendo como si fuesen aldeas diferentes, como sigue suce-

³⁰ SAKAKINI (1975) (en árabe).

diendo hoy en día. Y es que no sólo hablaban ya dialectos palestinos distintos, sino que, por lo menos hasta la década de 1990, tenían diferente orientación política.

La falta de campos de refugiados en Israel fue el factor determinante a la hora de distinguir entre los palestinos que vivían en uno de los dos lados de lo que ahora se denominó «la línea verde». Con ella se hacía referencia a la frontera entre Israel y Cisjordania, y el color verde de los mapas oficiales indicaba su naturaleza provisional al menos a ojos de Naciones Unidas (en los mapas de la ONU las fronteras definitivas eran de color negro o, a veces, púrpura). Cuando los refugiados llegaron en masa a Cisjordania y la franja de Gaza, su presencia minó las estructuras tradicionales de la sociedad de ambos lugares, amenazando con revolucionar todo el medio político palestino⁴⁰. Como en Israel no había este celo revolucionario, la política palestina en el país siguió siendo mucho menos radical que la de otros sectores de la sociedad palestina.

A finales de la década de 1950, la radicalización alcanzó de pleno a los notables nacionalistas, que hicieron un último esfuerzo por tomar las riendas del poder y, con ayuda de los regímenes árabes radicales, intentaron resucitar el nacionalismo palestino a través de la creación de un órgano, la OLP. La idea era loable, pero su ejecución fue deficiente. Al principio pareció que se trataba sólo de otro acto político que ignoraba los intereses y el orden de prioridades de la mayor parte de los palestinos.

LA FALSA OLP (1964-1968)

En su última postura política, y aún bajo la dirección de Amin al-Husseini, los notables nacionalistas que quedaban utilizaron la guerra fría árabe para hacer un hueco a la actividad palestina en la Liga Árabe en El Cairo. Como era típico, con ello pretendían tanto asegurar para sí mismos una posición conveniente como expresaban el genuino deseo de luchar por Palestina. La Liga Árabe ya no era un bastión de la política árabe tradicional. Los regímenes radicales decidían ahora el tono y el orden de prioridades de la asociación regional, y era mucho

⁴⁰ P. Ann Smith (1984), p. 77.

más fácil convencer a los líderes para que aceptasen una organización palestina. No obstante, los dirigentes de la Liga se sentían mucho más a gusto con los viejos notables nacionalistas. Como Anun al-Husseini era demasiado controvertido para ser elegido cabeza de la nueva organización palestina, se optó por Ahmad al-Shuqairi, un miembro de rango inferior del Alto Comité Árabe que después de 1948 había comenzado a hacer carrera junto al ministro de Asuntos Exteriores de Arabia Saudí.

Aunque los regímenes radicales y la monarquía tradicional saudí tenían muy poco en común, compartían una ambición política, ambos deseaban poner en un aprieto al régimen hachemita de Jordania. Incluso después de expulsar a Glubb Pasha, veían a Jordania como el puesto de avanzada británico en el área. John Bagot Glubb era el comandante en jefe de la Legión Árabe desde 1938 y dirigió el ejército durante la Guerra de 1948. Una vez finalizada, se le acusó de la pérdida de Lod y Ramla, acusación que ignoró el joven rey Hussein hasta que él mismo se sintió amenazado por Glubb y decidió expulsarlo a Gran Bretaña. El problema palestino ponía a prueba como ningún otro el patriotismo panárabe de Jordania. Así pues, los artífices de la nueva estructura, la OLP, eligieron Jerusalén como sede de la inauguración. La ceremonia se celebró en el hotel Intercontinental en mayo de 1964. La hosca expresión del joven rey Hussein en las fotografías tomadas con ocasión de la celebración muestra cuan insufrible le era la nueva organización.

Ahmad al-Shuqairi pareció al principio muy activo. En noviembre de 1963 se le denegó la entrada en la conferencia anual de Naciones Unidas para los refugiados, y se orientó de pleno hacia el mundo árabe. Inmediatamente después de la ceremonia de Jerusalén, creó delegaciones de la OLP en todo el mundo árabe para poner de manifiesto en estos países que los refugiados tenían otros representantes aparte de la UNRWA. La OLP contaba también con un ejército organizado, el Ejército de Liberación Palestino. Sin embargo, tuvo una importancia decisiva el hecho de que ni los órganos de la OLP ni las unidades del Ejército de Liberación se ganaron la confianza de los refugiados. Acabaron por convertirse en clubes y puestos destinados a la carrera de la clase media urbana. Mientras la confianza de la OLP en Nasser no impresionaba a nadie, es preciso señalar que por entonces Nasser tenía un interés más genuino por la causa palestina e hizo un

gran esfuerzo por unir al mundo árabe y prepararlo para una confrontación futura con Israel. Con todo, como sus predecesores de 1948, no contó con los palestinos en el camino frenético y bien difundido a través de los medios de comunicación que conducía al próximo enfrentamiento con el Estado judío. Esta exclusión permanente de los palestinos de los centros de poder real y de la toma de decisiones fue lo que suscitó las dudas de muchos respecto a la sinceridad de los planes y ambiciones de Nasser.

La desaparición de la efímera OLP aupada por la Liga estaba en manos de los movimientos de los fedayines, que estaban al margen de ella. A cambio, crearon por su cuenta una organización informal conocida como al-Muqawwama («Resistencia»), una hermandad de luchadores a imagen del Vietcong (una de sus metáforas más frecuentes era la de «Hanoi Árabe») y del Frente de Liberación Nacional argelino. Se tenía la esperanza de que de los Estados árabes vecinos de Israel se convertirían en una plataforma de lanzamiento para los ataques de la guerrilla a favor de la liberación de Palestina. Aparte de las metáforas, adquirieron armamento y entrenamiento de otros movimientos revolucionarios del Tercer Mundo. Al-Fatah siguió desempeñando un papel central, pero a mediados de la década de 1960, George Habash contaba ya con su propio movimiento guerrillero, el Frente Popular para la Liberación de Palestina⁴¹.

La actividad guerrillera se intensificó después de una larga tregua que sirvió para organizarse y llevar a cabo el reclutamiento, y, con ello, para que Israel tomase las consabidas represalias. En 1966, los israelíes llevaron a cabo una operación a gran escala contra la aldea de Samua', en Cisjordania, perjudicando aún más sus relaciones con Jordania. El aumento de la tensión en esta frontera fue uno de los factores que impulsó al rey Hussein a entablar una alianza militar con Siria y Egipto, alianza que el sector más militante del gobierno israelí interpretó, entre otros signos de hostilidad, como un *casus belli*.

A Siria, no a Jordania ni a Egipto, le correspondió la parte más dura en el enfrentamiento con Israel. Desde comienzos de la década de 1960 había una guerra de desgaste en la frontera entre Israel y Siria provocada por la construcción israelí de un acuífero nacional que debía llevar agua del norte al sur del país. Los dos países perdieron a

⁴¹ DANZIGER, en Gabriel Ben-Dor (ed.) (1979), pp. 347-376.

muchos soldados en las sangrientas disputas. Las escaramuzas aumentaron hasta llegar, en 1962, a una guerra a pequeña escala, tras la cual los intercambios de fuego a uno y otro lado de la frontera amenazaron con extenderse hasta una confrontación total. Las condiciones estaban maduras para el crecimiento de los grupos palestinos de fedayines y para que se difundiese la idea (evidentemente falsa) de que la liberación palestina estaba al alcance de la mano.

El fracaso de Al-Muqawwama a la hora de obtener avances respecto a la liberación de Palestina se debió en parte a su incapacidad para mantener la unidad. La organización estaba marcada desde sus comienzos por las disensiones internas. El FPLP tenía claros objetivos revolucionarios, como contribuir a transformar los regímenes árabes tradicionales y establecer un Estado marxista en la Palestina liberada, mientras Al-Fatah, como se mencionó antes, mantenía una concepción vaga de la naturaleza del nuevo Estado. Pero el movimiento de resistencia se mantuvo unido, esperando la llegada del momento oportuno para hacerse con la OLP, y el momento llegó tras la Guerra de 1967.

EL DOMINIO DE LA POLÍTICA ISRAELÍ: LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE UN ESTADO

Mientras el radicalismo de la política palestina se institucionalizó después de 1956 a través de movimientos guerrilleros y organizaciones clandestinas de Cisjordania y Gaza, así como en el seno de la política de partidos de Israel, la sociedad judía de Israel estaba atravesando un periodo de cambio de naturaleza muy distinta. Había sido centralizada política y económicamente como parte de un esfuerzo consciente de las autoridades por homogeneizar una sociedad multiétnica. El proceso de fusión era un escaparate para los expertos en la cruda modernización. La comunidad judía estaba compuesta por una sociedad occidental moderna, los veteranos sionistas de Europa, y muchos grupos no occidentales (del Este u Oriente) que todavía no habían sido modernizados. Eran palestinos, judíos de países árabes y judíos ultraortodoxos. Los expertos israelíes del nuevo departamento de sociología de la Universidad Hebrea podían impartir clases difundiendo las teorías de la modernización y simultáneamente asesorar al gobierno sobre la manera de aplicarlas.

El método tenía un nombre «pegadizo», el «proceso de crisol». La comunidad modelo consistía en judíos europeos veteranos, que se habían convertido en israelíes modernos bajo la influencia del resurgimiento del hebreo, el militarismo de la sociedad israelí y la ética de los asentamientos, todo ello impregnado por el color que le daban la versión marxista, socialista y nacionalista. Los cursos de hebreo de los nuevos inmigrantes eran la mejor herramienta de adoctrinamiento. En noviembre de 1948 se creó una academia de lengua hebrea en Jerusalén que controlaba los diferentes dialectos potenciales tratando de ajustarlos a los modismos e ideales sionistas. Tampoco se fue menos inexorable respecto al uso de la lengua árabiga por parte de los judíos árabes. Cuando Abraham Israel, un judío egipcio, quiso mostrar una película que había traído consigo como medio de ganarse la vida, el censor israelí sólo le permitió exhibirla en el cine de la que era por entonces la ciudad totalmente palestina de Nazaret¹². De este modo, el objetivo de homogeneidad se satisfizo teniendo como trasfondo la heterogeneidad y la discriminación, y en medio de una tensión que sólo se trasluciría a finales de la década de 1980.

El resurgimiento del hebreo trajo consigo uno de los logros más impresionantes del sionismo: la renovación de la lengua llevó aparejada la invención de una nueva cultura hebrea israelí. La vieja lengua bíblica demostró ser moderna, adaptable e inspiradora. Tras un inicio titubeante, que produjo un lenguaje no muy distinto del que tendría la prosa inglesa moderna entremezclada con frases de Shakespeare, los escritores, novelistas y periodistas israelíes empezaron a expresarse con gran destreza transmitiendo las preocupaciones y esperanzas diarias en una nueva lengua liberada y que fluía con facilidad. Muy poco después aparecía también un lenguaje coloquial, signo adicional de su vitalidad.

La nueva libertad de expresión lingüística puso de relieve la urgencia de lograr la libertad de expresión en términos políticos. En la década de 1950 proliferaron los escritos satíricos, pese a que la clase dirigente política estaba muy atenta a la aparición de este fenómeno cultural. Fue también por entonces cuando prosperaron los cabarés políticos, que Ben-Gurion no dudaba en censurar caso de que contuviesen material que pusiese en aprietos al gobierno.

¹² *Haharetz*, 2 de marzo de 1950.

En contraste con estos éxitos lingüísticos, los intentos de reinventar el judaísmo desde un punto de vista secular resultaron más difíciles. Los primeros representantes de la nueva cultura hebrea manifestaron con franqueza su rechazo a la religión y cifraron sus esperanzas en el secularismo. No obstante, la política del joven Estado propició concesiones por parte del elemento secular del sionismo hacia los círculos religiosos. En 1953, después de darse cuenta de la importancia que tenían los partidos religiosos para mantener coaliciones estables, Ben-Gurion autorizó a su gobierno a iniciar el proceso de elaboración de leyes religiosas generales que debían aplicarse a la totalidad de los judíos, ya fuesen practicantes o no. En agosto de ese año se otorgó a los tribunales rabínicos jurisdicción total en materias como matrimonio y divorcio. El cambio sería crucial. Hasta entonces había resultado difícil identificar al judaísmo con el nacionalismo, pero las nuevas disposiciones eran el primer paso para difuminar la diferencia entre religión y nación. En junio de 1956 se creó un nuevo partido, el Partido Religioso Nacional, el Mafdal. Tenía una red educativa impresionante y se dedicaba a proteger la naturaleza religiosa del nacionalismo judío en Israel. También fue terreno fértil para el desarrollo del Gush Emunim, el movimiento de colonos judíos de Cisjordania posterior a 1967.

Los enfrentamientos entre judíos seculares y ultraortodoxos en las calles de Jerusalén eran frecuentes y solían terminar con heridos en ambos bandos. En septiembre de 1956, en uno de estos enfrentamientos murió un niño ultraortodoxo. La división cultural se hizo palpable cuando el abuelo ultraortodoxo de otro niño, Yossef Schumacher, secuestró al muchacho cuya custodia tenía la madre, que no era practicante. El servicio secreto israelí tardó dos años y medio en localizar al muchacho en América y repatriarlo, cerrando así un caso que había atormentado a la comunidad judía de Israel. La aparición del Mafdal en el panorama político-cultural puso aún más de relieve la naturaleza aislacionista del judaísmo no sionista y ultraortodoxo en Israel, que desde este momento se hizo más reservado y se confinó a los guetos que él mismo había creado.

La memoria nacional del Israel contemporáneo está fragmentada por la tensión señalada anteriormente entre «la realidad vivida» y la «realidad recordada». Para los que formaban parte de la elite social y cultural del país, fundamentalmente los judíos asquenazíes, la década de 1950 sigue

siendo la de los «días dorados» del *Israel haktanah* («el pequeño Israel»), recordado con cariño como los tiempos felices antes de que Israel fuese atormentada por las rebeliones de los grupos de desvalidos palestinos y ciudadanos mizrahis, cuando imperaba el sentimiento de solidaridad, y la cultura del país venía determinada por un canon de libros, poesía, teatro, canciones populares y, sobre todo, ceremonias nacionales que conmemoraban capítulos heroicos de la historia sionista.

Con todo, la imaginada «pequeña Israel» no carecía de problemas. Fueron asimismo los días difíciles de la *zena oficial* («escasez» en hebreo, aunque también se la puede traducir como «modestia»), un régimen económico declarado en abril de 1949 por Dov Yoseff, el ministro designado especialmente para controlar los hábitos de consumo de la población. Se repartían cupones, sujetos a cuotas, para comprar ropa y alimentos. La crisis económica y la subsiguiente escasez de empleo y vivienda produjeron enfrentamientos ocasionales entre los judíos mizrahis y la policía. Los enfrentamientos rara vez condujeron a la revolución social, aparte de casos aislados como la sublevación de Wadi Salib de 1959. Wadi Salib era anteriormente un barrio palestino de la vieja Haifa musulmana que había sufrido una limpieza étnica en 1948 y había sido repoblado con trabajadores judíos no cualificados, sobre todo procedentes de Marruecos. La violencia estalló cuando un incidente de menor importancia entre un policía y un trabajador puso de relieve la brecha entre ricos y pobres. El sorprendido gobierno laborista envió a la policía para acallar la explosión de frustración de los trabajadores judíos, en cuyo supuesto nombre gobernaba. Los disturbios se extendieron entonces a otros lugares donde el desempleo animaba a los trabajadores judíos de países árabes a manifestarse, para ser también brutalmente dispersados por la policía⁴³.

De hecho, fueron tiempos difíciles y sólo unos pocos gozaban de prosperidad. Sin embargo, hoy en día, la memoria nacional identifica la década de 1950 como la *belle époque*. Una de las razones que lo explican es el hecho de que los años malos pasaron pronto, en 1954 para ser exactos, y para muchos judíos, aunque no para los que vivían en Wadi Salib, vinieron seguidos de un periodo de recuperación económica. Curiosamente, el régimen de austeridad benefició temporalmente a los judíos que procedían de los países árabes, pues

⁴³ KALEV, en Offir (ed.) (1999), pp. 149-158 (en hebreo).

dio lugar a que todos los sectores de la sociedad compartiesen similares carencias, y de este modo surgió un sentimiento de solidaridad que no existía anteriormente. Cuando desapareció debido a una impía alianza entre los consumidores y los comerciantes veteranos asquenazíes, sus principales víctimas fueron los judíos mizrahís. Se convirtieron en una permanente fuerza de trabajo barata, aislada y utilizada para desplazar a la mano de obra palestina. En las fronteras de Israel se utilizó cínicamente y con objetivos políticos la competencia entre los judíos árabes y los palestinos por trabajos no cualificados. Los palestinos habían sido expulsados de sus aldeas, junto a las fronteras, y se alojó a los judíos árabes en sus tierras, donde empezaron a desempeñar también los trabajos que antes hacían los palestinos. A todo ello hay que sumarle el ciclo de infiltración palestina y represalias israelíes, que también se producía en las fronteras y que aumentaba aún más de la tensión y la animosidad de los dos grupos a los que se podría calificar de víctimas de la comunidad de los veteranos asquenazíes y del sionismo⁴⁴.

Al crecimiento económico que se inició ese año contribuyeron tres factores fundamentales: la inmigración en masa, la intensa actividad de la industria militar y la expansión territorial. La prosperidad y estabilidad israelí de más de una década vino de la mano de estos factores. Sin embargo, hacia 1964, comenzó una recesión, resultado del declive de la inmigración y de la caída de la producción militar industrial. Con todo, las recesiones rara vez se deben sólo a ocultas «fuerzas de mercado». En el Israel de la década de 1960 había una política orquestada de oposición a los grupos de trabajadores que habían comenzado a darse cuenta de que su principal sindicato, el Histadrut, los había abandonado. Siendo ya una inmensa empresa, el Histadrut fue incapaz de movilizar a la mayor parte de los trabajadores israelíes. Éste, tenía sus propias fábricas y complejos de negocios, y era el principal patrón israelí. Los trabajadores militantes se enojaron cuando descubrieron que el Histadrut había estado colaborando activamente en contra del pleno empleo manteniendo un nivel de desempleo. Sin embargo, dada la recesión, el trabajo escaseaba, lo que impedía a los trabajadores actuar independientemente⁴⁵. En febrero de 1966, la recesión era más profunda y el

⁴⁴ LEVY (1997).

⁴⁵ SHALEV (1984).

gobierno empezó a pagar sumas sin precedentes en concepto de subsidios de desempleo. En barriadas pobres, como la de Tikva, en el sur de Tel-Aviv, en la que vivían sobre todo judíos marroquíes, estallaron los disturbios y la policía mató a dos manifestantes. Además, en manos de políticos despiadados las crisis económicas son útiles.

El estado de ánimo con que la población afrontó la recesión permitió al gobierno israelí reaccionar en la primavera de 1967 de modo más agresivo y arriesgado respecto a la política de la cuerda floja de Nasser. El espíritu político aventurero precisaba de una poderosa maquinaria militar, y esto se logró gracias a la especial relación con Francia, que para Ben-Gurion era la segunda opción después de los Estados Unidos. Israel se dotó de una fuerza aérea avanzada y, con ayuda de las reparaciones alemanas, que empezaron a afluir al país desde 1952 en adelante, dio sus primeros pasos para obtener capacidad nuclear.

En 1958, Ben-Gurion solicitó y obtuvo permiso para contribuir a los esfuerzos americanos y británicos que intentaban poner freno a la influencia de Nasser en el mundo árabe. Los marines británicos sobrevolaron Israel camino de Jordania, donde debían ayudar al rey Hussein a detener un posible golpe de Estado de los partidarios de Nasser. En el Líbano, el presidente maronita, Camile Chamoun, instigó el estallido de una guerra civil con la finalidad de obtener un segundo mandato, contrario a la constitución libanesa. La CIA lo apoyaba. Sin embargo, las potencias occidentales atribuyeron la guerra a los musulmanes seguidores de Nasser. En general, se creyó que los intereses occidentales en el área estaban en peligro. La Jordania hachemita también parecía frágil⁴⁶. Ben-Gurion informó a los americanos de que si el régimen hachemita se derrumbaba, su ejército ocuparía Cisjordania. Sin embargo, a los hachemitas les salió todo bien en Jordania. Dos años después, Ben-Gurion recogió los beneficios al establecer una mejor relación con la administración estadounidense, lo que reforzó aún más la situación de Israel.

Ben-Gurion admiraba a los Estados Unidos e hizo todo lo que pudo para aliar el Estado judío con la superpotencia. También mostró un celo especial a la hora de combatir el comunismo en Israel y desde un principio intentó dar a la cultura israelí una orientación americana. En 1949, el censor israelí prohibió el estreno de la obra de Konstan-

⁴⁶ GEDNIZIER (1997).

tine Simonov, *Mr. Smith se va a América*, por considerarla propaganda antiamericana⁴⁷. En pleno auge del macartismo fue un gesto de solidaridad acogido con agrado.

La orientación proestadounidense de Ben-Gurion en la política y la cultura no encontró oposición seria en Israel. Por otro lado, la relación financiera con Alemania sacudió a la clase política y no sólo a ésta. Siete años después del final de la Segunda Guerra Mundial, Ben-Gurion abogaba por el reconocimiento de la «nueva Alemania» a cambio de las enormes sumas recibidas en concepto de reparación. Esta política no estaba consensuada y despertó fuertes, y a veces violentas, objeciones por parte de los supervivientes del Holocausto, cuya causa abrazó Menachem Begin, el líder del mayor partido de la oposición, el Herut, antes Irgún⁴⁸.

De la compleja relación con el Holocausto, e indirectamente con Alemania, se trató en dos ámbitos: el sector comercial, que, sin gran alharaca, había formalizado y fomentado lazos con la «nueva Alemania», y, en el ámbito psicológico, a través de la celebración de dos juicios públicos y de alto contenido emocional. El primero fue el juicio contra Kastner. Israel Kastner era un activista sionista y en la Segunda Guerra Mundial había dirigido la operación sionista para rescatar a los judíos de Hungría y salvarlos del exterminio. Kastner había llevado las negociaciones con Adolf Eichmann, el oficial superior nazi responsable del exterminio en Europa, al que ofreció 10.000 camiones a cambio de un millón de judíos. Las negociaciones se condujeron de modo erróneo, lo que abocó en su fracaso, pero Kastner siguió salvando judíos allí donde pudo. Actuaba bajo las órdenes directas de los líderes sionistas de Palestina.

Tras inmigrar a Palestina, ingresó en el partido dirigente, el Mapai y, con la creación del nuevo Estado israelí, se convirtió en funcionario de alto rango del Ministerio de Comercio e Industria. Sin embargo, algunos supervivientes lo acusaron de colaborar con el nazismo. Cuando uno de ellos, Malciel Greenwald, publicó estas acusaciones en 1952, Kastner lo denunció por libelo. Todo esto ocurría en un Israel dominado por un ambiente de histeria general, en el que se había desatado una caza de brujas contra los sospechosos de colaborar con el nazismo.

⁴⁷ *Havretz*, 11 de septiembre de 1949.

⁴⁸ SEGEV (1991), pp. 173-176 (en hebreo).

Ciertamente, entre los inmigrantes había varios centenares de antiguos *kapos*, judíos que habían desempeñado el cargo de guardianes en los campos de concentración nazis, y que con frecuencia maltrataban y torturaban a sus correligionarios para salvar su propia vida. Las denuncias de gentes que habían desempeñado también un papel ambivalente en los campos de concentración sirvieron para llevar a algunos de ellos ante los tribunales. En Israel se habla del Holocausto como del «otro planeta», donde seres humanos cometieron actos incomprensibles contra otros seres humanos. En este contexto, cualquier intento de juzgar a otros moralmente, y lógicamente con carácter retrospectivo, parece fútil e incluso inhumano⁴⁹.

Comenzó el caso por libelo de Kastner. El astuto abogado de la defensa, Shmuel Tamir, tergiversó las pruebas y explotó el sentimiento popular para convertir a Kastner de demandante en demandado. El juez, Benjamín Halevy, estaba afiliado al Herut, el partido de la oposición que dirigía la campaña contra la normalización de las relaciones de Israel con Alemania. El juicio le dio la oportunidad de mostrar al mundo que la normalización aún no era posible. Lo que es más importante, esperaba involucrar a los líderes laboristas en la acusación implícita de colaboración con los nazis. Kastner se podría haber justificado si los líderes del antiguo *yishuv*, en cuyo nombre había negociado con los nazis, hubieran testificado en su favor. Pero repudiaron la relación que habían mantenido con él, y en el veredicto fue acusado de colaboración con los nazis para obtener beneficios y prestigio personal. El entonces primer ministro, Moshe Sharett, que también debería haber prestado testimonio a favor de Kastner, concluía en su diario: «Una pesadilla, qué horror»⁵⁰. El diario *Haaretz* criticó duramente el veredicto, pero fue Menachem Begin, el líder del Herut, quien más se benefició del asunto, pues todo ocurrió en vísperas de las elecciones generales de Israel. Encontró unos extraños aliados en los parlamentarios comunistas de la Knesset, con cuya colaboración el Herut exigió que se juzgase a Kastner conforme a la ley israelí de 1949 relativa al procesamiento y juicio de los nazis y sus colaboradores. El Mapai no perdió las elecciones de 1955, pero Kastner se quedó de todos modos solo. Este episodio, junto con el *Ha-Parasha*, puso fin al corto exilio

⁴⁹ SHAKED (2000), pp. 36-80 (en hebreo).

⁵⁰ 22 de junio de 1955.

político de Ben-Gurion, que fue designado de nuevo primer ministro de Israel. La ley contra el nazismo nunca se llegó a utilizar en contra de Kastner, pues el juicio poco tenía que ver con el Holocausto, sino con el programa político de la década de 1950. El gobierno israelí utilizó esta ley para secuestrar a Eichmann en 1962 y juzgarlo en territorio israelí. Encolerizados supervivientes del Holocausto asesinaron posteriormente a Kastner.

Ben-Gurion deseaba que el juicio contase con el seguimiento de la prensa para así mostrar a la juventud israelí la diferencia entre las comunidades judías que habían ido como «corderos al matadero» y el Estado judío, que ahora se tomaba la revancha en nombre de las víctimas⁵¹. Ben-Gurion vivía también con las consecuencias de las sublevación de Wadi Salib. Acusó a los judíos marroquíes de saber muy poco del Holocausto, asegurando que si supiesen más, soportarían mejor sus infortunios. Cuando Martin Buber y otros sugirieron la conveniencia de la creación de un tribunal internacional para juzgar a Eichmann, Ben-Gurion se puso furioso, acusándolos de minar la soberanía israelí. El juicio, que finalizó con la ejecución de Eichmann, se convirtió en un modelo a seguir para la futura manipulación de la conmemoración del Holocausto. Desde entonces, las imágenes del Holocausto se explotaron para justificar la discriminación israelí contra los palestinos o los judíos de segunda clase del norte de África. Hasta hoy, cada vez que se critica al Estado desde un punto de vista moral, incluso desde el ámbito internacional, Israel se apresura a silenciar estas críticas presentándose como la única representante legítima de los supervivientes del Holocausto⁵².

LA MARGINALIZACIÓN DEL «ARABISMO» EN LA SOCIEDAD ISRAELÍ

En las barracas improvisadas en las que se alojaban los inmigrantes recién llegados, en las barriadas de las grandes ciudades y en los nuevos asentamientos aislados cercanos a las fronteras, los judíos mizrahis (árabes) estaban demasiado ocupados luchando con las privaciones diarias para disponer de tiempo o ganas de ocuparse de los horrores del

⁵¹ Segev (2000), p. 311.

⁵² AREDNT (1994).

pasado. El pasado aun preocupaba menos a los ciudadanos palestinos confinados en áreas de Galilea o en Wadi Ara', sometidas a un gobierno militar. Estos árabes, judíos, musulmanes y cristianos constituían casi la mitad de la población total de Israel.

Sin embargo, la nueva alianza con Alemania engendró nuevas realidades financieras, aumentando el sentimiento de privación y consternación. Las reparaciones alemanas, si bien justificables al permitir que muchos de los judíos europeos de Israel prosperasen, aumentaron la desigualdad entre los judíos asquenazíes y los mizrahis. El sentimiento de inferioridad ligado a cualquier árabe, ya fuese judío o palestino, se vio reforzado por la política cultural del Estado. Se desarrolló una cultura de la memoria monolítica que reprimía las experiencias de los grupos al margen de la sociedad. La política económica, la exclusión del canon cultural y el atrincheramiento en los márgenes sociales y geográficos de la sociedad alienó a los judíos mizrahis, especialmente a los de Marruecos, así como a los palestinos israelíes. A diferencia de los ciudadanos palestinos, los judíos de los países árabes tenían al menos la esperanza de que las cosas mejorarían, de estar preparándose para ser «judíos nuevos».

El ejército israelí fue la punta de lanza en el esfuerzo para occidentalizar a los judíos árabes. No obstante, dentro del ejército se repetían las divisiones socioeconómicas generales, y a los judíos mizrahis, poco entusiasmados por ingresar en las filas del ejército, se les dieron puestos en logística, lo que constituiría un blasón en su reputación y afectaría de modo permanente a su carrera civil en una sociedad que reverencia a los miembros de los comandos y a los pilotos de la fuerza aérea. De este modo, el ejército promovió la militarización en vez de actuar como agente de modernización o socialización, y acabó siendo un factor importante a la hora de modelar las relaciones exteriores de Israel en Oriente Medio. En buena medida esto determinó la naturaleza de las relaciones que estableció Israel con los pocos aliados que pudo comprar, como Irán y Turquía, que estaban impresionados por sus unidades de comando, sus servicios secretos y su industria militar. El nacionalismo militarista tenía así pues la constante necesidad de lograr victorias, pero también necesitaba, y logró, la respuesta entusiasta de muchos jóvenes israelíes cuyo adoctrinamiento había empezado ya en la infancia. Se invocó la hostilidad del mundo árabe que los circundaba, de la manera en que se manifestaba en todas

las tribunas públicas, las emisoras de radio y la prensa, para reforzar la creencia de que se defendía una causa justa y de que no había otra salida.

La común marginalización social y económica no alimentó la camaradería entre los judíos marroquíes y los palestinos, sin duda debido a la diferencia de sus aspiraciones nacionales. Los judíos árabes esperaban que haciendo hincapié en su origen judío acabarían por ser aceptados como «auténticos» sionistas, una esperanza que sigue sin cumplirse. Estos judíos deseaban ser «desarabizados» para ser «israelizados»; cuando se frustraron sus esperanzas, comenzaron a buscar sus raíces árabes. La compleja relación entre judíos que son étnicamente árabes y judíos de otros grupos se remonta a la era anterior al establecimiento del Estado. Se entiende mejor si recordamos que, al principio, muchos de los judíos de los países árabes no se sintieron atraídos por el sionismo. Los líderes de la comunidad judía de Palestina tampoco se esforzaron por ganárselos. Unos pocos individuos, sobre todo de Iraq y Siria, se vieron arrastrados por el hechizo sionista y se pusieron en marcha hacia Palestina. Sus conocimientos de la lengua y del mundo árabe hacía de ellos los candidatos ideales para los servicios de inteligencia del *yishuv*. Se los recompensaría más tarde al ser de los pocos judíos mizrahis que alcanzaron cargos relevantes en el servicio de inteligencia y en el Ministerio de Exteriores.

Dos procesos que convergieron en 1948 generaron una inmigración judía a gran escala desde el mundo árabe. Una fue la creciente identificación en las mentes de los gobernantes y señores árabes, así como del público en general, entre la existencia de vida judía en el mundo árabe, el sionismo y el conflicto palestino. La otra, el impulso sionista de importar judíos árabes a Israel. En otras palabras, en las condiciones que resultaron de la Guerra de 1948, tanto Israel como los regímenes árabes identificaron a los judíos árabes con potenciales sionistas. Éstos se encontraron entre la espada y la pared: podían inclinarse ante las exigencias de los regímenes árabes y demostrar particular celo a la hora de luchar contra los sionistas o aceptar el ofrecimiento sionista de inmigrar a cambio de perder todo lo que tenían en los países árabes. Los líderes sionistas fueron conscientes del potencial demográfico que constituía el cerca de un millón de judíos que vivían en el mundo árabe a la hora de consolidar el Estado judío. Significativamente, esta consideración no había desempeñado papel alguno en el pensamiento sionista anterior al Holocausto, cuando se concibió el

planeado Estado judío como una entidad europea. Tras la desaparición de seis millones de judíos, el proyecto sionista necesitaba de los números para sobrevivir, aunque procediesen de áreas «poco desarrolladas y primitivas» del mundo. Se inició entonces una campaña para convencer a los judíos de que fuesen a Israel⁵³.

Las comunidades judías procedentes del mundo árabe diferían entre sí en muchos aspectos. La comunidad iraquí era antigua y se concentraba en Bagdad, donde gozaba de prosperidad, de modo que no tenía prisa por abandonar el país. Con la Guerra de 1948, el primer ministro de Iraq, Nuri al-Said, animó a los judíos a abandonar el país aduciendo que la medida formaba parte de un programa de intercambio por el que Iraq acogería a refugiados palestinos. Al no llegar a cumplirse dicha promesa, el gobierno iraquí aprobó una legislación que concebía la afiliación al sionismo como traición. En 1951 se decretó la expulsión de los judíos que se negasen a firmar una declaración antisionista. Casi todos los judíos iraquíes se vieron obligados a salir del país dejando atrás sus propiedades, que confiscó el gobierno iraquí. Por su parte, la Agencia Judía buscaba salidas para contribuir a la inestabilidad de la comunidad judía y envió agentes que pusieron bombas cerca de las sinagogas de Bagdad, con la finalidad de crear un terror adicional y fomentar la inseguridad. Estos hechos contribuyeron en gran manera a llevar a la comunidad de Babilonia de vuelta a Sión⁵⁴.

A la comunidad judía de Egipto le había ido bastante bien desde el reinado de Mohamed Alí, a comienzos del siglo XIX. Al igual que en el caso de los coptos, los judíos prestaban servicios en la corte y en la totalidad del país. Esto cambió a partir de 1948, en especial cuando el rey egipcio, Faruk, al igual que los Hermanos Musulmanes, quiso desempeñar un papel protagonista en la cuestión palestina. Cuando estallaron las hostilidades en Palestina, a finales de 1947, los judíos egipcios se encontraron en una situación similar a la de sus correligionarios en Iraq, pues el gobierno egipcio les exigía garantías similares respecto al sionismo bajo amenaza de un castigo parecido. Las medidas egipcias no llegaron a la expulsión, pero la vida cambió y, finalmente,

⁵³ SHOCHAT (1988), pp. 1-27.

⁵⁴ GAT (1987), p. 186, dice que nunca se sabrá en qué medida estuvo Israel implicada en la colocación de las bombas, pero parece tener pruebas suficientes como para demostrar tal denuncia.

la mayor parte de los judíos de Egipto saldrían del país, ya fuese camino de Israel o con otros destinos⁵⁵.

El mayor grupo de inmigrantes judíos árabes vino de Marruecos. Vivían en condiciones más pobres que cualquiera de las demás comunidades del mundo árabe, aunque tenían su propia elite económica y social. Durante la Segunda Guerra Mundial, la comunidad judía había estado en peligro por la invasión nazi del norte de África, pero los protegió el rey de Marruecos, Mohamed V, que consiguió incluso protegerlos frente al gobierno de Vichy, una política fortuita que mantuvo lealmente su heredero y sucesor, el rey Hassan II. Así pues, los sionistas tuvieron que hacer esfuerzos ímprobos para persuadir a los judíos marroquíes a abandonar un puerto tan seguro y cambiarlo por la insegura Palestina. De hecho sólo la lucha por la liberación de Francia motivó que una elite sumamente francófila decidiese emigrar a Europa y Canadá, abandonando a los sectores menos prósperos de la comunidad a su suerte. Los que se quedaron fueron tentados con mayor facilidad por los agentes sionistas para abandonar el Marruecos ahora independiente y buscar un futuro nuevo en la tierra de Israel, en la que hasta entonces sólo habían pensado en términos religiosos.

Cuando los inmigrantes árabes judíos llegaron a Israel, se les dio la bienvenida de una manera pensada para mostrarles que debían estar agradecidos, pues habían abandonado una existencia primitiva y tradicional en pro de una moderna. El término «moderna» no era sino una descripción distorsionada de la realidad económica del Israel de comienzos de la década de 1950. De hecho, para modernizar la economía, Israel precisaba de la mano de obra de los judíos de los países árabes, especialmente en la medida en que el gobierno se estaba apropiando de todas las tierras que podía y maximizaba su esfuerzo colonizador. Se creía que las tierras y la industria moderna eran los dos factores que permitirían el despegue de la economía local, y para ello el gobierno necesitaba fuerza de trabajo en grandes cantidades. Los judíos mizrahis sirvieron a este propósito⁵⁶.

Aun después de muchos años, la mayor parte de los judíos mizrahis no han logrado escapar del estrato más bajo que les asignó el nuevo Estado. Este fracaso y la frustración que engendró le costaría al Partido

⁵⁵ BEININ (1998).

⁵⁶ SIVIRSKY y BERNSTEIN, en Ram (ed.) (1993), pp. 120-147 (en hebreo).

Laborista, que gobernó entre 1948 y 1977, el control político del país. Posteriormente, entre los judíos mizrahis emergería una forma de neosionismo fundamentalista cuyo objetivo era convertir a Israel en una teocracia.

Para los judíos mizrahis era difícil encontrar una alternativa a su contratación como fuerza de trabajo barata. Carecían de medios financieros, lo que los hizo rehenes del poder de absorción del aparato estatal, el cual estaba controlado por judíos de Europa oriental que albergaban puntos de vista racistas y condescendientes sobre los árabes en general y los judíos árabes en particular. Dependían de estos funcionarios en materia de educación, vivienda, empleo y en cualquier otro aspecto de su prosperidad y bienestar.

No eran los únicos que recibían este trato. Los supervivientes del Holocausto que llegaron a Israel después de 1948 fueron recibidos por funcionarios parecidos. Los nativos israelíes odiaban de modo especial a los supervivientes del Holocausto, pues a su parecer encarnaban la antítesis del sionismo y de la lucha heroica en Palestina. Al igual que en el caso de los judíos de origen árabe, se albergó cruelmente a estos judíos europeos en campos que a muchos de ellos debían de recordarles a los campos de concentración, aunque físicamente no tuviesen parecido alguno. También se los hizo pasar por un proceso humillante de descontaminación y tratamiento médico, que incluía rociarlos abundantemente con detergentes como el DDT. Su vida mejoró una vez establecidos en Israel gracias a las compensaciones que recibían de los alemanes. Los judíos de origen iraquí se defendieron mejor que los demás judíos árabes debido a su capacidad económica, y se negaron a que los trasladasen de un lado a otro, a establecerse donde no les convenía o a desempeñar trabajos que no se ajustaban a su cualificación.

Los judíos procedentes del norte de África solían ser trabajadores no cualificados a los que el gobierno instaba a vivir en las ciudades en vías de desarrollo que había construido a lo largo de las fronteras con los países árabes hostiles. El objetivo era expandir la comunidad judía, que solía preferir los centros urbanos de la costa, y, tras la Guerra de 1948, crear un escudo humano contra la infiltración de refugiados palestinos. Se requirió a algunos judíos del norte de África que repoblasen los barrios árabes que la población árabe de las ciudades mixtas de Palestina había dejado desiertos y abandonados, haciendo así una parodia del compromiso israelí de proteger estas propiedades a través

de la oficina estatal de custodia de la propiedad absentista. Algunos órganos públicos y los movimientos de kibutz ya se habían apropiado de la mejor parte del botín de los absentistas, el resto se convirtió en las atestadas barriadas de los judíos del norte de África.

Los judíos árabes eran los principales receptores de la vivienda pública de escasa calidad. Por lo demás, ni siquiera era gratuita; los arrendatarios tenían que pagar por ella y contraer créditos, hipotecas y seguros. Algunos edificios tenían apartamentos diminutos y al principio se los designó como temporales (como las caravanas de los judíos etíopes que se trajeron a Israel en la década de 1980 y donde siguen viviendo en las peores condiciones). Los apartamentos no suponían un cambio muy grato frente a los patios abiertos que habían conocido en el mundo árabe y que les habían proporcionado un espacio exterior, aunque privado, muy apreciado. Ahora las grandes familias se amontonaban en cubos claustrofóbicos, lo que empeoró el ambiente, ya tenso como resultado del derrumbamiento general de la estructura familiar tradicional y de la jerarquía. La generación mayor no se podía comunicar con la sociedad que la circundaba, mientras la juventud no tenía los medios ni la educación para comunicarse en condiciones. Esto también explica la elevada proporción de judíos del norte de África que se dedicaron en Israel a la delincuencia menor.

Especialmente durante la primera década, la situación de los judíos del norte de África se deterioró debido a la elevada tasa de desempleo. Como el Histadrut no era inmune a las actitudes racistas de los asquenazíes, los judíos árabes no gozaron de los mismos servicios ni de las subvenciones que tenían los demás desempleados, el sindicato tampoco les prestó apoyo cuando reivindicaron su derecho a recibir igual salario por igual trabajo. Para el Histadrut, como para los empleados que trabajaban en el aparato de absorción del Estado, los judíos árabes seguían perteneciendo a una cultura primitiva, con muy pocas posibilidades de alcanzar alguna vez el deseado grado de progreso hacia la modernidad.

El sistema educativo esperaba asimismo que la generación más joven ignoraría todo lo relacionado, incluso indirectamente, con su pasado y sus orígenes. Ellah Aviv Shohat, hoy en día una investigadora de renombre en los Estados Unidos, cuenta cómo siendo una joven inmigrante procedente de Iraq que vivía en el centro de Israel, se ponía ante el espejo para practicar el hebreo y evitar que su acento revelase su origen

árabe. La utilización de la lengua árabe, como sus costumbres y su vestimenta, estaba prohibida. En cambio, se ofrecía a los inmigrantes una educación de segunda clase, llena de adoctrinamiento sionista, pero inadecuada para lograr una mayor movilidad social y progreso.

Los judíos mizrahis también eran necesarios para aumentar la producción agrícola. No se les invitó a los kibutz asquenazíes, salvo si se trataba de niños pequeños, a los que se denominaba *yaldei huz* («niños externos»), e iban sin sus padres. Estos niños gozaron de una movilidad excepcional y de una integración que no era común entre los mizrahis, especialmente entre los judíos marroquíes. Por lo general, se empujó a los judíos mizrahis al cultivo colectivo de la tierra en áreas que el movimiento kibutz no quería, y allí cultivaron cítricos y se dedicaron a otros proyectos agrícolas⁵⁷.

En la industria de la construcción sólo unos pocos lograron escapar a la indigencia convirtiéndose en encargados o en propietarios de empresas constructoras, pero la mayoría siguieron viviendo en las mismas condiciones. El círculo vicioso se mantuvo gracias a un sistema social asistencial muy amplio, pues los asistentes sociales perpetuaban la desigualdad con falsas teorías sobre la modernización. Esto favorecía a los intereses capitalistas de los asquenazíes. Los grandes beneficios que obtenían gracias a los bajos salarios que se pagaban a los judíos del norte de África eran un acicate, por decirlo de modo suave, para ignorar la situación. A comienzos de la década de 1970, los judíos mizrahis estaban efectivamente excluidos de los cargos de responsabilidad y, en el negocio de la construcción pública, de treinta y tres empresas, sólo una tenía a un mizrahi en un puesto directivo⁵⁸.

Los altos cargos de la administración estaban tan cerrados como los de la dirección de empresas, demostrando que no se trataba, como pretenden los principales sociólogos israelíes, de un problema ontológico de primitivismo, sino del resultado de una política de discriminación. En aquellos días, ningún judío era peor visto que los yemenitas. Amos Elon, el columnista estrella de *Haaretz*, escribió al respecto: «Son los agitadores de entre los inmigrantes». Deseaba hacer añicos el mito de su capacidad de trabajo⁵⁹. Elon también era hostil a otros inmi-

⁵⁷ SIVIRSKY (1981) (en hebreo); SMOCHHA (1981).

⁵⁸ Sivirsky y Bernstein (1993), p. 132.

⁵⁹ *Haaretz*, 28 de diciembre de 1951.

grantas del mundo árabe. Y, dos años después, en abril de 1953, se preguntaba si era acertado traer a Israel a los judíos de Túnez⁶⁰.

Las comunidades afectadas intentaron crear un partido común de los judíos de origen árabe, pero pronto se fragmentó conforme a las distintas etnias, los judíos yemenitas, por ejemplo, crearon sus propios partidos en la Knesset⁶¹. Finalmente sería el Herut, el partido de la oposición de Menachem Begin, de Polonia, el que proporcionaría una vía política a su frustración social y económica.

Después de 1956 se mantuvieron los mismos modelos de discriminación contra la minoría palestina de Israel. La política de cooptación, el régimen militar y la difícil situación de ser ciudadano palestino en el Estado judío generó muchas respuestas políticas, aunque todas apuntaban al ardiente deseo de seguir formando parte del pueblo palestino al tiempo que se adquiría la condición de ciudadano israelí de pleno derecho. Algunos creían que el comunismo lograría hacer la revolución social, reduciendo al nacionalismo a un segundo plano e imponiendo la igualdad. Otros se afiliaron al Partido Comunista por razones menos altruistas. Utilizaban el discurso internacionalista para esconder sus auténticas aspiraciones nacionales, cuya manifestación pública los metería irremediabilmente en problemas con las autoridades israelíes. La afiliación al comunismo garantizaba el apoyo del partido para hacer una carrera universitaria o, mejor aún, el ingreso en una universidad del bloque del Este, lo que podía abrirle a uno las puertas a profesiones como el derecho o la medicina, opciones de las que los palestinos de Israel estaban prácticamente, aunque nunca oficialmente, excluidos⁶². Otros ligaron su futuro político a los partidos sionistas, creando sus propios partidos satélites o afiliándose a ellos. Con ello quizá mejoraron su propia posición, pero, en comparación con los comunistas, fue muy poco lo que mejoró la situación de la mayoría. De este modo, en 1967, el Partido Comunista se había convertido en la fuerza política más importante entre la minoría palestina.

Muy pocos optaron por una confrontación directa con los israelíes declarando abiertamente su adhesión al nacionalismo palestino de la manera como lo encarnaba el movimiento de los fedayines. Después

⁶⁰ *Haaretz*, 29 de abril de 1953.

⁶¹ *Haaretz*, 28 de diciembre de 1951.

⁶² KAUFMAN (1997).

de 1959, aumentó la popularidad de al-Muqawwama entre los palestinos de Israel. Los líderes radicales del Partido Comunista israelí, como Tawfiq Zayad y Emil Habibi, eran periódicamente encarcelados, interrogados o torturados por su apoyo al derecho de retorno de los refugiados o por la abierta demanda de abolición del régimen militar. Este tipo de actividad alcanzó su punto culminante en 1961, después de que el gobierno expropiara más de 5.000 dunams de varias aldeas árabes para la construcción de Carmiel, la nueva ciudad judía de Galilea.

De este ambiente surgió en 1959 el grupo al-Ard («la tierra»). Sus miembros seguían la retórica antioccidental de Nasser y habían hecho votos para seguirlo en su lucha contra los «régimenes reaccionarios». En cierto sentido se afanaban por abrir una vía diplomática en defensa de estas ideas en lo que era para ellos la Palestina ocupada, aunque apoyaban abiertamente la resolución 181, de noviembre de 1947, de Naciones Unidas relativa a la partición como base para una nueva solución geopolítica. Se prohibieron sus actividades, y algunos fueron arrestados, mientras otros partieron al exilio⁶³.

Antes de 1967 el islam político todavía estaba en ciernes. Las razones de su aparición son reflejo de las del islam político en general: una combinación de privaciones socioeconómicas, carencia de política asistencial estatal y el debilitamiento de alternativas de acción secular. Cada movimiento islamista de Oriente Medio era único, tenía un orden de prioridades particular, ya fuese nacional o social, que ensombrecía al religioso. En el caso de Israel y Palestina, la cuestión nacional era al menos tan importante, si no más, que la religiosa, especialmente en la década de 1980.

Paradójicamente, la visita del papa Pío VI a Israel y Palestina en 1964 propició el incremento del islamismo. Llena de entusiasmo, la juventud cristiana se volcó en los preparativos de la visita, y abrieron clubes y centros de actividad, especialmente en Galilea. Su entusiasmo era contagioso, y los jóvenes musulmanes respondieron con un celo parecido, participando en los trabajos de la comunidad. Su principal éxito fue ocupar los días de los desempleados y los subempleados de la Galilea palestina y el Pequeño Triángulo. Entre los síntomas del nuevo fenómeno estaba el dejarse la barba, la adopción de la vestimenta tradicional y una participación e interés más ilusionados por la política islá-

⁶³ ZUREIK (1979).

mica en el mundo árabe (que manifestaba, por ejemplo, su descontento por el modo en que Nasser había tratado a los Hermanos Musulmanes de Egipto). Un sucesor no oficial del gran mufti, Shaykh Ahmad Abdallah, fue, entre bastidores, el primer agente. También reunió fondos para construir más mezquitas.

LOS HABITANTES DEL LIMBO: BEDUINOS Y DRUSOS

Entre los judíos orientales y los palestinos había otros dos grupos a los que los investigadores incluirían a su debido tiempo en la comunidad palestina, pero a los que entonces se veía, y quizá todavía se los vea, como minorías étnicas diferentes. Eran los beduinos y los drusos. En el periodo del que hablamos, se definían a sí mismos y se los definía oficialmente como grupos distintos.

Para ellos la politización implicaba navegar en aguas seguras entre las tentaciones de la cooptación y los peligros de la resistencia. La vida y la cultura beduinas cambiaron poco entre 1831 y 1948. En el siglo anterior, su número sólo aumentó cuando los gobernantes egipcios (1831-1840) los autorizaron a frecuentar Palestina desde su base en la península del Sinaí, y continuaron haciéndose notar sobre todo después de la restauración otomana. Durante el periodo otomano tardío, mantuvieron su estilo nómada de vida en las zonas septentrionales y orientales del país, pero después de 1900, la mayor concentración de vida beduina nómada o seminómada estaba en el sur, en al-Naqab o en el Negev.

En los albores del siglo XX había ochenta tribus registradas en siete lugares distintos, señalados como bases. Esta estructura elemental se mantuvo intacta hasta 1948. En 1947 había 80.000 beduinos en el sur de Palestina, pero la política de expulsiones israelí no hizo con ellos una excepción, y cuando amainaron los vientos de confrontación bélica, no quedaban más de 13.000. Se reagruparon en veinte tribus con tres localizaciones dispersas por el Negev. Cuando los jefes de las tribus aceptaron que los jóvenes ingresasen en el ejército israelí, se les prometió un estatus mejor que el de los demás árabes. Sin embargo, para la mayor parte de ellos la promesa sigue sin cumplirse. En la década de 1960 se asentó a algunos en el norte de Israel, y aunque disfrutaban de un nivel de vida mejor que los beduinos del sur, tampoco superaba al del ciudadano palestino medio.

Gracias a los beduinos, el Negev fue la única zona geográfica de Israel a la que el fervor modernizador dejó relativamente intacta. Los camellos y los rebaños de ovejas y cabras seguían desempeñando un papel importante en la vida de los beduinos. Sin embargo, a finales de la década de 1950, la agricultura y la semiproletarización, similar a las que afectaban al resto de la comunidad palestina de Israel, empezaron a hacer mella en el estilo de vida de los beduinos, dando lugar al abandono del nomadismo. La segunda mitad de la década fue especialmente seca, y cinco años sucesivos de sequía empujaron a los beduinos al norte, donde el gobierno acabó por autorizar su asentamiento en unas cuantas aldeas. Los que siguieron en el sur abandonaron la vida pastoral para dedicarse a trabajos no cualificados en la agricultura, la construcción y los servicios.

Los drusos constituyen un ejemplo más afortunado de cooptación. Son una secta religiosa, retoños del islam chiita. En Israel se los considera como una religión independiente y su conducta como comunidad difiere un poco de la de comunidades similares de otros países de Oriente Medio (además de en Israel, hay población drusa en Líbano, Siria y Jordania). Durante la Guerra de 1948, los ancianos de la comunidad, dándose cuenta de que el equilibrio de poder cambiaba, firmaron un pacto de alianza con el Estado judío. Esto debería haberlos convertido en ciudadanos de primera clase en lo que se refiere a derechos y privilegios estatales. Sin embargo, se los confinó en unidades especiales del ejército y, desde el punto de vista socioeconómico, no se los igualó a la mayor parte de los ciudadanos judíos. Con todo, la mayor parte de sus líderes optaron por mantener la cooptación y la cooperación con Israel⁶⁴. Al igual que muchos otros grupos, de hecho casi todos los que viven entre el río Jordán y el Mediterráneo, sólo el hito de 1967 los obligó a revisar su pasado.

⁶⁴ FIRC (1999).

El Gran Israel y la Palestina ocupada: auge y caída de la alta política (1967-1987)

Entre las guerras de 1948 y 1967, la política invadió salvajemente la vida de todos los que vivían entre el río Jordán, en el este, y el Mediterráneo, en el oeste. La política de elite, más militarizada y nacionalizada que nunca, exigía ahora toda la atención, una participación diaria y una lealtad incondicional por parte tanto de los palestinos como de los judíos. Había pocos islotes de paz donde la gente siguiese siendo inmune a la intrusión. Las elites políticas de ambos lados dominaban sus respectivas sociedades como nunca las habían dominado y como no las dominarían hasta mucho después. Se acallaron las voces disidentes y desapareció casi por completo cualquier impulso que quedase en favor de la cohabitación. Pero también cabe señalar que la política de elite empezaba a perder importancia en la vida de la gente, lo que fue incuestionable tras la Guerra de 1973. Para muchos de los grupos que no ocupaban el centro del escenario, la política era sólo uno de los medios en que interactuaban con el Estado o con las elites nacionales. Como la mayor parte de los grupos marginales también sufrían por la privación económica, su principal preocupación era la supervivencia diaria. La tradición y la cultura siguieron siendo anclas o mecanismos de defensa frente a la cruda realidad.

En ningún otro lugar era tan evidente la distancia como en la sociedad palestina. El mejor ejemplo es el caso de los palestinos que vivían en Cisjordania y la franja de Gaza, para los que la existencia significaba también sobrevivir a la realidad política de la ocupación. Para esta comunidad, el gobierno militar era una experiencia traumática que unía por igual a pobres y ricos. La retirada de la política fue más evidente en los campos de refugiados, aunque no en los de los territorios ocupados. Los habitantes de los campos de los países árabes parecieron perder fe en la capacidad de los líderes políticos para cambiar su suerte y, como la comunidad palestina de Israel, permitieron que una minoría radical actuase en su nombre.

El periodo comenzó con la Guerra de junio de 1967. La histeria que llevó aparejada la guerra, apocalíptica y eufórica en el caso de los judíos de Israel, traumatizada y llena de temor en el mundo árabe, ha disminuido con el paso de los años para dar lugar a una evaluación más sobria y realista. A medida que transcurre el tiempo son más los sectores de la comunidad judía de Israel que perciben el impacto negativo que la Guerra de los Seis Días tuvo en sus vidas. Por otro lado, las sociedades árabes, en general, y los palestinos, en particular, han conseguido ubicar el suceso dentro de una perspectiva que presenta la catástrofe de 1948 como el acontecimiento que más ha contribuido a su formación.

LA GUERRA DE JUNIO DE 1967

Tan pronto como terminó la campaña del Sinaí, la retórica bélica de ambos lados anunció la inminencia de otro asalto violento entre Israel y el mundo árabe. A diferencia de lo sucedido durante la fase previa al conflicto, de 1948 a 1956, la retórica carecía del contrapeso de un esfuerzo pacificador. Más bien al contrario, iba acompañada de una carrera armamentística que en el caso de Israel incluía la adquisición de capacidad nuclear. Por el lado árabe, destacaba por la organización a gran escala de ejércitos modernos con armas nuevas y presupuestos de seguridad exagerados. En ambos lados se dio prioridad a la inversión en armas de destrucción masiva frente a las necesidades sociales y económicas. Los gobiernos de los dos frentes abandonaron sus responsabilidades respecto al bienestar de la población, aunque algunos pagarían muy caro este orden de prioridades. La inexistencia de una política social y económica creó un vacío que cubrió con entusiasmo el islam político en el lado palestino, y el fundamentalismo judío en el caso de Israel. A medida que amainaba la histeria bélica, sus ambivalentes y decepcionantes logros en el terreno político contribuyeron aún más al resurgimiento del fundamentalismo. Para algunos líderes carismáticos con interpretaciones radicales de sus religiones fue fácil presentarse como portadores de nuevas soluciones, fuente de inspiración y guía de su sociedad en tiempos de tribulación. Como era de esperar, estos líderes se convirtieron en figuras centrales del escenario político.

A mediados de mayo de 1967 la retórica se transformó en acción. El 14 de mayo, Israel entró en un periodo de dolorosa ansiedad después

de que se supiese que las fuerzas del ejército egipcio estacionadas en la península del Sinaí habían violado los acuerdos previos y se desplazaban hacia la frontera. El líder egipcio, Gamal Abd al-Nasser, se vio arrastrado a esta política agresiva como consecuencia del deterioro sin precedentes de la situación en la frontera entre Israel y Siria. El largo periodo de tensiones para determinar a quién correspondía el control de un área que el acuerdo de armisticio de 1949 designaba como tierra de nadie alcanzó su cenit en enero de 1967. Como se indicó anteriormente, el motivo era la construcción por parte israelí de un acuífero para canalizar hacia Israel el agua perteneciente a ambos países, y las represalias sirias en forma de proyectos de desvío destinados a minimizar el flujo del agua río abajo. En abril de 1967 estalló una suerte de guerra en miniatura, en la que ambos lados emplearon tanques y a las fuerzas aéreas, culminando en una exhibición devastadora de la superioridad aérea israelí sobre los cielos de Damasco¹.

La entrada de los egipcios en el Sinaí fue una respuesta a la llamada desesperada de ayuda del ministro de Defensa sirio, Hafed el-Asad, para rebajar la presión sobre su país. Los asesores soviéticos de Asad le proporcionaban informes erróneos del incremento de los preparativos israelíes de cara a un ataque general contra Siria. En Damasco cundía el pánico, lo que dio lugar a una serie de negociaciones políticas a alto nivel que culminaron en la alianza militar entre Egipto, Siria y Jordania.

El gobierno israelí, bajo la presidencia de Levi Eshkol, respondió movilizándolo a los soldados en la reserva y aumentando su presencia en la frontera con Egipto. Nasser reaccionó cerrando el estrecho de Tirán y bloqueando el tráfico marítimo al puerto meridional de Eilat. En la radio israelí, un Eshkol indeciso prometió tomar represalias, creando más pánico por su desafortunada intervención, que Ben-Gurion explotó con impaciencia. Ben-Gurion seguramente deseaba aprovecharse de la imagen de un Eshkol flaqueando para poder así volver a hacerse con el poder político, aunque por entonces estaba demasiado débil y aislado como para poder servir de algo. Con todo, sus críticas a Eshkol incitaron a la opinión pública a exigir un gobierno de unidad nacional. El 1 de junio de 1967 se incorporaron al gobierno Menachem Begin y Moshe Dayan. Se encomendó a Dayan organizar el golpe que Israel daría al mundo árabe cuatro días después, el 5 de junio de 1967.

¹ MORRIS (1999a), pp. 302-345.

En Israel había un grupo que no compartía el pánico general, la minoría palestina. Algunos de ellos se alegraban ante la idea de una nueva guerra creyendo que un esfuerzo árabe concertado tendría como resultado su liberación. Sus líderes, sin embargo, eran lo suficientemente realistas como para reconocer que estaba a punto de repetirse el desastre de 1948. Al igual que los líderes del movimiento de los fedayines, tenían muy poca confianza en que una campaña panárabe pudiera salvar Palestina.

Siguen sin estar claros los motivos por los que Nasser se embarcó en esta política que iba a conducir a su derrota. No obstante, no hay duda de que proporcionó a sectores importantes de la elite política israelí una oportunidad sin parangón para llevar a cabo su sueño del Gran Israel.

Desde mediados de la década de 1950, el ejército israelí había estado elaborando planes para llevar a cabo una ocupación rápida de Cisjordania. Los planes se pusieron ahora en práctica, y en unos días se logró alcanzar el objetivo². Tras él había una mezcla de pensamiento estratégico y nacionalista que había surgido en el corazón del movimiento laborista, en un grupo que los círculos más cultos de Israel conocían como los «redentores», los que contemplaban Cisjordania –Judea y Samaria, según sus propios términos– como una parte esencial del Estado judío que había que recuperar. En su mayoría, los redentores eran miembros veteranos de los kibutz que gozaban de un estatus casi mítico. Creían firmemente que, en 1948, Israel había dejado escapar su oportunidad para dotarse de unas fronteras más fáciles de defender. Simultáneamente, eran nacionalistas románticos que concebían Cisjordania como el corazón del antiguo Israel, sin la cual la realización del sueño sionista sería incompleta. No obstante, el miedo a la reacción de Occidente y el hecho de que Ben-Gurion fuese consciente de los potenciales problemas demográficos que entrañaría para Israel la anexión de un número tan elevado de palestinos llevó a que no se hiciese nada para realizar estas aspiraciones hasta junio de 1967.

Ahora, sin embargo, Israel no ocupó solamente Cisjordania. Al final de la campaña de los seis días controlaba la franja de Gaza, la península del Sinaí y los Altos del Golán. En un ejemplo clásico de guerra relámpago, el ejército israelí muy profesionalizado y motivado, obtuvo venta-

² Pappe (2003).

jas del factor sorpresa y utilizó la superioridad que le daba el armamento occidental para poner de relieve la inferioridad del equipamiento que el bloque del Este había proporcionado a los países árabes.

El territorio de Israel se extendía ahora desde el canal de Suez hasta la punta septentrional de los Altos del Golán. Grandes áreas de nuevo territorio estaban en manos de un movimiento ideológico obsesionado por el espacio y la tierra. Los dinámicos esfuerzos en el terreno de la construcción dieron trabajo a muchos, y estos primeros años de fiebre constructiva se caracterizaron por una nueva prosperidad. Se erigieron fortificaciones a lo largo de los nuevos territorios, siendo la más célebre la línea Bar Lev —así denominada por el general jefe de Estado mayor homónimo—, que corría paralela al canal de Suez como una especie de línea Maginot, y, que en la Guerra de 1973, funcionó de modo similar a su modelo de la Segunda Guerra Mundial. Se construyeron nuevas carreteras que conducían a los nuevos asentamientos que habían sido levantados en los territorios ocupados contraviniendo el derecho internacional. También aumentaron las posibilidades de los grandes empresarios de prosperar invirtiendo en la construcción. Como ha ocurrido siempre en la historia de Israel y Palestina, estas prósperas empresas estaban en directo contraste con las continuas privaciones del conjunto de los palestinos y, en particular, de los refugiados.

LA LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA: LOS REFUGIADOS PALESTINOS TRAS LA GUERRA DE 1967

Cuando finalizó la Guerra de junio de 1967, también conocida como la Guerra de los Seis Días, los palestinos, como la mayor parte del mundo árabe, estaban en estado de *shock* y casi completamente paralizados. El pueblo palestino estaba una vez más dividido en categorías derivadas de la nueva situación geopolítica. Aunque la dicotomía entre refugiados y no refugiados siguió igual, otras comunidades de Cisjordania, la franja de Gaza e Israel estaban unidas por el mero hecho de encontrarse bajo el dominio de Israel.

Los campos y otras comunidades palestinas de refugiados estaban superpoblados debido a la nueva oleada de gentes desplazadas, que escapaban o habían sido expulsadas a la fuerza de sus territorios ahora

ocupados por Israel. Se trataba de un movimiento migratorio menor que el de 1948, sin embargo añadía una nueva carga a una comunidad ya oprimida. En 1972 se registraron un millón y medio de refugiados, 650.000 de ellos vivían en trece grandes campos situados en Palestina, Jordania, Siria y el Líbano. El número de refugiados alcanzaría en 1982 los dos millones³.

A comienzos de 1967-1968, los refugiados todavía vivían bajo la protección de la UNRWA, pero gradualmente muchos de ellos quedaron bajo la esfera de influencia de los fedayines. La UNRWA tenía muy poco que ofrecerles tras haber renunciado casi por completo a sus compromisos originales de repatriación y reasentamiento enunciados en las resoluciones de Naciones Unidas. Después de que las Naciones Unidas y los Estados Unidos hubiesen dejado de insistir en que Israel debía facilitar la repatriación, la UNRWA quizá podría haber tenido la oportunidad de promover la asimilación si los planes de reasentamiento hubiesen estado vinculados a proyectos de desarrollo a largo plazo en las áreas habitadas por los refugiados. Sin embargo, las Naciones Unidas perdieron interés en estos proyectos y se conformaron con ser una agencia de ayuda.

Es preciso hacer hincapié en que, en cualquier caso, el reasentamiento era una solución poco satisfactoria para el problema de los refugiados, dado que la mayor parte de ellos seguían manteniendo la esperanza de ser repatriados incondicionalmente, como se les prometía en la resolución 194 de Naciones Unidas. Por ello, en cierto modo, el fracaso de la UNRWA a la hora de ayudar a la asimilación no le enajenó la voluntad de los refugiados; la agencia siempre había esperado ayudarles a sobrevivir mientras esperaban el retorno a su patria. Muchos refugiados colaboraron con la UNRWA como empleados, haciendo de ella casi un equipo palestino⁴.

Tras la Guerra de 1967, la política de la UNRWA cambió poco, como cambiaron poco las actitudes de los países anfitriones. Como resultado, las pésimas condiciones económicas y sociales no mejoraron. Dado que existen estadísticas posteriores al periodo de 1967,

³ La cifra más actualizada alcanzaba en 2001 los 4.942.121 refugiados, que mencionaba la comisión de investigación de los Joint Parliamentary Middle East Councils-Palestinian Refugees. *Right of Return*, p. 22.

⁴ UNRWA (1984).

podemos precisar el significado de la expresión «pésimas». Un modo de hacerlo es prestar atención al presupuesto de la UNRWA. La organización empleaba 13 dólares al año por refugiado. En la práctica esto implicaba una vida sin carne, sin fruta o sin verduras. La gente tenía que sobrevivir con 1.500 calorías al día, que le proporcionaban la harina, el azúcar, el arroz, las legumbres y el aceite. Las Naciones Unidas destinaban menos de cuatro dólares al año por persona en salud, y menos de 12 dólares en educación. Después de 1967 estas cantidades disminuyeron debido a la falta de donaciones. «Proporcionamos lo indispensable», decía el director de la UNRWA en 1966. «Lo indispensable» era lo que se donaba a una población que «habita en lugares indignos para un ser humano: unos en sótanos oscuros, otros en viviendas que se desmoronan, o bien hacinados en barracones y chabolas... casi todos...; los campos están sumamente superpoblados con cinco o más personas viviendo en una habitación. Faltan carreteras y caminos adecuados, y muchos campos se convierten en un barrizal en invierno y en una nube de polvo en verano»⁵.

La vida era difícil debido a las privaciones económicas, pero también contribuía a ello la hostilidad de las sociedades de los países anfitriones. Fawaz Turki, un refugiado, describió en sus memorias los insultos, la degradación y los malos tratos que sufrían los refugiados por doquier, desde el oficial que entregaba los permisos de trabajo al oficial de policía «creía tener carta blanca para maltratarte»⁶. Pese a todo, también hay relatos de éxito individual. Algunos cientos de refugiados pudieron utilizar sus antiguos conocimientos u oportunidades laborales para mejorar su nivel de vida y su situación personal fuera de los campos; otros fueron capaces de adquirir la formación necesaria para satisfacer las demandas de la creciente clase media de los países anfitriones, y se convirtieron en azulejeros, enlucidores y electricistas. Destacaban en las artesanías propias de la actividad constructiva.

No obstante, encontrar un trabajo no suponía siempre una mejora inmediata del nivel de vida. A los refugiados de Siria y el Líbano no se les permitía adquirir tierras cultivables, y era prácticamente imposible para un refugiado comprar una casa o un piso. Jordania era distinta; no había prohibición alguna respecto a la compra de tierras o a la transac-

⁵ Citado en P. Ann Smith (1984), p. 150, nota 27.

⁶ TURKI (1972), p. 53.

ción de bienes raíces, y el dinero que se ganaba se podía invertir bien⁷. Pero incluso en lugares como Jordania, donde las condiciones eran más soportables, la mayoría de los refugiados, en gran parte procedentes del medio agrícola, vivían en condiciones humillantes. Con todo, estos antiguos campesinos no perdieron la capacidad para mantenerse. Muchos se hicieron independientes como aparceros, combinando este trabajo con cualquier otro que pudiesen obtener en el sector servicios. Incluso en el Líbano, los refugiados intentaron obtener lo que podían del corto periodo anual, durante la cosecha, en que se les permitía trabajar como temporeros⁸.

Al tiempo que prohibía la compra de tierras, al menos el gobierno sirio permitía a los refugiados trabajar en el sector de la construcción. Después de la Guerra de 1967, la construcción se convirtió en un negocio próspero en Siria, pero no había suficiente mano de obra local. Los refugiados casi no tenían otra alternativa que la de aceptar esta oportunidad laboral, aunque para algunos significase renunciar a la esperanza de encontrar un trabajo más variado y mejor remunerado. Al igual que muchas otras comunidades de inmigrantes, invertían todo lo que tenían en la educación de sus hijos con la esperanza de proporcionarles un futuro mejor. Así, la construcción se convirtió en la principal fuente de empleo de los palestinos no sólo en distintas partes de Palestina e Israel, sino en todo Oriente Medio, independientemente de las circunstancias en las que se encontrase cada comunidad de refugiados.

En Jordania e Israel había otros sectores laborales accesibles, como la electricidad y la industria pesada. El abanico de oportunidades era mayor en Jordania que en Israel. El estrecho vínculo que mantienen la industria y el estamento militar en el Estado judío limitaba el acceso de los palestinos a la industria. En Jordania el acceso ilimitado al trabajo no implicaba, sin embargo, una disponibilidad ilimitada. Pese a ofrecer un variado espectro de posibilidades laborales, el mercado urbano jordano no tenía suficiente envergadura como para mantener a la gran cantidad de palestinos que afluían a sus pequeñas ciudades. Con frecuencia, aun cuando no habían visto satisfechas sus esperanzas, solían quedarse alrededor de las grandes ciudades, construyendo suburbios poco apropiados para albergar a seres humanos, a menudo aun peores

⁷ PLASCOW (1981).

⁸ SAYIGH (1979).

que los de los campos de refugiados que habían dejado atrás. La urbanización a gran escala redujo significativamente los salarios locales y el empleo se convirtió en desempleo. El trabajo casi no alcanzaba para sobrevivir y la tentación de volver a los campos y estar en la nómina de la UNRWA era grande⁷.

No todos los refugiados palestinos sufrían el mismo grado de privación. En Jordania, a los que trabajaban en la construcción a las órdenes de palestinos ricos —y había unos cuantos— les iba mucho mejor. Con todo, analizar a los palestinos de Jordania como una comunidad separada es dar palos de ciego, pues las estadísticas jordanas oficiales no distinguen entre palestinos y jordanos⁸.

Al margen de los Estados vecinos, solía haber algunas historias de éxito individual dignas de ser destacadas. Los periódicos decían que los campesinos empleaban la experiencia vocacional adquirida en los campos como rampa de lanzamiento para emigrar a Arabia Saudí o al Golfo Pérsico. Como se señaló en el capítulo anterior, la emigración a los países ricos en petróleo comenzó en la década de 1950. Al principio no reinó el entendimiento, porque los palestinos tenían una clara conciencia de los derechos que correspondían a los trabajadores y organizaron las primeras huelgas de la Compañía Árabe-Americana de Petróleo (ARAMCO) y otras compañías petrolíferas líderes. No obstante, el notable incremento de los beneficios de finales de la década de 1960 mejoró las condiciones laborales y calmó la relación laboral en las industrias de estas áreas. La nueva prosperidad incrementó aún más la demanda de mano de obra especializada procedente de Palestina. La versión palestina nacionalista presenta despectivamente a estos refugiados como gentes que optaron por enriquecerse en vez de participar políticamente en el esfuerzo nacional. Algunos se redimió durante la intifada ofreciendo sus bienes a la causa⁹. Con todo, no todos tuvieron tanto éxito. Los que abandonaron los campos eran en su mayoría gente joven, que en algunos casos no volvió, aunque continuaron ayudando a la familia más cercana e incluso a parientes lejanos.

⁷ TAMARI (1981).

⁸ P. Ann Smith (1984), p. 169.

⁹ Esta situación se ve claramente en la obra de R. MASSARWA, *Una estación llamada Beirut* (publicada en Acre, Al-Mussawar, 1983), concebida como una adaptación a la Guerra del Líbano de 1982 de la obra de Kanafani, *Hombres al sol*.

Los refugiados se convirtieron en el proletariado sin tierras de la sociedad palestina. La búsqueda de trabajo regía sus vidas, quizá podían encontrar trabajo durante la cosecha en los campos del terrateniente local o en los talleres y oficinas que las organizaciones de ayuda humanitaria tenían en los campos. Algunos trabajaban como vendedores ambulantes. La supervivencia dependía de la economía de los países anfitriones o del trabajo temporal, con salarios que por lo general no eran suficientes para mantener a una familia de tamaño medio.

Mientras tanto, la OLP contemplaba los campos como un área potencial de reclutamiento para la lucha de liberación. Los candidatos hacían un curso de entrenamiento militar y educación nacionalista elemental. A los que habían superado con éxito el curso preparatorio se los premiaba con puestos de influencia en la comunidad. En algunos campos de refugiados fueron capaces de crear un sistema asistencial, educativo y sanitario autónomos y mejores que los que ofrecían la UNRWA y los países anfitriones.

Al-Muqawwama salió muy fortalecido de la Guerra de 1967 y ganó legitimidad en todo el mundo palestino. Los líderes del movimiento lograron este resultado adaptando conceptos como los de Frantz Fanon, que abogaba por la primacía de la lucha en sí misma frente a la consecución de sus objetivos. De este modo, el artículo octavo de la carta fundacional de la OLP declaraba que «la lucha armada es una estrategia, no una táctica, para la liberación de Palestina». El conflicto se concebía por sí mismo como el instrumento para mantener la identidad nacional; no era preciso ningún otro logro aparte. De hecho, en el ámbito de la «liberación» no hubo victorias de las que informar: la OLP dirigía uno de los pocos movimientos de liberación del Tercer Mundo que todavía no había liberado la primera pulgada de su patria¹².

El campo de operaciones del movimiento pasó de un medio urbano y burgués a los campos, en particular los del Líbano y Jordania. Desde el punto de vista geográfico, esto suponía acercar la sede central a la comunidad de refugiados y, de este modo, a las fronteras de Israel. El movimiento fedayín estaba ahora preparado para comenzar una guerra de guerrillas contra Israel y para competir con la UNRWA en la dirección de los campos, donde empezó a prestar servicios sociales y

¹² Para un ejemplo, véase SIRHAN (1975), pp. 91-107.

económicos. Se presentó ante los refugiados como la autoridad legítima, capaz de gobernar y garantizar su protección. El hecho de que también fuesen combatientes que cruzaban las fronteras de Israel les daba un aura de heroísmo añadida. Sin embargo, su autoridad fue sobre todo ilusoria, especialmente en Jordania y Siria. Irónicamente, debido al aislamiento total impuesto en las áreas de refugiados de allí, los fedayines sólo consiguieron llegar a tener autoridad real en el Líbano. Al-Muqawwama no logró autoridad efectiva hasta 1968, cuando impulsado por Al-Fatah, se rebeló contra los líderes de la OLP y nombró líder a Yasser Arafat en sustitución de Ahmad al-Shuqairi.

El golpe de Estado tuvo dos efectos contrapuestos en la OLP. Permitted a Al-Fatah estrechar el control sobre la organización, aunque simultáneamente la victoria puso de relieve la disensión existente en sus propias filas. Al-Fatah aumentó el control reestructurando a la OLP conforme a criterios leninistas. El poder emanaba de arriba; un caso clásico de centralismo democrático. En el vértice estaba el comité ejecutivo, el gabinete, que elegía al comité central, el gobierno, que supervisaba al Consejo Nacional Palestino, el parlamento. Sólo la mitad de los miembros del Consejo procedían de las organizaciones de fedayines; la otra mitad estaba compuesta por representantes de organizaciones profesionales. A este organigrama legislativo se le sumaron los departamentos pre-estatales: un departamento político, que era el ministro de Asuntos Exteriores de la OLP, y un ejército, el Ejército de Liberación de Palestina (originalmente fundado por la Liga Árabe). La organización también disponía de su propio servicio asistencial, el Samed, y su propia organización del Creciente Rojo. La estructura recordaba a la de la organización sionista durante el Mandato (véase el capítulo 3).

La creación por parte de la OLP del Samed en 1970 debilitó el papel de la UNRWA como principal empleador. En principio, el Samed fue concebido como una organización asistencial destinada a prestar ayuda a las afligidas familias de los luchadores que habían muerto en combate, pero pronto amplió su campo de acción ocupándose también del desempleo, especialmente en el Líbano, Cisjordania y la franja de Gaza. La nacionalización del sistema asistencial acrecentó mucho la reputación de la OLP entre los refugiados, un estatus que perdió sólo en la década de 1990, cuando pareció que estaba dejando de lado la cuestión del retorno de los refugiados durante las conversaciones de paz con Israel.

De manera parecida, el Creciente Rojo era algo más que un servicio hospitalario y ambulatorio. Se hizo cargo de otra función de la UNRWA: los talleres que producían artículos de consumo doméstico. Eran a la vez una fuente de empleo y una respuesta a las necesidades diarias, como el mobiliario, los utensilios de cocina y la vestimenta.

SUBLEVACIÓN POPULAR, GUERRILLA Y TERRORISMO (1968-1972)

Tras la Guerra de 1967, el centro de atención natural de al-Muqawwama pasó a ser la lucha por la liberación de la Cisjordania y la franja de Gaza ocupadas. La estrategia inicial era librar una guerra de guerrillas de base popular en los territorios ocupados. A tal fin, el propio Arafat se desplazó al campo, intentando crear la base rural adecuada para una revuelta inspirada en la práctica y la ideología maoístas. Aunque los israelíes lo persiguieron, no consiguieron capturarlo, si bien tampoco logró su objetivo. Después de unos meses resultó evidente que el modelo maoísta no se adaptaba a una población que, por lo demás, no estaba preparada para constituir la base activa de una confrontación semejante.

Resurgió la vieja idea de hacer de Jordania el Vietnam del Norte israelí o, en otras palabras, convertirla una plataforma extranjera de lanzamiento de ataques guerrilleros ejecutados con bastante éxito. La operación comenzó en 1967 con 100 ataques a instalaciones y bases militares, elevándose el número en 1970 a más de 2.000. Al-Fatah dio paso a una serie de ataques sistemáticos a instalaciones y objetivos militares a través del Jordán. Las represalias israelíes se hicieron sentir pronto, pero no siempre tuvieron éxito. En marzo de 1968, por ejemplo, cerca del asentamiento palestino de Karameh, en el valle del Jordán (uno de los pocos éxitos de la UNRWA a la hora de reasentar a los refugiados), combatientes palestinos, junto con soldados jordanos, derrotaron a un gran contingente israelí¹³. Después de Karameh, miles de jóvenes se adhirieron a los fedayines¹⁴. Al-Muqawwama se hizo a continuación con el Consejo Nacional Palestino. Se destituyó a Al-Shuqairi y poco después se nombró a Arafat sucesor. Las gentes de Al-Fatah ocuparon todos los cargos claves. Se reformó la carta de la OLP, redactada origi-

¹³ Farsoun y Zacharia (1997), p. 182.

¹⁴ HURSON (1969).

nalmente en 1964 bajo la influencia de Nasser, para que reflejase el cambio ideológico. Se añadieron tres artículos, el octavo, el noveno y el décimo, en los que se hacía hincapié en la necesidad de una guerra de liberación popular y en la independencia de la OLP respecto al control panárabe.

Tras el golpe de Estado, estalló el enfrentamiento entre Arafat y dos antiguos colaboradores, Naif Hawatmeh y George Habash. Se trataba de la lucha convencional por el poder, pero también venía motivado por el desacuerdo táctico respecto a los métodos para lograr la liberación de Palestina y por una disputa ideológica sobre la imagen y forma de la Palestina futura. Hawatmeh aspiraba a que todo el Oriente árabe se convirtiese en un paradigma del socialismo trotskista; Habash defendía más modestamente estrechar los lazos con Moscú y el marxismo-leninismo. Al principio ambos cooperaron en una organización denominada Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), pero Hawatmeh acabó abandonándolo y creó su propio movimiento, el Frente Democrático Popular para la Liberación de Palestina (FDPLP)¹⁵. Los dos movimientos han desempeñado un papel central en la política palestina.

Después de 1968, el Frente Democrático Popular se vio influido por la ideología revolucionaria latinoamericana, y en especial por los escritos y hechos del Che Guevara, e intentó adaptar sus puntos de vista a la situación de Oriente Medio. Esto condujo al grupo a ampliar sus objetivos revolucionarios e incluir la necesidad de derrocar a los regímenes árabes «reaccionarios». De modo que mientras Al-Fatah intentaba obtener el apoyo de los gobiernos árabes, el Frente Democrático Popular operaba a nivel de bases en conjunción con los movimientos de oposición de los países árabes.

Tanto el FPLP como el FDPLP optaron abiertamente por la actividad guerrillera, desde Jordania y el Líbano, y comenzaron una campaña terrorista fuera de Israel, que pocos años después continuaría Al-Fatah. El FPLP fue el primero en secuestrar aviones, mientras Al-Fatah libraba una guerra de guerrillas en la frontera de la Cisjordania ocupada y el Jordán. En 1969, el FPLP secuestró tres aviones, obligándolos a aterrizar en el desierto jordano y, cuando no se satisficieron sus demandas para liberar a los prisioneros palestinos en Israel ni se pro-

¹⁵ COUBAN (1984)

dujo un giro en la política occidental respecto al conflicto árabe-israelí, los hizo explotar, aunque una vez evacuados los pasajeros.

En Jordania, la OLP se volvió en exceso confiada. Explotando hasta el extremo la falta de experiencia del rey Hussein, y un equilibrio demográfico que hacía de Jordania casi un Estado palestino, Al-Fatah creó una infraestructura en los campos de refugiados como base para la guerra contra Israel. También la utilizó como marco para organizar las vidas de los refugiados. A diferencia de los notables nacionalistas, esta elite nacional incluyó en la lista de sus prioridades la educación y el bienestar, y así obtuvo un apoyo popular mucho mayor, incluso pese a los errores cometidos, que fueron muchos.

Los regímenes árabes radicales, como el Frente de Liberación Nacional de Argelia, preferían la táctica de Al-Fatah al terrorismo aéreo, quizá porque el FPLP había elegido Argel como sede de su primera operación, el secuestro de un avión de la compañía aérea El-Al, en julio de 1968. El gobierno israelí convino en liberar a los prisioneros políticos palestinos a cambio de los rehenes de este horrible primer secuestro. Hasta 1976, cuando el ejército israelí atacó Entebbe, en Uganda, y liberó a los rehenes judíos e israelíes del avión secuestrado de Air-France, por lo general las negociaciones prosperaron. Sin embargo, en diciembre de 1968, cuando el FDPLP atacó un avión de El-Al en Atenas, la Fuerza de Defensa Israelí tomó represalias atacando el aeropuerto internacional de Beirut y destruyendo aviones que pertenecían a compañías aéreas árabes¹⁶.

Para los líderes de Al-Fatah y las otras dos organizaciones, los primeros dos años de la revolución fueron estimulantes. Combatientes armados de la OLP recorrían abiertamente Amán y otras ciudades. En cambio, para el rey Hussein, al que los servicios secretos advertían—seguramente de modo exagerado— de la amenaza de un golpe de Estado inminente por parte de la OLP, era excesivo. Su intento de desarmar a la OLP en los campos de refugiados en septiembre de 1970 finalizó en un baño de sangre. El episodio casi desembocó en una guerra regional cuando las unidades sirias invadieron el norte de Jordania en un gesto de solidaridad con los palestinos, pero se vieron detenidas por un ultimátum israelí que salvó al rey Hussein. Nasser fue el hombre que detuvo el baño de sangre. Consiguió que se decretase el alto el fuego y,

¹⁶ SAYIGH (1997), p. 516.

justo antes de su muerte, forjó el acuerdo por el que la OLP trasladaba su sede al Líbano. El traslado desde Jordania y el consiguiente desplazamiento de la actividad guerrillera al Líbano y a la frontera septentrional de Israel debilitó los lazos de la OLP con la comunidad palestina que vivía bajo ocupación israelí en Cisjordania y en la franja de Gaza.

La reputación de que gozaba la OLP entre los refugiados y, hasta cierto punto, en los territorios ocupados e Israel no derivaba de su compromiso político con la liberación de Palestina, ni supuso en la práctica ayuda alguna para la mayor parte de los palestinos en su lucha diaria por la supervivencia. Su vitalidad residía en otra parte. Era un imán que atraía a las organizaciones sociales y profesionales, cubriendo un vacío creado por la ausencia de un aparato estatal. Así los sindicatos que representaban a los docentes, las mujeres y los abogados apoyaron la idea de un gran movimiento político que pudiera representar sus intereses particulares y nacionales. Este sentimiento encajaba bien con el de los movimientos guerrilleros y en algunos aspectos también parecía encontrar justificación a ojos de los políticos árabes, ostensiblemente comprometidos con la causa palestina¹⁷.

Esta reputación permitió a al-Muqawwama transformar la OLP, pero pagó un precio por su estrecha vinculación con los campos de refugiados que lo alejaron, por un tiempo, del corazón de Palestina. Allí, en Cisjordania y la franja de Gaza, la Guerra de 1967 y la ocupación habían cambiado la vida de la comunidad, por lo general empeorándola. La incapacidad de la OLP para mantenerse en constante contacto con los palestinos que estaban bajo el yugo de la ocupación mermó su solvencia ante ellos. Sin la OLP, los diferentes grupos palestinos de los territorios ocupados, de los campos de refugiados y de Israel no consiguieron encontrar un terreno común. La situación se mantendría así hasta el estallido de la primera intifada, a finales de la década de 1980.

LA OCUPACIÓN (1967-1982)

Durante años, cada vez que los líderes israelíes hacían balance de la primera década de gobierno israelí en Cisjordania y la franja de Gaza se referían a ella como una «ocupación ilustrada». No obstante, desde sus

¹⁷ BRAND (1988), pp. 3-4.

inicios, cuando 590.000 palestinos de Cisjordania y 380.000 de la franja de Gaza quedaron bajo la hegemonía israelí, en la dura y brutal ocupación había poco que pudiese calificarse de «ilustrado». El primer golpe que se atestó a la población fue la política de expulsiones israelí. Pese al estímulo que suponía la repentina adquisición de la totalidad de la Palestina del Mandato, a los pragmáticos líderes del Estado judío no dejaba de inquietarles el tener que absorber a un número semejante de palestinos. La expulsión no era un concepto ajeno ni una práctica inusual en el movimiento sionista. Inmediatamente después de la guerra se nombró, por así decirlo, al antiguo responsable de la inteligencia militar, Chaim Herzog, primero gobernador general de Jerusalén y luego de toda Cisjordania. Bajo su administración, el 17 de junio de 1967 se expulsó a los ciudadanos palestinos que vivían en el barrio judío de la Ciudad Vieja de Jerusalén o se les ofreció dinero para que lo abandonasen. Se les hizo firmar un documento por el que renunciaban a su derecho a volver. Se expulsó también a los habitantes de tres campos de refugiados al norte de Jericó. Otros huyeron durante la guerra o después de las expulsiones¹⁸. En los relatos palestinos se hace referencia a ellos como los *nazihun* («desarraigados») para distinguirlos de los *laji'un*, los refugiados de 1948. Sólo fracasó un intento de expulsión israelí: el plan de 1971 para trasladar refugiados de la franja de Gaza a Cisjordania. Se trasladó a unos cuantos centenares de refugiados del campo de Jabaliyya a Cisjordania, pero la resistencia local disuadió a los israelíes de seguir adelante con las expulsiones¹⁹.

Jerusalén no vio tan sólo el comienzo de la política israelí de expulsiones, también se convirtió en el lugar elegido para el primer «proyecto piloto» de un asentamiento judío en un territorio ocupado. A comienzos de 1968, las autoridades israelíes se apropiaron de vastas áreas de la Jerusalén oriental, siendo una tercera parte de ellas propiedad privada, y las recalificaron como nuevos barrios judíos. Alarmados, los arquitectos y los ecologistas advirtieron en vano a las autoridades municipales de que la apresurada decisión, motivada por la ideología y tomada sin ninguna planificación medioambiental, sería desastrosa²⁰. Desde entonces Jerusalén está rodeada por varios suburbios con mal

¹⁸ Masalha (1997), pp. 80-90.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ *Haaretz*, 10 de enero de 1968.

aspecto, que se agazapan amenazadoramente sobre las colinas que miran a la ciudad árabe a sus pies.

El gobierno israelí estaba todavía formulando su política respecto a la última hornada de refugiados. En agosto anunció que estaba dispuesto a autorizar la repatriación de los refugiados que habían abandonado el país después de 1967, pero comprensiblemente todas estas medidas aperturistas fueron acogidas con suspicacia y sólo volvieron 150 personas. Después de esto, la política israelí no oficial fue la de no permitir el retorno de los refugiados a los territorios ocupados. Estas medidas pasaron a ser oficiales a partir de 1977, cuando el Likud llegó al poder con Menachem Begin como primer ministro. Su gobierno se adhirió a la ideología del Gran Israel; de modo que se interpretó toda disminución del número de palestinos en los territorios ocupados, o aumento del número de colonos judíos, como un paso adelante para hacer realidad el sueño. Muchos miembros del Partido Laborista también apoyaban esta postura. De este modo, la amenaza de expulsión y la nueva ubicación pasaron a ser parte de las muchas cargas que la ocupación impuso a la población local. Resulta difícil describir sus peores aspectos. Al tiempo que se producían expulsiones masivas en largos intervalos de tiempo, tanto los espectadores pasivos como los activistas eran sometidos al acoso de los militares en forma de registros domiciliarios, toques de queda e interrogatorios diarios acompañados de malos tratos en los puestos de control militar²¹.

Los israelíes manejaban el término «resistencia» de modo muy liberal. Cualquier signo de oposición a la ocupación, como un mitin, una huelga, la distribución de algún tipo de peticiones o la exhibición de la bandera palestina, se trataba con severa brutalidad. La campaña israelí contra la actividad política comenzó en julio de 1967 con la expulsión de Israel oriental de cuatro notables que habían hecho una llamada a la población para que adoptase la táctica de desobediencia civil de Mahatma Ghandi. Muchos años después, cuando un palestino americano, Mubarak Awad, trató de introducir una versión más sutil de la resistencia pasiva, los israelíes lo trataron como el terrorista por excelencia. Las cosas aún podían empeorar. En julio de 1967 se informó a Moshe Dayan, ministro de Defensa israelí, de la presencia de resistencia armada en la ciudad cisjordana de Qalqilya, y ordenó inmedia-

²¹ ARURI (ed.) (1989).

tamente, como primer acto de una larga serie de castigos colectivos, la destrucción de la ciudad. En dicha operación se demolieron la mitad de las casas de Qalqilya²².

Ariel Sharon, el comandante a cargo de la franja de Gaza, actuó con especial celo a la hora de sofocar la resistencia, ya fuese individual o colectiva. Después de dirigir una masacre en Qibyya en 1953, su carrera se había visto jalonada en todas partes por puntuales enfrentamientos sangrientos con los palestinos. Al principio, Sharon se conformó con dejar que los notables locales, que habían dirigido el sistema municipal y legal durante la era egipcia, continuasen en sus puestos. Por ejemplo, en Cisjordania se restauró el *statu quo ante* en el sistema educativo, lo que implicaba supervisión jordana en Cisjordania y supervisión egipcia en la franja de Gaza. No obstante, Sharon pronto se dio cuenta de que estaba tratando con una comunidad de refugiados altamente politizada, que no podía ser fácilmente captada para este modelo de continuidad. Pusieron a prueba su autoridad cuestionando la autoridad de Israel o de Egipto en los campos. Una y otra vez, los jóvenes y algún hombre o mujer de mediana edad tomaban las armas y utilizaban piedras, cócteles molotov o lo que tuviesen a mano a modo de gesto con el que expresar su resistencia frente la ocupación israelí. Estos primeros intentos de revolución fueron pronto sofocados por el fuego de los tanques y balas utilizadas indiscriminadamente contra la población civil local. El ejército israelí no volvió a emplear actos de represalia tan represivos contra una sublevación popular hasta la intifada de 1987 y la intifada de al-Aqsa (*Intifadat al-Aqsa*), en el otoño del año 2000.

La capacidad del ejército para tratar de forma tan dura cualquier forma de resistencia política, ya fuese armada o pacífica, venía sancionada por el estatus legal que Israel otorgó a Cisjordania y la franja de Gaza. El gobierno israelí declaró desde los mismos inicios de la ocupación que estas áreas eran «territorios bajo custodia», en los que se aplicaría la ley marcial. Esta frase en cierto sentido anémica implicaba en la práctica que a la población que habitaba en estos territorios se les negarían los derechos humanos y civiles básicos. Simultáneamente, el gobierno hizo todo lo que estuvo en su mano para evitar verse constreñido por las directrices del derecho internacional relativas a la administración de áreas ocupadas,

²² LIFSHITZ (1987), p. 77 (en hebreo).

directrices que los israelíes violaron sistemáticamente. A tal propósito, en enero de 1968, el ministro israelí del interior declaró que Cisjordania, Gaza y los Altos del Golán no eran «áreas enemigas». Esto permitió a Israel alternar entre la aplicación de la ley israelí, como en los Altos del Golán, donde garantizó derechos civiles a la pequeña comunidad drusa, y la privación de estos derechos en las demás áreas. La comunidad internacional no desconocía totalmente estas prácticas y hubo objeciones, pero el escándalo amainó antes de que tuviese algún impacto sobre la conducta israelí.

El fundamento legal de este régimen era la legislación de emergencia del Mandato de 1945, mencionada en el capítulo anterior como base legal del régimen militar que Israel impuso a los palestinos hasta 1966. Los israelíes añadieron ahora una nueva regulación que autorizaba al ejército a expulsar de cualquier lugar de Israel o Palestina a cualquier sospechoso de constituir un peligro para la seguridad. Estas medidas se utilizaron ampliamente contra los activistas palestinos que estaban en el Estado de Israel, así como contra los que vivían en los territorios ocupados²³.

El gobierno israelí aseguraba que lo único que había hecho era continuar con la adhesión de Jordania a esta reglamentación. No era cierto. Los jordanos, al igual que los egipcios en la franja de Gaza, nunca habían empleado esta reglamentación. Con ello no se quiere afirmar que los jordanos o los egipcios hubiesen respetado los derechos humanos, pues no era el caso, pero corresponde sólo a los israelíes la imposición de un régimen desprovisto de cualquier derecho democrático.

Las autoridades militares israelíes utilizaron excesivamente la ley marcial en la primera década tras la Guerra de 1967. Por «excesivamente» entiendo frecuentes actos de represalia colectiva ante cualquier gesto que fuese interpretado como subversivo o que ofreciese resistencia a la ocupación israelí. La destrucción de los hogares, la expulsión y las detenciones sin juicio previo estaban al orden del día gracias a esta legislación²⁴. Como bajo el gobierno militar en Israel, se mantuvo el derecho formal a votar y ser votado, pero carecía de significado pues no incluía el derecho a constituir partidos independientes. En 1972 y

²³ Haaretz, 3 de enero de 1968.

²⁴ HOFNUNG (1996).

1976 los israelíes permitieron que la población votase en las elecciones municipales. Sin embargo, después de la clara victoria de los candidatos de la OLP en 1976, el gobierno del Likud, que llegó al poder en 1977, prohibió las elecciones y con ello arrancó a la población los últimos derechos que le quedaban.

Desde el comienzo de la ocupación, los expertos en derecho internacional señalaron la ilegitimidad de la resolución israelí de mantener los territorios como un área de ocupación sin acogerse a los requisitos sancionados por la Convención de Ginebra relativos al trato otorgado a estas áreas. Israel violó casi todas las cláusulas de la Convención al asentar en ellos a la población judía, expulsar a los palestinos e imponerles un castigo colectivo. El Tribunal Supremo israelí se encargó de supervisar la legitimidad del régimen desde las primeras fases de la ocupación. Aparte de éste, en la moderna historia bélica no hay un solo caso en el que una autoridad judicial civil supervisase a un régimen militar. Esta extraordinaria resolución fue adoptada en 1967, cuando Meir Shamgar, que pasó de ser el fiscal general del Estado a asesor legal del gobierno, permitió a los palestinos de los territorios ocupados recurrir al Tribunal Supremo. En 1988, casi un 40 por 100 de los recursos presentados ante el Tribunal Supremo procedían de los palestinos de estos territorios. En la práctica, esta concesión tuvo escasos frutos. Difícilmente podía prosperar ninguno de los recursos si el ejército exigía a los tribunales que autorizasen y legitimasen retrospectivamente sus actos contra individuos o colectivos en nombre de la seguridad²⁵.

El único respiro para esta situación era paradójicamente trasladarse a Jerusalén oriental. En 1976, Israel, por un lado, se había anexionado Jerusalén oriental, una parte de Palestina que disfrutaba de un ambiente relativamente abierto. Por el otro lado, la anexión robó a la ciudad su identidad palestina, lo que fue acompañado de la construcción de asentamientos ilegales. No obstante, muchos periódicos y diarios palestinos trasladaron sus oficinas centrales a Jerusalén en la esperanza de que podrían publicar allí con mayor libertad, una esperanza que no siempre se cumplió.

Trasladarse a Jerusalén, o a cualquier lugar de los territorios ocupados, ha seguido siendo un derecho exclusivo de los colonos judíos y de

²⁵ SHEHADEH (1988).

los locales que gozan de un permiso especial para ello. Las restricciones que se impusieron a la libertad de movimiento eran, y son aún, más graves en el caso de aquellos que desean abandonar Cisjordania y la franja de Gaza. Las condiciones eran especialmente duras en el caso de los trabajadores palestinos a los que se conminó a trabajar en la economía israelí como mano de obra no especializada durante el periodo de prosperidad económica que experimentó Israel hacia 1968. En noviembre de 1967 ya se difundió la noticia de que algunos trabajadores intentaban entrar ilegalmente en Israel para encontrar trabajo en la recolección de naranjas. Se les pagaba la cuarta parte del salario judío medio de la época²⁶. Estaban autorizados para entrar en Israel al amanecer, pero debían abandonar el país con el crepúsculo. Un año después, en septiembre de 1968, el gobierno israelí legalizó lo que el ministro del interior denominaba «la importación de trabajadores dado que carecemos de trabajadores “ordinarios”».

LOS ASENTAMIENTOS Y EL DEBATE INTERNO ISRAELÍ (1967-1973)

Hacia finales de la década de 1960, el acoso a la población local de Cisjordania llegó bajo la nueva forma de los asentamientos judíos. El movimiento de los asentamientos estaba motivado por la política de partidos de Israel. Fue en el seno de este caldo de cultivo político donde tanto los grupos seculares como los religiosos presentaron la causa de la «redención», la idea de que Israel había vuelto definitivamente al corazón de su antigua patria. En el centro del movimiento secular estaba el ala derecha del Partido Laborista. El nombre de Partido Laborista (Mapai) fue una invención del periodo posterior a 1967. Después de la Guerra de 1967 se unió con otros partidos a su izquierda y a su derecha, poniendo así fin a la naturaleza pluralista del sionismo socialista. En 1969 absorbió al Partido Socialista sionista más a la izquierda, el Mapam, y recibió el nuevo nombre de Ma'arach («alineación»), como siguió denominándose oficialmente hasta la década de 1980. Cuando el Mapam abandonó la alianza a mediados de esta década, el Ma'arach volvió al Partido Laborista (Ha-Avoda)²⁷.

²⁶ Según Uri AVINERI, *Haolam Hazeh Weekly*, 1 de julio de 1968.

²⁷ *Haaretz*, 21 de enero de 1968.

Tras la Guerra de 1967, el debate en el seno del partido denominado socialista se centró en la cuestión de los territorios ocupados. Una rama especial del partido unificado, los antiguos miembros del Ahdut Ha-Avoda, insistieron en que el Sinaí y los Altos del Golán formaban parte integral de *Eretz Israel*. Esta rama del Partido Laborista consistía en veteranos sionistas, generalmente procedentes de los kibutz. El 15 de junio de 1967, el movimiento kibutz del Partido Laborista instó a la ocupación judía inmediata del *Eretz Israel* occidental, asumiendo así un papel de liderazgo en el movimiento redencionista. Su principal ideólogo era un viejo colono sionista, Yizhak Tabenkin, que había estado activo desde la época del Mandato y se había granjeado el respeto y la autoridad dentro del movimiento.

El héroe de la Guerra de 1948, Yigal Alon, dirigía Ahdut Ha-Avoda. Alon no era un redentor hecho y derecho. Intentó equilibrar las interpretaciones pragmáticas con la causa de la redención. En 1967 propuso un plan, que adoptó su gobierno, basado en la división geográfica de Cisjordania en áreas judías y palestino-hachemitas. Apoyó fervientemente la construcción de cuantos asentamientos fueran posibles en el área judía. Su idea fundamental era que Israel tuviese, aun después de la retirada, total control militar sobre las áreas que se extendían desde el río Jordán hasta el Mediterráneo. Publicó sus ideas en un libro que sirvió de fundamento a sus seguidores para reclamar la totalidad de Palestina apelando a las cuestiones relativas a la seguridad. Alon estuvo detrás de la construcción en 1974 de un asentamiento en forma de ciudad cercana a Hebrón que llevaría el antiguo nombre bíblico de Qiryat Arba.

Con todo, los que reclamaban el territorio atendiendo a razones de «seguridad» hicieron menos progresos que sus homólogos religiosos del Mafdal, el Partido Religioso Nacional. Estos comenzaron a poner en práctica sus planes de asentamientos a principios de la década de 1970, creando nuevas comunidades que el gobierno laborista aprobó a posteriori²⁸.

Antes de esto, el Mafdal había tenido una historia muy distinta caracterizada por el pragmatismo político y la moderación. En 1970, tras la muerte de su carismático líder, Chaim Moshe Shapira, y la rebelión de los militantes del movimiento juvenil del partido, Bnei Akiva, el partido se escindió. El líder de la facción juvenil era Zevulun Hammer,

²⁸ SPRINZAK (1986).

al que respaldaba el rabino principal de Israel, Shlomo Goren. Goren había sido también el rabino principal del ejército en la Guerra de 1967 y era conocido por haber tocado el cuerno, el *shofar* —el tradicional cuerno judío—, ante el Muro de las Lamentaciones declarando su intención de acelerar la llegada del Mesías judío a Jerusalén. Temiendo una confrontación global con el mundo musulmán, el entonces ministro de Defensa, Moshe Dayan, puso freno a su entusiasmo. En cambio, la prudencia brilló por su ausencia en septiembre de 2000, cuando Ariel Sharon, por entonces jefe de la oposición, penetró sin invitación previa en el *haram*, desencadenando la intifada de al-Aqsa.

El rabino Zvi Yehuda Kook tenía más influencia. Este distinguido rabino estableció que Cisjordania y la franja de Gaza eran partes sagradas del territorio de Israel y su soberanía no podía ser cedida en ningún caso a un país extranjero. Kook se convertiría en la fuente de inspiración espiritual del movimiento judío favorable a los asentamientos en los territorios ocupados. Kook era el mentor de Goren, que lo recompensaba mediante mandatos *halájicos* que santificaban el dominio israelí sobre Palestina. El rabino principal mizrahi, Yaacov Nissim, ya había definido las áreas ocupadas como territorio sagrado y había prohibido por motivos religiosos cualquier futura retirada de estas áreas²⁹. Al igual que los colonos que apoyaba, la perspectiva religiosa de Goren era una mezcla de flexibilidad hacia las prácticas sociales de una comunidad judía moderna y una interpretación fundamentalista, chovinista, del judaísmo en materias como la política exterior y la seguridad.

Goren y otros empezaron a utilizar un lenguaje mesiánico respecto a Judea, Samaria y 'Aza, áreas que presentaban no sólo como vitales para la supervivencia de Israel, sino también para la llegada del Mesías. La excentricidad alcanzó su punto culminante con la llegada del Likud al poder. De hecho, una de las primeras medidas que tomó Menachem Begin fue instruir al personal del gobierno, incluidos los profesionales de los medios de comunicación, para que utilizasen términos bíblicos al referirse a los territorios ocupados³⁰.

Una vez que los jóvenes seguidores de Goren empezaron a establecerse en estas áreas, encontraron un nuevo líder, el rabino Moshe Levin-

²⁹ *Haaretz*, 31 de octubre de 1967.

³⁰ SOFER (1988).

ger, que transformó su celo mesiánico en un movimiento institucionalizado, el Gush Emunim («la comunidad de los creyentes»). Se asentaron ilegalmente cerca de los supuestos sitios bíblicos, oponiendo resistencia a los intentos por parte del gobierno para expulsarlos y negociando entonces los términos del asentamiento. Comenzaron en abril de 1968, en medio de la ciudad vieja de al-Halil (Hebrón), y consiguieron obtener el reconocimiento del indeciso primer ministro de entonces, Levi Eshkol (1963-1969). En el resto de Cisjordania y la franja de Gaza se repitió por doquier este mismo modelo. En el norte y el sur del Sinaí, como en los Altos del Golán, era el gobierno el que impulsaba los asentamientos, y por eso estaban más organizados y estructurados, atrayendo a gente que poco tenía que ver con la «ideología de la redención», sino que llegaban a estos lugares atraídos por el precio de la vivienda y la belleza de los alrededores.

La empresa de los asentamientos iba acompañada de una confiscación de tierras a gran escala. Comenzó el proceso el ejército, buscando tierras para sus campamentos e instalaciones, pero después se asignaron a los colonos la mayor parte de las tierras que ambicionaban. En 1972, Israel había confiscado más de un millón y medio de dunams, casi el 28 por 100 de Cisjordania; en el año 2000, la cantidad había ascendido hasta alcanzar casi el 42 por 100³¹.

En el gobierno laborista había algunos que se oponían a los asentamientos. Eran los «custodios», que creían que Israel debía mantener los territorios bajo custodia a cambio de paz³². Esta corriente estaba representada por el primer ministro Levi Eshkol, que inmediatamente después de la guerra incluso había urgido al gobierno a adoptar esta posición como política oficial. Sin embargo contaba con muy pocos apoyos en el gobierno y no fue hasta la Guerra de 1973 cuando los custodios contribuyeron significativamente al debate público relativo al futuro de los territorios. En cambio había un tema en el que coincidían todos, custodios y redentores: el Gran Israel, casi un tercio de Cisjordania, debía seguir siendo territorio israelí.

En septiembre de 1967, la cumbre árabe de Jartún publicó sus tres célebres noes: a la negociación, al reconocimiento de Israel y a la paz.

³¹ Para otros porcentajes entre estas dos fechas, véase, por ejemplo, BENVENISTI (1986).

³² SELLA (1986).

No obstante, tras esta fachada negativa, el propio Nasser había dejado algún resquicio a la posibilidad de futuras negociaciones³³. Con la muerte de Eshkol en febrero, Golda Meir, más inflexible, ganó las siguientes elecciones, llevando a Israel a una política más intransigente.

Tras su llegada al poder, en 1977, el Likud apoyó abiertamente el movimiento de los asentamientos. Mientras el laborismo aceptaba los asentamientos por cuestiones de seguridad, el Likud era favorable a que los asentamientos se llevasen a cabo junto a sitios históricos. A ello contribuyeron en gran medida los arqueólogos, cuyas normias «científicas» sirvieron de sostén al proceso legal de los asentamientos. Las autoridades judiciales israelíes autorizaron la confiscación de tierras palestinas y el registro de los nuevos asentamientos como tierras del Estado en el *tapu* (registro de tierras). Mediante una decisión poco frecuente, en octubre de 1979 el Tribunal Supremo israelí se pronunció en contra de este procedimiento en el caso del asentamiento llevado a cabo en 1975 en Elon Moreh, cerca de Nablús. El gobierno y los colonos ignoraron la sentencia.

Como se ha mencionado anteriormente, los custodios se reagruparon tras la Guerra de 1973 y consiguieron suscitar un debate entre los políticos, al menos respecto al futuro de los asentamientos. Rara vez utilizaron consideraciones de naturaleza moral. Los principales argumentos eran de naturaleza demográfica y no lograron impresionar al público israelí. La incorporación de un número tan elevado de palestinos socavaría los anteriores esfuerzos en pro de la judaización y la despoblación de 1948. Un pequeño grupo procedente de la elite política y de los custodios, así como de los círculos académicos y culturales, abogó por negociar o bien con el rey Hussein o con los líderes palestinos locales una rápida retirada israelí a cambio de la paz.

En los márgenes del territorio de los custodios surgió un nuevo movimiento radical. Si hasta estos momentos tenía un peso insignificante, el caso es que promovió un plan de paz que afectaría muchos años después a un amplio grupo de artistas, gentes del mundo académico, guionistas, directores de cine y otras figuras del mundo artístico. Asimismo, abriría una vía de diálogo con la OLP que acabaría abocando en un contacto oficial entre ambas partes. Las razones eran morales e ideológicas. Sus primeros miembros lucharon por defender

³³ MEITAL (1997).

su derecho a la libertad de expresión en un ambiente hostil. El kibutz del famoso orientalista Aharon Cohen, que instó a una retirada incondicional israelí de los territorios ocupados, lo obligó a retractarse públicamente, mientras otro de sus colegas, que se negó a retractarse, fue expulsado del kibutz. En los meses posteriores a la Guerra de 1967, se fundó el Mazpen («brújula»), que daría forma a estos puntos de vista, si bien con una orientación más trotskista. El Mazpen fue, con capacidad limitada pero constante, una clara voz de objeción al sionismo en general y a la ocupación en particular³⁴.

En el ámbito de la política de izquierdas había una voz mucho más relevante, la del Partido Comunista, que manifestó abiertamente su apoyo a la solución de la creación de dos Estados antes de que ninguno de los custodios la aceptase como una salida razonable. Téngase en cuenta que denominó «custodios» a las pragmáticas palomas dentro del Partido Laborista, pero no más allá de éste.

En el interior de Israel el debate se centró en Cisjordania, al futuro de la franja de Gaza se le prestó poca atención. Políticos y activistas sobre el terreno tenían claro que el régimen egipcio no tenía interés en volver a anexionarse Gaza. Algunos líderes palestinos intentaron ponerse en contacto con los líderes israelíes para negociar el establecimiento de una entidad autónoma palestina, o incluso un Estado bajo auspicios israelíes, en la franja de Gaza y en Cisjordania. Pero la mayor parte de los esfuerzos se centraron a nivel gubernamental. La mayor parte de los palestinos se dieron cuenta de que la supervivencia diaria llevaba ahora aparejada una creciente incertidumbre respecto al futuro de su patria.

SOBREVIVIR BAJO LA OCUPACIÓN

Había una tercera vía³⁵. La vida bajo la ocupación no consistía en la simple dicotomía de un ocupante brutal y un ocupado oprimido. El impulso a la rebelión estaba mitigado por las esperanzas individuales de mejora y los deseos de aprovechar las nuevas condiciones socioeconómicas que traía consigo la ocupación. Ésta es probablemente la razón

³⁴ S. WIGODER y M. WIGODER (1999), en A. Offir (ed.), pp. 195-204 (en hebreo).

³⁵ Véase SHEHADEH (1984) (en hebreo).

por la que Al-Fatah fracasó al intentar dirigir un levantamiento guerrillero popular contra los ocupantes israelíes inmediatamente después de la guerra. Los cisjordanos eran más positivos de cara a los nuevos ocupantes de lo que Arafat deseaba. Los comerciantes y los hombres de negocios estrecharon lazos con la economía israelí tentados por la perspectiva de mejorar su nivel de vida.

Los miembros menos afortunados de la sociedad, pobres, agricultores desempleados y campesinos viviendo en condiciones muy apremiadas, fueron absorbidos por la demanda de trabajo de la economía israelí. Eran requeridos por empresas de construcción obsesionadas por lo que el poeta israelí Nathan Alterman describió tan acertadamente como «cubrir el país con un manto de cemento». La gente no sólo trabajaba en la construcción. Junto con los ciudadanos palestinos de Israel, los trabajadores de los territorios ocupados constituían casi una cuarta parte de la fuerza de trabajo de la industria israelí de mediados de la década de 1970³⁶, y el 50 por 100 de la que empleaban la construcción y la agricultura. En 1974, alrededor del 45 por 100 de los trabajadores palestinos de Cisjordania y el 50 por 100 de los de Gaza trabajaban en Israel. La mitad estaban empleados en la construcción, el resto en la agricultura y la industria. En la franja de Gaza, a la sensación de angustia y opresión, se sumaba la de una población siempre en aumento.

Los trabajadores palestinos estaban mal pagados y eran maltratados. Tampoco tenían seguridad social, pero en cualquier caso ganaban más dinero del que habrían ganado en su propio territorio. Una vez que la OLP partió a Beirut, disminuyó la presión política sobre los trabajadores palestinos, y encontraron trabajo incluso en los primeros asentamientos judíos de Cisjordania, comenzando con proyectos de viviendas para los colonos junto a Nablús y Hebrón.

Los refugiados que cruzaron las fronteras de 1967 hacia Israel constituían la mitad de los trabajadores palestinos del Israel propiamente dicho³⁷. Volvieron al hogar en calidad de trabajadores mal pagados, casi esclavos, extraños en su propia patria. Por si esto fuera poco, su rutina diaria era tan humillante como el significado nacional de la «acción de retornar». Consistía en un viaje diario al trabajo, que se iniciaba al alba

³⁶ D. Peretz (1993), p. 414, nota 10.

³⁷ P. Ann Smith (1984), p. 171.

en un punto de control israelí, donde con frecuencia eran objeto de malos tratos y acoso. De ahí iban a las áreas conocidas como «los mercados de esclavos», donde los empresarios israelíes elegían a los afortunados que encontraban trabajo ese día. Los «mercados de esclavos» surgían en los alrededores de cada una de las principales ciudades, donde se podía ver a los trabajadores palestinos hacinados como «rebaños humanos» y corriendo desesperadamente tras los *jeeps* y los camiones que podrían llevarlos a las empresas, restaurantes, granjas o a cualquier lugar en el que los pudiesen contratar como trabajadores no especializados. Al final de la jornada, les pagarían un salario de miseria en comparación con el salario medio israelí, pero mejor que el jordano o el egipcio³⁸. A comienzos de la década de 1980 vivían así alrededor de 150.000 palestinos.

La población afrontó la situación de varias maneras. A finales de la década de 1980 se produjo una reacción inusual respecto a las condiciones de vida bajo las que había de subsistir la población de Cisjordania. Los trabajadores comenzaron a atacar a sus patrones con cuchillos o a perseguir fuera de sí a muchedumbres de judíos. Por lo general, la reacción era fruto de una mezcla de fanatismo religioso y cólera por el maltrato reciente de los israelíes en las fronteras o por los interrogatorios y detenciones brutales. Con todo, pese a la frustración de la población, el número de trabajadores que recurrieron a este tipo de violencia fue pequeño³⁹.

La religión volvió a tener un papel importante en la manera en que los individuos respondían a una cruda realidad frente a la que parecía no haber escapatoria. Al principio la gente se sintió atraída por los Hermanos Musulmanes, pero la organización era demasiado vaga en sus planteamientos políticos como para poder ofrecer una solución concreta a sus dificultades, y por tanto se volvieron hacia organizaciones como Hamas y la Jihad islámica, que habían sido creadas con un programa nacional-religioso claro. Unos pocos lograron quedarse en el propio Israel. Muchos tenían parientes allí, otros deseaban casarse dentro de una familia palestina israelí, aunque por lo general esto implicaba que la novia o el novio palestino israelí tenía que trasladarse a los territorios ocupados.

³⁸ Para un estudio en profundidad de la situación económica en la franja de Gaza, véase ROY (2001).

³⁹ PAPPE (1989) (en hebreo).

El papel de la economía israelí como proveedor de puestos de trabajo no fue el único factor que influyó en el desarrollo de los territorios ocupados. La pequeña industria exportaba bienes de consumo a Israel desde los territorios ocupados, y el consiguiente aumento de la producción creó también nuevos puestos de trabajo. Con todo, el desempleo siguió siendo un problema grave y continuo. Además, la propia economía israelí fluctuaba entre la prosperidad y la recesión. Cuando estaba en alza, los empresarios de Cisjordania tenían que pagar más a los trabajadores, lo que muchos de ellos apenas podían permitirse. Cuando entraba en recesión, como entre 1974 y 1988, la creciente inflación en Israel devastaba la economía palestina de los territorios ocupados⁴⁴.

La confiscación de tierras israelí generó entre los palestinos un hambre de tierras que acabó afectando a su situación económica. No obstante, la escasez de tierra no produjo una penuria inmediata en el trabajo agrícola debido a la emigración a gran escala de los cisjordanos a los Estados del Golfo durante la primera década de la ocupación israelí. Los aldeanos desarraigados tuvieron también un respiro temporal durante el tiempo de las cosechas y la recogida de frutas, cuando los grandes propietarios de huertos necesitaban mano de obra para las plantaciones de cítricos, almendros y olivos. La demanda era tan grande que se reclutó incluso a mujeres y a niños.

Los asesores agrícolas israelíes, que formaban parte del órgano administrativo que dirigía los territorios ocupados, introdujeron modernas tecnologías de cultivo. Para algunos esto supuso la desaparición de más puestos de trabajo, para otros, especialmente para los que vivían en el lado oriental de Cisjordania, más árido, la tecnología de invernadero importada de Israel permitió a los pequeños propietarios de tierras ofrecer sus productos durante todo el año.

En la década de 1970, muchos agricultores luchaban para seguir en sus tierras. La confiscación de tierras, entre otros factores, intensificó el proceso de urbanización. Esto dio lugar a la aparición de especuladores, que comerciaban con bienes raíces sin aliviar el problema de la vivienda. La afluencia de bienes raíces favoreció a algunos refugiados, que por breves periodos de tiempo pudieron alquilar pisos a precios relativamente bajos. Sin embargo, la mayor parte de los refu-

⁴⁴ ABU SHOKAR, ABU JABER, BUHBE y SMAIDI (1990), pp. 93-109.

giados sólo podían permitirse arrendamientos a corto plazo, antes de que los terratenientes subiesen las rentas¹¹.

Los refugiados de la franja de Gaza no fueron tan afortunados. No había tierra disponible, ni siquiera para los refugiados que deseaban marcharse y comenzar una nueva vida. La principal dificultad de la franja, aparte de la ocupación, era la explosión demográfica. Pese a que la demanda israelí de mano de obra no especializada creó muchos puestos de trabajo, no fue en modo alguno la solución frente al desempleo ni frente a uno de los niveles de pobreza más altos del mundo¹².

Así pues, el cuadro era en todas partes una mezcla de resistencia, lucha diaria por la supervivencia y adaptación. El hilo que unía a estas opciones lo tejieron los políticos palestinos, algunos autodesignados, otros elegidos, como en 1976. Al principio, los políticos de los territorios ocupados fueron espectadores pasivos del drama que se desarrollaba a su alrededor. Representaban a una sociedad cuya tierra codiciaban poderosos vecinos, al este, los jordanos, y al oeste los israelíes. Esto hizo casi imposible elaborar un programa político. Estaban bajo la influencia de la OLP, pero no influían en ella. Con todo, lo que más influiría en el futuro de su sociedad sería el conocimiento de la política americana.

Durante los primeros veinte años de ocupación, la población local, tanto sus líderes como la gente ordinaria, estaba excluida de las negociaciones sobre el estatus futuro de las áreas en las que vivía. Mientras la población de Cisjordania y Gaza se debatían entre el acoso y la supervivencia económica, Israel, Jordania, los Estados Unidos y, posteriormente, Egipto contraían una serie de compromisos diplomáticos destinados a determinar la soberanía de estas zonas de Palestina.

LA PAX AMERICANA, GUERRA Y PAZ (1973-1977)

Como hemos visto, la ocupación condujo, por un lado, a violaciones constantes de los derechos humanos y civiles y, por el otro, a un proceso creciente de judaización en Cisjordania y la franja de Gaza. Estas dos lúgubres realidades fueron posibles porque éstas ocupaban un

¹¹ P. Ann Smith (1984), pp. 161-162.

¹² KISHK (1981).

lugar poco importante en el programa de paz, aunque más relevante que la cuestión de los refugiados. En buena medida esto se debía a la política exterior americana y, naturalmente, a la de Israel.

El papel benevolente de los Estados Unidos frente a la intransigente postura israelí en el conflicto se debía en parte a la mejora de las relaciones militares entre los dos países. Después de que los Estados Unidos rechazasen durante años las solicitudes de armamento pesado, los israelíes encontraron durante el mandato de Lyndon B. Johnson una administración más receptiva. Este giro en la política norteamericana se ha atribuido a menudo a la visión de halcón que tenía el presidente estadounidense respecto a la Guerra Fría y a la eficacia del *lobby* judío. En septiembre de 1969 llegó a Israel el primer avión Phantom procedente de los Estados Unidos. Se convocó al pueblo israelí para que contribuyese a su pago con donaciones públicas. No se trataba sólo de propaganda, pues pasarían años antes de que los contribuyentes americanos financiaran suministros de armas como parte de una subvención anual a Israel.

No obstante, los Estados Unidos querían ser algo más que los protectores de Israel. Se presentaban también ante los medios de comunicación como los mediadores en el conflicto. Esta tarea se le confió al secretario de Asuntos Exteriores, William Rogers. Sus esfuerzos en favor de la paz se basaban en la resolución de Naciones Unidas 242, de noviembre de 1967, que reclamaba la retirada israelí de todos los territorios ocupados durante la Guerra de 1967 a cambio de la paz con sus vecinos árabes. Rogers añadió un punto delicado. Se esperaba que los países árabes que quisieran participar en las negociaciones a partir de esta premisa se sumarían en la Guerra Fría al bando americano. Washington quería evitar que la Unión Soviética tuviera una influencia significativa en los asuntos de Oriente Medio, y finalmente logró excluirla. Esta intervención aumentó progresivamente el grado de implicación americano en el proceso de paz. Antes de que los Estados Unidos asumieran el papel de mediador en el proceso de paz, las Naciones Unidas habían intentado persuadir a las partes para que adoptasen la resolución 242 como base para la paz con ayuda de otro mediador sueco, Gunar Yaring. Al igual que en el caso de su predecesor, la misión de Yaring acabó fracasando⁴¹. Israel aceptó finalmente el principio de la resolución 242, pero sólo como base para solucionar la situación de la

⁴¹ Shlaim (1999), pp. 298-318.

península del Sinaí. En cambio, se negó a aplicarla en los Altos del Golán, Cisjordania y la franja de Gaza. El Ministerio de Asuntos Exteriores israelí tradujo incluso la resolución al hebreo en unos términos que implicaban que no tendrían que retirarse de todos los territorios ocupados.

Después de casi veinte años de aislamiento sin llevar a cabo una actividad diplomática de este tipo, el esfuerzo pacificador norteamericano fue acompañado de una nueva jerga diplomática que procedía del mundo de los negocios y se había construido sobre los principios de coste y beneficios sin referencia alguna a valores de naturaleza moral. El cliché era «proceso de paz». Los palestinos buscaron en vano en este vocabulario términos como «descolonización», «fin de la ocupación» y «justicia moral». En cambio se vieron confrontados con un lenguaje que analizaba el equilibrio de poder como si se tratase de un problema entre dos socios en idénticas condiciones en todos los aspectos: culpa, responsabilidad y justicia. En realidad no hubo proceso de paz. Pero, como señaló acertadamente Noam Chomsky, esta jerga permitió muy convenientemente la implicación americana como instructor del así llamado «proceso». También conllevó el que no se hiciese un intento de gran alcance para resolver el conflicto, sino que el progreso de las negociaciones, o incluso las propias negociaciones, fuesen más importantes que sus resultados.

Los Estados Unidos desempeñaron un papel más neutral en el caso de las negociaciones bilaterales entre Israel y Egipto, dándose cuenta de que incluso Nasser estaba dispuesto en sus últimos días a aplicar en su totalidad el principio de la resolución 242. Pero, al igual que los israelíes, no llegaron a la plena convicción hasta que dos presidentes egipcios sucesivos, Gamal Abd al-Nasser y Anuar al-Sadat, llevaron a Israel a la guerra con el objetivo de reconquistar la península del Sinaí. En marzo de 1969, Nasser comenzó una vana guerra de desgaste sobre el canal de Suez que duró hasta agosto de 1970. La iniciativa de paz que propuso William Rogers no logró obtener un acuerdo de retirada a cambio de paz de la intransigente Golda Meir, primera ministra entre 1969 y 1974. El ataque sorpresa de Sadat, en octubre de 1973, que había sido previamente acordado con el presidente sirio, Hafed el-Asad, logró activar el diálogo pacificador, que condujo a una retirada parcial israelí de la península, finalizada posteriormente, cuando el presidente Sadat hizo una visita histórica a Jerusalén, en noviembre de 1977, y prometió una paz diplomática plena con Israel a cambio de la retirada total israelí de territorio egipcio.

El ataque conjunto de 1973 por parte de Siria y Egipto pilló a la inteligencia israelí desprevenida, y la posibilidad más que real de una derrota en el campo de batalla hizo estremecerse a todo el sistema político, contribuyendo a poner fin al liderazgo del laborismo como partido político del Estado. Su gran rival, el líder del Likud, Begin, había abandonado la coalición gubernamental en 1969, en protesta por la decisión israelí de entablar negociaciones. Volvió al poder en 1977, pero sólo para entregar la totalidad del Sinaí al presidente egipcio.

Esta tercera vuelta en el combate, en 1973, entre Israel y el mundo árabe no afectó, ni se centró, en la cuestión palestina. En una de las más curiosas vueltas de tuerca que da la historia, la confrontación más sangrienta árabe-israelí tuvo lugar por causas que no concernían a la mayor parte de la población que habitaba entre el río Jordán y el Mediterráneo. Para esta gente, el único aspecto relevante fue que debilitó la hegemonía de la elite política israelí e hizo palidecer la ilusión de unidad de propósito de la sociedad de Israel. Si bien repercutía en la sociedad palestina fuera de Israel, careció de importancia para los que vivían en los territorios ocupados o en los campos de refugiados.

La Guerra de 1973 podría haber acabado con una derrota israelí aún más devastadora si no fuese por las dudas de Sadat y Asad como comandantes en jefe del ejército respecto a cómo convenía reaccionar ante la inesperada victoria, y por la importante operación de apoyo a Israel que se llevó a cabo en los Estados Unidos, lo que inclinó la balanza del equilibrio militar poco después de la guerra. Los dos líderes querían una guerra limitada y lograron su principal objetivo: la reanudación del proceso de paz.

La Unión Soviética apoyó a Egipto hasta 1972, y probablemente habría seguido apoyándolo si Anuar al-Sadat no hubiese expulsado a los asesores militares soviéticos en julio de 1972. Con todo, los soviéticos facilitaron a Egipto suministros importantes de armamento, aunque no en la cantidad de los Estados Unidos a Israel.

LA CUESTIÓN FRONTERIZA: LA OPCIÓN JORDANA Y EL GRAN ISRAEL

La Guerra de 1973 fue un suceso traumático que promovió la desintegración de la política y la cultura israelí. Palideció el mito de la irreducibilidad israelí y mientras para algunos era una buena razón

para insistir en la necesidad de buscar una solución pacífica, otros se dirigieron a la divinidad, endureciendo sus posiciones respecto a la paz y a un compromiso territorial. Lo que incrementó la confusión y la erosión de la confianza individual fue el elevado número de víctimas, alrededor de 30.000, en comparación con los pocos centenares de la Guerra de 1967. El país se vio envuelto en una ola de pesar que afectó también al prestigio del gobierno⁴⁴.

Se creyó que el fallo fundamental residía en el mal funcionamiento del aparato de inteligencia. En abril de 1974 se reveló a la opinión pública la envergadura del fallo mediante la publicación de un informe preparado por un comité que presidía el entonces presidente del Tribunal Supremo, Shimon Agranat. El informe culpaba a la Fuerza de Defensa Israelí y a su responsable del fallo del servicio de inteligencia, al tiempo que exoneraba a los líderes políticos de cualquier responsabilidad en el ataque por sorpresa contra Israel. Sin embargo parece que algunos miembros de la comunidad judía de Israel emitieron un veredicto diferente, pues hicieron de la primera ministra, Golda Meir, y de su ministro de Defensa, Moshe Dayan, los principales culpables. A resultas del informe de Agranat, surgió un movimiento de protesta popular y espontáneo. Consistía en varios grupos que presionaban al Partido Laborista para destituir a Meir y a Dayan incluso después de que el partido hubiese ganado las elecciones generales de 1974, las últimas por muchos años.

Era preciso encontrar un nuevo líder laborista y no había mejor candidato que el héroe de 1948, Yitzhak Rabin. Rabin estaba entonces como embajador en Washington y por tanto no había tomado parte en el fracaso del ejército. Antes de ser nombrado primer ministro, tenía que vencer, en las primeras elecciones democráticas del Partido Laborista que se habían celebrado jamás, a su gran rival, Shimon Peres. Hasta entonces, un comité de selección no elegido por los militantes de base designaba a los líderes del partido. Los dos candidatos se encontraron como rivales por el liderazgo del partido en numerosas ocasiones, llevando al partido laborista a la inestabilidad por su baladí rivalidad personal. Rabin inauguraba la serie de primeros ministros nacidos en Israel, personificando así el sueño de la sociedad nacionalista y militarista que llevaba fraguándose desde 1936.

⁴⁴ *Haaretz*, 7 de marzo de 1974.

Rabin era el líder de un movimiento cuyo poder estaba menguando. La preeminencia del partido ya estaba erosionada y durante su primer año de mandato hubo una fisura en la alianza entre el partido y el Partido Religioso Nacional, el Mafdal. La alianza se había creado cuando, pese a las protestas de los redentores y los colonos, el veterano líder del Mafdal, Yosef Burg, integró a su partido en la coalición de Rabin.

La llegada de los F-15 americanos provocó una crisis en la coalición, pues llegaron el sábado, cuando, conforme al acuerdo alcanzado con los partidos religiosos, debía cesar todo tráfico. La crisis dio lugar a la salida del Mafdal del gobierno y a la convocatoria de nuevas elecciones. A una calamidad le sucedía otra. Tras descubrirse que su mujer tenía una cuenta ilegal en Washington, se previno a Rabin para que no se presentase como candidato de su partido. Esta ofensa banal era insignificante en comparación con la serie de actos de corrupción cometidos por otros líderes laboristas, pero, no obstante, no le quedó otra alternativa que dimitir.

Durante los tres años que duró su mandato se había ocupado sobre todo de la diplomacia. El acuerdo de paz fue subrayado, como antes de la guerra, por la resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, esta vez con el número 338. Era similar a la resolución 242, aunque indicaba preocupación —pero nada más— por el futuro de los refugiados palestinos. Después de 1975, con la legitimación de la OLP en Naciones Unidas, las resoluciones de la organización sobre Oriente Medio se centraron en su totalidad en la cuestión de los refugiados y eran mucho más propalestinas. Era, sobre todo, resultado del incremento del número de países asiáticos y africanos que habían ingresado en la organización, aunque el proceso se vio obstaculizado en este sentido por los repetidos vetos de los Estados Unidos en el Consejo de Seguridad.

A William Rogers le sucedió Henry Kissinger como principal agente del «proceso». Partidario genuino del sionismo, por lo general se hacía eco de los principales puntos de vista israelíes respecto al nacionalismo palestino. En realidad, estos ya los había expresado de una manera cruda Golda Meir, al declarar que no existía eso que llamaban pueblo palestino y que, por tanto, sólo podía haber un interlocutor válido en las negociaciones relativas a las áreas ocupadas, el reino hachemita de Jordania.

Se trataba de la «opción jordana» del Partido Laborista, dispuesto a dividir el antiguo Mandato entre Israel y los hachemitas de Jordania a expensas de los palestinos. Fundamentó tanto la táctica como la estrategia de ambos países de cara a la ocupación y a la paz. En el pasado había dado lugar a que Ben-Gurion se confabulase con el rey Abdullah en la Guerra de 1948. Esta vez los israelíes ofrecieron a los jordanos una porción menor, sólo parte de Cisjordania, entre el 10 y el 15 por 100 de Palestina⁴⁵.

Si los jordanos y los israelíes diferían era respecto al papel que se reservaba a los palestinos. La idea de los laboristas era despalestinizar Palestina, en cambio Hussein era más consciente de la identidad palestina de Cisjordania. En 1972 se opuso a los planes israelíes mediante una propuesta por la que sugería la creación de una federación entre Palestina —esto es, Cisjordania— y Jordania a partir de un modelo binacional. El gobierno de Rabin no se mostró generoso ni con los jordanos, y Henry Kissinger voló en vano de aquí para allá, entre Amán y Tel-Aviv, tratando de convencer al rey Hussein para que aceptase parte de Cisjordania a cambio de una paz bilateral. Hussein no fue a la guerra en 1973, pero tampoco firmó la paz sobre la base del riguroso ofrecimiento israelí. Por su parte, la OLP tampoco estaba dispuesta a aceptar la idea jordana de una federación. Entonces intentó negociar con la OLP, así como con Israel, respecto a un futuro asentamiento en Cisjordania, pero sin éxito en ninguno de los dos flancos. Kissinger introdujo los acuerdos provisionales para la península del Sinaí y los Altos del Golán mermando ligeramente el Imperio israelí.

El declive de la «opción jordana» llevó aparejado después de 1977 el aumento de la popularidad del «Gran Israel», una ideología que empeoró la vida de muchos palestinos y destruyó los sueños de paz de muchos israelíes. Su fin afectó también a la comunidad palestina del Líbano en 1982.

La intensa actividad diplomática que desarrollaron Kissinger y otros apenas tuvo repercusión y, en este sentido, tampoco benefició a la sociedad en su conjunto. Mientras el secretario de Estado norteamericano volaba de una capital a otra, entre bastidores operaban fuerzas de mayor alcance. Kissinger no llevó la paz a Palestina e Israel, pero los israelíes se sintieron más «seguros», o les inquietó menos su «segu-

⁴⁵ Shlaim, pp. 329-334.

ridad», lo que permitió que problemas sociales y económicos reprimidos durante años pasasen a primer plano y que el Estado y sus instituciones tuviesen que preocuparse de ellos.

LA REVOLUCIÓN MIZRAHI

El problema interno más importante era la creciente tensión entre los judíos mizrahis, especialmente los del norte de África, y la clase dirigente del Partido Laborista. La prosperidad relativa de la comunidad judía en su conjunto tras la Guerra de 1967 agudizó la sensación de estancamiento y abandono de los judíos mizrahis. Los líderes de la economía local alababan la recuperación israelí tras la recesión del periodo anterior a 1967, pero en los barrios bajos de Jerusalén y Tel-Aviv, habitados fundamentalmente por judíos marroquíes, los síntomas de recuperación eran escasos. Tampoco se notaban en las comunidades mizrahis de las pequeñas ciudades que circundaban Tel-Aviv, como las en un tiempo prósperas ciudades palestinas de Lod y Ramla. La recuperación económica tampoco se dejó sentir entre los judíos de Iraq, el Kurdistán, Bujara, Yemen y Túnez, que se habían establecido como agricultores en comunidades agrícolas (*moshavim*), junto a fronteras conflictivas y lejos del centro de las grandes ciudades. Asimismo, la prosperidad no alcanzó a las docenas de nuevas y sórdidas ciudades dormitorio que habían levantado los judíos árabes en todas partes. La economía de estas ciudades estaba estrechamente ligada a una o, todo lo más, dos empresas, que por lo general fabricaban textiles o alimentos y eran totalmente dependientes de la fortuna local o global de estas industrias tradicionales. En el mundo industrial posterior a la década de 1960, las comunidades que dependían enteramente de estas empresas tenían pocas posibilidades. A finales de la década de 1980, sus propietarios, ya fuese el Histadrut o empresarios particulares, vendieron ventajosamente estos activos, beneficios de los que no participaron sus leales trabajadores, que por entonces se contaban ya entre las listas de desempleados alcanzando un número sólo equivalente al de los palestinos de Israel.

En los años inmediatamente posteriores a la Guerra de 1973, el problema no era tanto el desempleo como la carencia evidente de la adecuada infraestructura humana, social y educativa que padecían las

áreas deprimidas. La sensación de discriminación se agravó al darse cuenta buena parte de la juventud de que se quedaría estancada en el mismo peldaño de la escala socioeconómica que sus progenitores, con trabajos no cualificados, bajos salarios y bajo estatus social. La otra cara de la moneda de la marginalización socioeconómica se demostraba en la actitud cultural paternalista con la que se trataba cualquier cosa que fuese mizrahi, además de la comida, de lo que resultó un movimiento musical clandestino, primero en forma de radiocasetes ilegales con música mizrahi, árabe y mediterránea, que acabaría convirtiéndose en un poderoso medio de expresión de protesta social y un vehículo para las carreras de las estrellas pop mizrahis. Curiosamente fue un cantante griego, de nombre artístico Aris Sun, el que abrió un club nocturno en Jafa en octubre de 1967, e introdujo la música árabe y mediterránea en la cultura pop local.

La música no sólo simbolizó el intento por construir una identidad étnica propia, también satisfacía el vehemente deseo de la nueva generación de jóvenes judíos que aspiraba a una cultura popular más global. Tras la Guerra de 1967, el gobierno había recurrido a la policía para combatir la proliferación de discotecas y clubes nocturnos en Tel-Aviv, y el teatro nacional se estremeció ante la rebelión de autores de teatro como Hanoch Levin contra la «cultura reclutada». Como centro geocultural, Tel-Aviv demostró ser más resistente que otros lugares de cara a la ingeniería nacional de la cultura impuesta desde arriba. Por cierto que su paralelo palestino resultaría ser Ramala, con sus islotes de cultura universal y popular. Aunque en el proceso se aislaron del resto de la sociedad judía y palestina, ambas ciudades se convirtieron en refugio de valores, estilos y gustos más universales.

La profundización de la marginalización de los mizrahis tuvo alguna consecuencia más aparte de la creación de un mercado clandestino de casetes. Su exclusión de la prosperidad de la que disfrutaban los asquenazíes y la creciente conciencia de la existencia de movimientos similares de protesta en el extranjero generó un descontento nuevo y mejor orientado. Comenzó con un movimiento denominado los «Panteras Negras», concebido según el modelo de la organización afroamericana. Era la manifestación más radical de la frustración de los mizrahis, especialmente de los judíos marroquíes. El movimiento surgió en las barriadas de Jerusalén y Tel-Aviv, en cambio tuvo escasa repercusión en las ciudades dormitorio, donde los judíos marroquíes



Figura 6. Manifestación de los Panteras Negras en Jerusalén, 1972.

vivían en condiciones similares de pobreza. El gobierno laborista de Golda Meir respondió con la indiferencia. Cuando informaron a la primera ministra de que los activistas de los Panteras Negras que se manifestaban en su jardín privado se negaban a abandonarlo, respondió con una frase que ha pasado a formar parte del vocabulario político israelí y de la sátira política: *Hem Yeladim lo nehmadim* («No son niños buenos»). No contenta con estas declaraciones, su gobierno detenía sistemáticamente a los activistas la noche anterior a la celebración de una manifestación con el argumento de que «son delincuentes incapaces de manifestarse de manera civilizada»¹⁶.

La militarización de la sociedad israelí continuó a toda marcha después de la Guerra de 1967, independientemente de la privación social y económica. El servicio militar se convirtió en el principal criterio de patriotismo. La elección de Rabin como primer ministro reforzó esta tendencia. En 1974 su gobierno introdujo severas sanciones contra los israelíes que vivían en el extranjero y se negaban a volver todos los años para cumplir sus obligaciones en la Fuerza de Defensa Israelí.

En las ciudades en proceso de desarrollo, algunos políticos jóvenes que se habían sentido defraudados por el Partido Laborista se sintieron

¹⁶ *Haaretz*, 1 de marzo de 1971.

atraídos por Menachem Begin y su nuevo partido, el Likud, creado con la ayuda de Ariel Sharon. Este partido de derechas no mostraba interés alguno por luchar contra la pobreza o la discriminación social, y su ideología del Gran Israel interesaba a muy pocos de los habitantes de las áreas conflictivas de Israel. Su único atractivo era que se presentaba como antilaborista. Esto atrajo a suficientes judíos mizrahis, frustrados por años de discriminación y empobrecimiento, como para llevar a Begin al poder en 1977.

LA REVOLUCIÓN DE MENACHEM BEGIN

El camino que condujo a Menachem Begin al poder fue largo. Tuvo que romper el predominio del movimiento laborista en todas las esferas de la vida israelí, predominio que había comenzado en los albores mismos del proyecto sionista en Palestina. Antes de la Guerra de 1967, ni él ni sus correligionarios, que abogaban por el establecimiento de un Estado judío sionista en toda la Palestina del Mandato, eran considerados legítimos rivales políticos. La Guerra de 1967 otorgó a Begin su primera cartera ministerial y, aunque dimitió en 1970, mantuvo su popularidad y no perdió de vista las oportunidades que se le presentaron. Al principio creó el Gahal, una coalición entre su propio partido, el Herut (los revisionistas de derechas y el Irgún de la época del Mandato), y el Partido Liberal. Para compensar su propia falta de pasado militar, nombró a dos generales: Ezer Weizmann, comandante legendario de la fuerza aérea y sobrino del primer presidente israelí, Chaim Weizmann, y Ariel Sharon. En la década de 1970 fundó el Likud («cohesión» en hebreo).

Begin llegó al poder gracias a una coalición de israelíes descontentos: los judíos mizrahis, discriminados desde hacía años, los judíos religiosos, que se sentían marginados en el Estado judío, militantes del Partido Laborista escandalizados por el ataque árabe por sorpresa de 1973 y judíos expansionistas (seculares y religiosos), que esperaban que Begin impondría el dominio israelí a los territorios ocupados. Los judíos mizrahis llevaron a Begin al poder, pero los defraudados judíos asquenazíes derrocaron al laborismo. No votaron a Begin, pero tampoco apoyaron al Partido Laborista. Muchos se abstuvieron o votaron a otro partido. Formaron incluso su propio partido, el Movimiento Democrático para el Cambio, liderado por un héroe de la Guerra de 1948, Yigal Yadin.

Como era de esperar, una vez en el gobierno el Likud tenía poco que ofrecer a los que lo habían alzado hasta el poder. Las políticas sociales y económicas formaban parte de las competencias del Partido Liberal, para cuyos líderes era una prioridad acabar con el exiguo legado socialista. Pese a la decisión de adoptar la *Internacional* junto con el himno nacional, el *Hatikvah*, en enero de 1968⁴⁷, en retrospectiva, la política laborista parece haber estado muy lejos de la política socialista o socialdemócrata convencional. En cualquier caso, los ministros liberales de los dos gobiernos de Begin (1977-1981 y 1981-1984) adoptaron una política de libre mercado. Su gurú en política económica era Milton Friedman. Como sucedió en muchos países del Tercer Mundo, bajo su influencia, la economía israelí se vio desgarrada entre la hiperinflación y el abismo infranqueable entre ricos y pobres, hasta que el gobierno de coalición creado por el Partido Laborista y el Likud decidió volver a imponer una versión más suave de la economía de libre mercado. Ello tuvo lugar en 1984 y puso fin a los siete años de mandato en solitario del Likud.

La primera táctica del Likud en política exterior sorprendió al mundo entero, pues consistió en una respuesta favorable a otro de los esfuerzos de paz de Anuar el-Sadat. El primer gobierno de Begin incluía a algunos veteranos de la vieja administración, como Moshe Dayan. Dayan y Ezer Weizmann, ahora paloma, presionaron a Begin para que firmase un acuerdo de paz bilateral con Egipto en 1979. El acuerdo había logrado obtener el apoyo del público israelí tras la impresionante visita sorpresa de Anuar el-Sadat a Israel en noviembre de 1977, una estratagema psicológica que debilitó la mentalidad de asedio e intransigencia israelí. Sadat llegó a Jerusalén, defraudado por los esfuerzos internacionales previos para solucionar el conflicto, como el intento, malogrado, por convocar una conferencia de paz internacional. Casualmente, esta última iniciativa pacificadora podría haber beneficiado a la OLP, ya que la Unión Soviética había insistido en que el estatus de la organización, el problema de los refugiados y los territorios ocupados en Palestina debían estar en el centro de toda negociación. Jimmy Carter, el primer presidente estadounidense que situó la cuestión palestina en el centro del «proceso de paz», había otorgado su total apoyo a este orden de prioridades. Sadat les tomó la

⁴⁷ *Maariv*, 7 de enero de 1968.

delantera gracias a una iniciativa que había sido concertada entre experimentados políticos israelíes y egipcios desde mucho antes de que el presidente egipcio realizase su histórica visita. Sadat sabía que recibiría toda la península del Sinaí a cambio de la normalización de las relaciones de su país con Israel.

Los políticos que antes juraban que nunca se cedería una pulgada del Sinaí dieron su apoyo entusiasta al «campo de paz». Un movimiento extraparlamentario denominado «Paz Ahora», integrado por soldados veteranos que servían en unidades de combate, creó un ambiente público de apoyo a Begin en sus negociaciones con Sadat. Aunque no fueron siempre fáciles, las negociaciones culminaron con un tratado formal de paz y la normalización de las relaciones diplomáticas entre los dos países. Los oficiales en la reserva que integraban el movimiento Paz Ahora habían querido sugerir que en el futuro no participarían en una guerra injustificada. Amenaza que no cumplieron, pues muchos de ellos no dudaron en participar en la invasión del Líbano en 1982⁴⁸.

Habían de pasar dos años antes de que se firmase el tratado de paz en los jardines de la Casa Blanca y se fijara en la memoria colectiva la famosa fotografía de Carter, Sadat y Begin con las manos entrelazadas. La televisión israelí retransmitió en directo cada uno de los aspectos de la negociación, desde la aparición de Sadat en las escaleras del avión que lo había llevado a Jerusalén en noviembre de 1977, hasta la ceremonia en la que los dos líderes recibieron el premio Nobel de la paz, a finales de 1978. El hecho de que los medios cubriesen la totalidad del acontecimiento ejerció gran efecto en la opinión pública y contribuyó a que Begin venciese a los partidarios de la línea dura, como su futuro sucesor Yitzhak Shamir. Se necesitaba semejante exhibición de las relaciones públicas porque el tratado suponía la retirada del Sinaí y la destrucción de varios asentamientos judíos en el Sinaí, incluyendo dos prósperas ciudades, Ofira y Yamit. Sin embargo, la anterior mentalidad de asedio y la psicología de aislamiento pronto desaparecieron. Multitudes de turistas israelíes visitaron Egipto deseosos de disfrutar de nuevo de la experiencia de visitar un país vecino en autobús y en paz.

⁴⁸ BAR-ON (1996).

Buena parte de la euforia se calmó. El presidente egipcio había prometido a los palestinos que ligaría el acuerdo bilateral a la solución de la cuestión palestina, pero nunca lo logró. El Likud devolvió el Sinaí, de modo que Cisjordania y la franja de Gaza se vieron marginadas del programa de paz. Ambos lados coincidieron en un nuevo término, «autonomía», como objetivo estratégico para solucionar el problema de los territorios ocupados, lo que en esencia implicaba el mantenimiento del *statu quo* de ambas áreas. Para la sociedad civil egipcia, de derechas e izquierdas, secularistas o islamistas, equivalía a traicionar la causa palestina. Tenían capacidad para convertir la paz con Israel en un estado de la cuestión incómodo, donde mucha de la hostilidad y enemistad del pasado permanecieron intactas.

Las relaciones de Israel con Egipto nunca se normalizaron de verdad. El número de turistas israelíes declinó y casi ningún egipcio visitó Israel. Con todo, se había superado el ciclo bélico, socavando considerablemente la opción militar panárabe contra el Estado judío. Las sociedades económicas de ambos lados reforzaron gradualmente sus lazos, una tendencia que continúa hasta el día de hoy⁴⁹.

El concepto de «autonomía» permitió a Begin hacer más sólido el movimiento judío de asentamientos en los territorios ocupados durante su segundo mandato, en 1981. El plan fue una creación de Ariel Sharon, primero como ministro de Vivienda y después como ministro de Defensa. Para los defensores del Gran Israel la única contrariedad fue que Sharon deseaba judaizar las áreas en vez de anxionarlas. Esta postura pragmática permitió al Likud y al Partido Laborista poner fin al largo debate público relativo a los territorios ocupados. Cuando ambos perdieron interés en los asuntos sociales y económicos, pudieron formar dos gobiernos de coalición, entre 1984 y 1988. El resentimiento que había entre ellos, la manipulación de la hostilidad mizrahi contra el laborismo por parte del Likud y la lucha política convencional por el poder prolongaron el problema interno israelí. La vida política palestina siguió adelante con creciente indiferencia respecto a la política israelí. Por lo que se refería a los palestinos, daba poco más o menos igual quien estuviese en el poder.

⁴⁹ Meital (1997).

NAVEGANDO ENTRE PROGRAMAS POLÍTICOS: LA POLÍTICA DE
PALESTINA (1967-1987)

Los políticos palestinos, tanto dentro como fuera de Palestina, carecían de poder para decidir el futuro de las áreas ocupadas, por no hablar del resto de Palestina o de la cuestión de los refugiados. No obstante, lograron éxitos en otros ámbitos. Por ejemplo, los activistas políticos de las áreas ocupadas elaboraron su propio programa político. Para ellos, estas áreas constituían la Palestina ocupada o lo que quedaba de Palestina. En segundo lugar, su prioridad era poner fin a la ocupación. Por ello exigían la total retirada israelí, el desmantelamiento de los asentamientos judíos y el establecimiento de un gobierno palestino independiente. Los pocos políticos que seguían siendo fieles a los hachemitas de Jordania perdieron influencia lentamente y acabaron por desaparecer completamente del mapa político. El gobierno laborista toleró a los líderes partidarios de la OLP que los reemplazaron, pero cuando el Likud llegó al poder, en 1997, clasificó a la OLP como elemento subversivo.

La situación de los palestinos de los territorios ocupados empeoró bajo el mandato de Sharon como ministro de Defensa, periodo en que el peso de la ocupación se hizo más duro que nunca. Los órganos políticos locales no esperaron a la respuesta de la OLP. En 1981 crearon su propia infraestructura para hacer frente a las nuevas condiciones encabezada por una nueva institución, Lajnat al-Tawjih (Comité de Dirección). El establecimiento de un liderazgo nacional se convirtió para Sharon en un *casus belli*. Respondió deteniendo a muchos de sus miembros y finalmente combinó la lucha contra ellos con un plan general para destruir a la OLP en el Líbano. También intentó crear, con ayuda del acreditado orientalista israelí Menachem Milson, un liderazgo títere denominado las Ligas Aldeanas, que, no obstante, desapareció tan pronto como había surgido.

Entre las diferentes organizaciones políticas que hicieron frente a la brutalidad de la ocupación durante la era Sharon estaba el Partido Comunista palestino, que defendía la partición de Palestina con el Estado judío, aunque para la mayor parte de los políticos palestinos esta idea seguía siendo una herejía y de hecho la carta palestina la rechaza vehementemente. Sin embargo, lo que en mi opinión es mucho más importante, el Partido Comunista hacía hincapié en la necesidad de construir una sociedad civil en los territorios ocupados. El Frente Democrático Popular para la Liberación de Palestina, el primer orga-

nismo dentro de la OLP que sugirió como nueva estrategia la solución de dos Estados (la denominación «popular» desapareció de su nombre poco después de la escisión con el Frente Popular para la Liberación de Palestina, en 1969)³⁰, defendía posturas similares. Esto era imposible en la era de Sharon, pero tras su caída en desgracia, a raíz de la Guerra del Líbano de 1982, el programa comunista que reconocía la posibilidad de dividir Palestina en dos Estados y, pese a la ocupación, crear instituciones civiles empezó a ganar seguidores en los territorios ocupados.

La OLP se aproximó a este programa en 1974, cuando Al-Fatah publicó su «Programa por etapas». Era un documento de principios que establecía que la liberación de los territorios ocupados tenía prioridad sobre el sueño de la redención de Palestina en su totalidad. No especificaba el calendario ni decía si se trataba de un objetivo firme, pero era un cambio pragmático que afectaba a la OLP en su totalidad y condujo gradualmente al abandono de la lucha armada a favor de la diplomacia. A ello también había contribuido la decisión de la Cumbre Árabe de reconocer a la OLP como «único y legítimo representante del pueblo palestino». Esta declaración la adoptaron posteriormente, en 1975, las Naciones Unidas; en 1981, la Comunidad Europea; y *de facto* los Estados Unidos, en 1988; e Israel, en 1993.

El cambio hacia el pragmatismo sólo era factible para Al-Fatah, que, a diferencia del FPLP y el FDPLP, se había distanciado del discurso o de la práctica revolucionaria. Evitó intervenir en la política de los Estados árabes, limitando su política de adoctrinamiento interno a los objetivos nacionales de liberación; también se mostró dispuesto a cambiar de táctica y estrategia. De hecho, las otras dos organizaciones rechazaron la decisión de Al-Fatah de limitar el objetivo del movimiento de liberación al establecimiento de un Estado independiente en Cisjordania y la franja de Gaza. Sin embargo, Al-Fatah tenía el control, y a través de su liderazgo se tejió una red de contactos entre la OLP del Líbano y el Comité de Dirección de los territorios ocupados. Las otras facciones estrecharon lazos con las áreas ocupadas, estableciendo oficinas clandestinas que competían con las de Beirut en las principales ciudades palestinas. Pese a que el Líbano era el centro de la política palestina, el movimiento nacional palestino era transnacional y actuaba según las presiones que recibía desde más de un lugar³¹.

³⁰ A. GRESH (1980), pp. 1-30.

³¹ KHALIDI (1986).

Así, en sólo una década (1970-1981), la política del nacionalismo en la diáspora se había vuelto a coordinar con la de los territorios ocupados. A lo largo de esta década, la OLP se estableció en el Líbano, después de que muchas de sus oficinas y militantes se hubieran trasladado allí. Estaba situada en dos zonas. Los líderes políticos compraron casas en Beirut, sede también de los departamentos de la organización que se habían establecido antes y de los nuevos, como un archivo, una editorial y los departamentos internacionales. La otra sede estaba en el sur del Líbano, en el difícil terreno que rodeaba los campamentos de refugiados palestinos. Las operaciones militares contra Israel se dirigían desde el área de al-Arquub, en el sudeste del Líbano, donde la guerrilla de Al-Fatah se había hecho con un territorio autónomo en la década de 1960.

Las diferencias en el seno de la OLP entre la izquierda y la derecha se fragmentaron aún más durante la etapa del Líbano con la profunda implicación de los Estados árabes en el movimiento. Como ocurría antes, el equilibrio de poder entre los diferentes grupos que constituían la OLP estaba determinado por la habilidad para mostrar audacia e imaginación en la lucha contra Israel. El sur del Líbano se convirtió en la rampa para lanzar ataques contra Israel, algunos sobre asentamientos judíos utilizando misiles katiuska, otros mediante la toma de rehenes para obtener la libertad de prisioneros palestinos en Israel. Muchas de estas acciones fracasaron, pero consiguieron aterrorizar a la población del norte de Israel y crear inseguridad, lo que dio lugar a que varios gobiernos israelíes optasen por operaciones de represalia de gran envergadura.

En algunos casos, las víctimas israelíes de las guerrillas palestinas eran niños, como en el caso de la operación Ma'alot de 1974, cuando el FDPLP atacó la escuela superior de esta ciudad en desarrollo del norte de Israel. La mayor parte de los niños murieron cuando las unidades israelíes intentaron tomar la escuela por asalto, un círculo vicioso de violencia que se repitió en otras operaciones al negarse los israelíes a negociar. Dos años antes, el grupo de Al-Fatah Septiembre Negro asesinó a once atletas israelíes que había tomado como rehenes durante los juegos olímpicos de Múnich, una operación que finalizó en un baño de sangre como consecuencia del torpe intento de rescate que llevaron a cabo los alemanes. El Mosad israelí, que dirigía una guerra de venganza contra los implicados en la masacre de Múnich, asesinó posteriormente a la mayor parte de los miembros de Septiem-

bre Negro. La guerrilla continuó con sus prácticas habituales, colocación de bombas en Israel, secuestro de aviones y ataques a las instalaciones militares. El sur del Líbano se convirtió en un campo de batalla, en algunas zonas des poblado, al menos durante los periodos de desórdenes.

Para llevar a cabo estas actividades se requería un arsenal considerable. La URSS se convirtió en el principal suministrador de armas de la OLP, pero sus militantes se entrenaban en varios países. Muchos regímenes revolucionarios le prestaron apoyo: China, Corea del Norte, Argelia y Cuba. La OLP formaba parte de una red internacional que incluía movimientos anarquistas, terroristas, guerrilleros y de liberación nacional de todo el globo, como el IRA, las Brigadas Rojas italianas, la Baader-Meinhof alemana, el Ejército Rojo japonés y el Vietcong. Algunos de estos movimientos enviaron a sus militantes para que se entrenasen en el enclave de la OLP en el sur del Líbano.

En medio de todo esto, Al-Fatah formulaba su política más pragmática, contenida en el Programa por etapas. Se trataba de una serie de iniciativas interesantes, y por un tiempo salieron adelante, en las que se combinaba la actividad guerrillera con la diplomática. No obstante, mientras Arafat era recibido como jefe de Estado en muchas capitales árabes, no logró ser reconocido como tal en ninguna parte fuera de Oriente Medio, ni siquiera por su más ardiente defensor, la Unión Soviética. Su legitimidad tampoco estaba garantizada en el mundo árabe. Su sempiterno rival era el presidente de Siria, Hafed el-Asad, que supervisaba la vida política palestina desde más cerca que cualquier otro líder árabe y exigía lealtad incondicional a su política. Al-Fatah se resistió y se abrió un abismo infranqueable entre Damasco y la OLP.

En muchos sentidos, Arafat era el peor enemigo de sí mismo. Su mayor error fue la incapacidad para mantener a la OLP al margen de la guerra civil del Líbano que estalló en 1975. Un sentido exagerado de su propia valía y una falsa apreciación de su importancia y la de su organización en el Líbano lo llevaron a intentar desempeñar un papel protagonista. Contra las advertencias de algunos de sus colaboradores más próximos, involucró a la OLP en la contienda cristiano-musulmana, tomando partido abiertamente por los musulmanes. En 1970, el gobierno libanés que ya no había querido tener a la OLP en su territorio pero era demasiado débil para resistir a las presiones de Egipto y Jordania, mostró su resentimiento por esta injerencia en los asuntos internos del país. La

OLP podría haber permanecido neutral, pero creía que su posición en el Líbano dependía de la victoria musulmana⁵².

Los resultados fluctuantes de la guerra y la política oportunista de Siria, cuyo ejército invadió Líbano en 1976, pusieron en peligro a la comunidad de los refugiados, que sufrieron repetidos ataques de cualquiera que creyese que la OLP estaba sirviendo al «enemigo». Los sirios mataron palestinos en Tel-Zaatar, en 1976, cuando se aliaron con los cristianos, y, posteriormente, cuando decidieron respaldar a los musulmanes, animaron a una facción de la OLP dirigida por el coronel Abu Musa a deponer a Arafat.

Cuando a los musulmanes les fue mejor como consecuencia del cambio de la política siria, la OLP mejoró su situación en el país, pudiendo centrarse de nuevo en la lucha armada contra Israel. Se pusieron en práctica una serie de operaciones audaces e imaginativas, siendo la más célebre el ataque en un nudo vital de la autopista de Haifa-Tel-Aviv, en 1978. Murieron más de veinte civiles israelíes y el gobierno israelí tomó represalias ocupando el sur del Líbano. La intimidación israelí sobre la población libanesa hizo que los chiitas se desplazasen a Beirut. El suceso dio lugar tanto a la islamización del Líbano como a la militarización de la lucha contra la ocupación israelí.

En 1982, el Estado de Israel, los chiitas del Líbano, la OLP, la Falange cristiana y los sirios se encontraron en medio de una guerra que, aunque limitada en términos convencionales, tendría importantes repercusiones en Israel y Palestina tanto política como socialmente.

LA GUERRA DEL LÍBANO Y SUS CONSECUENCIAS (1982-1987)

Varios de los procesos que se han descrito hasta ahora convergen en la Guerra del Líbano de 1982. Lo primero fue la creciente conciencia de los palestinos de los territorios ocupados. El segundo, el incremento de las operaciones de resistencia palestina en el sur del Líbano. El tercero, la voluntad del gobierno del Likud de poner fin de una vez por todas a la cuestión palestina recurriendo al uso de la fuerza. Los dos primeros procesos dieron lugar a que Sharon presionase a Begin para invadir el Líbano.

⁵² SAID (1994), pp. 69-77.

Sharon contaba con la colaboración del jefe de Estado mayor, el nacionalista Refael Eytan, y juntos promovieron la agresiva política israelí hacia el sur del Líbano. Sus intervenciones exacerbaron aún más la tensión que caracterizaba la situación triangular que se había gestado en los años previos. Los tres protagonistas eran las fuerzas sirias en el valle de la Bekaa, las unidades de la OLP trasladadas de la costa del Mediterráneo a Jabal al-Shaykh (el monte Hermón, cerca de la frontera entre Siria y Líbano) y el ejército israelí en el sur, apoyado por su propia milicia maronita, denominada Ejército del Sur del Líbano.

Tras los enfrentamientos especialmente duros de 1981, la OLP y Siria intentaron encontrar un *modus vivendi* con los israelíes ayudados por Philip Habib, enviado especial de los Estados Unidos. A finales de año se acordó el alto el fuego, pero el acuerdo no escrito se rompió cuando, en junio de 1982, el renegado de la OLP, Abu Nidal, envió a una cuadrilla de asesinos para matar al embajador israelí en Londres, Shlomo Argov, que sólo fue malherido. Sharon y Eytan tuvieron entonces una excusa para comenzar la guerra contra la OLP en una operación a la que denominaron eufemísticamente «Paz para Galilea». Sharon hizo creer a su primer ministro que la operación se limitaría a la ocupación de un área mayor en el sur del Líbano, cuando su intención había sido desde un principio ocupar Beirut, expulsar a los sirios, instalar a un gobierno maronita proisraelí en el Líbano y aniquilar a la OLP.

Como resultado, el Líbano quedó marcado y gran parte de Beirut fue destruida por el bombardeo masivo desde el aire y los obuses en tierra. Otras consecuencias de la invasión fueron la evacuación de la sede de la OLP a Túnez en septiembre de 1982, el endurecimiento del control sirio sobre el territorio y la aparición en la escena política libanesa de Hezbollah, un nuevo movimiento radical islamista chiíta, respaldado por el régimen de Jomeini en Irán.

Por su parte, Israel encontró su propio Vietnam. Por primera vez en su historia había iniciado una guerra que a sus ciudadanos les parecía controvertida. Este tipo de guerras producen inevitablemente movimientos de protesta, y el que se desató tras la Guerra del Líbano se centró menos en las desgracias del Líbano que en el creciente número de bajas israelíes, tanto en la guerra como en los subsiguientes combates con el movimiento de resistencia local liderado por Hezbollah. En Jerusalén, ante la puerta de la residencia oficial de Begin se mantenía todos los días un grupo que anunciaba el número de soldados muertos.

Las estratagemas anteriores de Begin, como la de fomentar el aumento de la tensión entre los asquenazíes y los mizrahíes, que tan buenos frutos le había dado en las elecciones de 1981, no lo salvaron ahora. Además, dieron lugar a un extraño asesinato político. Un judío marroquí de los barrios bajos de Jerusalén se unió a un grupo de israelíes de extrema derecha conectados con el rabino judío americano Meir Kahana, y arrojó una granada de mano en una manifestación de Paz Ahora, matando a una persona e hiriendo a muchas otras.

Que la guerra no marcara un hito en las percepciones y actitudes de los líderes políticos de Israel respecto a la cuestión palestina puede explicarse por la naturaleza introvertida del movimiento de protesta israelí. Como los custodios del caso de Cisjordania y la franja de Gaza, los que formaban parte del mundo de la política sólo se ocupaban de su propia imagen y del número de bajas israelíes en la guerra como señaló Amos Oz, un joven profesor de un kibutz, en 1967, «la ocupación corrompe», se le olvidó mencionar que la guerra además oprime y destruye.

Si hubiesen mirado más allá de sus propias preocupaciones se habrían dado cuenta de lo cruel que era volver a atacar a los refugiados palestinos. Como en las guerras de 1948 y 1967, los refugiados del Líbano se convirtieron en las principales víctimas de la ambición israelí por tener más territorios, por garantizar su seguridad y su dominio. Su sufrimiento empezó incluso antes de la invasión. Habían tenido que desplazarse varias veces desde 1976, durante la guerra civil y las primeras invasiones israelíes. En 1979 había 1,8 millones de refugiados registrados en el Líbano. En el cenit de la invasión israelí del Líbano de 1982, el número superaba con creces los dos millones. Como señalaron muchos investigadores que visitaron los campos en aquellos días, aunque fuese precaria e insatisfactoria, los refugiados habían desarrollado una rutina de supervivencia. Esta «vida normal» se interrumpió primero para los que vivían en Beirut y se vieron afectados por la guerra civil libanesa; después, para los que estaban en los campos de refugiados del sur del Líbano durante la invasión de Israel de 1978; y, finalmente, tras la Guerra del Líbano, para todos los demás⁵³. Después de 1982, los refugiados palestinos de Líbano fueron, y todavía están, confinados en la especie de gueto que componían los once campos de la UNRWA, y desde que la OLP abandonó los

⁵³ Farsoun y Zacharia (1997), p. 165.

campos han sufrido malnutrición, un elevado nivel de desempleo y carecen de una infraestructura sanitaria y médica decente.

El punto más bajo de la invasión lo marcó, en septiembre de 1982, la masacre de los habitantes de dos campos de refugiados del sur de Beirut, Sabra y Chatila, a manos de los falangistas cristianos. Una milicia maronita, alentada e incitada por oficiales israelíes del más alto rango, mató a cientos de palestinos, hombres, mujeres y niños. El vínculo con la Fuerza de Defensa Israelí estaba lo suficientemente claro como para que 400.000 israelíes protestasen contra la masacre y para que se crease una comisión de investigación encabezada por un juez que había sido miembro del Tribunal Supremo. La comisión destituyó a varios viejos oficiales que habían estado involucrados y dictaminó que Sharon, el ministro de Defensa, no era apto para ocupar tan alto cargo. En febrero de 2001 Sharon se convirtió en primer ministro de Israel.

Yasser Arafat tuvo que abandonar Palestina y mantuvo graves desavenencias con los demás grupos de la OLP. Estos últimos eligieron Damasco como sede y crearon el «frente de rechazo», que se oponía a la política de Arafat de buscar una solución diplomática a la cuestión y a su posterior inclinación a favor de la mediación de los Estados Unidos en el conflicto árabe-israelí.

El aislamiento de Arafat aumentó tras el asesinato a finales de la década de 1980 de dos correligionarios que habían dirigido Al-Fatah y la OLP con gran eficiencia y notable carisma. Los israelíes mataron a Abu Jihad (Khalil al-Wazir) en su casa de Hamammet, cerca de Túnez. Abu Iyad (Salah Khalaf) fue asesinado en la misma zona por la organización de Abu Nidal. Era un grupo oscuro que se declaraba aliado de los regímenes árabes radicales y extremistas, como el Iraq de Sadam Hussein y la Libia de Muamar el Gadafi, pero al parecer también estaba al servicio de otros Estados y servicios secretos de Oriente Medio³⁴.

Arafat estaba pagando el precio de los problemas crónicos de la OLP, que comenzaron con la propia creación de la organización. La OLP estaba compuesta por una multitud de pequeños grupos, todos con relaciones de clientelismo con algún país árabe. Antes de la Guerra del Líbano, la fragmentación se había disfrazado. No obstante, una vez en Túnez, la OLP estuvo más limitada por su habilidad a la hora de formular una política de consenso y perdió más tiempo tratando de solucionar los cismas internos.

³⁴ SEALE (1992).

Así pues, en los años posteriores a la invasión israelí del Líbano, el eje político palestino aun se desplazó más lejos de la propia Palestina y fue menos capaz de atraer la atención o el interés del cuerpo político judío de Israel. Sin embargo, pese a su carácter introspectivo, tras la guerra, el debate interno de los judíos de Israel se intensificó. Lo dirigían dos movimientos extraparlamentarios, Paz Ahora y Gush Emunim. Su revitalización en la década de 1980 fue parte de una polarización más general respecto a la política hegemónica del Estado de Israel.

GRIETAS EN EL MURO: LA POLARIZACIÓN DE LA SOCIEDAD ISRAELÍ

El debate de los movimientos Paz Ahora y Gush Emunim respecto al futuro de los territorios ocupados, recomendando el primero que se los abandonase y el segundo que se los retuviese, es preciso situarlo en una perspectiva histórica. Paz Ahora era el sucesor directo del pragmatismo sionista que recomendaba Moshe Sharett en la década de 1950, pero tenía poco en común con Brit Shalom, que había defendido durante el Mandato la existencia de un Estado binacional. Paz Ahora estaba firmemente anclado en el seno del consenso sionista y no ofrecía un paradigma o discurso alternativo. En la década de 1990, un grupo nuevo de «palomas pragmáticas» crearon su propio partido, el Meretz, a la izquierda del Partido Laborista. *Meretz* significa en hebreo «resistencia», pero también era un acrónimo de los nombres de los tres pequeños partidos que lo componían: el movimiento de derechos civiles de Shulamit Aloni, un partido incondicionalmente liberal conocido como Shinui («Cambio») y el partido socialista Mapam.

En este caso, pragmatismo implicaba el culto típicamente israelí a la seguridad y a la disuasión, no un juicio de valor sobre la paz como un concepto más querido o simpatía por la difícil situación de la otra parte del conflicto o el reconocimiento del papel que se desempeña para contribuir a esa situación. Fueron «palomas de la seguridad» las que durante el proceso de Oslo (1993-1999) incluyeron a gentes del centro y la derecha del partido laborista, el ala izquierda del Likud y un cierto número de pequeños partidos de centro que nacieron a la sombra de carismáticos generales jubilados y por lo general desaparecían tras una campaña de elecciones. El vínculo militar explica por qué le resultó difícil a Paz Ahora oponerse a la invasión del Líbano

en 1982. Inicialmente el movimiento había respaldado la invasión, y cuando comenzó a plantearse dudas, la mayor parte de sus oficiales en la reserva ya estaban participando en los combates. A la izquierda de Paz Ahora, un movimiento nuevo, Yesh Gvul («Hay un límite»), recomendaba abiertamente la objeción de conciencia, recomendación que extendió posteriormente a los soldados que servían en Cisjordania y en la franja de Gaza. Pese a que era una voz significativa en el debate público relativo a la Guerra del Líbano y a la continuidad de la presencia israelí en el sur del Líbano, tuvo una influencia menor en el futuro de los territorios ocupados.

En la jerga local israelí y en el discurso político de los medios de comunicación y de los medios académicos, en Israel el «campo de la paz» se identifica con la «izquierda». En cualquier otra parte del mundo sería preciso que incluyese una plataforma socialdemócrata o socialista, o al menos una seria preocupación por los grupos más deprimidos desde el punto de vista social y económico. En Israel, desde la Guerra de 1973, el campo de la paz se ha centrado totalmente en maniobras diplomáticas, un juego de escasa importancia para un número creciente de grupos pertenecientes a la sociedad israelí posterior a 1973. La incapacidad de esta «izquierda» para identificarse con los problemas de estos grupos los ha enajenado y algunos se han reorientado hacia la «derecha», esto es, el campo «anti-paz». Por lo general, fueron dos grupos los que cambiaron de orientación: los judíos mizrahis y los ultraortodoxos. Pese a que el campo de la paz mantenía contactos con la minoría palestina de Israel, que respaldaba totalmente cualquier esfuerzo israelí para encontrar una salida, las esperanzas palestinas de obtener resultados positivos, prácticos, de estos contactos se vieron defraudadas.

La «derecha» israelí evolucionó a partir del movimiento de los asentamientos en los territorios ocupados. Estaba compuesta tanto por partidarios de la línea blanda como de la línea dura. Pese a que no renunciaban a la idea del Gran Israel, el ala más transigente hizo tenaces esfuerzos por lograr alcanzar rango institucional. Yitzhak Shamir, que sucedió a Begin como primer ministro después de que éste se retirara de la política en 1983, estaba muy cerca de los objetivos de Gush Emunim. En la línea «dura» destacaban Meir Kahana y sus seguidores. Este judío americano se centró en reclutar a judíos mizrahis de las áreas deprimidas para formar parte de un movimiento llamado Kach («Así sea»), los nuevos militantes hacían las veces de apoyo sobre el terreno

del propio Kahana y sus secuaces, en su mayoría inmigrantes fanáticos de los Estados Unidos y de la URSS. Eran lo bastante numerosos como para conseguir que Kahana obtuviese un escaño en las elecciones a la Knesset de 1984, pero su ideología nazi también era lo bastante alarmante como para que se tomase la decisión de excluirlos en las siguientes elecciones, en 1988⁵⁵.

«Derecha» e «izquierda» eran categorías en exceso vagas como para abarcar a los particulares grupos culturales que surgieron de la emergente fábrica multicultural israelí de la década de 1980. El movimiento de las Panteras Negras se había desintegrado, pero aparecieron tres movimientos mizrahis nuevos. Ohalim («tiendas de campaña»), un grupo de activistas de las áreas deprimidas y los barrios bajos que sostenía que la pobreza derivaba en parte de haber invertido en exceso en los asentamientos judíos de los territorios ocupados. El segundo grupo, el Tenuat Mizrahim Israelis (TAMI), un movimiento mizrahi fundado por una familia prominente de Marruecos, pero que tuvo una duración efímera. El tercero, y el de más éxito, un grupo basado en la política de identidad, el Shas, un movimiento mizrahi ultraortodoxo, que comenzó en 1984 como parte de la sublevación de los judíos mizrahis contra los asquenazíes ultraortodoxos dominantes, y se convirtió, desde el punto de vista social y político, en el movimiento mizrahi más popular de la historia de Israel. Su líder era, y seguía siendo mientras se escribía este libro, el carismático rabino Ovadia Yossef, antiguo rabino principal de Israel. Desde 1988, el Shas es el partido bisagra de cada una de las elecciones israelíes, por lo que ha formado parte de todos los gobiernos. También surgieron otros partidos basados en la política de identidad. Algunos de los antiguos, como los asquenazíes ultraortodoxos, lograron también alguna influencia en la política de coaliciones de Israel.

Tras la invasión del Líbano, la política estuvo dominada por tres paladines: Yitzhak Shamir, liderando el Likud; Shimon Peres, compartiendo el poder con Shamir en varios gobiernos de coalición entre 1984 y 1988; y Yitzhak Rabin, el segundo de Peres y su gran rival en el Partido Laborista. La incapacidad de este trío para ponerse de acuerdo en cuestiones esenciales es una de las razones fundamentales del lento e inproductivo camino que han seguido las negociaciones diplomáticas

⁵⁵ RAVITZKY (1986).

en Oriente Medio después de la Guerra del Líbano. Su era estuvo marcada por la exclusión en la agenda política de cualquier asunto que no fuese la cuestión de las fronteras. Aplacaron a los distintos grupos de la «derecha» negándose a firmar cualquier compromiso territorial o la inclusión del «campo de paz», que estaba dispuesto a volver a las fronteras de junio de 1967.

Mientras los políticos buscaban una base común, sus seguidores continuaban luchando por ganarse a la opinión pública. Cada vez que querían que se reaccionase ante un suceso político, los dos bloques arrastraban a la gente a la calle en forma de manifestaciones multitudinarias. No obstante, el ala de la derecha contaba con su propia milicia, los colonos, lo que les daba un poder adicional para aterrorizar a los pacifistas. La milicia también disuadió al gobierno israelí para tomar una decisión enérgica y desmantelar los asentamientos. Una decisión de esta naturaleza podría haber desencadenado una guerra civil. La posesión de armas hacía de la política un peligro; el proceso encanunado a armar a la sociedad civil había comenzado en serio inmediatamente después de la Guerra de 1967. En el otoño de ese mismo año, el ministro israelí del Interior informó que no podía hacer frente a la demanda de licencias de armas⁵⁶.

La derecha y la izquierda polarizaron a la sociedad israelí hasta la parálisis, y de un modo que recordaba al sistema político italiano, donde ninguno de los dos lados es capaz de ganar decisivamente las elecciones, pero cada uno de ellos es lo suficientemente fuerte como para impedir la victoria del contrario. Lo que podía haber inclinado la balanza hacia el campo de la paz era la alianza política con la minoría palestina de Israel.

LOS PALESTINOS EN ISRAEL (1967-1987)

Los palestinos que vivían en Israel experimentaron importantes cambios en la década de 1970. El encuentro bajo circunstancias anómalas con los palestinos de Cisjordania y Gaza puso de relieve su comunidad de propósitos, pero también mostró en qué medida diferían los programas políticos a uno y otro lado de la línea verde. El principal objetivo del movimiento político de Cisjordania y la franja

⁵⁶ *Haaretz*, 24 de noviembre de 1967.

de Gaza era poner fin a la ocupación israelí. Si bien los palestinos de Israel apoyaban esta causa, su prioridad era la lucha por la igualdad dentro del Estado judío.

Después de 1967, el problema más apremiante era la tierra. Tras la Guerra de los Seis Días, los gobiernos israelíes de Eshkol, Meir y Rabin habían dado cancha libre a enérgicos funcionarios partidarios de la judaización para llevar a cabo otra campaña de expropiación de tierras en Galilea. *Yehud hagalil* («Judaizar Galilea») fue un programa clandestino hasta 1976, cuando se convirtió en lema público del Ministerio de Vivienda. En 1975, Israel Koning, el responsable de la división de Galilea que dependía del Ministerio del Interior, sistematizó esta ola de judaización. En un informe dirigido al primer ministro Rabin —filtrado a la prensa un año después— definía a los árabes de Israel como «un cáncer en el cuerpo judío que debe ser frenado y contenido» mediante el incremento en Galilea del número de judíos.

El informe pronto se tradujo en una política brutal de confiscación de tierras⁵⁷. Se emplearon todos los medios para que los judíos se asentasen en Galilea: ciudades nuevas, kibutz nuevos, nuevos centros comunales. Para ello se recurrió de nuevo a la legislación de urgencia del Mandato británico expropiando tierras sin compensación ni derecho a protestar. Las tierras se emplearon en construir ciudades judías —en Israel jamás se ha construido una ciudad árabe nueva— y centros comunales con los que se pretendía atraer a gente emprendedora de Tel-Aviv. También se expropiaron tierras destinadas al ejército israelí, que, al parecer, ha necesitado constantemente de un número mayor de campos de entrenamiento.

Tras años de internacionalizar su política, los militantes palestinos del Partido Comunista decidieron elaborar un programa nacional particular. Crearon junto con otros grupos un comité para la defensa de la tierra. El carismático líder comunista, Tawfiq Zayad, poeta nacionalista y político, aprovechó esta nueva iniciativa y ganó las elecciones locales en Nazaret, la única ciudad palestina de Israel. El Partido Comunista, ahora ampliado para incorporar a otros órganos palestinos y sionistas judíos no comunistas, se autoproclamó nuevo Frente Democrático para la Paz y la Igualdad (Jabha, en árabe). Este cambio le permitió

⁵⁷ YIFTACHEL (1997), pp. 505-519.

augmentar el número de militantes y desempeñar un papel más activo en la política nacionalista palestina de Israel, probablemente a costa de los objetivos comunistas tradicionales, como la actividad que solía desplegar en las capas socioeconómicas más deprimidas. En Israel, el origen étnico se correspondía de tal manera con la posición socioeconómica que los judíos que abogaban por la igualdad social y la justicia económica estaban con ello protegiendo a los palestinos de Israel. En el momento en el que se creó el Frente, y mucho después, la ciudad judía más pobre, Yeruham, tenía, bajo cualquier criterio, un nivel de vida muy superior al de Meilya, la comunidad árabe más rica de Israel.

Jabha canalizó la consternación y la cólera que sintieron miles de galileos cuyas tierras y casas les habían sido arrebatadas por la fuerza. La emoción estalló el último día de marzo de 1976 en una protesta a la que se la recuerda desde entonces como el «Día de la Tierra». Seis palestinos perdieron la vida en enfrentamientos con una policía israelí pronta a disparar. La imagen de las fuerzas de seguridad del Estado matando a sus propios ciudadanos era tan demoledora que incluso los políticos más identificados con la mano dura habrían preferido ahorrársela. El incidente dio lugar a un breve acercamiento e interrumpió la confiscación de tierras. Galilea no se judaizó, pero la tensión entre árabes y judíos se mantuvo.

La reconciliación real era imposible mientras se mantuviese la disparidad económica entre las dos comunidades, mientras las opciones de movilidad social de la minoría palestina fuesen tan limitadas y, sobre todo, mientras hubiese un sentimiento creciente de distanciamiento del Estado. El Estado no los reconocía como ciudadanos de pleno derecho, ocupaba su Estado-nación y se negaba a reconocer la *Nakbah* y su parte de responsabilidad en ella. Por ejemplo, las estadísticas oficiales israelíes revelaban que, pasados los dieciséis años, sólo el 1 por 100 de los palestinos que habitaban en Israel accedía al sistema de enseñanza estatal, y, entre las edades de trece y quince, sólo el 4 por 100⁵⁸. El bajo porcentaje de palestinos matriculados en las universidades israelíes no se correspondía con su interés por la educación superior; así pues, muchos jóvenes marchaban a Europa para estudiar una carrera universitaria, y los que estaban vinculados al Partido Comunista, a la Europa del Este.

⁵⁸ NAKHLEH (1975), pp. 29-35.

La Guerra del Líbano creó nuevos dilemas en la relación que mantenían los palestinos y los judíos en el propio Israel. Como señaló el difunto poeta y novelista Emil Habibi: «Mi país estaba en guerra con mi pueblo». Quizá sorprendentemente, la identificación con la OLP en una guerra que los israelíes presentaban como en defensa del pueblo de Galilea (se trataba en su mayor parte de palestinos que no deseaban tal protección) no alteró el enfoque de la minoría palestina de Israel, que tenía como principal objetivo la acción democrática y generó un proceso de democratización que maduraría tras la guerra de 1982⁵⁰. Los líderes e intelectuales de la comunidad se hicieron más conscientes de su situación única como grupo dominado por un sistema externo en su propio país. Como tales, no eran ni inmigrantes que habían aceptado voluntariamente el código de un país anfitrión, ni individuos expulsados por sus familias; eran una comunidad indígena y, aun así, carecían del estatuto de nación en su propia patria.

Pese que luchaban por lo que, al menos hasta la década de 1990, parecían dos programas políticos diferentes, los palestinos de Israel y los de los territorios ocupados llevaron adelante la lucha política conjunta de modo parecido. Los intelectuales, los estudiantes, los trabajadores y las mujeres (muy presentes en la base aunque no en los puestos dirigentes) fueron los principales motores para continuar la lucha. Análogamente, la identidad política y la cuestión de las tierras eran dos de los principales problemas de la vida política tanto en los territorios ocupados como en el propio Israel. La diferencia en cuanto a la naturaleza del control israelí que se ejercía sobre la vida de los palestinos de uno u otro lugar determinó la experiencia particular de cada comunidad, ya fuese como ciudadanos de segunda clase del Estado de Israel o como habitantes de territorios ocupados gobernados por un régimen militar.

El estatuto de ciudadanía permitía expresar los objetivos políticos con mayor libertad, mientras bajo la ocupación era necesario un enfoque más sutil y sinuoso a través de la poesía política, atribuir carácter heroico al hecho de permanecer en Palestina y no optar por la emigración, y tener la firme creencia de que fuerzas como la OLP, el mundo árabe y la comunidad internacional rescatarían a la sociedad que sufría la ocupación. Cuando se demostró que estos métodos eran

⁵⁰ ROUHANA y GHANEM, en I. Pappé (ed.) (1999b), pp. 223-246.



Figura 7. Palestinos en uno de los puestos de control militar de Cisjordania en diciembre de 2002.

inútiles, gran parte de la generación más joven optó por la franca resistencia, abocando a la sociedad a la sublevación de 1987.

Lo intrincado de la vida social y política puede explicarse en parte por la relación que mantenían los palestinos de Israel con los demás grupos sociales. Los palestinos eran parte de la política multicultural que estaba surgiendo en Israel, en donde la política de identidad fragmentaba la escena política en partidos que representaban los objetivos particularistas de los colectivos étnicos, religiosos y culturales. Cada uno de ellos se presentaba como víctima del Estado, ya fuese en el pasado o en el presente. Sin embargo no formaban alianzas. Incluso la cooperación política entre el «campo de la paz» y la minoría palestina era limitada. En la década de 1980, con la aparición en Israel de partidos palestinos nacionalistas, primero bajo el liderazgo de Muhammad Mi'ari y Abd al-Wahab al-Darawshe, después de manera mucho más eficaz con Azmi Beshara, la cuestión de la paz se asoció estrechamente al futuro de la minoría palestina en Israel. Pero era demasiado para que los sionistas pudiesen aceptarlo, porque volvía a poner enteramente sobre el tapete la cuestión de la identidad de Israel, su comportamiento democrático y su futuro entre Europa y Oriente Medio.

Para que prosperase una alianza era preciso que o bien la izquierda abandonase el sionismo, o bien la minoría palestina ignorase su filiación nacional. En términos relativos, era necesario un pacto entre lo que he

denominado en otro lugar «postsionistas», judíos que rechazan parte o la totalidad de la interpretación sionista de la realidad, y palestinos dispuestos a anteponer sus objetivos cívicos a los nacionales. Mientras el primer proceso comenzó tarde y débilmente, el segundo tenía bastante fuerza. No obstante, la diferencia de intensidad y convicción desmanteló esta alianza potencial incluso antes de que se hubiese materializado realmente.

Los palestinos de Israel utilizaron las dos estrategias que Cornell West reconocía en la lucha de los afroamericanos: el deseo de integración total aun a costa de la cooptación, y la homogeneización de la identidad colectiva como parte de la lucha por la autonomía e incluso por la independencia. Cualquiera de las dos estrategias sólo podía ser aplicada plenamente una vez desaparecido el régimen militar impuesto a los palestinos israelíes en 1966.

Desde el punto de vista individual, la cooptación persistió incluso después de que la agenda política la condenase. Mientras este tipo de actitud reportase ventajas económicas, tendría algún éxito; pero el estancamiento general y la falta de crecimiento entre los palestinos de Israel, asociada a la continua política de discriminación en todos los aspectos de la vida y la abierta hostilidad en los territorios ocupados, hicieron que el programa político nacionalista estuviese más cerca de la experiencia y de la conducta particular del conjunto de la sociedad.

EL CAMINO HACIA LA INTIFADA

Mientras los palestinos de Israel vivían en una situación prácticamente imposible, el resto de los palestinos desarrollaron su propio programa político tras la Guerra del Líbano. Siguiendo el proceso previamente descrito, dos grupos se aproximaron antes de la guerra: los palestinos de los territorios ocupados y la OLP, que ahora tenía su base de operaciones en Túnez. El peligro radicaba en que el programa que los unía se centraba en la lucha por poner fin a la ocupación israelí a cambio de aparcar el problema de los refugiados. Aunque no era un proceso irreversible, esta marginalización sembró la discordia en el seno de una comunidad que no estaba en situación de permitírsela.

Finalmente, la fusión de objetivos políticos dio lugar a la intifada de diciembre de 1987. Las causas de la sublevación hay que buscarlas en otro capítulo inútil de la política regional de paz orquestada por los

Estados Unidos, que respaldaron la postura del Partido Laborista partidaria de ceder la mayor parte de Cisjordania a Jordania. El fracaso de este intento creó de nuevo un vacío que las elites políticas celebraron porque así eludían tener que tomar decisiones drásticas, pero que resultó insoportable para los que vivían bajo la ocupación.

El nuevo esfuerzo del denominado proceso de paz comenzó tras la Guerra de Líbano y se orientó en tres direcciones. El primero consistió en un intento por resolver el intrincado conflicto libanés. Finalizó en 1985, con un insatisfactorio reparto del poder entre Israel, Siria, las milicias chiitas y el gobierno libanés, donde cada uno reclamaba una parte del territorio del sur del Líbano, en el que la OLP todavía controlaba los empobrecidos campos de refugiados. Después de 1985, la milicia chiita de Hezbollah comenzó una campaña de resistencia guerrillera, con centenares de bajas israelíes debido a los ataques suicidas, las emboscadas y la confrontación directa con el ejército ocupante israelí. La segunda dirección consistió en el extraño acercamiento entre Yasser Arafat y el rey Hussein, que finalizó con el mandato limitado que la OLP otorgó al rey hachemita para negociar con Israel en representación suya el destino de Cisjordania. La tercera dirección fue el diálogo abierto tanto en términos profesionales e intelectuales como políticos entre los israelíes y los palestinos en los territorios ocupados.

De los tres, el segundo fue inicialmente el más fructífero. Con el mandato de la OLP, el rey Hussein intentó alcanzar un acuerdo con Israel en una serie de negociaciones privadas y secretas con Peres y Rabin, que culminaron en febrero de 1987 con el borrador de un acuerdo. Pero los dos laboristas formaban parte de un gobierno de coalición con el halcón Yitzhak Shamir, que se negó a ratificarlo amenazando con malograr un esfuerzo pacificador más. Posteriormente, el rey Hussein acusaría a Peres de haber filtrado los resultados destruyendo así toda posibilidad de acuerdo.

El fracaso del acuerdo clausuró el largo capítulo de la «opción jordana» de Israel, pero abrió el camino a un diálogo más directo entre los israelíes y los palestinos locales, que se intensificó y durante un tiempo fue el único eje de negociación sobre el destino de Palestina. Con todo, no sería una opción válida hasta que estalló la sublevación palestina de 1987.

La sublevación y sus consecuencias políticas (1987-1996)

Después de veinte años de ocupación, para la mayor parte de los palestinos la vida en los territorios ocupados era una rutina familiar, aunque casi intolerable. A comienzos de 1987 ya era evidente que ningún factor exterior podría contribuir a librar al pueblo de su cruel situación. El problema palestino ocupaba el último lugar en el orden del día de las cumbres árabes. Los palestinos tampoco podían dejar de notar que, incluso cuando la cuestión palestina adquiría categoría de prioridad, los líderes árabes tenían pocas soluciones que ofrecer respecto a la liberación de los que vivían bajo la ocupación o en los campos de refugiados. La estrategia política de la OLP, dirigida desde Túnez y basada en la construcción de una red de seguridad diplomática para Arafat entre El Cairo y Amán, no dio fruto alguno frente a la ocupación o al problema de los refugiados. La OLP parecía resignada a la pérdida de su patria y al fracaso palestino para obtener la autodeterminación. Por su parte, al igual que desde 1967, la situación política israelí seguía estando dominada por la inflexibilidad y la intransigencia.

El único medio donde había clara actividad era en la política local de los territorios ocupados. Contaban con líderes nacionalistas jóvenes, profesionales y habitantes de clase media de las grandes ciudades, afiliados de un modo bastante relajado a alguno de los muchos grupos de la OLP en Túnez. Pero también les faltaba una estrategia clara para acabar con la ocupación, un punto débil origen de mucha frustración, que se acentuó en la década de 1980 con la liberación de los pueblos oprimidos de Asia Oriental, Europa del Este y Sudáfrica.

En este contexto, el historiador no puede sino sorprenderse de que la sublevación tardase tanto en producirse. Finalmente estalló y sus líderes optaron por una modalidad que ya había sido utilizada por los movimientos de base del mundo árabe, la intifada («levantarse»), para describir el intento por poner fin a la presencia israelí en Cisjordania y la franja de Gaza. Cuando sucedió, en diciembre de 1987, lo arrastró

todo tras de sí. Las limitaciones territoriales de las áreas ocupadas y la naturaleza del gobierno militar que les había sido impuesto impidieron que ningún sector pudiese autoexcluirse. Los diferentes gobiernos israelíes no habían aflojado nunca la mano e interferían continuamente en todos los aspectos de la vida en los territorios ocupados.

La sublevación obligó a los israelíes a interrumpir temporalmente lo que los sociólogos denominan la «anexión sigilosa». Desde 1987 se podía trazar un proceso de gradual incorporación del territorio palestino a Israel (ya fuese en el Gran Jerusalén o a través de los asentamientos), así como el establecimiento en otras áreas de un gobierno autónomo dócil, siguiendo un modelo similar al feudo tribal de Lesoto y a los bantustanes sudafricanos.

La «anexión sigilosa» también tenía una dimensión económica, cuyo aspecto más importante era la absorción por parte de la economía israelí de la mano de obra palestina excedente. En 1987, Israel había transformado su economía en un sistema capitalista de libre mercado siguiendo el modelo de Thatcher o Reagan. Una economía de este tipo necesitaba mano de obra barata y sumisa en los territorios ocupados. Le resultó más fácil gracias a un tipo de relación neocolonialista, con delegación del poder municipal, asistencial y económico en los alcaldes y cabezas de municipios locales dispuestos a la colaboración; una estructura de poder que permitió a Israel explotar hasta sus últimas consecuencias la economía de los territorios ocupados para ofrecer todo lo que estos pudiesen proporcionar a una economía que no podría haber sobrevivido sin ellos¹.

La idea de gobernar por poderes, al menos en parte de los territorios, fracasó debido a la pequeñísima extensión de esta parte de Palestina. El impulso judío por crear asentamientos, por ejemplo, era evidente en todas partes, ya fuesen áreas anexionadas o teóricamente autónomas. Los judíos se asentaron en áreas que todos los gobiernos israelíes señalaron como vitales para la «existencia» misma de Israel. De este modo, estas áreas se anexionaban a Israel y se las excluía de toda negociación futura o de cualquier acuerdo territorial relativo a Cisjordania y la franja de Gaza.

La sublevación tenía todos los rasgos propios de un movimiento anticolonial. La lenta anexión había conducido a la integración de la economía local en la economía israelí. Había creado una relación de

¹ TAMARI (1992), pp. 7-28 (en hebreo).

dependencia que constituía con mucho el aspecto más relevante de la ocupación. Aparte de 1975, cuando la economía israelí cayó en una recesión, el alza económica de este mercado afectaba en los territorios ocupados a algunas actividades económicas. Por lo general implicaba un incremento de los niveles consumo y una disminución del desempleo. Estos dos factores hicieron que el mundo académico israelí se jactara del éxito del proceso de modernización en las áreas ocupadas². Pero el paradigma de la dependencia neocolonialista residía en que en las áreas palestinas no se efectuaban inversiones y tampoco se creaba la infraestructura para invertir y acumular el capital excedente y los beneficios. De hecho, estos dos indicadores de la actividad económica, el ahorro y la inversión, disminuyeron durante la anexión. En términos económicos, el efecto era peor en la industria local. Los israelíes inundaban los territorios con sus productos, vendiendo a precios más bajos que las empresas y los productores locales. Todo ello iba acompañado de una campaña de *marketing* agresiva que hebraizaba los indicadores, los espacios públicos y las conciencias individuales.

La economía es un problema de equilibrio. La lenta anexión había producido un flujo económico de doble dirección. De los territorios ocupados llegaba mano de obra barata y bienes de consumo precapitalistas cuyo valor dependía del trabajo invertido en su producción. En la otra dirección fluían bienes de consumo que derivaban más del capital invertido que del trabajo intensivo. Según algún cálculo, esto significaba la economía israelí absorbía un superávit de alrededor de dos billones de dólares de beneficios generados en los territorios ocupados³. Los trabajadores que se desplazaban a Tel-Aviv, las amas de casa que compraban leche israelí en las tiendas y los agricultores que llevaban verduras al mercado no eran conscientes de este desequilibrio, sin embargo experimentaban esta forma de neocolonialismo a través de su presupuesto diario y de la cantidad de dinero extra al que tenían acceso.

El precio económico que se pagaba por la dependencia del mercado de los ocupantes se podía percibir de otras maneras. Se percibía al comparar el salario de los trabajadores palestinos con el de sus homólogos judíos, que cobraban el doble. También era dolorosamente evi-

² Véase ISRAELI (ed.) (1988) (en hebreo).

³ Según Jamil Hilal fueron 500 millones tras siete años de ocupación. Véase HILAL (1976), pp. 207-210.

dente en el caso de las profesiones liberales, pues en los territorios ocupados los burócratas podían fijar el nivel de imposición que mejor les pareciera. También lo sufrían los empresarios, que tenían que pasar por un proceso humillante y degradante para solicitar concesiones y subcontratos. Finalmente arruinó a miles de aldeanos, que se vieron obligados a abandonar sus tierras. Esta perspectiva microeconómica explica mejor que cualquier otra consideración por qué razón era tan apremiante el discurso revolucionario respecto a la necesidad de rebelarse, protestar y decir «ya basta».

Así pues, en términos sociológicos, las víctimas directas de la ocupación fueron aquellos que producían y no recibían beneficio alguno de su inversión. Su situación se agravó por las víctimas de la *Nakbah*, los refugiados de los territorios ocupados. La naturaleza de estos grupos impedía cualquier planificación sistemática o la dirección de una sublevación; la marejada de protestas los arrastraría, pero nadie sabía cómo ni cuándo estallarían su cólera. La sublevación fue una explosión universal de desesperación, frustración e ira reprimidas contra la explotación económica, la expropiación de tierras, el acoso diario, los asentamientos judíos y la sensación de que no había salidas para la larga ocupación. Todo esto se sumó a la hostilidad latente que estaba profundamente grabada en las mentes y en los corazones de los refugiados.

La intifada comenzó en diciembre de 1987 en los campos de refugiados de Gaza, que, como los de Cisjordania, acogían a 850.000 re-fugiados del millón y medio que vivían por entonces en los territorios ocupados. Una tercera parte de la población la constituían niños menores de quince años y, según el informe de la UNRWA, la media de edad en los campos era de veintisiete años⁴. Los que pudieron encontrar una ocupación trabajaron como jornaleros, sobre todo en Israel. No obstante, en vísperas de la intifada, más del 35 por 100 estaban desempleados. La familia media estaba compuesta por unas cinco personas que habitaban en una habitación y media, por lo general con un retrete en el exterior y nada comparable a una *madafa* o cuarto de estar, un espacio importante para las familias de Oriente Medio y para sus relaciones con parientes y vecinos.

Los refugiados eran también el sector más politizado de la sociedad, lo que probablemente explica el motivo por el que se convirtieron en

⁴ UNRWA (1991).

las principales víctimas de la política israelí de los castigos colectivos en los dos años que precedieron a la sublevación. Lo peor de estos actos punitivos era el aislamiento de las casas o de las barracas de los refugiados. Teniendo en cuenta el espacio limitado que tenían en el mejor de los casos estas «casas», sólo cabe imaginar el efecto de tal castigo en la población.

Pese a que la privación económica ofreció inevitablemente un motivo para la acción política, también dio lugar a la consecuencia más amarga de la ocupación israelí, la colaboración. Las duras condiciones hicieron que al Shabak, el servicio secreto israelí, le resultase más fácil reclutar colaboradores. Cuando llegó el momento, los activistas políticos se vengaron y mataron a muchos de los colaboradores, a algunos de manera brutal. Israel intentó posteriormente que algunos de sus informantes se estableciesen en las aldeas palestinas o en los barrios de Galilea y Wadi Ara', encolerizando a la población, que los consideraba traidores. Finalmente, los israelíes se vieron obligados a buscarles otros refugios.

En los primeros años de la intifada murieron 400 refugiados en enfrentamientos con el ejército israelí. Según la mayor parte de las fuentes, hubo decenas de miles de heridos, aunque los israelíes afirman que sólo eran unos pocos miles. Sin embargo, todos están de acuerdo en que la mayor parte de los heridos eran mujeres y niños. Los heridos no sólo eran víctimas de la munición o de las pelotas de goma, sino de las palizas sistemáticas de los soldados y de la policía de frontera israelí³. Pese a que los israelíes no recurrieron durante la intifada a las expulsiones —como harían en 1993—, la mayor parte de los cerca de sesenta palestinos expulsados eran refugiados. Aunque el número es relativamente bajo, el acto generó aún más odio y animosidad.

Al tiempo que los refugiados comenzaban la sublevación, la responsabilidad de mantenerla viva recayó sobre los hombros de la Palestina rural, como en el caso de la sublevación de 1936. Los agricultores demostraron ser un factor decisivo: manifestándose, dirigiendo los disturbios y lanzando piedras sobre los ocupantes. El primer aldeano al que mataron los israelíes en la sublevación ejemplificó la participación rural en el esfuerzo colectivo por poner fin a la ocupación. Talal Hawihi, de diecisiete años de edad, era oriundo de Beit Hanum, en la franja de Gaza, una aldea situada junto a un campo de refugiados donde muchos hombres trabajaban en

³ AL-HAQ LAW IN THE SERVICE OF MAN (1988).

Israel como jornaleros. Lo mataron mientras participaba cerca de su aldea en una serie de acciones que, durante los cuatro primeros meses de intifada se repetían por doquier en Cisjordania y la franja de Gaza. Incluían el apedreamiento de soldados, impedir que los trabajadores fuesen a los puntos fronterizos y declarar las aldeas áreas liberadas al menos durante unos días, antes de que volviesen los soldados. Proclamaban su efímera liberación haciendo ondear la bandera palestina de los postes de la luz, cubriendo las paredes con pintadas y erigiendo barricadas de arena o de basura alrededor de la aldea. La Fuerza de Defensa Israelí reaccionó ante cada acto de protesta bombardeando las aldeas con gases lacrimógenos y, a continuación, con grandes cargas. Posteriormente, el «reblandecimiento» incluía disparos de balas de acero envueltas en goma como preparación para la reocupación israelí de aldeas⁶.

El coraje para hacer frente casi desarmados a un ejército tecnológicamente muy preparado procedía de varias fuentes. Los frecuentes panfletos de la Dirección Nacional Unificada, que servían simultáneamente de periódicos y de manual de la intifada desempeñaron un papel crucial. La Dirección Nacional Unificada se creó apresuradamente en los inicios de la sublevación y más tarde pasó a formar parte de OLP. Sus panfletos ofrecían un análisis general de la situación en términos económicos y sociales, y, lo que es más importante, señalaban con mucha claridad los objetivos a atacar, como los autobuses que transportaban a los trabajadores a Israel o a sus puestos de trabajo en los asentamientos, y las metas a conseguir, como la liberación de las aldeas y el desmantelamiento de los asentamientos judíos.

Otra fuente de inspiración, bastante inesperada desde un punto de vista histórico, fueron los palestinos de Israel. Reaccionaron ante los sucesos que estaban teniendo lugar en la Palestina ocupada aun con más rapidez que la OLP en Túnez. Pocas semanas después de que comenzase la sublevación empezaron a organizar huelgas y manifestaciones en un día especial denominado «Día de la paz», en el que por primera vez hubo coordinación política entre los palestinos de ambos lados de la línea verde. Los palestinos de Israel se adelantaron a la izquierda judía denunciando los métodos especialmente crueles y brutales con los que la FDI y el Shabak respondían a la intifada. Se practicaban detenciones multitudinarias sin celebración de juicio, se torturaba a los detenidos durante los

⁶ Masalha (1997), pp. 122-123.

interrogatorios, se agrupaba a los hombres de las aldeas reocupadas y en algunos casos se los sometía a palizas sin piedad y, sobre todo, se aplicaba una nueva medida, se acordonaban las aldeas como «áreas de seguridad militar», impidiendo durante días la entrada o la salida. Esta medida se aplicó con mayor frecuencia una vez que quedó claro que los medios de comunicación internacionales, y especialmente las cadenas de televisión, emitían imágenes que presentaban el problema palestino, por primera vez desde 1948, acorde con la versión palestina⁷.

La contribución de los palestinos de Israel, posteriormente respaldados por algunos sectores de la izquierda judía, se veía realizada por los palestinos de los territorios ocupados que, pese a su propia lucha, decidieron conmemorar en 1988 el Día de la Tierra como una fecha importante de la sublevación rural. Este acto de solidaridad creó una asociación en la conciencia pública de ambos lados de la línea verde entre la confiscación de tierras y las matanzas de Galilea de 1976 y otros actos similares que tuvieron lugar a mayor escala en 1987 en los territorios ocupados. También puso de relieve la naturaleza de la dependencia económica neocolonialista, tan sorprendentemente similar a la relación de Israel con las dos comunidades palestinas.

La solidaridad condujo a actos de resistencia audaces y a gran escala. A cambio, la intensificación de la sublevación hizo que el comportamiento de los soldados y militares de alta graduación israelíes fuese aún más brutal. Añadieron a su inventario de castigos colectivos otros como la demolición de casas, levantaron grandes vallas alrededor de los campos de refugiados, reunieron a los hombres en el centro de las aldeas, en los campos de refugiados y en los barrios de las ciudades, y los maltrataron y torturaron. El ejército israelí se las arregló para mostrar tanta brutalidad en unos pocos meses como la que había desplegado en un periodo de casi veinte años. El novelista israelí David Grossman se granjeó el aplauso nacional al predecir la intifada en uno de sus libros, *El viento amarillo*⁸. Escritor de sensibilidad, había observado como iba creciendo el odio en los ojos de los niños refugiados ante la crueldad israelí. Los periodistas de *Haaretz*, Gideon Levy y Amria Hass, también subrayaron cómo esta herencia de crueldad socavaba las posibilidades de paz en la década de 1990.

⁷ BARGHOUTI (1990).

⁸ GROSSMAN (1988).

El parecido de la intifada con la revuelta de 1936 era sorprendente. Además, al implicarse en mayor medida la Palestina rural, garantizó su extensión y su eficacia: la mitad de las víctimas de la intifada procedían de las aldeas, la mayor parte de las casas que se demolieron durante la sublevación estaban en las áreas rurales y los peores actos de represalia se cometieron en el medio rural. Hacia el final de la intifada en 1991, el ejército israelí utilizó como último recurso la imposición a las aldeas de recortes económicos, como los cortes del fluido eléctrico y del agua, o la prohibición de la recogida de la aceituna durante la época de la cosecha.

GÉNERO Y CLASE

Una diferencia importante entre las dos sublevaciones consistió en que, en la intifada de 1987, las mujeres del ámbito rural desempeñaron un papel central, enfrentándose abiertamente al ejército. Su compromiso con la causa se puede calibrar a partir de la tasa de mortandad: a las mujeres les correspondía un tercio de las bajas totales⁹. La participación de las mujeres de las ciudades fue aun mayor, pues la estructura patriarcal de las aldeas mantenía en casa a muchas mujeres que en principio habrían deseado salir y desafiar a los ocupantes.

En más de un sentido, en la intifada el papel de las mujeres de las ciudades fue crucial desde las primeras victorias. Era simultáneamente una iniciativa espontánea y una respuesta a la llamada de los hombres que detentaban posiciones de liderazgo en el ámbito nacional. Esto marcó una ruptura importante con los antiguos modelos de comportamiento político. Hasta 1965 la participación femenina en la política nacional se había limitado fundamentalmente a las mujeres de los activistas más importantes. En 1965 se creó un sindicato general de mujeres palestinas como parte de la estructura general de la OLP. No obstante, se suponía que serviría para supervisar sólo asuntos que atañesen a las «mujeres», como la asistencia y la salud públicas.

La intifada resultó ser una catarsis para la política de identidad de las mujeres de cualquier clase social. Fue un alivio para su frustración frente a la doble carga de una sociedad patriarcal y de la ocupación

⁹ KUTAB, en Sivirski y Pappé (eds.) (1992), p. 135 (en hebreo).

israelí. Como sus compañeros, las mujeres de los campos de refugiados, de las barriadas de las grandes ciudades y de las aldeas tenían que trabajar en Palestina e Israel. Recibían un salario inferior y en el mercado de trabajo se las trataba peor que a los hombres, mientras que su incorporación al mundo exterior no las había librado de ninguna de las tareas domésticas tradicionales¹³.

Así pues, mucho antes de la intifada las mujeres tenían un incentivo para optar por la politización como una forma de movilización ante las cuestiones de género. Prueba de ello es el aumento de las detenciones y arrestos sin juicio de mujeres, que pasaron de unos pocos cientos a comienzos de la década de 1970, a varios miles a comienzos de la década de 1980. Varios organismos que ostentaban el liderazgo nacional apreciaron su creciente contribución y su sacrificio. Lajnat al-Tawjih reservó a las mujeres un escaño en sus filas, mientras otros organismos, especialmente los partidos y facciones de la izquierda, les reservaron un número superior.

En la década de 1970, las mujeres llegaron a la política a través de las organizaciones estudiantiles, que ya eran por sí, en el ámbito local, un fenómeno nuevo. Fuera de los territorios algunas mujeres jóvenes constituían ya la punta de lanza de audaces actos guerrilleros y terroristas. En un aspecto, los ocupantes hicieron una contribución positiva al avance de las mujeres: los israelíes suprimieron la legislación jordana de 1955, que prohibía la participación electoral de las mujeres. Cuando las autoridades israelíes autorizaron la celebración de elecciones municipales en 1976, incluyeron a las mujeres en el proceso. La decisión, que tomó personalmente el ministro de Defensa Shimon Peres, no era consecuencia de un programa político feminista. Los asesores de Peres le habían informado de que las mujeres eran un grupo conservador dentro del electorado, y por tanto votarían a favor de políticos projordanos. En la práctica votaron a candidatos nacionalistas y «radicales». Pero las mujeres no sólo elegían, también fueron elegidas como representantes de los veinticuatro municipios que se constituyeron tras estas elecciones.

Su nivel de participación aumentó en proporción directa al deterioro de la condición nacional. Así, el ascenso al poder del Likud y su ocupación, opresiva hasta un grado sin precedentes, empujó a más

¹³ JAI, en Nassar y Heacock (eds.) (1990).

mujeres a sumarse al movimiento de resistencia nacional. No sólo se trataba de las actividades políticas convencionales, las mujeres intervinieron en las bellas artes, el teatro y actividades más sutiles en el ámbito de las ONG dedicadas a la asistencia social y a la educación.

En los años anteriores a la intifada los comités de mujeres manifestaron su interés por los asuntos nacionales y de género. Esta fase de actividad se inició con el Día Internacional de la Mujer, patrocinado en 1978 por las Naciones Unidas, y cuyo interés aumentó a lo largo de la década de 1980. Así pues, las mujeres estuvieron presentes en todas las fases y aspectos de la sublevación: arrojando piedras, organizando huelgas y formulando políticas de contenido diplomático en un intento general por convertir la intifada en una victoria política.

Con todo, en términos de distribución ocupacional, la revuelta no llevó la revolución a la vida de las mujeres. Una razón de peso era la importancia que otorgaban tanto ellas como los hombres a la economía doméstica; la necesidad de autarquía en respuesta a las sanciones israelíes puso de relieve el papel crucial de las amas de casa a la hora de apoyar la revuelta. Esto ocurrió con el respaldo total de la Dirección Nacional Unificada. Las mujeres crearon cooperativas, dentro y fuera de sus hogares, para fabricar cuanto era necesario y contrarrestar las crecientes sanciones israelíes.

En la intifada las cuestiones de género se vieron también ensombrecidas por el prominente papel que desempeñó el islam político en la revuelta. Como su influencia sobre la vida de la totalidad de Palestina e Israel trasciende a la sublevación, lo trataremos con más detalle en la conclusión.

Otro grupo de palestinos implicados desde el primer momento en la actividad nacionalista fueron los niños y los jóvenes, que pagaron un precio muy alto por su audaz participación en la sublevación. Paradójica y trágicamente, el elevado número de víctimas infantiles contribuyó a difundir a través de los medios electrónicos, que ofrecían pruebas visuales de la brutalidad de la respuesta israelí, la versión palestina de los hechos entre la comunidad internacional.

Como en la década de 1930, los centros de trabajo se convirtieron en campos de batalla. Los trabajadores palestinos participaron con entusiasmo en este intento multitudinario por transformar la naturaleza de la ocupación, viendo en sus patronos la personificación de los ocupantes. Sin embargo, a largo plazo, los trabajadores demostraron ser menos

resistentes que los agricultores. Su total dependencia de los patronos les impidió buscar, como los agricultores, nuevos modos de subsistencia. En el tercer año de la intifada parecieron perder energía¹¹. Su capacidad de resistencia se vio aún más erosionada por la devaluación del dinar jordano en el otoño de 1988. Sus salarios se pagaban en dinares y la devaluación los reducía a la mitad. La Dirección Nacional Unificada pidió a los patronos palestinos que no redujesen los salarios y, posteriormente, les pidió incluso que los aumentaran, pero a la larga no dio resultado. La comunidad era demasiado pobre como para proporcionar ayudas altruistas, y la situación se agravó por la imposición israelí de sanciones económicas como parte de la guerra contra la intifada. Con todo, mientras la mitad de las bajas procedían de las áreas rurales, los trabajadores, fundamentalmente mujeres y hombres refugiados, constituyeron la otra mitad. Fueron muy pocos los palestinos de clase media que cayeron en la guerra contra la ocupación¹².

El papel de la burguesía se centraba más en apoyar largas huelgas comerciales. Esto se logró después de que la comunidad de los comerciantes dudase durante algunos meses. La imagen patriótica de este sector de la clase media destacó aún más cuando decidió iniciar una revuelta contra los impuestos israelíes. Cada localidad tenía un comité de comerciantes, que decidiría el boicot a la red de exacción de tributos que se habían impuesto a los profesionales en activo desde el comienzo de la ocupación.

La sublevación se organizó tanto en las grandes ciudades como en las aldeas a partir de una red de comités populares. Estaban organizados a modo de los comités nacionales de la revuelta de 1936, pero, a diferencia de sus predecesores, eran de naturaleza democrática más que elitista, habiendo sido elegidos *ad hoc* por los habitantes de las aldeas o de los barrios. Su carácter fluido impidió que la inteligencia militar israelí los investigase o que lograrse infiltrarse en sus fuentes de autoridad o en su estructura jerárquica. Desde comienzos de la década de 1980, en las áreas rurales y especialmente en Cisjordania había una organización denominada el «marco popular». El «marco popular» estaba compuesto por varios comités, como el comité para el trabajo voluntario (*lajnat al-aa'mal al-tatawai'*) o el comité de la juventud (*laj-*

¹¹ Hilterman, *op. cit.*

¹² TAMARI (1990).

nat al-shabab), que organizaba actividades sociales y un sistema asistencial en las narices de la administración civil israelí, que reivindicaba estos servicios como competencia exclusiva, pero en la práctica hacía muy poco al respecto¹³.

En las áreas urbanas, la crisis de la intifada revitalizó a los sindicatos como una fuerza de regulación y organización. A diferencia de los comités populares, los sindicatos intentaron mantener un contacto regular con la Dirección Nacional Unificada, que se convirtió durante la sublevación en la autoridad no oficial. Al principio la DNU estaba compuesta por la capa más entusiasta de los activistas políticos locales, pero después fue remodelada siguiendo las líneas del Comité Ejecutivo de la OLP. La influencia de los sindicatos se puede valorar teniendo en cuenta el elevado número de detenciones sin juicio de los líderes sindicales que llevaron a cabo los israelíes durante la intifada.

La sublevación se extendió con éxito en la totalidad de los territorios ocupados mientras se mantuvo intacta la estructura descentralizada de los comités. Mientras las cosas estuvieron así, más o menos hasta finales de 1988, la Dirección Nacional Unificada moderó, más que dirigió, las actividades. Sin embargo, cuando la sublevación se convirtió en rutina, se produjo una caída de la iniciativa local y un incremento de las aspiraciones centralistas y de la autoridad que se había conferido a sí misma la Dirección. Hacia la mitad del periodo de sublevación este órgano consistía sobre todo en estudiantes radicales, profesores y antiguos políticos.

Antes de que pasase un año desde el comienzo de la sublevación, y aprovechando su éxito, los líderes de la OLP redactaron uno de los documentos palestinos más importantes desde la carta de la OLP en la década de 1960. Era la Declaración de Independencia, presentada públicamente el 15 de noviembre de 1988, en la reunión del Consejo Nacional Palestino en Túnez. Era antes que nada y sobre todo un intento de redirigir la sublevación hacia programas políticos palestinos no necesariamente representados en la acción política que se había emprendido contra los ocupantes israelíes en Cisjordania y la franja de Gaza. El documento se refería con claridad a las antiguas y nuevas cuestiones palestinas, como el destino de los refugiados, el futuro de Jerusalén y la naturaleza y las fronteras del futuro Estado palestino. Era

¹³ HUNTER (1991), pp. 136-141.

el primer documento que aludía directamente al compromiso del futuro Estado de adherirse al principio de igualdad entre hombres y mujeres, un tributo al destacado papel que habían desempeñado las mujeres en la sublevación¹⁴.

El documento presentaba otras características. Se redactó en respuesta a los nuevos requerimientos estratégicos de la organización, en concreto, a la necesidad de mejorar las relaciones de la OLP con los Estados Unidos. La reunión del Consejo Nacional en Túnez fue precedida por intensas negociaciones entre la OLP y los Estados Unidos, que abrieron un nuevo capítulo en las relaciones bilaterales. Esto llevó a que se incluyese a palestinos de reputación internacional afincados en los Estados Unidos en el cuerpo diplomático que estaba ayudando a formular la política de la OLP. Como consecuencia, la Declaración de Independencia reconocía simultáneamente en la partición de Palestina un crimen contra el pueblo palestino y un imperativo para finalizar el conflicto. A ello le siguieron las declaraciones públicas de la OLP respecto al fin de la guerra armada y el reconocimiento en principio del Estado de Israel. Pero antes de que la OLP ocupase el centro del escenario, los líderes sobre el terreno en los territorios ocupados iniciaron su propia campaña diplomática. Eligieron como base Jerusalén y utilizaron como sede un hotel, la Casa de Oriente, antes propiedad de una familia prominente de la ciudad, los Husseini. Desde 1989 en adelante mantuvieron contactos con diplomáticos extranjeros, funcionarios del Departamento de Estado, diputados de la Knesset israelí tanto de derecha como de izquierda, y, sobre todo, intentaron presentarse ante el conjunto de la población como un gobierno. Sin embargo, su momento de gloria no llegaría hasta la Guerra del Golfo de 1990-1991.

Cuando Sadam Hussein invadió Kuwait, en el verano de 1990, y los Estados Unidos respondieron comenzando así la guerra, a principios de 1991, la OLP se puso abiertamente de lado del gobernante iraquí. Esto enfrió las relaciones de la OLP con los Estados Unidos, pero puso de relieve lo accesibles y atractivos que resultaban los líderes de la Casa de Oriente a ojos de los americanos y del campo de paz israelí.

Al final de la Guerra del Golfo, en 1991, se convocó una conferencia de paz en Madrid para tratar la cuestión palestina. El giro de los

¹⁴ CONSEJO NACIONAL PALESTINO (1989), pp. 213-222.

acontecimientos venía determinado por la negativa estadounidense a entablar negociaciones diplomáticas con Iraq, así como por el compromiso contraído por los Estados Unidos con el gobernante sirio Hafed el-Asad, para incluir los Altos del Golán entre los puntos a debatir en un foro internacional. Esta promesa era la contrapartida de la participación simbólica pero muy significativa de Siria en la coalición antisadam durante la Guerra del Golfo.

Nada salió de tan pródigo acontecimiento. El progreso a la hora de encontrar un acuerdo para cada una de las áreas en disputa dependía de la buena voluntad israelí y no podía obtenerse del gobierno de Yitzhak Shamir, que creía que el *statu quo* era la mejor estrategia israelí. Sin embargo, puso en marcha un proceso diplomático trilateral entre Israel, Jordania y el grupo palestino de la Casa de Oriente, que tuvo lugar fundamentalmente a lo largo de 1992 en Washington, hasta que Rabin sustituyó a Shamir como primer ministro en el verano de ese mismo año. Simultáneamente, Israel y Siria iniciaron también negociaciones, que no darían fruto, sobre los Altos del Golán, y que se mantuvieron hasta la muerte de Hafed el-Asad, en el año 2000.

Junto a la alta política, que como siempre dio lugar a esperanzas en un cambio que no tendría lugar, en Cisjordania se hizo un intento importante para crear a partir del drama político la infraestructura del Estado. La iniciativa partió de los *tawaqim* («equipos»), que habían pasado años en la Casa de Oriente planeando profesionalmente cada aspecto de la vida y del gobierno del futuro Estado. Sin embargo, sus esfuerzos se ignoraron y, como muchas otras conquistas cruciales de los palestinos bajo la ocupación, se vieron eclipsados por los acuerdos de Oslo y sus consecuencias.

EL PROCESO DE OSLO Y SUS CONSECUENCIAS

El plan de Oslo fue gestado por israelíes de la izquierda sionista. Formaban parte del movimiento laborista y habían recibido instrucciones para ir más allá de las posiciones tradicionales del movimiento y buscar un acuerdo con la OLP a partir de una solución que fuese aceptable para los partidos sionistas situados a la izquierda del Partido Laborista. Los negociadores se reunieron con un grupo de representantes pragmáticos de la OLP, de segunda fila y con sede en Túnez.

Los negociadores palestinos viajaron a Oslo con la premisa de que la base de la negociación consistía en las resoluciones adoptadas por el Consejo Nacional Palestino aceptando el principio de partición como base para una solución al conflicto. Este giro en la postura de la OLP suponía el reconocimiento por parte de Arafat de la incapacidad de su organización para forzar un acuerdo basado en el establecimiento de un Estado árabe secular en la totalidad del territorio del antiguo Mandato de Palestina. Con todo, la OLP de Arafat siguió insistiendo en el derecho al retorno de los refugiados palestinos y mantuvo su compromiso respecto al establecimiento de un Estado palestino totalmente independiente, libre de asentamientos judíos y con capital en Jerusalén. Sin embargo, por primera vez en la historia de la OLP eran puntos susceptibles de negociación y no preceptos de una ideología nacional.

Este nuevo pragmatismo fue resultado de una serie de acontecimientos que fueron debilitando progresivamente a la OLP: la desaparición de la Unión Soviética como superpotencia que la respaldaba; la disminución de la ayuda financiera saudí a resultas de la posición de la OLP en la Guerra del Golfo; y el declive de la fortuna de la OLP en el mundo árabe en general y en Palestina en particular tras la evacuación del Líbano en 1982. Como en el caso de la Declaración de Independencia de noviembre de 1988, el paso venía impulsado por el éxito de la intifada para ganarse la simpatía de la opinión pública tanto dentro como fuera de Palestina, y alcanzar sectores que jamás había conquistado el movimiento guerrillero de la OLP. Y, sobre todo, era parte de un largo proceso, iniciado en 1974, que convirtió a la OLP en una fuerza pragmática en Oriente Medio que se servía simultáneamente de la fuerza y de la diplomacia. Por último, las elecciones israelíes de 1992 desempeñaron también un papel importante. La sociedad judía estaba en ese momento dispuesta a dar una oportunidad a un gobierno que declaraba abiertamente estar preparado para desalojar un territorio ocupado. De este modo, el documento de Oslo representó el punto de encuentro entre el deseo israelí de llegar a un compromiso territorial y la voluntad de la OLP de comenzar las negociaciones de paz con un compromiso de esta naturaleza, pero de ningún modo concluir las aquí.

Pese al trasfondo poco favorable en que la OLP tuvo que llevar a cabo las negociaciones y a la ventaja que le llevaba Israel en el equilibrio de poder, en ese momento Oslo pareció ofrecer una oportuni-

dad importante a los líderes del movimiento nacional palestino. El acuerdo tomó la forma de un documento denominado la Declaración de Principios, proclamada el 13 de septiembre de 1993 y firmada en los jardines de la Casa Blanca, en la típica ceremonia de «paz» americana.

Un observador perspicaz que leyese los principios detenidamente pronto se daría cuenta de la naturaleza precaria del nuevo acuerdo. El artículo 5.3, por ejemplo, mostraba claramente por qué el documento no contribuía tanto a poner fin al conflicto como a exponer su verdadera naturaleza. La cláusula enumeraba tres asuntos que debían tratarse en futuras negociaciones, una vez que se hubiese aplicado con éxito un acuerdo provisional entre ambas partes: la cuestión de Jerusalén, el destino de los refugiados palestinos y el problema de los asentamientos judíos en los territorios ocupados. Además la cláusula autorizaba a cada una de las partes a solicitar un debate sobre cualquier otro punto.

La principal concesión de la OLP fue ligar la ejecución positiva del periodo interino con las negociaciones relativas al estatuto final de los territorios y los tres puntos mencionados. El documento especificaba cuáles serían los pasos a seguir durante el periodo interino: la retirada israelí de Gaza y Jericó, a la que debía seguir una transferencia gradual de algunas funciones civiles por parte de Israel a la OLP, y finalmente la retirada israelí de todas las ciudades y centros de población palestinos. Al final del periodo comenzarían las conversaciones relativas al acuerdo final. El acuerdo provisional lo dictaron los israelíes y se adaptó a su percepción de la seguridad. Por otro lado, reproducía el punto de vista israelí respecto a la naturaleza del conflicto y su sustancia. El acuerdo sólo trataba de los problemas que habían surgido como resultado de la Guerra de 1967, como si ésta fuese el fundamento de la situación y todo lo que la hubiese precedido fuese irrelevante para la solución pacífica del conflicto. Mientras la fase interina contribuyó a terminar con el control que ejercían los israelíes sobre las vidas de gran número de palestinos, en cambio no tuvo en cuenta la percepción que tenían los palestinos del conflicto ni propuso solución alguna para los palestinos desarraigados que habían perdido su patria en 1948. La concesión palestina de aceptar las exigencias israelíes y hacer de 1967 el centro de los acuerdos de Oslo se vio reforzada por los símbolos de soberanía palestina de cada área evacuada, y lo

que es más importante, y en este caso va más allá del simbolismo, por el reconocimiento de la autoridad de la OLP en dichas áreas.

Con todo, lo más importante es que los palestinos toleraron el marco de la fase interina debido a la promesa garantizada en el 3.º apartado del artículo 5 del documento. El problema de los refugiados y la cuestión de Jerusalén eran importantes, pero lo que la OLP esperaba en especial es que en futuras negociaciones podría suscitar el tema de la categoría de Estado de pleno derecho. Los tres puntos estaban relacionados con las consecuencias de la Guerra de 1948, una guerra que había contribuido a forjar en muchos sentidos la nueva identidad nacional de los palestinos y que dictaba su programa nacional¹⁵. La OLP debía su existencia a la comunidad de refugiados de 1948 y su razón de ser no ha sido nunca poner fin a la ocupación israelí de 1967, un asunto secundario, sino rectificar los males de 1948.

Pese a estar escondidas en una cláusula, las promesas incluidas en el documento de Oslo representaron un éxito para la OLP. Aparte de ser reconocida por primera vez en su historia por Israel, la OLP obtuvo un acuerdo israelí para negociar los tres temas que veía como el núcleo central del conflicto. Con mucha habilidad, los israelíes añadieron a estos puntos otro surgido en 1967, el de los asentamientos. Era un asunto conflictivo y delicado para el electorado israelí, y querían posponer al máximo las negociaciones al respecto. Sin embargo, el documento hacía hincapié en que la participación de Israel en tales negociaciones estaba condicionada al «éxito y al carácter pacífico» de la aplicación del acuerdo provisional, en realidad al veto israelí. El término «pacífico» se entendía de un modo que satisfacía el concepto israelí de seguridad, de manera que la aplicación de esta fase estuviese controlada y ejecutada por generales israelíes¹⁶.

En la práctica, pues, el acuerdo estaba muy lejos del documento. Esto ilustra la tensión entre la situación de acuerdo a como la conciben las elites políticas y la experiencia de la población sobre el terreno. En una serie de acuerdos¹⁷ dictados por los generales israelíes frente a un

¹⁵ Estas tres cuestiones han sido reconocidas por la Asamblea General de Naciones Unidas, a través de la resolución 194 (IV), adoptada el 2 de diciembre de 1949, como base para la paz. Véase PAPPE (1992), pp. 195-202.

¹⁶ PAPPE (1999a), pp. 95-112.

¹⁷ Eran por orden cronológico: el Acuerdo sobre la franja de Gaza y Jericó, firmado el 4 de mayo de 1994. Le siguieron el Acuerdo de Preparación para la Transferencia de

equipo palestino carente de toda experiencia profesional en asuntos legales o estratégicos¹⁸, los objetivos provisionales del documento de Oslo parecieron convertirse en la base del acuerdo final y permanente. Una serie de actos israelíes, o de concesiones palestinas, hicieron inviables y carentes de sentido las futuras negociaciones respecto al estatus final de los territorios o a la cuestión de los refugiados y de Jerusalén.

El proceso anuló algunas de las principales promesas contenidas en el documento de Oslo. El apartado 7.º del artículo 31 declaraba: «Ninguna de las partes iniciará o dará paso alguno susceptible de cambiar el estatus de Cisjordania y la franja de Gaza, pendientes de los resultados de las negociaciones relativas al estatus definitivo». De 1994 en adelante, Israel comenzó a llevar a cabo una campaña constructiva que incluía la creación de nuevos asentamientos y la expansión de los antiguos, así como erigir muros fronterizos que marcaban la partición de Cisjordania antes de las negociaciones. Los cuatro años de gobierno laborista (1992-1996) estuvieron marcados por la confiscación de tierras a gran escala y la expansión de los asentamientos. El gobierno laborista invirtió 46 millones de dólares, mucho más que sus predecesores del Likud, en los colonos judíos que vivían en los asentamientos de los territorios palestinos ocupados, alrededor de 144.000 personas. En 1996, dicha población había aumentado un 48 por 100 en Cisjordania y un 62 por 100 en la franja de Gaza¹⁹. Con ello la evacuación de los colonos resultó menos realista que nunca.

En cada uno de los acuerdos firmados después de Oslo, el equilibrio de poder y la superioridad israelí se tradujeron sobre el terreno en una realidad. La situación afectó a todos los aspectos de la vida, lo que permitió a los israelíes ganar influencia a través del empleo de medios violentos, como los arrestos, las detenciones y la demolición de las casas.

Poderes y Responsabilidades (Israel-OLP), firmado el 29 de agosto de 1994. Después se firmó el acuerdo denominado Oslo B: Acuerdo Interino entre Israel y los palestinos, firmado el 28 de septiembre de 1995. Este acuerdo incluye siete anexos que tratan, entre otras materias, del repliegue, las elecciones palestinas, las relaciones económicas y de cooperación en materia de seguridad. Incluye nueve mapas, que dividen Cisjordania en áreas A, B y C, según el nivel de presencia israelí tras el repliegue. El último mapa determina la retirada israelí de Hebrón. Este acuerdo no se firmó hasta el 17 de enero de 1997, bajo el título «Protocolo relativo al repliegue de Hebrón».

¹⁸ SAID (2001).

¹⁹ *Settlement Watch Report 8* (Paz Ahora Jerusalén, 31 de julio, 1996).

Aparte de imposibilitar el diálogo final, hubo una violación adicional del documento de Oslo. El apartado 8.º del artículo 31 declaraba que «las dos partes conciben Cisjordania y la franja de Gaza como una única unidad territorial, cuya integridad y estatus preservarán durante el periodo provisional». Sin embargo, los territorios se dividieron mediante una serie de carreteras de circunvalación y túneles, creando el mapa imaginado de la Cisjordania judía sobre —en más de un sentido— la palestina. Los judíos no vivían simplemente junto a los palestinos, sino sobre ellos, o cavaban túneles bajo ellos. Los pequeños asentamientos judíos estaban conectados con otros de mayor tamaño y con Israel a través de las autopistas; los palestinos que vivían en un área circundada por asentamientos sólo se podían mover, si lo conseguían, cruzando con gran dificultad una serie de barreras militares. El «proceso de Oslo» consistió en el asfaltado de autopistas, la excavación de túneles y la cantonización de Cisjordania (más adelante veremos su repercusión en Gaza). La legitimidad de estas medidas no derivaba de la Declaración de Principios, sino de varios acuerdos firmados por Israel y la nueva Autoridad Palestina que acababan de crear los acuerdos.

Los palestinos que viajaban de un lado a otro dentro del territorio de Cisjordania o que iban a trabajar a Israel procedentes de las áreas bajo control de la Autoridad Palestina pudieron percibir mejor que nadie las pautas de continuidad entre la situación anterior y posterior a los acuerdos. La brutalidad y la crueldad de los soldados y la policía israelíes en los puestos fronterizos y en los controles de carreteras dentro del territorio israelí confirmaban que Cisjordania se había convertido en un bantustán. Los ocupantes seguían en los puestos de control y podían infligir cualquier tipo de daño psicológico o físico sobre los que cruzaban las fronteras entre Israel y Palestina. Además de que implicaba que la ocupación se mantenía, esta situación constituía en sí misma una violación de los acuerdos. El apartado 1a del artículo 10.º establecía: «Para el movimiento de personas, vehículos y bienes habrá una vía segura que conectará Cisjordania con la franja de Gaza». A su vez el apartado 1b prescribía: «Israel garantizará la libre circulación de personas y mercancías durante las horas de luz (desde la aurora al crepúsculo)... en cualquier caso, no menos de 10 horas al día». Esta disposición no sólo se violó en el caso de la vía entre Cisjordania y Gaza sino dentro de la propia Cisjordania.

La tensión entre los compromisos contenidos en el documento y la situación real se reflejaba en la brecha entre parámetros y funciones. Los

israelíes controlaban los parámetros mientras a los palestinos sólo les quedaba un número limitado de funciones. Pero el proceso de Oslo no llegó muy lejos ni siquiera en el terreno de las funciones. Las funciones palestinas se limitaron a dirigir la vida diaria en las áreas bajo la Autoridad Palestina. El simbolismo de las banderas, unidades, nombres y títulos como el de «puesto» palestino, sustituían a la verdadera soberanía. Era lo que los palestinos llaman un montón de *salata* (honor) sin *sulta* (autoridad).

La nueva situación dio lugar a nuevos modos de vida, lo que explica que, pese a las evidentes desventajas, durante mucho tiempo un número significativo de palestinos de Cisjordania y Gaza participaran voluntariamente en el proceso. Los diferentes mecanismos que se crearon para regular la vida en las áreas bajo control de la Autoridad Palestina proporcionaron un empleo a los miembros de la OLP que llegaron de Túnez y a un gran número adicional de palestinos locales. Estos pasaron a constituir el órgano principal de apoyo palestino a los acuerdos, pues ahora tenían un interés personal en mantener el *statu quo*.

Las ventajas que prometían los acuerdos se podían observar más vividamente en Gaza, menos fragmentada por los acuerdos que Cisjordania. Se había aceptado su separación de Cisjordania como una medida que perduraría mucho tiempo, ya se aplicase el documento de Oslo al pie de la letra o conforme a una interpretación favorable a la OLP. Así, al principio, en Gaza, la relativa integridad territorial produjo una sensación de alivio frente a la ocupación directa de Israel, pues ponía fin a los toques de queda, los allanamientos nocturnos y el hostigamiento en las carreteras. Pasó más de un año antes de que la repetida clausura de las fronteras³⁰ y las restricciones arbitrarias de los desplazamientos fuera de la franja hiciesen a todos conscientes de que los acuerdos de Oslo habían convertido a Gaza en una enorme prisión con bandera palestina, en la que los soldados israelíes protegían los muros. El cierre de las fronteras se reanudó como resultado de la reacción israelí ante los atentados con bomba de los movimientos de resistencia islámicos Hamas y la Jihad Islámica, contrarios a los acuerdos. La mayor parte de estas medidas no sólo violaban las disposiciones del documento de Oslo, sino varios artículos, en particular, el artículo 33 de la IV Convención de Ginebra, «Relativa a la protección de la población civil en tiempo de guerra», de 1949.

³⁰ USHER (1996), pp. 33-37.

El proceso de Oslo se dilató hasta 1999, fundamentalmente debido al interés que había suscitado entre la población israelí y la comunidad internacional. Al menos hasta la elección de Benjamín Netanyahu, en 1996, las referencias en los discursos públicos y en los medios de comunicación electrónicos israelíes presentaban el proceso de Oslo como un proceso de paz. Se hizo un gran esfuerzo por comunicar este mensaje de progreso y la violenta hostilidad de la derecha sionista respecto al proceso de Oslo reforzó la convicción de muchos israelíes de izquierdas de que estaban defendiendo un proceso genuino de paz frente a sus enemigos. Además, en el lenguaje que se aplicaba en el ámbito internacional y en los Estados Unidos en particular, los acuerdos de Oslo u «Oslo» equivalía en pocas palabras a la paz.

Hacia 1996, la realidad se impuso a las imágenes que habían creado los líderes políticos del proceso Oslo. Después de esto, la cuestión ya no era si Oslo había llevado la paz a la tierra desgarrada de Israel y Palestina, sino el precio que había pagado la población por las ilusiones que le habían vendido políticos de escasa visión.

À LA SOMBRA DE LA POLÍTICA: RELIGIÓN, NACIONALISMO Y MULTICULTURALISMO

A finales de la década de 1980 apareció un nuevo actor político en la escena local israelí y palestina: los movimientos islámicos. Se trataba de Hamas y la Jihád Islámica en los territorios ocupados —y el sur del Líbano— y del movimiento islámico en el propio Israel. El «islam político» es un término bastante reciente, que reemplaza al de «fundamentalismo islámico», aunque intenta explicar el mismo fenómeno. En general, el término responde al intento del mundo académico para ponderar el impacto de la religión en la política del mundo árabe y en general. No es en ningún caso un término definitivo y cada movimiento religioso deberá analizarse dentro de su propio contexto.

Al igual que otros islamistas de finales del siglo XX, los de Palestina e Israel eran antiamericanos, y por tanto se oponían a los acuerdos de paz en los que mediasen los Estados Unidos. La estrecha relación entre Israel y los Estados Unidos, y su influencia en el destino de los palestinos, constituía un objetivo político fácil de seguir, pero el interés por la política era sólo uno de los aspectos de los grupos del islam político de Israel y Palestina.

La inclusión de conceptos islámicos en la escena política tuvo como base el genuino retorno a la religión que se produjo en Israel y Palestina. El deseo de volver a conectar con los códigos de conducta del pasado no se limitó a los musulmanes, también era evidente en la comunidad judía. Como predije en el prefacio, en Palestina e Israel, la religión demostró ser una fuerza resistente y con capacidad de adaptación, y no la reliquia decadente del tradicionalismo que los gurús de las teorías de la modernización descartaron tan fácilmente.

La religión demostró ser una respuesta eficaz a las presiones del interminable desarraigo, la privación y la discriminación que habían vivido muchos palestinos a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. También ofrecía una perspectiva vital redentora a los judíos de Israel, que vivían bajo condiciones menos duras, pero no obstante experimentaban desaliento y frustración debido a las privaciones económicas y a la falta de orientación. El aspecto político del resurgimiento religioso aun lo hacía una alternativa más atractiva; no sólo como práctica diaria, sino también como un plan que prometía cambios en una situación donde ya se había vivido lo peor.

La religión empezó asimismo a proporcionar una justificación a las formas más extremas de actividad política. Invocándola y en su defensa se legitimaba el recurso a la violencia frente a todo tipo de enemigos, ya fuesen los que estaban en el lado opuesto en un conflicto o los «traidores» descubiertos en las propias filas. La religión fue también el motivo que impulsó a la juventud palestina a convertirse en bombas humanas que volaban en pedazos en medio de las ciudades y los espacios públicos israelíes; asimismo explicaba el fanatismo de los colonos para matar indiscriminadamente a sus vecinos palestinos. Uno de ellos asesinó al primer ministro de Israel, Yitzhak Rabin, en noviembre de 1995. Aunque había otras razones por las que israelíes y palestinos podían recurrir a tales formas de violencia, como las viejas rencillas, la violencia tendió a presentarse como parte de una misión divina. No todo retorno a la religión acabó siempre en violencia. Para muchos de los que procedían de sectores menos deprimidos de la sociedad, fue una guía en la búsqueda individual de la salvación y la piedad lo que incrementó el número de adeptos tanto al islam como al judaísmo ortodoxo.

Como fuerza social, esta nueva versión de la religión encajaba bien en la construcción de una sociedad civil tanto en Israel como en Palestina. La interpretación del mundo bajo un prisma religioso

se vio reforzada por el descuido con que el Estado y las elites políticas trataron amplios aspectos de la vida de sus comunidades. Este fracaso del Estado o de la nación para integrar las vidas o las identidades de sus súbditos permitió que otras ideologías intentasen cubrir el hueco. En la década de 1980, los nuevos grupos cubrieron el mapa de Israel y Palestina con un abanico de diferentes identidades, todas menores que la de «nación», pero requiriendo el control del Estado o al menos autonomía dentro de él en nombre de una identidad que trascendía los límites estatales. La política religiosa de la identidad difería de la de otros grupos, en tanto que aspiraba a sustituir al nacionalismo, o al menos a ofrecer una versión mejorada de éste, pero una versión que conduciría inevitablemente a una confrontación más extremista e intransigente con «el otro», quien quiera que éste fuese.

Por lo que atañe a los palestinos, desde 1967 la OLP o los líderes nacionales habían perdido en parte su influencia sobre sus comunidades en los territorios ocupados o en el propio Israel. Por tanto había más espacio y más motivación para la adaptación individual y colectiva a un modo de comportamiento más devoto. El fenómeno era especialmente evidente en dos áreas. En las áreas rurales, los conceptos y creencias tradicionales se habían mantenido incólumes durante siglos y era fácil darles una orientación más política, sobre todo por la injerencia de los israelíes en la vida de la población local. Lo mismo sucedía en el caso de los barrios urbanos más pobres, como en Nazaret, Hebrón y Nablús. El hecho de que muchos de los habitantes más afortunados de las grandes ciudades tuviesen un estilo de vida y un aspecto muy secular sólo agudizaba el antagonismo de los habitantes de las áreas más deprimidas respecto a la riqueza y al intelectualismo.

A principios de la década de 1980, en los territorios ocupados, el retorno personal al islam se convirtió en un fenómeno colectivo y nacionalista²¹. El fracaso de la OLP para garantizar protección contra el hostigamiento y el control militar arrojaron a muchas personas en brazos del islam político. Originalmente el movimiento recibió también apoyo de Israel. Los asesores orientalistas del gobierno recomendaron reforzar el islam político como contrapeso de la política nacionalista que

²¹ A. A. ZIYAD (1994)

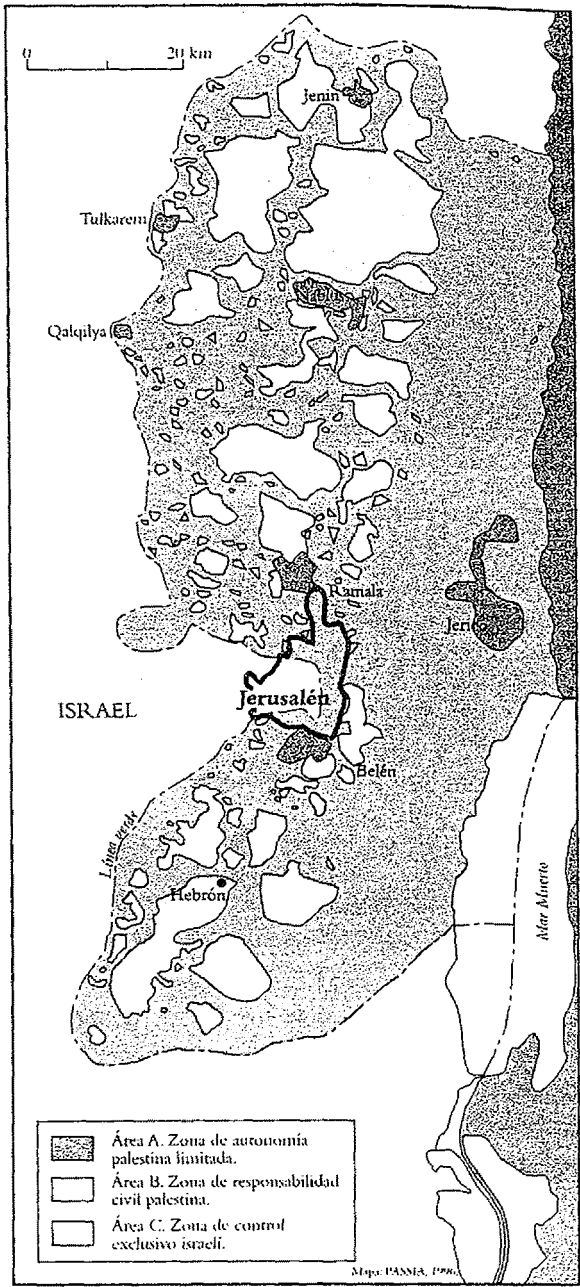
predicaba la OLP. Cuando su protegido se volvió contra ellos, incluso con mayor fuerza y determinación, ya era demasiado tarde²².

Pese a la privación general de la comunidad palestina, en el propio Israel seguía habiendo llamativos desequilibrios socioeconómicos entre los dos centros geográficos de la vida árabe que había en el Estado judío. En el norte, en Galilea, la situación era mejor que en el Pequeño Triángulo, donde la población estaba hacinada en un espacio reducido y sólo se le permitía trabajar en un número limitado de actividades. Como era de esperar, la delincuencia menor y el desempleo abundaban. El islam político surgió en Wadi Ara', donde las condiciones de vida eran aún más miserables que en los campos de refugiados, en el interior de las grandes ciudades y en las aldeas pauperizadas de Cisjordania y la franja de Gaza.

Contrariamente a lo que aseguran los modelos convencionales de modernización, el sector más secular y rico de la población palestina, los que vivían en Israel, basculó y buscó inspiración en los compatriotas más tradicionales y más pobres, los de Cisjordania y la franja de Gaza. En términos de radicalización político religiosa, la franja fue la que guió a la relativamente próspera Cisjordania. En muchos aspectos, la política nacional siguió las mismas pautas.

Los jóvenes y un porcentaje relativamente alto de mujeres, sectores a los que la sociedad no había otorgado un papel decisivo en la lucha política, se sintieron atraídos por la vía de la salvación personal que ofrecían varias interpretaciones del islam, que iban desde el misticismo sufi hasta la visión fundamentalista de los vástagos de los Hermanos Musulmanes. Uno de ellos era Abdullah Nimr Darwish, que dominó la política del islam en Israel en la década de 1980, hasta que perdió el poder a manos de líderes jóvenes con más carisma procedentes de Wadi Ara'. Como muchos líderes, recibió una educación formal islámica en Nablús y Hebrón a comienzos de la década de 1970, cuando no sólo se introdujo en el mundo de la erudición, sino, lo que es más importante, en las muchas actividades a disposición de un político militante al estilo islámico. Iban desde el *risalat*, originalmente epístolas enviadas por el profeta a la comunidad de los creyentes, pero que ahora se convertían en mensajes políticos actualizados, hasta la organización de células clandestinas, el sabotaje y la violencia. Con todo, predicar en una mezquita

²² ZIYAD (1993), pp. 5-19.



Mapa 5. Acuerdos interinos de Oslo, 28 de septiembre de 1995.

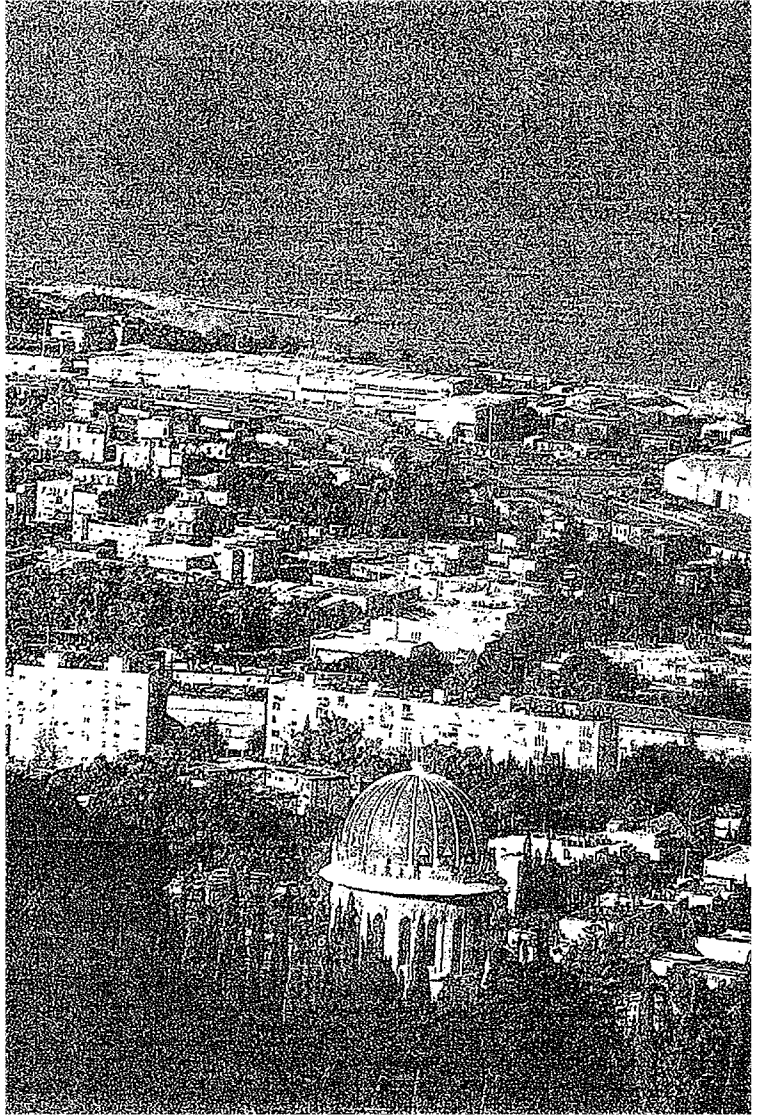


Figura 8. Haifa en 2002, vista desde el Carmelo.

era la parte más visible de la actividad. Los sermones instaban a la restauración de la edad dorada del islam en Palestina; esto es, al restablecimiento del control musulmán en el país adhiriéndose estrictamente al código coránico. El mensaje central podía estar salpimentado con referencias a los judíos, al imperialismo o, lo que es más significativo, con comentarios sobre la política del día a día, por lo general reflexionando sobre la postura de la OLP respecto a la cuestión palestina. Cualquier combinación de estos ingredientes bastaba para meter en problemas a alguien como Abdullah Nimr Darwish, y de hecho, a lo largo de la década de 1980, tras formalizar su actividad en una organización llamada Usrat al-Jihad («la familia de la Jihad») pasó largos periodos en prisiones israelíes. Una vez en libertad, suavizó sus críticas y se hizo miembro fundador de al-Haraka al-Islamiyya («el Movimiento Islámico»), una ONG legalmente registrada. A finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, el movimiento participó con éxito en las elecciones municipales, derrotando tanto a veteranos políticos comunistas como a agentes de los partidos sionistas. En algunos casos, los alcaldes recién elegidos y los dirigentes de los municipios locales destacaron en la gestión de sus ayuntamientos resolviendo antiguos problemas. Al final, la animosidad del gobierno y, de modo más decisivo, los cismas internos y la corrupción, los expulsaron de sus cargos.

En la comunidad judía, la vuelta a la religión formaba parte del abismo cultural que dividía a la sociedad desde 1967. No era un fenómeno nuevo. Los judíos secularizados y los religiosos ya habían tenido otros enfrentamientos en la década de 1950. El intento de los judíos ultraortodoxos, antisionistas de corazón, de aislarse y limitar sus vidas a un gueto fracasó. Para algunos grupos ultraortodoxos, el antisionismo abarcaba incluso la disposición para vivir bajo un gobierno extranjero o palestino. No obstante, para la mayor parte consistía en el deseo poco realista de vivir dentro de un Estado sin formar parte de él. De hecho, en la práctica, fueron incapaces de conjurar en su comunidad el atractivo de la sociedad secular en la que vivían, más hedonista y promiscua.

En la *Kulturkampf* que se desarrolló en el Israel posterior a 1967, el balance nacional de logros y pérdidas se inclinó del lado de los secularizados. La capitalización, la globalización y la privatización añadieron más facetas seculares a la vida pública de Israel. Un ejemplo fue la llegada de la televisión y la decisión del Tribunal Supremo, contra la feroz oposición de los grupos religiosos, de permitir que se emitiesen

programas incluso el viernes por la noche. A un lector de fuera esto le parecerá trivial, pero era parte de la lucha por lo que en Israel se denomina el *statu quo*. Es como una fotografía tomada en 1948, el día de la creación de Israel, de la vida religiosa y secular en el ámbito público. Si se permitiese, por ejemplo, a los autobuses circular por Haifa en sabbath o si los lugares de entretenimiento de todo tipo estuvieran cerrados los viernes por la noche, así es como deberían ser las cosas. Sin embargo, en la práctica, el *statu quo* cambió y en la vida pública aumentó el secularismo. El Tribunal Supremo jugó un papel determinante en este proceso. La decisión más importante en este campo la tomó a principios de 1970, cuando permitió que un ciudadano judío casado con una no judía inscribiese en el registro a sus hijos como judíos (conforme a la *halajá*, sólo pueden ser judíos los nacidos de madre judía). No obstante, como era de esperar, el Tribunal Supremo no emitió una opinión respecto a las condiciones para ser judío, esto se lo dejó a los políticos. Hacia 1972, había una legislación al efecto por la que se consideraba judío aquel al que los rabinatos locales considerasen judío, una cuestión abierta que nunca se resolvió.

Desde entonces, en Israel, la cuestión del judaísmo ha venido determinada por el equilibrio de poder político en el seno del gobierno y en la coalición de la Knesset. Se convirtió en una cuestión importante con la inmigración multitudinaria de judíos tras el derrumbamiento de la Unión Soviética en 1989. Los que eran bien acogidos pero no reconocidos como judíos no se podían beneficiar del generoso abanico de ventajas que aguardaban a los inmigrantes, aunque bastaba con falsificar documentos genealógicos para inventarse una madre judía. Muchos lo hicieron y, años después, he visto a algunos de estos judíos rezando piadosamente en las iglesias ortodoxas rusa y griega de mi barrio.

Visto desde un ángulo diferente, la brecha que siempre aflora en Israel en épocas de relativa calma es la de la política de identidad. Hasta 1993, el año de los acuerdos de Oslo, mientras los políticos de la elite discutían si se debían mantener los territorios o alcanzar un compromiso con los jordanos o los palestinos, la mayor parte de la sociedad estaba más preocupada por la cuestión de la identidad que por el problema de las fronteras o por la paz.

Las dos cuestiones ausentes generaron y emergieron en una pequeña y curiosa revolución que desapareció con la misma precipitación con la que había aparecido y se había mantenido en un corto periodo en la

década de los noventa. Fue la iniciativa intelectual postsionista. De esta manera, antes de describir el camino del colapso del acuerdo de Oslo y también el deterioro social, una vez más, en un sendero de violencia y desesperación —una fase en la que seguimos hoy, en 2005— podría ser historiográficamente acertado e intelectualmente estimulante intentar valorar este realmente único, casi estrambótico, pequeño capítulo en la historia del sionismo en la tierra de Palestina.

¿Un momento de gracia postsionista?

En la década de 1990, las universidades israelíes se convirtieron en el escenario de un debate vivaz y fascinante sobre la historia y la sociología israelíes. A finales de la década, el debate llegó a alcanzar incluso a la opinión pública debido a una serie de artículos publicados en los periódicos de mayor tirada, y en varias ocasiones se convirtió en objeto de acaloradas discusiones en los medios de comunicación electrónicos. Si se observa atentamente la situación en otras áreas, veremos que durante este periodo el debate sobrepasó los límites del mundo académico para alcanzar a las artes, al cine, la poesía, la literatura y el periodismo. La característica más llamativa de este debate consistió en la buena disposición de un número considerable de judíos de Israel para reconsiderar la ideología hegemónica del Estado de Israel, el sionismo. Aunque la intensidad y el coraje con el que se expresaron las críticas no fueron siempre los mismos, se hicieron eco de ellas tanto gentes que se presentaban como sionistas como otros que se declaraban antisionistas. La manera más eficaz de describir este movimiento crítico es denominarlo «postsionismo». Con todo, el debate postsionista no arrastró a toda la sociedad israelí, al margen de a las clases más aficionadas a la polémica oral o escrita. Fue, así pues, un ejercicio elitista, quizá con implicaciones más amplias para la sociedad en su conjunto. No obstante, se trata un capítulo de la historia del país al que sólo el tiempo podrá otorgar retrospectivamente el lugar que le corresponde.

EL DEBATE ACADÉMICO. LOS ESTUDIOSOS POSTSIONISTAS

Hacia finales de la década de 1980, una serie de estudiosos israelíes, que residían tanto dentro como fuera del país, publicaron varios estudios sobre algunos aspectos del pasado y el presente de la sociedad judía de Israel/Palestina que contradecían la versión sionista convencional y la visión histórica israelí oficial. Estos trabajos desacreditaban las más sagradas «verdades históricas» del sionismo y cuestionaban su validez

frente a la presente generación. Además, estos investigadores criticaban el papel desempeñado por las instituciones académicas israelíes a la hora de modelar la imagen que el sionismo tenía de sí mismo, y su retrato de la realidad palestina. Directa e indirectamente, deconstruyeron los trabajos de aquellos que habían tenido bajo su control la historiografía académica de Palestina, así como la visión de la sociedad judía contemporánea. Dado el importante papel que desempeñan en la conciencia pública, en Israel constituyen un verdadero fenómeno cultural. La prensa local, entonces como ahora, se refiere a ellos como los académicos «postsionistas», un término que, pese a no ser aceptado por algunos de ellos, resulta conveniente para describir la clave de lo que están haciendo y que por tanto emplearemos también aquí¹.

EL TRASFONDO POLÍTICO

Los investigadores y escritores palestinos venían cuestionando desde 1948 la versión y la ideología sionista, tanto en su versión popular como en la académica. Algunos grupos marginales del sistema político israelí aceptaron este reto. Pero después de la Guerra de 1967 ganó terreno en Israel y se desarrolló en dos direcciones: una elitista dentro de la izquierda sionista y otra popular en el seno de la comunidad judía de inmigrantes del norte de África y de la minoría árabe palestina. El desafío elitista comenzó en el contexto de una objeción moral a la continua ocupación israelí de Cisjordania y la franja de Gaza. Lejos de ser antisionista, se fundamentaba en un fuerte compromiso con las posiciones básicas y consensuadas del sionismo. Mientras la OLP siguió siendo fiel a sus intenciones estratégicas, la izquierda sionista nunca pudo aceptar las posiciones palestinas fundamentales respecto a cuestiones centrales, como el destino de los refugiados de 1948 o el futuro de Jerusalén. La posición elitista se institucionalizó en 1987, con la aparición del movimiento Paz Ahora, del que ya se ha hablado bastante en capítulos anteriores. Se mantuvo activa durante toda la primera intifada (1987-1993), pero se paralizó y virtualmente enmudeció durante el periodo del gobierno de Rabin (1993-1995).

¹ El sociólogo israelí, Uri Ram, proporciona la discusión más extensa sobre el postsionismo (RAM [1994]).

Como se mencionó previamente, la reacción del movimiento a la Guerra del Líbano y posteriormente a la intifada no difería de la percepción de la realidad sionista. Más en concreto, su crítica estaba y sigue estando dirigida sólo respecto a la política israelí posterior a 1967, y su principal preocupación es el efecto que dicha política tiene o podría tener sobre la catadura moral israelí. Muchos académicos formaron parte del movimiento. Sin embargo, su afiliación no dio lugar a una alteración en la línea general que había seguido la investigación respecto a situaciones pasadas o presentes en Israel y Palestina. Pero fue, como veremos, un comienzo a partir del cual los directores de cine y los dramaturgos, en particular, podían desarrollar su propia visión postsionista de la vida en Israel. No obstante, hasta que el mundo académico adoptó posturas no sionistas y antisionistas, como las que mantuvo durante años el Partido Comunista en Israel, no se produjeron cambios fundamentales en la manera en que los israelíes percibían la cuestión «árabe» o a los «palestinos», o incluso el proyecto sionista en su conjunto.

El segundo camino por el que se orientó el desafío político posterior a 1967 demostró tener un influjo mayor sobre los planteamientos teóricos de los estudiosos postsionistas. En esencia era una protesta social contra los males infligidos por el Estado contra las comunidades judías más necesitadas, en su mayor parte de origen norteafricano (mizrahi). Ya hemos descrito en este libro a los enérgicos activistas que intentaron imitar las voces disidentes de los afroamericanos que a comienzos de la década de 1970 crearon las Panteras Negras. Sus miembros fracasaron a la hora de movilizar a la izquierda israelí, pero atrajeron la atención de la derecha, que explotó hábilmente la protesta y la manipuló convirtiéndola en un movimiento de masas que en 1977 llevó a Menachem Begin al poder. En este sentido, la izquierda israelí perdió una parte fundamental de su apoyo electoral natural, y no le quedó otro recurso que tratar, desde un punto de vista académico, los motivos.

El predicamento de los judíos mizrahis no fue el único factor que generó una nueva manera de pensar en los medios académicos. La aparición de una clara conciencia de identidad nacional entre los ciudadanos palestinos del país también contribuyó a moldear la agenda «postsionista» en los medios académicos israelíes. Los palestinos resi-

dentes en Israel desempeñaron un papel crucial al recordar a la opinión pública la existencia de una versión contraria. Abrieron una vía para todos los que se sentían excluidos dentro de la versión histórica sionista, cuyas crónicas estaban distorsionadas en los programas de escuelas y universidades. Fue esta segunda dirección la que transformó en particular las universidades. Varios miembros del mundo académico israelí apoyaron la causa de los grupos desfavorecidos y, con ayuda de la investigación histórica o sociológica, le confirieron legitimidad en términos científicos. Mientras tanto se intentó acercar a tres de los principales grupos de desfavorecidos de Israel, los palestinos, los judíos mizrahis y las mujeres, y crear de este modo un frente político conjunto. Aunque la iniciativa demostró ser un total fracaso político, siguió siendo popular entre los miembros más optimistas del movimiento académico de protesta. La situación maduró tras la Guerra del Líbano de 1982. El debate público relativo a la guerra pareció animar a los novelistas, directores de cine, escritores de teatro, músicos, poetas, artistas y periodistas a construir conjuntamente una interpretación no sionista del pasado y de la realidad presente.

EL TRASFONDO ACADÉMICO

Desde el punto de vista cronológico, el primer intento académico parece haber sido volver a escribir los libros de historia de Israel. Pero pronto, quizá como es lógico, los opositores de dentro del mundo académico no se cuestionaron sólo la «verdad», sino el modo en que la Universidad había construido y presentado esta «verdad». Se desenmascaró el papel ideológico de la Universidad tanto desde el punto de vista de los hechos como metodológicamente. Los opositores, de hecho, procuraron presentar de modo objetivo, positivista, lo que ellos creían que era la verdadera naturaleza del proyecto sionista en Palestina y los diferentes capítulos del pasado de Israel. Analizaron esta historia desde el punto de vista de las víctimas y presentaron al sionismo como un movimiento opresor. En particular, volvieron a escribir sobre la conducta, o mejor la mala conducta, israelí cara al mundo árabe y a los palestinos en el pasado y el presente. El cuadro que resultó de ello provocó la cólera de algunas figuras públicas y comentaristas de prensa. Era un cuadro del que la mayor

parte de los israelíes no eran conscientes. Conforme a él, tanto en el pasado como en el presente, el comportamiento y la política israelíes y sionistas respecto a los palestinos y a los árabes, las sociedades vecinas, habían sido agresivos, a veces brutales e inhumanos, y, desde el punto de vista moral, a menudo injustificables. Se culpó a los medios académicos dominantes de haber tapado y ocultado ante la opinión pública estos capítulos y verdades desagradables.

El reto académico comenzó con la publicación de nuevos libros que reescribían la historia de la Guerra de 1948. Antes de la aparición de estos libros, la guerra y el periodo del Mandato británico (1922-1948) en su conjunto habían sido tratados exclusivamente por departamentos universitarios que enseñaban historia sionista. Para estos departamentos, los sucesos de 1948 eran la culminación de proceso teleológico de redención y renacimiento del pueblo judío. El papel del historiador se limitaba a reconstruir este milagro que se había iniciado con el despertar del movimiento nacional judío en la década de 1880 y finalizó con la Guerra de Liberación frente a los británicos en 1948. La terminología israelí aplicada a esta guerra fue elaborada cuidadosamente de modo que otorgase al sionismo un estatus equivalente al de otros movimientos de liberación del Tercer Mundo; así pues, no cabía hablar en este contexto de una guerra contra los árabes.

Ninguno de los dos términos empleados para designar la Guerra de 1948, *Azma'ut* (independencia de los británicos) y *Shilnur* (liberación del yugo de la diáspora) indica un conflicto directo con el mundo árabe. Ello no implica, naturalmente, que no se mencione a los «árabes» en la historiografía sionista de la Guerra de 1948. Cuando se cuenta, se investiga o se enseña la historia de la Guerra de 1948 o de los años precedentes del Mandato, el lado árabe se menciona como uno más de los obstáculos a los que hubieron de hacer frente los judíos. El mensaje que ilumina la totalidad de la historia está claro: los judíos vencieron en Palestina contra todo pronóstico. La disparidad nunca fue tan clara como en 1948, cuando la comunidad, compuesta por numerosos supervivientes del Holocausto que a duras penas podían luchar, se enfrentó a un gobierno británico hostil y a un mundo árabe unido que preparaba una guerra de aniquilación. La victoria fue milagrosa y la ganaron el ingenio de David Ben Gurion y el heroísmo de los soldados en el terreno. A los historiadores les correspondió la tarea de reconstruir este heroísmo en el campo de batalla, seguir las decisiones tácticas tomadas

en esta u otra coyuntura y ser prudentes para no ser hipercríticos con las decisiones y elecciones de los líderes².

Los revisionistas o «nuevos historiadores», como se los conoce, rechazan los presupuestos básicos sobre los que se sustenta la memoria colectiva israelí de la guerra. El resultado final consistió en que, colectivamente, estas obras representaban un ataque directo a los mitos fundacionales de Israel. Su versión es en muchos sentidos la versión del capítulo cuatro de este libro relativo a la limpieza étnica de Palestina y la relativa facilidad con la que el nuevo Estado judío rechazó a las tropas árabes que habían penetrado en Palestina con la intención de salvar a su pueblo y quizá de anexionar territorios a su propio país.

DESIONIZAR OTROS PERIODOS

Los «nuevos historiadores» de Israel, como acabó siendo conocido el grupo que escribió sobre el periodo de 1948, decidieron retrotraerse cronológicamente y comenzaron a revisar la historia sionista temprana anterior a 1948. Fue una obra emprendida sobre todo por sociólogos que emplearon teorías y metodologías que sus colegas no habían empleado hasta el momento y que reemplazaron y corroboraron una reivindicación ideológica más franca. Su perspectiva teórica les permitió contemplar el sionismo como un movimiento colonial sin que se los acusase de haber adoptado abiertamente el discurso palestino. Pero aun sin adoptar el prisma colonialista, el uso de herramientas metodológicas neutrales permitió a los sociólogos examinar, con ayuda de las teorías de la dominación y cooptación, la naturaleza dictatorial y arbitraria del sistema político judío durante el periodo del mandato³. La metodología neutral creó un discurso profesional hoy en día aceptado por la mayor parte de los investigadores que trabajan sobre el sionismo en Israel, al margen de los que están estrechamente vinculados al *establishment*. De este modo, «redención de tierras» se convirtió en ocupación, *oleh* en inmigrante, «trabajo hebreo» en expulsión, etcétera.

Los «nuevos historiadores» también trabajaron sobre periodos más recientes y comenzaron a «reconstruir» los inicios de la década de 1950. De nuevo fueron principalmente los sociólogos quienes reconstruyeron

² Para una descripción detallada, véase PAPPE (1993).

³ Ejemplos notables de ello son S. Smooha (1981) y Y. Shapira (1993).

una imagen que hacía frente a la memoria colectiva nacional por la que el joven Estado de Israel aparecía como el crisol en el que se encontraban y vivían felices para siempre gentes venidas de todas las diásporas. El primer paso consistió en sacrificar la vaca más sagrada de Israel, la seguridad por encima de todas las cosas. Los sociólogos rechazaron las explicaciones del gobierno de que los judíos norteafricanos habían sido reducidos a los márgenes geográficos y sociales de la comunidad sólo por motivos de seguridad y defensa nacional, razones que también justificaban la imposición de un régimen de *apartheid* para los palestinos residentes en Israel. Desenmascararon estas políticas por racistas y nacionalistas. Como se mencionó anteriormente, la mayor parte de estos investigadores relacionaban el maltrato infligido a los judíos mizrahis con la discriminación ejercida contra la minoría palestina en Israel. *Orientalism* de Edward Said fue un excelente punto de partida para deconstruir al régimen israelí como «oriental»⁴.

También se hicieron notables progresos en la investigación de otros aspectos relacionados con el predicamento de la minoría palestina en Israel. Naturalmente ya se habían escrito antes obras críticas al respecto, pero el desarrollo fundamental de la nueva investigación ha tenido una doble vertiente: llevaba aparejada una ampliación de la evaluación crítica de las relaciones árabe-judías en el Estado, y, lo que es aún más importante, ha aumentado significativamente el número de académicos palestinos en Israel dispuestos a ocuparse de su pasado, a pesar de que el número de palestinos que imparten docencia en las universidades israelíes sigue siendo muy reducido y no supera a la veintena de personas de entre los novecientos docentes. Los politólogos fueron aún más allá. Vincularon el pasado al presente, y comenzaron a considerar a Israel una sociedad militar. Realizaron análisis en los que Israel aparecía como un jugador activo, y no meramente reactivo, en el mapa regional. La inestabilidad y el conflicto de Oriente Medio se consideraron también fruto de las acciones de Israel, y no sólo del «radicalismo árabe» o de la «intransigencia árabe»⁵.

La nueva crítica no soslayó como objeto de investigación académica ni siquiera una cuestión tan delicada como la del Holocausto. Se

⁴ Shohat (1988).

⁵ Véase, por ejemplo, BEN-ELIEZER (1995), CARMÍ y ROSENFELD (1989), ERLICH (1987) y Kinmerling (1993).

prestó especial atención a la conducta de los líderes judíos locales durante la época del Holocausto. En *The Seven Million*, Tom Segev presenta a los líderes locales en vísperas del Holocausto preocupándose sólo por salvar a los judíos que quieren emigrar o que son capaces, física y mentalmente, de contribuir al éxito de la comunidad. Además en *From Catastrophe to Power*, de Idit Zertal, encontramos a los sabras tratando a los supervivientes y a sus problemas de manera altiva y degradante, una actitud que dejaría profundas cicatrices en el alma de los que sobrevivieron al Holocausto y marcharon a Palestina. En su obra más reciente, la «nazificación» de los árabes se presenta como uno de las consecuencias principales de la cínica manipulación de la memoria del Holocausto en Israel⁶.

Hacia finales de la década, el postsionismo salió del mundo académico y alcanzó el dominio público. Esta transformación se inició primero en la línea divisoria que separa al mundo académico de la literatura, el cine y el teatro, donde más libros académicos comenzaron a deconstruir el papel de la ideología sionista en otros medios distintos del universitario. Los escritores desenterraron este papel en novelas, en el cine y el teatro. Con ello pusieron los cimientos para los estudios culturales en Israel y conectaron con mayor facilidad con el mundo existente fuera de la torre de marfil de la Universidad.

POESÍA, MÚSICA POP Y LITERATURA POSTSIONISTA

En Israel se diferencia claramente entre literatura de ficción y poesía. Muy pocos escritores en prosa han cruzado las líneas consensuadas o están dispuestos a aceptar que trabajan con las restricciones de una orientación ideológica que les viene impuesta por el sionismo. Por su parte, para los poetas resulta más fácil experimentar con puntos de vista alternativos sobre el pasado y el presente, en especial el palestino. Los males de la ocupación israelí de Cisjordania y la franja de Gaza se describieron en algunas canciones populares, cantadas sobre todo por mujeres, y directamente en poesía política. La Guerra del Líbano empujó a algunos poetas de renombre a escribir una poesía pacifista, o por lo menos antibelicista. Ya en noviembre de 1983, Hanan Hever y Moshe Ron publicaron una

⁶ Segev (1991) y ZERTAL (1996 y 2005).

antología de poemas contra la guerra⁷. La tendencia continuó durante la intifada y varias colecciones de los poemas más provocadores se publicaron a finales de la década de 1980, siendo la más célebre la antología de Ilana Hamerman y Roli Rosen, titulada *Poets will Write no Poems* (1990). Pero hay que tener en cuenta que la poesía no está tan extendida en el país, y como resultado, por radical que sea, rara vez influye en los análisis políticos incluso cuando se convierta en un tema sumamente fascinante en círculos académicos.

Por lo que respecta a los cantantes de pop de la tendencia dominante, que en Israel emulan la industria del pop occidental, es preciso decir que, con todo, los cantantes más populares de este tipo de música no se atreven a poner en peligro su relación con el gran público. Una excepción interesante es la estrella del pop Aviv Gefen, uno de los cantantes más populares de Israel, que introduce en sus letras críticas al militarismo israelí, aunque a veces un tanto simplistas. Se negó a prestar servicio militar cuando, conforme a las leyes del servicio militar obligatorio, fue llamado a filas. Dado que es fundamentalmente un empresario con actuaciones que entran dentro de la escala establecida por Michael Jackson, es en la actuación y no en el mensaje en donde reside su popularidad. Con todo, representa un cierto cambio en la tolerancia local respecto a letras no conformistas que puede ser precursora de una aceptación mayor de ideas menos nacionalistas por parte de los adolescentes.

Otra manifestación de la expansión de las perspectivas postsionistas fue el aumento de la traducción de poesía árabe y palestina. En la década de 1980, una publicación mensual, *Iton 77*, comenzó a traducir regularmente esta poesía al hebreo. El contacto personal con los poetas palestinos ha contribuido también a crear una sensibilidad poética más radical.

La música árabe también llegó a Israel. La música regional, desde *Um Kulthum a Ra'i*, se recreó en versiones locales convirtiéndose en uno de los géneros musicales más populares de Israel. Desgraciadamente no se puede pretender que la música sin letra, la comida o el folclore sean puentes entre la sociedad judía y el mundo árabe. El proceso es fundamentalmente de apropiación por parte de una fuerza política dominante de productos culturales, lo que atrae a una gran parte de la población, los judíos mizrahis. Carece de impacto político o, por eso

⁷ HEVER y RON (1983).

mismo, de impacto cultural sustancial sobre la identidad y el comportamiento del Estado de Israel. La mayor parte de los partidos de la derecha interpretan incluso estas melodías en sus encuentros y mítines.

Un pequeño número de historias palestinas y egipcias han sido traducidas al hebreo. Las palestinas, en particular, conllevan un mensaje político. Pero no son ampliamente difundidas ni tienen muchos compradores, y las obras de los autores judíos postsionistas suponen un desafío mayor para la ideología sionista hegemónica. Aunque no es fácil enumerar más que unas cuantas obras, estos autores fueron bastante prolíficos durante la década postsionista y ofrecieron nuevas perspectivas que no era posible hallar entre los escritores en hebreo más canónicos. Uno de estos escritores es Shimon Balas, un autor que ha sido bastante famoso en Iraq y que algunos críticos literarios de renombre ignoraron, mientras otros despectivamente lo clasificaban como representante sólo de una forma «primitiva» de literatura. No hace falta decir que las editoriales seguían las preferencias de los expertos y sus obras se rechazaban como no rentables y como productos de valor cultural inadecuado. Como ha señalado Yerah Gover de manera sucinta en su libro *Zionism*, en el que entre otras cosas analiza la obra de Balas, Balas ofrece una versión contraria. Junto a Albert Swisa, otro autor israelí de origen norteafricano, se ve a sí mismo como judío árabe, una identidad conferida a uno mismo que los defensores genuinos o cínicos del sionismo en Israel sólo pueden contemplar como una traición. Los héroes de Balal critican el orientalismo sionista, así como el occidental. Como persona que creció en el Iraq comunista, Balas critica también la buena disposición de los árabes en general para interiorizar su orientalismo. El suyo es un enfoque muy raro en la literatura canónica israelí⁸.

Gover también menciona a Sami Michael, un escritor más conocido en Israel que Balas y Swisa entre los escritores israelíes de la oposición mizrahi. Las primeras obras de Sami Michael presentaban la historia de Israel a través de los ojos de israelíes de origen palestino y contribuyeron definitivamente a abrir nuevas perspectivas para el lector hebreo. La traducción al hebreo de las novelas del difunto Emil Habibi, en las que reconstruía los aciagos días del régimen militar que Israel impuso a los palestinos hasta 1966, tuvo un efecto parecido. En este contexto es preciso mencionar una reciente novela del poeta Yitzhak

⁸ GOVER (1994).

Laor, *The People, Food Fit for a King* (1994), que, de modo muy similar a la obra de Balas, es otra manifestación más de contranarrativa. En esta novela se emplea todo recurso literario posible, desde los nombres y el lenguaje de los héroes hasta la manera en la que se desarrolla el argumento, para poner en solfa todo tópico básico de la sociedad israelí. Es la historia de una unidad militar a punto de entrar en la Guerra de los Seis Días, con más de un final y en la que se sacrifica a más de una vaca sagrada israelí. Finalmente, no deberíamos olvidar los documentales de David Grossman sobre la ocupación israelí y el estatus de los palestinos en Israel, que tuvieron amplia difusión y fueron presentados con un formato periodístico nuevo, con imágenes y sonido por lo general inaccesibles a muchos judíos de Israel¹⁹.

Estos humildes comienzos en el campo de la poesía y la literatura familiarizaron a los lectores judíos de Israel con otro punto de vista, antisionista, postsionista o palestino, de la realidad local. No obstante, no deberíamos deducir que estos encuentros condujeron inevitablemente a reconocer la legitimidad o aun la validez de esta postura.

TEATRO Y CINE POSTSIONISTA

En un libro reciente en el que se discute la imagen del «árabe» en el teatro israelí, Dan Orian ofrece una imagen exhaustiva de la manera en la que ha sido percibido el «árabe» en las obras de teatro israelíes a lo largo de la existencia del Estado de Israel. En la mayor parte de las obras, el árabe es una figura superficial, unidimensional, hacia la que el dramaturgo muestra odio, miedo y hostilidad. Los directores añaden a esta manifestación racista una serie de modelos árabes de conducta «típicos», como el atuendo desaliñado, el ceceo, etcétera. Estos rasgos eran característicos de las obras de teatro desde 1936 y no se limitaban sólo a obras producidas por la «derecha» o por los «halcones», pues la mayor parte de las gentes del teatro son de izquierdas²⁰.

Con la llegada de una generación más joven de escritores y directores de teatro, que introdujeron ideas pacifistas en sus trabajos, se produjo también un cierto cambio dentro de este enfoque monolítico. Hanoch

¹⁹ GROSSMAN (1987 y 1992).

²⁰ ORIAN (1995).

Levin, al que mencionamos anteriormente, fue uno de los primeros en expresar la fatiga total que le suponía la experiencia de vivir en una sociedad que quería y en cierto modo se comportaba de modo servil frente al dios del militarismo. Como en otros círculos artísticos, en el teatro israelí la autocrítica se limitó al Israel posterior al periodo de 1967 y se centró en las implicaciones morales que conllevaba para la sociedad judía israelí el mantenimiento de la ocupación. Ya he mencionado esto en relación con el movimiento Paz Ahora, con el que se identificaba mucha gente de teatro. Esta autocensura en la periodización, en la que 1948 sigue siendo un tabú, resulta muy clara si examinamos las obras de teatro de Paz Ahora, que aparecieron desde la Guerra del Líbano. Todas ellas reconocían la opresión de los palestinos desde 1967, pero les preocupaban más los posibles efectos negativos que tenía la opresión sobre el carácter «democrático y la moral» de la sociedad israelí. De ahí los personajes palestinos en obras famosas como *Palestinian Woman* de Yehoshua Sobol (1985) o *Ehad Meshelanu* («Uno de nosotros»), de Benny Barabash (1988), donde son seres humanos enigmáticos y figuras monolíticas, que desempeñan un papel secundario junto a los héroes judíos que disparan, matan y torturan, pero a continuación se arrepienten (incluso el título de la obra de Sobol sugiere una heroína anónima).

También hay un enfoque distinto, aunque marginal en términos comerciales y en lo que se refiere a efectos políticos. Aparece o bien en obras palestinas traducidas o en obras originales israelíes no sionistas. Una de las obras traducidas que aparecieron en ese momento de gracia postsionista fue una adaptación hebrea de *Men in the Sun*, de Ghassan Kanafani¹¹. La obra fue un total fracaso comercial, y por tanto sólo sirve como precursor potencial de lo que está por venir. En cambio, las obras originales son más populares. Algunas de las historias de Sami Michael fueron adaptadas para el teatro. Fueron las primeras en humanizar a los palestinos en el escenario local. Los palestinos de Israel se convirtieron en hombres y mujeres con nombres, historia y ambiciones propias.

En la obra de Izthak Laor, cuya novela mencionamos antes, encontramos un desafío mayor. Laor es un raro ejemplo de alguien que se desvía del enfoque introvertido de Paz Ahora. Su obra, *Ephraim Holech La-Zava* («Ephraim va a filas»), muestra menos interés por lo que sucede

¹¹ He trabajado esta y otras adaptaciones en Pappé (1995b).

a la sociedad israelí y se centra más en el sufrimiento de los propios palestinos como parte de una crítica general al militarismo israelí. La obra estuvo censurada durante una temporada hasta que se autorizó su representación. Contenía una descripción realista del mundo de los interrogatorios y torturas del Shin Bet durante la ocupación israelí de los territorios. En este contexto cabe mencionar también la aparición en el teatro alternativo de obras escritas por palestino-israelíes y una coproducción binacional en Jerusalén de una versión actualizada de *Romeo y Julieta*¹².

Otros los siguieron, pero no en gran número. El público israelí se hizo más consciente de la brutalidad de la conducta militar israelí sólo cuando la prensa unió sus fuerzas para revelar el lado más desagradable, en este aspecto el único, de la vida en los *shetahim*, el término hebreo, «los territorios», que es una definición del espacio al margen de la geografía y de naturaleza apolítica.

En Israel la industria del cine siguió un camino parecido. Al principio en el cine comercial no había gran cosa, a diferencia del departamento correspondiente en la televisión nacional. Mientras Israel tuvo un canal nacional de televisión, se hizo un gran esfuerzo de inversión en la producción de obras dramáticas locales. En Israel, la obra dramática local es siempre política y nacional, y de este modo las de la televisión se convirtieron en el primer medio por el que los directores podían transmitir nuevas formas de pensar y una percepción distinta de la realidad. El director Ram Levi adaptó para la televisión una historia escrita después de la Guerra de 1948 por S. Izar, que cuenta la historia del maltrato sufrido por un prisionero de guerra árabe, dejando así que los espectadores viesan la importancia de semejante crítica de la conducta israelí respecto a los palestinos de los territorios ocupados¹³. El canal público de televisión archivó la película durante una larga temporada, pese a que el libro en el que aparecía la historia estaba considerado como parte de la literatura canónica. Los responsables políticos de la televisión nacional estaban preocupados no sólo por la crítica general a la que dio lugar la película, sino porque eran contrarios a que la

¹² *Romeo and Juliet* en coproducción del Khan (un teatro israelí de Jerusalén) y Al-Qasaba (un teatro palestino de Jerusalén) bajo la dirección de Fuad Awad y Eran Daniel en 1994.

¹³ Ram Levi también realizó un film en 1986, *Ani Ahmad* («Yo soy Ahmad»), en el que se exponen los problemas de los palestinos en Israel.

Guerra de 1948 se viese bajo una luz desagradable¹⁴. En su historia Yizhar relataba una tragedia que tenía lugar en un espacio ficticio indefinido, con lo que resultaba más fácil tanto para el escritor como para sus lectores digerir la posibilidad de que los soldados israelíes cometiesen atrocidades. Sin embargo, Levi le dio a la historia una localización más específica.

Mientras la industria del cine de ficción y comercial israelí era más lenta, pudo ponerse al final al nivel del enfoque crítico. Hasta comienzos de la década de 1970 había sido la agencia cultural más nacionalizada del país. Esto influyó en la manera en la que se mostraba a los árabes en la pantalla, como patéticas figuras estereotipadas. Más que en cualquier otro medio, aparte de la literatura infantil, las películas mostraban a un enemigo malvado, cruel y estúpido, que se rendía ante la superioridad del héroe israelí; argumento frecuente son los niños judíos capturando a terroristas árabes armados o a invasores sin más armas que sus manos¹⁵.

La Guerra del Líbano también hizo aquí las veces de catalizador. Los directores de cine israelíes se liberaron de su compromiso colectivo con el sionismo y prestaron voz en la pantalla a los desfavorecidos y a los individuos y grupos con menos posibilidades de Israel. Pero esto todavía entraba dentro de la crítica de Paz Ahora. Ninguna de las películas se atrevió a desviarse de la gran versión sionista o de los principales capítulos de la historiografía mítica impartida en las escuelas o universidades. A los directores de cine israelíes les resultó sencillo tratar el dilema palestino del Israel posterior a 1967 y prefirieron contar la historia del conflicto a través de un relato romántico y de carácter sexual. Con todo, era un avance impresionante en comparación con el Israel de la década de 1960 en particular. Y efectivamente, los palestinos se convirtieron en la pantalla en seres humanos reales, y a veces incluso en héroes¹⁶.

Las historias románticas, como se ha mencionado antes, eran el principal edulcorante que se ofrecía a los espectadores. En primer

¹⁴ *Hirbet Hiza* (un nombre ficticio que suena como el nombre típico de un pueblo árabe) se produjo en 1976 y fue inmediatamente censurada.

¹⁵ A comienzos de noviembre de 1996, Daniel Bar-Tal, de la Escuela de educación de la Universidad de Tel Aviv, demostró en su investigación que, en la mayoría de los libros de texto israelíes de todo el sistema educativo, los árabes eran representados como asesinos, villanos y amantes de la sangre (1998).

¹⁶ El film comercial más exitoso que ha utilizado la inversión de los roles fue *Meahorei Ha-Songim*, («Tras las rejas»), en el que un prisionero político palestino encabe-

lugar y antes de nada, el contenido romántico y sexual se vendía bien. Pero hay algo más. Una versión adaptada de *Romeo y Julieta* sirve de metáfora para las relaciones árabe-judías. Además, como en las películas americanas sobre minorías desfavorecidas, los «árabes» de estas películas israelíes son siempre hombres atractivos y mujeres hermosas. Esta tendencia a centrarse en las relaciones sexuales e íntimas es lo que los psicólogos denominan desplazamiento. Es un modo de evitar el reconocimiento racional por parte de los judíos de las reivindicaciones que hace la otra parte, la otra parte sólo tiene pasiones¹⁷. Sin embargo tiene sus efectos: los judíos aparecen como villanos y los palestinos como héroes. Esta inversión de los papeles convencionales desafía la imagen del árabe de la gran versión sionista. Evidentemente no hay trabajo académico que pueda lograr una audiencia similar y transmitir un mensaje tan claro. En una de estas películas, una que demostró ser un fracaso comercial, *Esh Zolvet* («Fuego cruzado»), el guionista fue más allá del tema de género y mostró de un modo extraño, como nunca se volvería a ver en una película de ficción del país, la perspectiva palestina de la Guerra de 1948. Se mostraba lo que sintieron los palestinos de Jaffa cuando Naciones Unidas adoptó la resolución relativa a la partición¹⁸. La película se exhibió hace unos años en el Canal 4 en el Reino Unido.

A lo largo de los últimos años de las décadas de 1980 y 1990 la industria del cine siguió un proceso de radicalización genuina. El cine se convirtió en la vanguardia radical del intento judío local por reconsiderar la esencia del sionismo. Al igual que en el caso de la Universidad, el trasfondo de esta radicalización era sociopolítico. Iba aparejada con las ondas expansivas que creó el terremoto de 1982. Tras la guerra no consensuada del Líbano, el mundo académico, como los representantes y productores de la cultura en Israel, se manifestaron abiertamente como asionistas, contrarios al sionismo o postsionistas. Pero como nos recuerda Pierre Bordieu, la cultura tiene que vender, con el resultado de que estos

zaba un motín carcelario (Uri Barabash, 1984). Fue una de las muchas películas de las décadas de los ochenta y noventa en las que, por primera vez, los palestinos aparecían como héroes.

¹⁷ *Hamsin* (Moshe Gorahnik, 1988) fue la más famosa de su género. Era una historia de amor entre un trabajador temporal palestino y la hija de su patrón.

¹⁸ *Esh Zolvet* («Fuego cruzado»), dirigida por Gideon Gananiy y con guión de Benny Barabash (1989).

mensajes están constreñidos por consideraciones de naturaleza comercial que demuestran ser no menos importantes que el mensaje ideológico. No obstante, la capacidad para elaborar un mensaje radical y con relativo éxito muestra que, al menos en el mundo de los productores de cultura, ser no sionista es más que una moda pasajera. En efecto, es una evolución importante, que va paralela a la cultura contradictoria de la insularidad y la localización a la que animan las fuerzas del fanatismo religioso y del nacionalismo extremo. Estos dos procesos contradictorios han polarizado a la sociedad israelí, pero no hasta el punto de desintegrarla. Lo que sí ha hecho este movimiento bifurcado en dos direcciones culturales opuestas es cuestionar pretensiones antiguas de solidaridad judía y unidad de propósito, así como plantear preguntas interesantes sobre cómo se sostendría esta pretensión en el futuro frente a una crisis económica seria o a una guerra. Como muestran mis conclusiones y ocurrencias, Israel está mejor preparado para hacer frente a la segunda amenaza dado su arsenal de armas no convencional, bombas atómicas, etcétera.

A los directores de cine les resultó más fácil que a los escritores o a los representantes del mundo académico identificarse abiertamente con el grupo étnico, el género o el grupo nacional del que procedían. Así por primera vez disponemos de un medio que representa al mundo de los árabes judíos de Israel. El mundo de los judíos mizrahis es de privación socioeconómica, situación que sólo ha mejorado ligeramente con los años, lo que constituye una realidad frustrante que ha generado aún más frustración en contraste con la prosperidad de la clase alta asquenazí dentro del Estado. Las películas presentan la marginación geográfica de estos grupos (en ciudades en desarrollo y barrios bajos periféricos), su limitado acceso a los recursos financieros del país y su imagen distorsionada en la versión y el mito nacionales. Algunos de los directores de cine que trataban de la realidad mizrahi se ocuparon después o simultáneamente de los palestinos dentro y fuera de las fronteras de Israel. En *Hirbet Hiza*, Ram Levi, por ejemplo, trataba de ambos en la Guerra de 1948, y de las ciudades en desarrollo en una película titulada *Lehem* («Pan», 1985). Aquí describe el lúgubre mundo de una familia marroquí sin trabajo en una deteriorada ciudad en desarrollo del sur. Pero aun con esta ola radical, el predominio asquenazí sigue siendo evidente. No pocas de estas películas se produjeron desde el punto de vista de unos pocos *yuppies* antisionistas de Tel Aviv, lo que supone que tienen objetivos políticos, más que sociales. La

identificación con el «otro» se produce más con los lejanos palestinos que con los mizrahis de al lado.

Uno se pregunta cómo se acogerían entre el público relativamente amplio de espectadores de las áreas económica y socialmente más deprimidas películas que tratan de las relaciones árabe-judías. Algunas de estas películas se exhibieron durante semanas y hay algún indicio de que resultaban lo suficientemente interesantes como para crear empatía o al menos interés. Fuera lo que fuese, al menos parte de su mensaje radical debió de aceptarse. Mostraban a los israelíes como ocupantes y colonialistas, y a los palestinos como los «nativos», los «locales» y «el otro»¹⁹. Como señaló Jad Ne'eman, estas películas recientes constituyen una crítica radical al sionismo como esencia, ya transmitan el mensaje en el texto o en los subtextos de la película. El mismo Ne'eman es simultáneamente un director de cine que desafió los tópicos sionistas y un investigador que publicó algún trabajo sobre las implicaciones ideológicas de estas películas²⁰.

Una o dos películas han ido más lejos que cualquier otro medio a la hora de tocar los nervios más sensibles de la sociedad. Tratan de la manipulación del Holocausto en el panorama y el discurso político israelíes. En concreto, una de las películas, *Roveh Huliot* («Pistola de juguete»), transmite el malestar israelí ante la posible vinculación entre el deseo nazi de aniquilar a los judíos en Europa y el deseo sionista de que se llevase a cabo la expulsión de los judíos de Europa en beneficio de la comunidad judía de Palestina²¹.

Pero aun en el caso de estos impresionantes recorridos por el pasado y la verdad, cuando se trata de presentar al «otro», las películas, como las obras de teatro, estuvieron limitadas por la necesidad de dar una imagen israelí del lado palestino. De este modo, el otro lado sólo puede entenderse si sus héroes actúan a la manera israelí o si suscriben la idea israelí de la realidad. Por ejemplo, en la película *Avanti Popolo*, un soldado egipcio cita a Shakespeare y a Shylock para transmitir la idea de que ambos lados comparten valores humanos; los israelíes tienen necesidad

¹⁹ Una película semejante fue *Geshier Zar Meod* («Un puente muy estrecho») (Nissim Dayan, 1985).

²⁰ La película *Masa Ahukot* («Traslado de camillas a marchas forzadas» —un término utilizado para describir uno de los más exigentes ejercicios militares que los novatos israelíes experimentan en el ejército—), del director Jad Ne'eman (1977).

²¹ *Roveh Huliot* (director Ilan Mershenson, 1979).

de ser vistos como una sociedad europea, los egipcios no²². Incluso en el caso de esta sensible y hermosa película, los egipcios hablan en un dialecto palestino, pues son actores palestino-israelíes los que interpretan el papel; como si la idea que estuviese transmitiendo fuese la de que al fin y al cabo todos son «árabes». No hace falta saber nada sobre las historias e identidades individuales. Así, los israelíes que ven la película podrían inferir que los egipcios tienen un problema de identidad similar al que preocupa a los judíos de Israel. No obstante, en Israel la industria del cine de ficción ha demostrado ser el medio más audaz a la hora de exponer los dilemas y tabús más delicados. Los directores de cine de no ficción, sobre todo en la televisión nacional, se han cohibido más. La televisión israelí ha estado, y sigue estando, repleta de documentales históricos o docudramas. Este género en concreto es leal a la versión oficial y muestra escasa simpatía o comprensión respecto a las posturas del otro lado. Es obvio cuando se emiten películas sobre los refugiados palestinos, el comentario que las acompaña o la interpretación no revelan siquiera un mínimo de compasión. Por cierto, la palabra «refugiados» se utiliza en estas películas rara vez²³.

Amos Gitai destacó como un director excepcional de cine de no ficción junto a varios palestino-israelíes que han trabajado en este género (como Nizar Hasan en su película *Istiqlal*). En una de sus películas, *Bait* («Casa»), Gitai cuenta la historia de la una casa de Jerusalén que está siendo restaurada. La casa, que pertenecía en 1948 a un médico palestino, fue confiscada por los israelíes y comprada por inmigrantes judíos procedentes de Argelia. La casa, por lo general símbolo de seguridad, se convierte en símbolo del conflicto. La película no se cuestiona la legitimidad de la familia judeoargelina que se ha establecido en ella, pero no deja de reconocer plenamente la legitimidad de la reivindicación palestina. En *Istiqlal* («Independencia»), Nizar Hasan cuenta la historia de una aldea palestina en Israel, que sigue siendo palestina pese a la coacción, a la abnegación, la cooptación y la confiscación. Pero para el público judío israelí es siempre el «descubrimiento» judío de los pecados del pasado lo

²² La idea de apropiación la extraigo de LAOR (1994).

²³ En 1988 los historiadores establecidos ayudaron a producir una versión propagandística de la Guerra de 1948 llamada *Ohalei Ha-Palmach* («Las tiendas de campaña del Palmach», con la dirección de Gil Sadan). Un año después, un director más controvertido (Nissim Dayan), con una inspiración más revisionista, produjo una película más equilibrada con el mismo título.

que choca y tiene un potente efecto. Una de estas películas es *Mbea'd Le-Re'alat Haqalut* («Tras el velo del exilio», 1992), de David Ben Shitrit. El film retrata a tres mujeres palestinas y sigue sus vidas a través de un prisma que está totalmente basado en la versión histórica palestina. Si no estoy equivocado, es el único film en el que se ha mostrado en la pantalla a los camiones israelíes cargados con palestinos expulsados.

Y también estaba la serie de televisión *Tekkuma*, que era en lo fundamental un producto postsionista. La serie se emitió como parte de los actos en conmemoración por el jubileo de Israel en 1998. Sus veintidós capítulos trataban de reconocer las versiones de todos los que fueron víctimas de los proyectos sionistas o de la política israelí en el pasado. Pese a que se expresaba con cautela, no tardó en lograr irritar al sistema político, que la consideraba antipatriótica. Fue una joya adecuada para la corona de la televisión postsionista de la década de 1990-2000.

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN POSTSIONISTAS

A través de los años, la prensa israelí se ha impuesto a sí misma una censura sin precedentes en el mundo democrático. Ello se hace bajo la dirección de un comité de editores en jefe, nombrados a sí mismos, que se reúnen con el censor militar y aceptan sus directrices en materias relativas a la seguridad del Estado. Además, de modo menos formal, la prensa no se desvía del consenso sionista en la orientación de sus editoriales, en el tono de los reportajes o en los demás artículos. Sin embargo, siempre ha permitido una buena dosis de libertad de expresión y diversidad de opinión —éste es el motivo por el que los investigadores del postsionismo han llegado a ser conocidos por el gran público— y, en los últimos años, algunos de los periódicos incluso se han enfrentado al censor militar. Esta situación, por un lado con una censura nacional autoimpuesta, y por el otro intentando servir de plataforma liberal para un mercado de las ideas, tuvo su reflejo en la manera en que los medios de comunicación escritos y electrónicos presentaban a árabes y palestinos. En la década de 1980 un diario, *Hadashot*, intentó emplear un discurso diferente, más neutral y a veces incluso radical, pero no pudo sobrevivir debido a problemas financieros. En cierto modo lo sustituyó el periódico local de Jerusalén, *Kol Ha'ir*, como el único periódico de Israel que seguía teniendo reportajes imparciales, esto es, radicales a ojos israelíes, de los acontecimientos diarios del país y la región.

En otros sitios, los aspectos informativos de las noticias seguían reflejando el espíritu nacional dominante, ya fuese en la radio, la televisión o la prensa, incluso a pesar de que el ambiente postsionista produjo algunos cambios. Mientras en el pasado no se mencionaba en absoluto la versión palestina o árabe de los sucesos y acontecimientos de los años previos, ahora se la menciona algunas veces, pero con una evidente preferencia por «nuestra» versión. La prensa todavía distingue entre árabes y judíos muertos en accidentes de tráfico, creando de este modo inadvertidamente un baremo de la tragedia. El término normal, *Beni Miutim* («miembros de los grupos minoritarios») hace caso omiso de la identidad nacional de los árabes en Israel. Además, los que entrevistan a palestinos o árabes, ya pertenezcan a la televisión o a la radio, todavía se comportan como si representasen al gobierno o al menos el punto de vista del consenso. Fue en esas secciones y programas dedicados a distintos puntos de vista y opiniones donde se reveló durante la década postsionista que el espectro de opiniones era más amplio. En 1989, los comentaristas, especialmente los de la prensa, comenzaron a llevar a los hogares sistemáticamente lo que la televisión nacional y la radio no se atrevían a presentar: escalofriantes descripciones de brutalidades e injusticias cometidas diariamente contra la población de los territorios ocupados. Entre estos reporteros destacaron Gideon Levi y Amira Hess, de *Haaretz*, por su persistencia a la hora de acercar diariamente al lector israelí las tragedias humanas personales que nacían de la ocupación. Un recién nacido muriendo junto a una de las barreras de control del ejército, un herido de dieciséis años encadenado en el hospital de Hadasa sin que los médicos le prestasen la mínima atención o médicos israelíes tratando a prisioneros torturados antes de que se los llevasen de nuevo a la cámara de tortura.

Los suplementos literarios de la prensa escrita y, hasta cierto punto, los debates en los medios electrónicos sirvieron de canal a través del cual la opinión pública se hizo consciente del debate académico sobre el comportamiento de Israel en el pasado y en el presente como sociedad y como Estado. De este modo términos como «postsionista» o «nuevos historiadores» entraron a formar parte del discurso cultural local. Se utilizaban como términos de exclusión para definir claramente quién pertenecía al «pueblo de Israel» y quién no. La existencia de una voz crítica antisionista le vino muy bien al centro político para crear un equilibrio entre los «fanáticos» de la izquierda (que escribían artículos) y los de la

derecha (que masacran a los palestinos y a los árabes), así como para presentar al sionismo dominante como una opción política y moral sana. Sin embargo, para algunos los términos se utilizaban para indicar una postura israelí menos rígida y más pacífica frente a los palestinos o al mundo árabe.

También hubo más intentos institucionales para crear en Israel una nueva clase de periodismo. Periódicos como *News from Within* (tenía una versión hebrea, *Mezad Sheni*) constituyen un buen ejemplo en tanto que abren una ventana hebrea no sólo respecto a la posición palestina oficial, sino también cara a los grupos de oposición palestinos. Aunque por ahora no haya tenido éxito, es un intento interesante por crear un frente capaz de integrar a grupos tales como Hamas, las organizaciones de rechazo de la izquierda palestina, los palestinos residentes en Israel, los judíos mizrahis de las ciudades en desarrollo y las organizaciones feministas. Pero si es muy leído —se trata de un semanario enviado a gente interesada— deberá servir para abrir los ojos al lector israelí de prensa convencional.

A comienzos de 2000 era posible evaluar el impacto que el postsionismo podría tener como fenómeno cultural en la sociedad israelí en general. Como no se convirtió en una opción política o en una posición, siguió siendo un modo de pensar capaz de influir en otras esferas de la actividad humana, entre las cuales destacan los ámbitos de la educación y los medios de comunicación. Los medios universitarios postsionistas, desempeñando tareas consultivas, podían influir en los programas, en los libros de texto, en los documentales de televisión y, hasta cierto punto, a través de los medios escritos y electrónicos, en el discurso público. Una rápida ojeada a la relación de nombres que aparecen en la segunda mitad de la década de 1990 en las listas de asesores de la industria de cine documental revela que de vez en cuando se recurrió al asesoramiento de un personaje procedente del mundo académico más crítico y de mentalidad abierta para la realización de un producto que alcanza a millones de hogares en Israel. Pero estamos hablando de «información abierta», esto es, desconocemos cómo se han recibido los nuevos mensajes.

El impacto del postsionismo quizá fue más impresionante en el sistema educativo. Durante aquellos años se invitó a los académicos a colaborar en la preparación de los programas educativos. En este terreno aún es más difícil y sin duda prematuro juzgar el impacto de

este asesoramiento. Además, en Israel los pedagogos sólo se han incorporado recientemente a esta investigación académica y cultural. Muy pocos de ellos están ya preparados para deconstruir el sistema educativo y descubrir en él el papel dominante de la ideología. Un factor disuasorio lo constituye el hecho de que una deconstrucción de esta naturaleza requiere un cierto nivel de familiaridad con la crítica post-modernista o neomarxista, que no resulta fácil como una orientación coherente de educación alternativa. De hecho mientras los académicos con espíritu crítico no pudieron ofrecer un sistema educativo alternativo —una alternativa multicultural o marxista o propalestina o simplemente humanista— no lograrían convencer a la opinión pública de la importancia de su crítica.

En términos más generales, sería justo señalar que a finales de la década, las novelas, las obras de teatro y las películas que han rebasado gravemente la versión sionista y su imagen negativa de los árabes han quedado fuera del escenario de la literatura canónica israelí. Tampoco se las puede tomar como representación de la posición cultural dominante: no pertenecen al grupo hegemónico de los creadores de la cultura israelí. No obstante, es posible resumir el fenómeno en los siguientes términos: los «nuevos historiadores», poetas, escritores, directores de cine y dramaturgos forman parte del sistema que produce y conforma la identidad cultural israelí, y tienen que haber tenido algún efecto en aquellos años, aunque sea limitado dada su posición marginal.

La crítica postionista fue una manifestación de la crisis de identidad por la que pasaba la sociedad judía en Israel después de haberse presentado la posibilidad de paz en 1993. La paz puede debilitar al aglutinante que mantiene unida a una sociedad y agravar las disputas internas y los conflictos, especialmente cuando la cohesión de una sociedad está fundamentada en la existencia de un enemigo exterior común. Además, el éxito económico relativo y la tranquilidad llevan a los grupos deprimidos a reclamar su parte y muestran la tensión irresoluble entre el deseo, o mejor la pretensión, de ser una democracia y mantener simultáneamente el Estado-nación judío. Para que en Israel haya una paz genuina es preciso un cambio radical y fundamental en la mentalidad israelí, en las ideas elementales respecto a los árabes en general y a los palestinos en particular. Los fenómenos descritos antes suponen que un pequeño número de personas con acceso a la opinión pública a través de las universidades, las escuelas, la prensa y los

museos, disponen de puntos de partida para llevar a cabo semejante transformación. El principal punto de partida era aceptar que la realidad de nuevas voces desafiantes que ponían en cuestión los tópicos utilizados en Israel puede interpretarse en una clave no sionista, o al menos reconocer que de hecho la identidad cultural de Israel es no sionista y pluralista.

La identidad cultural de una sociedad está modelada por una parte por la realidad histórica y contemporánea, y por otra por lo que puede denominarse una «conciencia cultural» dictada desde arriba. A veces esta «conciencia cultural» distorsiona la realidad, al tiempo que aspira continuamente a transformarla. La identidad cultural de Israel a finales de la década del postsionismo, en los mismos inicios del año 2000, podría resumirse como un producto cultural modelado por un lado por la herencia y la geografía humana de la tierra de Palestina, y por el otro por una «conciencia cultural» sionista que todavía intenta conferir a esta tierra una nueva identidad. Este intento tiene que hacer frente al desafío que supone la realidad sobre el terreno, los palestinos del interior y del exterior de Israel, así como los grupos culturalmente desfavorecidos que hay dentro del Estado. No se trata tanto de un fracaso para imponer por la fuerza una nueva identidad a la tierra —el sionismo e Israel son agentes muy poderosos de cambio—, sino más bien de la incapacidad de asumir a las víctimas del éxito sionista y las implicaciones de esta poderosa transformación de la naturaleza e identidad del país. El poder para desafiar sigue estando ahí y lo utilizan con frecuencia los palestinos que viven dentro y fuera del país, los judíos traídos a la fuerza de países árabes y un número reducido de individuos que, como este escritor, han nacido en el país después de la creación del Estado y que ahora manifiestan su disconformidad.

En lo que he denominado la década postsionista, la identidad sionista del país y la sociedad estaba socavada no sólo por los «nuevos historiadores» o los novelistas antisionistas. Las reivindicaciones políticas de los grupos desfavorecidos, la persistencia de la ocupación de Cisjordania y la franja de Gaza, el proceso de paz, todo esto ha contribuido al proceso de convertir al sionismo o bien en un anacronismo o, lo que es peor, en un concepto que sólo se puede llevar a la práctica mediante una política agresiva como la adoptada por los colonos. Esta evolución comenzó en 1977, cuando la hegemonía de la elite política asquenazí se vio desafiada por primera vez, continuó con la Guerra de Líbano de

1982 y la intifada, y culminó con el asesinato de Rabin y las elecciones de 1996 y 1999. Pero incluso antes de que tuviesen lugar estos dramas, la inmigración de judíos de países árabes confirió a la sociedad israelí una identidad cultural más próxima a Oriente Medio. La cultura árabe había sido extirpada sirviéndose de la fuerza desde la primera generación —se les negó el derecho a utilizar su lengua nativa, el árabe, en público—, pero sigue estando presente en la música que se escucha en las ciudades en desarrollo, así como en la gastronomía y el folclore. Ahora vuelve a resurgir en la literatura, la poesía y la política. Pese a estas manifestaciones, se puede percibir la añoranza por las raíces «árabes», que, en algunos casos, está mezclada con xenofobia y racismo contra los palestinos y los árabes en general. Esto ha dado lugar a una mezcla absurda alimentada por los partidos políticos asquenazíes en el poder. No obstante, si el impulso por revelar la verdadera, la auténtica identidad de las gentes de la nación llegase alguna vez a liberarse de las interpretaciones exclusivamente nacionalistas de la realidad, podría constituir una fuerza poderosa para desionizar Israel. Sin embargo, todo esto se detuvo o llegó incluso al final con el estallido de la segunda intifada.

La trayectoria del suicidio: la defunción de Oslo y el sendero de la perdición

El proceso de Oslo fue declarado difunto e irrelevante cuando todavía se publicaba la primera edición de este libro. En vez de llevar la paz a un país desgarrado, los esfuerzos pacificadores condujeron a un nuevo derramamiento de sangre a comienzos del siglo XXI. La Palestina política, Cisjordania y Gaza, estaba en guerra con Israel y la consecuencia fue la ocupación de buena parte de su territorio. Ello suponía que la Palestina histórica, aparte de algunos fragmentos de la franja de Gaza, quedaba bajo absoluto control del Estado judío. Incluso antes del estallido de esta última oleada de violencia era evidente que el acuerdo de paz de la década de 1990 estaba destinado al fracaso. Ya en 1995, la mayor parte de los palestinos entendían el proceso de Oslo como una forma más de ocupación, mientras la mayoría de los israelíes pensaban que no había logrado garantizar su seguridad personal. Para las dos comunidades parecía inútil ponderar si los líderes ya preveían esta desafortunada situación o si se había tratado de un proceso genuino de paz que, pese a la buena intención de los políticos, se había ido a pique.

Una década después soy de la opinión de que el problema principal residía en que las consecuencias prácticas de la Declaración de Principios que Yasser Arafat, Bill Clinton y Yitzhak Rabin firmaron en los jardines de la Casa Blanca el 13 de septiembre de 1993 tenían escasa relación con dichos principios. Lo que determinó cómo se pondrían en práctica estos principios fue el equilibrio de poder, y la balanza se inclinaba totalmente del lado israelí. Los negociadores israelíes actuaron con muy poca generosidad o sensibilidad. Por su parte, la debilitada delegación palestina no podía oponer resistencia, pues carecía de cualquier peso significativo ante los israelíes o los norteamericanos tras la serie de contratiempos que había sufrido la OLP y que afectaron a su posición internacional: el derrumbamiento de la Unión Soviética, el funesto apoyo a Sadam Hussein en la Guerra del Golfo y la crisis financiera que vació las arcas de la OLP.

Así pues, Israel pudo imponer su propia versión para la solución del problema palestino: un Estado judío fuerte dominando un pequeño protectorado palestino. No ofrecía una solución al problema de los refugiados ni una presencia palestina significativa en Jerusalén o la soberanía de la ciudad. Este «acuerdo» se mantuvo durante los gobiernos de Rabin, Netanyahu, Peres y Barak, entre 1993 y 2000. Como demostraron las elecciones israelíes de 1996, su estrategia era muy popular entre la población judía; la mayoría de los votantes judíos deseaba que la versión israelí de los acuerdos de Oslo se aplicase de manera aún más dura, como defendía el Likud. Pero para los israelíes, el mayor atractivo de Oslo era que se podía aceptar esta interpretación minimalista sin poner en peligro el consenso sionista con la elite política gobernante. Inmediatamente después de las elecciones de 1996, Yossi Beilin, una de las palomas dirigentes del Partido Laborista, comentó que creía que el partido y el Likud podrían encontrar una base común para firmar la paz¹.

De manera trágica, la exacerbación de la discordia ideológica en la política sionista abocó en el asesinato de Rabin. El asesino representaba a la extrema derecha del movimiento de los asentamientos, que temía, sin fundamento, que Rabin estuviese dispuesto a llegar a un acuerdo con los palestinos para lograr la paz. Rabin estaba dispuesto a dismantelar los asentamientos que estaban aislados, pero no quería arriesgarse a una confrontación total con el movimiento de los asentamientos, y esperaba forzar a los palestinos a aceptar un Estado diminuto a cambio de la paz total. Las razones que esgrimió el asesino para justificar su acto son interesantes e incluso reveladoras. Afirmó que Rabin había sido elegido con el apoyo de la minoría palestina de Israel y por eso la legitimaba, por lo que había que detenerlo a cualquier precio. El fracaso del proceso de Oslo en el verano de 2000 aceleró el proceso de deslegitimación de la minoría palestina, de modo que el asesino vio cumplido su principal objetivo de manera macabra.

Los grandes partidos políticos, como el Partido Laborista y el Likud, preferían una plataforma común para la paz, pues así no tendrían que confiar en exceso en los partidos ideológicamente marginales, que se habían fortalecido a expensas de alguno de los dos grandes como consecuencia del nuevo sistema electoral por el que el primer ministro

¹ *Haaretz*, 4 de junio de 1996.

era elegido directamente². Los partidos pequeños representaban las políticas de identidad, a comunidades como los judíos mizrahis, los judíos rusos, los judíos ortodoxos, los palestinos secularizados y los islamistas políticos. Si analizamos los programas de los dos grandes partidos en las elecciones de 1996 veremos una coincidencia considerable respecto a la cuestión de Oslo. El Partido Laborista proponía que en el acuerdo de paz definitivo se respetasen los 144 asentamientos judíos de los territorios ocupados y que la mayor parte estuviese bajo soberanía israelí. El Likud compartía esta postura. Los dos partidos coincidían en la referencia del Partido Laborista a Jerusalén como «la capital unida, eterna, del Estado de Israel». Ambos parecían también reconciliados con la idea de alguna suerte de Estado palestino en cualquier territorio sobrante, un Estado con muy poca soberanía o independencia real.

En 1996 se celebraron también elecciones en los territorios ocupados. Al-Fatah logró la mayor parte de los escaños del recién formado consejo y gabinete. Era un liderazgo pragmático, que deseaba concluir un acuerdo con Israel siempre que éste se retirara a las fronteras del 5 de junio de 1967, compartiera la soberanía de Jerusalén y llegase a un acuerdo razonable respecto al problema de los refugiados. El responsable de las negociaciones en representación de los palestinos era Mahmud Abas, conocido como Abu Mazen, que consiguió un borrador de acuerdo con varios líderes laboristas en febrero de 1996, fundamento de futuras negociaciones, aunque el gobierno de Netanyahu (1996-1999) lo rechazó de plano.

Las discusiones económicas respecto al futuro se celebraron en paralelo a estos intentos abortados para lograr un acuerdo sobre los territorios ocupados. Los líderes políticos de ambos lados parecen haber pensado que la mejor respuesta a las calamidades económicas que habían sufrido los palestinos durante los años de ocupación, y hasta cierto punto los sectores más pobres de la sociedad israelí, era una economía capitalista y de libre mercado. Al amparo del acuerdo de París, el apéndice económico de los acuerdos de Oslo firmado en 1994, Israel y Palestina constituirían una unidad económica, con sistemas aduaneros interconectados y una política fiscal conjunta³. Los

² ARIAN y SHAMIR (1999).

³ Acuerdo económico entre Israel y la OLP (Cámara de Comercio de Israel, Tel-Aviv, 1994).

palestinos querían tener su propia moneda, pero nunca se llegó a un acuerdo al respecto.

La perspectiva económica de Oslo, como el resto de los acuerdos, vino determinada por el equilibrio de poder, lo que iba en detrimento de los palestinos. El acuerdo de París otorgaba a Israel el derecho de veto sobre cualquier plan de desarrollo que propusiese la Autoridad Palestina. Esto suponía que las políticas monetaria y de desarrollo israelíes y su tipo de cambio jugarían un papel decisivo en la economía palestina. Conforme al acuerdo provisional, la economía israelí dominaba totalmente otros aspectos de la economía, como el comercio exterior y la industria.

La ejecución práctica en las áreas palestinas de la versión israelí de una sociedad capitalista sólo podía ser un desastre. En ausencia de una estructura democrática y con un PNB muy pequeño, las disposiciones de Oslo habrían convertido las áreas bajo control de la Autoridad Palestina en los barrios deprimidos de Israel. Esta situación estaba teniendo lugar sin que se hubiese producido el fracaso general a la hora de llevar los acuerdos de Oslo a una feliz conclusión. En 1995 se construyó un parque industrial, el Eretz Plant, en la zona de separación entre Israel y la franja de Gaza. Pese a su nombre, era una cadena de producción en la que los trabajadores eran en su totalidad palestinos y los propietarios israelíes que podían pagar a los trabajadores salarios muy bajos, sin estar obligados a hacerse cargo de la seguridad social ni estar constreñidos por obligaciones sindicales. Éste era el motivo por el que los industriales de Israel se consideraban parte del campo de la paz. Era tan sólo un aspecto de la capitalización del proceso de paz. El otro consistió en el respaldo que recibió de un número limitado de palestinos que se beneficiaban de estas transacciones económicas. Al igual que antes de Oslo, los palestinos de los territorios ocupados seguían teniendo salarios muy bajos, estaban subempleados y explotados por la economía del país vecino de una manera tal que su situación difícilmente podía mejorar.

Mientras la doble carga de la miseria económica y la falta de verdadero progreso en el ámbito nacional condujeron finalmente a un intento de revuelta por parte de los palestinos contra la situación posterior a los acuerdos de Oslo, los líderes políticos israelíes parecían contentarse con un progreso lento y casi imperceptible hacia la paz y la reconciliación. En 1994 se endureció la campaña de terror de los militantes islamistas con

bombas suicidas como las que Hezbollah había empleado por primera vez en el Líbano en la victoriosa lucha que desencadenó para liberar el sur del país del control de la Fuerza de Defensa Israelí. La campaña produjo inseguridad e inquietud en toda la comunidad judía, pero el sistema político no pareció ponerse nervioso.

Los ataques terroristas impidieron que Shimon Peres capitalizase el asesinato de Rabin, y, en 1996, perdió las elecciones frente a Benjamin Netanyahu, que no cambió sustancialmente la política relativa a los acuerdos de Oslo. De hecho continuó cumpliendo con algunas de las obligaciones previas, como la retirada de parte de Hebrón. Ahora había áreas bajo total control palestino, definidas como áreas A, que comprendían las ciudades palestinas y sus alrededores. En las áreas B, entre los enclaves palestinos y los bloques de asentamientos judíos, Israel y la Autoridad Palestina compartían la responsabilidad de la seguridad; en cambio Israel tenía control total en las áreas C, donde vivían los colonos judíos.

En ambos lados se mantuvo la disociación entre las elites políticas y la sociedad. En Israel, al tiempo que la campaña terrorista continuaba en las grandes ciudades, la mayor parte de la comunidad judía no pudo comprender o mostrar interés por los acuerdos provisionales. La situación era peor en el lado palestino, donde las esperanzas que habían despertado los acuerdos de Oslo se desvanecieron, y la indignación reprimida y la frustración derivaron en revuelta cuando el gobierno de Israel decidió, en septiembre de 1996, abrir un túnel para turistas –fundamentalmente judíos– bajo Haram al-Sharif. Fue una revuelta limitada, pero iría seguida de una intifada a gran escala tras el estancamiento de las negociaciones relativas a un asentamiento permanente celebradas entre Clinton, Arafat y Barak, en el verano de 2000 en Camp David. La provocación incidental que dio lugar al levantamiento fue la violación por parte de Ariel Sharon del espacio sagrado del *haram*.

LA SEGUNDA INTIFADA

Las postrimerías del siglo XX vieron cómo el barómetro de la paz oscilaba frenéticamente entre la esperanza y la desesperación en una tierra desgarrada por el conflicto. A comienzos de la década de 1990, la aguja se inclinaba hacia el polo positivo. El mutuo reconocimiento

histórico entre Israel y la OLP en septiembre de 1993 despertó muchas esperanzas. Permitió que los palestinos conociesen el autogobierno —si bien es verdad que sólo del 22 por 100 de la Palestina del Mandato—, un peldaño en favor de un programa más amplio en la construcción de una nación. Este experimento, en el que se establecieron los tres poderes clásicos, el ejecutivo, el legislativo y el judicial, en principio con un sistema de controles mutuos, abarcaba casi todos los aspectos de la vida. Se suponía que se le añadiría un marco financiero democrático que supervisaría la Unión Europea, un nuevo sistema educativo y un órgano de control de las emisiones de radio y televisión. Esta fase inicial debía culminar en las elecciones al parlamento y al gobierno de 1996.

En la práctica, ninguno de estos programas se convirtió en un capítulo de la construcción del Estado. Los comentaristas israelíes pronto se dieron cuenta de que la cultura política de los líderes palestinos bajo Yasser Arafat —a sus ojos, una cultura de corrupción y dictatorial— era la principal causa del fracaso. Pero parece que el ejercicio de «construcción de la nación» fue un fraude porque el proceso de Oslo no era, después de todo, el paso deseado hacia la paz y la independencia.

Si se examina desde la perspectiva del siglo XXI, el proceso de Oslo parece ser otro capítulo trágico en la historia del establecimiento de la paz entre Palestina e Israel. Los intentos pacificadores del pasado, empezando por los primeros acuerdos de Camp David de 1978 y 1979, tenían algo en común: eludían algunos de los asuntos reales que estaban en el centro del conflicto, como el problema de los refugiados, aunque los impulsaba la preocupación genuina por el conflicto y sus víctimas. Estos esfuerzos estaban organizados por mediadores estadounidenses que por lo general adoptaban el punto de vista israelí, no el palestino. Conforme a esta perspectiva, el conflicto de Palestina había comenzado en 1967 con la ocupación de Cisjordania y la franja de Gaza; por tanto, la paz implicaba la retirada de estas áreas. Los acuerdos de Camp David, y después el proceso de Oslo, intentaron persuadir a los líderes palestinos de que lo más que podían esperar era una soberanía limitada en Cisjordania y en la franja de Gaza, sin integridad territorial ni una capital. Adicionalmente, se exigió de los líderes palestinos que renunciasen al único motivo de lucha que tenían desde 1948: el derecho de retorno de los refugiados expulsados por Israel en 1948, un derecho

reconocido por Naciones Unidas en diciembre de 1948. Cuando se le requirió que así lo hiciese, en Camp David, en el verano de 2000, Arafat, el líder palestino, entonces presidente, se negó a sancionar semejante acuerdo como solución final. La población que estaba bajo la ocupación se levantó una vez más como reacción a lo que consideraba una propuesta humillante del presidente Clinton y el primer ministro Barak.

La segunda intifada comenzó en octubre de 2000. Se extendió hasta el propio Israel, donde la vieja frustración de la minoría palestina explotó rápidamente en solidaridad con los palestinos muertos en las confrontaciones que siguieron a la visita del entonces líder de la oposición, Ariel Sharon, al Haram al-Sharif de Jerusalén. Palestinos desarmados salieron a la calle para protestar contra la visita de Sharon y la humillante propuesta hecha por Barak en Camp David, y se encontraron de frente con la policía de fronteras israelí plenamente equipada. La policía mató a trece ciudadanos palestinos israelíes y, pese a una investigación ecuaníme llevada a cabo por una comisión oficial encabezada por el juez del Tribunal Supremo, Theodore Or, las vallas entre las dos comunidades no se levantaron. En el siglo XXI, una joven generación de palestinos deseosos de hacer valer sus derechos, y que redefinen su comunidad como nacional y exigen que Israel se convierta en un Estado para todos los ciudadanos, se encuentra frente a una mayoría judía etnocéntrica y a veces racista para la que, si las cosas se les van de las manos, cabría la seria posibilidad de deshacerse de la minoría palestina.

Tras las muertes acontecidas después de la visita de Sharon, el resentimiento palestino adquirió una nueva forma: las milicias palestinas viejas y nuevas, representando a todo grupo o facción conocido en la política palestina, comenzaron a operar con una peligrosa unidad de propósito y de acción. Ya se llamasen los Mártires de al-Aqsa o los Batallones de Izz al-Din, ya fuesen comunistas o islamistas, optaron por las bombas suicidas como única manera de poner fin a la ocupación. Las represalias israelíes fueron aún más severas que en el pasado, culminando en la destrucción del campo de refugiados de Jenin, en abril de 2002, con la muerte de docenas de palestinos. Iba precedida de la indiscriminada matanza unos días antes, en Netanya, de 30 judíos en una comida de Passover, la pascua judía. La fábrica social y económica de la sociedad palestina se destruyó en el proceso, mientras la seguridad

personal de los israelíes y su nivel de vida relativamente alto sufrieron una erosión sin precedentes.

Tras dos años de carnicería, y especialmente después de que fuesen de dominio público los horribles sucesos de Jenin, la administración norteamericana retomó los esfuerzos pacificadores. En el invierno de 2002-2003 culminaron en un plan conocido como la «Hoja de Ruta». El plan se elaboró en dos años porque el presidente George W. Bush no mostró interés alguno en involucrar a la administración estadounidense en el embrollo que había dejado su antecesor, Clinton. Sin embargo, el 11 de septiembre de 2001, Washington se vio alertada por la necesidad imperiosa de ocuparse con renovado ímpetu de los asuntos mundiales en general y los de Oriente Medio en particular. Osama bin Laden, hijo de una de las familias más ricas de Arabia Saudí, había desarrollado su propia interpretación del islam político y creado una organización denominada al-Qaeda, capaz de enfrentarse en cualquier lugar del mundo al poder de los Estados Unidos. Comenzó su guerra a finales de la década de 1990 bombardeando las embajadas americanas de África oriental. En septiembre de 2001, miembros de al-Qaeda secuestraron cuatro aviones, estrellando dos contra el World Trade Center en Nueva York y otro contra el Pentágono en Washington.

La respuesta americana se tradujo un programa neoconservador de supremacía cultural y hegemonía económica. Se derribó al régimen talibán de Afganistán y en 2003 le llegó el turno a Iraq. Las cuentas que habían quedado pendientes entre el padre del presidente de los Estados Unidos y el gobernante de Iraq, Sadam Hussein, el deseo de controlar los campos petrolíferos, de avisar al Irán islamista y a la Siria antiamericana de que podrían ser los siguientes en la lista, así como la intensa actividad israelí presionando para que se actuase, condujo a la invasión de Iraq en marzo de 2003.

Uno de los pocos aliados con los que contaron los Estados Unidos en la guerra, el Reino Unido, insistió en que era preciso presentar un plan de paz para Palestina como uno de los principales objetivos para imponer un nuevo orden mundial en Oriente Medio. En mayo de 2003, con la caída del régimen iraquí de Sadam Hussein y cuando finalizaba la principal campaña militar, el cuarteto compuesto por los Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia y la ONU sancionó la Hoja de Ruta para la paz en el conflicto palestino-israelí. Esto dio paso a una serie de medidas que culminarían en 2005 con el establecimiento de un

Estado palestino independiente en los territorios ocupados (aunque no se definían cuáles serían sus fronteras), a cambio de la promesa palestina de poner fin a los ataques terroristas contra Israel. Aunque se trataba de un expediente voluminoso, era muy poco lo que podía ofrecer para cambiar la realidad cotidiana, y padecía de todas las deficiencias que presentaban los anteriores intentos de resolución del conflicto.

Mientras los gobiernos y los ministerios de Asuntos Exteriores revitalizaban el discurso pacificador, los terroristas suicidas seguían haciendo explotar bombas en los paseos comerciales israelíes, en los autobuses y cerca de las instalaciones militares. Los israelíes volvieron a ocupar la mayor parte de las áreas de las que se habían retirado poco tiempo antes y mantuvieron a Arafat aislado en su recinto de Ramala, declarándolo irrelevante. El intento norteamericano e israelí por imponer a un nuevo líder, Mahmud Abas (Abu Mazen), uno de los viejos aliados de Arafat, fracasó totalmente. Después de unas semanas como primer ministro de Palestina, Abu Mazen dimitió. Admitió que no podía ejercer su autoridad sin el apoyo de Arafat ni podía controlar la lucha palestina para acabar con la ocupación. Mientras tanto, las autoridades israelíes mantuvieron su dominio sobre todos los aspectos que afectaban a la vida de los palestinos: la clausura de las fronteras, los abusos en los puestos de control, la demolición de las casas, el asesinato de activistas militares y políticos, los arrestos masivos y la construcción de un muro divisorio entre Cisjordania y el territorio israelí.

No era el primer muro que se erigía. A mediados de la década de 1990, los israelíes habían rodeado la franja de Gaza de un gran muro, alambre electrificado y torres vigía que la clausuraron de modo muy eficaz, convirtiéndola en un enorme campo de prisioneros. Ahora se proyectaba construir un muro similar y con idéntico objetivo que separase Cisjordania de Israel, con grandes incursiones en el trazado para garantizar que algunos de los principales asentamientos judíos quedasen del lado israelí. Para muchos de los palestinos, el territorio que se les dejaba como el proyectado «Estado palestino» parecía otro campo de prisioneros.

Después de la dimisión de Abu Mazen, Arafat propuso como primer ministro a una persona que le era más próxima, Ahmad Qari' (Abu Ala). No obstante, en algunos aspectos ni el nombre ni la persona son relevantes. Ningún líder palestino, incluyendo a Arafat, querría desempeñar el papel de guardián jefe de dos campos de prisioneros inmensos en los que el desempleo alcanza el 75 por 100, la mitad de las casas están

en ruinas, impera la inexistencia del derecho y la mayor parte de la población ni siquiera puede visitar las aldeas vecinas o acudir tranquilamente a un hospital, a una escuela, a la Universidad o a su trabajo.

La tragedia de Palestina es que el siguiente plan de paz, cuando quiera que surja uno nuevo, se fundamentará asimismo en la falsa asunción de que la paz consiste en la retirada israelí a las fronteras de 1967 y el establecimiento junto a ellas de un Estado palestino. La presencia de tantos palestinos en el propio Israel y la significativa presencia de los colonos judíos en lo que se supone que será la futura Palestina siembran dudas respecto a si esta idea, que no logró convencer a la población indígena en 1947, será en verdad factible.

Pero lo que es mucho más importante, este modelo tiene muy poco que ofrecer a las principales víctimas del conflicto palestino y al sector de población al que el proceso de paz debería ayudar más, a los refugiados. Como espero que este libro haya sido capaz de transmitir, la historia de Palestina es ante todo la historia de una población indígena a la que vinieron a incorporarse unos recién llegados. Los que no formaban parte de la elite empezaron a buscar vías para adaptarse a la nueva realidad de la inmigración y el asentamiento, mientras las elites políticas optaron por el conflicto y buscaron medios militares para imponer su interpretación sobre el curso de los acontecimientos.

Los líderes políticos fracasaron y las sociedades civiles intentaron, aunque de modo muy limitado y modesto, salvar lo que quedaba de sus vidas y de su seguridad. Para que triunfe cualquier iniciativa de paz es preciso clausurar el capítulo del expolio de Palestina. Reconocer el hecho mismo del desposeimiento —aceptando en principio el derecho de retorno de los refugiados palestinos— puede constituir un hecho crucial que abra una vía a la solución del conflicto. Un diálogo directo entre los desposeídos y el Estado que los expulsó puede revitalizar el discurso de la paz y llevar tanto a la población como a los líderes a reconocer la necesidad de buscar una estructura política unitaria, lo que pareció posible en otras coyunturas históricas.

Concluyo este libro con un análisis sobre las tendencias culturales y sociales de la Palestina moderna, a la sombra de una nueva erupción de las violentas montañas volcánicas que aparecen bajo la delicada fábrica que permitió un breve y fracasado capítulo en el esfuerzo de pacificación entre las partes en conflicto. En el marco de la clara desigualdad de fuerzas, la falta de esperanza y el resurgimiento de la des-

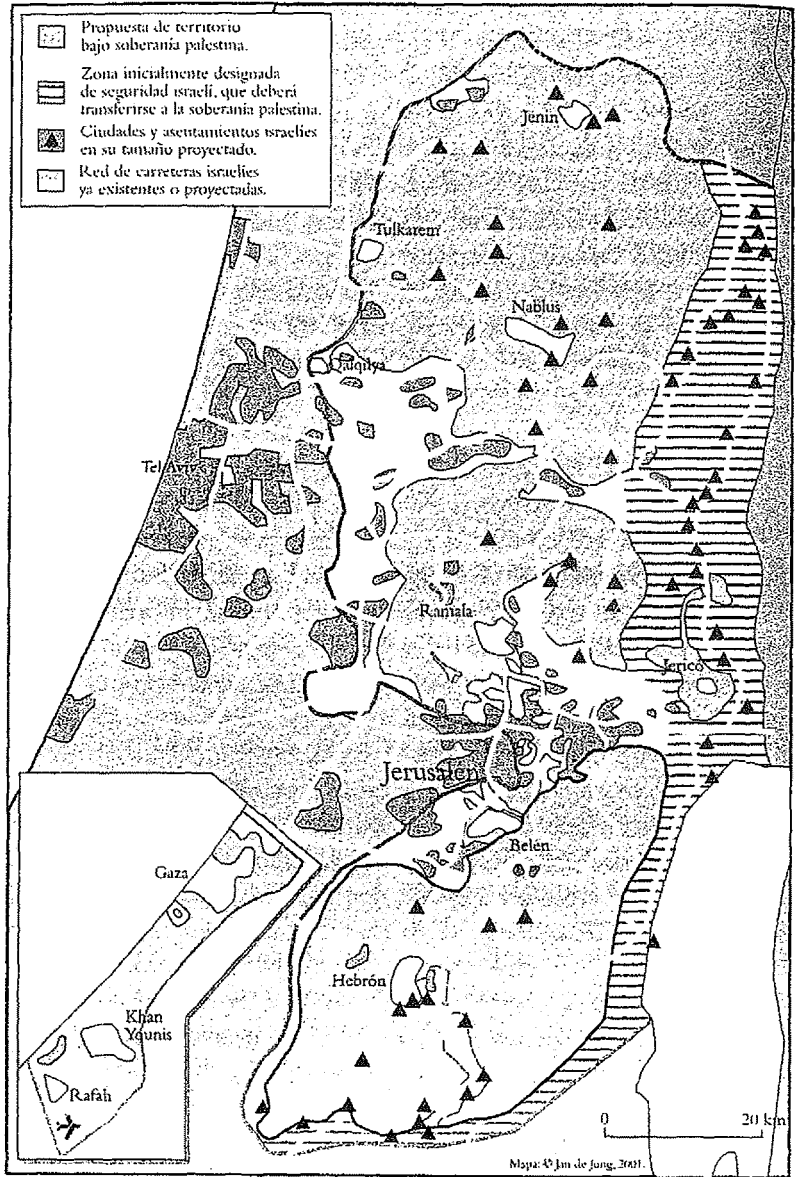
peración constituyeron en buena medida la política israelí. Sus principales creadores se comportaron como si estuviesen aterrorizados por la apertura que habían permitido en la sociedad —en la vida académica, en los medios de comunicación y, sobre todo, en el sistema educativo—. Estaban asimismo aterrorizados por el estallido inminente de problemas étnicos y sociales que siempre habían estado fuertemente reprimidos bajo la cobertura de la seguridad y el nacionalismo. En Israel, las políticas de identidad y la protesta social más vociferante van de la mano cuando hay una calma relativa en las fronteras o en los territorios ocupados. La elite está mucho más satisfecha con una economía de libre mercado y cuando aumenta la seguridad, así como cuando descende el nivel de conflicto con los palestinos. Me propongo describir las manifestaciones de retracción de Israel respecto a la vieja versión del sionismo inflexible frente a los palestinos, así como recoger las voces disidentes en el seno del Estado. Pero antes desearía llamar brevemente la atención del lector respecto a una regresión de distinta naturaleza en la sociedad palestina. La era de compromiso y búsqueda de una solución de Arafat fue reemplazada por la fragmentación, la pérdida de dirección y una militancia que recuerda a la de la década de 1950, pero sin esperanza ni entusiasmo.

LA DESESPERADA PROPENSIÓN AL MARTIRIO

Mientras el edificio de Oslo se desmoronaba, los líderes tradicionales de ambos lados, tanto políticos como espirituales, aprovecharon la situación para volver a llamar la atención de la opinión pública. En los territorios ocupados emergieron de la intifada de 1987 con mayor prestigio e incluso lograron resultados brillantes en las elecciones de 1997.

Del lado judío, el partido ultraortodoxo Shas obtuvo 17 de 120 escaños en las elecciones de 1999. Su popularidad derivaba de años de discriminación. Afirmaban estar capacitados para romper la cadena de injusticias que se remontaba a la época de Wadí Salib, en 1959, y no dudaban en recurrir al oportunismo político para impedir que los judíos mizrahi se distanciasen de su extremado fundamentalismo religioso.

Con todo, una vez en la Knesset y formando parte del gobierno, los parlamentarios recién elegidos empezaron a descuidar los intereses de sus electores, los habitantes de las abandonadas ciudades en desarrollo y de



Mapa 6. Protección de Camp David, julio de 2000.

las barriadas pobres de las grandes ciudades. La legislatura israelí siguió recortando cada vez más los subsidios y ayudas de los más desfavorecidos y protegiendo la vida ya de por sí confortable de los ricos.

La contrapartida palestina en Israel, el Movimiento Islámico, tuvo menos éxito, pero seguramente resultó más beneficiosa para sus representados. Eran bastante menos corruptos y estaban menos ansiosos por alcanzar el poder, pero vieron dificultada su labor por una escisión interna que databa de 1993 y que dividió al movimiento islámico en dos ramas, al norte y al sur del área de Wadi 'Ara. La rama sur era más pragmática, y estaba preparada para desempeñar un papel conforme a las reglas establecidas en la política israelí. Aceptó también la legitimidad de la AP y a su presidente, Yasser Arafat. La rama norte era más militante y rechazó los acuerdos de Oslo. Ambas ramas, al igual que Hamas, contemplaban la totalidad de Palestina como un legado sagrado, un *waqf*, y por tanto propiedad de pleno derecho del pueblo musulmán de Palestina. Pero eran incapaces de llegar a un acuerdo y elaborar una estrategia conjunta de cara a las elecciones. En 1996 decidieron finalmente no concurrir. Pero en 1999, la rama sur se presentó en coalición con grupos más seculares y nacionalistas, con lo que formaron el mayor partido palestino de Israel, reemplazando al Frente, que incluía al Partido Comunista.

Con todo, ambas ramas contribuyeron a unir a los palestinos de ambos lados de las fronteras de 1967. Esta uniformidad de identidad se puso de relieve en la lucha conjunta por la santidad de Jerusalén. La urgencia por defender *Haram al-Sharif* inflamó la segunda intifada en octubre de 2000, la también denominada *Intifadat al-Aqsa*, tanto en los territorios ocupados como en el propio Israel. En el momento en el que escribo, todas las facciones del islam político palestino respaldan a la AP en esta intifada, apoyo que podría menguar si se hubiese reactivado el proceso de «paz». Al igual que los fundamentalistas judíos, son un factor constante en la política individual y en la colectiva, cuya fortuna depende de dos factores. El primero es la habilidad de las elites nacionales para mantener su dominio por cualquier medio posible; el segundo depende de la voluntad de estos grupos, judíos o musulmanes, para desarrollar relaciones de coexistencia razonables con los sectores más seculares de sus comunidades.

El proceso de Oslo enfrentó al bloque islámico con el mismo dilema al que hacía frente el movimiento islámico en Israel. Como cualquier órgano político dogmático, tenía que adherirse a las posiciones políticas

que había hecho públicas, por lo general formuladas de tal modo que descartaban el compromiso. Ésta fue la razón por la que no sólo no participó en el proceso de paz del que las elecciones de enero de 1996 eran un capítulo importante, sino que se sintió obligado a boicotearlas. Pero las elecciones se llevaron a cabo en un ambiente de creciente decepción pública respecto al proceso de Oslo y a lo que parecía la división de Cisjordania en cantones controlados económica y militarmente por Israel con ayuda de carreteras alternativas y bloques de asentamientos. También resultaba frustrante la conducta antidemocrática de las fuerzas de seguridad palestinas, que aterrorizaban a los habitantes tanto como los había aterrorizado el servicio secreto israelí. Un ambiente así podía haber ayudado al bloque islámico, pues, pese a no participar en las elecciones, sus representantes habían comunicado al electorado qué candidatos le parecían aceptables. Con todo, al final, las decisiones de Arafat quitaron todo protagonismo en la política local incluso a aquellos que habían sido elegidos con la bendición del bloque islámico.

En algunos momentos, cuando el proceso de paz parecía triunfar (1996) o cuando la Autoridad Palestina tomó la iniciativa militar frente a Israel (2000), el ala islámica paramilitar recurrió a las bombas suicidas. Este fenómeno atrajo considerable atención en el mundo académico internacional. La opinión generalizada era la de que se trataba de un fenómeno inherente al islam, por lo que los investigadores se centraron en el estudio de las primeras escrituras y textos musulmanes. Aunque era una recomendación general útil para los estudiantes de Oriente Medio, de poco sirve a la hora de ayudarnos a comprender la particular clase de terrorismo que sembraron los islamistas palestinos tras los acuerdos de Oslo. De hecho, la ley islámica condena el suicidio y el islam suní, del que forman parte todos los islamistas palestinos, insta a la tolerancia y a la paz más que a la *jihad*. Además, Israel y el sionismo, no las fuerzas políticas que se les oponen, han justificado sus actos tomando como fundamento preceptos religiosos. Finalmente, pese a la utilización ocasional de una retórica antisemita durante los inflamados discursos de líderes fanáticos o de líderes sometidos a presión, el judaísmo, como el cristianismo, es una religión legítima incluso a ojos de los islamistas más extremistas. Esta retórica se asienta sobre un legado de imágenes utilizadas por primera vez durante la Alta Edad Media con motivo de la polémica entre el cristianismo, el islam y el judaísmo, y hoy la emplean sobre todo los políticos, no los pensa-

dores religiosos. Así pues, el acto del suicidio carece de apoyo religioso, ya sea legal o textual. En un desesperado intento por clasificarlo, los medios de comunicación occidentales lo han presentado como un fenómeno místico o metafísico, pero son escasos los indicios que sostienen esta interpretación.

De hecho, el terrorismo en forma de suicidio está relacionado con la aparición y el desarrollo del islam político en Palestina. Comenzó con el establecimiento de una rama de los Hermanos Musulmanes en Palestina. Los Hermanos mantuvieron su influencia en la política palestina de Cisjordania y la franja de Gaza entre 1948 y 1967, hasta que se vieron eclipsados por el ascenso de la OLP. Volvieron a emerger como una fuerza política formidable después de que las privaciones derivadas de la ocupación diesen lugar a un resurgimiento de la religión personal y de que la revolución iraní de 1979 incrementase la popularidad pública de la política en nombre de la religión más que de la nación.

En la década de 1970, el centro de actividad de los Hermanos Musulmanes era la mezquita. En 1979 había 750 mezquitas en los territorios ocupados, dos veces más que en 1967. Las mezquitas atraían a los estratos socioeconómicos más bajos: los trabajadores, desempleados, refugiados, maestros y estudiantes, campesinos y habitantes de las ciudades. Facilitaban ayuda económica, contacto social y prédicas religiosas. Cuanto más fracasaban los líderes nacionales para reducir el peso de la ocupación, tanto más se convertía la mezquita en el refugio de los que más sufrían por ella.

Los Hermanos Musulmanes tenían suficiente sentido político como para ligar las mezquitas creando una única red, e incrementando y legitimando el estatus del movimiento frente a la OLP. Su capacidad para mantenerse alerta se puso de manifiesto el primer día de la intifada. Ese día, los líderes del movimiento fundaron el movimiento de resistencia islámica Hamas. La nueva organización se dotó inmediatamente de un ala militar cuyo principal objetivo era una estrategia para combatir la ocupación, poniendo así en evidencia y eclipsando a la OLP.

Poco después de 1967 surgió un grupo disidente de los Hermanos Musulmanes, que intentaba distinguirse empleando tácticas extremistas al tiempo que se adhería a la misma tendencia del islam político que otros movimientos palestinos similares. El grupo se convirtió en un movimiento organizado y se denominó Jihad Islámica. Al principio, comparados con los cautos Hermanos Musulmanes, fue fácil demostrar

su extremismo en la lucha contra la ocupación, pero era más difícil competir con la nueva Hermandad, el movimiento Hamas.

Este es el contexto en el que deben analizarse las bombas suicidas. En parte es una elección táctica para hacer hincapié en la originalidad y el compromiso de un determinado grupo islamista en la lucha contra la ocupación. En el Líbano, Hezbollah había demostrado cuál era su método favorito: los jóvenes dispuestos a destruirse a sí mismos como bombas humanas. La Jihad Islámica fue la primera en concebir estas acciones como un martirio y Hamas siguió su ejemplo. Durante la segunda intifada en octubre de 2000, fue el método favorito de los que querían oponerse por la fuerza a la ocupación. Israel empleó los F-16, tanques Mercaba y helicópteros de combate Apache; los palestinos respondían con hombres-bomba, con la participación del retoño secular de Al-Fatah, Shuhada al-Aqsa («Mártires de al-Aqsa») y el FPLP marxista. Los intelectuales y los políticos pusieron en duda la conveniencia de cometer estos actos en áreas civiles israelíes, pero estaban más inclinados a perdonar a aquellos que se enfrentaban al ejército y a los colonos. Los jóvenes hicieron héroes de los mártires, estando muchos dispuestos a seguir su ejemplo.

Al principio, al ala militar de Hamas, las brigadas Izz al-Din al-Qassam, le resultó difícil reclutar a los potenciales mártires. Pero adoctrinar a una juventud atrapada en el duro mundo de la ocupación militar, la pobreza y las privaciones no era una tarea del todo imposible. La voluntad de participar no era fruto de una cultura política en particular, sino resultado de una combinación de liderazgo carismático y ciertas condiciones existenciales. Sabemos que no todos los jóvenes reclutados aceptaron llegar hasta el final, por lo que debe intervenir algún factor de tipo psicológico. En el año 2000 todo había cambiado. Con un desempleo del 50 por 100, constantes bloqueos israelíes de las ciudades de Cisjordania, la valla electrificada alrededor de la franja de Gaza y sin esperanzas de una solución política, ya no se necesitaban predicadores ni «enviados», sólo el aprovisionamiento constante de explosivos y granadas de mano.

LA DESAPARICIÓN DEL POSTSIONISMO

Las consecuencias de la sublevación en los territorios ocupados y en particular en el propio Israel fueron tan importantes para el futuro del

movimiento crítico postsionista que, al menos a primera vista, la breve década postsionista resultó totalmente irrelevante. Sin embargo, si nos retrotraemos a cinco años antes, la iniciativa postsionista había logrado implantar nuevas formas de pensar y nuevas esperanzas, que si no podían florecer en un futuro próximo, sí en uno más lejano. Cuando estalló la segunda intifada quedó claro que para algunos de sus defensores el postsionismo era tan sólo una moda intelectual o una atractiva táctica sionista: era de buen tono y resultaba útil si se quería dar una imagen más pacífica de Israel ante la opinión internacional. Sin embargo, otros siguieron creyendo firmemente en la necesidad de transformar la infraestructura ideológica sobre la que se había erigido el Estado. Creían honestamente que la ideología sionista de base era un obstáculo para la paz y la normalización tanto en Israel como en Palestina.

Pocas semanas después de octubre de 2000, el discurso público de Israel se reformó en el marco de líneas estrictamente consensuadas. El nuevo discurso de unidad lo absorbía todo, incluso a las particulares áreas de producción cultural mencionadas en el artículo. La gente a la que he hecho referencia en este artículo como «postsionista» aparecía con declaraciones de *mea culpa*, reiterando su alianza con el sionismo, declarando su desconfianza hacia los palestinos y su animosidad respecto a la minoría palestina residente en Israel⁴.

El discurso público expresó un sentimiento de alivio; terminaba una década de desintegración y desunión y era reemplazada por la unidad, que abarcaba incluso al movimiento de los colonos de los territorios ocupados. Cinco ejemplos bastarán para mostrar esta nueva tendencia y todos ellos proceden del baluarte del postsionismo, la Universidad.

El primero es la intolerancia de los medios académicos israelíes, tal como se puso de manifiesto en la actitud con la que la Universidad de Haifa y la Universidad en general trataron el descubrimiento de un estudiante de Haifa que realizaba su tesis de grado sobre la masacre de 1948. He explicado detalladamente las vicisitudes de este suceso en otro lado⁵, pero lo menciono aquí también como un signo del fin del pluralismo y de la libertad de expresión en la Universidad israelí. Teddy Katz escribió su tesis en 1998, pero no se publicó hasta

⁴ Una muestra de sus conferencias en la Universidad de Haifa apareció en un periódico local, *Kol Bo*, el 11 de mayo de 2001.

⁵ Pappé (2001).

principios de 2000. Katz destapó la masacre efectuada en la aldea de Tantura durante la noche y la madrugada del 22 al 23 de mayo, en la que murieron alrededor de 250 palestinos. Katz recurrió fundamentalmente a fuentes orales, entrevistando a judíos y a palestinos que prestaron su testimonio sobre lo que habían visto u oído de la masacre. Cuando el caso llegó a los tribunales, Katz fue objeto de una demanda por parte de los veteranos de la unidad israelí que había cometido la masacre. Al principio se retractó de sus hallazgos, y admitió que se trataba de una invención. No había transcurrido un día cuando se retractó de su retractación.

El suceso despertó una controversia académica y legal en Israel que todavía no había finalizado antes de que el presente libro estuviese preparado para la publicación. La Universidad de Haifa ya había alegado que la tesis era deficiente, pero no pudo tomar una decisión respecto a si la masacre era o no una invención de Katz. A este autor y a otros que examinaron detenidamente su trabajo y todas las pruebas relevantes les pareció una tesis magnífica y están convencidos fuera de toda duda de que en Tantura los judíos masacraron a más de 200 palestinos.

El segundo ejemplo es un informe publicado por un instituto universitario muy de centro, la Universidad Interdisciplinaria de Herzeliya, que hace las veces de residencia para profesores universitarios célebres, en su mayor parte simpatizantes del Partido Laborista. Su informe, encargado por el nuevo gobierno de coalición en Israel, establece la agenda nacional de los próximos años. Incluye la recomendación implícita de transferir a los palestinos de Israel en caso de que dupliquen la tasa de su población (del 20 por 100 al 40 por 100) y reintroducir el adoctrinamiento nacionalista en el sistema escolar, una recomendación respaldada con todo entusiasmo por el nuevo ministro de Educación, Limor Livnat⁶.

El tercer ejemplo es la decisión de este mismo ministro de suprimir dentro del sistema educativo cualquier libro de texto que sea incluso sólo ligeramente sospechoso de estar influido por la investigación post-sionista⁷.

Es aún pronto para evaluar si la nueva orientación pervivirá o si dominará el panorama local. Mi temor es que así sea y que el postsio-

⁶ Un resumen de este informe apareció en *Haaretz* el 27 de marzo de 2001.

⁷ *Yediot Achronot*, 21 de mayo de 2001.

nismo demuestre ser tan sólo una mera anécdota, que quizá un día, en un futuro más lejano, se convierta en un capítulo de la nueva realidad de Israel y Palestina. La disminución del poder político y cultural de la izquierda sionista señala, desafortunadamente, que la década de gracia de la historia del Estado de Israel puede verse reemplazada por un periodo de oscuridad, breve o largo no cabe asegurarlo, en el que el neosionismo, una versión fundamentalista e intransigente del sionismo reinará en vez del postsionismo.

Epílogo. La era post-Arafat y la nueva era Sharon

Los buldóceres amarillos empleados por el ejército israelí durante los años de ocupación para destruir casas en sus acciones de castigo colectivo eran un objeto familiar en la ciudad de Ramala. No obstante, el buldócer D9, fabricado por Caterpillar, que llegó al centro de la ciudad a principios de abril de 2002, llamó especialmente la atención y preocupó más de lo habitual. Se dirigió hacia la Muqata, el recinto que un día fue sede del gobernador militar israelí de Ramala y Cisjordania y que, desde el proceso de Oslo, hace las veces de cuartel general de Arafat en Cisjordania. Arafat tenía un organización similar en la franja de Gaza, pero, como parte de la política de represalias israelí, desde el comienzo de la segunda intifada no se le permitía utilizarlo. La política de represalias se agravó tras la escalada de ataques suicidas en Israel, que culminaron la víspera de la pascua judía de 2002 con el ataque al hotel Park de Netanya, en el que murieron cuarenta personas. El último ataque dio lugar a la operación Escudo de Defensa, por la que se procedió a la severa reocupación de todas las ciudades y aldeas de Cisjordania, que opusieron resistencia recurriendo a la fuerza, mostrando especial coraje la población del campo de refugiados de Jenin, bombardeado de tal modo que un enorme socavón dividió el campo en dos. En el hueco no se veían sino escombros amontonados donde antes había casas que componían estrechas avenidas y una calle mayor. Los palestinos sostuvieron que la masacre formaba parte del programa operativo, pero, a pesar de recoger una serie de atrocidades israelíes, la comisión de investigación designada por Naciones Unidas se negó a calificarla como masacre y curiosamente elaboró un informe con el que pensaba más en apoyar a los israelíes que en revelar la verdad de lo sucedido. Aparte de los aspectos lingüísticos, no cabe duda de que se llevaron a cabo ejecuciones de ciudadanos, a otros se les disparó un tiro al azar y muchos vieron cómo se demolían sus casas.

En Ramala, los D9 alcanzaron la Muqata y, junto con una excavadora dotada de armamento (un bulldozer monstruoso con un detector especial que le permite descubrir los cimientos de un edificio y destruirlos en pocos minutos), comenzaron a demoler la sede de Arafat. Al líder palestino se lo confinó a una pequeña parte del edificio y lo tuvieron bajo sitio durante los dos años siguientes. Su salud se deterioró, y aunque durante aquellos dos años no padeciese del grado de pobreza ni del elevado nivel de desempleo que afectó a los palestinos en Cisjordania o en la franja de Gaza, lo cierto es que pasó por un periodo muy difícil. Sólo se le llevaba comida que hubiese sido previamente inspeccionada por los israelíes de los puestos de control de carretera vecinos, y algunas fuentes palestinas sospecharon que con este procedimiento se lo estaba envenenando lentamente. En octubre de 2004 hubo de ser ingresado en un hospital en Francia y a comienzos de noviembre, según los médicos franceses, murió de una enfermedad misteriosa. Fue enterrado el 12 de noviembre de 2004, a la edad de 75 años.

Tras su muerte, se nombró a Mahmud Abbas, Abu Mazen, que, como se comentó anteriormente, participó en un nuevo intento por revivir el proceso de paz en el contexto de la Hoja de Ruta. Ya he descrito anteriormente los fútiles intentos para imponer a los palestinos una oferta limitada de lo que se había propuesto en la cumbre de Camp David de 2000. El punto muerto en el proceso de paz dio lugar a dos procesos muy diferentes en la sociedad palestina y la sociedad judía israelí.

La sociedad palestina experimentó las consecuencias de una brecha sin precedentes entre el discurso de paz que se mantenía en el mundo exterior y, sobre el terreno, la realidad de la ocupación. La peor parte le tocó al grupo que vivía a lo largo de la valla de seguridad que había construido Israel, y que casi terminó en 2005 a pesar de la condena internacional y de que el Tribunal de Justicia de La Haya la declarase ilegal.

La construcción del muro de separación israelí comenzó el 16 de junio de 2002. Cuando se termine tendrá 750 km de largo y en muchas partes alcanzará los 8 metros de altura. Es una zona de amortiguación integral, incluye zanjas, alambre de espino y defensas electrificadas con numerosas torres vigía, sensores electrónicos, cámaras de visión térmica, cámaras de video, vehículos aéreos no tripulados, torres de francotiradores y carreteras para los coches patrulla.

Epílogo



Mapa 7. El muro en el centro de Palestina. Mapa de Philippe Rekacewicz, *Le Monde Diplomatique*, París.

(http://mondediplo.com/2003/07/IMG/pdf/cisjordanie_muro.pdf)

La erección del muro ya ha alterado la vida de 200.000 palestinos a los que se desalojó de sus casas o se les impidió el acceso a las tierras donde tenían sus olivares. De modo similar, los empresarios no pueden acceder a su lugar de trabajo, ni los niños a la escuela, ni los estudiantes al colegio o a la Universidad respectiva. Cuando el muro esté terminado, casi la mitad de la población de Cisjordania se verá afectada de tal modo, que en el mejor de los casos verá perjudicado sólo su nivel de vida, mientras en el peor se quedará sin trabajo y sin vivienda.

El muro ha demostrado ser una barrera ineficaz, y, de hecho, en los medios de comunicación locales de Israel, algunos políticos y generales experimentados indicaron en alguna ocasión que el principal objetivo del muro era anexionar más territorio a Israel. Es difícil no sospechar que otro de los propósitos centrales es intimidar a la población cercana y lograr así desalojar un área adicional alrededor del muro que constituye un amplio parámetro.

De hecho, la disminución del número de atentados suicidas se debió a la presencia permanente de un número considerable de tropas israelíes en el interior y en los alrededores de las ciudades palestinas, y no al muro o a los puestos de control de carreteras. El reducido número de tales ataques permitió a la economía israelí salir de la recesión en 2004 y contemplar el retorno tanto de los turistas, que habían rehuido el país desde 2000, como de los inversores extranjeros. En cualquier caso la relativa prosperidad económica fue una ilusión: benefició sólo al 25 por 100 de los israelíes y no tuvo repercusión alguna entre las clases consideradas desde un punto de vista socioeconómico como clases bajas, compuestas fundamentalmente por judíos ortodoxos, judíos norteafricanos y palestinos. Al igual que antes, a estos grupos les resultó difícil salir de lo que en Israel se denomina la «línea de la pobreza», a saber, de lo que se considera un nivel elemental de ingresos y de calidad de vida.

El muro y los 600 puestos de control que mantiene Israel en los territorios ocupados canalizan buena parte de la frustración hacia un apoyo manifiesto a los grupo más militantes. De estas organizaciones, las más importantes eran Shuhada al-Aqsa («los Mártires de al-Aqsa»), afiliada a Al-Fatah y a los Batallones de Izz al-Din al-Qassam, el venerado predicador del que hablamos en el capítulo 3, afiliados a Hamas. En su debido momento también desempeñó un papel muy relevante la Jihad Islámica. La cólera de los grupos más militantes tuvo dos ver-

tientes. Una fueron los enfrentamientos constantes con las nuevas fuerzas de ocupación de las ciudades, que a su vez tomaron brutales represalias, y cuya reacción fue a menudo el resultado de la provocación de los fanáticos colonos de algunos lugares, como la antigua ciudad de Khalil (Hebrón). Cualquiera que visite hoy en día la ciudad recordará escenas de ciudades bombardeadas durante la Segunda Guerra Mundial. La población nativa palestina fue expulsada, sus casas demolidas y las calles se vaciaron.

La segunda línea de acción consistió en disparar misiles primitivos desde la franja de Gaza al cercano asentamiento judío de Gush Kazir y a los asentamientos judíos próximos. El grupo militante Hamas los denominó misiles Qassam. Las represalias israelíes a estas acciones fueron de nuevo crueles y adoptaron la forma, al margen de los daños colaterales por doquier, del asesinato político de muchos líderes de Hamas, la Jihad Islámica y el ala militar de Al-Fatah y el Tanzim (la organización militar de la Autoridad Palestina). El objetivo humano más destacado fue Shaych Ahmad Yassin, líder espiritual y fundador del movimiento Hamas. Naturalmente, en venganza, el ciclo de atentados suicidas prosiguió sin que, en el momento en el que se escribe este libro, se le vea un final.

La campaña en la franja de Gaza contra los asentamientos judíos comenzó en un momento favorable para el primer ministro Sharon, que ganó cómodamente las elecciones nacionales en 2001 y 2003. Ya en 2001 mostró su falta de interés por llegar a un acuerdo negociado y prefirió optar de nuevo por el despliegue de fuerzas y la determinación unilateral israelí respecto a las futuras fronteras. El momento de convertir estas ideas vagas en un plan concreto coincidió con su inesperada implicación en un escándalo de corrupción relacionado con la recaudación de fondos para su partido antes de las elecciones de 2001. Temiendo ser procesado por corrupción, desvió la atención de la nación hacia su nuevo plan de retirada de Gaza, que presentó como plan tras las elecciones de 2001 y puso en marcha como parte de su programa político tras las elecciones de 2003. En el verano de 2005, tras un año y medio de preparación y mientras se enfrentaba con su partido, hasta que se retiró en noviembre de 2005, la retirada se convirtió en un hecho consumado.

El discurso que acompañó este nuevo acuerdo unilateral respecto a la manera en la que Israel controla la franja de Gaza, desde fuera más

que desde dentro, desconcertó a los propios israelíes. El mundo exterior, especialmente las potencias que forman parte del Cuarteto –el órgano *ad hoc* compuesto por Naciones Unidas, los Estados Unidos, Rusia y el Reino Unido, esto es, el órgano designado a sí mismo como mediador en el conflicto– abrazó la nueva medida como un claro paso adelante en pro de la paz, lo que, como vemos hoy en día, no era el caso. El gobierno israelí, con la ayuda del movimiento de los colonos, Gush Emunim, lo describió casi como una guerra civil, lo que, como sabemos, tampoco era cierto. Sin mucha dificultad, y pese al carácter histriónico que los medios de comunicación locales e internacionales dieron al acontecimiento, la retirada fue llevada a cabo sin dificultad y con ella se desmantelaron también cuatro asentamientos aislados en el norte de Cisjordania.

La violencia volvió a hacer acto de aparición una vez que quedó demostrado que la retirada era insignificante para los esfuerzos en pro de la paz. Su principal efecto se produjo en el ámbito de la política local de Israel, con posibles repercusiones en la composición interna de fuerzas de la Autoridad Palestina. En Israel, la poco convincente exhibición de fuerza del movimiento de los colonos, que amenazaron con escenarios dantescos como la guerra civil, cuando no la total destrucción del estado, así como las promesas de los rabinos de que la autoridad divina «impediría» la retirada, de hecho debilitó considerablemente la fuerza que tenía tradicionalmente este movimiento en la política israelí. La vía elegida por Sharon, que era en muchos aspectos también la que los partidos sionistas le dejaron, consistente en mantener la mitad de Cisjordania y una gran Jerusalén, al tiempo que se permitía teóricamente la creación del Estado palestino en la franja de Gaza y la otra mitad de Cisjordania, atraía a la mayoría de los judíos de Israel, incluidos los considerados de la derecha. Que el futuro Estado palestino fuese totalmente dependiente y no gozase de soberanía, infraestructura económica o capital eran atractivos añadidos al plan de Sharon. Parecía una fórmula que los Estados Unidos, en situación difícil al estar muy enfangados en el atolladero iraquí, respaldaban, mientras Europa y las Naciones Unidas la aceptaban tácitamente.

Para los palestinos la Autoridad Nacional estaba perdiendo terreno a la misma velocidad con la que Sharon ganaba legitimidad. Estaban dispuestos a hacer las primeras etapas con Sharon, pero les exigía el desarme de los grupos palestinos, ya fuese Al-Fatah o Hamas. Bajo esta presión, el

presidente palestino, Abu Mazen, obtuvo una *Tahadi'a*, pacificación, una forma limitada de alto el fuego, que Hamas y Al-Fatah aceptaron, no así la Jihad Islámica. La continuación de las actividades en los asentamientos, las represalias contra los ataques de la Jihad impidieron a los palestinos mantener la tregua. Por su parte, el ejército israelí tampoco estaba dispuesto a contemplar la retirada de Gaza, como pensaban algunos de sus generales, como una medida que minaba su prestigio. Al parecer, cada vez que se hacía un movimiento genuino en pro de la paz, las fuerzas militares israelíes elegían como blanco y asesinaban a un activista palestino. Y cuando Hamas proclamó su voluntad de participar en las elecciones generales de enero de 2006, Israel arrestó a muchos de sus posibles candidatos.

Era muy lógico que Hamas participase en las elecciones en un momento en el que su popularidad estaba en ascenso y la de las fuerzas seculares en declive. Pero mientras se mantenga el equilibrio de fuerzas local, los israelíes pueden intervenir siempre que quieran e imponer su voluntad en Cisjordania y la franja de Gaza con la fuerza de que dispongan.

La total ausencia en el confuso proceso de paz del derecho al retorno de los refugiados distanció a la Autoridad Palestina no sólo de las gentes de los territorios ocupados sino de las comunidades de todo el mundo que se encuentran en la diáspora. En los campos de refugiados y en las comunidades en el exilio se menciona una y otra vez a un movimiento nuevo destinado a restablecer a la OLP como un órgano pan-palestino, pero hasta el momento nada se ha materializado de las muchas negociaciones y conferencias al respecto.

Como ya había sucedido anteriormente, los palestinos del Israel de la era de Sharon fueron excluidos del juego político y todavía están traumatizados por el asesinato de trece ciudadanos árabes en octubre de 2000. La discriminación continúa, aunque de vez en cuando se pueda leer y encontrar un caso de éxito individual que no refleja la situación general.

Su tasa de crecimiento natural sigue triplicando a la de los judíos y continúa produciendo los comentarios israelíes más racistas, seminarios académicos, planes ocultos y, por lo general, temor a la pérdida del estado judío. Pese a que la elite política de Israel decidió trazar los límites definitivos del estado —dejando de lado las zonas de Cisjordania y la totalidad de la franja de Gaza que no le interesaban— siempre habrá un número consi-

derable de ciudadanos palestinos en el Gran Israel. Supondrán con mucha probabilidad un porcentaje más elevado de la población total del estado de la que son ahora (20 por 100), y se convertirán así de nuevo en objeto de los planes futuros de limpieza étnica o de *apartheid*.

Su existencia colectiva social y cultural y sus orientaciones son dignas de un libro independiente, aquí desearía concluir este libro echando una ojeada a sus vidas y a las de sus vecinos judíos de Galilea y Wadi Ara', un vistazo a lo que puede ser el modelo futuro de vida en común en una Palestina e Israel unidos.

A comienzos del siglo XXI la paridad demográfica entre los judíos y los palestinos de Galilea es menor. En el otro centro palestino en Israel, el área de Wadi Ara', los judíos son incluso una minoría. Esta realidad excepcional da lugar a los más fascinantes y atractivos proyectos de coexistencia e intercambio. Pese a que los palestinos viven bajo un régimen de discriminación, no sufren la ocupación militar de los que viven en Cisjordania o de los que están encerrados en la franja de Gaza. Sus circunstancias son más propicias para la cohabitación y la integración en una sociedad.

Un buen ejemplo de ello es Sindyanat al-Galil, una organización creada por mujeres palestinas y judías para incrementar las posibilidades que actualmente existen en la producción olivarera tradicional. Es un desafío a la absorción industrial de buena parte de este sector tan codiciado y una empresa construida únicamente a partir del esfuerzo común. Además, es un proyecto con conciencia ecológica que desea reafirmar la posición esencial de esta industria en la vida y el bienestar de las aldeas palestinas.

Yad be-Yad (mano a mano) es una ONG que fundó escuelas árabe-judías en Galilea, en las que se hacen esfuerzos de distinto tipo para enseñar a niños desde la infancia hasta la enseñanza superior mediante una narración conjunta del pasado y el presente –como intenta hacerlo este libro– o, con más cautela, empezando por exponer respetuosamente más de un punto de vista. El bilingüismo es hasta el momento el logro más impresionante de esta vía alternativa de enseñanza de palestinos y judíos, contrarrestando la política abiertamente segregacionista del sistema educativo israelí. En 2005 se abrió una escuela similar en Wadi Ara', en Kafr Qara.

A lo largo de 2004, ciudadanos palestinos y judíos se manifestaron conjuntamente en varias ocasiones contra el plan del gobierno de ampliar

la autopista número 6, que recorre Israel de norte a sur, incluyendo los pulmones verdes del país. La capacidad para llamar la atención brevemente sobre un asunto ecológico, social, feminista o cualquier otra reivindicación por lo general no incluida en una perspectiva nacional, es una característica de la sociedad civil del norte del estado; una zona única de Palestina en la que se mantienen tantas aldeas palestinas como las que se desalojaron en 1948. La lucha por una ecología mejor nunca se paga tan cara como la memoria colectiva de la *Nakbah* o la solidaridad con los palestinos en el exilio o bajo la ocupación; se combina.

No es por tanto sorprendente que acontecimientos tales como peregrinaciones anuales a las aldeas destruidas, la conferencia nacional para el Derecho al Retorno y cientos de ONG que protegen la identidad palestina sean también parte de la realidad en el norte y en Wadi Ara'. También es un espacio donde el movimiento islámico local cobra impulso, especialmente cuando parece que la ocupación de Cisjordania o la discriminación institucionalizada de los palestinos en Israel no tienen final. Pero es el enclave de islas de cohabitación, recuerdo de las que existieron durante el periodo del Mandato, que coexisten con la resistencia, la desesperación y la protesta, ya sea nacional o religiosa. Estas islas, que cubren todas las esferas de la vida -las *joint ventures*, las cooperativas de trabajadores y las acciones industriales, los sistemas educativos, los proyectos ecológicos y la acción política-, no sólo permiten a la gente escapar de una realidad muy segregada y opresiva, sino que asimismo ofrecen un modelo para el futuro.

Posdata

Al tiempo que este libro entra en imprenta, asistimos al desarrollo de un nuevo drama a ambos lados de la valla de segregación construida por Israel. Por lo que se refiere a Israel, la era Sharon ha llegado a su término debido a la enfermedad del primer ministro. No obstante, no parece que ello conlleve un gran cambio desde el punto de vista político, pues es probable que su visión sionista consensual y su política continúen y mantengan su popularidad. Su nuevo partido, Kadima, encarna esta postura: la voluntad israelí de no garantizar a los palestinos más que bantustanes autónomos, sin el retorno de los refugiados o el verdadero fin de la ocupación. La población palestina de Cisjordania y la franja de Gaza respondió de manera radical a esta imposición israelí otorgando el poder a Hamas en las elecciones de febrero de 2006. Era simultáneamente una expresión de rechazo dirigida a Al-Fatah por su fracaso a la hora de poner fin a la ocupación y un escarmiento público para la Autoridad Palestina por la corrupción generalizada, que alcanzó nuevas cotas en los años que precedieron a las elecciones. El tiempo dirá si el gobierno consensuado sionista y los líderes populares islamistas pueden triunfar donde otros fracasaron. Como muestra este libro, es posible que los nuevos actores añadan otro capítulo de desesperación a la trágica historia de este país al retrasar, en vez de anticipar, las posibilidades de la paz. Y quizá un día, las gentes asuman finalmente la lección que las elites han ignorado a lo largo de toda la historia de Palestina: que de ellas y de nadie más depende el proceso de reconciliación, que deben quitar de las manos de los políticos y salvar en pro de las futuras generaciones de nuestra amada y hermosa tierra de Palestina.

Bibliografía

BIBLIOGRAFÍA EN INGLÉS

- ABIDI, A. (1965), *Jordan: A Political Study 1948-1957*, Londres, Asia Publishing House.
- ABU MANEH, B. (1979), «The Rise and Fall of the Sanjakk of Jerusalem in the Late 19th Century», en G. Ben-Dor (ed.), *The Palestinians and the Middle East Conflict: Studies in their History, Sociology and Politics*, Haifa, Universidad de Haifa, pp. 21-34.
- (1990), «Jerusalem in the Tanzimat Period», *Die Welt des Islams* 30.
- ABU SITA, S. (1999), «The Feasibility of the Right of Return», en G. Karmi y E. Cortran (eds.), *The Palestinian Exodus, 1948-1988*, Londres, Ithaca Press.
- ABU SHOKAR, A.; ABU JABER, K.; BUHBE, M. y SMADI, M. (1990), «Income Distribution and its Social Impact in the Occupied Territories», en K. Abu Jaber, M. Buhbe y M. Smadi, *Income Distribution in Jordan*, Boulder, Westview Press.
- ADLER, R. (1988), «The Tenants of Wadi Hawarith: Another View of the Land Question in Palestine», *International Journal of Middle Eastern Studies* 20.
- AMITZUR, I. (1996), *The Origin of the Arab-Israeli Arms Race: Arms, Embargo, Military Power and Decisions in the 1948 Palestine War*, Nueva York, New York University Press.

- ANDERSON, B. (1991), *Imagined Communities*, Londres, Verso [ed. cast.: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993].
- ANTONIOUS, G. (1938), *The Arab Awakening*, Londres, Hamish Hamilton.
- ARCHER, R. y FLEMING, J. (1986), *Lady Ann Blunt; Journals and Correspondence, 1878-1917*, Cheltenham, Alexander Heriot.
- ARENDT, H. (1994), *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*, Nueva York, Penguin.
- ARIAN, A. y SHAMIR, M. (1999), *The Elections of Israel, 1996*, Albany, State University of New York Press.
- ARURI, N. (ed.), (1989), *Occupation: Israel over Palestine*, Belmont MA, Association of Arab American University Graduates.
- BAER, G. (1979), «Jerusalem's Families of Notables and the Waqf in the East in the 19th Century», en D. Kushner (ed.), *Palestine in the Late Ottoman Period*, Leiden, E. J. Brill.
- (1980), «The Office and Functions of the Village *Mukhtar*», en J. Migdal (ed.), *Palestinian Society and Politics*, Princeton, Princeton University Press.
- BARGHOUTI, M. (1990), «Jeep Versus Bare Feet: The Villages in the Intifada», en Jamal R. Nassar y Roger Heacock (eds.), *Intifada: Palestine at the Crossroads*, Nueva York, Praeger.
- BAR-ON, M. (1996), *In Pursuit of Peace: A History of the Israeli Peace Movement*, Washington, United States Institute of Peace Press.
- BEININ, J. (1998), *The Dispersion of Egyptian Jewry: Culture, Politics, and the Formation of a Modern Diaspora*, Berkeley, University of California Press.
- (1990), *Was the Red Flag Flying There?*, Berkeley, University of California Press.
- BENVENISTI, M. (1986), *1986 Report: Demographic, Economic, Legal, Social, and Political Developments in the West Bank*, Boulder, Westview.
- (2000), *Sacred Landscape: The Buried History of the Holy Land since 1948*, Berkeley, University of California Press.
- BERNSTEIN, D. S. (2000), *Constructing Boundaries: Jewish and Arab Workers in Mandatory Palestine - A Case Study of Haifa*, Nueva York, State University of New York Press.

- BHABHA, H. K. (ed.) (1970), *The Nation and Narration*, Londres y Nueva York, Routledge.
- BIALER, U. (1990), *Between East and West: Israel's Foreign Policy Orientation, 1948-1956*, Nueva York, Cambridge University Press.
- BIGER, G. (1994), *An Empire in the Holy Land: Historical Geography of the British Administration in Palestine, 1917-1929*, Jerusalén, Yehuda Magness Press.
- BLYTH, E. (1927), *When We Lived in Jerusalem*, Londres, J. Murray.
- BOWMAN, H. (1947), *A Middle East Window*, Londres, Longman, Green and Co.
- BRAND, L. A. (1988), *Palestinians in the Arab World*, Nueva York, Columbia University Press.
- AL-BUDAIRI, M. (1979), *The Palestine Communist Party: Arab and Jew in the Struggle for Internationalism*, Londres, Ithaca Press.
- CANNAN, T. (1920), *Mohammedan Saints and Sanctuaries in Palestine*, Londres, Luzac and Co.
- CARMI, S. y ROSENFELD, H. (1989), «The Emergence of Nationalistic Militarism in Israel», *International Journal of Politics, Culture and Society* 3.1, pp. 5-49.
- COBBAN, H. (1984), *The Palestinian Liberation Organization: People, Power and Politics*, Cambridge, Cambridge University Press [ed. cast.: *La Organización para la Liberación de Palestina. Pueblo, poder y política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989].
- COMITÉ ANGLOAMERICANO DE INVESTIGACIÓN (1991), *A Survey of Palestine*, vol. 2, Washington, reed. del Institute of Palestine Studies.
- CONSEJO NACIONAL PALESTINO (1989), «The Palestinian Declaration of Independence», *Journal of Palestinian Studies* 18.
- CRAGG, K. (1992), *The Arab Christian: A History in the Middle East*, Londres, Mowbray.
- DANZIGER, R. (1979), «Algeria and the Palestinian Organizations», en G. Ben-Dor (ed.), *The Palestinians and the Middle East Conflict: Studies in their History, Sociology and Politics*, Haifa, University of Haifa.
- DERINGIL, S. (1999), *Ottoman Almanacs of the Arab Provinces, 1888-1892*, Buckinghamshire, Archives Editions.

- DIVISIÓN DE INTELIGENCIA NAVAL (1943), *Palestine and Transjordan*.
- DOUMANI, B. (1995), *Rediscovering Palestine: Merchants and Peasants in Jabal Nablus, 1700-1900*, Berkeley y Londres, University of California Press.
- (1999), «Rediscovering Ottoman Palestine: Writing Palestinians into History», en I. Pappe (ed.), *The Israel-Palestine Question*, Londres y Nueva York, Routledge.
- DOUWES, D. (1999), *The Ottomans in Syria, A History of Justice and Oppression*, Londres y Nueva York, I. B. Tauris.
- ERLICH, A. (1987), «Israel: Conflict, War and Social Change», en C. Creighton y M. Shaw (eds.), *The Sociology of War and Peace*, Londres, Routledge, pp. 121-143.
- FARSOUN, S. y ZACHARIA, C. E. (1997), *Palestine and the Palestinians*, Boulder, Westview Press.
- FIRESTONE, Y. (1975), «Crop Sharing Economics in Mandatory Palestine», *Middle Eastern Studies* 11/1 (enero) y 11/2 (abril).
- (1990), «The Land Equalizing Musha' Village: A Reassessment», en G. G. Gilbar (ed.), *Ottoman Palestine, 1800-1914, Studies in Economic and Social History*, Leiden, E. J. Brill.
- FIRO, K. (1999), *The Druzes in the Jewish State*, Leiden, E. J. Brill.
- FLAPAN, S. (1987), *The Birth of Israel: Myths and Realities*, Londres, Croom Helm.
- FOUCAULT, M. (1972), *Power / Knowledge: Selected Interviews and Other Writings 1972-77*, ed. de C. Gordon, Nueva York, Pantheon Books.
- FRENCH, L. (1931), *Reports on Agricultural Development and Land Settlement in Palestine*, Jerusalén, diciembre, 1931.
- GAT, M. (1987), *The Jewish Exodus from Iraq, 1948-1951*, Londres y Nueva York, Frank Cass.
- GEDNIZIER, I. L. (1997), *Notes from the Minefield; US Intervention in Lebanon and the Middle East*, Nueva York, Columbia University Press.
- GEERTZ, C. (1986), *Islam Observed: Religious Development in Morocco and Indonesia*, Chicago, Chicago University Press.
- GERBER, H. (1998), «Palestine and Other Territorial Concepts in the 17th Century», *International Journal of Middle East Studies* 30/4 (noviembre).

- GILBAR, G. G. (1997), *Population Dilemmas in the Middle East: Essays in Political Demography and Economy*, Londres y Nueva York, Frank Cass.
- GOLANI, M. (1998), *Israel in Search of War*, Brighton, Academic Sussex Press.
- , *Report of Palestine Administration*, julio 1920-diciembre 1921.
- , Departamento de Educación, *Note on Education in Palestine, 1920-1929* (microfilm, Haifa, Biblioteca de la Universidad).
- GOBIERNO DE PALESTINA, (1925), *Report of the High Commissioner on the Administration of Palestine, 1920-1925*.
- GOVER, Y. (1994), *Zionism. The Limits of Moral Discourse in Israeli Hebrew Fiction*, Minneapolis, University of Minneapolis Press.
- GARCÍA-GRANADOS, J. (1948), *The Birth of Israel*, Nueva York, Knopf.
- GRESH, A. (1988), *PLO: The Struggle Within: Towards an Independent Palestinian State*, Londres, ZED.
- GROSSMAN, D. (1988), *The Yellow Wind*, Londres, Jonathan Cape.
- GURNEY, E. W. (1920), *Hygiene and Disease in Palestine in Modern and Biblical Times*, Londres, Palestine Exploration Fund.
- HADAWI, S. (1967), *Bitter Harvest*, Nueva York, New World Press.
- AL-HAJ, M. (1987), *Social Change and Family Processes: Arab Communities in Shefar Ain*, Londres y Boulder, Westview Press.
- HALPERN B. y REINHARZ, J. (1998), *Zionism and the Creation of a New Society*, Nueva York, Oxford University Press.
- AL-HAQ LAW IN THE SERVICE OF MAN (1988), *Punishing a Nation: Human Rights Violations during the Palestinian Uprising, December 1987-December 1988*, Ramala, Cisjordania.
- AL-HUSAYNI, J. (1930). «Palestine Today», *Journal of Central Asian Studies* 17/1.
- HAYMSON, A. M. (1918), «British Projects for the Restoration of the Jews in Palestine», *Journal of the American Jewish Historical Society* 26.
- (1950), *Palestine Under the Mandate, 1920-1945*, Londres, Green Wood.
- HECHLER, W. H. (1883), *The Jerusalem Bishopric*, Londres (sin editorial).
- HILAL, J. (1976), «Class Transformation in the West Bank and Gaza», *MERIP Reports* 53.

- HILTERMAN, Y. (1990), «Work and Action, the Role of the Working Class in the Uprising», en J. R. Nassar y R. Heacock (eds.), *Intifada: Palestine at the Crossroads*, Nueva York, Prager.
- HOFNUNG, M. (1996), *Democracy, Law, and National Security in Israel*, Aldershot, Brookfield, USA, Dartmouth.
- HOROWITZ, D. y LISSAK, M. (1978), *Origins of Israeli Polity: Palestine Under the Mandate*, Chicago, Chicago University Press.
- HOURLANI, A. (1981), *The Emergence of the Modern Middle East*, Londres, St. Antony's/Macmillan Press.
- HUDSON, M. (1969), «The Palestinian Arab Resistance Movement: Its Significance in the Middle East Crisis», *Middle East Journal* 23/3 (verano).
- HUNTER, F. R. (1991), *The Palestinian Uprising: A War by Other Means*, Londres y Nueva York, I. B. Tauris.
- IDAN (1984), *Tel Aviv in its Beginning, 1909-1934*, Jerusalén, Ben Zvi Institute.
- (1999), *The Sacred Scrolls of Tel Aviv*, Jerusalén, Ben Zvi Institute.
- JAD, I. (1990), «From Saloons to Popular Committees, Palestinian Women, 1919-1989», en J. R. Nassar y R. Heacock (eds.), *Intifada: Palestine at the Crossroads*, Nueva York, Prager.
- JOINT PARLIAMENTARY MIDDLE EAST COUNCILS COMMISSION OF ENQUIRY - PALESTINIAN REFUGEES (2001), *Right of Return*.
- KATZ, Y. (1994), *The Business of Settlement*, Jerusalén, Magness Press.
- KAUFMAN, I. (1997), *Arab National Communism in the Jewish State*, Miami, University of Florida Press.
- KAUFMAN, M. (ed.) (1998), *The Magness-Philby Negotiations 1929*, Jerusalén, Magness Press.
- KHALAF, I. (1991), *Politics in Palestine: Arab Factionalism and Social Disintegration, 1939-1948*, Albany, State University of New York Press.
- KHALIDI, R. (1986), *Under Siege: PLO Decision Making During the 1982 War*, Nueva York, Columbia University Press.
- (1997), *Palestinian Identity: The Construction of Modern National Consciousness*, Nueva York, Columbia University Press.

- KHALIDI, W. (1992), *All That Remains: The Palestinian Villages Occupied and Depopulated by Israel in 1948*, Washington, Institute for Palestinian Studies.
- KIMMERLING, B. y MIGDAL, J. S. (1993), *Palestinians: The Making of a People*, Nueva York, The Free Press.
- KISHK, A. B. (1981), «The Industrial and Economic Trends in the West Bank and the Gaza Strip», Beirut, UN Economic Commission for West Asia.
- LEVI, M. J. (1966), *Modernization and the Structure of Societies*, Princeton, Princeton University Press.
- LEVY, Y. (1997), *Trial and Error: Israel's Route from War to De-Escalation*, Albany, State University of New York Press.
- LOCKMAN, Z. (1996), *Comrades and Enemies: Arab and Jewish Workers in Palestine, 1906-1948*, Berkeley, University of California Press.
- LUSTICK, I. (1980), *Arabs in the Jewish State: Israel's Control of a National Minority*, Austin, Tejas, University of Texas Press.
- MABRO, J. (ed.) (1991), *Veiled Half-Truths: Western Travelers' Perceptions of Middle Eastern Women*, Londres y Nueva York, I. B. Tauris.
- MCCARTHY, J. (1988), *The Population of Palestine: Population Statistics of the Late Ottoman Period and the Mandate*, Nueva York, Columbia University Press.
- MARDIN, S. (1993), «Religion and Secularism in Turkey», en A. Hourani, P. S. Khoury y M. C. Wilson (eds.), *The Modern Middle East*, Londres y Nueva York, I. B. Tauris.
- MASALHA, N. (1997), *A Land Without a People: Israel, Transfer and the Palestinians 1949-85*, Londres, Faber and Faber.
- (1999), «A Critique of Benny Morris», en I. Pappe (ed.), *The Israel-Palestine Question*, Londres y Nueva York, Routledge.
- MASTERMAN, E. W. G. (1918), «Hygiene and Disease in Palestine in Modern and in Biblical Times», *Palestine Exploration Fund Quarterly*.
- MATTAR, P. (1988), *The Mufti of Jerusalem: Al-Haj Amin al-Husayni and the Palestinian National Movement*, Nueva York, Columbia University Press.
- MEREDITH, D. (1975), «The British Government and Colonial Economic Policy, 1919-1930», *The Economic History Review* 28/3.

- MEZER, J. (1998), *The Divided Economy of Mandatory Palestine*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MIDDLE EAST INSTITUTE (1984), *UNRWA and Peace in the Middle East*, Washington.
- MILLER, Y. (1980), «Administrative Policy in Rural Palestine: The Impact of British Norms on Arab Community Life, 1920-1948», en J. Migdal (ed.), *Palestinian Society and Politics*, Princeton, Princeton University Press.
- MOGANNAM, M. E. T. (1937), *The Arab Women and the Palestine Problem*, Londres, Herbert Joseph Ltd.
- MEITAL, Y. (1997), *Egypt's Struggle for Peace: Continuity and Change, 1967-1977*, Gainesville, University Press of Florida.
- MORRIS, B. (1988), *The Birth of the Palestinian Refugee Problem, 1947-1949*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1990), *1948 and After: Israel and the Palestinians*, Oxford, Clarendon Press.
- (1993), *Israel's Border Wars, 1949-1956*, Oxford, Clarendon Press.
- (1999a), *Righteous Victims: A History of the Zionist-Arab Conflict, 1881-1999*, Nueva York, Alfred A. Knopf.
- (1999b), «The Causes and Character of the Arab Exodus from Palestine: the Israeli Defense Forces Intelligence Service Analysis of June 1948», en I. Pappe (ed.), *The Israel-Palestine Question*, Londres y Nueva York, Routledge, pp. 193-210.
- NAKHLEH, K. (1975a), «The Goal of Education for Arabs in Israel», *New Outlook*, abril-mayo.
- (1975b), «The Direction of Local Level Conflict in Two Arab Villages in Israel», *American Ethnologist* 23 (agosto).
- NARDI, N. (1945), *Education in Palestine*, Washington, Zionist Organization in America.
- NEWMAN, B. (1947), *Middle Eastern Journey*, Londres, Victor Gollancz.
- NORDAU, M. S. (1941), *Max Nordau to His People, a Summons and a Challenge*, introduction by B. Netanyahu., Nueva York, publicado para la Sociedad Sionista Nordau por Scopus Publishing Company Inc.
- OWEN, R. (1988), «The Economic Development in Mandatory Palestine, 1918-1948», en George T Abed (ed.), *The Palestinian Economy*, Londres y Nueva York, Routledge.

Bibliografía

- PALMER, A. (1993), *The Decline and Fall of the Ottoman Empire*, Londres, John Murray.
- PALUMBO, M. (1987), *The Palestinian Catastrophe: The 1948 Expulsion of a People from their Homeland*, Londres y Nueva York, Quartet.
- PAPPE, I. (1988), *Britain and the Arab-Israeli Conflict, 1947-51*, Londres y Nueva York, St. Antony's / Macmillan Series.
- (1994a), «Jordan between Hashemite and Palestinian Identity», en J. Nevo e I. Pappé (eds.), *Jordan in the Middle East: The Making of a Pivotal State*, Londres, Frank Cass.
- (1994b), *The Making of the Arab-Israeli Conflict, 1948-1951*, Nueva York y Londres, I. B. Tauris.
- (1995a), «An Uneasy Co-existence: Arabs and Jews in the First Decade of Statehood», en I. Troen y N. Lucas (eds.), *Israel: The First Decade of Independence*, Nueva York, State University Press.
- (1995b), «A Text in the Eyes of the Beholder: Four Theatrical Interpretations of Kanafani's Men in the Sun», *Contemporary Theatre Review* 3/2.
- (1997), «From the "Politics of Notables" to the "Politics of Nationalism": The Husayni Family, 1840-1922», en M. Maoz e I. Pappé (eds.), *Middle Eastern Politics and Ideas: A History from Within*, Londres y Nueva York, I. B. Tauris.
- (1999a), «Breaking the Mirror: Oslo and After», en H. Gordon (ed.), *Looking Back at the June 1967 War*, Westport, Prager, pp. 95-112.
- (1999b), *The Israel/Palestine Question*, Londres y Nueva York, Routledge.
- (1999c), «Were They Expelled?: The History, Historiography and Relevance of the Refugee Problem», en G. Karni y E. Cortran (eds.), *The Palestinian Exodus, 1948-1988*, Londres, Ithaca, pp. 37-62.
- (2001), «The Tantura Case in Israel: The Katz Research and Trial», *Journal of Palestine Studies* 30/3.
- (2003), «The Israeli Perspective of the 1958 Crisis», en R. Louis y R. Owen (eds.), *The Crisis of 1958*, Londres y Nueva York, I. B. Tauris.
- PATATI, R. (1957), «The Dynamics of Westernization in the Middle East», *The Middle East Journal* 9/1.

- PERETZ, D. (1993), *Palestinians, Refugees and the Middle East Peace Process*, Washington, US Institute of Peace Press.
- PIRIE-GORDON, H. (ed.) (1919), *A Brief Record of the Advance of the Egyptian Expeditionary Force (July 1917-October 1918)*, Londres, His Majesty's Stationery Office.
- PLASCOV, A. (1981), *The Palestinian Refugees in Jordan, 1948-1957*, Londres y Nueva York, Frank Cass.
- PORATH, Y. (1974), *The Emergence of the Palestinian Arab National Movement, 1919-1929*, Londres y Nueva York, Frank Cass.
- QANU, J. (1983), *The Land Conflict in Palestine*, Givat Haviva, Institute For Arab Affairs.
- QUATAERT, D. (1994), «The Age of Reforms», en H. Inalcik y D. Quataert (eds.), *An Economic and Social History of the Ottoman Empire, 1300-1914*, Cambridge, Cambridge University Press.
- RAM, U. (1994), *The Changing Agenda of Israeli Sociology. Theory, Ideology and Identity*, Nueva York, SUNY Press.
- RAVITZKY, A. (1986), *The Roots of Kahanism: Consciousness and Political Reality*, Jerusalén, Shazar Library.
- ROUHANA N. y GHANEM, A. (1999), «The Democratization of a Traditional Minority in an Ethnic Democracy: The Palestinians in Israel», en I. Pappe (ed.), *The Israel-Palestine Question*, Londres y Nueva York, Routledge.
- ROY, S. (2001), *The Gaza Strip: The Political Economy of De-Development*, Washington, Institute for Palestine Studies.
- RUSSELL, M. (1985), *Palestine; or The Holy Land*, Londres, Darf Publishers Limited (reimpresión).
- SAID, E. W. (1994), *The Politics of Dispossession*, Londres, Chatto and Windus.
- (2001), *The End of the Peace Process: Oslo and After*, Nueva York, Vintage.
- SAYIGH, R. (1979), *Palestinians: From Peasants to Revolutionaries*, Londres, Zed Books.
- SAYIGH, Y. (1997), *Armed Struggle and the Search for State*, Oxford, Oxford University Press.

- SCHAMA, S. (1978), *Two Rothschilds and the Land of Israel*, Nueva York, Knopf.
- SCHOLCH, A. (1986), «Was there a Feudal System in Ottoman Lebanon and Palestine», en D. Kushner (ed.), *Palestine in the Late Ottoman Period: Political, Social and Economic Transformation*, Leiden, E. J. Brill.
- (1993), *Palestine in Transformation, 1856-1882; Studies in Social, Economic and Political Development*, Washington, Institute of Palestine Studies.
- SEALE, P. (1992), *Abu Nidal: A Gun for Hire*, Nueva York, Random House.
- SEGEV, T. (2000), *One Palestine: Jews and Arabs Under the Mandate*, Nueva York, Metropolitan Books.
- SELLA, A. (1986), «Custodians and Redeemers: Israeli Leaders' Perceptions of Peace», *Middle Eastern Studies* 22/2.
- SHAFIR, G. (1989), *Land, Labor and the Origins of the Israeli-Palestinian Conflict*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SHALEV, M. (1984), «Labor, State and Crisis: An Israeli Case Study», *Industrial Relations* 23/3.
- SHALIM, A. (1988), *Collusion Across Jordan*, Oxford, Columbia University Press.
- SHAMIR, R. (2000), *The Colonies of Law: Colonialism, Zionism and Law in Early Mandate Palestine*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SHAMIR, S. (1989), «The Collapse of Project Alpha», en W. R. Louis y R. Owen (eds.), *Suez 1956: The Crisis and its Consequences*, Oxford, Clarendon Press.
- SHAPIRA, Y. (1993) «The Historical Origins of Israeli Democracy», en L. Diamond y E. Sprinzak (eds.), *Israeli Democracy Under Stress*, Boulder, CO, Lynne Rienner.
- SHAPIRO, Y. (1976), *The Formative Years of the Israeli Labour Party: The Organization of Power, 1919-1930*, Londres, Sage Publications.
- SHEHADEH, R. (1988), *Occupier's Law: Israel and the West Bank*, Washington, Institute for Palestine Studies.
- SHEMESH, M. (1988), *The Palestinian National Entity, 1959-1974: Arab Politics and the PLO*, Londres y Nueva York, Frank Cass.
- SHENHAV, Y. (1999), «The Jews of Iraq: Zionist Ideology, and the Property of the Palestinian Refugees of 1948: An Anomaly of National Accounting», *International Journal of Middle Eastern Studies* 31/4.

- SHEPHERD, N. (2000), *Ploughing Sand: British Rule in Palestine, 1917-1948*, New Brunswick, N. J., Rutgers University Press.
- SHLAIM, A. (1988), *Collusion Across Jordan*, Oxford, Columbia University Press.
- (1999), *The Iron Wall; Israel and the Arab World*, Nueva York y Londres, W. W. Norton and Company.
- SHOHAT, E. (1988), «Sepharadim in Israel: Zionism from the Standpoint of its Jewish Victims», *Social Text* 19, 20.
- SIRHAN, B. (1975), «Palestinian Refugee Camp Life in Lebanon», *Journal of Palestine Studies* 4/2.
- SMELSER, N. J. y S. M. Lipset (1966), *Social Structure and Mobility in Economic Development*, Chicago, Aldine.
- SMITH, B. (1993), *The Roots of Separatism in Palestine: British Economic Policy, 1876-1988*, Siracusa, Syracuse University Press.
- SMITH, C. D. (2004), *Palestine and the Arab-Israeli Conflict. A history with documents*, Boston, Bedford/St. Martin's.
- SMITH, P. A. (1984), *Palestine and the Palestinians, 1876-1988*, Nueva York, St. Martin Press.
- SMOOHA, S. (1981), *Israel: Pluralism and Conflict*, Londres, Routledge.
- SOFER, S., (1988), *An Anatomy of Leadership*, Oxford, Blackwell Publishers.
- SPAFFORD-VESTER, B. (1950), *Our Jerusalem: An American Family in the Holy City, 1881-1949*, Garden City, Doubleday.
- SPRINZAK, E. (1986), *Gushi Emunim: The Politics of Zionist Fundamentalism in Israel*, Nueva York, American Jewish Committee, Institute of Human Relations.
- STEIN, K. (1984), *The Land Question in Palestine, 1917-1939*, Atlanta, University of North Carolina State.
- STERNHELL, Z. (1998), *The Founding Myths of Israel: Nationalism, Socialism, and the Making of the Jewish State*, Princeton, Princeton University Press.
- SWEIDENBURG, T. R. (1995), *Memories of Revolt: The 1936-1939 Rebellion and the Palestinian National Past*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- SZYLIOWICZ, J. S. (1973), *Education and Modernization in the Middle East*, Ithaca y Londres, Cornell University Press.
- TAMARI, S. (1981). «Building Other Peoples' Homes: The Palestinian

- Peasant's Household and Work in Israel», *Journal of Palestine Studies* 11/1 (otoño).
- (1990), «The Revolt of the Petit Bourgeoisie: Urban Merchants and the Palestinian Uprising», en J. R. Nassar y R. Heacock (eds.) *Intifada: Palestine at the Crossroads*, Nueva York, Prager.
- TIBAWI, A. L. (1956), *Arab Education in Mandatory Palestine*, Londres, Luzac.
- (1986), *British Interests in Palestine, 1800-1901*, Oxford, Oxford University Press.
- TSMICHONI, D. (1979), «The Arab Christians and the Palestinian Arab National Movement during the Formative Stage», en G. Ben-Dor (ed.), *The Palestinians and the Middle East Conflict: Studies in their History, Sociology and Politics*, Tel-Aviv, Turtledove Publishing.
- TURKI, F. (1972), *The Disinherited: Journal of a Palestinian Exile*, Nueva York, sin editorial.
- UNRWA (1951), *Annual report*.
- UNRWA (1984), *A Brief History, 1950-1982*, La Agencia, Viena y Milton Viorst.
- UNRWA (1991), *Situation of Palestine Civilians under Israeli Occupation: Gaza Strip*, marzo-mayo.
- USHER, G. (1996), «Closures, Cantons, and the Palestinian Covenant», *Middle East Report* 199.
- WALLERSTEIN, I. (1990), «Culture is the World System - a Reply to Boyne», en M. Featherstone (ed.), *Global Culture: Nationalism, Globalization and Modernity, A Theory, Culture and Society*, número especial, Londres, Newbury Park, Sage.
- YAZBAK, M. (1998), *Haifa in the Late Ottoman Period, 1864-1914: A Muslim Town in Transition*, Leiden, E. J. Brill.
- YIFTACHEL, O. (1997), «Israeli Society and Jewish-Palestinian Reconciliation: Ethnocracy and its Territorial Contradictions», *Middle East Journal* 51 (otoño).
- ZIYAD, A. A. (1993), «Hamas: A Historical and Political Background», *Journal of Palestine Studies* 22/4 (verano).
- (1994), *Islamic Fundamentalism in the West Bank and Gaza*, Bloomington, Indiana University Press.

- ZUREIK, E. (1979), *The Palestinians in Israel: A Study of Internal Colonialism*, Londres y Nueva York, Routledge.
- (1980), «Reflections on Twentieth Century Palestinian Class Structure», en K. Nakhleh y E. Zureik (eds.), *The Sociology of the Palestinians*, Londres, Croom Helm.

BIBLIOGRAFÍA EN ÁRABE

- ABU GHAZZALAH, A., s. f., *The National Education in Palestine During the British Mandate*, Acre, Al-Aswar.
- ABU IZZ AL-DIN, S. (1929), *Ibrahim Pasha in Syria*, Beirut (sin editorial).
- AL-BUDAIRI, M. (1980), *The Development of the Arab Workers' Movement in Palestine: Historical Introduction and Collected Documents*, Beirut, Dar Ibn Khaldun.
- DARWAZEH, I. M. (1986), *Memoirs and Notes: A Palestinian Century*, vol.1, Damasco, Samed.
- HALA, M. (1974), *Palestine and the British Mandate, 1922-1939*, Beirut (sin editorial).
- AL-HUT, N. B. (1981), *Political Leaderships and Institutions in Palestine, 1917-1948*, Beirut, Institute for Palestine Studies.
- AL-KHALIDI, A. S. (1925), «The Ottoman Education System», *Majalat Dar al-Mua'limin* 1, (noviembre).
- MANNA', A. (1995), *The Notables of Palestine at the End of the Ottoman Period (1900-1918)*, Beirut, Institute of Palestine Studies.
- MASSARWA, R. (1983), *A Station Called Beirut*, Acre, Al-Mussawar.
- QASMIYA, K. (ed.) (1975), *Fawzi al-Qawqji's Memoirs*, Beirut, publicación de la OLP.
- AL-SAFARI, I. (1937), *Palestine between Mandate and Zionism*, Jerusalén (sin editorial).
- SAKAKINI, I. (1975), «The Palestinian Entity, 1964-1974», *Shuum Filastiniya*, 41, 42 (enero-febrero).
- AL-TAMIMI, M. R. y AL-BAHJAT, M. (1914), *Vilayet Beirut: The Southern Part*, Beirut, Al-Iqbal.

YEHOSHUA, Y. (1974), *The History of the Arabic Press in Palestine: The Ottoman Period, 1908-1918*, Jerusalén, Hebrew University Press.

BIBLIOGRAFÍA EN HEBREO

- ADLER, R. (1986), «The Administration and the Problem of Tenants in the Wadi Hawarith Affair, 1929-1933», *Haziyonut* 11.
- AGMON, I. (1994), *Women and Society: Muslim Women, the Shar'i Court and the Society of Jaffa and Haifa under Late Ottoman Rule (1900-1914)*, tesis doctoral, Universidad Hebrea.
- AMITAL, Y. (1988), *The United Workers' Party (Mapam) 1948-1954: Attitudes on Palestinian Arab Issues*, Tel-Aviv, Tcherikova Publishers.
- ASAF, M. (1970), *Arab-Jewish Relationships, 1800-1948*, Tel-Aviv, Mifalei Tarbut Ve-Hinuch.
- BEN-ELIEZER, U. (1995), *The Emergence of Israeli Militarism, 1936-1956*, Tel-Aviv, Dvir
- BEN-ZVI, Y. (1936), *The Ben-Zvi Papers*, Tel-Aviv, publicación gubernamental.
- BERNSTEIN, D. (1987), *A Woman in Eretz Israel*, Tel-Aviv, Ha-Kibbutz Ha-Meuhad.
- COHEN, A., et al. (1993), *Jews in the Muslim Court: Society, Economy and Communal Administration; The Eighteenth Century*, Jerusalén, Yad Ben-Zvi.
- COLBI, S. P. (1969), *Christianity in the Holy Land, Past and Present*, Tel-Aviv, Am Hasefer.
- DE VRIES, D. (1999), *Idealism and Bureaucracy: The Roots of Red Haifa*, Tel-Aviv, Ha-Kibbutz Ha-Meuhad.
- FRUMKIN, G. (1954), *The Life of a Judge*, Tel-Aviv, Dvir.
- GILAD, Z. (ed.) (1957), *The Palmach Book*, Tel-Aviv, Ha-Kibbutz Ha-Meuhad.
- GREENBERG, L. L. (1995), «The Arab-Jewish Drivers' Union Strike, 1931: A Contribution to the Critique on the National Conflict Sociology», en I. Pappe (ed.), *Jewish-Arab Relations in Mandatory Pales-*

- tine: A New Approach to the Historical Research*, Givat Haviva, Institute for Peace Research.
- HEVER H. Y RON M. (1983), *Fighting and Killing Without End: Political Poetry in the Lebanon War*, Kibbutz Meuhad Tel-Aviv
- IDF PUBLICATIONS (1964), *The Book of the Alexandroni Brigade*, (Tel-Aviv).
- ISRAELI, R. (ed.) (1988), *Ten Years of Israeli Rule in Judea and Samaria*, Jerusalén, Magness.
- KALEV, H. D. (1999), «The Wadi Salib Riots», en Adi Offir (ed.), *Fifty to Forty-Eight: Critical Moments in the History of the State of Israel*, Jerusalén, Van Leer Jerusalem Institute.
- KATINKA, B. (1961), *Then and Now*, Jerusalén, Qiryat Sefer.
- KAZANELSON-SHAZAR, R. (1930), *The Speeches of Women Workers*, Tel-Aviv, Council of Women Workers, Am Oved.
- KLAUSNER, I. (1960), *Opposition to Herzl*, Jerusalén, R. Mas.
- KUTAB, E. (1992), «The Participation of the Palestinian Woman in the Intifada», en S. Sivirski e I. Pappe (eds.), *The Intifada: An Inside View*, Tel-Aviv, Mifras.
- LAOR Y. (1994), *The People, Food Fit for a King*, Tel-Aviv, Hakibutz Hameuhad.
- LIFSHITZ, O. (1987), *Self Defeating Conquest*, Tel-Aviv, publicación del Mapam.
- MAKOVER, R. (1984), *Administration and Government in Palestine, 1917-1925*, Tel-Aviv, sin editorial.
- MEZER, Y. y KAPLAN, O. (1990), *The Jewish and the Arab Economy in Mandatory Palestine: Product, Employment and Growth*, Jerusalén, Mossad Byalik.
- NAOR, M. y LEVINSON, A. (1984), «Who were the 66 Founders of Tel-Aviv?», en *IDAN Tel Aviv in its Beginning, 1909-1934*, Jerusalén, Ben Zvi Institute.
- NINI, Y. (2000), *Were You There, Or Was it a Dream?*, Tel-Aviv, Am Oved.
- OFFIR, A. (ed.) (1999), *Fifty to Forty-Eight: Critical Moments in the History of the State of Israel*, Jerusalén, Van Leer Institute.
- ORIAN, D. *The Arab in Israeli Theatre*, Tel-Aviv, Or-Am
- PAPPE, I. (1989), *A Profile of a Knifer*, Givat Haviva. Institute for Peace Research.

Bibliografía

- (1993), «The New History of the 1948 War», *Theory and Criticism* 3, pp. 95-114.
- RAM, H. (1996), *The Jewish Community in Jaffa: From Sepharadic Community to Zionist Center*, Jerusalén, Karmel.
- REITER, Y. (1989), «An Assessment of the Reform in the Muslim Waqf Institution in Israel - the Waqf in Acre», *The New East* 32/125-128.
- RUPIN, A. (1968), *Chapters of my Life*, 2.^a parte, Tel-Aviv, Am Oved.
- SEGEV, T. (1991), *The Seventh Million: The Israelis and the Holocaust*, Tel-Aviv, Keter.
- SHAKED, M. (2000), «The History in Court and the Court in History - the Verdict in the Kastner Case and the Narratives of Memory», *Alpayim* 20.
- SHEHADEH, R. (1984), *The Third Way*, Tel-Aviv, Mifras.
- SIVIRSKY, S. (1981), *Deprived and Not Under-Developed: The Relationship between Mizrachim and Ashkenazim*, Haifa, Mahbarot.
- SIVIRSKY, S. y BERNSTEIN, D. (1993), «Who Worked in What, for Whom and for What? The Economic Development of Israel and the Making of the Sectarian Labour Distribution», en Uri Ram (ed.), *The Israeli Society: Critical Aspects*, Tel-Aviv, Breirot.
- SLUZKI, Y. (1954), *The Book of the Hagana*, Tel-Aviv, Am Oved.
- TAMARI, S. (1992), «The Palestinians in the West Bank and the Gaza Strip: A Sociology of Dependence», en S. Sivirski e I. Pappe (eds.), *The Intifada: An Inside View*, Tel-Aviv, Mifras.
- WASHITZ, Y. (1947), *The Arabs in Palestine*, Merhavia, (sin editorial).
- WIGODER, S. y Widoger, M. (1999), «The Matzpen Movement», en Adi Offir (ed.), *Fifty to Forty-Eight: Critical Moments in the History of the State of Israel*, pp. 195-204.
- YEHOSHUA, Y. (1981), *Jerusalem in Days of Old*, vol. 3, Jerusalén R. Mass.
- YEHUDAI, N. (1997), *Economic Cooperation Between Palestinian Arabs and Jews as a Possible Pattern for Relations for the Two National Communities in a State of Conflict, 1920-1930*, Tesis de grado presentada en la Universidad de Haifa.
- ZERTAL, I. (1996), *The Jews' Gold. From Catastrophe to Power*, Tel-Aviv, Am Oved.

BIBLIOGRAFÍA EN ALEMÁN

- KAHLE, P. (1912), *Gebraüche bei den Moslemischen Heiligtümern in Palästina, Palästina Jahrbuch.*
- KOBER, A. (1968), *Samuel Gobat: Von Juradojf nach Jerusalem*, Basel, Gute Schriften.

BIBLIOGRAFÍA EN FRANCÉS

- BARON, X. (1977), *Les Palestiniens: Un Peuple*, París (sin editorial).
- ZUREIK, E. (1997), «Refugiés: Etat des lieux (première partie)», *REP* 11, (nouvelle série) (primavera).

BIBLIOGRAFÍA EN ESPAÑOL*

- ÁLVAREZ OSORIO, I. (2001), *El miedo a la paz. De la Guerra de los Seis Días a la segunda Intimada*, Madrid, Los Libros de la Catarata - Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación.
- ANDERSON, B. (1993), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ARENDT, H. (2003), *Eichmann en Jerusalén. Un estudio de banalidad del mal*, Barcelona, Lumen.
- CAREY, R. y SHAININ, J. (coords.) (2004), *El otro Israel. Voces de rechazo y disidencia*, Madrid, Editorial Popular.
- BEN-AMI, S. (2002), *¿Cuál es el futuro de Israel?*, entrevista de Y. Ch. Zarka, J. A. Baraxh y E. Yakira; prefacio de Yves Charles Zarka, Madrid, Ediciones B.
- FINKELSTEIN, N. (2003), *Imagen y realidad del conflicto palestino-israelí*, Madrid, Akal.

* Esta bibliografía remite a obras de referencia no citadas en este libro publicadas en castellano. [N. del Ed.]

Bibliografía

- GEERTZ, C. (1994), *Observando el Islam. El desarrollo religioso en Marruecos e Indonesia*, Barcelona, Paidós.
- IZQUIERDO, F. y ÁLVAREZ OSORIO, I. (2005), *¿Por qué ha fracasado la paz? Claves para entender el conflicto palestino-israelí*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- MARTÍNEZ CARRERAS, J. U. (2000), *El conflicto del Próximo Oriente*, Madrid, Arco-Libros.
- ONU (2003), *La cuestión palestina y las Naciones Unidas*, Nueva Cork, Naciones Unidas.
- SAID, E. W. (2001), *Crónicas palestinas. Árabes e israelíes ante el nuevo milenio*, Barcelona, Grijalbo Mondadori.
- (2002), *Nuevas crónicas palestinas. El fin del proceso de paz (1995-2002)*, Barcelona, Mondadori.
- VV. AA. (2005), *Historia del otro (Una doble mirada al conflicto árabo-israelí)*, Barcelona, Intermón-Oxfam.
- WARSCZAWSKI, M. (2002), *Israel-Palestina, la alternativa de la convivencia binacional*, Madrid, Catarata.

Glosario de nombres

Abd al-Nasser, Gamal (1918-1970): nacido en Bani Mur, cerca de Asiut. En 1939, como joven oficial, participó en la creación del grupo que constituiría el núcleo central de la Asociación de Oficiales Libres. Capturado por los israelíes en la Guerra de 1948. En 1951 ascendió a coronel y planeó el golpe de Estado de 1952. Como presidente de Egipto (1956-1970) siguió una política panarabista con la causa palestina en el centro.

Abdul Aziz II (1861-1876): sultán otomano del periodo Tanzimat.

Abdul Hamid II (1876-1908): último sultán del Imperio otomano. En un principio se alió con los reformistas, pero acabó orientándose hacia el panislamismo y el panotomanismo.

Abdullah, ibn Hussein (1882-1951): nacido en La Meca. Su padre fue quien lo inició en política. Elegido en 1912 como representante de La Meca ante el parlamento otomano. En 1914 conspiró con los británicos en Egipto para preparar la revuelta. En noviembre de 1920 se dirigió a Ma'an, Transjordania, amenazando a los franceses con

reconquistar Siria, aunque acabó por constituir allí el reino de Jordania, al que anexionaría Cisjordania como parte del acuerdo previo con la Agencia Judía en la Guerra de 1948. Murió asesinado a manos de un palestino en 1951.

Abu Gosh, Mustafa (1800-1864): nacido en Kafar Anab, cerca de Jerusalén. Jeque de las montañas de Jerusalén en la primera mitad del siglo XIX, y líder de la facción yamani en el área.

Abu Iyad (Salah Khalaf) (1939-1991): nacido en Jafa, pero expulsado junto con su familia a Gaza en 1948. De ahí pasó a El Cairo, donde se convirtió en uno de los fundadores de Al-Fatah y mano derecha de Yasser Arafat hasta su muerte, a manos de desconocidos, en enero de 1991.

Abu Jihad (Khalil al-Wazir) (1935-1988): nacido en Ramla tras la expulsión a Gaza de su familia en 1948. Al igual que Abu Iyad, se lo considera uno de los fundadores de Al-Fatah y lugarteniente de Arafat. Asesinado por los israelíes en abril de 1988. Dirigió el ala militar y las operaciones de Al-Fatah.

Abu Mazen (Mahmud Abas) (1933-): nacido en Safad, pero expulsado junto con su familia en 1948. Se hizo miembro de Al-Fatah mientras vivía en Qatar, donde trabajaba como joven hombre de negocios. Desde 1983 es responsable de los contactos de la OLP con los grupos de paz israelíes. Mantuvo estrechos lazos con la Unión Soviética, donde pasó algún tiempo. Desempeñó un papel importante en los Acuerdos de Oslo y en el seno la Autoridad Palestina, de la que fue primer ministro durante unas semanas de 2003.

Abu Musa (Mahmud Said Musa) (1931-): nacido en Jerusalén. Adquirió celebridad al liderar una facción de Al-Fatah contra Arafat en mayo de 1983, mientras dirigía la brigada Yarmuk de la organización. Protestaba contra un elevado número de nombramientos militares decididos por Arafat y contra el establecimiento de nuevos contactos con Jordania.

Abu Shabib, Fátima: santa palestina célebre por sus poderes taumatúrgicos ejercidos tanto durante su vida como tras su muerte.

Al-Afghani, Jamal al-Din (1839-1997): nacido en Afganistán. Se cuenta entre los primeros reformadores del islam moderno. Instó al sultán Abdul Hamid II a orientarse hacia el panislamismo como medio para mantener intacto el Imperio otomano. Posteriormente se estableció en Egipto, donde, junto con Mohamed Abduh, buscó el modo de sintetizar el islam y la modernidad.

Ahad Ha'am («Uno del pueblo» en hebreo) (1895-1927): seudónimo de Ahser Ginsburg, nacido en Ucrania. Fue un alumno destacado de la *halajá* judía. En 1886 entró a formar parte de Hovevi Zion, pero desarrolló sus propias ideas respecto al Sionismo Espiritual. Instó a la creación de un centro judío espiritual, no político, en Palestina.

Ahronson, Aharon (1876-1919): nacido en Rumanía. En 1882 emigró a Palestina. Su padre fue uno de los fundadores de Zichron Yaacov. Organizó la red de espionaje probritánico durante la Primera Guerra Mundial. Murió en un misterioso accidente de avión en 1919.

Allenby, Edmond (vizconde de) (1861-1936). Como joven oficial inglés sirvió en Sudáfrica (Guerra de los Boers) a finales del siglo XIX. Asimismo combatió en Francia durante la Primera Guerra Mundial. En 1917 fue nombrado comandante de la Fuerza Expedicionaria Británica en Palestina, convirtiéndose así en el primer gobernador militar de la Palestina ocupada. En 1922 se le designó alto comisionado para Egipto.

Alon (Paikovitz), Yigal (1918-1980): nacido en Kefar Tavor. Jefe del Palmach y ministro en varios gobiernos israelíes. Líder del Partido Laborista desde 1948 hasta su muerte, en 1980. Fue alumno del St. Antony's College de Oxford en 1960, pero no finalizó sus estudios.

Aloni, Shulamit (1929-): nacido en Tel-Aviv. Tras años de militancia en el Partido Laborista, en 1973 fundó el Movimiento por los Derechos Civiles en Israel. Ministra de Educación de 1992 a 1994. Conocida por su lucha a favor de los derechos humanos y civiles en Israel, por lo que en 1985 se le otorgó el Premio Kreisky.

Alterman, Nathan (1910-1970): nacido en Varsovia. Emigró a Palestina en 1925. Destacado poeta y ensayista, cercano al movimiento laborista. Falleció en 1970.

Arafat, Yasser (1929-2004): nacido en Jerusalén, aunque se educó en El Cairo. Mientras residía en Kuwait (1957-1960) fundó el movimiento Al-Fatah, del que siguió siendo líder oficial hasta su muerte. Fue líder de la OLP (1968-1993) y presidente de la Autoridad Palestina (1993-2003). En 1994 se le concedió el Premio Nobel por su participación en los Acuerdos de Oslo. Confinado en su cuartel general de Ramala desde abril de 2002 hasta su muerte en París en 2004.

Argov, Shlomo (1929-2003): nacido en Jerusalén. Funcionario público del ministerio de Asuntos Exteriores israelí. Embajador en Londres a comienzos de la década de 1980. El atentado del que fue objeto sirvió a Israel como pretexto para proceder en 1982 a la invasión del Líbano.

Al-Arif, Arif (1891-1973): nacido en Jerusalén. Reclutado desde joven por el ejército turco y hecho prisionero por los aliados. Después de la Primera Guerra Mundial fue uno de los fundadores del movimiento nacional palestino, apoyando inicialmente la idea de la Gran Siria y, posteriormente, la independencia de Palestina. Se unió a la administración del Mandato y escribió algunas de las publicaciones más importantes sobre la historia de Palestina. En 1963 fue nombrado director del Museo Rockefeller de Jerusalén.

Arlosaroff, Chaim (1899-1933): nació en Ucrania, aunque creció en Alemania. Emigró a Palestina en 1924. Editó varios periódicos hebreos locales. En 1931 dirigió el departamento político de la Agencia Judía, su ministerio de Asuntos Exteriores. Fue asesinado en 1933, en Tel-Aviv, por extremistas revisionistas que nunca fueron detenidos.

El-Asad, Hafed (1930-2000): nacido en Ladhakiya, Siria, de una familia alauita. Comenzó su carrera en la fuerza aérea siria, donde, siendo ya oficial de alto rango, se sumó al partido Baaz, que consiguió liderar desde 1968. En 1971 se hizo con el régimen y se convirtió en el presidente de Siria hasta su muerte, en el año 2000. Dirigió al ejército

sirio en la Guerra de 1973 y en 1974 firmó con Israel el acuerdo por el que se establecía el fin de las hostilidades.

Awad, Mubarak (1954-): activista por la paz palestino, que intenta, sin éxito, introducir los métodos de la no violencia de Gandhi en la resistencia palestina a la ocupación de Cisjordania y la franja de Gaza. Expulsado por los israelíes justo antes de la primera revuelta, en 1987.

Baidas, Khalil (1874-1949): nacido en Nazaret. Uno de los primeros novelistas de Palestina y un maestro admirado por la primera generación de líderes nacionales.

Balfour, Arthur James, primer conde Balfour (1848-1930): entró a formar parte del parlamento como diputado conservador en 1874. En 1886 desempeñó su primer cargo en el gobierno, para ser nombrado después primer ministro (1902-1905) y ministro de Asuntos Exteriores (1916-1919). Llevando esta cartera redactó la declaración de apoyo a la creación de un hogar nacional judío.

Al-Banna, Hasan (1906-1949): nacido en Ismailiya, Egipto. En 1928 creó la asociación de los «Hermanos Musulmanes». Asesinado por los servicios secretos egipcios en 1949. Su hermano fundó a su vez una delegación del movimiento en Palestina en la década de 1940.

Barak, Ehud (1942-): nacido en el kibutz Mishamer Hasharon. Se unió al ejército israelí en 1959. Tras 35 años en el ejército, donde alcanzó el más alto rango como jefe del estado mayor, decidió en 1996 entrar en política. En 1999 fue nombrado primer ministro de Israel, aunque perdió las elecciones de 2001.

Begin, Menachem (Wolfowitch) (1913-1992): nacido en la Rusia blanca, dirigió el movimiento Beitar en Polonia (movimiento juvenil de la derecha sionista) e inmigró a Palestina en 1942. De 1943 a 1948 dirigió el Irgún, participando en actividades guerrilleras contra los británicos y en acciones terroristas contra los palestinos. Lideró la oposición de derechas del Partido Laborista hasta 1977, en que fue elegido primer ministro,

cargo en el que se mantuvo hasta 1982, cuando el fracaso israelí en el Líbano puso fin a su carrera.

Beilin, Yossi (1948-): nacido en Tel-Aviv. Tras una carrera como periodista se unió al Partido Laborista y se convirtió en su portavoz entre 1977 y 1984. Desde 1988 ocupó varios cargos ministeriales en distintos gobiernos laboristas. En 2003 entró a formar parte del Meretz y perdió su escaño parlamentario. Es uno de los arquitectos de los Acuerdos de Oslo.

Ben-Gurion, David (1886-1973): nacido en Plonsk, Polonia. Emigró a Palestina en 1906 y abogó por un socialismo sionista. Su carrera comenzó en 1920, como secretario general del Histadrut, o Federación General de Trabajadores de Palestina. Fundó el Partido Laborista, el Mapai, en 1930, y se convirtió en presidente del ejecutivo de la Agencia Judía en 1935. Fue primer ministro de Israel de 1948 a 1953, y volvió a ocupar el cargo entre 1955 y 1963. Lideró su propio partido, el Rafi, hasta 1970, cuando se retiró definitivamente de la Knesset y de la vida política.

Ben-Zvi (Shmishelvitzi), Izhak (1884-1963): nacido en Ucrania. Inmigró a Palestina en 1907 y se convirtió en uno de los fundadores del movimiento sionista socialista. Contribuyó a crear en 1908 el movimiento Hashomer y durante el Mandato escribió varios libros de historia de Palestina. Líder del *yishuv*. Segundo presidente de Israel (1952-1963).

Bernadotte, conde Folke (1895-1948): nacido en Suecia. Presidente de la Cruz Roja Sueca. Mediador de Naciones Unidas en 1948 y asesinado por la organización Lehi en septiembre de ese mismo año.

Beshara, Azmi (1956-): nacido en Nazaret. En la década de 1990 se convirtió en una figura política destacada entre la comunidad palestina residente en Israel. Es miembro fundador del Balad, el Partido Democrático Nacional, que logró tres escaños en las elecciones de 2003. Desde 1996 es diputado de la Knesset.

Blyth, George Francis Popham (1830-1914), obispo de Jerusalén.

Bowman, Humphry (1879-1965): dirigió el Departamento de Educación durante el Mandato (1920-1935).

Burg, Yosef (1909-1999): nacido en Alemania. Emigró a Palestina en 1939. Líder del Movimiento Sionista Religioso. Hasta 1986 ocupó una cartera ministerial en casi todos los gobiernos israelíes, sobre todo la de Interior.

Cohen, Aharon (1910-): nacido en Bulgaria. Emigró a Palestina en 1937. Líder del Mapam y su principal experto en asuntos árabes. Dirigió la campaña electoral del partido en 1949, pero lo abandonó en 1950 por lo que consideraba una orientación antiárabe. Ha publicado numerosos libros de historia sobre Oriente Medio. En 1958 se lo acusó de espionaje soviético. Juzgado en 1960, fue sentenciado a cinco años de prisión, aunque cumplió condena hasta 1963.

Al-Dajaní, Hassan Sidqi (ca. 1890-1938): periodista, jurista y político de Jerusalén. Fundador en 1919 de Muntada al-Adabi. En 1930 participó también en la creación del Partido Liberal. Miembro de al-Mu'arada y secretario del partido Difa' de los Nashashibi. Presidente de la Asociación árabe de propietarios de coches y conductores. Ase-sinado en 1938, probablemente por gente del muftí.

Darwish, Abdullah Nimr (1958-): nacido en Kafar Qassem. Fundador del movimiento islámico de Israel en la década de 1980 y líder de la sección que tiene la organización en el sur.

Dayan, Moshe (1915-1981): nacido en Palestina. Entró a formar parte de la Haganá durante su juventud. Perdió un ojo durante una misión encomendada por el ejército británico en el Líbano ocupado por el gobierno de Vichy, en 1941. Uno de los fundadores del Palmach, las unidades de comando de la Haganá, y general a cargo del área de Jerusalén, entonces el norte. Jefe de Estado mayor en 1953 y durante la campaña de Suez. Abandonó el ejército en 1958 y pasó a formar parte del partido Rafi de Ben-Gurion hasta 1966. Logró que en 1968 el Rafi y el Mapai firmasen una alianza por la que nacía el actual Partido Laborista. Ministro de Defensa israelí durante la Guerra de 1967 y héroe nacional, perdió prestigio durante la Guerra de 1973. Ministro de Asuntos Exteriores durante el primer

gobierno de Menachem Begin (1977-1979), desempeñó un papel muy relevante en la firma de los Acuerdos de Camp David entre Israel y Egipto.

Al-Darawshe, Abd al-Wahab (1940-): Fundador del primer partido árabe de la minoría palestina de Israel en 1988, tras haber formado parte durante mucho tiempo del Partido Laborista.

Eichmann, Adolf (1906-1962): nacido en Alemania. Oficial nazi de alto rango y uno de los creadores intelectuales del plan de exterminio de los judíos. Capturado por el Mosad israelí en 1962, trasladado a Israel, juzgado y ejecutado.

Eshkol, Levi (1895-1969): nacido en Ucrania. Emigró a Palestina en 1913. Miembro del Alto Mando de la Haganá. Ministro de Agricultura entre 1951 y 1952. Ministro de Economía entre 1952 y 1963. Tercer primer ministro de Israel, entre 1963 y 1969.

Eytan, Refael (1929-): nacido en Moshav Tel-Adashim. Jefe de Estado mayor del ejército israelí entre 1978 y 1983. Fundador de Zomet, un partido de la derecha. Desempeñó el cargo de ministro en gobiernos de la derecha entre 1989-1992 y 1996-1999.

Farouq (1920-1965): rey de Egipto de 1936 a 1952. Nacido en El Cairo. Depuesto en 1952 por los Oficiales Libres egipcios, fecha en la que partió al exilio en Italia.

Al-Faruqi, Shuqri Taji (1882-1953): nacido en Ramla. Presidente en 1910 del partido de la solidaridad árabe-otomana. Figura destacada en al-Mu'arada.

Feisal, ibn Hussein (1885-1933): nacido en el Hedjaz, tercer hijo de Sharif Hussein de La Meca. Encabezó a las fuerzas que intervinieron en la revuelta árabe y colaboró en la ocupación de Damasco. Rey de la Gran Siria (1918-1920) y posteriormente de Iraq (1921-1933).

Gadafi, Mu'amar (1941-): oficial del ejército libio que organizó el golpe de Estado de 1969 y se ha mantenido desde entonces en el poder.

Galilli, Israel (1911-1986): nacido en Ucrania. Emigró a Palestina en 1915. Reclutado muy pronto por la Haganá, acabó por dirigirla (1946-1948). Miembro de la Knesset y de los gobiernos laboristas entre 1954 y 1977.

Glubb, sir John Bagot (1897-1986): jefe de Estado mayor y fundador de la Legión Árabe de Jordania desde 1938 hasta su destitución por el rey Hussein en 1956.

Gobat, Samuel (1799-1879): nació en Basilea, Suiza. En 1846, tras una larga experiencia misionera, fue nombrado obispo en Jerusalén. Se recuerda especialmente su papel en la educación y en la construcción de hospitales modernos por todo el país.

Goren, Shlomo (1917-1994): nacido en Polonia. Emigró a Palestina en 1925 y se unió a la Haganá en 1936. Principal rabino del ejército desde 1948, cuando pasaría a ser el cuarto rabino asquenazí de Israel. Como tal, se convirtió en líder espiritual del movimiento Gush Emunim.

Habash, George (1925-): nació en Lydda. En su juventud, la familia se trasladó a Jafa. Estudió medicina en Beirut, pero, tras la *Nakbah*, se decantó por la actividad política. En 1951 fundó al-Qawmiyyun al-Arab, movimiento panarabista con filiales en todo el mundo árabe y sede en Amán. En 1967 fundó el Frente Popular para la Liberación de Palestina. Desde 1984 lideró la oposición contra Yasser Arafat debido al acercamiento de éste último a Jordania, y creó un frente de rechazo en Damasco, pero después de 1987 volvió a cooperar más estrechamente con Al-Fatah en la OLP. Dimitió tras los Acuerdos de Oslo. Su sucesor se trasladó a Cisjordania y fue asesinado por los israelíes tras el estallido de la segunda intifada.

Habibi, Emil (1922-1996): nacido en Haifa. Comenzó a militar en el Partido Comunista desde su juventud. En la década de 1970 editó un diario, *al-Itihad*. Parlamentario comunista de la Knesset. Conocido en todo el mundo árabe como novelista.

Hacohen, David (1898-1984): nacido en Rusia. Emigró a Palestina en 1907. Sirvió en el ejército turco en la Primera Guerra Mundial y en

el ejército británico en la Segunda. Dirigente de la Haganá y uno de los diseñadores de la política del movimiento sionista del laborismo respecto a los palestinos. Miembro de la Knesset desde los primeros tiempos de Israel, y embajador de su país ante Birmania.

Halevy, Benjamin (1910-1996): nacido en Alemania. Emigró a Palestina en 1933. Como vicepresidente del tribunal regional de Jerusalén, presidió el juicio de Kastner. A comienzos de la década de 1970 era miembro de la Knesset por Gahal y, antes de retirarse, se unió a Dash, movimiento liderado por Yigal Yadin en 1977, que defendía un cambio.

Hammad, Haj Tawfiq (1863-1934): nacido en Nablús. Sirvió desde joven en la administración regional otomana. Apoyó a Abdul Hamid contra la reforma. Fue nombrado alcalde de Nablús poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial. Fundador de las sociedades cristiano-musulmanas. Miembro del comité ejecutivo de los congresos palestinos. Ingresó en el partido Ahali a comienzos de la década de 1930.

Hammer, Zevulun (1936-1988): nacido en Haifa. Desde 1969 miembro de la Knesset por el Mafdal y pronto líder del movimiento Gush Emunim. Líder del Mafdal en la década de 1980, cuando ocupó en el gobierno israelí la cartera de Educación.

Hankin, Yeshosua (1865-1945): nacido en Ucrania. Emigró a Palestina en 1882 y fue el principal responsable de la masiva adquisición de terrenos en el norte de Palestina.

Harel (Halperin), Isar (1912-2003): nacido en Rusia. Emigró a Palestina en 1930. Estuvo al servicio de la Haganá en la fuerza policial del Mandato. Encabezó el Shabak (1948-1952) y posteriormente el Mosad. Se retiró en 1963 debido a una disputa personal con Ben-Gurion y prestó sus servicios a Levi Eshkol durante un breve espacio de tiempo como asesor de seguridad nacional.

Hassan II, Mohamed (1929-2000): rey de Marruecos desde 1946.

Hawatmeh, Naif (1935-): nacido en al-Salt, Jordania. Intervino en política a través de al-Qawmiyyun al-Arab y editó su periódico *al-Hurriya*.

Junto con Habash, fundó en 1967 el FPLP. En 1969 lo abandonó y creó una organización más izquierdista, el FDPLP. Volvió a colaborar con Habash durante un breve periodo en el frente de rechazo; pero después de 1988 apoyó a Arafat y a la corriente más pragmática.

Hawihi, Talal (1970-1987): nacido en Beit Hanun, Gaza. Fue la primera víctima de la primera intifada.

Herzl, Theodor (1860-1904): nacido en Budapest. Tras una carrera frustrada como dramaturgo, se hizo periodista de *Die Presse*, un diario austriaco. En 1895 desarrolló su teoría sobre el sionismo y la necesidad de colonizar Palestina con apoyo financiero judío y la bendición europea. Fundó y dirigió el movimiento sionista hasta 1903. Sugirió Uganda como una alternativa a Palestina.

Herzog, Chaim (1918-1997): nacido en Dublín. Su padre era el rabino principal de la comunidad judía de Irlanda. Emigró a Palestina en 1936 y se unió inmediatamente a la Haganá. Durante la Segunda Guerra Mundial dirigió el servicio de inteligencia británico en el norte de Alemania. En la década de los cincuenta y a comienzos de los años sesenta encabezó también el servicio de inteligencia militar israelí. Se hizo muy popular como comentarista de radio durante los días que precedieron a la Guerra de 1967. Primer gobernador militar de la Jerusalén Oriental ocupada y, posteriormente, de Cisjordania. En la década de 1970 desempeñó el puesto de embajador de Israel ante Naciones Unidas. Presidente de Israel desde 1983 hasta su muerte.

Hoffmann, Christoph (1815-1894): nacido en Alemania. En 1856 fundó junto con varios amigos el movimiento de los Templarios, con la intención de emprender la colonización cristiana de Palestina. En 1868 condujo a los primeros colonos a Palestina y fundó varias colonias.

Hourani, Albert (1915-1997): nacido en Gran Bretaña de familia libanesa. Como joven investigador de Oxford, en 1946 presentó el caso palestino ante el Comité Anglo-Americano de Investigación. Volvió después a la vida académica para convertirse en uno de los grandes historiadores de Oriente Medio.

Hussein ibn Ali, Sharif (1852-1931): nacido en La Meca. En 1908 se convirtió en Guardián de las ciudades sagradas de La Meca y Medina Junto con sus hijos, dirigió la revuelta árabe en la Primera Guerra Mundial. Hussein había recibido previamente las promesas británicas, a través de la correspondencia Hussein-McMahon, garantizándole que buena parte del mundo árabe oriental pasaría a su dinastía. Se convirtió en rey del Hedjaz en 1926, pero tuvo que abandonarlo cuando los saudíes le arrebataron el trono en 1924. Pasó el resto de sus días en Jordania con su hijo Abdullah.

Al-Husseini, Abd al-Qader (1907-1948): nació en Jerusalén. Estudió Químicas en la Universidad Americana de El Cairo. Organizó las actividades de la juventud nacionalista a comienzos de la década de 1930 y encabezó militarmente la revuelta de 1936. Jefe del ejército paramilitar de al-Jihad al-Muqaddas, murió en acción en abril de 1948.

Al-Husseini, Amin (1895-1974): nacido en Jerusalén de una de las principales familias de notables. Sirvió en el ejército turco durante la Primera Guerra Mundial. Tras la guerra participó en al-Nadî al-Arabi, y apoyó la idea de la Gran Siria. Durante un tiempo colaboró con Amir Feisal en Damasco. Tras el derrumbamiento del reino de Feisal, en 1922 fue elegido gran muftí de Palestina y presidente del Supremo Consejo Musulmán. Se convirtió en el líder reconocido del movimiento nacional palestino y dirigió la revuelta contra los británicos en 1936. Tuvo que huir y partir al exilio, ligando su destino durante la Segunda Guerra Mundial a italianos y alemanes. Tras la guerra no pudo retornar a Palestina y permaneció en el exilio hasta su muerte, en 1974, en Beirut.

Al-Husseini, Feisal (1940-2001): nacido en Bagdad, mientras su padre, Abd al-Qader, estaba en el exilio. Miembro fundador del movimiento estudiantil palestino de finales de la década de 1950. Entró en Al-Fatah a comienzos de la década de 1960. Fundó la Sociedad de Estudios Árabes en 1979 en la Casa de Oriente, antes de pasar a la acción política con el comienzo de la primera intifada. Su oficina se convirtió en sede del liderazgo palestino local. Formó parte de la delegación palestina en la Conferencia de Madrid y, tras la firma de los Acuerdos de Oslo, desempeñó el cargo con la Autoridad Palestina

de ministro para Jerusalén. Murió en circunstancias oscuras mientras visitaba Kuwait.

Al-Husseini, Isma'il (1860-1945): nació en Jerusalén. Cabeza de la familia a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Ascendió a puestos elevados en el gobierno provincial y central otomano, y, en Jerusalén, fomentó la educación, especialmente la de las niñas. Su casa pasaría a ser la célebre Casa de Oriente.

Al-Husseini, Jamal (1892-1982): nacido en Jerusalén. Estudió medicina en la Universidad Americana de Beirut. Tras la Primera Guerra Mundial se convirtió en un miembro activo, junto con el muftí, del partido Majlisiyyun. Miembro del Alto Comité Árabe, fue su «ministro de Exteriores». Se convirtió en un dirigente activo del Comité tras el exilio del muftí. Después de 1948 trabajó como consultor en Arabia Saudí.

Al-Husseini, Karnil (ca. 1842-1921): nació en Jerusalén. Era el muftí hanafi de la ciudad cuando los británicos ocuparon Palestina e hicieron de él gran muftí de Palestina.

Al-Husseini, Musa (1853-1933): nacido en Jerusalén. Desempeñó varios puestos de importancia en la administración provincial otomana. Nombrado alcalde de Jerusalén en 1918, justo antes de la ocupación británica, pero los británicos lo destituyeron en 1920. Se convirtió así en el admirado gran personaje del nacionalismo palestino y, pese a su edad, participó en manifestaciones, junto a los jóvenes.

Al-Husseini, Taher II (1842-1908): nacido en Jerusalén. Primer muftí hanafi que dictó fetuas contra la colonización sionista.

Hussein, ibn Talal (1935-2000): rey Hussein de Jordania. Nacido en Amán e hijo del rey Abdullah. Ascendió al trono en 1953 y tuvo que sufrir varios intentos para derrocarlo. Se enfrentó directamente con la OLP en 1970. En 1985 se reconcilió con la OLP y en 1988 renunció a su sueño de una gran Jordania cediendo Cisjordania. Murió de cáncer en 2000.

Hussein, Saddam (1937-): nacido en Tikrit, Iraq. Entró a formar parte del partido Baaz en 1957 y colaboró con el golpe de Estado promovido por el partido en 1968. En 1979 se convirtió en presidente de Iraq, que gobernó con una cruel dictadura. Condujo a su país a dos guerras que finalizaron con su derrota, una contra Irán, que se prolongó ocho años (1980-1988), y otra contra Occidente (1991). En 1991, con motivo de la Guerra del Golfo, su ejército arrojó misiles sobre Israel. La invasión dirigida por los EEUU en 2003 acabó con el régimen. En la actualidad está detenido y está siendo procesado por los tribunales iraquíes.

Ibrahim Pasha (1789-1848): Nacido en Macedonia Oriental. Probablemente hijo adoptivo de Mohamed Alí. Dirigió la invasión y ocupación de Siria y Palestina en 1831 y siguió gobernándolas hasta 1840. Introdujo reformas legislativas, agrícolas y administrativas, y, en 1834, sofocó la rebelión palestina que había estallado en su contra.

Jabotinsky, Zeev (Vladimir) (1880-1940): nacido en Odesa, Rusia. Se unió al movimiento sionista en 1903, tras el pogromo de Kishinev. En 1909 trabajó para el movimiento en Estambul. Orador y escritor destacado. En la Primera Guerra Mundial concibió la idea de una legión judía para enfrentarse a los británicos, en la que él mismo se alistó. En 1918 llegó a Palestina y se dedicó a organizar la capacidad militar del *yishuv*. En 1923 abandonó el órgano central del movimiento sionista debido al consentimiento de los líderes de excluir a Transjordania del Mandato de Palestina. El Herut lo ve como uno de los padres fundadores del movimiento.

Jamal Pasha (1872-1922): nació en Estambul. Se unió a los Jóvenes Turcos en 1908 y se convirtió en uno de los líderes que derrocaron al régimen en 1912. Una de las tareas que se le encomendaron fue el gobierno militar de Palestina durante la Primera Guerra Mundial, cuando persiguió a palestinos y judíos sospechosos de colaborar con el enemigo británico. En 1918 escapó a Berlín y siguió siendo un fugitivo hasta su asesinato en los Balcanes.

Kahana, Meir (1932-1990): nació en Nueva York. Fundó la Liga de Defensa Judía en 1969. Emigró a Israel en 1971 y fundó el movi-

miento Kach, un partido racista que instaba a la expulsión de los palestinos de Palestina. Entró a formar parte de la Knesset, pero su partido fue ilegalizado. Asesinado en Nueva York en 1990.

Kanafani, Ghassan (1935-1972): nacido en Acre y expulsado junto con su familia al Líbano. Entró a formar parte del FPLP y se convirtió en editor de su periódico, *al-Hadaf*. Poeta y novelista cuya obra muestra la situación apremiante de los refugiados. Asesinado por los israelíes en Beirut.

Kapan, Eliezer (1891-1952): nacido en Rusia. Emigró a Palestina en 1920. Fue el «ministro de Finanzas» de la Agencia Judía y un líder importante en el Mapai. Miembro de las dos primeras Knesset israelíes.

Kastner, Israel Rudolf (1906-1957): nació en Budapest. Como líder de la comunidad judía húngara, negoció su rescate con Adolf Eichmann. Emigró a Israel en 1946. En 1955, al tiempo que aparecía en las listas para la Knesset del Mapai, demandó a un judío que lo había acusado de ser colaborador de los nazis. El veredicto del juez Benjamin Halevy fue que Kastner había vendido su alma al diablo. Fue absuelto, pero lo asesinaron en 1957.

Kazanelson, Berl (1887-1944): nacido en Rusia. Emigró a Palestina en 1909. Siendo un socialista idealista, al principio renunció a entrar en un grupo sionista de ideología socialista en particular e instó a la unidad del movimiento laborista en el *yishuv*. Fundó el sindicato agrícola y, en 1919, Ahdut Ha-*Avoda*. Editor de *Davar* desde 1925 y a cargo de la editorial Am Oved.

Al-Khalidi, Ruhi (1864-1913): nacido en Jerusalén. Prestó servicios al Imperio otomano tanto en el interior como de naturaleza diplomática. Dedicó buena parte de su tiempo a escribir ensayos y novelas. Fue uno de los primeros representantes palestinos en los parlamentos otomanos de 1908 y 1912.

Al-Khalidi, Yusuf Diya (1829-1902): nació en Jerusalén. Se educó en colegios de los misioneros ingleses. Portavoz del primer parlamento otomano en 1876 y representante en él de Jerusalén. Desempeñó altos

cargos en la administración provincial otomana. Nombrado alcalde de Jerusalén en 1899, cargo en el que se mantuvo hasta su muerte.

Khalil, Ahmad (1914-1975): Nacido en Haifa. Estudió en la Universidad Americana de Beirut. Los británicos lo nombraron juez. Gobernador de Nablús durante el gobierno jordano de Cisjordania. A comienzos de la década de 1970 abrió un despacho particular en Amán.

Kook, Zvi Yehuda (1891-1992): rabino norteamericano, desde la década de 1950 a la de 1970 pasó mucho tiempo en Israel. Principal ideólogo de Gush Emunim; hizo declaraciones asegurando que la retirada de los territorios ocupados era pecado y herejía. Promulgó también un mandato religioso por el que se concebían los asentamientos en los territorios ocupados como una obligación religiosa.

Levin, Hanoach (1943-1999): nació en Tel-Aviv. Uno de los principales escritores de Israel. En 1970 escribió la comedia de cabaret *La reina del baño*, una de sus muchas sátiras sobre el militarismo y la ocupación israelíes.

Lilienblum, Pinchas (1843-1910): nació en Lituania. Escritor en lengua hebrea y principal representante de la ilustración judía. Pasó a formar parte de Hovevi Zion en 1881, convirtiéndose en su secretario general en 1884.

MacDonald, Ramsey (1866-1937): nacido en Escocia. Se trasladó a Londres en 1884 y contribuyó a fundar el Partido Laborista en 1900. Obtuvo un escaño en la Cámara de los Comunes en 1906. Fue primer ministro durante un breve espacio de tiempo en 1922 y de nuevo de 1929 a 1931.

Magnes, Yehuda (1877-1948): nacido en los Estados Unidos. Rabino del movimiento Reforma Americana. Tomó parte activa como pacifista norteamericano en la Primera Guerra Mundial. Emigró a Palestina en 1921. En 1925 se convirtió en el primer presidente de la Universidad Hebrea. Fundador de Brit Shalom.

McMahon, Sir Henry (1862-1949): Alto Comisionado para Egipto (1914-1916). Negoció con Sharif Hussein el futuro del Oriente Medio árabe.

Meir (Meirson), Golda (1898-1978): nacida en Rusia, aunque creció en los Estados Unidos. Emigró a Palestina en 1921. Participó activamente en el Histadrut y dirigió su departamento político. En 1946, al ser arrestado Sharett por los británicos, ocupó la principal jefatura del departamento político de la Agencia Judía, y así, por un tiempo, pasó a ser su secretario de Exteriores. Negoció con Abdullah antes de la Guerra de 1948. Desempeñó un papel sumamente relevante en la creación del nuevo Partido Laborista en 1968, y en 1969 fue elegida primer ministro. Dimitió en 1974 como consecuencia del fracaso de 1973.

Mi'ari, Muhammad (1939-): nacido en Birweh, Galilea. Uno de los fundadores de al-Ard y, en 1984, de la Lista Progresista por la Paz, el primer partido de tendencia palestina en Israel. Ocupa un escaño en la Knesset desde 1988.

Mohamed V (1910-1961): último sultán del Marruecos bajo dominio francés hasta la independencia de su país en 1955, cuando pasó a ser el primer rey.

Mohamed Alí (1769-1849): nacido en Macedonia. Mercader de tabaco hasta que pasó a ser oficial otomano en Egipto. En 1805 se hizo con la provincia y estableció un pequeño imperio, que durante un tiempo incluyó a Palestina. Introdujo un amplio abanico de reformas, que sentaron las bases del Egipto moderno.

Mozkin, Leo (1867-1933): nacido en Rusia. Fundó el movimiento sionista estudiantil de Berlín en 1889. Luchador activo por la defensa de la igualdad de derechos para los judíos en Rusia. En 1905 se convirtió en un ardiente sionista y presidió varias conferencias de la Organización Sionista Mundial.

Al-Nashashibi, Fakhri (1900-1942): nacido en Jerusalén. Figura destacada en al-Mu'arada. Asesinado en Bagdad por unos desconocidos.

Al-Nashashibi, Raghīb (1881-1951): nacido en Jerusalén. Graduado en la escuela de ingeniería de Estambul. Hizo una brillante carrera en la administración otomana. Elegido miembro del parlamento otomano en 1914. Miembro de la conferencia pansiria de 1919. Alcalde de Jerusalén entre 1920 y 1934. Fundador y líder del partido de la Defensa de al-Mu'arada. En 1949 fue designado ministro para los Refugiados del gobierno jordano; desempeñó varios cargos ministeriales hasta su muerte.

Nasser, véase Abd al-Nasser

Navon, Yossef (1852-1934): nacido en Jaffa. Miembro de una de las familias más destacadas de la vieja comunidad judía. Empresario que desarrolló el ferrocarril y construyó una cadena de hoteles con ayuda de las inversiones de los notables locales y los inversores extranjeros. Se declaró en bancarota en 1894 y abandonó Palestina. Murió en París.

Netanyahu, Benjamin (1949-): nacido en Tel-Aviv. Se licenció en arquitectura e hizo la tesis de grado en dirección de empresas, lo que le llevó inicialmente al mundo de los negocios. En 1988 ingresó en el Likud, donde ascendió rápidamente, primero como embajador ante Naciones Unidas, posteriormente como ministro de Asuntos Exteriores y primer ministro (1996-1999). Entre 2001 y 2003 desempeñó de nuevo el cargo de ministro de Exteriores, y en 2003 fue nombrado ministro de Economía.

Peel, William Robert Wellesley (lord) (1867-1937): miembro, posteriormente presidente, del London County Council. Elegido miembro unionista del parlamento. Tras la Primera Guerra Mundial, fue nombrado subsecretario de Defensa y en 1922 secretario de Estado de la India. Poco antes de su muerte encabezó la comisión real de investigación de Palestina.

Peres (Perski), Shimon (1923-): nacido en Polonia. Emigró a Palestina en 1934. Comenzó su carrera comprando armas para el joven Estado de Israel. Fundador de las industrias militar y nuclear. Desde 1959 pasó a formar parte primero del Rafi y, después, del Partido Laborista, ocu-

pando varios cargos ministeriales. En 1974 fue por primera vez candidato a primer ministro. Colaboró con el Likud en dos gobiernos de unidad (partido laborista-Likud) desde 1984 hasta 1988, y sustituyó a Rabin por un breve periodo de tiempo tras el asesinato de éste en 1995. Obtuvo el Premio Nobel de la Paz por su papel en los Acuerdos de Oslo.

Pinsker, Leon (1821-1991). Nacido en Rusia. Célebre como médico militar y después civil de los alrededores de Odesa. Contribuyó a la ilustración judía de la década de 1860. Se convirtió al sionismo en la década de 1870 como resultado de los pogromos, y fundó el movimiento Hovevi Zion.

Qadafi, Mu'amar, véase **Gadafi, Mu'amar**

Qasim, Abd al-Karim (1914-1963): nacido en Bagdad. Oficial del ejército iraquí en 1938. Comandante de batallón de las fuerzas iraquíes en 1948 en Palestina. En 1958 fue elegido cabeza del movimiento de los «Oficiales Libres», que acabó con el régimen hachemita. Derrocado por el golpe de Estado del partido Baaz iraquí de 1963 y ejecutado.

Al-Qassam, Izz al-Din (1895-1935): nacido en Siria. Tras participar en la revuelta siria de 1965, se trasladó a Haifa y se convirtió en predicador en la mezquita de al-Istiqlal, desde donde instaba a acabar con la presencia británica y sionista en Palestina. Creyó en la lucha armada y en la guerra santa, y puso en practica estas ideas con un grupo de luchadores que le eran devotos hasta su muerte, en 1935 en un enfrentamiento con los británicos. Hoy se lo considera un mártir venerado por el movimiento Hamas, cuya rama militar lleva el nombre de batallones de Izz al-Din al-Qassam.

Al-Qawuqji, Fawzi (1897-1974): nació en Líbano. Tras participar en la revuelta siria, se unió al ejército iraquí en la década de 1930. Participó como voluntario en la revuelta palestina de 1936; volvió en 1948 como comandante del Ejército Árabe de Salvación.

Rabin, Yitzhak (1922-1995): nació en Jerusalén, aunque creció en Tel-Aviv. Se unió al Palmach en 1941. Dirigió la Brigada Harel en la Guerra de 1948. Permaneció en el ejército donde llegaría a ser jefe de Estado mayor y lograría la victoria militar de 1967. Tras abandonar el ejército, fue nombrado embajador en Washington. En 1974 y 1992 fue nombrado primer ministro. Asesinado en 1995 por su decisión de llevar adelante los Acuerdos de Oslo con los palestinos.

Rothschild, Barón Edmond de (1854-1934): nacido en Francia, procedente de una de las familias más ricas de Europa. En 1883 tomó bajo su protección a la mayor parte de las colonias sionistas, hasta que en 1900 las transfirió a su propia compañía autónoma.

Rupin, Arthur (1876-1942): nació en Alemania. Emigró a Palestina en 1908. Dirigió el proyecto orientado a convertir el *yishuv* en una sociedad moderna. Además de la actividad política, creó el Departamento de Sociología de la Universidad Hebrea.

al-Said, Nuri (1888-1958): nacido en Bagdad. Fundador del movimiento al-Ahd de oficiales árabes en el ejército turco. En 1916 se sumó a la revuelta árabe. En 1921 fue nombrado primer jefe de Estado mayor de Iraq. Posteriormente fue designado ministro de Defensa, y, en 1930, primer ministro. Como tal, condujo a Egipto a crear la Liga Árabe en 1944. Apoyó con entusiasmo el tratado anglo-iraquí por el que finalizaría su carrera en 1958.

Salameh, Hassan (1907-1948): nació en Qula, cerca de Lydda. En 1934 ingresó en el ejército de Abd al-Qader al-Husseini, al-Jihad al-Muqqadas. Durante la revuelta de 1936 quedó bajo su control el área de Lydda. Lo mataron en junio de 1948, en Ras al-Ayn, siendo dirigente de la fuerza paramilitar palestina.

Samuel, sir Herbert (posteriormente vizconde) (1870-1963): nació en Gran Bretaña de una próspera familia anglo-judía. Desde temprana edad militó en el Partido Liberal. En 1902 fue elegido miembro del parlamento y desempeñó varios cargos en el gobierno desde 1906. Secretario del Interior en 1916, comenzó a interesarse vivamente por la idea de un hogar nacional judío en Palestina. Primer miembro

judío del gabinete y primer Alto Comisionado para Palestina (1920-1925). Posteriormente entró a formar parte de la Cámara de los Lores, desde donde dirigió al Partido Liberal.

al-Sakakini, Khalil (1880-1953): nació en Jerusalén. Emigró a América muy joven, donde fracasó como hombre de negocios. Volvió a Palestina en 1908 y organizó una revuelta árabe dentro de la iglesia ortodoxa, a la que pertenecía. Se interesó sobre todo por la educación y fundó varios colegios privados en Jerusalén. Funcionario de alto rango en el sistema educativo del Mandato y activo durante los congresos palestinos. Partió para El Cairo en 1948.

Shamir (Yizranizki), Yitzhak (1915-): nacido en Polonia. Emigró a Palestina en 1935. Colaboró activamente con el Irgún. Formó parte del Mosad entre 1955 y 1965, cuando se unió al Gahal. Ocupó varios cargos ministeriales con el Likud desde 1977 hasta su nombramiento como primer ministro en 1983. Fue primer ministro junto con Peres en el periodo de 1984 a 1988; y de nuevo de 1989 a 1992.

Shapira, Haim Moshe (1902-1970): nació en Rusia. Emigró a Palestina en 1925. Uno de los principales activistas del movimiento mizrahi en Palestina. Herido en 1957 al explotar una bomba en la Knesset. Como representante del Mafdal, participó en todos los gobiernos israelíes desde 1949 hasta su muerte en 1970.

Sharett (Chertock), Moshe (1894-1965): nacido en Rusia. Emigró a Palestina en 1912, instalándose su padre en una aldea palestina. En 1920 estudió Economía en la Universidad de Londres. En 1933 fue nombrado ministro de Exteriores del *yishuv*, dirigiendo el departamento político de la Agencia Judía. En 1949 pasó a ser el primer ministro de Asuntos Exteriores del estado de Israel y su primer ministro entre 1954 y 1955. Representante del sector de «las palomas» frente a la política de halcón de Ben-Gurion.

Sharon, Ariel (1922-): nació en Kefar Malal, Palestina. En la Guerra de 1948 formó parte de la brigada Alexandroni. A comienzos de la década de 1950 creó la unidad de comando 101, encargada de misio-

nes de represalia contra objetivos palestinos. Teniendo a su cargo la región sur, contribuyó a ganar la Guerra de 1973. En 1977, tras varios intentos fallidos de presentarse por su cuenta como diputado a la Knesset, creó el Likud. Fue ministro de Agricultura, Vivienda y Defensa, hasta que el comité Kahana lo declaró responsable indirecto de las masacres de Sabra y Chatila. Ocupó varios cargos ministeriales hasta convertirse en primer ministro entre 2001 y 2003.

Al-Shuqairi, Ahmad (1907-1980): nació en Tibnin, Líbano. Durante el Imperio otomano su padre se vio obligado a partir al exilio y abandonar Acre, donde había sido el muftí. En 1916, Ahmad volvió a Acre. Militó en el partido Istiqlal y formó parte del Alto Comité Árabe en 1946. Tras la *Nakbah*, marchó a Arabia Saudí y representó a este país ante Naciones Unidas. Con el apoyo de Gamal Abd al-Nasser fue elegido representante por Palestina ante la Liga Árabe. Desde allí fundó la OLP y se convirtió en su primer dirigente, hasta que lo desbancó Al-Fatah, en 1968.

Al-Shuqairi, Asad (1860-1940): nació en Acre. Graduado por la Universidad de al-Azhar. Elegido miembro de los parlamentos otomanos de 1908 y 1912. Designado durante la Primera Guerra Mundial muftí del Cuarto Ejército Otomano. En 1930 fundó el Partido Liberal y apoyó las facciones de al-Mua'rada.

Tabenkin, Yizhak (1888-1971): nacido en Rusia. Emigró a Palestina en 1912. Uno de los fundadores del partido Poalei Zion, en 1929 de Ahdut Ha'Avoda y en 1920 del Histadrut. Padre ideológico del movimiento Kibutz Mehuad. En 1930 fundó el Mapai. En 1948 colaboró en la creación del Mapam, aunque volvió a formar parte del Partido Laborista en 1968. Ese mismo año apadrinó el movimiento en favor del Gran Israel, sumando voces seculares a los nacionalistas religiosos que exigían la anexión de los territorios ocupados.

Taha, Sami (1916-1946): nació en Arrabeh, junto a Jenin. Creció en Haifa y trabajó en la Cámara de Comercio de esta ciudad. Poco después, en 1930, creó el Sindicato de los Trabajadores Árabes. Fue asesinado en 1946.

Tamir (Kazanelson), Shmuel (1923-1987): nació en Jerusalén. Entró en el Irgún en 1938. En 1948 fundó junto con otros colaboradores el

partido Herut, que abandonó en 1952. Defendió a Greenwald en el juicio de Kastner, convirtiendo a éste en el acusado. Volvió al Herut en 1965. En 1967 creó un nuevo partido centrista, que en 1973 se unió al Likud y en 1977 a Dash.

Al-Umar, Dahir (1686-1776): nacido en Safad. Jeque de Galilea que desafió con éxito al poder otomano en Palestina. Comenzó ocupando Acre en 1749 y llegó a tener bajo su control la mayor parte de Palestina occidental, aparte de Jerusalén, al tiempo que establecía alianzas con Egipto y Rusia. No obstante, a los 90 años, sucumbió a la nueva aspiración egipcia de reconciliación con el Imperio. Se lo considera también el creador de la nueva ciudad de Haifa.

Usishiqin, Menachem (1863-1941): nació en Rusia. En 1885 fue elegido secretario general de todas las asociaciones sionistas de Moscú. Fue nombrado en 1887 delegado del movimiento Hovevi Zion. Visitó Palestina varias veces hasta 1919 y creó allí el sindicato de enseñantes. Emigró en 1919, tras representar al movimiento sionista en la conferencia de paz de Versalles. En 1923 fue designado presidente del Fondo Nacional Judío y participó activamente en la compra de tierras y en la colonización.

Webb, Sidney (lord Passfield) (1857-1947): nació en Londres. A principios de la década de 1880 entró, junto con su mujer, a formar parte del grupo socialista de los fabianos. En 1895 contribuyeron a crear la London School of Economics y el sistema de enseñanza secundaria. Ingresaron en el Partido Laborista en 1900. En 1929, Webb recibió el título de lord y fue designado secretario de Estado para las colonias, cargo que ocupaba cuando publicó el Libro Blanco de 1930 que, de alguna manera, ponía freno al proyecto sionista.

Weizmann, Ezer (1924-2005): nacido en Tel-Aviv. Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió en las fuerzas aéreas británicas. Jefe de Estado mayor de las fuerzas aéreas israelíes. Entró a formar parte del Likud en 1977, y ocupó la cartera de Defensa, colaborando en el acuerdo de paz entre Israel y Egipto. Fue el séptimo presidente de Israel, entre 1993 y 1999.

Weizmann, Chaim (1874-1952): nació en Rusia. En 1899 obtuvo el título de doctor en Química e impartió clases en la Universidad de Manchester desde 1904. Empezó a participar activamente en la política sionista en 1901 y dirigió en 1903 la postura contraria al asentamiento en Uganda. Durante la Primera Guerra Mundial colaboró con el ejército británico para descubrir nuevos tipos de explosivos. En 1918 emigró a Palestina y, en 1920, presidió la Organización Sionista Mundial. Fue, en 1948, el primer presidente del estado de Israel.

Wingate, Orde (1903-1944): nacido en India. Funcionario del Imperio británico desde 1929, primero en Sudán, donde se descubrió que era un estratega militar poco al uso. En 1936 se trasladó a Palestina y se convirtió en un ardiente sionista, ayudando a la comunidad judía a desarrollar estrategias defensivas y ofensivas para la supervivencia del proyecto sionista. Durante la Segunda Guerra Mundial combatió valientemente en Birmania y murió en un accidente de avión.

Yasin, Shaykh Ahmad (1937-): Nacido en Majdal y expulsado en 1948 a Gaza, donde trabajó como maestro y predicador. En 1973, creó, con la bendición de Israel, el Centro Islámico y la Universidad de Gaza. En 1988 transformó la organización de los Hermanos Musulmanes en Hamas, convirtiéndose en su líder espiritual. Los israelíes lo detuvieron en 1989, aunque acabaron liberándolo.

Yosseff, Dov (1890-1970): nació en Canadá. Emigró a Palestina en 1921. Durante los últimos años del Mandato fue miembro del Ejecutivo de la Agencia Judía. Gobernador militar de Jerusalén durante la primera mitad de 1948. Ocupó el cargo de ministro de Aprovisionamientos entre 1948 y 1950, correspondiéndole supervisar el régimen especial de racionamiento, la *Zena*. Desempeñó otros cargos ministeriales hasta 1955, cuando fue nombrado tesorero de la Agencia Judía.

Yossef, Ovadia (1920-): nacido en Bagdad. Emigró a Palestina en 1904. En 1945 fue designado juez del tribunal rabínico. Durante un breve periodo de tiempo fue el rabino principal de Egipto. En 1968 se

convirtió en el rabino sefardita de Tel-Aviv, y en 1973 en el principal rabino sefardita de Israel. En 1984 fundó el movimiento Shas y se convirtió en su líder espiritual.

Zayad, Tawfiq (1935-1994): nacido en Nazaret. Poeta que logró la alcaldía de Nazaret en 1975. Lideró hasta su muerte el Partido Comunista y el Hadash. Estuvo a la cabeza de la lucha contra la confiscación de tierras en Galilea.

Glosario de términos

a'ayan (familias nobles): familias de notables musulmanes de los centros urbanos de Palestina.

Acuerdo Sykes-Picot, véase Sykes-Picot

Agencia Judía: creada en 1929 como gobierno informal de la comunidad judía. Se constituyó oficialmente para ayudar a la inmigración judía, pero en realidad dirigía el *yishuv*. Tras 1948, la mayor parte de sus funciones pasaron al gobierno israelí. Desde 1971 ha coordinado la relación de Israel con las demás comunidades judías del mundo.

Ahdut Ha Avoda: partido sionista socialista creado en 1919. En 1930 creó junto con otro partido, el Ha-Poel Hazair, el Mapai, el Partido Laborista que dominó la política israelí hasta 1977. En 1944 se fundó otro Ahdut Ha-Avoda, a modo de ala de izquierda del Mapai, pero se disolvió para fundar en 1948 el Mapam, el segundo partido socialista en importancia de Israel.

Ahuzat Bayit: barrio sionista creado en el norte de Jafa en 1909 y del que surgiría en 1910 Tel-Aviv.

Al Ard: movimiento político de la minoría palestina de Israel, fundado alrededor de la publicación homónima que llamaba a la partición de Palestina conforme a la resolución 181. Declarado ilegal por el Tribunal Supremo israelí, se procedió a la detención de sus militantes, mientras otros partieron al exilio en 1964.

alauitas (nusairis): secta procedente de los chiitas ismailitas, que tomó prestada del cristianismo buena parte de su doctrina, y se encuentra sobre todo en Siria, Turquía y Líbano.

Alexandroni: véase Brigada Alexandroni.

aliyá: inmigración judía a Palestina y, posteriormente, a Israel.

Alfa: véase bajo *Plan Alfa*.

Alto Comité Árabe: ostentó el liderazgo de los palestinos durante el Mandato (1934-1948).

Asociación cristiano-musulmana: primera asociación nacional de los palestinos, fundada en 1918.

asquenazí: (en hebreo antiguo significa «alemán»): se aplica al judío que inmigra a Palestina desde Occidente.

Autoridad Palestina: denominación que recibe el órgano al que, conforme a los Acuerdos de Oslo de 1993, se han encomendado las cuestiones legislativas y ejecutivas en los territorios ocupados. Su presidente ha sido Yasser Arafat. Perdió toda efectividad como consecuencia de la segunda intifada de 2000.

awqaf (singular: *waqf*): patrimonio religioso islámico.

awqaf dhuri: patrimonio religioso privado.

Baaz, partido («renacimiento» en árabe): partido panárabe fundado en Damasco en 1947. Compartió el poder en Siria en 1953, desde la llegada de Adib al-Shishaqly al poder. En 1957 abrió filiales en el mundo árabe, siendo la de mayor éxito la iraquí, pues llegó a ser allí el partido dominante. En 1963 se hizo con el control de Siria y se ha mantenido hasta hoy como el partido gobernante.

badaliya: impuesto pagado por judíos y cristianos durante el Imperio otomano para evitar el reclutamiento.

Balfour: véase Declaración Balfour.

Beitar: movimiento sionista juvenil creado en Europa Oriental en 1919 por Zeev Jabotinsky. En Israel se convirtió en la rama juvenil del Likud y de los partidos de la derecha que se adherían al concepto del Gran Israel (el dominio sionista de la totalidad de Palestina). Su emblema muestra incluso una aspiración mayor, la del control judío del Jordán.

Biluim: movimiento sionista de colonización creado tras la ola de pogromos desatada en Rusia entre 1881-1882.

Bnei Akiva: sección juvenil del movimiento religioso nacional de Israel.

Brigada Alexandroni: una de las brigadas de la Haganá en la Guerra de 1948.

Brit Shalom: grupo judío fundado en 1925 para promover el entendimiento entre judíos y árabes en Palestina. Propuso el establecimiento de un estado binacional en el país. Se disolvió en 1940.

capos: judíos designados por los nazis guardianes en los campos de concentración durante el Holocausto.

Consejo Nacional Palestino (CNP): órgano parlamentario de la OLP; sus ca. 400 miembros incluyen delegados de varias facciones políticas palestinas, así como organizaciones profesionales.

chiitas («partidos» en árabe): secta que se escindió del islam ortodoxo en el siglo VII. No hay chiitas en Palestina, pero son el grupo dominante en el sur del Líbano.

Declaración Balfour: el 2 de noviembre de 1917, el secretario de Exteriores británico envió una carta a lord Rothschild prometiéndole el establecimiento de un hogar nacional judío en Palestina, sin perjuicio de los derechos de la población indígena.

Declaración de Principios: documento firmado por la OLP e Israel el 13 de septiembre de 1993, por el que se señalaba el comienzo del proceso de Oslo.

dinar: moneda de varios países árabes, incluida Jordania.

Ejército Árabe de Salvación: fuerza paramilitar creada en Siria a finales de 1947. Estaba compuesta por voluntarios de todo el mundo árabe, entre-

nados para salvar a Palestina. A comienzos de 1948 sus unidades se infiltraron en Palestina. Consistían en dos batallones, uno dirigido por Fawzi al-Qawqji, el otro por Adib al-Shishaqli. Los dirigía un general iraquí, Ismail Safwat.

Al-Fatah: una de las primeras asociaciones nacionales panárabes, fundada en París, en 1911. Durante el Imperio otomano actuó desde la clandestinidad.

fetua: sentencia religiosa dictada por un muftí.

fedayín: (del árabe *fidai'i*, plural: *fidai'yyun*. En árabe es el guerrero dispuesto a sacrificar su vida): guerrilleros palestinos de las décadas de 1950 y 1960.

Federación Sionista Mundial: creada en 1907 como asociación pansionista de todas las organizaciones sionistas del mundo. Órgano político democrático. Puede formar parte de la Federación cualquiera que pague la contribución anual, el *shekel*, y así tendrá derecho de voto para el Congreso Sionista. El Congreso lo dirige un Comité Ejecutivo. Después de 1948 perdió buena parte de su importancia.

Fondo Nacional de Palestina: Ministerio de Asuntos Exteriores de la OLP.

FDPLP: Frente Democrático Popular para la Liberación de Palestina Popular; grupo escindido en 1969 del FPLP, dirigido por Naif Hawatmeh. Abandonó la organización anterior debido a disputas ideológicas respecto al papel que debía corresponder al marxismo y al maoísmo en la lucha por la liberación de Palestina.

FLN: Frente de Liberación Nacional de Argelia. Fundado en 1954 para llevar al país a la independencia; siguió siendo la fuerza política dominante del estado.

FPLP: Frente Popular para la Liberación de Palestina, fundado por George Habash en 1967, tras la fusión de varios grupos pequeños con al-Qawmiyyun al-Arab. Leal a la Unión Soviética y a su interpretación del marxismo-leninismo, dirigió la oposición contra Al-Fatah y Arafat desde 1984 en adelante.

Gahal: bloque político encabezado por Menachem Begin, que en 1965 unificó al Herut revisionista y al Partido Liberal.

Grupo Stern (también *Lehi* - acrónimo hebreo para «luchadores por la libertad de Israel»): grupo sionista terrorista fundado por Abraham Stern en 1939, antiguo líder del *Irgún* al que mataron los británicos en 1942. Responsable del asesinato del mediador de la ONU, el conde Bernadotte. Uno de sus líderes, Yitzhak Shamir, fue intermitentemente primer ministro entre 1983 y 1992.

Gush Emunim («comunidad de fieles» en hebreo): creada en febrero de 1974 para avanzar en la colonización de Cisjordania y la franja de Gaza, y colaborar en su anexión al estado de Israel. Movimiento religioso nacional que contó con el apoyo de las fuerzas seculares de la derecha israelí.

Ha-Avoda («trabajo» en hebreo): en 1969 era una tendencia política entre el *Mapai* y el *Mapam*, pero se disolvió en 1984.

Hadassa: asociación sionista de mujeres americanas fundada en 1912. Una de las mayores asociaciones de mujeres del mundo, se ocupa de reunir fondos para Israel.

Haffiyye: policía secreta otomana de los días de Abdul Hamid II.

Haganá («defensa» en hebreo): creada en la década de 1920 como el brazo defensivo del *yishuv*. Principal fuerza judía en la clandestinidad hasta 1948, cuando se convirtió en la Fuerza de Defensa Israelí junto con el *Irgún* y el grupo *Stern* (*Lehi*).

halajá: la ley religiosa judía.

haluzim («pioneros» en hebreo): nombre colectivo dado a los primeros colonizadores sionistas.

Hamas (acrónimo árabe para Movimiento de Resistencia Islámica): movimiento radical islámico creado en 1988, durante la primera intifada. Su rama militar, *Izz al-Din al-Qassam*, desarrolla una campaña guerrillera y terrorista contra Israel desde 1988.

hanafi: una de las cuatro escuelas de pensamiento de la ley islámica suní. Considerada la más extendida (incluso en Palestina) pues es la más flexible con el tiempo y el lugar. Lleva el nombre de su fundador, Abu Hanifah (fallecido en 767).

Ha-Parasha («el *affair* en hebreo): el escándalo del *affair* Lavon estalló en Israel al salir a la luz pública que el servicio secreto israelí tenía en Egipto en 1954 una red de espionaje y sabotaje judía. Los ecos del asunto, y especialmente la implicación de Ben-Gurion, afectaron al sistema político israelí hasta 1963 y contribuyeron a la caída de Ben-Gurion.

haram: lugar sagrado accesible sólo a los musulmanes.

Haram al-Sharif: área que incluye la mezquita de al-Aqsa y la de la Cúpula de la Roca en el monte del Templo de la Ciudad Vieja de Jerusalén.

Hachemita: clan a cuyo cargo estuvieron La Meca y Medina en 1908, encabezado por Sharif

Hussein: sus descendientes gobernaron Iraq hasta 1958 y todavía gobiernan hoy Jordania.

Hermanos Musulmanes: primer grupo del islam político en el mundo árabe y el más numeroso. Creado en 1928 en Egipto por Hasan al-Banna. Sus miembros se presentaron voluntarios para luchar a favor de los palestinos en 1936 y 1948. A comienzos de la década de 1940 se crearon las correspondientes filiales en Palestina y Transjordania. Después de la Guerra de 1967, su líder, Ahmad Yassin, pudo reestablecer el movimiento como una fuerza contraria a Al-Fatah. Posteriormente se escindiría en la Jihad Islámica y Hamas (Yassin se convertiría en líder espiritual de este último).

Herut, partido: reemplazó al partido sionista revisionista de Jabotinsky. Herut se fundó en 1948 y fue dirigido por Menachem Begin hasta que apareció conjuntamente con el partido liberal y se convirtieron en 1965 en el Gahal, y en 1973 en el Likud.

Hezbollah («partido de Dios» en árabe): movimiento chiita radical creado en 1988, simultáneamente como partido político y organización paramilitar.

Histadrut: Federación General de Trabajadores, establecida en Israel en 1920.

Hovevi Zion («amantes de Sión» en hebreo): sociedad creada para fomentar la colonización de Palestina, 1881-1896, fundamentalmente en Rusia. Se registró legalmente en Rusia en 1890, pero fue expulsada y se trasladó a Palestina en 1891.

intifada («levantarse» en árabe): revuelta palestina contra la ocupación israelí, primero en 1987, después en 2000.

Irgun Zevai Leumi (Irgún) («Organización Militar Nacional», en hebreo): fundada en 1937 por David Raziel con la intención de establecer un estado judío en la totalidad de Palestina (incluida Transjordania). Menachem Begin la dirigió desde 1941. Voló el hotel Rey David en 1946 y estuvo muy involucrado en los ataques terroristas contra la población palestina. Durante la Guerra de 1948 se convirtió en parte de la Fuerza de Defensa Israelí y llevó a cabo la masacre de Dir Yassin; se disolvió posteriormente ese mismo año.

Al-Istiqlal: partido político fundado en Palestina en 1932 que instaba a establecer un estado árabe en Palestina dentro de un mundo árabe unido. Se disolvió en 1941.

Izz al-Din al-Qassam: brigadas que componen el ala militar de Hamas.

Jabha («el frente» en árabe): Frente Democrático para la Paz y la Igualdad, conocido también por el acrónimo hebreo Hadash. Partido político fundado en 1977 en Israel mediante la fusión del viejo Partido Comunista (Rakah), las facciones no sionistas y ciudadanos a título individual.

jeque (*shaykh*, plural *Mashayikh*) («grande» en árabe): en Palestina solía emplearse para los notables rurales o nómadas, o para los dirigentes de las corporaciones artesanales.

Jihad Islámica: movimiento militante islámico en los territorios ocupados que se escindió para formar el movimiento de los Hermanos Musulmanes en los territorios ocupados desde 1986. El primer ataque a las tropas israelíes tuvo lugar en 1986, y desde mediados de la década de 1990 ha empleado hombres bomba en la lucha contra la ocupación.

Knesset («asamblea» en hebreo): parlamento israelí, elegido por primera vez en enero de 1949. Cuenta con 120 diputados.

Lajnat al-Tawjih («comité de dirección» en árabe): en 1981 esta organización informal de jóvenes líderes de Cisjordania intentó dirigir a la población contra la ocupación, pero fue severamente reprimida por el ejército israelí.

La-markaziyya («descentralización» en árabe): uno de los primeros movimientos nacionales panárabes, fundado en Beirut en 1912 y activo en Egipto. Concebido para la adaptación del modelo austrohúngaro a la realidad árabe-otomana.

Legión Árabe: el ejército jordano. Creado en 1920 por Glubb Pasha, desempeñó un papel crucial en la Guerra de 1948.

Ligas aldeanas: asociación rural creada por los israelíes a comienzos de la década de 1980 como contrapeso de la OLP. No consiguió cumplir su objetivo.

Likud («cohesión» en hebreo): bloque parlamentario que representa a los partidos de derechas de Israel, creado en septiembre de 1973. Ganó por primera vez las elecciones en 1977 y ha estado desde entonces en el poder, con la salvedad del periodo 1992-1996.

Línea verde: las fronteras del 4 junio de 1967 (originalmente las fronteras del armisticio trazadas tras la Guerra de 1948) entre Israel y las áreas ocupadas en la Guerra de 1967 (Cisjordania, la franja de Gaza y los Altos del Golán).

Ma'arach («alineamiento» en hebreo): el Partido Laborista se convirtió en parte del Ma'arach en 1969, cuando se alió con el Mapam. Volvió a denominarse Partido Laborista (Ha-Avoda) en 1984, cuando el Mapam abandonó la coalición y volvió a ser independiente.

Mafdal: acrónimo hebreo de Partido Religioso Nacional. Fundado en 1956 tras la unión de dos movimientos religiosos sionistas: Ha-Poel Hamizrachi y el movimiento Hamizarachi. Fue el hogar espiritual del movimiento Gush Emunim y formó parte de casi todos los gobiernos israelíes.

majlís («asamblea» en árabe): utilizado para describir varios consejos en la historia nacional y local de Palestina.

Majlissiyun («miembros de la coalición» en árabe): miembros de la coalición encabezada por el gran muftí, Amin al-Husseini, y su partido.

mandato: forma de autogobierno otorgada por la Liga de Naciones a aquellos países que, según se estimaba, no estaban preparados para obtener la total independencia. Bajo dicha fórmula se escondían las ambiciones coloniales a las que puso freno la insistencia de los Estados Unidos en el derecho de autodeterminación de los pueblos tras la Primera Guerra Mundial.

Mapai: acrónimo hebreo para el partido de los trabajadores de *Eretz Israel*. El principal partido sionista socialista, fundado en 1930. En 1969 se convirtió en el Ma'arach y en 1984 en el Ha-Avoda laborista.

Mapam: acrónimo hebreo para el Partido de los Trabajadores Unidos. Fundado en 1948 como partido sionista a la izquierda del Mapai. En 1969 se unió a su viejo rival en un partido nuevo, el Ma'arach, pero lo abandonó en 1984. Tuvo su propio movimiento kibutz hasta mediados de la década de 1990. En 1990 unió sus fuerzas a las del movimiento de derechos civiles Shulanit Aloni y su partido, Raz, para formar el Meretz, el partido sionista de izquierdas.

Mazpen («brújula» en hebreo): pequeño grupo y primeros activistas anti-sionistas de Israel, creado a mediados de la década de 1960.

mizrahi («oriental» en hebreo): denominación genérica de los judíos procedentes de los países árabes y que lucharon contra la discriminación y la privación. Desde la década de 1970, los mizrahis representan más de la mitad de la población judía.

Mosad («instituto» en hebreo): la designación completa es Instituto de Inteligencia y Misiones Especiales. La CIA israelí, por así decirlo. Creado en 1951 con una misión similar a la de su homólogo estadounidense.

Al-Mu'arada: partidos de la oposición en el Majlisiyyun dirigido por los Nashashíbis.

mufí: clérigo musulmán que dicta sentencias (fetuas) conforme al derecho islámico. Los británicos politizaron esta figura tanto en Egipto como en Palestina, donde se concebía al mufí como la cabeza de la comunidad musulmana.

Al-Muntada al-Adabi («Club Literario» en árabe): uno de los primeros grupos nacionales palestinos. Fundado en 1918, reivindicaba la independencia de los palestinos.

Al-Muqawwama («resistencia» en árabe): denominación genérica de la actividad guerrillera desarrollada por varias organizaciones palestinas entre 1948 y 1968.

Muro de las lamentaciones: el lugar más sagrado del judaísmo en la ciudad de Jerusalén, sobre el muro occidental del monte del Templo.

musha: forma rural de propiedad colectiva de la tierra sobre la base de la rotación, común en Palestina donde permaneció intacta hasta comienzos del siglo XX.

mutawali: guardián del patrimonio musulmán.

Al-Nadi al Arabi («Club Árabe» en árabe): fundado en 1918 y primer grupo nacional palestino que defendía la creación de la Gran Siria. Se disolvió después de 1921 y se convirtió en el partido nacional árabe afiliado a los Husseini.

Al-Nakbah («catástrofe» en árabe): término empleado por los palestinos y el mundo árabe para referirse a la Guerra de 1948.

nazihun («desarraigados» en árabe): término empleado para referirse a los refugiados palestinos procedentes de las áreas ocupadas por Israel en la Guerra de 1967, y con el que se los distingue de los Laji'un (los «refugiados») de 1948.

Ohalim («tiendas de campaña» en hebreo): movimiento de protesta de los judíos mizrahis que surgió en el Israel de la década de 1970 y exigía la reforma y rehabilitación de los barrios bajos donde vivían la mayor parte de ellos.

OLP: Organización para la Liberación de Palestina. Fundada en mayo de 1964 por la Liga Árabe en Jerusalén como el órgano que representaba la lucha de los palestinos por la independencia. Su liderazgo tradicional fue reemplazado por el movimiento Al-Fatah de Yasser Arafat y desde entonces se la identifica con la lucha de los palestinos por un estado propio, el derecho al retorno y contra la ocupación.

Palmach (acrónimo hebreo para «fuerzas de choque»): unidades de comando de la Haganá creadas en 1941.

Pequeño Triángulo: área entre Hadera y Afula, en la que viven fundamentalmente palestinos. Formaba parte de Cisjordania y anexionada por Israel en el acuerdo de armisticio firmado entre Israel y Jordania en abril de 1949.

Plan Alfa: plan anglo-americano de paz para solucionar el conflicto árabe-israelí tras 1955, pero no ha tenido resultados tangibles.

Poalei Zion Small («Trabajadores de izquierdas de Sión» en hebreo): grupo escindido del movimiento Poalei Zion. Fundado en 1919. El movimiento inicial fue creado en 1900 en Minsk, Rusia, y fue el primer movimiento sionista socialista.

qawmi («nacionalismo» en árabe): término que hace referencia al nacionalismo panárabe.

Al-Qawmiyyun al-Arab («nacionalistas árabes» en árabe): movimiento panárabe fundado en 1951 por George Habash y que operaba en todo el mundo árabe (en Jordania lo componían sobre todo palestinos). Carecía de una organización formal, pero se había comprometido a derrocar a los regímenes árabes reaccionarios. En 1969 la mayor parte de sus miembros pasaron a formar parte del FPLP.

Qeren Ha-Qayemet Le-Israel («Fondo Perpetuo para Israel»): también conocido como Fondo Nacional Judío (FNJ). Arma fundamental de la Organización Sionista Mundial para la compra de tierras y el asentamiento de la población judía en Palestina desde 1905. Desempeñó un papel de primera magnitud en el establecimiento de los judíos en las tierras que dejaron los palestinos expulsados en 1948.

qirsh: moneda turca.

República Árabe Unida (RAU): nombre oficial de la unión que formaron Egipto y Siria entre 1958 y 1961.

Samed («resistencia» en árabe): organización asistencial de la OLP.

sanjak: subdistrito en el Imperio otomano.

sefardita («persona que vive en España» en hebreo): denominación genérica de los judíos que llegaron a Israel procedentes de los países árabes.

Shabak (acrónimo hebreo para «Servicio Secreto General»): también conocido como Shin Bet (acrónimo de «Servicio de Seguridad»), el servicio secreto israelí que se ocupa de los asuntos de información en el ámbito doméstico, creado en 1948. Inicialmente sus objetivos eran la minoría palestina y los judíos de izquierdas. Desde 1967 el grueso de su actividad se desplazó a los territorios ocupados.

Shari'a: ley islámica.

Shas (abreviatura hebrea para «Guardián de la Torá»): creado por los judíos ultraortodoxos mizrahis que se separaron de Agudat Israel, el principal partido ultraortodoxo. Dirigido desde entonces por el rabino Ovadia Yosef. Reclama el establecimiento en Israel de una teocracia y la igualdad de derechos de los judíos mizrahis. Obtuvo un notable éxito en todas las campañas electorales de 1988 y 2000.

Shinui («cambio» en hebreo): partido político centrista fundado en 1974. Gradualmente se unió a los liberales y a los grupos sionistas de izquierdas para formar en 1990 el Meretz, el principal partido sionista de izquierdas, pero lo abandonó en 1996 y se convirtió en un actor importante en el panorama político de los primeros años del siglo XX.

Shuhada al-Aqsa: rama militar del Al-Fatah durante la segunda intifada.

sijil: actas de los tribunales de la *shari'a*, una fuente de información de incalculable valor para el estudio de la historia social de Palestina a través de los siglos.

Sindicato Árabe de Trabajadores: creado en 1930 para proteger los derechos de los trabajadores palestinos.

Supremo Consejo Musulmán: fundado en 1922 para dirigir los asuntos árabes durante el Mandato. Su presidente hasta su disolución, durante la revuelta árabe de 1936, fue Amin al-Husseini.

Sykes-Picot, Acuerdo: mayo-octubre de 1916. Acuerdo anglo-francés por el que ambos países decidían repartirse el control del este de Oriente Medio tras el dominio otomano. Los rusos consintieron el reparto de este botín que dividía Oriente Medio en entidades políticas que en su mayoría se mantienen hasta el día de hoy.

tabur amliyah: unidades de trabajos forzados reclutadas por los otomanos para las obras públicas y durante la guerra.

Tanzimat: movimiento reformista otomano que comenzó en 1839 y finalizó en 1876. Esfuerzo capital por modernizar el Imperio otomano.

tapu: Registro de la propiedad de la tierra y otros bienes raíces del Imperio otomano. Todavía se utiliza como registro en Israel.

tawaqim («equipos» en árabe): grupos que se reunían en vísperas de la Conferencia de Madrid en la Casa de Oriente en Jerusalén para preparar la infraestructura del nuevo estado palestino.

ulema: nombre genérico para los clérigos, las autoridades y la comunidad más versada en temas religiosos de las sociedades musulmanas.

Unión Árabe de Trabajadores: creada en 1930 para proteger los derechos de los trabajadores palestinos.

UNRWA: Agencia de Ayuda y Trabajo de Naciones Unidas creada para los refugiados palestinos en Oriente Próximo. Creada por la Asamblea General de Naciones Unidas en 1949 primero como un órgano transitorio para procurar trabajo a los refugiados hasta que se encontraba una solución. Pronto se convirtió en el primer proveedor de trabajo y ayuda humanitaria para los refugiados en los campos, donde sigue trabajando.

UNSCOP: Comité Especial de Naciones Unidas para Palestina. Se trata de la comisión de investigación que creó la Asamblea General de la ONU en febrero de 1947 para buscar una solución a la cuestión palestina. Apoyó un informe mayoritario para dividir Palestina en dos Estados con una unión económica. El informe se convirtió en la resolución 181 de Naciones Unidas adoptada el 29 de noviembre de 1947.

Usrat al-Jihad («familia de la Jihad» en árabe): nombre original del movimiento islámico en Israel a comienzos de la década de 1980.

Vaad Leumi («Comité Nacional» en hebreo): asamblea nacional del *yishuv* que en 1949 se convirtió en la Knesset.

vilayet: distrito regional en el Imperio otomano.

wahabismo: movimiento musulmán suní perteneciente al fundamentalismo islámico que surgió en la península Arábiga a mediados del siglo XVIII. Se denominaban a sí mismos los muhaidines, «los que creen en la unidad de Dios». Desafiaron con éxito al poder otomano

en la Península y en el siglo XX unieron sus fuerzas con la familia Saudí, apoderándose del Hedjaz de los hachemitas.

wakil («agente» en árabe): representante del propietario en las transacciones y propiedad de tierras.

watani («nacionalismo» en árabe): hace referencia al sentimiento nacionalista local.

Yesh Gvul («Hay un límite» en hebreo): movimiento de los soldados israelíes que se negaron a servir en la Guerra de Líbano de 1982, y posteriormente se extendió hacia aquellos que se negaban a servir en los territorios ocupados.

yishuv («asentamiento» así como «comunidad» en hebreo): nombre genérico para la comunidad judía durante el Mandato.

zena («austeridad» en hebreo): régimen de austeridad en el Israel de comienzos de la década de 1950 que incluía el racionamiento.

Índice de mapas

| | |
|--|-----|
| Fronteras administrativas bajo los otomanos | 54 |
| Reparto de la propiedad de la tierra Palestina, 1948 | 143 |
| Plan de partición de la Asamblea General de Naciones Unidas, 1947 .. | 183 |
| <i>Próximo Oriente</i> tras la Guerra de junio de 1967 | 198 |
| Acuerdos interinos de Oslo, 28 de septiembre de 1995 | 343 |
| Protección de Camp David, julio de 2000 | 384 |
| El muro en el centro de Palestina | 395 |

Índice de figuras

| | |
|---|-----|
| Palestinos y judíos en el mercado de Jerusalén, junto a la puerta de Jafa, hacia 1900 (Heiko Haumann, <i>The First Zionist Congress in 1897 - Causes, Significance, Topicality</i> , Karger, Basilea, 1997) | 76 |
| Familia rural del área de Ramala a finales de la era otomana (Walid Khalidi, <i>Before their Diaspora: A Photographic History of the Palestinians, 1876-1948</i> , Beirut, 1987) | 110 |
| El colegio universitario femenino de Jerusalén, 1920 (Walid Khalidi, <i>Before their Diaspora: A Photographic History of the Palestinians, 1876-1948</i> , Beirut, 1987) | 117 |
| Canteras de Atlit, donde el gobierno del Mandato británico empleaba conjuntamente a árabes y a judíos (Sarah Graham-Brown, <i>Palestinians and their Society 1880-1946: A Photographic Essay</i> , Londres, 1980) | 175 |
| Mujeres y niños de Tantura poco después de la ocupación de mayo de 1948 (foto amablemente cedida por Teddy Katz) | 196 |
| Manifestación de los Panteras Negras en Jerusalén, 1972 (foto cedida por Sami Shalom Shitrit) | 295 |
| Palestinos en uno de los puestos de control militar de Cisjordania en diciembre de 2002 (<i>News from Within</i> 14/1, enero 2003) | 315 |
| Haifa en el 2002, vista desde el Carmelo (foto cedida por la Casa Editrice Bonechi) | 344 |

Índice onomástico

- Abas, Mahmud 375, 381
Abd al-Hadi, familia 217
Abd al-Nasser, Gamal 190, 224,
228-231, 234-235, 241, 253-
254, 259-260, 269-270, 281,
288
Abdallah, Shaykh Ahmad 254
Abdul Aziz II 77
Abdul Hamid 67, 75-77, 79-83,
85, 92-93, 97, 103
Abdul Hamid II 77
Abdullah ibn Hussein, rey de
Transjordania 109, 128, 130,
156, 173, 181, 191, 204, 211
Abu Ala 381
Abu Gosh, Mustafá 38, 56
Abu Iyad 307
Abu Jihad 211, 307
Abu Mazen 375, 381, 394, 399
Abu Musa 304
Abu Nawar 218
Abu Shabib, Ahmad 121
Abu Shabib, Fátima (santa) 121
Al-Afghani, Jamal al-Din 77
Agranat, Simón 290
Ahdut Ha-Avoda (partido
socialista sionista) 144, 277-
278
Ahronson, Aharon 102
Alejandro II, Zar 68
Alejandro III, Zar 68
Alexander, Dr. Michael Solomon
63
Alexandroni, Brigada 195
Allenby, Edmond, general 103,
113-114, 118, 120
Alon, Yigal 117, 278
Aloni, Shulamit 308
Alterman, Nathan 283
Alto Comité Árabe 132, 152,
156, 173, 184, 234
Anderson, Benedict 29
Arafat, Yasser 211, 267-269, 283,
303-304, 307, 317, 319, 333,
373, 377-379, 381, 383, 385-
386, 393-394
ARAMCO (Compañía Árabe-
Americana de Petróleo) 265

- Al-Ard («la tierra»), movimiento político 253
Argov, Shlomo 305
Al-Arif, Arif 126, 218
Arlosaroff, Chaim 135
Al-Arqub 302
El-Asad, Hafed 259, 288, 303, 332
Asociación Cristiano-Musulmana 124-125
Autoridad Nacional 125, 173, 330, 398
Autoridad Palestina 44, 83, 86, 125, 217, 220, 267, 337-338, 376-377, 381, 386, 396-398, 403
Awad, Mubarak 273

Balfour, Arthur 106-108, 113, 122, 124-125, 127-128, 139, 158
al-Banna, Hasan 209
Bar Lev, línea 261
Barak, Ehud 374, 377, 379
Begin, Menachem 159, 192, 223, 242-243, 252, 259, 273, 279, 289, 296-299, 304-306, 309, 351
Beilin, Yossi 374
Beitar (organización sionista) 127
Ben-Gurion, David 133, 135, 140, 142, 144, 156, 159, 171, 193, 197, 208, 220, 222-224, 226-229, 237-238, 241-242, 244, 259-260, 292, 353
Ben-Zvi, Yizhak 101-102
Benei Israel 85
Bernadotte, Folke, conde 190
Beshara, Azmi 315
Bevin, Ernest 174, 191

Bnei Akiva 278
Bowman, Humphry 116-118, 134
Brigadas Rojas 303
Buber, Martin 227, 244
Bunch, Ralph 193
Burg, Yosef 291
Bush, George 380

Carter, Presidente Jimmy 297-298
Clinton, Presidente Bill 373, 377, 379-380
Cohen, Ahron 282
Consejo de la Iglesia Nativa de Palestina, 80
Consejo Nacional Palestino 267-268, 330-331, 333
Corea del Norte 303
Creciente Rojo 267-268
Crimea, Guerra de 24-25, 37, 47, 49-50, 61-62, 122
Cromer, lord 85
Cuba 303
Cunningham, Sir Alan 189
Chamoun, Camile 241
Chatila 307
Chertock (Sharett), Moshe 136
China 303
Chomsky, Noam 288

Al-Dajani, Hassan Sidqi 165
Dalton, doctor 62
Al-Darawshe, Abd al-Wahab 315
Darwish, Abdullah Nimr 342, 345
David, rey de Jerusalén 121, 175
Dayan, Moshe 226, 228, 259, 273, 279, 290, 297

- Dirección Nacional Unificada 324, 328-330
Drake, Thyrwhitt 64
Dreyfus, Alfred 65
- Eichmann, Adolf 242, 244
Ein Ghazal 194
Eitin, Aharon 89
Ejército de Liberación Palestino 234, 267
Ejército de Salvación Árabe 184
Eshkol, Levi 259, 280-281, 312
Eton, Amos 251, 306, 366
Eton, Moreh 281
Eytan, Refael 305
- Fanon, Frantz 266
Faruk, rey of Egipto 247
Al-Faruqi, Shuqri Taji, 166
Fast, Joachim, 71
Feisal ibn Hussein, rey de la Gran Siria (posteriormente, rey de Iraq) 105-106, 109, 122-127, 157
Finn, James 60, 63
FLN (Frente de Liberación Nacional) 235, 270
French, Louis 149
Frente Democrático para la Paz y la Igualdad 312
Frente Democrático Popular para la Liberación de Palestina 212, 269, 300
Frente Popular para la Liberación de Palestina 212, 232, 235, 269, 300-301
Friedman, Milton 297
- Gadafi, Muamar el 307
Gahal (partido) 296
Galilli, Israel 182
Geertz, Clifford 39
Glubb, John Bagot 234
Gobat, Samuel 63
Goren, Shlomo 279
Grey-Hill, lord 86
Grossman, David 325, 359
Guevara, Che 269
Gush Emunim 238, 280, 308-309, 397
- Ha-Avoda (laborismo) 144, 277-278
Ha-Poel Hazair (partido) 144
Habash, George 231, 235, 269
Habib, Philip 305
Habibi, Emil 253, 314, 358
Hacohen, David 163
Hakim, Mutran 221
Halevy, Benjamin 243
Hannad, Haj Tawfiq 57, 81
Hammer, Zevulun 279
Hankin, Yeshosua 133
Harel, Isar 224
Hass, Amria 325
Hassan II, Mohammad, rey de Marruecos 248
Hawatmeh, Naif 269
Hawihi, Talal 323
Herut (partido) 242-243, 252, 296
Herzl, Theodor 65-68, 70, 84-86
Herzog, Chaim 272
Hezbollah 305, 317, 377, 388
Histadrut 142, 159, 163, 165, 167, 223, 240, 250, 293

- Homi Bhabha 29, 78
Hourani, Albert 31, 43, 174
Hovevi Zion (Amantes de Sión)
68, 86
Hussein, Sadam 307, 331, 373, 380
Husseini, Abd al-Qader 157, 185
Husseini, al-Amin
Al-Husseini, Fawzi 166, 168
Al-Husseini, Feisal 126, 157
Al-Husseini, Ismai'l 116
Al-Husseini, Jamal 93, 173
Al-Husseini, Kamil (gran muftí)
125, 129
Al-Husseini, Musa 57, 82
Al-Husseini, Taher II 83
Hussein ibn Ali, Sharif 103-105,
109
Hussein, ibn Talal, rey de Jordania
204, 234-235, 241, 270, 281,
292, 317
- Ibrahim Pasha 98, 100-103, 108,
116, 146, 234
Iglesia católica griega 221
Iglesia de Inglaterra 63
Iglesia luterana prusiana 63
Iglesia ortodoxa rusa 221
IRA 303, 322
Irgún, *véase también* Herut 242-
243, 252, 296
Israel, Abraham 237
al-Istiqlal (partido de la
Independencia) 130
- Jabha 312-313
Jabotinsky, Vladimir 127
Jamal Pasha 98, 100-103, 108, 116
- Jihad islámica 284, 338-339,
386-388, 396, 398
Jist al-Zarqa 194
Johnson, Presidente Lindon B. 287
Juventud Musulmana (partido
islámico) 130
- Kach 310
Kahana, Meir 306, 309
Kaplan, Eliezer 133
Karameh (Jordan) 216, 268
Kastner, Israel 242-244
Kazanelson, Berl 133
Kedourie, Elie 31
Khalaf, Salah 307
al-Khalidi, Yusuf Diya' 57
Khalil, Ahmad 218
Kissinger, Henry 291-292
Koning, Israel 312
Kook, Rabbi Zvi Yehuda 279
- Lajnat al-Tawjih (Comité de
Dirección) 300, 327
Lawrence, T. E. 105
Leicester, Conlif 149
Levin, Haunch 294, 360
Levinger, Rabbi Moshe 280
Levy, Gideon 325
Liga Árabe, *véase también* Ejército
de Salvación Árabe 173, 176,
180, 184, 233, 267
Liga de Naciones 128, 148, 176,
180
Likud 273, 276, 279, 281, 289,
296-297, 299-300, 304, 308,
310, 327, 336, 374-375

- Lilienblum, Moshe 69
 Lloyd George, David 107
- Ma'arach 277
 MacDonald, Ramsey 139
 Mafdal 238, 278, 291
 Magness, Yehuda
 Majlisiyyun 130
 Mapai (partido laborista sionista)
 144, 207, 223, 242-243, 277
 Mapam (partido Hashomer
 Hazair) véase también Hashomer
 Hazair 207
 Mazpen ('alcance') 282
 McMahan sir Henry 104
 Meir, Golda 281, 288, 290-291,
 295
 Meretz («Resistencia»)
 Mi'ari, Muhammad 315
 Milson, Menachem 218
 Mosad 302
 Movimiento de Liberación de
 Palestina 199, 211-212, 235,
 260, 266, 269
 Mozkin, Leo 109
 Al Mu'arada (grupo de oposición)
 126, 130
 Mohamed Ali 24, 53, 121, 247
 Mohamed V de Marruecos 248
 Al-Muntada al-Adabi (club
 nacional) 126
 Al-Muqawwama («Resistencia»)
 235-236, 253, 266-268, 271
 al-Nadi al-Arabi (club nacional) 126
 Al-Nashashibi, Fakhri 166
 Al-Nashashibi, Raghīb 173
 Netanyahu, Benjamin 339, 377
 Nidal, Abu 305, 307
- Nissim, Rabbi Yaacov 279
- Oficiales Libres de Egipto 212, 228
 OLP (Organización para la Libera-
 ción de Palestina) 213, 217,
 233-236, 266-271, 276, 281,
 283, 286, 291-292, 297, 300-
 307, 314, 316-317, 319, 324,
 326, 330-336, 338, 341, 345,
 350, 373, 375, 378, 387, 399
 ONU (Organización de Naciones
 Unidas) 174, 176-177, 179-
 183, 185-186, 188, 190-191,
 193, 196, 197, 201-204, 206,
 227, 233-234, 253, 262-263,
 287, 291, 301, 328, 335, 363,
 379-380, 393, 398
 Or, Theodore 379
 Organización para la Liberación
 de Palestina, véase OLP
 Osama Bin Laden 380
 Oz, Amos 306
- Palmach 159, 189, 208, 366
 Panteras Negras 294-295, 310, 351
 Partido Comunista Israelí 164, 221,
 223-224, 252-253, 282, 351
 Partido Comunista Palestino 166,
 168, 212, 252, 300, 312-313,
 385
 Partido Liberal (Israel) 296-297
 Pasha, Abdul Rahman 98, 100-
 103, 108, 116
 Passfield, lord 139
 Paz Ahora 257, 297-298, 306,
 308-309, 312, 350, 360-362

- Peel, lord William 156-157
Peres, Shimon 224, 290, 310,
327, 377
Picot, George 105-106, 108-109
Pinsker, Leon 69
Pío VI, Papa 253
Po'alei Zion 165
- Al-Qaeda 380
Qalqilya 273
Qari', Ahmad 381
Qasim, Abd al-Karim 230
Al-Qassam, Izz al-Din (rama militar
de Hamas) 153, 155, 157, 379,
388, 396
Al-Qassam, Izz al-Din (predicador
sirio) 153
Al-Qawmiyyun al-Arab 212,
231-232
Al-Qawuqi, Fawzi 184
Qaysi, familia 57
Qeren ha-Qayemet 144, 225
Qibyaya, masacre 274
- Rabin, Yitzhak 117, 192, 290-
292, 295, 310, 312, 317, 332,
340, 350, 372-374, 377
Rogers, William 287-288, 291
Rothschild, Baron Edmond de
70, 88, 107
Rupin, Arthur 86
Russell, Reverendo Michael
61-62
Sadat, Anuar 288-289, 297-298
Al-Said, Nuri 247
- Salameh, Hassan 185
Samuel, Herbert 106, 127, 129
Schellendorf, General von 101
Schumacher, Yossef 238
Septiembre Negro 302-303
Shabak 323-324
Shamgar, Meir 276
Shamir, Yitzhak 298, 309-310,
317, 332
Shapira, Chaim Moshe 278
Sharett, Moshe 133, 136, 223,
226, 228, 243, 308
Sharon, Ariel 274, 279, 296,
299-301, 304-305, 307,
377, 379, 393, 397-399,
403
Shas (partido) 310, 383
Shinui («cambio») 308
Shohat, Ellah Habib 250
Shuhada al-Aqsa 388, 396
Al-Shuqairi, Ahmad 234, 267
Sociedad londinense para la
promoción de la cristiandad
entre los judíos 62
Stern 159, 175
Strickland, Charles 150
Sun, Aris 294
Supremo Consejo Musulmán
130, 220
Sykes, Sir Mark 105
Sykes-Picot, acuerdos 105-106,
108-109
- Tabenkin, Yizhak 278
Taha, Sami 166
Tamir, Shmuel 243

Índice onomástico

- Tel-Aviv 88-90, 108, 170, 185,
189-191, 193-194, 241, 292-
294, 312, 321, 393
- Tenuat Mizrahim Israelis 310
- Truman, Presidente Harry 189
- Turki, Fawaz 263
- 7Yadin, Yigal 296
- Yaring, Gunar 287
- Yasin, Shaykh Ahmad 254
- Yesh Gvul, movimiento 309
- Yosseff, Dov 239
- Yossef, Rabbi Ovadia 310
- Unión Árabe de Trabajadores
167
- Universidad Americana de Beirut
231
- Universidad Hebrea de Jerusalén
86, 168, 236
- Usishiqin, Menachem 85-86, 133
- Usrat al-Jihad («familia Jihad»)
345
- Vaad Leumi (parlamento judío)
134
- Vietcong 235, 303
- Wadi Ara' («Pequeño Triángulo»)
211, 245, 323, 342, 385, 400-
401
- Wauchope, Arthur 149
- Al-Wazir, Khalil 211, 307
- Webb, Sidney 139
- Weizmann, Ezer 296-297
- Weizmann, Chaim 68, 85, 106,
127, 135, 140, 159, 164, 296
- West, Cornell 316
- Wilson, Presidente Woodrow
110, 125
- Wingate, Orde 158

Índice

| | |
|-------------------------|----|
| <i>Cronología</i> | 9 |
| <i>Prólogo</i> | 19 |

| | |
|---|----|
| INTRODUCCIÓN: UNA NUEVA PERSPECTIVA DE LA PALESTINA Y EL ISRAEL MODERNOS | 21 |
|---|----|

La aparición de la Palestina moderna. La versión común, 23
– Deconstruir la aparición de la Palestina moderna, 26 –
Escribir la historia de un territorio, dos pueblos, 29

| | |
|--|----|
| 1. FIN DE SIGLO (1856–1900): TRANQUILIDAD SOCIAL Y DRAMA POLÍTICO | 37 |
|--|----|

El paisaje rural y sus gentes, 37 – La Palestina urbana y sus socie-
dad, 42 – Una sociedad sin política, 45 – La globalización de la
economía local, 46 – Economía política de la «Palestina» moder-
na durante la década de 1880, 50 – La invasión de la sociedad
civil: la construcción del Estado otomano moderno (1876-
1900), 52 – Fin de una era: los caciques rurales y la *a'ayan*, 56 –
Nuevos inicios y nuevas afluencias, 59 – El ímpetu sionista, 64
– La nueva cruzada: templarios, colonos y especuladores, 70

2. ENTRE LA TIRANÍA Y LA GUERRA (1900-1918) 75
Palestina en los últimos años de Abdul Hamid (1900-1908), 79 – La llegada del sionismo, 83 – Palestina tras la Revolución de los Jóvenes Turcos (1908-1916), 92 – Palestina durante la Primera Guerra Mundial, 99
3. EL MANDATO BRITÁNICO: COLONIALISMO, NACIONALISMO Y COHABITACIÓN 113
La Palestina de Allenby, 113 – La conversión al nacionalismo de las grandes ciudades (1918-1920), 122 – El fin de la «Siria del Sur», 125 – Primeros años del Mandato (1920-1929), 129 – El punto de convergencia entre la política y la sociedad: el hito de 1929, 136 – La creación del enclave sionista (1929-1936), 140 – La depauperación de la Palestina rural (1929-1936), 145 – Cuestiones de liderazgo y nacionalismo (1930-1936), 152 – La revuelta de 1936, 155 – El Libro Blanco de 1939, 158 – El contratiempo del nacionalismo: el impulso de la cohabitación, 160 – Palestina durante la Segunda Guerra Mundial, 169
4. ENTRE LA *NAKBAH* Y LA INDEPENDENCIA: LA GUERRA DE 1948.... 177
Los días del UNSCOP, 177 – La limpieza étnica de Palestina (marzo-mayo 1948), 185 – La Guerra de Palestina (mayo 1948-enero 1949), 188 – La limpieza étnica de Palestina (mayo 1948-enero 1949), 194
5. LA ERA DE LA PARTICIÓN (1948-1967) 201
Desalojo y expolio, 201 – Modelos de respuesta: guerrilleros, aislamiento y cooptación, 208 – La campaña de Suez, 226 – La revolución de la política: el movimiento de resistencia institucionalizado, 230 – La falsa OLP (1964-1968), 233 – El dominio

- de la política israelí: la institucionalización de un Estado, 236 –
La marginalización del «arabismo» en la sociedad israelí, 244 –
Los habitantes del limbo: beduinos y drusos, 254
6. EL GRAN ISRAEL Y LA PALESTINA OCUPADA: AUGE Y CAÍDA DE
LA ALTA POLÍTICA (1967-1987) 257
- La Guerra de junio de 1967, 258 – La lucha por la superviven-
cia: los refugiados palestinos tras la Guerra de 1967, 261 –
Sublevación popular, guerrilla y terrorismo (1968-1972), 268 –
La ocupación (1967-1982), 271 – Los asentamientos y el deba-
te interno israelí (1967-1973), 277 – Sobrevivir bajo la ocupa-
ción, 282 – La *pax* americana, guerra y paz (1973-1977), 286
– La cuestión fronteriza: la opción jordana y el Gran Israel, 289
– La revolución mizhari, 293 – La revolución de Menachem
Begin, 296 – Navegando entre programas políticos: la política
de Palestina (1967-1987), 300 – La Guerra del Líbano y sus
consecuencias (1982-1987), 304 – Grietas en el muro: la pola-
rización de la sociedad israelí, 308 – Los palestinos en Israel
(1967-1987), 311 – El camino hacia la intifada, 316
7. LA SUBLEVACIÓN Y SUS CONSECUENCIAS POLÍTICAS (1987-1996).. 319
- Género y clase, 326 – El proceso de Oslo y sus consecuencias,
332 – A la sombra de la política: religión, nacionalismo y mul-
ticulturalismo, 339
8. ¿UN MOMENTO DE GRACIA POSTSIONISTA? 349
- El debate académico. Los estudiosos postsionista, 349 – El tras-
fondo político, 350 – El trasfondo académico, 352 – Desioni-
zar otros periodos, 354 – Poesía, música pop y literatura post-
sionista, 356 – Teatro y cine postsionista, 359 – Los medios de
comunicación postsionistas, 367

| | |
|---|-----|
| 9. LA TRAYECTORIA DEL SUICIDIO: LA DEFUNCIÓN DE OSLO Y EL SENDERO DE LA PERDICIÓN | 373 |
| La segunda intifada, 377 – La desesperada propensión al martirio, 383 – La desaparición del postsionismo, 388 | |
| <i>Epilogo. La era post-Arafat y la nueva era Sharon</i> | 393 |
| <i>Posdata</i> | 403 |
| <i>Bibliografía</i> | 405 |
| <i>Glosario de nombres</i> | 425 |
| <i>Glosario de términos</i> | 451 |
| <i>Índice de mapas</i> | 465 |
| <i>Índice de figuras</i> | 467 |
| <i>Índice onomástico</i> | 469 |